

ADAD A
CCIÓN C





M. 20

HISTORIA
DE LA RELIGION



BR145

M3

V. 2

C. 2





1080047061



HISTORIA

de

LA RELIGION

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

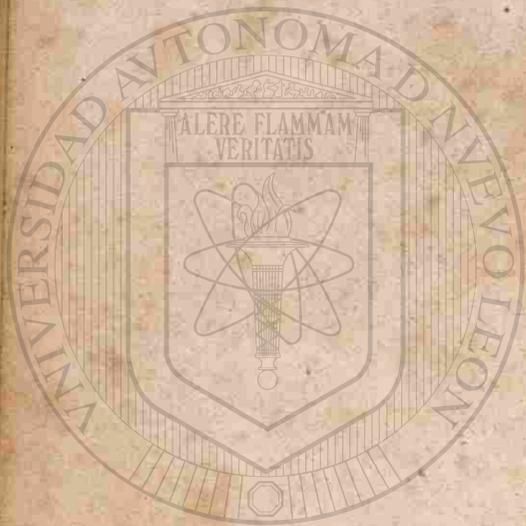
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO



E#7-6#76

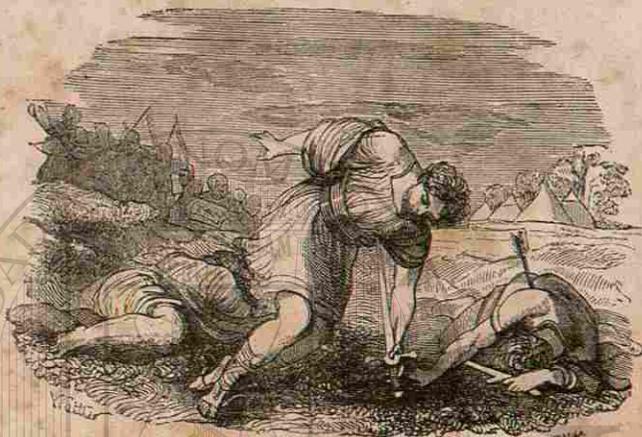


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





HISTORIA DE LA RELIGION

QUE DEBE LEER EL CRISTIANO
DESDE LA NIÑEZ HASTA LA VEJEZ.

SACADA DE LOS LIBROS SANTOS

por el licenciado

D. SANTIAGO JOSÉ GARCÍA MAZO

Magistral de la Santa Iglesia Catedral de Valladolid.

OBRA ADOPTADA POR LA DIRECCION GENERAL DE ESTUDIOS PARA LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA
SAGRADA EN LAS UNIVERSIDADES E INSTITUTOS DE ESPAÑA.

CUARTA EDICION, CORREGIDA CON ESmero.

TOMO SEGUNDO.

110516

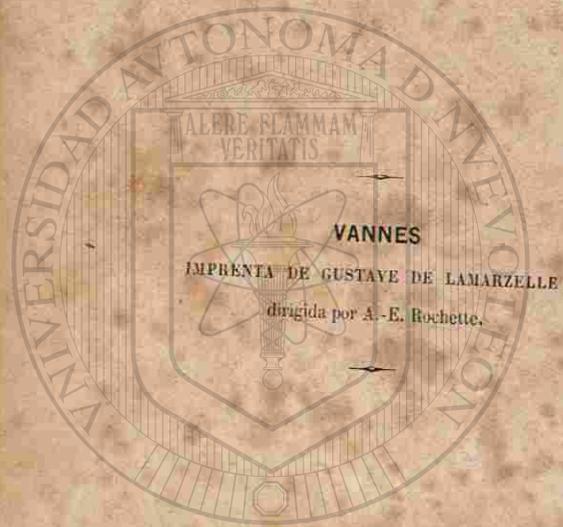
PARIS
LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

Sucesores de D. Vicente Salvá.
CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6.

1857

38404

BRV45
M322
V.65



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



HISTORIA DE LA RELIGION

QUE DEBE LEER EL CRISTIANO

DESDE LA NIÑEZ HASTA LA VEJEZ.

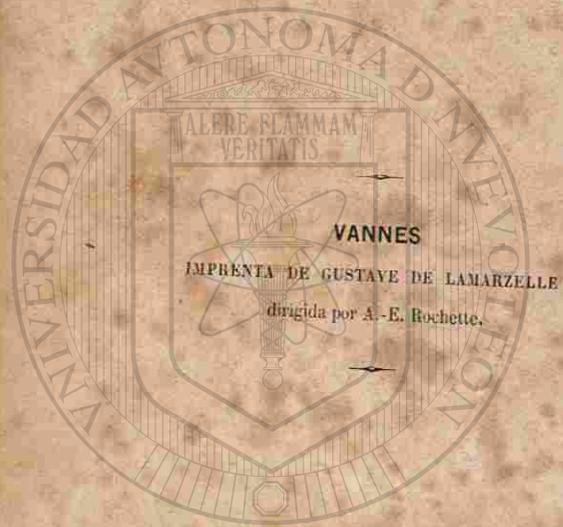


CONTINUA LA HISTORIA DE LOS REYES
DE ISRAEL.

Cueva de Engadi.

Hay en la Siria cuevas tan anchas y largas que pueden ocultarse en ellas batallones enteros con sus armas y bagajes, y afirma Estrabon que en su tiempo las habia capaces de ocultar hasta cuatro mil hombres. En estas cuevas se refugiaban los hijos de Israel en tiempo de los Madianitas, y otros de persecuciones, como hemos visto y veremos. Tambien servian para dormir los ganados que pasteaban en sus cercanías. Saul llegó con sus tropas a unas majadas de ovejas donde habia una de estas cuevas, que serviria para su dormida; le ocurrió una necesidad natural é indispensable, y la decencia exigió que entrase en la cueva para evacuarla. En el fondo de ella era precisamente donde se encontraba David con sus tropas. Saul no les vió, porque es bien sabido que entrando de la luz del dia en un local oscuro, nada se ve hasta no pasar cierto tiempo en que se acomode la

BRV45
M322
V.65



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



HISTORIA DE LA RELIGION

QUE DEBE LEER EL CRISTIANO

DESDE LA NIÑEZ HASTA LA VEJEZ.



CONTINUA LA HISTORIA DE LOS REYES
DE ISRAEL.

Cueva de Engadi.

Hay en la Siria cuevas tan anchas y largas que pueden ocultarse en ellas batallones enteros con sus armas y bagajes, y afirma Estrabon que en su tiempo las habia capaces de ocultar hasta cuatro mil hombres. En estas cuevas se refugiaban los hijos de Israel en tiempo de los Madianitas, y otros de persecuciones, como hemos visto y veremos. Tambien servian para dormir los ganados que pasteaban en sus cercanías. Saul llegó con sus tropas a unas majadas de ovejas donde habia una de estas cuevas, que serviria para su dormida; le ocurrió una necesidad natural é indispensable, y la decencia exigió que entrase en la cueva para evacuarla. En el fondo de ella era precisamente donde se encontraba David con sus tropas. Saul no les vió, porque es bien sabido que entrando de la luz del dia en un local oscuro, nada se ve hasta no pasar cierto tiempo en que se acomode la

pupila al grado de luz que la hiere; pero David y sus soldados, como acomodados á aquella luz, vieron desde luego á Saul, y dijeron á David: Hé aquí el día del cual os dijo el Señor: Yo te entregaré tu enemigo para que hagas de él lo que agradare á tus ojos. David se halló, sin pensarlo, en un lance peligroso para su ajustada conciencia; todo era una tentación para él. Su elección al trono, la reprobación de Saul, la injusticia con que le persigue de muerte por todas partes, la facilidad de acabar en un momento con esta mortal persecución, sus mismas tropas que le excitan á concluir la quitando la vida á su enemigo, y que apoyan su excitación con una promesa del Señor... todo se conjura contra su buen corazón, todo le provoca á deshacerse de su encarnizado rival. David se levanta, se acerca silenciosamente al rey. ¿Y qué hará? ¿Le pasará el corazón de una lanzada? Nada menos; corta, y con esto se contenta, corta la orla (bordado) del manto real, y se vuelve con el mismo silencio á sus soldados. Estos podían esperar que traería teñida su lanza de la sangre de Saul; pero la caridad de David y su timorata conciencia le ponen tan distante de tocar al rey, que luego principia á sentir y arrepentirse de haber cortado una punta de su manto, y vuelto á los suyos les dijo: El Señor me sea propicio para que yo no haga una cosa tal, cual es, extender mi mano contra el cristo del Señor, porque ungido del Señor es: y con esto reprimió su ardor, para que no se echasen sobre Saul y le quitasen la vida.

Saul salió de la cueva y continuó su camino á buscar y matar á un enemigo que acababa de perdonar y salvar su vida. También salió David con su gente después de Saul, y principió á clamar á su espalda: ¿Mi rey y mi señor? Volvió el rey la cabeza, y entonces David, inclinándose hasta la tierra, le hizo una profunda reverencia, y dijo: ¿Porqué dais oídos á palabras de hombres que dicen: David anda buscando vuestro mal? Hoy habeis visto que el Señor os ha puesto en mi mano,

cuando estabais en la cueva, y á la verdad que me vino el pensamiento de mataros: pero os perdonaron mis ojos (deseché el mal pensamiento). Dije, pues, no, no extenderé mi mano contra mi rey, porque es el cristo del Señor. Aquí, presentando á Saul la orla de su manto y levantando mas su voz, le dijo: Ved, padre mio, si esta orilla que está en mi mano es de vuestro manto, y reconoced que cortando la punta de vuestro manto no quise cortar vuestra vida. Advertid y ved en esto que no hay mal ni iniquidad en mí, y que no he pecado contra vos. Sin embargo, vos acechais mi vida para quitármela. Juzgue el Señor entre vos y entre mí. Defienda el Señor mi causa, mas mi mano jamás sea contra vos. Pero... ¿á quién perseguís, rey de Israel? ¿á quién perseguís? Perseguid á un hombre que no es nada. Sea juez el Señor y juzgue entre vos y entre mí, y vea y juzgue mi causa, y me libre de vuestra mano.

Así concluyó David, y cuando hubo acabado de hablar estas palabras, dijo Saul: ¿Por ventura es tu voz esa, hijo mio David? y alzando la suya lloró. Saul no pudo contener sus lágrimas al ver la generosa conducta de David, y compararla con su conducta vengativa. Mas justo eres que yo, dijo á David. Cuando yo te buscaba para la muerte, el Señor me ha puesto en tus manos, y tú me has conservado la vida. Porque ¿quién teniendo en su mano á su enemigo le dejará ir sin castigo? El Señor te dé la recompensa de lo que has hecho hoy conmigo: y ahora, porque sé ciertísimamente que has de reinar y tener en tu mano el reino de Israel, júrame por el Señor que no has de extinguir mi descendencia después de mí, ni borrar el nombre de la casa de mi padre. David se lo juró, y con esto Saul se volvió á su corte de Gabaa; y David, yerno del rey, cuya vida acababa de perdonar por sí, y de librar del acero de sus tropas; David, á quien acababa de llamar su hijo, y cuya generosidad habia ensalzado llorando... David quedó abandonado en el desierto, obligado á vivir á la

ineleuencia, á comer el pan de la amargura y á dormir en las grutas de las fieras, sin que, ni de ceremonia ni por cumplimiento le brindase su suegro con el reposo de su corte, ni con el alojamiento que correspondia á un príncipe, que segun su propia confesion habia de ser un sucesor en el trono.

Bien conocia David que la reconciliacion de Saul, si pedia ser verdadera, no seria de duracion, y no queriendo obligar en cierto modo al Señor á que le dispensase nuevos milagros de proteccion, si permanecia en un punto conocido ya y hollado por las tropas de Saul, se subió con la suya á otros sitios mas seguros, y menos conocidos, internándose en los desiertos de Faran, situados entre las montañas de Judá y el monte Sinai.

Muerte de Samuel.

En este tiempo sufrió Israel una pérdida irreparable. Murió su gran profeta. Murió Samuel, terminando su maravillosa carrera en Ramata, su patria, adonde se habia retirado desde que Saul fué declarado indigno del trono de Israel y elegido y ungido David en su lugar. Los Israelitas, despues de haber tenido á Samuel por su profeta, su juez y su conductor muchos años, y de haberle pospuesto ingratamente á un rey cualquiera en el gobierno del Estado, habian principiado tambien á olvidarle en su soledad; mas ahora que le pierden, conocen lo mucho que valia. Se agolparon á la vez en su imaginacion las virtudes y los méritos de Samuel. Se acordaron del milagro de su nacimiento, de las virtudes de su juventud, de su consagracion al servicio del santuario, llevando aun en sus labios la leche de los pechos de su madre, de sus infatigables trabajos en el gobierno de Israel por espacio de veinte años, de su integridad en los juicios, de su celo en mantener pura la religion, de su maravilloso poder para con Dios, de su gran caridad

para con los hombres, del cumplimiento constante de sus profecías... en una palabra, de aquel conjunto de virtudes que le hacian un segundo Moises, y cuyo poderio para con Dios fué el carácter que hizo mas semejantes á estos dos grandes ministros de los portentos del Altísimo. Fué llorado por todo Israel y sepultado en Ramata con el aparato correspondiente á los varones ilustres de la nacion, á cuyo número pertenecia como uno de los primeros.

Tuvo David, estando en los desiertos de Faran, la triste noticia de este suceso, y tributó abundantes y tier-nas lágrimas á la memoria de un gran profeta que le habia ungido rey de Israel por órden del Señor; de un bienhechor insigne, que le habia recibido cariñosamente en su casa de Ramata cuando huia de Saul, y se habia retirado con él á la soledad de Nayot, para ocultarle entre sus discipulos y profetas; de un padre, de quien no apartaba la vista en sus terribles persecuciones, y con cuyos consejos contaba cuando Dios le colocase en el trono. Gran pérdida y gran pena para David, que solo pudo consolar su confianza en el Señor, cuya proteccion experimentaba continuamente.

Nabal del Carmelo.

Habia ya tiempo que moraba David con sus gentes en los desiertos de Faran sin que Saul le molestase, ni tampoco le faltase lo preciso para su subsistencia y la de su tropa, porque los habitantes de las tierras vecinas, prendados de su amabilidad y del buen porte de sus soldados, le proveian de lo mas necesario. Sin embargo, cerca del campamento de David vivia un hombre muy rico, llamado Nabal, natural de Maon, de la estirpe de Caleb, cuyos bienes consistian principalmente en grandes terrenos de pastos en los que mantenia mil cabras, y hasta tres mil ovejas. Estos terrenos se extendian por el

desierto en que vivia retirado David, y llegaban hasta el monte Carmelo en la tribu de Judá, al mediodía de la tierra de promision, y muy distante de otro monte Carmelo que habia á la parte del norte en la tribu de Zabulon, y que se hizo célebre en adelante por los milagros del profeta Elias. Pues este Nabal, que así como era el mas rico, debia ser el mas sensible á las desgracias ajenas y contribuir mas que ninguno al mantenimiento del perseguido rey de Israel y de su pequeño ejército, en nada contribuia, como se verá en el suceso que vamos á referir.

Habiendo oido David que Nabal esquilaba sus ovejas en el monte Carmelo, llamó á diez jóvenes de los mas prudentes de sus tropas, y les dijo: Subid al Carmelo, é id á Nabal, saludadle de mi parte y decidle en mi nombre: Paz sea á mis hermanos (tus parientes) y á ti, y paz sea á tu casa, y paz sea á todas las cosas que posees. He sabido que tus pastores, que han estado con nosotros en el desierto, esquilan tus rebaños en el Carmelo. Nunca les fuimos molestos, ni en tiempo alguno del que han estado con nosotros les ha faltado la menor cosa de su ganado. Infórmate de ellos y te lo dirán. Hallen por tanto tus siervos gracia en tus ojos (buena acogida), puesto que venimos en buen día (día de esquilero, esto es, de abundancia y generosidad). Cualquiera cosa que hallare tu mano, dála á tus siervos y á tu hijo David. Tomaron luego el camino los diez jóvenes, y habiendo llegado al Carmelo y presentándose á Nabal, le dijeron todas las cosas que les habia mandado David y callaron. ¿Y quién es David? dijo Nabal al oírlas, con un tono destemplado. ¿Quién es David? ¿Quién es el hijo de Isai? Hoy se han multiplicado los siervos que (como David) huyen de sus señores. ¿Tomaré yo ahora mi pan y mi agua y las carnes de las ovejas que he matado para mis esquiladores y lo daré á hombres que no sé de dónde son? La respuesta de Nabal, sobre dura fué insultante y en gran modo

provocativa: mas los jóvenes, sin contestar ni una palabra, se volvieron á David y le dijeron la respuesta de Nabal.

Tenia David la uncion y carácter de rey, conocia bien la diferencia que habia entre Saul y Nabal; y si se habia creído obligado á perdonar á un principe á quien Dios sostenia en el gobierno, no le pareció que lo estaba á perdonar el insulto de un súbdito que tan atrevidamente le ultrajaba. Cínase cada uno su espada, dijo á sus tropas, y él mismo cínó tambien la suya. Se puso al frente de cuatrocientos hombres armados, y dejando doscientos en guarda de los bagajes, se dirigió al monte Carmelo resuelto á hacer un escarmiento.

Abigail, mujer de Nabal.

David caminaba acalorado y expuesto á cualquier exceso, pero el Señor prevenia en el camino un medio de aplacarle y suavizarle. Un criado de Nabal que habia presenciado lo ocurrido con los enviados de David, temeroso de las consecuencias que podria tener una contestacion tan injuriosa, avisó á Abigail, mujer de Nabal, diciendo: Sabed que David ha enviado del desierto unos mensajeros para cumplimentar á nuestro amo, y les torció el rostro. Estos hombres han sido muy buenos para nosotros, y no nos han molestado, ni jamás nos faltó nada en todo el tiempo que estuvimos con ellos en el desierto. Nos servian de muro, tanto de noche, como de dia, siempre que anduvimos entre ellos apacentando los ganados; por tanto considerad y reflexionad lo que habeis de hacer, porque resuelto está el mal contra vuestro marido y contra vuestra casa y contra vuestros criados. Nabal es un hijo de Belial (un malvado), en tanto extremo que no hay quien le pueda hablar.

Oido esto, se apresuró Abigail y tomó doscientos pa-

nes, dos pellejos de vino, cinco carneros cocidos, cinco satos de polenta (como ochenta y cuatro libras de flor de harina amasada), cien atados de uvas pasas y doscientos panes de higos secos, y cargándolo todo sobre asnos, dijo á sus criados: Caminad delante de mí, que yo os seguiré. Mas nada dijo á Nabal, su marido; y habiendo subido ella sobre su asno y bajado al pié del monte Carmelo, habian descendido tambien del monte Faran David y su gente, y Abigail luego que vió á David, se bajó prontamente de su asno, se postró sobre su rostro delante de David, le hizo una profunda reverencia y dijo: Recaiga sobre mí, señor mio, esta maldad. Permitid, os ruego, que hable vuestra sierva en vuestros oídos, y oid las palabras de vuestra sierva. No hagais, os suplico, mi señor y mi rey, no hagais caso de Nabal, de ese hombre necio, como lo dice su nombre (Nabal significa necio), porque la necedad está con él, y yo sierva vuestra no vi los criados que enviasteis. Ahora, pues, vive el Señor y vive vuestra alma, que él os ha prohibido venir á derramar sangre, y ha guardado vuestra alma (de ese delito). Sean pues (tan flacos) como Nabal vuestros enemigos, y los que procuran mal á mi señor. Por tanto aceptad esta bendición (agasajo) que vuestra sierva ha traído á vos, señor, y dadle á vuestras tropas. Abigail siguió hablando á David con tanta prudencia y dándole razones tan sábias para aplacar su enojo, que al fin de su discurso exclamó David: Bendito sea el Señor Dios de Israel que te ha enviado hoy á mi encuentro, y benditas sean tus palabras y bendita tú que me has detenido para no ir á derramar sangre y vengarme por mi mano. Recibió David de Abigail la prevencion que le habia traído y la dijo: Vuélvete en paz á tu casa; y volvió Abigail á Nabal y halló que tenia un banquete, como banquete de rey, y que su corazón estaba muy alegre, porque estaba muy embriagado, y no le habló palabra ni chica ni grande hasta la mañana siguiente.

Hé aquí una unquidad á que estan muy expuestos los ricos. Nabal tiene abundancia para hacer un convite gastosísimo, como convite real, y nada tiene ó por decirlo mejor, tiene abundancia de insultos para ultrajar á un desgraciado que le pide algun socorro. ¡Cuántos ricos hay que nada rehusan ni sienten que se gaste, cuando se trata de hacer una ostencion de su poder, y de contentar su orgullo, y que nada tienen sobrante, todo les es necesario, cuando se trata de socorrer al pobre, al desvalido, al huérfano y á la viuda! ¡Que gastan en una comida ó una cena de vanidad y de excesos mas de lo que sería necesario para alimentar un mes todos los pobres de su pueblo!

Muerte de Nabal.

La discrecion de Abigail, que sería de desear en todas las casadas, hizo que nada dijese á Nabal, cuando solo estaba para contestar necesidades ó vomitar blasfemias; pero al dia siguiente, cuando ya habia digerido el vino, le hizo presente todo lo que habia pasado y el peligro en que habia estado su vida, mientras que se regalaba con sus convidados en la mesa, y este riesgo le sobrecogió en tanto grado que se le murió interiormente el corazón, dice el texto sagrado, y se quedó como una piedra; y al cabo de diez dias le hirió el Señor y murió.

Luego se extendió por todo el pais la noticia de esta muerte terrible, y David no tardó en ser informado de ella en su desierto, adonde se habia vuelto con sus tropas. Entró luego en reflexiones á vista de un suceso tan singular, y conoció que el Señor en su misericordia habia impedido que su siervo obrase mal, y en su justicia habia castigado la injuria que habia recibido. Bendito sea el Señor, dijo, al oír la muerte de Nabal. Bendito sea el Señor, que ha juzgado por sí la causa de mi oprobio y ha preservado de mal á su siervo.

Matrimonio de David con Abigail.

Era Abigail la mujer mas completa por su piedad, por su belleza, y sobre todo por su prudencia. Mujer bella y prudentísima la llama el texto sagrado. David habia tenido una ocasion bien delicada para conocer esta gran prudencia, y á ella debia el haberse librado de un arrojó que habria penado su delicada conciencia por toda su vida. David juzgó que Abigail ya por su gran prudencia y ya por agradecimiento era digna de ser su esposa. Tenia ya dos mujeres, á Micol, hija de Saul, y á Aquinoam Jezraelita; pero Micol, á mas de ser estéril, no era ya propiamente suya. Su padre habia sido tan injusto con David que la habia casado con Faltiel, hijo de Laís y vecino de Gallin, se la habia entregado, y preferia ver á su hija llena de confusion en el estado de adúltera á permitir que fuese ni se llamase esposa de David. Por lo que miraba á Aquinoam, vivia en buena paz con su esposo.

Ya hemos dicho que la ley permitia á los Israelitas la poligamia ó el matrimonio con dos ó mas mujeres á un tiempo, y David juzgó que se hallaba en la ocasion de usar de esta permission. Dejó pasar el tiempo que se debia al decoro de Abigail y bien parecer del público, y luego envió de los principales de su gente á Abigail para proponerla el matrimonio. Llegaron los comisionados al Carmelo y la dijeron: David nos envia á ti para recibirte por mujer suya Levántose. Abigail é inclinándose hasta la tierra, dijo: Hé aquí vuestra sierva. Sea ella una esclava para lavar los piés á los siervos de mi señor. La respuesta de Abigail fué tan humilde que no solo confesó que era indigna de ser esposa de David, sino tambien de lavarle los piés, y que solo podia ser una esclava para lavar los piés á sus siervos.

Abigail anunció en esta ocasion la prudencia y la humildad de la santísima Virgen. La sagrada Escritura llama

ma á Abigail prudentísima, y lo mismo llama la Iglesia á la santísima Virgen. Abigail se llama sierva en este lance, y la santísima Virgen tambien se llamó sierva cuando el ángel la anunció que encarnaria en su seno el Hijo de Dios.

Los enviados de David no llevaban solo el encargo de proponer su casamiento á Abigail, sino tambien de traérsela si consentia en este enlace. Convino Abigail en el matrimonio, y luego se previno para el viaje. Tomó cinco criadas que la acompañasen, y subiendo sobre un asno, siguió á los enviados de David. No tardaron en llegar al campamento porque no estaba distante. Se celebró el matrimonio en el desierto y con harta menos solemnidad que la que correspondia al real esposo, pero con abundancia de bendiciones del Cielo, mucho mas estimables sin comparacion que las pompas de los reyes.

David se admiraba, como de un prodigio, de que Saul despues de tres años de una fria reconciliacion no hubiese vuelto á perseguirle, y animado por esta larga tranquilidad, trató de acercarse á su patria. Dejó los desiertos de Faran y se volvió á la soledad de Zif con la esperanza de que los habitantes de aquel pais, testigos del milagro que habia obrado el Cielo en su favor tres años antes, le dejarian vivir ahora en paz. Se engañó en esto, y Dios lo permitió así para darle ocasion de repetir una caridad y una generosidad casi sin ejemplo en el antiguo Testamento.

Los Zifeos fueron otra vez infieles y pasaron á la corte de Gabaá á dar aviso á Saul de que David se habia vuelto á dejar ver en su tierra y se hallaba escondido en las cuevas del collado de Hachila, al otro lado del desierto de Zif. Saul debia tener presente lo que le habia sucedido en la cueva de Engadi, la confusion con que habia tenido que decir, que David era mas justo que él y la alianza que con él habia hecho, pero todo parece que lo olvida y por todo atropella. Al momento mandó to-

mar las armas á tres mil hombres escogidos entre todos los soldados de Israel, se pone á su frente y avanza con celeridad al desierto de Zif, creyendo hallar á David en las cuevas del collado de Hachila, como se le habia dicho; pero se engañó, porque David habia dejado aquel collado y se habia internado mas en el desierto de Zif, donde tuvo las primeras noticias de la nueva persecucion de Saul. Este acampó en Gabaa Hachila, que estaba en frente del desierto. David se hallaba internado en el desierto, y sabiendo que Saul venia en su seguimiento, envió espías que reconociesen el sitio en que habia acampado.

Segunda vez está Saul en manos de David y segunda vez le perdona.

Luego que estuvo informado, bajó silenciosamente y vió desde alguna distancia el sitio en que dormia Saul y Abner general de sus tropas y todo el ejército. Esperó que anocheciese y dijo á Aquimelec Heteo y á Abisai su sobrino, que le habian acompañado á este reconocimiento: ¿Quién de vosotros bajará conmigo al campamento de Saul? Yo bajaré, dijo al momento Abisai; y fueron David y Abisai de noche al campamento y hallaron á Saul durmiendo en su tienda y su lanza hincada en tierra á su cabecera, y Abner y las tropas durmiendo en su rededor. Entonces dijo Abisai á David: Dios ha puesto hoy en vuestra mano á vuestro enemigo. Ahora, pues, del primer golpe de lanza le coseré con la tierra y no será necesario el segundo. No, dijo David á Abisai: no le mates; porque ¿quién extenderá su mano contra el ungido del Señor y será inocente? Tomó, pues, David la lanza y el vaso de agua que estaban á la cabecera de Saul, y se fueron sin que nadie les viese, ni lo entendiese, ni despertase, sino que todos dormian, porque sueño del Señor (sueño enviado por el Señor) habia caido sobre ellos.

Cuando David y Abisai se hubieron retirado un gran trecho, principió David á dar voces á las tropas de Saul y particularmente á Abner su general. ¿Abner, hijo de Ner? ¿Abner? ¿no me responderás? Despertó Abner á estas voces y respondió con enojo: ¿Quién eres tú que das voces é inquietas al rey? Y dijo David á Abner: ¿Por ventura no eres tú un hombre de valor? ¿Y qué otro tal como tú hay en Israel? ¿Pues porque no has guardado al rey tu señor? Uno de la multitud ha entrado para matar al rey tu señor. No está bien eso que has hecho tú y los demás de vosotros; sin duda que sois hijos de muerte, porque no habeis guardado al ungido del Señor. Ahora, pues, mira si encuentras la lanza del rey y el vaso de agua que estaban á su cabecera.

Habia despertado Saul, acaso al mismo tiempo que Abner, y oido cuanto habia dicho el hombre que hablabla y se puso desde luego en que era David. Miró y no vió su lanza ni su vaso, y conoció que otra vez habia estado su vida en las manos de David, y que otra vez David le habia perdonado, y exclamó: ¿Por ventura no es esta que oigo la voz de mi hijo David? Mi voz es, dijo David. Si, mi voz es; mi señor y mi rey. ¿Por qué motivo persigue mi señor á este su siervo? ¿Qué mal se ha hallado en mis manos? Oid, os ruego, mi señor y mi rey, las palabras de vuestro siervo. Si el Señor es quien os mueve contra mí (pronta está la víctima) que reciba el olor de este sacrificio (de mi muerte); mas si son los hijos de los hombres, malditos son delante del Señor los que me han arrojado para que no habite en la heredad del Señor y me han obligado á vivir (en Get y Moab) entre dioses ajenos. Ahora, pues, no sea derramada mi sangre en la tierra, viéndolo el Señor. He pecado, dijo Saul. Vuélvete, hijo mio David, que no te haré mal ninguno de aquí adelante, porque mi vida ha sido muy apreciada en tus ojos, y se ve bien que yo he obrado neciamente.

Entonces dijo David. Hé aquí la lanza (y vaso) del

rey : que pase uno de sus oficiales y lo lleve. El Señor pagará á cada uno conforme á su justicia y lealtad, porque el Señor os ha entregado hoy en mi mano y no he querido extenderla sobre el ungido del Señor, y así como ha sido muy apreciada hoy vuestra alma en mis ojos, así tambien lo sea la mia en los ojos del Señor y me libre de toda angustia. Bendito seas tú, hijo mio David, dijo Saul. Ciertamente haciendo, harás (bien todos tus negocios), y pudiendo, podrás (mucho porque serás un poderoso monarca). David con esto se volvió á su campo del desierto como habia hecho en Engadi, y Saul á su corte como entonces, sin otras resultas de tanto hijo mio, y tantos reconocimientos. ¡Cuántos imitadores hay en el mundo del ingrato Saul!

David vuelve á huir á Get.

David al ver la furia con que Saul le habia vuelto á perseguir, despues de la reconciliacion de Engadi, creyó que era preciso que, ó cayese algun dia en las manos de Saul, ó le protegiese continuamente una providencia extraordinaria. Lo primero debia evitarlo por una ley natural, y lo segundo no debia quererlo porque era tentar á Dios. En este caso tomó el medio de expatriarse. Ya lo habia hecho pasando al reino de Get, cuando huyó de Nobé, y le habia ido muy bien todo el tiempo que vivió desconocido. Trató, pues, de volver allá; pero ya no era un hombre solo y desconocido como entonces, sino el jefe de un pequeño ejército, y habia que contar con Aquis su rey. En efecto, le hizo una embajada con este objeto, y logró del rey todo lo que deseaba. Luego levantó su campamento del desierto y pasó á Get con su familia y sus tropas. Fué recibido por Aquis como el hombre mas cuerdo aquel que habia sido arrojado de su reino seis años antes como el hombre mas necio. Su primera residencia fué en la corte, donde se mereció la

mayor estimacion, particularmente del rey, que le llegó á tomar cariño. Supo Saul que David se habia huido á Get y no cuidó mas de buscarle. Habiendo pasado David algun tiempo en la corte, dijo un dia al rey : ¿Porqué ha de vivir un desterrado con vos en la ciudad régia? Si he hallado gracia en vuestros ojos, dadme lugar en alguna de las ciudades de esta tierra para morar en ella, y el rey le dió á Sicelec. Esta ciudad tocó á la tribu de Judá en el primer sorteo, y cuando este se renovó en Silo, pasó á la pertenencia de la tribu de Simeon; pero fuese que nunca la conquistaron estas tribus, fuese que se la hubiesen quitado los Filisteos en algunas de sus guerras, al presente estaba en poder del rey de Get, y el Señor inclinó el corazon de este monarca á que la señalase á David, quien la reedificó despues que la quemaron los Madianitas, y la conservó despues como ciudad de Israel.

Sucesos de David en Get.

Cuatro meses estuvo David en Sicelec, segun unos, y segun otros un año y cuatro meses, y en estos no cesó de hacer correrías sobre los países de Gesuri, Gerei y Amalec. Estaba Sicelec muy distante de la corte de Aquis, y tocando con estos pueblos situados al mediodía de Judá desde el Sur hasta la entrada de Egipto. Tanto Gesuri y Gerei, descendientes de los Cananeos, como los Amalecitas, descendientes de Amalec, estaban condenados al anatema, y si subsistian era por indolencia de los Israelitas, que debieron exterminar estas reliquias cuando conquistaron sus países. David, consagrado rey de Israel y con tropas á su mando, si bien no queria ni debia usarlas contra sus hermanos los Israelitas, podia y debia emplearlas contra los que el Señor habia mandado exterminar. La ocasion no podia presentarse mas oportuna. David debia mantener á su familia y sus tropas, debia sostenerse en un reino extraño hasta que el Señor

indicase su vuelta al de Israel, y debía para esto conservar la buena armonía y gran concepto que tenía para con el rey. Sicelec estaba igualmente cercana á los pueblos de Israel que á los del anatema; y David hacia correrías en estos, los exterminaba, tomaba sus ganados y mantenía con ellos su gente; pero el rey, como vivía tan distante, creía que David hacia sus correrías en los pueblos de Israel sujetos á Saul, enemigo suyo y de David. Las correrías eran frecuentes, y David no desconfiaba de ir á Get á hacer la corte al rey y presentarle parte de los despojos que tomaba. No dejaba Aquis de preguntarle siempre que se presentaba, ¿sobre qué parte has hecho tu irrupcion? Y respondía David: Al mediodía de Judá vamos unas veces, otras al mediodía de Jerameel, y otras por el mediodía de Ceni. David lo entendía de los países del anatema, que estaban al mediodía, y esto era la realidad y la verdad; pero el rey lo entendía de los países de Judá, que también estaban al mediodía, por la idea que se había formado de que David era un enemigo de Israel; y de aquí infería que nunca podría David volver á Israel despues de causarle tantos daños, y que él tendría siempre en su reino un cuerpo de tropas aguerridas, y á su frente el hombre mas valiente de su tiempo. Tal era la idea del rey y el porte de David todo el tiempo que habitó en Sicelec, hasta que le llamó para hacer la guerra á Saul.

No era ya un misterio en Israel, ni la reprobacion de Saul, ni la eleccion y uncion de David. Saul no dudaba ya de esto, y Jonatás, heredero presuntivo de la corona, lo sabía mucho tiempo antes que su padre. Una parte de la nacion vivía tan persuadida de ello, que hombres valientes y principales se agregaban todos los dias á David. Sin embargo nada parecía estar mas léjos que este cambio de reyes. Saul, vencedor de los enemigos de Israel, tenía afianzada su descendencia con cuatro príncipes, capaces todos de llevar el peso de la corona, y él mismo se hallaba en edad de sostener el cetro en su mano por

mucho tiempo. La nacion, si no le amaba, á lo menos le estimaba, le temía y le honraba. Por otra parte, David estaba muy léjos de querer ser rey por una rebelion. Al contrario, respetaba profundamente al ungido del Señor y miraba por sus derechos, por su persona y su vida. David no aspiraba al trono y se acomodaba mejor á vivir en un destierro entre idólatras, que á ser revestido de la púrpura á costa de un delito. Saul tenía de su parte la posesion y la fuerza. David solo tenía el derecho sin la fuerza. El primero estaba en su palacio de Gabaa, rodeado de tropas que le guardaban. El segundo en un destierro, sujeto al capricho de un gobierno extranjero. Aquel ponía todos sus cuidados en conservar la corona sobre su cabeza. Este no pensaba sino en evitar la persecucion... pero el Señor trataba de ejecutar su sentencia sobre un culpado á quien había condenado á perder la corona y la vida, y de cumplir su promesa en favor de un inocente siempre sufrido en medio de las persecuciones y pruebas mas terribles, y siempre conforme con su voluntad soberana; y la guerra que en esta ocasion declararon á Saul los Filisteos, era la que había elegido el Señor para cumplir estos decretos.

Guerra de los Filisteos contra Saul.

En el tiempo en que David se hallaba en Sicelec, todos los pequeños reyes que dividian entre sí todo el pais filisteo, se convinieron y reunieron para hacer la guerra al rey de Israel. No se sabe que hubiese otro motivo para esta guerra que el cumplimiento de los decretos del Cielo; pero ella, antes de franquear á David el camino del trono, le puso en un conflicto angustioso, porque no solo no podía servir á Saul contra los enemigos de Dios y de su pueblo, sino que no veía medio para no servir á los enemigos de Dios contra su pueblo. Mas David era un hombre de piedad, y en un caso tan terrible acudió

á su recurso ordinario. Pidió al Señor el remedio, y quedó tranquilo esperándole de su bondad divina.

El rey de Get, en cuyos dominios se hallaba David refugiado, era cabalmente la cabeza y el principal autor y promovedor de esta guerra. David, ó estaba entonces en Get, ó fué llamado. Apenas se presentó, le dijo el rey: Sabiendo, sabe (ten entendido) que irás conmigo á la guerra tú y tus gentes. La proposicion era absoluta y no admitía una contestacion equívoca. David no se embarazó por eso, sino que respondió con el aire de un militar valiente: Ahora verá el rey lo que hace su siervo; y yo también, dijo el rey, te confiaré la custodia de mi persona en todo tiempo. Los Filisteos se reunieron y fueron á acampar en los llanos de Sunam, extendiendo sus escuadrones hasta el famoso valle de Jezrael, donde, casi doscientos años antes, habian sido derrotados los Madianitas por Gedeon, y Saul reunió también todas sus tropas y vino á acampar al pié de los funestos montes de Gelboe, en la parte superior á la fuente de Jezrael.

Los Filisteos hicieron un recuento general de todas sus tropas por cuerpos de cientos y de miles para saber las fuerzas con que contaban, y cuando llegaron á las del rey de Get, que como comandante en jefe venia de retaguardia, y vieron á David y sus gentes, dijeron al rey: ¿Qué hacen aquí estos Hebreos? ¿Pues qué, respondió el rey, no conocéis á David que sirvió á Saul, rey de Israel, y que ha mucho tiempo que está conmigo y nunca hallé cosa (mala) en él desde el día en que se pasó á mí hasta hoy? Mas los principes filisteos se irritaron contra Aquis, y le dijeron: Vuélvase atrás ese hombre, y estése allí en el lugar que le has señalado y no venga con nosotros á la batalla, no sea que se vuelva contra nosotros luego que empezaremos el combate. ¿Pues de qué otro modo podrá aplacar á su señor sino con nuestras cabezas? ¿No es este aquel David de quien cantaban en las danzas (de Israel) diciendo: *Mató Saul á sus mil, y David á sus diez mil?* Mucho sintió Aquis la oposicion

de los cuatro reyes, sus compañeros, pero le fué preciso ceder. Llamó á David y le dijo: Vive el Señor, que tú eres recto y bueno en mis ojos, y que has entrado y salido en mi campamento y jamás encontré en ti cosa mala desde que viniste á mí hasta este día; pero no agradas á los sátrapas. Vuélvete, pues, y vé en paz, para que no ofendas los ojos de los sátrapas filisteos.

Rebosaba David en alegría y daba millones de gracias al Cielo porque le sacaba tan fácil y honrosamente de un lance tan terrible, como era pelear contra su pueblo, ó volver las armas contra su bienhechor. Apenas podia contener su gozo sin que se trasluciese; pero era preciso disimular y hacer bien su causa hasta el fin. ¿Pues qué he hecho yo, dijo á Aquis David, ni qué habeis hallado en vuestro siervo desde el día en que me presenté delante de vos hasta este día, para que no vaya y pelee contra los enemigos de mi señor rey? Bien sé, le respondió Aquis, que tú eres bueno en mis ojos, como un ángel de Dios; pero los principes de los Filisteos han dicho: No irá con nosotros á la batalla. Por tanto levántate mañana muy temprano tú y los que vinieron contigo, y marchad luego que comience á amanecer. Levantóse, pues, David y su gente, todavía de noche, y se volvieron á Sicelec.

Mientras que David, siguiendo al rey de Get, se habia separado muchas leguas de Sicelec, los Amalecitas, noticiosos de su ausencia, hicieron una irrupcion por la parte del mediodía hasta Sicelec, tomaron la ciudad, la saquearon, sacaron de ella cautivos todos sus habitantes y despues la dieron fuego y marcharon á su tierra. Cuando ahora llegaron David y su gente á las cercanias de Sicelec y la vieron despoblada y reducida á cenizas, ¡cuál fué su espanto y dolor!!! Alzaron sus lamentos y sus gritos hasta el cielo, y lloraron hasta que les faltaron las lágrimas. Los Amalecitas se habian llevado cautivas sus mujeres, sus hijos y sus hijas, y también las dos mujeres de David, Aquinoam y Abigail. David, para quien estaba reservada siempre la parte mas amarga, no

solo tuvo que llorar sus esposas, sino tambien que sufrir las amenazas y peligros de una tropa, que trastornada de pena por la pérdida de sus mujeres, hijos é hijas, quiso apedrearle. Mas David acudió luego á su remedio ordinario; se acogió á su Dios, en quien habia puesto su confianza desde sus primeros años. Llamó al sumo sacerdote Abiatar que le acompañaba siempre desde que, huyendo de la matanza de Nobé, se habia unido á él en Ceila, y le dijo que se vistiese el efod para consultar al Señor. Y consultó David al Señor por medio de Abiatar sobre si habia de perseguir á los Amalecitas, y si los alcanzaria; y respondió el Señor, que los persiguiese, que los alcanzaria y les quitaria la presa.

Partió, pues, David con sus seiscientos hombres y llegaron en pocas horas al torrente de Besor; pero no habiendo descansado en Sicelec como pensaban, ni habiéndose detenido mas tiempo que el ocupado en llorar y consultar al Señor, llegaron á fatigarse hasta doscientos, en términos que no pudieron pasar las márgenes de este arroyo. Los cuatrocientos restantes siguieron con David al frente, pero no sabian el sitio fijo en que se hallaban los enemigos; mas la Providencia, que velaba en su favor, hizo que encontrasen con un Egipcio tendido en el camino y medio muerto. Luego le llevaron á David, y habiéndole alimentado, tomó aliento y se recobró, porque habia tres dias y tres noches que no habia comido ni bebido. David entonces le preguntó: ¿De quién eres tú, de dónde vienes y adónde vas? Yo soy, respondió, un jóven egipcio, esclavo de un Amalecita, y mi dueño me dejó abandonado porque principié á enfermar hace tres dias. Nosotros hicimos una irrupcion por la parte del mediodia de Cereti, hácia Judá y Caleb, y pusimos fuego á Sicelec; y dijole David: ¿Me podrás guiar adonde está ese batallon? Júrame por Dios, dijo el Egipcio, que no me matarás ni pondrás en manos de mi dueño, y yo os llevaré adonde está ese batallon, y David se lo juró.

Conducido David por su guía, llegó á la vista de los

Amalecitas, que estaban tendidos por un gran campo, comiendo y bebiendo y celebrando como una fiesta por la presa y despojos que habian tomado en la tierra de los Filisteos, principalmente en Sicelec y en la tierra de Judá. Bien pronto se mudó la escena. Cayó David y su gente sobre ellos, sin darles tiempo ni para armarse, ni para reunirse, y estuvieron pasando á filo de espada desde la tarde de aquel dia hasta la del siguiente, sin que pudiesen librarse mas que cuatrocientos jóvenes que habian subido al principio en camellos y huido. El Señor habia respondido á la consulta de David, que persiguiese á los enemigos, que los alcanzaria y les quitaria la presa, y todo se verificó cumplidamente.

Recobró David todo lo que habian llevado los Amalecitas, sus dos esposas y las mujeres de todos sus compañeros con sus familias, sin que faltase ni un solo individuo desde el mayor al menor, ni de sus hijos ni de sus hijas, ni tampoco de sus bienes. Tomó el botín de los Amalecitas, todos sus rebaños y todas sus vacadas, y los hizo llevar delante de sí, cantando los soldados: Esta es la presa de David (nuestro valiente jefe). El intento del general era dividirlo entre toda su tropa. Llegó David al torrente Besor, y repuestos de su cansancio los que habian tendidos en sus márgenes, salieron al encuentro de David y de la gente que venia con él. David les recibió con agrado y les saludó amistosamente; pero esta buena acogida puso de mal humor á algunos hombres perversos que habian ido con David, y dijeron: Porque no vinieron con nosotros, no les daremos cosa alguna de la presa que hemos tomado. Bástele, pues, á cada uno que se le vuelva su mujer y sus hijos, recíbanlos y marchen. Estos hombres, que el texto sagrado llama pésimos, serian regularmente los alborotadores que quisieron apedrear á David cuando vieron quemada á Sicelec; pero David, así como allí se entregó al sufrimiento y se refugió bajo la proteccion del Señor, aquí se valió de su prudencia, y les dijo: No haréis así, hermanos míos, con lo que el Señor nos ha da-

do; ni habrá quien os escuche sobre esto, porque igual porción tendrá el que va á la pelea que el que se queda con el bagaje: todo se repartirá igualmente. Así se ejecutó con aplauso general; y este modo de repartir el botín pareció tan justo, que desde este día pasó á ser ley en Israel. Volvió, pues, David con toda su gente y familias y con todos sus bienes y el botín de los Amalecitas á Sicelec; y como era generoso y agradecido, aprovechó la ocasión y envió regalos de él á los ancianos de Judá y á los de otras ciudades que le habían socorrido desde que la persecución de Saul le había arrojado de la corte, diciéndoles: Recibid esta bendición de la presa que hemos hecho á los enemigos del Señor.

Saul consulta á la hechicera de Endor.

En la misma mañana que David tomó la vuelta á Sicelec, separándose de los Filisteos, subieron estos á Jezrael. Saul había campado junto á la fuente de Jezrael, y cuando vió el campamento de los Filisteos, temió y su corazón se asustó en gran manera. Luego consulto al Señor, pero el Señor no le respondió, ni por sueños, ni por sacerdotes, ni por profetas. Entonces desesperado y furioso se arrojó á un crimen acaso el mayor de todos los de su vida. Deja de pedir al Cielo y suplica á los abismos. Buscadme, dijo á sus cortesanos, buscadme una mujer que tenga pyton (demonio familiar). Yo iré á verla y á preguntar al infierno lo que no me dice el Cielo. Hay en Endor, le dijeron, una mujer que tiene pyton. Al momento deja Saul sus insignias de rey, y tomando solos dos guardias, fueron de noche á la mujer y la dijo Saul: Adiviname por el pyton y hazme aparecer á quien yo te dijere. Bien sabes, respondió la mujer, todo lo que ha hecho Saul y como ha raído de la tierra los magos y adivinos. ¿Porqué, pues, armas lazos á mi alma para que me quiten la vida? En efecto,

Saul, en cumplimiento de lo que el Señor tenia mandado, habia perseguido á los ariolos, magos y adivinos, y ahora ese mismo Saul es quien viene á consultar á una adivina. Saul la aseguró hasta con juramento que ningun mal la vendria por esto, y entonces dijo la pytonisa ó adivina: ¿Quién quieres que se aparezca? Que se aparezca Samuel, dijo Saul. No ignoraba la infeliz que su arte no alcanzaba á traer las almas de los muertos; pero ella contaba con engañar á este curioso, como lo habia hecho con otros. Toda su habilidad consistia en invocar al demonio, bastante poderoso, no para resucitar muertos, sino para hacer ilusiones á la vista y formar en el aire palabras equivocadas que se tenian por otros tantos oráculos.

La mujer se puso á hacer sus invocaciones y luego vió mas de lo que esperaba. No solia ver ella los vestiglos, espectros ó fantasmas que el demonio formaba para los que consultaban; mas ahora cuando vió aparecer á Samuel, pensó morir de espanto. Dió un descompasado grito y dijo á Saul: ¿Porqué me habeis engañado? Vos sois Saul (se lo diria el demonio). No temas, la dijo el rey. ¿Qué has visto? He visto salir de la tierra un hombre majestuoso que parece un Dios. ¿Qué semblante tiene? Es un venerable anciano, y está cubierto con su manto. Ese es Samuel, dijo Saul, é inclinando su rostro hasta la tierra, le hizo una profunda reverencia. ¿Porqué me has inquietado, dijo Samuel á Saul, haciéndome aparecer? Me veo muy apurado, respondió Saul, porque los Filisteos pelean contra mí, y Dios se ha retirado de mí y no me ha querido oír ni por mano de profetas, ni por sueños. Por esto os he llamado para que me declareis lo que he de hacer. ¿Porqué me preguntais, dijo Samuel, habiéndose retirado el Señor de ti y pasado á tu émulo? El Señor te tratará como te habló por mi boca y cortará tu reino de tu mano, y le dará á tu prójimo David, por cuanto no obedeciste á la voz del Señor, ni ejecutaste la ira de su furor contra Amalec. Por eso, lo que tú padeces, lo ha hecho el Señor; y tambien entre-

gará el Señor contigo á Israel en manos de los Filisteos. Mañana tú y tus hijos seréis conmigo (seréis del número de los muertos como yo).

Desapareció Samuel, y Saul cayó tendido en tierra como muerto. Entró la mujer en la habitacion en que habia pasado esta terrible escena, y dijo á Saul, que estaba en gran manera trastornado: Ya veis que vuestra sierva ha obedecido á vuestra voz. Oid ahora tambien vos la voz de vuestra sierva. Pondré delante de vos un bocado de pan (una comida) para que os repongais y podais hacer vuestro camino. Saul lo rehusó y dijo: No comeré. Entonces los dos oficiales y la mujer le obligaron, y cediendo á sus instancias, se levantó de la tierra y sentó sobre una cama. Preparó la mujer una abundante comida y la puso delante de Saul y sus oficiales, y despues de haber comido aceleradamente, se levantaron, caminaron toda aquella noche y llegaron al campamento antes del dia. La ausencia del rey no fue advertida, y aun tuvo tiempo para ordenar la batalla que principió aquella misma mañana. Israel peleaba esta vez sin la proteccion del Señor, ó mas bien, teniendo contrario al Señor, y era consiguiente su derrota.

Batalla de los Filisteos y muerte de Saul y sus hijos.

Los Filisteos principiaron el combate, y los Israelitas le recibieron con firmeza. Se peleó por algun tiempo con empeño por una y otra parte, pero no tardó en flaquear el ejército de Saul. Iban cediendo el terreno, y aunque se rehacian, era siempre perdiendo fuerzas. Los Filisteos cargaban en la misma proporcion, repetian sus ataques, redoblaban sus esfuerzos, y viendo ceder á sus enemigos, cargaron á un tiempo por todas partes. Entonces, no pudiendo sostener la carga los Israelitas, se pusieron en derrota, y los Filisteos siguieron á los que huian é hicieron en ellos una espantosa carnicería. Lo mas fuerte de

su ejército cayó sobre Saul y sus hijos Jonatás, Abinadab y Melchisua. Estos rodearon al rey y murieron al lado de su padre, peleando valerosamente en su defensa. La vanguardia de los ballesteros cargó sobre Saul, y el infeliz príncipe se vió luego herido peligrosamente y cubierto de su sangre. Un esfuerzo de los pocos valientes que habian quedado de su real guardia pudo librarle de los ballesteros que le habian herido; mas viendo el rey que le alcanzaba el grueso del ejército, dijo á su escudero: Desenvaina tu espada y mátame antes que lleguen esos incircuncisos y me maten haciendo mofa de mí; pero el escudero, aterrado al oirlo, no quiso hacerlo, y entonces Saul tomó su espada, y no teniendo ya fuerzas para atravesarse con ella, la fijó por la empuñadura en la tierra y se arrojó sobre ella y murió; lo cual visto por el escudero, él tambien se echó sobre la suya y tambien murió.

La victoria de los Filisteos fué completa; y á poco tiempo no se veían mas soldados de Israel que los cadáveres esparcidos por los campos de Jezrael y montes de Gelboe. Los tres hijos del rey, sus reales guardias, sus mas valientes oficiales, sus parientes y sus amigos... todos habian muerto en el combate, y el rey habia perecido suicidado por sus mismas manos. Las reliquias del ejército huian errantes, y espavoridas llevaban el terror por todas partes. Las ciudades, las villas y los lugares quedaban desiertos, y todos aquellos contornos sin habitantes. De todo se posesionaron los Filisteos; pero, como solo habian venido á ejecutar las órdenes de Dios contra Saul y su pueblo, luego lo abandonaron todo y se volvieron á su país casi tan repentinamente como habian venido; sin embargo no dejaron de recoger antes el botin. Al otro dia de la batalla vinieron los vencedores á despojar los muertos, y hallaron á Saul y sus tres hijos tendidos en el monte Gelboe. Cortaron la cabeza del rey, tomaron sus armas y enviaron estos trofeos á sus reinos para que los manifestasen á los pueblos y presentasen á sus dioses en los templos. Las armas se colgaron en el

de Astarot y la cabeza en el de Dagon. Por lo que mira á su cuerpo y los de sus hijos, fueron colgados en los muros de la fortaleza de Betsan, que les abrió las puertas despues de la victoria.

Su enterramiento.

Esta fortaleza estaba casi tocando al Jordán, y los habitantes de la ciudad de Jabes-Galaad, que se hallaba situada á la otra parte del río, supieron luego lo que habian hecho los Filisteos con Saul y sus hijos. No tenían en olvido estos agradecidos Galaaditas que la primera batalla que habia dado Saul fué para librarles de la tiranía de Naás, rey de los Amonitas. Se reunieron, pues, los mas valientes y convinieron en ir á descolgar los cadáveres y traerlos á Jabes-Galaad para darles honrosa sepultura. El peligro era grande, porque todo estaba inundado aun de Filisteos; pero eran todos varones fuertes, dice el sagrado texto, y á todo se determinaron. Caminaron toda la noche, y antes del dia llegaron al pié de los muros de Betsan. Descolgaron los cadáveres del rey y sus hijos y los llevaron á su ciudad de Jabes-Galaad, sin haber tenido ni el menor encuentro. Los quemaron y enterraron los huesos bajo de una encina que habia en ella. Hicieron las exequias correspondientes á las personas del rey y de sus hijos, y todos los Galaaditas vistieron luto y ayunaron siete dias en manifestacion de su sentimiento.

David dejó acampados frente á frente los dos ejércitos israelita y filisteo, cuando los recelos de los príncipes de este le obligaron á volverse á Sicelec. Dos dias habia que se hallaba en esta ciudad de vuelta de la derrota de los Amalecitas, y nada sabia de ellos; pero al tercero apareció un hombre que venia, rasgado el vestido y cubierta de polvo la cabeza, el cual, luego que llegó á la presencia de David, se postró delante de él y le hizo una

profunda reverencia. ¿De dónde vienes? le preguntó David sobresaltado al ver su traje y sus maneras. He huido, respondió con un tono de afliccion, he huido del campo de Israel. ¿Y qué es lo que ha sucedido? Dimelo. Señor, huyó el pueblo de la batalla y una multitud cayeron y murieron, y tambien Saul y Jonatás, su hijo, han perecido. ¿De dónde sabes, volvió á preguntar consternado, que han muerto Saul y Jonatás, su hijo? Casualmente vine yo al monte de Gelboe y Saul estaba echado sobre su lanza, y los carros y la caballeria se acercaban á él, y volviéndose á mirar atrás, y viéndome, me llamó y me dijo: ¿Quién eres tú? Soy Amalecita. Pues ponte sobre mí y mátame, porque estoy en congojas y aun está en mí toda mi vida. Entonces poniéndome sobre él, le maté, porque conocia que no podia vivir despues de su ruina, y tomé la diadema (banda real) que ceñia su cabeza y el brazaletes que rodeaba su brazo, y lo he traído acá á vos, mi señor. David al oirlo rasgó sus vestidos, y lo mismo hicieron todos los que estaban con él, y se lamentaron, lloraron y ayunaron todo el dia sobre Saul y sobre Jonatás, su hijo, y sobre el pueblo del Señor y sobre la casa de Israel, porque habian caído á filo de espada. Y dijo David al Amalecita que se lo habia anunciado: ¿Porqué no temiste extender tu mano para matar al ungido del Señor? Y llamando á uno de sus soldados, le dijo: Acéreate, y arrójate sobre él, y el soldado se arrojó sobre él y le mató. Tu sangre, dijo David al verle muerto, tu sangre sobre tu cabeza, porque tu boca ha hablado contra ti, diciendo: Yo maté al ungido del Señor.

Parecia que á este hombre que traía la noticia de la muerte del encarnizado enemigo de David, de la vacante del trono que le pertenecia, y presentaba las insignias reales, se le debian dar albricias y grandes premios, y nada menos esperaba el Amalecita; pero él habia cometido un regicidio, acabando de matar al rey, que no dejaba de serlo porque fuese un suicida, y David no era

un hombre á quien cegase ni tampoco deslumbrase la posesion de un trono. Era un rey justo que principiaba haciendo justicia, sin atencion á una gratitud falsa é interesada. David continuaba poseido del mas profundo sentimiento, y en su afliccion compuso un cántico lúgubre, convidando á todo el pueblo á contemplar y llorar la escena lastimosa de los montes y alturas de Gelboe.

Cántico lúgubre, ó sea Elegía triste de David.

Considera ¡oh Israel! dijo: contempla á los heridos que murieron en los altos.

Los inclitos de Israel fueron muertos en los montes.

¡Cómo cayeron los fuertes!

No lo publiqueis en Get, ni lo anunciéis en las plazas de Ascalon, no sea que se alegren las hijas de Filistin, y se recojien las hijas de los incircuncisos.

¡Montes de Gelboe!!! Ni rocío ni lluvia caigan sobre vosotros, ni haya campos de primicias, porque ahí fué abatido el escudo de los valientes, el escudo de Saul, como si no fuese el ungido.

Sin sangre, ni sin grosura de muertos nunca volvió atrás la flecha de Jonatás, ni la espada de Saul se retiró jamás en vano.

Saul y Jonatás amables y adornados en su vida, tan poco en la muerte se apartaron. Eran mas veloces que águilas y mas fuertes que leones.

Hijas de Jerusalem, horad sobre Saul que os vestia de escarlata en vuestras delicias, que os daba adornos de oro para vuestros atavíos.

¡Cómo cayeron los fuertes en la batalla!!! ¡Cómo fué muerto Jonatás en tus alturas!!!

Duélome sobre ti ¡oh hermano mio Jonatás! Hermoso sobremanera y amable sobre el amor de las mujeres. Como la madre ama á su hijo único, así yo tambien te

amaba. ¡Cómo cayeron los robustos y perecieron las armas guerreras!

Aquí concluyó David su elegía, á la que no pueden compararse ni las mejores de Ovidio. La grandeza de las imágenes, la sublimidad de las alegorías, la profundidad de los sentimientos, las expresiones mas patéticas, los sentimientos mas tiernos... todo brilla, todo encanta, todo conmueve en esta elegía triste. David hace el elogio de Saul sin tocar en sus defectos, derrama su corazón sobre su amable Jonatás, ensalza á los valientes de Israel y hace la pintura del pueblo de Dios, que no debía empañar una desgracia pasajera.

David es ungido y proclamado rey de Judá en Hebron.

La muerte de Saul abría á David el camino para ocupar un trono que le estaba prometido habia ya catorce años; pero fijo en no querer otra cosa que lo que Dios dispusiese de él, antes de dar el primer paso, consultó al Señor diciendo : ¿Subiré á una de las tribus de Judá? Y el Señor le dijo : Sube. ¿Y adónde subiré? Á Hebron. Con esto subió David y sus dos mujeres Aquinoam Jezraelita y Abigail, mujer que fué de Nabal, y llevó tambien consigo los hombres que le acompañaban, cada uno con su familia, dejando en Sicelec únicamente los necesarios para defenderla y conservarla. Llegaron felizmente á Hebron, que no estaba distante y que era entonces la ciudad mas fuerte de la tribu de Judá, situada en su centro. Se fijaron en ella y sus arrabales, y luego que se supo su arribo, vinieron los varones de Judá y ungieron y proclamaron allí á David para que reinase sobre su tribu. Ya habia sido ungido por Samuel para que reinase sobre todo Israel; pero ahora lo es por Abiatar para que reine particularmente sobre la tribu de Judá, que era la suya, y la mas poderosa de todas.

En Hebron tuvo la primera noticia de que los de



Jabes-Galaad habian enterrado los cadáveres de Saul y sus hijos, y luego les envió mensajeros diciéndoles: Benditos vosotros del Señor, que habeis hecho esta misericordia con Saul, vuestro dueño, y le habeis dado sepultura; y ahora el Señor os retribuirá misericordia, y yo tambien os lo recompensaré porque habeis hecho una cosa como esta. Confortense vuestras manos, y sed hombres de valor, pues aunque haya muerto Saul, vuestro dueño, tambien la casa de Judá me ha ungido á mí por su rey.

Abner proclama rey á Isboset en Manhain.

Mas Abner, general de las tropas del infeliz Saul, se habia retirado con las reliquias del ejército que pudo recoger, despues de la derrota lastimosa de Gelboe, á la ciudad fuerte de Manhain, al otro lado del Jordán, como punto mas seguro para defenderse en el caso que los Filisteos siguiesen el alcance; pero como estos se volvieron á sus tierras, Abner quedó sin cuidado, y luego trató de dar sucesor á Saul, y por derecho de representacion debia serlo Mifiboset, hijo de Jonatás, que era el príncipe heredero y habia muerto á la vista del rey padre. Era Mifiboset un niño de cinco años y estaba cojo de ambos piés, porque euando llegó á Gabaa la noticia de la muerte de Saul y Jonatás, la nodriza le tomó en sus brazos y huyendo con él, cayó, y el niño quedó muy lastimado, y sobre todo en las piernas, que ambas se desconcertaron. Abner no juzgó conveniente colocar á Mifiboset en el trono, ya por su debilidad y ya por su corta edad, y puso los ojos en Isboset, último hijo de Saul, y único que quedaba de los cuatro que habia tenido. Este príncipe podia ser mas á propósito. Abner lo presentó al ejército como una persona real conservada por la Providencia en medio de la total ruína de la casa de Saul; y llevándole por todas las filas, fué proclamado rey de Is-

rael. Luego siguieron los pueblos el ejemplo del ejército y se declararon por Isboset los países de Galaad, de Gessuri y de Jezrael, y las tribus de Efrain y Benjamin y todas las de Israel. Solo la de Judá seguia á David, pero era tan poderosa, que ella sola igualaba en fuerza á las demás y aun las superaba.

En tal estado la nacion santa se encontró dividida en dos porciones y con dos reyes al frente. Se halló en un cisma que cesó á los siete años, pero que se renovó ochenta años despues en la muerte de Salomon para no cesar ya mas. La dicha de esta nacion en division tan funesta, estuvo en que ninguno de los reyes queria concluir la con las armas. Isboset se hallaba contento con lo que poseia, y David solo deseaba cumplir los decretos del Señor y entrar en la posesion del reino, que le habia prometido en el tiempo y modo que agradase á su bondad. Estas disposiciones de los dos monarcas mantuvieron dos años la paz entre los súbditos; pero al fin vino á alterarse, y si bien no rompió la guerra con golpes ruidosos, como sucede casi siempre entre dos reyes que se disputan la corona, no por eso dejó de correr desde luego la sangre.

Principia la guerra civil entre Judá é Israel.

No fué David el autor de las primeras hostilidades, y aunque se veia con bastante fuerza para no temer los ataques, sentia tener que derramar la sangre de sus hermanos. No sucedia lo mismo á Isboset, aunque sentia lo mismo. Viendo su general Abner que en la paz se disminuia continuamente el partido de su rey y se aumentaba el de David por la desercion de las banderas del primero á las del segundo, conoció que David no necesitaba de mas que la continuacion de la paz para llegar á ser rey de todo el pueblo de Israel, y trató de evitar este peligro con la guerra. Se puso al frente de un cuerpo fuerte

de tropas, pasó con ellas el Jordán y vino á acampar á Gabaon en la tribu de Benjamin. No se ignoró en la corte de David este movimiento, y luego se dispuso de oponerle fuerzas suficientes. Entre el gran número de sus valientes tenia David tres sobrinos, hijos de su hermana mayor Sarvia, de tanta edad á lo menos como el rey su tío, y de un valor á toda prueba. Estos eran Joab, Abisai y Asael. Joab era el mayor, el general de las tropas y el hombre del mundo mas parecido á David por lo que tocaba al valor y habilidad en la guerra, pero el menos semejante por lo que miraba á la moderacion y la dulzura.

Su calidad de general le daba el derecho de mandar en esta expedicion, en la que no quiso hallarse el rey, acaso por no ver correr la sangre de Israel derramada por Israel mismo. Joab escogió en Hebron un número de tropas suficiente para oponerse á las de Abner, y fué á acampar cerca de la piscina de Gabaon. No estaba declarada la guerra, y aun se ignoraba si se habia de pelear ó tratar de algun acomodamiento entre los dos reyes por medio de sus generales; pero Abner solo intentaba sostener con la guerra la corona de Israel en la cabeza de Isboset.

Lucha de los veinte y cuatro jóvenes.

Asi que, este general fué el que dió principio á la guerra por un género de escaramuza singular, en la que se derramó bastante sangre y la que abrió una campaña civil de cinco años. Salgan, dijo Abner á Joab, algunos jóvenes y escaramucen delante de nosotros; y dijo Joab: Salgan; y luego pasaron al sitio que se designó para la escaramuza doce jóvenes de Benjamin del partido de Isboset y otros doce de Judá del partido de David. Dada la señal, se trabó el combate de hombre á hombre y solo duró un instante. Cada uno se arrojó á su contrario es-

pada en mano, y asiéndose de las cabezas, se atravesaron los costados y cayeron todos muertos. Como todos fueron igualmente robustos para derribar á sus contrarios, se llamó en adelante el lugar de este mortal combate *Campo de los robustos en Gabaon*.

Nada decidió este suceso sangriento, pero dió principio á un combate muy reñido que al fin cedió á favor de Joab; y Abner fué batido, derrotado y perseguido. Asael, hermano menor de Joab, era, dice el sagrado texto, velocísimo corredor, como una corza de las que moran en las selvas, y perseguia á Abner sin desviarse ni á la derecha ni á la izquierda, ni dejar de seguir su alcance. Sintió Abner que le seguia de cerca un hombre, y volviendo la cabeza, dijo: ¿Acaso eres tú Asael? Yo soy, respondió, y entonces le dijo Abner: Vé á la derecha ó á la izquierda; pero Asael no quiso dejar de ir sobre él. Retírate, dijo Abner de nuevo á Asael. Retírate y deja de seguirme; no me obligues á que te cosa con la tierra y no pueda presentar mi semblante á tu hermano Joab; pero Asael no hizo caso, y entonces Abner con un revés de lanza atravesó á Asael de parte á parte y murió allí. Joab y Abisai, hermanos del desgraciado Asael, continuaban persiguiendo á Abner con tanto mas encarnizamiento, cuanto llevaban recién clavada la lanza de la muerte de su hermano. El sol se puso, y ellos llegaron hasta un collado en que se habian rehecho los hijos de Benjamin, formando un batallon á cuyo frente se encontraba Abner, quien gritó á Joab: Y bien, ¿se embravecerá tu espada hasta que no quede ninguno? ¿No sabes que es peligrosa la desesperacion? ¿No será ya tiempo de que digas al pueblo que deje de perseguir á sus hermanos? Y respondió Joab: Vive el Señor, que si lo hubieras dicho desde esta mañana, hubiera cesado el pueblo de perseguir á sus hermanos. Tocó, pues, Joab la trompeta y paró todo su ejército, sin perseguir mas á Israel. Abner y sus gentes caminaron toda la noche, pasaron el Jordán y volviéron á su campamento; y Joab

dejando á Abner, volvió atrás, y juntó todo su pueblo. De los soldados de Joab faltaron diez y nueve, sin contar á Asael; mas de los que estaban con Abner murieron trescientos y sesenta hombres. Tomaron Joab y Abisai el cuerpo de Asael para sepultarle en Belén en el sepulcro de sus padres, y llegaron á Hebron al amanecer del día siguiente.

Familia de David.

No estaba con los sentimientos de David que se adelantase el tiempo de su reinado sobre todo Israel por el camino de los combates y de la sangre; pero el suceso de los jóvenes en Gabaon habia dado el principio á la guerra civil y ya no estuvo en su mano cortarla, porque no lo estuvo un pacífico acomodamiento entre los dos partidos. Comenzó en el segundo año de Isboset, y duró cinco. Se ignoran sus circunstancias, porque nada dice el historiador sagrado; pero sí advierte que la casa de David iba adelantando siempre, y fortificándose mas y mas, y que la de Saul iba decayendo cada día. Además, cuando Isboset carecía enteramente de hijos que pudiesen ocupar otro día el trono, David se rodeaba de príncipes que aseguraban la corona en la cabeza de su familia. Le nacieron en Hebron seis; el primogénito Amnon, hijo de Aquinoam Jezraelita, y despues Cheleab ó Daniel, de Abigail, mujer que fué de Nabal: el tercero fué Absalon, hijo de Maaca, hija de Tolmay, rey de Gesur; el cuarto, Adonias, hijo de Hagit; el quinto, Saffia, hijo de Abital; y el sexto, Jetraan, hijo de Egla, que era la última con quien habia casado David.

Suceso de Resfa y rompimiento de Abner con Isboset.

En el año cuarto de esta guerra tuvo lugar un suceso entre el rey Isboset y su general Abner, que dió á en-

tender que se acercaba el tiempo de reinar David sobre todo Israel. Habia tenido Saul una concubina ó mujer de segundo orden, llamada Resfa, hija de Aya, y de ella le habian nacido dos hijos, que vivian con su viuda madre. Agradó esta á Abner, quien abusó de su poder para satisfacer su deseo. El rey sintió, como debia, el atrevimiento de su general, mas no se atrevió, ó por mejor decir, no tenia fuerzas para castigarle, y hubo que contentarse con reprenderle; pero Abner, en vez de entrar en razon y reparar el mal que se le reprendia, montó en cólera, rompió con el débil Isboset, le echó en cara unos servicios que no le hacia sino para reinar en su nombre, y le apostó hasta con juramento que haria trasladar el reino de la casa de Saul á la de David, para que el trono de David fuese elevado sobre Israel y Judá. La contestacion de Abner era la mas insolente, pero fué preciso que Isboset tragase este enorme insulto porque le temia.

Envió, pues, Abner mensajeros á David para que le dijese de su parte: ¿De quién es la tierra? y que añadiesen: Haz amistad conmigo y mi mano será contigo, y haré que se vuelva á ti todo Israel. David no dudó en aceptar, porque si de parte de Abner era una venganza, de la suya no era otra cosa que la restitucion de un reino que se le habia usurpado hacia mas de seis años. Asi que, David contestó por los mensajeros á Abner, diciendo: Muy bien, yo haré contigo amistades; pero no verás mi semblante sin que primero hayas traído á Micol, hija de Saul. Entonces vendrás y me verás.

Era Micol la primera mujer de David y la habia conseguido á riesgos de su vida. Saul, su padre, se la habia arrebatado y casado con Faltiel, hijo de Lais. David queria separarla de un marido, que en realidad no lo era, y no queria subir al trono de Israel sin que subiese con él una esposa á quien amaba, ni dejar de tener á su lado una descendiente de Saul, ya que el trono iba á salir de su casa.

Para facilitar á Abner la presentacion de Micol, envió mensajeros á Isboset, diciendo : Vuélveme mi mujer Micol, con quien me desposé por cien prepucios de Filisteos, é Isboset mandó tomar á Micol de en casa de Faltiel y llevarla al palacio de David en Hebron. Abner fué el encargado del traslado de la persona real. La tomó de en casa de Faltiel, quien la seguía llorando, hasta que en Baurin, ciudad pequeña de Benjamin, le dijo Abner : Anda y vuélvete, y le fué preciso volverse. Abner continuó su camino hasta Hebron, donde David recibió á su esposa con las demostraciones mas vivas de un invariable amor. Tambien recibió á Abner como convenia á un hombre con quien iba á tratar de un reino. Mandó dar una comida ó banquete á Abner y los veinte varones que venian con él, y concluido, se retiraron el rey y Abner y entraron en conferencias. Yo iré, dijo Abner á David, y reuniré á tí, mi señor rey, todo Israel, y haré contigo alianza para que reines sobre todos en la manera que lo desea tu alma. Así concluyo la conferencia. David acompañó á Abner para despedirle, y este se retiró en paz; mas cuando David quedaba consolándose con la esperanza de ver luego reunido todo el pueblo de Dios, permitió el Señor una nueva prueba que amargó tan dulce esperanza.

Habia algun tiempo que Joab, al frente de un buen cuerpo de tropas, perseguia á los ladrones que se habian derramado en el pais, y causaban grandes males á sus moradores. Por desgracia vino á Hebron con sus tropas y un gran botin poco despues de haber despedido el rey á Abner para que fuese á efectuar la reunion de Israel y Judá en un solo reino; y no faltó quien diese la nueva á Joab y le dijese : Abner, hijo de Ner, ha venido á hablar al rey, y el rey ha salido á despedirle, y se ha ido en paz. Irritado Joab con esta noticia, tuvo el atrevimiento de ir á David y darle quejas, que no permitian ni la moderacion, ni el respeto debido á un tío y á un rey. ¿Qué habeis hecho? le dijo : acaba Abner de venir á vuestras

manos. ¿Pues porqué le habeis dejado ir? ¿No conoceis que Abner ha venido con el fin de engañaros, de saber vuestras entradas y salidas y de conocer todo cuanto haceis? No se explicó mas Joab; pero salió de la presencia del rey con el aire de un hombre enfurecido. Nada malo receló de esto David, acostumbrado á los arrebatos de su sobrino. Por el contrario, creyó que toda su cólera pasaria como sus palabras; pero el buen príncipe se engañó por esta vez.

Muerte de Abner.

Al salir Joab de palacio, envió corredores tras de Abner y le hizo volver desde la cisterna de Sira (cerca de una legua de Hebron) sin saberlo David. Joab y su hermano Abisai le esparaban á la puerta de la ciudad, y cuando llegó Abner, le llamó Joab al medio de la puerta, como para hablarle al oido, y le dió una estocada mortal en la ingle. Abner cayó y espiró. Semejante alevosia era indigna de todo hombre de bien, y en un general y sobrino del rey era una traicion intolerable. Joab, luego que vió á Abner tendido á sus piés, exclamó : Muerto ha sido en desquite de la sangre de Asael, mi hermano. Esto publicó Joab, pero no era esto. La verdadera causa de la muerte de Abner fué la envidia. Temió Joab que Abner se hubiese reconciliado con el rey en la entrevista que habian tenido, y que fuese preferido para el mando de las tropas, y este temor fué la verdadera causa de esta alevosia.

Cuando David supo tan horrible asesinato, penetrado del mas vivo sentimiento, exclamó : Inocente estoy yo y mi reino delante del Señor para siempre de la sangre de Abner, hijo de Ner. Venga (esta sangre) sobre la cabeza de Joab y sobre toda la casa de su padre. No falte jamás de la casa de Joab, ni asesino que haga correr la sangre continuamente, ni leproso que sea arrojado de los reales,

ni afeminado que maneje el huso, ni muerto á filo de espada, ni pobre que mendigue el pan. Y dijo David á Joab y á todo el pueblo que estaba con él : Rasgad vuestros vestidos y ceños de sacos para hacer los funerales de Abner, y luego se dispusieron estos con magnificiencia. El rey mismo iba siguiendo el féreiro, y Abner fué sepultado en Hebron con los honores correspondientes á un primo del rey Saul y al general de su ejército. David, despues de haber llorado sobre su sepulcro, exclamó : No ha muerto Abner como suelen los cobardes. No fueron atadas tus manos ¡oh Abner! ni tus piés estuvieron cargados de grillos : sino que como suelen caer (los valientes) por la traicion de los hijos de la iniquidad, así tú caíste; y todo el pueblo, repitiendo lo mismo, lloró también sobre su sepulcro. Cuando toda la multitud vino á comer con David (el dia de los funerales), juró David, diciendo : Esto haga Dios conmigo, y esto añada, si yo gustase pan ni cosa alguna hasta que el sol se haya puesto. Y pareció bien todo lo que habia hecho y dicho David á vista de todo el pueblo, y conoció todo Israel en aquel dia que el rey no habia tenido parte alguna en el asesinato de Abner, hijo de Ner. Toda la odiosidad cayó sobre Joab, que era el verdadero delincuente, y nada padeció la reputacion de David, que estaba enteramente inocente.

Sin embargo, este asesinato, aunque no destruyó la esperanza de la reunion de los dos reinos, no dejó de entibiarla. David temia el resentimiento de las tribus de Israel contra su general Joab, y temia mas sin comparacion que irritado el Señor con esta alevosia, no se interesase en dar fin al cisma que dividia el pueblo y agotaba su sangre. Debia David castigar ejemplarmente á Joab y á su hermano Abisai que habian cooperado con su asistencia á esta traicion, pero eran los generales de sus tropas, y se habian ganado el afecto de estas, porque en efecto eran diestros y valientes. La tribu de Judá, que le habia ungido rey, los miraba como hijos predilectos, y David

aun no se hallaba con fuerzas suficientes para vencer tantos obstáculos como le impedian hacer justicia. Asi es que en esta ocasion, para que no se creyese que era un disimulo en favor de sus sobrinos, se quejó afligidamente delante de sus cortesanos, diciendo : Yo soy todavía un rey delicado, y estos hijos de Sarvia son duros para mí. El Señor dé el pago al malhechor, segun su malicia (porque yo ahora no puedo).

Supo Isboset que Abner su general habia sido muerto en Hebron, y se le desconyuntaron sus manos, y todas las tribus que le seguian quedaron consternadas. Una suspension de asombro se apoderó de estas tribus, y David huia de dar ni un solo paso hácia la reunion, temiendo que se atribuyese á su deseo de reinar sobre todo Israel. En estas circunstancias la reunion de todas las tribus, tan deseada y necesaria, pareció haberse alejado mucho; pero otra escena de sangre mas preciosa que la de Abner vino á consumarla.

Muerte de Isboset.

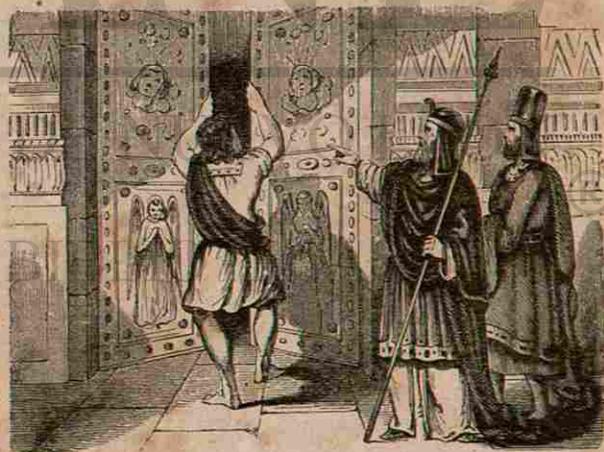
Dos Benjamitas de la ciudad de Berot, llamados Baana y Recab, é hijos de Remon, servian en el ejército de Isboset en la clase de comandantes de tropas lijeras, destinadas á hacer acometidas en los paises enemigos, y tomar cuanto podian, por cuya razon debió llamarles aquí el historiador sagrado caudillos de ladrones. Estos dos malvados vinieron á Manhain, corte de Isboset, en el pais de Galaad, y entraron sin ser advertidos en la casa de Isboset, á tiempo que este príncipe dormia en su cama al mediodía. Por desgracia, la portera, que estaba limpiando trigo, se habia dormido, y ellos tomando unas espigas para disimular en cualquier lance, se internaron hasta la estancia y cama de Isboset; le hallaron dormido, y despues de quitarle la vida, le cortaron la cabeza, y huyendo con ella por el camino del desierto,

anduvieron toda la noche y dias siguientes (porque Hebron distaba cuarenta leguas) y la llevaron á David en Hebron, y dijeron al rey: Hé aquí la cabeza de Isboset, hijo de Saul, vuestro enemigo, que andaba buscando vuestra alma, y el Señor ha dado hoy al rey nuestro dueño venganza de Saul y de su linaje. David quedó traspasado de dolor á vista de esta nueva atrocidad, y en su primer sentimiento, exclamó: Vive el Señor que ha librado mi alma de toda angustia, que si á aquel que me anunció y dijo: Saul ha muerto; pensando traerme una buena nueva, le hice prender y matar en Sicelee, cuando parecia que se le debian dar albricias por la noticia, ¿cuánto mas ahora que unos hombres impíos han quitado la vida dentro de su misma casa y sobre su cama á un príncipe que no les ha hecho mal, no demandaré la sangre real de su mano y los raeré de sobre la tierra? Matadles, dijo David á su guardia; y les mataron y cortaron las manos y los piés, y colgaron aquellas y estos sobre la piscina de Hebron (para público escarmiento). La cabeza de Isboset fué enterrada con gran solemnidad y aparato en Hebron en el sepulcro de Abner.

DAVID, SEGUNDO REY.

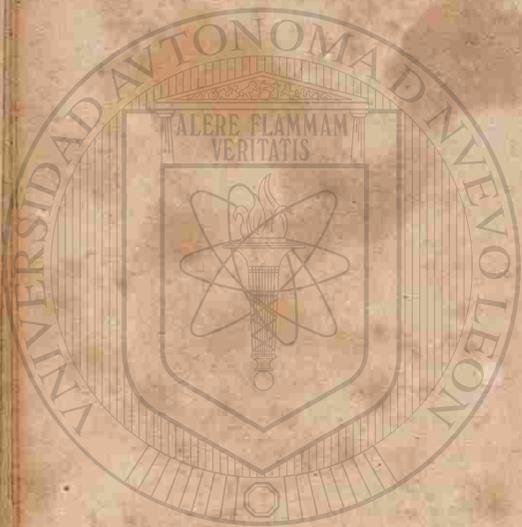
David es proclamado y ungido rey sobre todo Israel.

Habia mucho tiempo que todo Israel estaba inclinado á David. Sabian que el Señor le habia elegido para cuidar de su pueblo, aunque ignoraban el tiempo en que esto se verificaria. Habian visto sus virtudes, su valor y sus victorias en el reinado de Saul, y su prudencia y moderacion en tiempo de Isboset; y sobre todo veian la mano del Señor que le conducia al trono por el cumplimiento de las amenazas hechas á la casa de Saul. Luego que se extendió la noticia de la muerte de Isboset, todas las tribus de Israel vinieron á David en Hebron y



dijeron: Hémos aquí. Hueso tuyo y carne tuya somos (descendientes somos todos de Jacob). Aun en tiempo en que Saul reinaba sobre nosotros, tú eras el que sacabas á Israel (á las batallas) y le volvías (victorioso). Á tí fué á quien dijo el Señor: Tú apacientarás á mi pueblo Israel y tu serás su caudillo. Vinieron al frente los ancianos (el gran sinedrio ó senado) y el rey hizo alianza con ellos delante del Señor de gobernar al pueblo segun la ley del Señor, y ellos en nombre del pueblo juraron ser fieles y obedientes al rey. Despues determinaron que fuese proclamado y ungido rey sobre todo Israel, pero esto pedia una magnífica concurrencia.

David había sido elegido y ungido en secreto rey sobre todo Israel por Samuel, proclamado y ungido en público sobre la tribu de Judá por Abiatar, y ahora iba á ser proclamado y ungido en público y con la mayor ostentacion y magnificencia sobre todo Israel por el mismo Abiatar. Casi todas las tropas de Israel se hallaron en Hebron á la solemne ceremonia de la proclamacion y uncion real, armadas y con sus jefes al frente. De los hijos de Judá seis mil y ochocientos hombres con escudo y pica, escogidos de entre sus numerosas y valientes tropas: de los hijos de Simeon siete mil y cien varones fuertísimos para la pelea: de los de Levi cuatro mil y seiscientos, y además tres mil y setecientos que conducia Joiada, príncipe del linaje de Aaron, y veinte y dos familias que trajo Sadoc, jóven de preciosa indole y príncipe de la casa de su padre: de los hijos de Benjamín tres mil, porque gran parte de ellos estaba aun por la casa de Saul que era de su tribu: de los hijos de Efraim veinte mil y ochocientos, fuertísimos en gran manera, y de nombradía en sus parentelas: de la media tribu de Manasés diez y ocho mil: de los hijos de Isacar doscientos varones eruditos que sabían los tiempos (de las lunaciones y festividades...) para disponer lo que había de hacer Israel: de Zabulon cincuenta mil bien armados: de Neptalí mil príncipes, y con ellos treinta y



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

siete mil armados de escudo y lanza: de Dan veinte y ocho mil y seiscientos dispuestos para combatir: de Aser cuarenta mil, á punto de guerra y prontos para acometer: y en fin de los hijos de Ruben, de Gad y de la media tribu de Manasés, que vivían á la otra parte del Jordán, ciento y veinte mil, provistos de armas de guerra. Todos estos guerreros (que pasaban de trescientos y cuarenta mil) se reunieron en Hebron con un corazón sincero y franco, y teniendo al frente el senado, proclamaron á David rey sobre todo Israel, por sí y á nombre de todo el reino. El gran sacerdote Abiatar, que no se habia separado de David desde que, huyendo de la manzana de Nobé, se unió á él en el bosque Haret, acompañado ahora de gran número de sacerdotes y levitas, ungió solemnemente al rey delante de todo el pueblo.

Tres días estuvo en Hebron la multitud de los hijos de Israel alegrándose en el Señor y celebrando en convites fraternales la proclamación y unción del rey. La tribu de Judá habia hecho provisiones para esta inmensa multitud, y todas las tribus vecinas hasta Isacar, Zabulon y Neptalí habian traído viveres en abundancia, harina, higos, pasas, vino, aceite, bueyes, carneros... de modo que nada faltó en la celebridad de esta gran fiesta, en la que la alegría fué universal, porque todo anunciaba un reinado feliz; y en efecto él fué el mas justo y mas equitativo de todos los reinados de Israel por la prudencia y justicia con que fué gobernado; el mas glorioso por las hazañas militares; el mas religioso por el celo del culto del Señor y la observancia de la ley, y en fin el de mayor esplendor por la grandeza de sus empresas y la santidad de su monarca.

Á este tiempo entraba David en los treinta y ocho años de su edad. Habia pasado los quince primeros en la casa de su padre, ocupado únicamente en pastorear sus ganados. En el diez y seis fué ungió rey de Israel por el profeta Samuel, y en el siguiente se señaló con la famosa batalla y victoria sobre el gigante Goliat. Este

año fué el primero de su elevación y tambien de sus persecuciones. Desde este tiempo hasta la muerte de Saul, aunque llegó á ser yerno del rey, amigo íntimo de su hijo primogénito el príncipe Jonatás, y general el mas famoso del reino, siempre estuvo envidiado, siempre fué aborrecido y tan perseguido siempre, que se vió precisado á vivir como un fugitivo, á errar de ciudad en ciudad, de cueva en cueva, de desierto en desierto; y á desterrarse hasta cuatro veces de su misma patria para librar su vida en el extranjero y procurarse en él un socorro siempre humillante para un personaje de su altura, y las mas veces menguado y peligroso. Sin embargo, la providencia del Señor, cuyos designios seguia, proveyó á todo y le sacó de todos los peligros.

Habiendo muerto Saul en la batalla de Gelboe, David, despues de consultar al Señor, dió el primer paso hácia el trono. Treinta años cumplidos tenia cuando la tribu de Judá le proclamó y ungió rey en Hebron. Siete pasaron despues sin que tratase jamás de reinar sobre las demás tribus por el camino de las armas, aunque estaba elegido por Dios para reinar sobre toda la nacion; mas cuando las muertes de Abner y de Isboset dejaron libre el camino á la union de la nacion, y todas las tribus le hubieron proclamado rey, entró por primer paso de su reinado en una conquista que hizo ver que era digno del trono á que la eleccion del Señor y el deseo general del pueblo le habian elevado; conquista acaso la mas difícil que se habia emprendido desde que el pueblo de Dios estaba posesionado de la tierra prometida. Era la toma de la fortaleza de Sion. ®

La ciudad mas hermosa de toda la tierra que el Señor habia dado á su pueblo, era sin disputa Jerusalem. Ella debia ser la capital del reino, la morada del Señor entre los querubines, el centro de la religion y el teatro de los misterios del Hijo de Dios y de la redencion del hombre. Estaba situada en medio de la tierra de promision y edificada sobre los dos montes de Moria y de Sion. En la

cumbre de este habia una roca cortada en todo su contorno, y sobre ella estaba fabricada una ciudadela, que se llamaba la fortaleza de Sion. La ciudad se extendió tambien por el valle que mediaba entre estos dos famosos montes. Los Benjamitas, en cuya suerte se hallaba Jerusalem, habian tomado á los Jebuseos lo bajo de la ciudad y el monte Moria; pero, en cerca de cuatrocientos años, no habian podido tomar la fortaleza de Sion, por mas que lo habian intentado. David vivió mas de siete años en Hebron, ciudad bastante vecina á Jerusalem, y habia tenido tiempo para observar los daños que los Jebuseos, colocados en aquella fortaleza, causaban á todas las tribus, particularmente á las de Judá y Benjamin. Veía con sentimiento el oprobio que caía sobre todo Israel por consentir que estos Jebuseos habitasen en el centro de la tierra del pueblo del Señor, y no podia sufrir que un puñado de incircuncisos se burlasen de todas sus fuerzas, y del anatema que el Señor habia pronunciado contra toda la nacion jebusea.

Toma de la fortaleza de Sion.

Concluida la solemnidad de la proclamacion y uncion, el rey marchó con todas sus tropas sobre Jerusalem, cercó la fortaleza é intimó la rendicion á los Jebuseos. Estaban estos tan seguros en su ciudadela, que miraron con risa la aproximacion de las tropas de David y el cerco de su fortaleza. Y á la verdad que no dejaban de tener motivo para mirar con indiferencia esta que parecia intentona, despues de cuatrocientos años de acometimientos inútiles. Así es, que á la intimacion de David contestaron con una burla. No entrarás acá, le enviaron á decir, no entrarás acá, si no quitares antes los ciegos y los cojos; porque estos se empeñan en decir, no entrará David acá. David, despues de la reunion de todas las tribus bajo de su cetro, no habia provisto aun el em-

pleo de general que habia ocupado Abner en tiempo de Ishoset, y el modo de proveerle fué propio de un guerrero. Hizo publicar por todo el ejército: que el primero que subiese sobre el muro y matase un Jebuseo, seria general de sus tropas. Dada la señal del asalto, acometen la fortaleza los mas valientes del ejército, trepan á porfia por salvar el muro, pero Joab se adelanta á todos y se encuentra el primero sobre él; derriba con su terrible espada á cuantos se le presentan, y luego se halla rodeado de valientes, que arrojándose sobre los Jebuseos los pasan á filo de espada y dan cumplimiento al anatema pronunciado contra ellos.

No era la intencion de David que recayese el mando de general en el matador de Abner; pero Joab, que no era, ni con mucho, tan hombre de bien como valiente, habia ganado el premio, y no estuvo ya en mano de David dejar de concedérsele. Ya se deja conocer cuánto crédito no traeria al nuevo monarca la conclusion, verificada en pocos momentos, de una empresa que no se habia podido acabar en cerca de cuatrocientos años. David la refirió toda al Señor, y su reconocimiento le mereció la continuacion de su divina proteccion. Dueño el rey de Jerusalem, hizo mudar el nombre de la ciudadela de Sion en el de ciudad de David, y mandó edificar en ella un magnifico palacio que habitó y destinó para habitacion de los reyes de la nacion santa. Hizo tambien levantar edificios en su rededor, y David se iba fortificando, dice el sagrado texto, y el Señor Dios de los ejércitos era con él.

Hiram, rey de Tiro, informado de que David estaba ya en pacífica posesion de todo el reino de Israel, y que exterminados los Jebuseos de la fortaleza de Sion, formaba de ella una gran poblacion con el nombre de ciudad de David, y levantaba muchos y grandes edificios, envió embajadores para darle la enhorabuena de su feliz ascenso al trono, y ofrecerle maderas de cedro y artifices diestros en trabajar esta madera incorruptible, y además

artifices experimentados en el trabajo de piedras, para que las cortasen y labrasen en las canteras de Israel. David recibió á los embajadores con las atenciones debidas á un monarca vecino y generoso; aceptó sus ofrecimientos, y manifestándole su agradecimiento, quedó esperando las maderas y artifices que se le ofrecian, y que envió el rey de Tiro en abundancia. Con esto continuó David fabricando los muchos y grandes edificios que hicieron tan hermosa y fuerte la ciudad de Sion en lo sucesivo.

Guerra de los Filisteos.

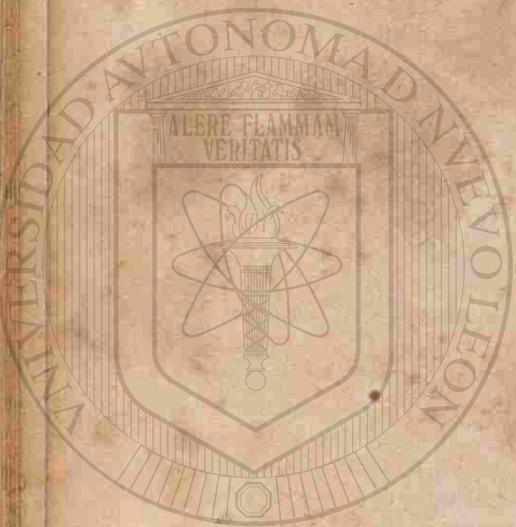
Al ver David que el Señor se le declaraba tan propicio en el principio de su reinado, conoció que le habia confirmado rey sobre Israel, y que habia ensalzado su trono sobre todo su pueblo. Los Filisteos, enemigos antiguos y constantes del pueblo de Dios, luego que oyeron que David habia sido proclamado y ungido rey sobre todo Israel, reunieron las fuerzas de los cinco reinos que componian la nacion filistea, vinieron en busca de David, y se extendieron por el valle de Rafain. Cuando David tuvo esta noticia, se apresuró á tomar el monte y cueva de Odolla para salir desde allí contra ellos. Acaso nunca los Filisteos habian reunido un ejército mas numeroso, ni tampoco mas engreido desde que derrotaron tan completamente á Israel en la batalla de Gelboe; pero tambien David contaba con cerca de cuatrocientos mil combatientes, mas animados aun que los Filisteos con la vista del vencedor de Goliat puesto á su frente. Parece que nada tenia que temer David con tropas tan numerosas y decididas, mas no por esto se creyó dispensado de contar con la aprobacion del Cielo para entrar en la batalla. Consultó, pues, al Señor por medio de Abiatar, sumo sacerdote, diciendo : ¿ Si iré contra los Filisteos? ¿ Y si los pondréis en mi mano? Y dijo el Señor : Sube, que yo entregaré y pondré á los Filisteos en tu mano.



Entretanto que David consultaba al Señor de los ejércitos y dador de las victorias, los Filisteos avanzaban y formaban en orden de batalla. No se descuidó David en mover su ejército y presentarse á su frente, y luego se vieron los campos de Rafain y los montes de Odolla cubiertos de una multitud innumerable de tropas prontas á entrar en combate y ansiosas de la victoria. Nadie creería al contemplar este espantoso y terrible espectáculo, que la batalla no sería de las mas sangrientas y encarnizadas, pero no fué así. Fué solo una derrota, porque al primer choque el Señor dividió y derramó por todas partes á los Filisteos, como se derraman las aguas por los valles.

El Señor habia prometido á Israel por boca de Moisés, que si guardaba su ley, caerían delante de él sus enemigos, y que vendrían contra él por un camino y huirían de él por siete, y esta promesa es la que se ve cumplida plenamente en esta ocasión. Los Filisteos vinieron reunidos de sus reinos por un solo camino, y huyeron por siete, esto es, por todas partes, dejando cuanto traían en el campo de batalla, hasta sus mismos dioses, dioses que David mandó hacer pedazos y arrojar al fuego. Tomaron las tropas de David el botín de los Filisteos, y se volvieron á sus puestos, pues aunque la batalla fué gloriosa y provechosa para los Israelitas, no fué decisiva; los Filisteos habian perdido mas gloria y bienes que soldados, y al cabo de pocos días se rehicieron y volvieron al campo de Rafain á presentar nuevo combate. [®]

Habia reconocido David muy sensiblemente el dedo del Señor en la primera batalla para poder olvidar al dador de la primera victoria, ni dejar de contar con él para conseguir la segunda. Volvió á consultar al Señor por medio de Abiatar, diciendo: ¿Si subiré contra los Filisteos y los entregaréis en mis manos? Y dijo el Señor: No subas contra ellos derechamente, mas da vuelta por la espalda, y por ella entrarás en el combate; por-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

que entonces mis ángeles saldrán delante de tí á herir el campo de los Filisteos. David lo hizo como el Señor lo mandaba, y los Filisteos fueron desechos al primer encuentro, y cargados por las tropas de Israel desde Gabaa hasta Gezer por espacio de cinco leguas. Estas dos victorias, añadidas á tantas hazañas ejecutadas por David, hicieron muy célebre y muy temible su nombre en todos las regiones. El Señor infundió el pavor del rey de Israel en los corazones de todas las gentes que rodeaban la nacion santa, y desde este dia principió Israel á gozar de reposo.

Traslacion del arca del Señor.

David era muy valiente, era un héroe, pero tenia todavía mas religion que valor. Reconocido por rey de todo Israel, vencedor y exterminador de los Jebuseos, victorioso contra los Filisteos, dueño de la fortaleza de Sion; y gozando en fin de una paz que nadie se atrevia á turbar, determinó trasladar el arca del Señor, que estaba en la ciudad de Cariatiarin, á la de Jerusalem, y colocarla en la forteza de Sion. Convenia á la piedad del rey, á la devocion de los pueblos, y sobre todo á la magnificencia del culto del Señor, que el arca santa estuviere en la capital del reino para que fuese allí el centro de la religion; mas David no quiso emprender la traslacion de este sagrado monumento sin contar con el consejo de los principales de la nacion. Juntó, pues, en Jerusalem á los tribunos, á los centuriones y á todos los príncipes, y dijo á toda esta reunion: Si os place, y vienen del Señor nuestro Dios mis palabras, llamemos á nuestros hermanos (principales) que estan en todas partes del reino, particularmente á los sacerdotes y levitas, para que se junten con nosotros y traigamos (á la fortaleza de Sion) el arca de nuestro Dios; y todos á una respondieron que se hiciese así, porque á todos agradó la proposicion.

Congregó, pues, David á todo Israel, desde Sior, rio de Egipto, hasta la ciudad de Emat, esto es, de toda la tierra de promision, para traer el arca del Señor de Cariatiarin, que distaba mas de cuatro leguas de Jerusalem, y colocarla en la forteleza de Sion. La concurrencia fué prodigiosa. Señalado el dia del viaje, hizo marchar el rey delante de sí treinta mil combatientes escogidos, y puestos al frente de todo el pueblo, se enecaminaron todos en buen orden á la ciudad de Cariatiarin, á la casa de Abinadab, para traer el arca del Señor, Dios de los ejércitos, sentado entre los querubines. Tomaron los sacerdotes y levitas el arca santa de la casa de Abinadab, y la pusieron sobre un carro nuevo, y Oza y Ahio, hijos de Abinadab, guiaban el carro. Ahio le precedia, y Oza le seguia. Una parte de las tropas y del pueblo caminaban delante del arca, y otra detrás, de modo que el arca de Dios venia en el centro. David y todos los músicos precedian los mas inmediatos al arca y cantaban con gran melodia, y tocaban todo género de instrumentos, cítaras, liras, tambores, sistros, címbalos, trompetas... y David y todo Israel danzaba en presencia del Señor. Así caminaba Israel alegrándose en el Señor, mas cuando llegaron á la era de Nacon, extendió Oza la mano para sostener el arca que se inclinaba un poco, porque los bueyes coceaban, y el Señor se indignó en gran manera contra Oza, y le hirió por la temeridad de haber tocado al arca, y cayó muerto allí junto al arca del Señor. Mandaba la ley que el arca santa fuese llevada en hombros de sacerdotes de la descendencia de Aaron, ó de levitas de la familia de Caat; y Oza, siguiendo el mal ejemplo de los Filisteos, la llevaba sobre un carro, haciéndose con esto culpable de los peligros á que la exponia, como fué el ladearse de hecho, y haber podido caer del carro en cualquier tiempo que los bueyes se hubiesen precipitado. Por otra parte, estaba prohibido á los levitas tocar el arca con pena de muerte, y esta pena se ejecutó inmediatamente en Oza. David se en-

tristeció viendo que el Señor había quitado la vida á Oza, y llamó al sitio en que cayó muerto *el castigo de Oza*. Siempre había temido David al Señor, pero en aquel día le temió sobremanera, y dijo asombrado: ¿Cómo puedo yo recibir dentro de mi casa el arca del Señor? Y por esto no la llevó ya á su casa, sino que la hizo llevar á la casa de Obededom.

Era este un levita irreprochable, un varón de gran virtud, y recibió el arca santa en su casa con la mayor veneración y el más profundo respeto. Bien pronto experimentó que la morada del Señor en casa de un hombre bueno, es el manantial de todas las bendiciones. Tres meses estuvo el arca de Dios en la casa de Obededom, y el rocío del cielo y lo pingüe de la tierra vinieron á ella. Bendijo el Señor á Obededom y á toda su casa, y se aumentó admirablemente su familia, se multiplicaron sus ganados, y fueron fertilísimos sus campos.

Supo David que el Señor había bendecido á Obededom y á todas sus cosas por causa del arca, y luego determinó traerla á su ciudad de Sion. Levantó un edificio separado para el arca del Señor, y extendió en él un tabernáculo nuevo en lugar del de Moisés que había quedado en Gabaon. En el centro colocó un pabellon que cubrió con pieles como el tabernáculo para colocaren él la santada arca, y en la entrada erigió un altar para ofrecer los sacrificios. En rededor dispuso habitaciones para los sacerdotes, para los levitas, para los músicos y para los porteros, y declaró antes de trasladarla que todo aquel edificio seria lugar de asilo, adonde podrian refugiarse los culpables de aquellos delitos de los que la ley le concedia.

Otra traslacion del arca santa.

Prevenida así la habitacion para el arca del Señor, se guardó muy bien David de exponerse en esta traslacion á los yerros que se habían cometido en la an-

terior, y que habían dado motivo al enojo del Señor y á la muerte del temerario Oza. Juntó á todo Israel en Jerusalem, principalmente á los hijos de Aaron y los levitas, para trasladarla al lugar que había preparado. Se marchó con el mismo orden que se había hecho antes, y habiendo llegado á la casa de Obededom, tomaron los sacerdotes el arca santa, y no la pusieron sobre un carro como entonces, sino sobre los hombros de los levitas. Los ancianos, los príncipes, todo el pueblo de Israel acompañaba el arca del Señor con voces de júbilo y con sonido de címbalos, de trompetas, de cítaras... Todos los cantores y todos los levitas iban vestidos de una túnica de lino fino, y el mismo David se había quitado los ornamentos reales, y vestido también de una túnica de lino finísimo y sobre ella del efod de lino. Iba el rey delante del arca, tocando su arpa, y rodeado de siete numerosos coros de músicos, cuyos cánticos é instrumentos hacian una armonía que llenaba de alegría á todo Israel. Cada seis pasos se sacrificaba un buey y un carnero, y el rey saltaba de gozo, y danzaba con todas sus fuerzas delante del Señor. Estaba la casa de Obededom muy próxima á Jerusalem, y aunque la procesion caminaba pausada y majestuosamente, y se hacian continuas paradas para sacrificar las victimas, no tardó mucho en llegar á la fortaleza de Sion, donde estaba preparada su nueva mansión.

Los sacerdotes bajaron el arca santa de los hombros de los levitas, y la colocaron con el más profundo respeto bajo del gran pabellon que se había formado para su morada. Entonces los levitas sacrificaron siete toros y siete carneros en reconocimiento y accion de gracias al Señor porque les había concedido trasladar el arca santa sin la desgracia de Oza ni otra alguna, antes por el contrario con una felicidad y alegría inexplicable. David ofreció también muchos holocaustos y hostias pacíficas delante del Señor. Habiéndose concluido todo con indecible consuelo de todos, David se volvió al pueblo y

le bendijo en nombre del Señor, Dios de los ejércitos; distribuyó en seguida á todos, tanto hombres como mujeres, una hojuela de pan, un pedazo de carne de buey asada, y flor de harina, frita en aceite, y les despidió; y cada uno se volvió á su casa alabando y bendiciendo al Señor, Dios de Israel, y cantando sus grandezas y sus glorias.

David, despedida la multitud, se retiró á su palacio, no como un rey que va á sentarse en el trono, tomar el cetro y dar órdenes, sino como un padre que va á bendecir á su familia despues de haber bendecido al pueblo, á reposar en su seno, á contar las maravillas del Señor, y repartir con ella el gozo en que rebotaba... pero ¡cuál debió ser su sorpresa al ver el recibimiento que le hizo la persona mas principal y mas amada! Micol, su esposa, habia visto desde su habitacion á David sin vestiduras reales, cubierto con una túnica y un efod, y saltando y danzando delante del arca santa, y le habia despreciado en su corazon. Esta hija de Saul, tocada de la altivez y soberbia de un padre que se habia sobrepuesto á los mandatos de Dios, miró con desprecio el estado sencillo y humilde á que se habia reducido su esposo delante del Señor. Juzgó que su cántico y su danza envilecian la dignidad real, y tuvo por un oprobio que se hubiese desnudado de las vestiduras reales, y cubierto con un efod y una túnica; y esto era cabalmente lo que el religioso David habia juzgado conveniente en una solemnidad de religion. Apenas entró en su palacio, cuando la orgullosa princesa le salió al encuentro, y con un aire de desprecio, le dijo: ¡Qué glorioso se ha ostentado hoy el rey de Israel, descubriéndose delante de las criadas de sus siervos, y desnudándose (de las vestiduras reales) como si se desnudase un bufon! La atrevida y picante ironía que contenian estas palabras de la hija de Saul, era patente, y David lo sintió profundamente, no tanto por el insulto que recibia, cuanto por el que hacia á la piedad, y así la respondió de un modo que humilló

su orgullo y volvió por la piedad vilipendiada. Delante del Señor, la dijo, delante del Señor que me eligió mas bien que á tu padre y toda tu casa para que fuese yo la guia de su pueblo de Israel, delante del Señor danzaré y me haré mas vil que lo que me he hecho, y seré humilde en mis ojos, y apareceré mas glorioso para con las criadas de que has hablado. Micol, engreida por su nacimiento, y mas mundana que religiosa, miraba con desprecio todo lo que no era grandeza y altura, aun cuando perteneciese al culto del Señor; pero David, formado en la escuela de la religion y la humildad, ponía toda su gloria en olvidarse de sí mismo para ensalzar al Señor. No sabemos qué impresion hizo en Micol la reprension de un rey, que sabia hermanar mejor que ninguno otro de la tierra la humildad de un santo con la majestad de un monarca; pero sabemos que el Señor la castigó con el oprobio de la esterilidad y que nunca esta princesa dió un hijo á David que pudiese subir al trono de Saul, su padre. Por lo que respecta al rey, no sucedió lo que vemos tantas veces en los cobardes piadosos. David no dejó de serlo por los baldones que le ocasionaba su piedad; al contrario, se miraba tan léjos de haberla satisfecho, que solo pensaba en aumentarla.

Piensa David en hacer un magnífico templo al Señor,
y el Señor se lo prohíbe.

Se consideraba este piadoso monarca viviendo en su magnífico palacio de Sion, mientras que el arca del Señor moraba en una casa bajo de un pabellon cubierto de pieles, y al hacer esta comparacion, su corazon le reprendia de haber hecho tanto para sí y tan poco para el Señor. Con el fin de acallar esta inquietud y contentar su piedad, pensó en hacer un magnífico templo en Jerusalem, su corte y capital de todo el reino, donde se diese culto al Señor con todo el esplendor y magnifi-

cencia posible. Comunicó esta idea al profeta Natán, y le manifestó al mismo tiempo el motivo y el deseo que se le había sugerido. ¿No ves, le dijo, que yo habito en un palacio de cedro y el arca del Señor bajo de pieles? (Esto me parece mal y pienso hacer para el Señor un templo magnífico.) A ti ¿qué te parece? Haz, dijo Natán, no como profeta, sino como consejero que era del rey, haz todo lo que has pensado, porque el Señor es contigo. El rey y el consejero obraban piadosamente. El primero proponiendo, y aprobando el segundo la fabricacion del templo; pero el Señor, que había inspirado á David el proyecto, no quería que David fuese el ejecutor de la obra.

En aquella misma noche dijo el Señor á Natán: Anda y dí á mi siervo David: Esto dice el Señor: ¿Por ventura serás tú el que me edifique casa para habitar? Ni yo (mi arca) he habitado en casa desde el día que saqué á los hijos de Israel de la tierra de Egipto, sino que he venido bajo de pabellón ó de tienda. ¿Acaso he dicho yo á alguna de las tribus de Israel: ¿Porqué no me habeis edificado casa de cedro? Dirás, pues, á David: Yo te saqué de los apacentamientos cuando ibas siguiendo las ovejas para que fueses caudillo sobre mi pueblo de Israel, y he estado contigo en todo cuanto has andado, he destruido delante de ti á todos tus enemigos, y he hecho grande tu nombre como el de los grandes que hay sobre la tierra; pero no podrás edificar casa á mi nombre, habiendo derramado tanta sangre delante de mí. Cuando hayas cumplido tus días (de vida) levantaré (sobre el trono) despues de ti un hijo tuyo y aseguraré su reino. Este me edificará casa. Esto dijo el Señor á David por boca de Natán, su profeta. David comprendió bien en esto que el Señor le había destinado para las batallas y á su hijo para recoger el fruto de las victorias, y que á él tocaba hacer las prevenciones para la obra, y á su hijo ejecutarla. Cesó, pues, de pensar mas en la edificacion de un templo al Señor, se consoló

con el mérito de haberlo querido, y se conformó gustoso con la voluntad del Dios á quien quería edificarle.

Varias guerras y victorias de David.

El Señor había señalado á Abraham y á Moises los términos de la tierra prometida, y aun no se había conseguido verla libre de extranjeros y ocupada únicamente por el pueblo escogido. David, rodeado de valientes y numerosos guerreros, emprendió esta obra y no tardó en concluirla. Desde luego se dirigió contra los Filisteos, principales enemigos del pueblo de Israel; les ganó una gran batalla, humilló su soberbia, y de tal modo abatió sus fuerzas, que en mucho tiempo no volvieron á levantar cabeza. Cambió el tributo. El que Israel pagaba á Filistin, hizo que Filistin le pagase á Israel, y para colmo de su victoria les tomó la corte de Get con todas las poblaciones de su dependencia. Del país de los Filisteos que estaba al occidente, volvió hácia el oriente, y fué á atacar á Moab, pueblo enemigo del suyo. La victoria le siguió desde Get á Moab. Deshizo á estos enemigos, y á fin de contenerlos con el terror, trató á los prisioneros con un rigor que no estaba con su carácter de mansedumbre. Pasó la mitad á filo de espada. Acaso tuvo orden del Señor para obrar así con estos encarnizados enemigos. Estas dos importantes victorias no costaron, por decirlo así, al héroe de Israel sino el tiempo de marchar y combatir. Pasó en seguida el Jordán para llevar su conquista hasta el río Eufrates, que era el término señalado por el Señor en la parte del norte; presentó batalla á Adarecer, hijo de Rohob, rey de la Siria de Soba. Este rey había hecho alianza con el de Siria de Damasco para detener los progresos del nuevo conquistador. David previno la reunion de los dos reyes. Atacó al de Soba antes que llegase el de Damasco, y le deshizo con la misma prontitud que á los Filisteos y Moabitas. Tomó

mil carros de á cuatro caballos, siete mil soldados de á caballo y veinte mil de á pié. Desjarretó todos los caballos de los carros, á excepcion de cien tiros de á cuatro caballos que reservó para si. Tomó tambien les armas de oro que habian traído al combate los siervos de Adarecer y las hizo trasladar á Jerusalem para la obra del templo que habia de edificar su hijo, y además tomó de Bete y Berot, ciudades de Adarecer, una cantidad muy grande de bronce, del que se fabricaron á su tiempo el vaso ó pila que se llamó *mar de bronce* por su gran capacidad, otros vasos menores y las columnas de bronce que fueron unos de los mas bellos adornos del templo. Apenas David habia destruido el ejército de Adarecer, rey de Soba, cuando se presentó el rey de Damasco que venia á dar socorro á Adarecer. David le atacó, le derrotó y le mató veinte y dos mil hombres. Entró seguidamente en las mejores ciudades de Siria, puso en ellas fuertes guarniciones, se apoderó de Damasco, é hizo á todo el país tributario de su corona. Asi protegía y ayudaba el Señor á un rey segun su corazon, mas el santo rey léjos de envanecerse con tan prósperos sucesos, solo pensaba en dar gloria al Señor, reuniendo los despojos que tomaba á los idólatras para la edificación de su templo.

Oyó Tou, rey de Emat, que David habia derrotado el ejército de Adarecer, y envió su hijo Jorán á David para darle el parabien y congratularse con él, porque Tou era enemigo de Adarecer. Envió tambien magníficos regalos de oro, de plata y de cobre, que presentó Jorán á David, para protestar su amistad, y David los recibió en señal de que se la concedía de buena voluntad. Consagró tambien estos presentes al Señor, y lo mismo hacia con lo que tomaba en las demás guerras que sostenía. Así todas las riquezas que tomó á los idólatras, á Filistin, á Moab, á Adarecer, al rey de Damasco, á Amon, á Amalec y á los demás enemigos... todas fueron remitidas y reunidas en Jerusalem; y el mayor consuelo del pia-

doso monarca era considerar que algun dia todas aquellas riquezas se emplearian por su hijo y sucesor en edificar en Jerusalem un magnífico templo al soberano Dueño de todas las riquezas. David continuaba sus victorias, y el Señor le conservaba y protegía en todas las batallas que daba.

No quedaban ya á David otros enemigos que los que miraba como hermanos. Estos eran los Idumeos, descendientes de Esaú, que por su color rojo se llamó Edom, hermano gemelo de Jacob, de quien descendia el pueblo de Israel. Ya se ha referido largamente todo lo que pasó entre estos dos hermanos, cuya lucha principiò en el seno de su madre Rebeca, y aunque Jacob, á costa de dones y humillaciones, logró reconciliarse con Esaú, parece que su descendencia no se habia olvidado de que su padre era el primogénito de Isaac, con cuya primogenitura se habia alzado Jacob por un plato de lentejas. Estos Idumeos, que habitaban entre oriente y mediodia, no solo habian hecho excursiones en las tierras de Israel durante la ausencia de David, sino que le esperaron en órden de batalla en el valle de las Salinas. David les acometió y les derrotó, quedando muertos en el campo de batalla diez y ocho mil, y dispersándose el resto. En seguida David, para evitar nuevos combates con los que miraba como hermanos, puso gobernadores y guarniciones en toda la Idumea, y toda le quedó sujeta, cumpliéndose aquí literalmente lo que dijo Dios á Rebeca con ocasion de la pelea de los dos hijos Esaú y Jacob que luchaban en su vientre, á saber, *que el mayor serviria al menor*, y acaso por este cumplimiento, dice aquí el sagrado texto, que David se adquirió con esto fama, y no lo dice de las demás victorias que acababa de conseguir y que habian sido sin disputa más famosas que la de los Idumeos. Los historiadores sagrados, que en los hechos que refieren se limitan generalmente á los sucesos, y no entran á individualizarlos sino en cuanto conviene para manifestar las adorables disposiciones de

la providencia del Señor, los golpes de su terrible justicia, su inagotable misericordia, ú otros de sus divinos atributos, apenas nada nos dicen de la multitud de circunstancias que debieron ocurrir en estas guerras tan fuertes que sujetaron á príncipes y reyes de oriente y de occidente, de mediodía y de norte.

Salmos.

David, después de haber concluido acaso en menos de un año tantas guerras y con tanta felicidad, se entregó á oír á su pueblo, administrarle justicia y extender por todo el reino la piedad que era, por decirlo así, su pasión dominante. En sus fervores componía este piadoso monarca Salmos que contenían las expresiones más patéticas y los afectos más tiernos para con el Señor, ya de alabanza por sus admirables y portentosas obras, ya de gracias por sus infinitas misericordias, ya de invocación para implorar su asistencia y su socorro contra los enemigos, ya de arrepentimiento para conseguir el perdón de los pecados y de tener sus castigos... Salmos que anunciaban continuamente al divino Redentor del género humano, expresando con la mayor individualidad las circunstancias de su Encarnación, de su Nacimiento, de su Vida, de su Pasión y su Muerte, y de su Resurrección y reino eterno, y esto lo anunciaba más de mil años antes de su venida. El número de estos Salmos compuestos en el discurso de su vida, llega hasta ciento y cincuenta, todos en verso. Ya había puesto varios en música para cantarlos en las dos traslaciones del arca santa; y ahora se aprovechó de este tiempo de sosiego para seguir poniéndolos en el mismo tono por sí mismo, y por los mejores músicos del reino; y como el arca reposaba ya en su alcázar de Sion, aprovechó también este tiempo para fijar el número y orden de los músicos y cantores, las horas del culto público y los Salmos ó partes

de Salmos que se habían de cantar á música ó sin ella. Procuró que estos mismos Salmos sirviesen para el uso del pueblo, ya leyéndolos, ya meditándolos y ya cantándolos en tonos acomodados á todos. Así estas divinas oraciones ó soliloquios, como llamaron algunos santos Padres á los Salmos, dictados todos por el Espíritu Santo, y escritos la mayor parte, ó quizás todos, por David, vinieron á ser las oraciones y los cantares de Israel en el templo y fuera de él. La esposa del Cordero, la Iglesia de Jesucristo que tomó desde su nacimiento estos divinos Salmos para rendir su culto al Señor de la gloria, ha venido usándolos hasta nuestros días, y no dejará jamás de usarlos. Por muchos siglos no solo resonaron en los templos como ahora, sino en todo el pueblo cristiano, que ó asistía á los oficios divinos ó los rezaba y cantaba en las casas y en los campos. Si el Dios de la piedad, del honor y de la gloria nos concediera que en vez de esa multitud de impiedades, de blasfemias y de abominaciones que se recitan y cantan en los teatros, en las casas, en las calles y en los campos, se cantasen estas odas divinas, estas poesías celestiales, estos cantares sagrados... ¡Oh! ¡cuántos y cuántos rocios de virtud, de vida y de salvación no bajarían del cielo á fertilizar las almas, y cuántos saludables efectos no se verían luego en el pueblo cristiano! ¡cuánta reforma y mudanza de costumbres, y cuántos frutos de salvación eterna! cuánta... pero sacrifiquemos nuestros deseos de continuar quejándonos de esta lastimosa corrupción y exhortando á su remedio, puesto que la historia no permite ni largos apóstrofes, ni largas digresiones.

David y Mifboseset.

La audiencia y administración de justicia, y el empeño de aumentar el culto del Señor, no impidieron al activo, piadoso y benéfico monarca el mirar por las reliquias

de la casa de Saul, su antecesor y su suegro. ¿Ha quedado, preguntó, alguno de la casa de Saul para hacer con él misericordia por amor de Jonatás? Queda aun, respondió Siba, criado ó mayordomo que habia sido de la casa de Saul, queda un hijo de Jonatás, impedido de los piés. ¿Dónde está? dijo David. En casa de Machir, hijo de Amiel, en la ciudad de Lodobar, respondió Siba. Entonces David le hizo traer de Lodobar, y luego que Mifiboset llegó á la presencia del rey, se inclinó sobre su rostro y le hizo una profunda reverencia. ¿Mifiboset? dijo el rey. Aquí teneis á vuestro siervo, respondió Mifiboset. No temas, le dijo, porque yo haré misericordia contigo por amor de Jonatás tu padre, y te restituiré todas las tierras de Saul tu abuelo, y tú comerás siempre á mi mesa. ¿Y quién soy yo, dijo Mifiboset, haciendo otra profunda reverencia, para que tengais misericordia de mí? Pero el rey, sin contestarle, llamó á Siba y le dijo: Todo lo que poseía Saul y todos los bienes de su casa he dado al hijo de Jonatás, hijo de tu señor (Saul). Tú, pues, y tus hijos y tus siervos labraréis las tierras, y suministrarás alimentos al hijo de tu señor (Mifiboset) para que se alimente, pero Mifiboset, hijo de tu señor (Jonatás) comerá siempre pan á mi mesa; y dijo Siba al rey: Conforme á lo que habeis mandado, mi rey y mi señor, á vuestro siervo, así hará vuestro siervo. Tenia Siba quince hijos y veinte criados y todos servian á Mifiboset y cuidaban de la hacienda de su hijo (iterno y único llamado Mica), y Mifiboset moraba en Jerusalem y comia en palacio como uno de los hijos del rey.

Hanon, rey de los Amonitas, trata afrentosamente á los embajadores de David.

Muy dulce era para David estar ocupado en gobernar en paz su reino, extender y aumentar el culto del Señor, derramar gracias y hacer dichosos; pero su destino

al manejo de las armas era tal, que hasta las diligencias que hacia por conservar la paz con sus enemigos se las ponian en las manos. En el discurso de las últimas guerras que habia hecho á los Filisteos, Moabitas, Syros é Idumeos, habia perdonado á los Amonitas, cuyo rey era Naas, á quien debia favores por el buen tratamiento, que tanto él como su familia habian recibido en tiempo de la persecucion de Saul. Murió Naas, y Hanon su hijo entró á reinar en su lugar. Queriendo David presentar con este motivo una prueba de su reconocida memoria, envió embajadores á Hanon para darle el pésame de la muerte de su padre, y la enhorabuena de su ascenso al trono. Nada mas puesto en razon, ni mas sencillo, y acaso así lo entendió Hanon; pero los grandes del reino juzgaron de otro modo. Creyeron que eran astucias de un enemigo los procederés sinceros de un buen amigo. ¿Creeis, dijeron al rey, que por honrar á vuestro padre os ha enviado David consoladores, y no ha sido mas bien para reconocer la ciudad y destruirla?

Un príncipe jóven es harto desdichado en oír un mal consejo. Débil é inexperto para buscar y encontrar en esta edad lo bueno, solo tiene comunmente brio y temeridad para ejecutar lo malo. Aconsejado Hanon de sus cortesanos, se atrevió á insultar á un rey guerrero y á atropellar la salvaguardia de los embajadores. Mandó arrestarlos é hizo que les rayesen la mitad de la barba y cortasen los medios vestidos, esto es, desde los piés hasta las asentaderas, y en esta desnudez vergonzosa y ultrajante los envió al rey su amo. Ellos se retiraron llenos de ira y de vergüenza, y se encerraron en el primer pueblo que quiso ocultar su oprobio. Desde allí dieron aviso á David del atentado cometido contra sus personas y contra la dignidad real, y el rey les mandó que pasasen á Jericó y permaneciesen allí hasta que les creciese la barba, y entonces volviesen á Jerusalem. David era rey valiente y rey del pueblo de Dios, y sintió vivamente la indigna conducta de Hanon. Creyó que el Se-

ñor no había permitido un insulto que no tenía ejemplo sino para darle motivo á castigar á unos idólatras con los que había contemporizado acaso demasiadamente, y luego se preparó para el castigo.

Guerra de David con los Amonitas.

Considerando los hijos de Amon la enorme injuria que habían hecho á David, y conociendo que un rey justo y poderoso trataría de castigarla ejemplarmente, se previnieron para la defensa, haciendo venir tropas de todas partes. Enviaron mil talentos de plata para tomar á sueldo carros y gentes de á pié y de á caballo de la Mesopotamia, de la Siria de Maaca, de la de Soba, de la de Rohob y de la tierra de Istob, y reunieron treinta y dos mil hombres en carros armados, y treinta y tres mil de á pié y de á caballo. Todas estas tropas vinieron al reino de Hanon y se acamparon en frente de la ciudad de Madaba, y los Amonitas por su parte juntaron su ejército en Madaba y vinieron á él de todas las ciudades. David envió á Joab y todo el ejército de los varones fuertes. Cuando supieron los Amonitas que las tropas de Israel habían pasado el Jordán, y que se adelantaban á largas marchas, salieron de la ciudad y se apostaron al pié de sus muros. Las tropas auxiliares formaron separadamente en el campo. Joab luego que vió la situación de los enemigos, conoció que trataban de acometerle de frente y por la espalda para envolverle. Entonces escogió todos los mas esforzados de Israel y se puso en órden de batalla, para ir contra los Syros, y encomendó el resto de las tropas á su hermano Abisai, que tambien las ordenó en batalla para marchar contra los Amonitas. Dividido así el ejército, Joab previno á su hermano, diciendo: Si los Syros prevaleciesen contra mí, tú serás en mi socorro, y si los hijos de Amon prevaleciesen contra ti, yo te socorreré. Pórtate como hombre de valor, y

combatamos por nuestro pueblo y por la ciudad de nuestro Dios, y el Señor hará lo que es bueno en su presencia. Convenidos así los dos hermanos, Joab y la gente que iba con él entraron en combate con los Syros, que al momento huyeron de su presencia, y viendo los hijos de Amon que los Syros habían huido, huyeron tambien ellos de la presencia de Abisai, y se encerraron en la ciudad. Con esto Joab reunió sus tropas y se volvió á Jerusalem.

Este general podia haber llevado adelante la victoria y excusar otra guerra á su rey; pero no todos los generales quieren ganar victorias á las que se siga la paz, porque no siempre sus intereses son los mismos que los de sus amos. No queremos juzgar de los motivos que tuvo Joab para no seguir una victoria que se presentaba tan fácil, pero no podemos dejar de decir con este motivo, que no han faltado generales indignos de este grande nombre que han preferido por solos sus intereses los horrores de la guerra á los encantos de la paz. Lo cierto es, que los enemigos quedaron vencidos, pero no desanimados, porque apenas nada de su fuerza habían perdido. Así es que tardaron poco en rehacerse, y aprovechándose de la ausencia de Joab, aumentaron su ejército con nuevas y numerosas tropas auxiliares. Hicieron venir los Syros de la otra parte del rio Eufórates, y pusieron al frente del nuevo ejército á Sobac, que era un general de grande nombre y reputacion.

Guerra con los Syros.

Luego se supo en Israel que los enemigos estaban reunidos y preparados para la guerra con fuerzas mucho mas considerables que antes. Con esta noticia David no envió ya á su general, sino que reunió todo su ejército de Israel, se puso á su frente y marchó contra los enemigos. Pasó el Jordán, y fué á acampar á Helan á la vista

de los Syros. Estos no rehusaron el combate. Se ordenaron en batalla y entraron en pelea con David, pero el héroe de Israel les cargó con tal impetu y tanta valentía que luego se desordenaron y pusieron en huida, y David aprovechándose, mejor que su general Joab, de la victoria, mató cuarenta mil hombres de á pié y otros cuarenta mil de á caballo, y se apoderó de todos sus carros armados en número de setecientos con siete mil hombres que peleaban desde ellos, á diez hombres cada carro. So-
bac, general de todas las tropas, murió en la huida, y de un ejército de ciento cuarenta y cinco mil hombres que componian las auxiliares, solo pudieron salvarse cincuenta y ocho mil. La mortandad fué horrorosa, y los Syros y los que habian venido con ellos, asustados de tan espantosa pérdida, solo pensaron en sujetarse á la ley que quiso imponerles el vencedor; sirvieron á David como tributarios y no volvieron á pensar en dar auxilio á los Amonitas.

Segunda guerra con los Amonitas.

Mas estos autores únicos de una guerra tan sangrienta, eran tambien los únicos que no habian sido todavía castigados, y el insulto hecho á los embajadores aun permanecía impune. Como la estacion estaba adelantaba y se iba á entrar en el invierno, David pasó el resto de aquel año sin castigar á los Amonitas, reservando este escarmiento para la primavera, que segun la costumbre de aquellos tiempos era la estacion en que los reyes solian emprender sus guerras. Entretanto dió descanso á sus tropas, formó el plan de campaña, y llegada la estacion que se esperaba entregó á Joab el ejército para que pasase á castigar á los Amonitas, y no volviere sin haber tomado y devastado hasta la ciudad de Rabá, que era su corte.

Preludios de la caída de David.

Por una sola gotera viene á tierra un edificio, y por un canto que sale de su caja, se deshace el mejor empedrado. Se observa que David en estas últimas guerras, ni consultaba al Señor por medio del sumo sacerdote antes de emprenderlas, ni ofrecia sacrificios de alabanzas y accion de gracias despues de conseguir las victorias, como hemos visto que lo hacia en semejantes ocasiones. Acaso se habia creído demasiado seguro de conseguirlas con sus valientes, y esta seguridad era ya un mal. Por otra parte acaba de verse en la necesidad de hacer una segunda campaña por no haber hecho por sí mismo la primera, y haberla encargado á Joab que no supo ó no quiso completarla, y vuelve ahora á entregar á este mismo general el valiente ejército de Israel que con David á su frente habria concluido en un mes el castigo de los Amonitas que no concluyó Joab en cerca de un año. ¿Y porqué no va David en estas dos guerras al frente de su ejército como siempre? No vemos otro motivo que la ociosidad. David quiere disfrutar las comodidades de su palacio, cuando debia sufrir las fatigas de la guerra. No se ve en todo esto un crimen, pero sí antecedentes para venir á la inmensa desgracia de cometerle.

Caída de David.

Mientras que el ejército de Israel talaba las tierras y ciudades de los hijos de Amon y les obligaba á encerrarse en la de Rabá que era la corte, fuerte por sí misma, y mucho mas porque la defendia un pueblo delieciente, que no esperaba cuartel, y se hallaba en la necesidad de vencer ó de morir... Mientras que las tropas de Israel soportaban en tierra extraña las fatigas de la guerra, David vivia en su palacio entre los placeres de la corte. Un día de lastimos^o

memoria paseaba despues de siesta por los corredores de la casa real, y vió en frente una mujer que se lavaba en su terrado. La tal mujer era hermosa en gran manera. Envió, pues, el rey á saber quién era, y se le dijo que era Betsabée, hija de Eliam y mujer de Urias Heteo. Hasta aqui los pasos de David podrian mirarse como una curiosidad, aunque peligrosa y arriesgada; pero cuando la hizo llevar en seguida á su palacio, ya no se pudo dudar de la desgracia del rey. David, aquel valiente que desquijaraba los leones y los osos, derribaba y decapitaba los gigantes, y era el terror de los incircuncisos... David, aquel santo, cuyo corazon estaba cortado á medida del corazon de Dios, cuya piedad resplandecia en todas sus acciones, y cuyas virtudes admiraban los pueblos y los reinos... Este David, este hombre tan santo y tan valiente va á sucumbir á la sola presencia de una mujer y á perder lo que vale mas que su reino, mas que el mundo entero, va á perder su inocencia. David, ¡qué inmensa desgracia!! David cae en un delito, en un abismo, que le abre otros abismos. Betsabée, olvidada de su honor y de su deber, sacrifica su conciencia y el honor de su mirado por un respeto humano, por una criminal condescendencia. Vuelve á su casa y á poco tiempo ya no sabe cómo ocultar su ignominia, ni evitar la pena de muerte en que ha incurrido como adúltera, y avisa al rey de su estado. El rey se ve en un aprieto y no encuentra otro camino para salir de él que llamar á Urias Heteo que peleaba hacia tres meses entre las filas del ejército y no volveria á su casa hasta la toma de Rabá que, segun se defendia, no podia verificarse tan presto.

Escribió, pues, el rey á Joab, diciendo: Enviame á Urias Heteo. Vino Urias, y el rey le preguntó sobre el buen porte de Joab y del ejército, y el estado del sitio de Rabá. Urias respondió al rey á cada una de sus preguntas con el despejo de un hábil capitan y el aire marcial de un veterano. El rey manifestó quedar muy com-

placido, y dijo á Urias: Anda á tu casa, y lava tus piés; que fué decirle: Anda á tu casa, lávate del polvo y sudor del camino, descansa, come y reposa con tu mujer. Apenas salió Urias de la presencia del rey, le siguió una comida real para que se regalase en su casa con su esposa; pero Urias, en vez de pasar á su casa, se quedó á las puertas de palacio con los soldados de la guardia y durmió con ellos. Avisaron de esto á David y le dijeron: Urias no ha ido á su casa. Entonces David llamó á Urias y le dijo: ¿Pues qué, no has venido de camino? ¿porqué no has ido á tu casa? El arca de Dios, respondió Urias al rey, el arca de Dios, y Israel y Judá habitan en pabellonés, y Joab mi señor (mi general) y los siervos de mi señor se quedan sobre la haz de la tierra, ¿y entraré yo en mi casa á comer y beber y dormir con mi mujer? Por vuestra vida y por la salud de vuestra alma que no haré yo tal cosa. Entonces dijo David: Estáte hoy tambien aquí, y mañana te enviaré. Permanció Urias en Jerusalem aquel dia y el siguiente, y David le convidó á su mesa y le embriagó, esto es, procuró trastonar su razon para que se olvidase del arca del Señor, del ejército de Israel y del juramento que habia hecho, y bajando á su casa durmiese con su mujer y cubriese el adulterio: pero Urias era un hombre moderado, y en medio de los licores de una mesa real conservó mas entera su razon de lo que David queria, y saliendo de palacio se quedó tambien esta noche con la guardia sin bajar á su casa.

Carta de Urias y su muerte.

Viendo el rey que nada conseguia por estos medios, y conociendo que nada conseguiria del carácter firme de Urias, tanto menos cuanto que habia firmado su resolucion con la santidad del juramento, tomó un partido que apenas tiene ejemplo en la historia, pues no solo deter-

minó cubrir su adulterio con un homicidio, sino que hizo á la víctima portadora del decreto de su sacrificio. Llegó la fatal mañana del siguiente dia, y David escribió una carta á Joab, y se la envió por mano del mismo Urias. Pon á Urias, le decia, al frente de la guerra, donde sea fuertísimo el combate, y abandónale, para que herido perezca. Continuaba el sitio de Rabá con empeño cuando llegó Urias al ejército. Entregó á Joab la carta de su muerte, y Joab no se detuvo en dar cumplimiento al mortal decreto. Puso á Urias en donde sabia que estaban los enemigos mas fuertes, y habiendo hecho estos una acometida, batallaban contra Joab y murieron algunos del ejército de David, y tambien murió Urias Heteo peleando como un héroe, pero desamparado, porque Joab no le envió socorro á fin de que pereciese. Inmediatamente que murió Urias, envió Joab un mensajero á David para darle cuenta de esta alevosía, pero advirtiéndole que viese cómo tomaba el rey la desgracia de este combate. Si vieres, le dijo, que el rey se indigna y dice: ¿Porqué os habeis acercado al muro para pelear? ¿pues no sabiais que se arrojan muchos dardos de lo alto del muro? ¿Quién hirió á Abimelec, hijo de Jero-boal? ¿No fué una mujer la que arrojó sobre él desde el muro un pedazo de piedra de molino y le mató en Tébas? ¿Porqué os acercásteis al muro? (si te hiciese el rey estos cargos) dirás: Tambien ha muerto Urias Heteo, tu siervo.

Partió, pues, el mensajero y contó á David todo lo que Joab le habia mandado. Prevalcieron los enemigos contra nosotros, le dijo, é hicieron una acometida á nuestro campo; mas nosotros, echándonos sobre ellos, les perseguimos hasta la puerta de la ciudad; pero los flecheros enderezaron los tiros contra tus siervos desde lo alto del muro. Murieron algunos de los siervos del rey, y murió tambien Urias Heteo, vuestro siervo. Aquí concluyó su relacion el mensajero, y con sus últimas palabras quedó el rey contento y satisfecho. Nada

le importaron los soldados de Israel que habian muerto en esta desgraciada accion, porque la muerte de Urias, que era lo mas sensible de este suceso, valia para David por una gran victoria. El rey hizo su papel, disimuló su alegría, y dijo al mensajero, dirás esto á Joab: No te abata esta desgracia, porque varios son los sucesos de la guerra. Ya á uno, ya á otro consume la espada. Alienta á tus guerreros contra la ciudad y animales para destruirla, y con esto despachó al mensajero (regularmente premiado por la noticia).

Supo la mujer de Urias que habia muerto su marido, y le lloró por los siete dias que eran de costumbre; y pasado el tiempo de luto, David la hizo llevar á su palacio, se casó con ella y le parió un hijo. ¡Quién podrá figurarse que un David tan inocente y tan justo vendria á ser tan culpable! Toma de su casa á la esposa de uno de los capitanes que le está sirviendo con mas brio en el ejército. La profana, y para ocultar su crimen, hace matar á su marido, muriendo con él una parte de sus fieles súbditos. ¿Y de dónde ha venido á David cometer tantos delitos, tantos homicidios? De una ociosidad, de una mirada, de una curiosidad. Alma temeraria que con tanta facilidad te expones á los peligros, aprende de este desgraciado, pues si los robustos cedros del Líbano se arrancan, ¿qué sucederá á la débil caña? Huye las ocasiones y sobre todo las que incitan á lujuria. ¡Mira un rey justo que sale del camino de la justicia y rueda de abismo en abismo, y tiembla esa ceguera con que los pecados de torpeza oscurecen el entendimiento, ese letargo en que sumergen el corazon y abisman el alma!

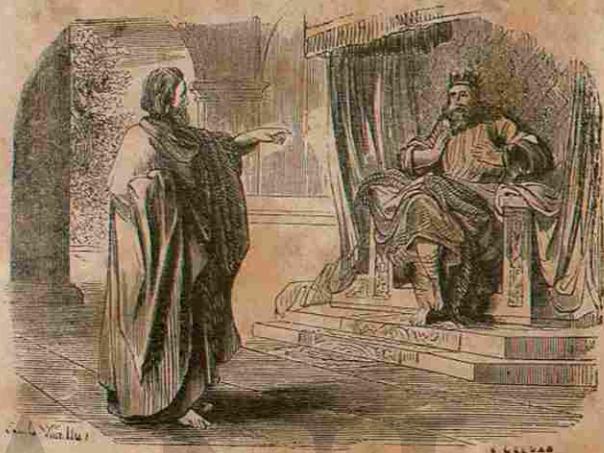
Ceguedad de David en sus delitos.

Un año entero á lo menos estuvo David en la desgracia de Dios, sin que se vea que esta situacion la mas lastimosa del mundo le causase el menor disgusto. Ha-

bia satisfecho su pasión, y vivía muy contento en su palacio con la cómplice y el fruto de su delito. Joab dejó traslucir bastante la culpabilidad del rey en el mensaje que le hizo. Cuanto tuvo de obediencia para cometer la injusticia con Uriás, le faltó, acaso de silencio, para ocultar el principal culpable. Mas fuese lo que quisiese, los delitos de David se descubrieron, se hicieron públicos, y el escándalo no se extendió solamente por el reino de Israel, sino también por las naciones. El traslado inmediato de la viuda al palacio del rey, el matrimonio precipitado y el nacimiento del niño sin buena cuenta, pudo contribuir mucho á esta publicidad y este escándalo. Pero ¡ó ceguedad terrible! todos lo ven, todos murmuran, todos se escandalizan; solo David ni ve, ni oye, ni advierte, y si un golpe de la misericordia de Dios no le despertara, bajaría al sepulcro sumergido en su letargo, y no vería sus delitos sino á la luz de los brillantes rayos de la divina Justicia.

Parábola de Natán y conversión de David.

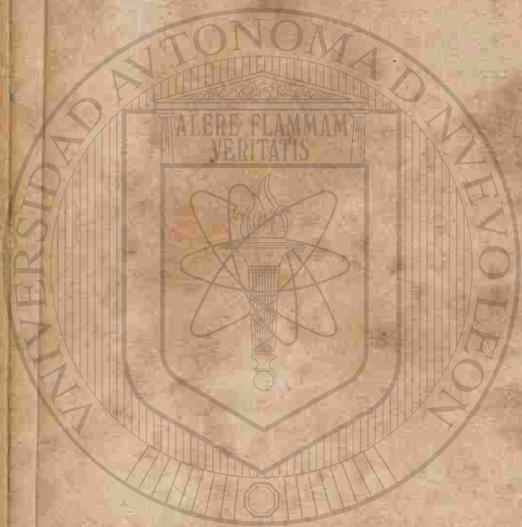
Natán, aquel hombre de tanta consideración para David, aquel profeta con quien había consultado sobre la edificación del templo, y por quien había sabido que Dios no quería que él se le edificase; este profeta, pues, fué el escogido por el Señor para usar de misericordia con David, y despertarle de su mortal sueño. Natán se presentó al rey, y le habló en estos precisos términos: Había dos hombres en una ciudad, rico el uno, y pobre el otro. El rico tenía ovejas y bueyes muchos en gran manera, pero el pobre nada más tenía que una pequeña oveja, que había comprado y criado, y que había crecido en su casa juntamente con sus hijos, comiendo de su pan, bebiendo de su vaso y durmiendo en su regazo, y era para él como hija. Mas como hubiese venido un huésped á casa del rico, dejando este de tomar de sus



ovejas y sus bueyes para hacer un convite á aquel forastero, tomó la oveja del hombre pobre y la preparó para que sirviese de comida al hombre que habia venido. Irritado entonces David en gran manera contra aquel rico, dijo á Natán : Vive el Señor, que es digno de muerte el hombre que tal hizo. Pagará la oveja con cuatro tantos por haber hecho una tal cosa. Tú eres aquel hombre, dijo aquí Natán á David. ¡Golpe terrible! David se habia enfurecido contra aquel hombre, habia jurado que era digno de muerte y que pagaria el cuádruplo, y todo esto lo habia decretado sobre su misma cabeza.

Nada podía ya responder mas que confesar su culpa; pero Natán, tomando aquí la superioridad de un hombre que habla en nombre del Señor, le hizo unos cargos tan graves y unas amenazas tan terribles que le llenaron de confusion y de asombro. Esto, continuó el profeta, esto dice el Señor Dios de Israel : Yo te ungué por rey sobre Israel, yo te libré de la mano de Saul y te di la casa de tu señor y sus mujeres en tu seno. Te di la casa de Israel y de Judá, y si estas cosas son poco, te añadiré otras mucho mayores. ¿Porqué, pues, has despreciado mi palabra para hacer lo malo en mi presencia? Á Urias Heteo heriste á cuchillo y le has muerto con la espada de los hijos de Amon. Por esta causa no se apartará espada de tu casa perpetuamente, porque me has menospreciado y tomaste la mujer de Urias Heteo para que fuese tu mujer. Hé aquí que yo suscitaré el mal sobre tí de tu misma casa, y tomaré delante de tus ojos tus mujeres y las daré á tu prójimo, y dormirá con tus mujeres delante de los ojos de este sol, porque tú lo hiciste en secreto, mas yo haré estas cosas delante de todo Israel y á la presencia del sol.

David habia oído todas estas reconvenções y amenazas del Señor lleno de confusion y de espanto. Veia su ingratitud para con un Padre que le habia dado tantas pruebas de su amor. Se horrorizaba al mirar los enormes delitos que habia cometido en su divina presencia y de-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

lante de sus ojos, y ahogado de pena, solo pudo decir esta palabra : *Pequé contra el Señor*. Mas ella fué la expresion del dolor mas profundo, del pesar mas amargo, de la pena mas acerba, de la contricion mas perfecta; y luego oyó decir á su profeta la expresion mas consoladora que podia haber para él en el mundo; *y tambien el Señor ha trasladado tu pecado*. No morirás. Esto es, ha perdonado tu pecado. No morirás eternamente; pero porque has hecho blasfemar á los enemigos del Señor, por este hecho morirá indispensablemente el hijo que te ha nacido, que fué decirle : Los enemigos de Israel han blasfemado de la ley santísima del Señor, viéndola hollada por el rey, que era el primero que debía guardarla; y para justificarla, castigará el Señor á los padres infractores y escandalosos en la persona del hijo de su adulterio, quitando este escándalo de la vista del mundo.

Enfermedad y muerte del hijo del adulterio.

Natán se volvió á su casa y David quedó en su palacio, combatido de bien diversos afectos. La vista de sus culpas le llenaba de confusion y de pena, y la clemencia del Señor, con quien se veía ya reconciliado, le colmaba de consuelo. Las amenazas del profeta le aterraban, y la confianza en las bondades del Señor le sostenia. En esta situacion vinieron á decirle que el niño que le habia nacido de la mujer de Urias habia enfermado de peligro y se desesperaba de su vida. David no se desanimó : miró el anuncio del profeta acerca de la muerte del niño como una amenaza cuyo efecto podria impedirse por la oracion; y se retiró á pedir al Señor por él. Se postró sobre la tierra, oró y guardó un ayuno riguroso. Se temió de la salud del rey, y vinieron los criados mas ancianos de su palacio para obligarle á que se levantase de la tierra; mas el rey no quiso, ni tomó con ellos alimento. Conti-

nuó en su retiro, en su oracion y en su riguroso ayuno. Á los siete dias murió el niño, y los criados temieron dar al rey la noticia. Si cuando el niño vivia y le habíamos, se decían unos á otros, no quería por su grande afliccion oír nuestra voz, ¿cuánto mas se afligirá si le decimos que el niño ha muerto? Pero advirtiéndolo David que los criados andaban en murmullos, conoció que el niño habia muerto, y preguntó : ¿Acaso el niño ha muerto? Sí, señor, le respondieron, el niño ha muerto.

Porte de David en la muerte de su hijo.

Entonces David se levantó de la tierra, se lavó y ungió, y mudando sus vestidos, fué á la casa del Señor, y le adoró. Volvió á su palacio, pidió que le sirviesen la comida y comió. Los criados que veían esto, no sabian qué decirse, y en su admiracion se determinaron á preguntarle : ¿Qué es esto, señor? ¿Cuando aun vivia el niño ayunabais y llorabais, y ahora que ha muerto os habeis levantado y habeis comido? Aytúné, les respondió David, y lloré por amor al niño cuando aun vivia, mas ahora que ya ha muerto, ¿para qué habré de ayunar? (Si el Señor no quiso conservármele vivo, ¿le tentaré para que me le vuelva á la vida?) Yo iré á él, mas él no volverá á mí. David, que habia conseguido el inmenso beneficio de la reconciliacion con su Dios, creyó que podria removerse con la oracion, el ayuno y la penitencia el decreto pronunciado contra su hijo; mas luego que vió que su muerte estaba decretada irrevocablemente, se sometió á sus adorables disposiciones, pasó á postrarse delante del Señor en su tabernáculo, á protestarle que estaba pronto á todos los sacrificios que quisiese pedir á su corazon por la expiacion de sus pecados, y á ofrecerle cuanto tenia, como á Señor y dueño de todo; y se volvió á su palacio tranquilo y satisfecho. ¡Qué bella leccion para los padres de familia en orden á

la conservacion ó pérdida de sus hijos, y para todos los pecadores con respecto á los trabajos que padecen despues de sus delitos!

David pasó á consolar, con los mismos motivos de religion y penitencia con que él se habia consolado, á la madre del niño, que estaba muy affigida, y le fué tanto mas fácil conseguirlo, cuanto se hallaba mas arrepentida de sus culpas y de las que habia hecho cometer al rey con su flaqueza y criminal condescendencia. Conoció que la pérdida de un hijo concebido en el delito era un castigo que tenia bien merecido, y aceptándole humildemente y conformándose con él, á imitacion de su esposo, suplicaron al Señor estas dos almas penitentes que se contentase con este golpe, pusiese fin á sus venganzas y derramase sobre ellos sus bondades.

Conclusion de la segunda guerra con los Amonitas.

Despues de un año tan desgraciado para David en su palacio, y de tantas fatigas para su ejército en los campos amonitas, consiguió al fin Joab estrechar el cerco de Rabá, su capital, en términos que era ya inevitable su rendicion. Joab avisó á David del estado de la plaza, haciéndole presente al mismo tiempo que convendria que fuese con las demás tropas de Israel á terminar el cerco y tomar la corte, no sea, decia, que destruida por mi la ciudad, se me atribuya la victoria. Nada mas justo ni mas recomendable que el porte de Joab en este lance, porque nada es mas justo ni mas recomendable que preferir la gloria del rey á la del súbdito, y hacer que el honor de las victorias se dé principalmente al que es la cabeza del Estado, y el centro de los movimientos para conseguir las.

Juntó, pues, David el resto de las tropas de Israel y fué contra Rabá, la que despues de estrechada y combatida fué tomada por asalto. Se encontraron en ella,

como corte, y como ciudad la mas fuerte del reino, riquezas sin número, porque todos los grandes y ricos de las demás ciudades y poblaciones se habian refugiado y encerrado en ella con sus riquezas; pero lo mas precioso que se halló, fué la corona del rey que pesaba un talento de oro (ochenta y dos libras de oro cumplidas) y que estaba tachonada y adornada de piedras preciosísimas. Todas estas riquezas fueron llevadas á Jerusalem para emplearlas con las demás, que se hallaban ya reunidas, en la fábrica del gran templo. Por lo que toca á la corona, hizo David que se tomase de ella el oro y pedrería necesaria para fabricar una rica diadema que llevaba en los casos de grandeza real. El oro y piedras sobrantes se destinaron tambien á la fábrica del templo.

Los Amonitas fueron castigados de un modo terrible, fueron pasados á filo de espada, despedazados con narrias herradas, divididos á manera de ladrillos, y trillados como parvas en las eras. Su porte y sus delitos pedian un ejemplar que, correspondiendo á sus crímenes, sirviese de escarmiento. Ellos habian ultrajado á Israel en sus embajadores de un modo mas criminal que si les hubieran quitado la vida; habian correspondido con la mas negra ingratitud al honor que David dispensaba á sus reyes difunto y vivo; habian armado contra él á todas las naciones del norte y del oriente; le habian obligado á cuatro fuertes batallas, y delante de Rabá habian perecido en el discurso de un año muchos valientes de su reino. Ya hemos dicho que el carácter de David era de mansedumbre, pero debia tambien hacer justicia. David fué además el ministro que eligió el Señor para castigar las impías y crueles supersticiones de los Amonitas, que llegaban hasta el extremo de hacer quemar á sus mismos hijos en obsequio de Moloc, ídolo que sirvió muchas veces de escándalo al pueblo escogido. Terminada así la guerra de los Amonitas, David se volvió con su ejército triunfante á Jerusalem.

Nacimiento de Salomon.

Cuatro años pasaron sin que se turbase la paz en Israel, ni viniesen trabajos sobre David, y esto le hizo pensar que el Señor estaba ya satisfecho con el profundo y amargo dolor de sus culpas y la muerte del hijo del delito, y que las amenazas hechas por Natán quedarían en amenazas, y no serían llevadas a efecto; y tanto más se confirmó en este pensamiento, cuanto se vió más favorecido por su bondad con cuatro hijos que le nacieron en este tiempo de Betsabée, su compañera en la culpa y la penitencia. Se llamó el primero Simmaa, el segundo Sobab y el tercero Natán. El cuarto fué el célebre Salomon, aquel hijo que le había prometido el Señor para que se sentase, después de él, sobre su trono y edificase el templo de Jerusalem, para cuya construcción juntaba tantas riquezas; aquel niño que había de ser el príncipe de la paz, el asombro de su siglo y el ascendiente más glorioso del Mesías. El Señor, que tenía sus complacencias en este niño, envió al profeta Natán para que sobre el nombre de *Salomon*, que quiere decir *pacífico*, y que ya le habían puesto sus padres, se añadiese el de *Jedidiah*, que significa *amable al Señor*.

Castigos de David.

¡Cuál sería el consuelo y la alegría de David con el nacimiento de este hijo y la declaración de un profeta que le ponía de orden del Cielo el nombre de *amable al Señor*! ¡Y cuáles sus cuidados y desvelos en la conservación de este niño tan precioso para su familia y tan glorioso para Israel! Mas no pensaba este rey penitente que, habiendo cumplido el Señor sus promesas concediéndoles este niño, tenía aun que cumplir sus amenazas, castigando sus delitos. Se armó, pues, de su justi-

cia, y el rigor de los golpes fué correspondiente á la gravedad de las culpas que había cometido. Hirió como Señor ofendido y como Juez irritado. No se valió ahora de los extraños para castigar, como había hecho con Israel en el discurso de muchos años, sino de los domésticos, de sus mismos hijos. El adulterio y el homicidio tuvieron entrada en su alma, y estos delitos se anidaron, por decirlo así, en su casa; y un incesto monstruoso fué el primero que se perpetró en ella.

Incesto de Amnon.

Era Amnon el primogénito de David, hijo de Aquinoam, hija de Aquimaas. Tendría este príncipe diez y siete años cuando se enamoró perdidamente de su hermana Tamar, hija de Maaca, que lo era de Tolmai, rey de Gesur, y tendría poco más de quince. La joven princesa era muy hermosa, y por severa que fuese la educación de las hijas entre los Israelitas, y á pesar del retiro en que vivían, Amnon vió á Tamar su hermana, y se apasionó, mas no le era permitido entrar en su habitación y menos hablarla sin presencia de las damas que, como centinelas de vista, la rodeaban y asistían. La pasión se hizo violenta y Amnon llegó á enfermar, mas su enfermedad era poca cosa, y tenía fácil remedio si la lisonja no la hubiera exacerbado, y un consejo atroz no hubiera abierto el camino al cumplimiento de la pasión. ®

Jonadab, primo y consejero perverso de Amnon.

Jonadab, hijo de Semaá, hermano de David y por consiguiente primo carnal de Amnon, era el amigo y confidente del príncipe, y á quien fiaba sus secretos. Para desgracia de Amnon este privado tenía las calidades que forman un gran cortesano, mas no las que hacen

un buen amigo. Era un hombre muy prudente segun la prudencia de la carne, y solo trabajó en hallar un remedio para curar la dolencia del príncipe, fuese justo ó injusto. ¿Porqué, dijo un día á Amnon; os vais poniendo así flaco? ¡Ó hijo del rey! ¿porqué no os descubris conmigo? Entonces Amnon, á pesar de su pasion violenta, respondió avergonzado y confuso estas solas palabras: Amo á Tamar, hermana de Absalon, mi hermano. En efecto, Absalon era hijo de David como Amnon, y de Maaca como Tamar, de modo que Amnon, Absalon y Tamar eran todos hermanos de padre, pero Absalon y Tamar lo eran tambien de madre.

Apenas supo Jonadab la enfermedad de que adolecia el príncipe, cuando su infernal prudencia halló el remedio. Echáos en cama, le dijo, y fingid que estais enfermo, y cuando viniere vuestro padre á visitaros, decidle: Ruégoos que venga mi hermana Tamar á darme de comer, y que haga un guisado para que yo le coma de su mano. Amnon siguió un consejo que tanto favorecia á su pasion; se metió en cama, y luego vino su padre á visitarle. Entonces Amnon le hizo presente su deseo, y su padre envió á la casa de Tamar un aviso para que viniere á la de su hermano Amnon, y le hiciese algun guisado. Vino Tamar cuando ya el rey se habia retirado, y encontró en cama á su hermano. Tomó harina, la amasó, batió y coció á su vista, y le presentó este guisó; pero Amnon no quiso comerle hasta que se hubiese echado á todos de su cámara; y entonces dijo á Tamar: Traéme la vianda á la alcoba para comerla de tu mano. Tomó, pues, Tamar el guisado y se lo llevó á su hermano. Mas, al presentársele, la tomó de la mano, y la dijo: Condesciende, hermana mia, conmigo; y ella le respondió: No, hermano mio, no quieras oprimirme, pues no es licito esto en Israel. No hagas tal necesidad, porque yo no podré sufrir mi afrenta, y tú serás como uno de los fatuos en Israel. Mejor es que hables al rey, que no me negará á ti. Este género de enlaces estaban

prohibidos por la ley, pero Tamar, ó lo ignoraba, ó no la ocurrió otra cosa para salir del aprieto en que se hallaba. Amnon no quiso condescender con sus ruegos, y prevaleciendo en fuerzas, la oprimió; mas no bien hubo perpetrado el crimen, cuando la tomó un odio tan grande que excedia á la pasion que antes la habia tenido.

La vergüenza de una accion que la naturaleza rechaza y abomina, los terribles clamores de la conciencia, la infamia pública de que iba á cubrirse... produjeron repentinamente en el corazon de Amnon, no aquella mudanza que proviene de un verdadero arrepentimiento y forma el penitente, sino aquella que enfurece y lleva á nuevos delitos. No pudo sufrir á su vista esta victima que le daba en rostro con su delito, y la arrojó de su presencia. Marcha, la dijo con enfado. Este mal que ahora me haces, dijo la infeliz hermana, este mal que ahora me haces arrojándome, es mayor que el que me has hecho; pero Amnon no quiso oirla, y llamando á uno de sus criados, le dijo: Echa á esta fuera de mi presencia, y cierra trás de ella la puerta.

Llanto de Tamar y su temprana muerte.

Tamar, esta virgen de Israel, que habia entrado en la cámara de Amnon como una cordera inocente, salió de ella profanada y arrojada como una mujer perdida. La princesa no pudo sufrir tanta injuria y tanto oprobio. Cubrió, al salir, su cabeza de ceniza, rasgó sus vestiduras, y puestas las manos sobre la cara, iba por la calle llorando á gritos, hasta que llegó á la casa de su hermano Absalon. Era este entre todos los hijos de David el mas interesado en el honor de Tamar como hermano de padre y madre, y la recibió en su casa con el cariño que profesaba á su única hermana, y la compasion que causaba su lastimoso estado. Sin duda Absalon habia tenido noticia de la visita de Tamar á su hermano

Amnon por orden del rey, y luego temió alguna desgracia. ¿Te ha deshonrado Amnon? la preguntó sobresaltado; pero la infeliz hermana no hizo mas que llorar. Entonces Absalon no pudo dudar del motivo de un llanto tan amargo, y procuraba consolarla diciendo: Deja de llorar, hermana mía; calla ahora, porque hermano tuyo es. No allijas por esto tu corazón; pero Tamar estaba inconsolable, y murió poco tiempo despues consumida de tristeza.

Cuando supo David el atentado de Amnon, tuvo gran pesar; pero no quiso entristecer el espíritu de Amnon, porque le amaba mucho por ser el primogénito, y dejó al Cielo el cuidado del castigo. No tenía Absalon el gemio condescendiente de su padre, y no pensó en dejar sin venganza este delito por mas tiempo que aquel en que no pudiese tomarla. Cuando se halló con Amnon, no le habló sobre el delito ni bueno ni malo, pero le aborrecia con toda su alma por haber violado á su hermana. Ningun tiempo pareció á Absalon mas á propósito para vengarse que el del esquilero de sus ovejas. Este se hacia en una casa que tenía en Baalator en las cercanías de Efraim.

Muerte de Amnon.

Era costumbre convidar en semejantes ocasiones á los parientes y amigos. Absalon convidó á todos los hijos del rey y al rey mismo. Se esquilan, le dijo, las ovejas de vuestro hijo. Suplico que venga el rey con sus hijos á la casa de su hijo. No, dijo el rey á Absalon, no pidas que vayamos todos y te seamos gravosos. Mas como le hiciese nuevas instancias y el rey no quisiese ir, le despidió dándole su bendición; pero Absalon dijo entonces al rey: Si vos, señor, no quereis venir, venga á lo menos con nosotros Amnon mi hermano; y el rey le dijo: No hay necesidad de que vaya contigo; mas Absalon estuvo tan importuno, que al fin el rey dejó ir al convite á

Amnon y á todos sus hijos. Absalon habia preparado un banquete como banquete de rey, y prevenido á los criados que le habian de servir, que cuando Amnon estuviese cargado del vino, y él les dijese: Heridle, matadle, no temiesen, que él era quien lo mandaba. El banquete se verificó, la mesa era abundantísima, y la función magnífica. Comian y bebían los hijos del rey con aquel gozo que es propio de hermanos que se quieren bien y se hallan reunidos en un banquete. Mas cuando el vino habia aumentado la alegría, herid, matad, dijo Absalon, y los criados cayeron sobre Amnon, le hirieron y le mataron. Todos los hijos del rey huyeron aterrados, y subiendo cada uno en su mula, corrieron á refugiarse en Jerusalem al lado del rey su padre.

Huida de Absalon.

Tambien subió en la suya Absalon y huyó á refugiarse al lado de su abuelo materno Tolmai, rey de Gesur. Por mucho que corriesen los hijos del rey, la noticia de esta desgracia terrible se adelantó y llegó á la corte antes que ellos se dejasen ver, pero abultada como sucede comunmente. Absalon, se dijo á David, ha asesinado á todos los hijos del rey y no ha quedado de ellos ni uno solo. El infeliz padre, al oirlo, rasgó sus vestiduras y se arrojó sobre la tierra. Lo mismo hicieron todos los que le acompañaban; pero Jonadab, hijo de Semaá, hermano de David, dijo á este: No haga juicio el rey, mi señor, que han sido asesinados todos los hijos del rey; solo Amnon ha sido muerto, porque en boca de Absalon estaba puesto (el decreto de su muerte) desde el día en que oprimió á su hermana Tamar. Jonadab decia la verdad, y acaso estaba mas instruido en el asunto de lo que manifestaba, porque un hombre tan malo como Jonadab que facilitaba los incestos, podía muy bien tener parte en los homicidios.

Luego se verificó lo que decía Jonadab. El centinela avisó que se veía un tropel de gente que venía huyendo por un camino excusado. Entonces todos se levantaron, y dijo Jonadab á David : Son los hijos del rey, como ha dicho vuestro siervo. Aun hablaba Jonadab, cuando entraron de tropel (en palacio) llorando á gritos, y con el mismo llanto fueron recibidos por el rey y sus siervos. El tierno padre abrazaba y regaba con sus lágrimas á sus hijos como hijos libertados de la muerte; pero no veía entre ellos ni llegaban á sus brazos, su primogénito Amnon, ni Absalon su hijo, y esto redoblaba sus gemidos y sus llantos. Lloraban los hermanos á un hermano á quien habían visto asesinar y caer muerto á sus piés, sin poderle defender ni libertar de la muerte, y en fin lloraban todos la pérdida de dos príncipes de la familia real en un solo día. La escena era lastimosa y terrible. David estaba inconsolable por la muerte de su primogénito, é inexorable contra el autor de esta muerte. Resuelto á castigarla ejemplarmente, solicitó por mucho tiempo del rey de Gesur la entrega del reo; pero este monarca nunca quiso ceder del asilo que Absalon había tomado en su reino, tanto menos, cuanto la injuriada Tamar y el vengador de la injuria eran sus nietos.

La indignación de un padre por lo comun solo necesita tiempo para cesar y convertirse en compasion, y esto sucedió á David. En tres años se llegó á consolar sobre la muerte de Amnon, y no solo dejó de reclamar á Absalon para el castigo, sino que se advirtió que el corazón del rey se inclinaba hácia él. Joab, general del ejército, sobrino del rey, amigo de Absalon y hábil cortesano, conoció que el rey queria hacer gracia á Absalon, pero con dignidad, y de un modo que no se diese motivo para decir que desamparaba la justicia. Joab no creyó que debía ir al rey en derechura, porque, ó no conseguiría, ó sería con peligro de que se dijese que el rey cedía á los empeños de su general. Caminó, pues, al rey por rodeos y llegó allá por medio de una ingeniosa parábola.

Parábola de la Tecuita.

Para esto trajo á una mujer discreta y de mucho despejo que vivía en Tecua, ciudad de la tribu de Judá, que distaba poco de Jerusalem, y la dijo : Aparenta que estás de duelo y ponte un vestido de luto, y no te unjas con óleo para que parezcas ser una mujer que ya de mucho tiempo está llorando á un muerto. En este traje entrarás al rey y le dirás estas y estas razones, y Joab puso en su boca las palabras que queria que dijese. La Tecuita, así instruida, fué admitida á la audiencia del rey y luego se arrojó á sus piés, le veneró y dijo : ¡Ó rey, salvadme! ¿Qué tienes? la dijo el rey. ¡Ay de mi! respondió. Soy una mujer viuda. Se me murió mi marido y quedaron á vuestra sierva dos hijos. Estos riñeron en el campo, y nadie hubo que los pusiese en paz. Siguiéron su quimera, y el uno vino á herir al otro y le mató. Y sabed, señor, que levantándose toda la parentela contra vuestra sierva, me dice : Entrega al que hirió á su hermano para que le matemos por la vida del hermano á quien mató, y borremos al heredero; y pretenden apagar esta centella, que me ha quedado, para que no reste á mi marido, ni nombre, ni reliquia sobre la tierra. Véte á tu casa, dijo el rey, que yo providenciaré en tu favor; pero añadió la Tecuita : Sobre mí ¡ó rey y señor mio! recaiga la maldad, y sobre la casa de mi padre; mas el rey y su trono quede inocente. Si alguno te contradijere, dijo aquí el rey, tráemele y no volverá á molestarte en adelante. Pero ella dijo : Acuérdesse el rey del Señor su Dios (júrémelo el rey por el nombre del Señor su Dios), para que no se multipliquen los parientes á tomar venganza, y para que de ningún modo maten á mi hijo. Vive el Señor, dijo el rey, que no caerá en tierra ni uno de los cabellos de tu hijo. Si la Tecuita hubiera hablado hasta aquí para librar á un hijo suyo, debiera haber quedado contenta con la palabra del rey, sobre-

manera satisfecha con su juramento, y muy avergonzada y confundida al ver su admirable paciencia; pero era preciso aplicar al rey mismo esta tragedia, y debía llevarse al extremo la seguridad para que produjese el fruto que se deseaba. Cuando esta mujer sagaz vió asegurada la palabra del rey hasta con juramento, rompió el velo, y revistiéndose de valor, permitid, señor, á vuestra sierva, dijo, que hable aun una palabra; y el rey la dijo: Habla. ¿Porqué, señor, dijo aquí la valerosa viuda, porqué habeis pensado una tal cosa contra el pueblo de Dios como determinar que no vuelva su desterrado? Luego conoció el rey todo el misterio, y dijo á la mujer: No me ocultes lo que voy á preguntarte. ¿Acaso la mano de Joab no ha sido contigo en todo esto? Por la salud de vuestra alma, señor mi rey, respondió la mujer, que en nada se aparta ni á la derecha ni á la izquierda el señor mi rey (de lo que es). Vuestro siervo Joab ha puesto estas palabras en mi boca y me ha mandado decirlas. Vuestro siervo Joab es quien me mandó usar de esta comparación; mas vos, señor mi rey, sois sabio como lo es un ángel de Dios para entender todas las cosas sobre la tierra.

Conclusion de la parábola y vuelta de Absalon.

Aquí concluyó la audiencia de la Tecuita, á la que despidió el rey con muestras de su aprecio. Llamó en seguida á Joab y le dijo: Sabe que, aplacado, he accedido á tu súplica. Anda, pues, y trae al jóven Absalon. Joab se postró sobre su rostro, hizo una profunda reverencia al rey y dijo: Hoy ha reconocido vuestro siervo jó señor mi rey! que ha hallado gracia en vuestros ojos, porque habeis otorgado su petición; y con esto se levantó, pasó á Gesur y trajo á Absalon á Jerusalem, pero no tuvo entrada en palacio, porque dijo el rey: Vaya á su casa y no vea mi cara. Y fué Absalon á su casa y no vió la cara del rey.

David habia desistido de procurar el castigo de Absalon, no precisamente por su natural compasivo, ni por su paternal ternura, ni tampoco por la sorpresa de la parábola, sino porque no estaba en su mano el reo para castigarle. Absalon habia huido á Gesur, estaba al lado del rey su abuelo, y jamás este hubiera entregado su nieto á David sin la condicion de indultado; mas ya que por el indulto no pudo David castigar el fratricidio, como tenia resuelto, se negó á permitir que se presentase á su vista para castigarle con esto en el modo que podia.

Hermosura de Absalon.

No habia hombre en todo Israel, dice el sagrado texto, tan hermoso, ni de tan gallarda presencia como Absalon. Desde la planta del pié hasta lo alto de la cabeza no habia en él la menor tacha. Su cabello era incomparable. Se le cortaban todos los años porque no podia sostenerle, y pesaba doscientos siclos (mas de cinco libras). Absalon era el tercer hijo de David; se habia deshecho de Amnon, que era el primogénito, por medio de un fratricidio; se cree que, en el tiempo de que vamos hablando, habia muerto ya Cheliab, que era el segundo, y por consiguiente Absalon era ya el primogénito y el heredero de la corona. Se habia casado y tenia tres hijos y una hija de mucha hermosura, llamada Tamar como su hermana, y en esta descendencia de tres hijos aseguraba la sucesion de la corona; pero con todas estas ventajas aun no habia podido ver al rey despues de dos años que habian pasado, despues que volvió á Jerusalem. Cansado de esperar, é impaciente, envió á llamar á Joab para que hablase al rey; pero Joab no quiso ir. Volvió á llamarle, y como tampoco fuese, tomó una resolucion propia de su mal corazon, y de su genio violento. Bien sabeis, dijo á sus criados, el campo de Joab, que está vecino al mio y sembrado de cebada. Id, pues,

y ponedle fuego, y pusieron fuego los criados de Absalon á las mieses de Joab. Los criados de Joab, al ver un incendio que no podian atajar, corrieron á Joab atemorizados, y rasgados sus vestidos le dijeron : Los criados de Absalon han puesto fuego á una parte del campo.

Entonces fué Joab á casa de Absalon y le dijo : ¿Porqué tus criados han puesto fuego á mis mieses? He enviado á suplicarte (dos veces) respondiò Absalon, que vieras acá para enviarte al rey y que le dijeras : ¿Para qué he venido de Gesur? Mejor era estarme allá. Ruego que yo vea la cara del rey, pues si aun se acuerda de mi delito, máteme. Tal fué la contestacion que dió Absalon á las quejas de Joab por haberle incendiado las mieses. Joab debió temer cosas peores si no entraba á hablar al rey, y por grande que fuese su repugnancia, se vió precisado á vencerla. Se presentó al rey y le dió cuenta de todo lo ocurrido. Absalon logró su intento, fué llamado, entró donde estaba el rey, se postró delante de él y le hizo una profunda reverencia, y el rey dió un beso á Absalon. Con esto quedó concluida la reconciliacion.

Rebelion de Absalon.

No era un hijo, era basilisco el que el rey admitia en el seno de su familia. Era una furia que iba á llevar la confusion y el trastorno hasta el centro de la monarquía. Principió su plan atroz por echarse un tren magnifico. Mandó hacerse carrozas en las que se dejaba ver por la ciudad, precedido de cincuenta guardias y rodeado de tropas de á caballo, y presentaba, no ya la grandeza de un principe, sino la majestad de un rey. David miraba sin recelo esta magnificencia en un jóven de veinte y cuatro años, y no imaginaba que tuviese en esto otro designio que dejarse ver en Jerusalem con un esplendor correspondiente á su nacimiento y á su alto destino; pero el buen padre estaba vendido, y el hijo no perdia

momento de tiempo. Todas las mañanas se presentaba Absalon en su brillante carroza á las puertas de palacio, se paseaba por sus atrios, y á todo hombre que tenia algun negocio y venia á pedir justicia al rey, le llamaba y preguntaba : ¿De qué ciudad eres tú? y él respondia diciendo : De tal tribu de Israel soy yo, vuestro siervo. Entonces, aparentando Absalon una gran compasion, le decia : Buenas y justas me parecen tus palabras, pero no hay persona puesta por el rey para oirte. ¡ Oh ! exclamaba en un tono lastimero, ¡ quién me pusiera juez sobre la tierra para que viniesen á mí todos los que tienen negocios y los juzgase justamente ! Pero la seduccion de Absalon pasaba mas adelante; y cuando se le acercaba alguno para saludarle, alargaba su mano, le traía hácia sí, y le besaba. Lo mismo hacia con todos los que venian á que el rey los oyese y juzgase, y de este modo solicitaba poderosamente los corazones de los varones de Israel, y los enajenaba lastimosamente de su rey.

Absalon hizo este papel todo el tiempo que creyó necesario para la ejecucion de su infernal proyecto, y cuando le pareció que todo estaba dispuesto, se presentó al rey, diciendo : Iré y cumpliré en Hebron mis votos, que tengo hechos al Señor, porque cuando vuestro siervo estaba en Gesur de Siria, votando votó, diciendo : Si el Señor me volviere á Jerusalem, ofreceré al Señor un sacrificio; y el rey le dijo : Anda en paz. Se despidió Absalon del rey y partió para Hebron, que distaba una jornada. Apenas salió de Jerusalem, envió corredores por todas las tribus de Israel, diciendo : En el momento que oyéreis el sonido de trompeta (de llamada) decid : Absalon reina ya en Hebron. Iban con Absalon, además de su guardia, doscientos hombres de Jerusalem, hombres sencillos, á los que habia convidado al sacrificio, y que ignoraban enteramente la rebelion que se preparaba en Hebron. Llamó tambien Absalon de su ciudad de Gilo á Aquitofel, consejero de David, que luego se encontró en Hebron. Se dió principio al sacrificio,

que se había tomado por pretexto, y cuando Absalon ofrecia las víctimas, sonó lo trompeta y al momento corrieron de todas partes y se formó una recia conjuración. Se aumentaba continuamente el pueblo que corría al partido de Absalon, y en poco tiempo se halló el príncipe rebelde al frente de un ejército.

Es uno de los castigos de David.

Parece inconcebible como el pueblo de Israel pudiese abandonar en un momento á un rey como David, tan valiente, tan virtuoso, tan prudente, tan amable... para pararse al partido de un hijo rebelde, de un jóven furioso, de un fratricida; pero no, no es en la tierra donde se encuentra la causa de una mudanza tan repentina, se halla en el cielo, cuyos decretos se van cumpliendo sucesivamente. No por cierto, no es con la prudencia del traidor Aquitofel, ni con el número de soldados de Israel que apoyan la rebelión con lo que há de contar el hijo para derribar del trono á su padre. Quiere el Señor descargar los golpes de su justicia sobre David, y estos son las armas poderosas de Absalon, sin las cuales todos sus esfuerzos habrían quedado reducidos á la nada delante de un rey acostumbrado á vencer enemigos mucho mas formidables, y desbaratar ejércitos mucho mas numerosos y aguerridos. David ve aquí la mano del Omnipotente dando cumplimiento á los decretos anunciados por su profeta, adora su poder, huye de su corte, en la que se va á cumplir lo mas terrible de las amenazas de Natán, y espera el tiempo en que el Señor levante su mano y vuelva por su causa. Apenas llegó el aviso de que Israel seguía á Absalon, dijo á los que le rodeaban: Huyamos, porque no tendremos salida si viene Absalon. Dáos prisa, no sea que llegando, nos sorprenda, traiga la ruina sobre nosotros y pase la ciudad á filo de espada. Mucho debió costar á los valientes que custodiaban

al rey rendirse á su mandato; pero la obediencia, el respeto, la veneración que le tenían, no les permitió reponer ni una sola palabra. Aquí estamos, respondieron á una voz. Cuanto ordenare el rey nuestro señor, tanto ejecutaremos de buena voluntad vuestros siervos.

Huye David de Jerusalem.

Salió, pues, á pié de Jerusalem el rey, las reinas Micol, Aquinoam, Abigail y Betsabée, los hijos del rey y toda la familia, y los oficiales y tropas que guarnecían la corte, quedando en ella diez mujeres legítimas de David, pero de segundo orden, para custodiar el palacio. Marchaban al frente las valerosas legiones de Cereti y Feleti, que componían su guardia real, y aquellos seiscientos valientes que le habían acompañado en el tiempo de las persecuciones de Saul.

Fidelidad de Etai.

En la primera parada que hicieron, no léjos de Jerusalem, vió el rey que también le seguían los Geteos convertidos y recién llegados á la corte con su capitán Etai, y dirigiéndose á este, le dijo: ¿Porqué vienes con nosotros? Vuélvete, y quédate con el (nuevo) rey, porque eres forastero y has salido de tu tierra. Ayer llegaste, ¿y hoy serás obligado á salir nosotros? Yo iré adonde tengo que ir (que aun no lo sé). Vuélvete y lleva contigo á tus paisanos, y el Señor hará contigo misericordia y verdad (te premiará), porque has dado pruebas de gratitud y fidelidad; y respondió Etai: Vive Dios, y vive el rey mi señor, que en cualquiera parte que estuviéreis, mi señor rey, ó sea para muerte, ó sea para vida, allí estará vuestro siervo.

Así hablaba un extranjero, apenas incorporado en las

tropas de David, mientras que le desamparaban y conspiraban contra él sus propios súbditos y su mismo hijo. ¡Qué fidelidad en seguir á Jesucristo no se vió en los gentiles, que eran extranjeros á las promesas, mientras que los Judíos, á quienes pertenecian las promesas, arrojaban de esa misma ciudad de Jerusalem al divino David y á sus Discípulos!

Llegada de los sacerdotes y levitas con el arca del Señor.

Al ver el rey tanta fidelidad en Etai y en sus compañeros, á cuyo frente y en cuyo nombre hablaba, ven, le dijo, y pasa (el torrente de Cedron); y pasó Etai y todos los hombres que estaban con él. Pasaba todo el pueblo y el rey pasaba también, y todos caminaban al desierto llorando á gritos. Entonces llegaron los sumos sacerdotes Sadoc y Abiatar y con ellos todos los levitas, llevando el arca de la alianza del Señor. La generosidad de Etai, la fidelidad de los sacerdotes y levitas, y sobre todo la llegada del arca santa, fueron de muchísimo consuelo para el afligido David, y le hicieron entrever que el Señor no le había desamparado; pero á pesar de su deseo de tener siempre á la vista este monumento santo, no le pareció que debía exponerle á la contingencia de una batalla, una derrota, ó una huida, y dijo á Sadoc: Vuelve á llevar el arca de Dios á la ciudad, pues si yo hallare gracia en los ojos del Señor, me volverá allá, y me la dejará ver en su tabernáculo; y si me dijere, no me agradas, pronto estoy. Haga de mi lo que bien le pareciere. Vuélvete ¡ó Vidente! en paz á la ciudad. Tu hijo Aquimaas y Jonatás, hijo de Abiatar, estarán con vosotros. Yo me retiro á las campiñas del desierto hasta que me deis aviso del estado de las cosas. Sadoc, pues, y Abiatar no replicaron, volvieron á llevar el arca de Dios á Jerusalem y se quedaron allí.

David subía la cuesta del Monte de las Olivas, y subía

llorando, caminando con los pies descalzos y la cabeza cubierta (de luto), y todo el pueblo que iba con él, subía también llorando y cubierta la cabeza. ¡Paso lastimoso que representaba desde entonces de un modo tan propio á Jesucristo, verdadero David, saliendo de la misma ciudad de Jerusalem con sus Discípulos, pasando el mismo torrente de Cedron y subiendo al mismo Monte de las Olivas cubierto de tristeza y lleno de amargura!

Apostasia del consejero Aquitofel.

Aquí supo David para aumento de su pena que Aquitofel, su consejero, le había sido traidor como Judas á Jesucristo, y se había pasado al partido de los conjurados. Temió David los consejos de un hombre tan hábil y tan malo, y luego acudió al Señor buscando su protección particular contra un hombre tan peligroso. Os suplico, Señor, dijo: que infatueis el consejo de Aquitofel.

Presentacion del consejero Cusai.

Hecha esta breve pero fervorosa súplica, continuaba subiendo la cumbre del monte, desde la que aun se descubría Jerusalem, y en la cual pensaba David adorar al Señor, por si no volvía á ver el monte santo de Sion, donde reposaba el arca, cuando se le presentó Cusai Araquita con los vestidos rasgados y cubierta de tierra la cabeza. Era este sábio el consejero mas fiel de David, y su señor le recibió como un don que le dispensaba el Cielo en circunstancias tan apuradas. En ellas David no necesitaba de consejeros sino de soldados y buenos capitanes como Etai, y así dijo á Cusai: Si vinieres conmigo, me servirás de carga. Mas si volvieres á la ciudad y dijeres á Absalon: Yo ¡ó rey! soy vuestro siervo, desvanecerás el consejo de Aquitofel. Allí tendrás contigo á

los sacerdotes Sadoc y Abiatar, y les harás saber cuanto oyeres de la casa del rey. En su compañía estan sus hijos Aquimaas y Jonatás, y por ellos me enviarás á decir todo lo que oyeres. Cusai se volvió, y al mismo tiempo que entraba este fiel amigo de David en Jerusalem por la puerta del Oriente, entraba tambien Absalon por la del Mediada, y mientras que el hijo rebelde subia entre los vivas y aplausos de la multitud al trono de Israel, el padre destronado adoraba al Dios de Sion desde la cima del monte, y bajaba á pié y descalzo entre los fieles y afligidos Isrealitas que le acompañaban á ocultarse en el desierto.

Socorro y calumnia de Siba.

Apenas habia dejado la cumbre, cuando le salió al encuentro Siba, aquel criado antiguo de la casa de Saul, al que habia confiado la administracion de los bienes de Mifiboset hijo de Saul, cuando llamó á este príncipe á su corte y á la participacion de su mesa. Traía dos asnos cargados con doseientos panes, cien atados de uvas pasas, cien panes de higos y un pellejo de vino; y preguntó el rey á Siba: ¿Para qué son estas cosas? Los asnos, respondió Siba, son para que lleven á aquellos domésticos del rey (que se cansaren en el camino); los panes y los higos con las pasas para alimento de la tropa, y el vino para los que desfallecieron en el desierto. ¿Y dónde está, volvió á preguntar el rey, el hijo de tu señor? (¿dónde está Mifiboset?) Aquí Siba descubrió en dos palabras la perversidad de su alma. Mifiboset, tullido de ambos piés, no podia moverse sino en brazos ajenos. La precipitacion con que salió el rey de la corte fué tal, que ni para las reinas hubo carruajes ni caballerías, ni para el mismo rey, y Siba, que habia tomado mas tiempo y debia haber proporcionado un transporte á Mifiboset, ni siquiera quiso aparejarle un asno para ir á unirse con el rey. Á pesar de estos antecedentes, Siba respondió

muy fresco al rey: Se ha quedado en Jerusalem, diciendo: Hoy me restituirá la casa de Israel el reino de mi padre. Ninguna cosa mas falsa que esta asercion; pero David fué sorprendido. Tenia tan buen concepto de Siba, que le habia hecho administrador de los cuantiosos bienes de Mifiboset, y este concepto hizo que no dudase de lo que Siba decia. Si hubo aquí precipitacion en David, solo Dios lo sabe. El hecho es, que David dijo á Siba: Sean tuyas todas las cosas que fueron de Mifiboset. Esto era sin duda lo que el avariento calumniador pretendia, pues conseguido, rindió las mas expresivas gracias al rey, y para dar á entender que en este descubrimiento solo habia mirado por su bien, suplicó que le contara entre los primeros de sus fieles servidores.

Heróico sufrimiento de David insultado y maldecido por Semei.

Caminaba siempre el rey hácia el desierto, y cuando llegó á las cercanías de Baurin, ciudad de la tribu de Benjamin al norte de Jerusalem, un Benjamita de la familia de Saul, llamado Semei, hijo de Gera, salió á insultarle. Dió principio á sus insultos cargándole de maldiciones, y siguió apedreándole, y á todos sus siervos. Todo el pueblo y todos los hombres guerreros iban á la derecha é izquierda del rey, y Semei continuando en maldecir al rey, decia: Sal, sal, hombre de sangre y hombre de Belial. El Señor te ha dado ahora el pago de toda la sangre que derramaste de la casa de Saul. Porque usurpaste el reino, por eso el Señor le ha puesto en manos de Absalon tu hijo. Hé ahí porque te abruman tus males, porque eres hombre de sangre. Abisai, hijo de Sarvia, sobrino del rey y hermano de Joab, no pudo ya sufrir tanta insolencia y dijo al rey: ¿Porqué ese perro muerto ha de maldecir al rey mi señor? Yo iré y cortaré su cabeza. ¿Qué hay, dijo David, entre mí y

entre vosotros, hijos de Sarvia? Dejadle que maldiga, pues que el Señor le ha dejado que maldijese á David. ¿Y quién hay que ose decir (al Señor), porque así lo habeis hecho? Y dijo el rey á Abisai y á todos sus siervos: Veis que mi hijo, que ha salido de mis entrañas, busca mi vida; ¿cuánto mas lo hará un hijo de Benjamín? Dejadle que me maldiga, segun le ha dejado el Señor. Acaso el Señor mirará mi afliccion y me concederá bien por la maldicion de este dia.

David, pues, seguía su camino, acompañado de los suyos, y Semai iba enfrente de él costeando el monte por lo alto, maldiciéndole, tirándole piedras y arrojando tierra sobre él. La paciencia de David aquí fué heroica. Sufrió hasta el fin sin quejarse esta dura y larga prueba, y para que esta tuviese todo su cumplimiento, le fué preciso usar repetidas veces de toda su autoridad para contener el justo enojo de sus capitanes y soldados. Entraron por fin en Baurin muy fatigados el rey y todo el pueblo, y descansaron y se alimentaron allí.

El consejero Cusai, amigo de David, habia entrado en Jerusalem, como se ha dicho, al mismo tiempo que Absalon. Cuando halló oportunidad, se presentó á este, y le saludó diciendo: Dios os guarde, ó rey. Admirado Absalon al ver que le saluda Cusai: ¿Y es este, le dijo, el reconocimiento que muestras á tu amigo? ¿Porqué no te has oido con él? De ninguna manera, respondió Cusai; porque yo seré de aquel que eligió el Señor y todo Israel, y con él permaneceré. ¿A quién he de servir yo? ¿Acaso no es al hijo del rey? Como obedecí á vuestro padre, así tambien obedeceré á vos. Absalon quedó muy satisfecho y complacido; miró la adquisicion de Cusai como una gran conquista; le recibió en su gracia, le admitió en su consejo, y repartió con él la confianza que hasta entonces habia tenido depositada toda entera en Aquitofel.

Consejo infernal de Aquitofel.

Absalon tan complacido con la adquisicion del famoso consejero de su padre, como ansioso de continuar la obra comenzada, dijo á Aquitofel: Consultad entre los dos qué es lo que debemos hacer. Era Aquitofel uno de aquellos consejeros malvados que en nada se detienen, ni por la justicia, ni por la conciencia; á quienes nunca faltan arbitrios para todo, porque nada tienen por malo, si conduce á conseguir su fin, y que en tanto son mayores politicos en cuanto tienen menos religion y menos conciencia. Aquitofel sabia la funesta ciencia de acomodarse á todo para conseguirlo todo. Habia hecho el papel de virtuoso en tiempo de David, y hacia el de malvado en el de su rebelde hijo. Lo que sugirió á Absalon en esta ocasion, no fué tanto de un consejero perverso, como de un consejero del infierno. Entrad, dijo este ministro del abismo á Absalon, entrad á las mujeres de vuestro padre que dejó en guardia del palacio, para que cuando oyere todo Israel que habeis afrentado á vuestro padre, se robustezcan sus manos en vuestra defensa. Era decirle que hiciese á su padre una afrenta mas indigna de perdon que la usurpacion de la corona; que este crimen le haria irreconciliable con él para siempre, y que asegurado el pueblo de que jamás podria haber reconciliacion entre los dos, se uniría mas y más al rey que acababa de proclamar y colocar en el trono.

Esta horrible proposicion de Aquitofel no causó horror á Absalon. Hermano fraticida, hijo rebelde, usurpador del trono, y caminando á ceñirse la corona, ya nada le costó ser adúltero é incestuoso públicamente. En efecto se levantó en el sitio mas alto de palacio que llamaban terrado, y estaba descubierto por todas partes, un pabellon, al que se obligó á subir á las diez mujeres de David, y delante de todo Israel entró Absalon á profanarlas. Este escándalo inaudito estremeció á los buenos

Israelitas, confirmó á los revoltosos en la rebelion, y dejó á todos los siglos una abominacion que será detestada siempre en la historia del mundo.

Despues de haber presenciado Aquitofel con la complacencia propia de un espíritu del abismo la ejecución del infernal consejo, fuó á verse con Absalon para hacerle presente que urgia aprovechar el tiempo antes que su padre pudiese rehacerse. Yo elegiré, le dijo, diez mil hombres de valor y marcharé á perseguir á David esta noche, y cayendo sobre él porque se halla fatigado, y sus manos, esto es, sus tropas debilitadas, le derrotaré, y cuando huyere todo el pueblo que está con él, yo heriré (quitaré la vida) al rey desamparado, y reduciré todo el pueblo que le ha seguido, como suele volver un solo hombre. Uno solo perseguís, y (concluyendo con él) todo el pueblo será en paz (será vuestro).

Consejo de Cusai.

El consejo era muy bueno para concluir con David, y este rey que acababa de salir huyendo de su corte con un puñado de tropas, estaba perdido, si se ejecutaba sin perder momentos. Desde luego pareció bien á Absalon y á los ancianos de su partido; pero Absalon quiso oír también á Cusai, y en esto consistió la salvación de David. Llamad, dijo Absalon, á Cusai Araquita, y oigamos también lo que él dice; y habiendo venido Cusai, le dijo Absalon lo que proponía Aquitofel, y le pregunto: ¿Debemos hacerlo, ó no? ¿Qué nos aconsejas? Cusai, hombre reposado y de firmeza, respondió sin titubear ni un momento: No es bueno el consejo que ha dado Aquitofel esta vez. Bien sabeis que vuestro padre y la gente que le sigue, son muy valientes, y tienen muy amargado el corazón, como el de una osa que se embravece en un bosque por haberla quitado sus cachorros; á más de que vuestro padre es hombre que sabe de guerra y no hará

parada con el pueblo. Acaso ahora mismo estará oculto en alguna cueva ú otro lugar escondido, y si al principio cayere alguno de los que os siguen, lo oirá cualquiera, y dirá: Ha sido derrotado el pueblo que seguía á Absalon, y el mas animoso desmayará de temor; porque todo el pueblo de Israel sabe que vuestro padre es valiente, y aguerridos los que estan con él. Por esto me parece mejor que se reuna todo Israel desde Dan hasta Betsabée un pueblo innumerable como la arena del mar, y vos iréis en medio de él y nos echaremos sobre el rey en cualquier lugar que fuese hallado y le cubriremos como el rocío que cae sobre la tierra y no dejaremos ni un solo hombre de cuantos estan con él, y si se encerrase en alguna ciudad, todo Israel la rodeará de cordeles y la arrastrará y arrojará en un torrente para que no se encuentre ni una sola piedra de ella.

Con esto dió conclusion Cusai á su discurso, pero era muy hábil este amigo de David para no conocer él mismo lo débil de su razonamiento. Todo él era un tejido de bellas palabras que no llevaban otro objeto que ganar tiempo á su amigo; mas Absalon se dejó deslumbrar. Solo se hablaba de reunir á todo Israel, de caminar glorioso en medio de todo el pueblo, de cercar por todas partes á David y oprimirle con la multitud, de arrancar las ciudades en que se encerrase... Y todo esto lisonjeó tanto á Absalon y á todos los ancianos, que unánimes prefirieron el consejo de Cusai al de Aquitofel, permitiéndolo así el Señor para salvar al padre perseguido y castigar al hijo rebelde.

Cusai dió inmediatamente aviso de todo á los sacerdotes Sadoe y Abiatar, previniéndoles que lo hiciesen saber inmediatamente á David para que en aquella misma noche dejase los llanos del desierto, pasase el Jordán y se refugiase en el país de Galaad; pero estaba la dificultad en darle esta noticia sin causar sospechas á Absalon. Jonatás y Aquimaas, hijos de los dos sacerdotes, estaban en un arrabal de la ciudad con el objeto de lle-

var estos avisos á David. Ni Sadoc ni Abiatar se atrevieron á dar personalmente esta noticia á sus hijos y se valieron de una criada, que luego se la comunicó, y ellos salieron al momento con el mayor disimulo y ligereza; pero hubo un jóven que les vió y dió noticia á Absalon, quien despachó al momento gentes en su seguimiento; mas ellos, viéndose perseguidos, corrieron á Baurin, entraron en la casa de un vecino de la ciudad que tenia un pozo sin agua en el patio, y se metieron en él. La dueña era compasiva y cerró inmediatamente el pozo, tendió sobre el brocal, que estaba igual con el piso, una cubierta; echó cebada mondada sobre ella, é hizo como que la estaba secando. Llegaron los enviados de Absalon y preguntaron á la mujer: ¿Dónde estan Aquimaas y Jonatás? y ella respondió: Pasaron apresuradamente despues de beber un poco de agua; y como los que les buscaban, no les encontrasen por ninguna parte, se volvieron á Jerusalem. Luego que estos se retiraron, salieron aquellos del pozo, y continuando con la misma celeridad su camino, llegaron al rey y le dijeron: Levantáos y pasad prontamente el Jordán, porque Aquitofel ha dado el consejo (de sorprenderos y oprimiros esta noche). Aunque Cusai habia entorpecido y trastornado este consejo, se temia que nuevas circunstancias hiciesen que se volviese á pensar en él y se siguiese, en cuyo caso David estaba perdido si no pasaba el rio. Levantóse, pues, David y todo el pueblo que estaban con él, y pasaron el Jordán antes que amaneciese, sin quedar ni uno solo sin pasarle.

Se ahorca Aquitofel.

Viendo Aquitofel que no se habia seguido su consejo, y que Cusai habia prevalecido contra él, rabioso y despechado aparejó su asno y tomó el camino de su ciudad Gilo, entró en su casa, y dispuestos sus negocios se ahorcó. Bella representacion del discípulo apóstata.

Traidor Judas, como Aquitofel, dispone como este sus negocios, restituyendo los treinta dineros, y se cuelga como él. Se cree que Judas habria conseguido el perdón de Jesucristo, y tambien Aquitofel de David; pero generalmente los traidores, á quienes no sale la traicion como ellos se prometian al cometerla, juzgándose indignos de perdón, se hacen justicia á sí mismos. Por de contado, Aquitofel ahora, y Judas en tiempo de Jesucristo, se la hicieron bien terrible.

Este fin desastrado de Aquitofel ninguna impresion hizo en el endurecido corazon de Absalon. Continuó en dar las disposiciones para reunir en Jerusalem todas las tropas del reino á fin de acabar de una vez con su padre; pero era preciso tiempo (y esto queria Cusai) para que llegasen las que se hallaban en las extremidades, y David sabia aprovecharse de los momentos mejor que su hijo. Despues que pasó el Jordán, se dirigió á la ciudad de Manain, que tenia una buena fortaleza y habia sido corte de Isboset siete años, hasta que Baana y Recab le asesinaron en ella. David puso allí sus mujeres, sus hijos, los ancianos y todos los que no se hallaban en estado de manejar las armas. Apenas corrió la noticia de su llegada, le vinieron socorros de todas partes; Sobi, á quien David habia hecho rey de los Amonitas despues que Hanon, su hermano, murió en el famoso sitio de Rabá; Machir, aquel hijo de Amiel que mantuvo á sus expensas tanto tiempo á Mifiboset, hijo de Jonatás, y Berceai de la ciudad de Rogelin, anciano de cerca de ochenta años, y hombre muy rico, fueron los que se presentaron primero y distinguieron mas por la abundancia de sus provisiones. Ofrecieron á David camas, tapices y vasos de barro; trigo, cebada, harina, polenta, habas, lentejas y garbanzos tostados; miel, manteca, ovejas y terneros gordos; y lo mismo hicieron, aunque en menores cantidades, los hombres de facultades del país.

Disposiciones de David para el combate contra las tropas de Absalon.

El buen rey se hubiera consolado mucho con estas pruebas de la proteccion del Señor y del afecto y generosidad de los pueblos, si solo fuera un rey desgraciado, pero era tambien un desgraciado padre. El hijo habia reunido en Jerusalem todas las tropas de Israel y marchaba contra su buen padre resuelto á deshacerse de él á todo trance, y no quedaba ya á David otro partido que, ó morir con sus hijos y todos sus valientes, ó defenderse. Tuvo aviso en Manain de que Absalon con su numeroso ejército habia pasado el Jordán, y esta noticia no permitió ya por mas tiempo al rey dejar de tomar las armas. Ordenó luego sus tropas; entregó cada cien hombres á un centurión, y cada mil á un tribuno, y habiendo dividido toda su gente en tres cuerpos, dió á Joab el mando del primero, á su hermano Abisai el del segundo y al fiel Etai el del tercero. El rey habia reservado para si el puesto de general en jefe, y dijo al ejército: Yo saldré tambien con vosotros; pero este se opuso resueltamente. No, respondieron á una todas las tropas, vos no saldréis con nosotros; porque importará poco á nuestros enemigos el que nosotros huyamos, ni les será de consideracion que muramos la mitad en el encuentro. Vos solo sois contado por diez mil (á vos solo es á quien buscan). El rey se rindió á las prudentes razones de su ejército y se limitó á decir: Yo haré lo que bien os pareciere. Oida esta conformidad, el ejército se puso en movimiento, y el rey se presentó á la puerta de la ciudad para verle desfilar. Iba en compañías de cien hombres y cuerpos de mil con sus oficiales al frente. El rey pedia al Cielo sus bendiciones para su ejército y le exhortaba á pelear en su nombre y por su gloria. El ejército no era muy numeroso, pero sí muy valiente. David contaba con la proteccion del Cielo y el denuedo de sus tropas,

y apenas podia dudar de la victoria. Así que, mirándola como cierta, y no pudiendo olvidarse de que era padre de Absalon, mandó á sus generales, delante de todo el ejército, que conservasen la vida á su hijo Absalon.

El rey deseaba que se ahorrara la sangre, porque era sangre de hermanos; mas por mucho que procurase la moderacion, las disposiciones de los dos ejércitos eran funestas. Absalon no podia estar contento hasta no ver el cadáver de su padre tendido sobre los cadáveres de sus tropas leales. Su general Amasa, primo hermano de Joab, á nada menos aspiraba que á ser general de todos los ejércitos de Israel. Sus tropas no esperaban gracia, si llegaban á ser batidas, porque en efecto no la merecian. Las de David tampoco la esperaban de un ejército de rebeldes, y llevadas por la justicia de su causa, estaban resueltas á no dar cuartel mas que á Absalon, á quien un padre indulgente, acaso en demasia, mandaba perdonar. Con estas disposiciones se caminaba al combate de una y otra parte.

Las tropas de David derrotan á las de Absalon.

Habia pasado este el Jordán con todo su ejército y acampado en los llanos de Galaad, teniendo á su derecha un esposo bosque, llamado el salto ó bosque de Efrain. Joab, Abisai y Etai al frente de sus tres cuerpos de tropas habian pasado tambien el torrente de Jacob, y aquí fué donde se encontraron los dos ejércitos, bastante cerca de Manain, donde el rey se habia quedado con un corto número de soldados. Avanzaron unos y otros, y el combate debia ser terrible y favorable al ejército de Absalon que cubria aquellas dilatadas llanuras; pero la multitud no pudo sostener el primer choque de los valientes de David. Luego volvieron la espalda las tropas de Absalon, se declararon en derrota y se entregaron á la fuga. Las de David cargaron por todas partes y ha-

cian un estrago tal, cual se podia temer de la indignacion de los vencedores. Veinte mil Israelitas quedaron tendidos en el dilatado campo que ocupaban sus numerosas tropas, y mas de veinte mil perecieron en el inmediato bosque al que habian corrido á salvarse en su huida. La victoria fué completa, pero el Señor no estaba satisfecho. Sobrevivia Absalon á la derrota; era preciso que muriese tambien este hijo de David para que siguiesen teniendo su cumplimiento las amenazas hechas por el profeta Natán, y Joab, desobedeciendo á David, cumplió con la muerte de Absalon parte de estas amenazas.

Muerte de Absalon y su sepultura.

Huyó Absalon tambien al bosque, y las tropas de David que habia por aquella parte, le dejaron pasar, cumpliendo con la órden de su padre. Iba montado en un mulo, y como corria á mas correr, huyendo de la muerte, pasó el mulo con gran velocidad por bajo de una espesa y grande encina y Absalon quedó colgado de ella, bien fuese entregajado por el cuello, ó bien preso, como se cree comunmente, por su gran cabellera. El mulo pasó adelante, continuando su veloz carrera, y Absalon quedó colgado entre el cielo, que se vengaba de un enorme criminal, y la tierra que no queria sostenerle.

En tal estado alcanzó á verle un soldado del ejército de David, y sin atreverse á tocarle por causa del mandato de su padre, corrió á Joab y le dijo: He visto á Absalon colgado de una encina. Y si le viste, dijo Joab, ¿porqué no le cosiste con la tierra, y yo te hubiera dado diez sieelos de plata (algo mas de cien reales) y un tahali? (faja de distincion.) Pero el soldado respondió: Aunque pesaras en mis manos mil monedas de plata, de ningún modo extenderia yo mi mano contra el hijo del rey; pues oyéndolo nosotros (los soldados), mandó el



rey á ti y á Abisai, y á Etai, que le guardáseis al jóven Absalon; y dijo Joab: No será así como tú quieres, sino que yo mismo le acometeré en tu presencia. Tomó, pues, Joab tres saetas en la mano y se las clavó en el corazon, y como todavía palpitase, colgado de la encina, corrieron diez jóvenes sus escuderos y le acabaron de matar.

Entonces Joab tocó retirada y confuvo á sus tropas para que no siguiesen á las de Israel, queriendo perdonar á la multitud. No creyó Joab que debía darse á Absalon la sepultura que correspondia á su nacimiento, sino la que merecian sus delitos. Mandó abrir una grande hoya en el bosque, y le arrojaron en ella, cubriéndole con un monton de piedras en gran manera grande, sufriendo así despues de muerto este hijo rebelde la pena de apedreado, que segun la ley debía haber sufrido vivo. Tal fué el desastrado fin del malvado Absalon, príncipe fratricida, rebelde, incestuoso, adúltero, parricida y digno de la execracion de todós los siglos.

Se da noticia á David de la victoria.

Por mas criminal y execrable que hubiese sido Absalon, siempre le amaba David, y Joab, que conocía el tierno corazon del padre, temia anunciarle la muerte del hijo. Aquimaas, aquel hijo de Sadoc, que habia corrido de Jerusalem con Jonatás, hijo de Abiatar, á dar aviso al rey de que pasase inmediatamente el Jordán para no ser sorprendido; este fiel Aquimaas se ofreció ahora el primero á llevar al rey la noticia de tan completa victoria. Yo correré, dijo á Joab, y daré la nueva al rey, de que el Señor le ha hecho justicia de la mano de todos sus enemigos. No, dijo Joab, no quiero que vayas tú esta vez á dar la nueva, porque ha muerto el hijo del rey; y volviéndose á un tal Cusi, le dijo: Anda y da noticia al rey de lo que has visto. Cusi hizo una profunda reverencia al general y echó á correr. Mas



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aquimaas volvió á decir á Joab : ¿Y qué inconveniente hay en que yo vaya tambien corriendo en pos de Cusi? ¿Para qué quieres correr, hijo mio, le dijo Joab? No serás portador de buenas nuevas. Aquimaas rebosaba de alegría al ver desbaratados los enemigos del rey y no podía contenerse sin correr á dar esta noticia. ¿Pues qué, volvió á replicar á Joab, pues qué, si yo tambien corriere? Corre, le dijo Joab, cediendo á su empeño, y corriendo Aquimaas por un atajo, se adelantó á Cusi.

Estaba sentado David entre las dos puertas de la entrada de Manain, donde se había quedado, por no haberle permitido sus tropas que se expusiese á los peligros del combate, y el centinela que había sobre el muro de la puerta, vió un hombre que venia corriendo y lo avisó al rey. Si viene solo, dijo el rey, buenas nuevas trae (pues que vendrían muchos y de tropel si se hubiera perdido la batalla.) Cuando el primero se acercaba, alcanzó á ver el centinela otro que tambien corria, y volvió á decir al rey : Descubra otro que viene corriendo solo; y dijo el rey : Tambien esto trae buenas nuevas. El modo de correr del primero, añadió el centinela, parece como el correr de Aquimaas, hijo de Sadoc; y dijo el rey : Ese es hombre bueno, y viene á traer buenas nuevas. Á este tiempo llegaba ya Aquimaas, y de léjos gritó al rey : Dios os guarde, ó mi rey, y acercándose despues, se postró en tierra delante del rey, y dijo : Bendito sea el Señor, que ha puesto en manos del rey á los que alzaron sus manos contra el rey mi señor.

Temores de David por la vida de Absalon.

David no temia tanto la muerte temporal de su hijo como la eterna en que le sepultaria el estado delincuente en que se hallaba, y deseaba con ansia que el Señor en su misericordia le concediese aquel tiempo de penitencia que él mismo había recibido de su piedad

divina. Así fué que en vez de dar señales de alegría por una victoria que le valia el reino y la vida, solo las dió de un temor y de una inquietud que le ocupaba enteramente. ¿Vive Absalon? á esta sola pregunta se redujeron todas las que pedía un suceso semejante. ¿Vive el jóven Absalon? Cuando Joab vuestro siervo, respondió Aquimaas, pesaroso ya de haber llevado la noticia, cuando Joab, vuestro siervo, despachó á este siervo vuestro ¡ó mi rey! vi levantar un gran túmulo. No sé mas. Esta respuesta cortada hizo ya temblar al rey, y dijo á Aquimaas : Pasa y ponte aquí. Apenas pasó Aquimaas y se fijó al lado del rey, cuando llegó Cusi, y rebosando alegría, dijo : Buena nueva os traigo, mi señor y mi rey. El Señor ha hecho hoy justicia por vos de la mano de todos los que se levantaron contra vos. El rey, cada vez mas temeroso sobre la vida de su hijo : ¿Vive el jóven Absalon? preguntó, temblando la contestacion, que en efecto fué como él ya la esperaba. Así sean tratados como el jóven, respondió Cusi, los enemigos del rey mi señor, y todos los que se levantan contra él para mal.

Llanto de David por Absalon.

Traspasado aquí el rey del mas vivo dolor, se retiró á una pieza que había sobre la puerta, llorando y exclamando : ¡Hijo mio Absalon! ¡Absalon hijo mio! ¡Quién me diera que yo muriera por ti! ¡Absalon hijo mio! ¡Hijo mio Absalon! David habria sufrido con la mayor resignacion esta desgracia, como lo había hecho ya en la pérdida de otros dos hijos, si Absalon no hubiese muerto con las armas de la rebelion en la mano, obstinado, endurecido... con todas las señales de un condenado; pero esta eterna desgracia de su hijo le tenia inconsolable. Lloraba sin cesar, y cubierta ya la cabeza (ya la cara con sus manos) no dejaba de llorar y de exclamar : ¡Hijo mio Absalon! ¡Absalon hijo mio! ¡hijo

mio! Eran tan penetrantes los lamentos del angustiado padre, que se hacian oir por toda la vecindad, y como llegase la noticia del desconsuelo del rey al ejército, no se determinó este á entrar aquel dia en la ciudad, para dar tiempo á los primeros desahogos de un padre el mas piadoso y religioso en la pérdida eterna de su hijo.

Atrevimiento de Joab.

Joab, que era el que la habia causado por una formal desobediencia al mandato del rey, luego que supo que el rey lloraba y se lamentaba, tuvo el atrevimiento de entrar en la habitacion del afligido padre, humeando aun en sus manos la sangre de su hijo, y decirle sin guardar ni decoro, ni consideracion, ni respeto á su real persona: Habeis avergonzado hoy los semblantes de todos vuestros fieles servidores que acaban de salvar vuestra vida, las de vuestros hijos y vuestras hijas, y las de vuestras mujeres. Amais á los que os aborrecen, y aborreceis á los que os aman, y habeis dado á entender hoy que no os curais ni de vuestros capitanes, ni de vuestros soldados, y he conocido bien que si viviera Absalon, aunque todos hubiéramos perecido, estariais contento. No se limitó Joab á este torrente de oprobios y de injurias que el rey oyó sin responderle; pasó mas adelante, y tomando para con su rey el tono de soberano, llegó hasta amenazarle. Ahora, pues, continuó, levantaos y salid fuera; y llamando, satisfaced á vuestros siervos (presentaos á vuestro ejército y manifestadle con palabras agradecidas que estais muy satisfecho de su valor y conducta): pues juro por el Señor, que si no saliereis, ni uno solo quedará con vos esta noche; y esto será para vos peor que todos los males que han venido sobre vos desde vuestra juventud hasta el presente. La amenaza y el tono con que se hacia, er injurioso á la majestad en gran manera. Sin embargo el

consejo era bueno, pero se lo daba al rey el matador de su hijo; mas el prudente monarca supo distinguir entre la persona y el consejo, y le siguió. Se levantó del asiento de su dolor y su llanto y bajó á presentarse á la puerta de la ciudad. Luego supo todo el pueblo que el rey estaba sentado á la puerta de la ciudad para recibirle, y vinieron de tropel oficiales y soldados, todo su pueblo fiel, y todo su victorioso ejército. El afligido monarca, compuesto su semblante, recibió á todos con aquella amabilidad que le era natural y con aquella benignidad y ternura que formaban su carácter. Les manifestó un entrañable agradecimiento á su fidelidad y su valor, y les despidió llenos de satisfaccion y de alegría.

Despues de un paso tan satisfactorio para todos, no parecia que restaba al rey otro que presentarse en la capital de su reino y entrar victorioso en aquella Jerusalem de donde habia salido huyendo, y ocupar el trono de que habia sido arrojado. De los soldados de Absalon, unos habian perecido y otros habian huido; y los valientes que le habian vuelto la corona, se hallaban en el caso de dar la ley á Jerusalem, si ella no volvía por si misma á la obediencia; pero David, el mas moderado y valiente de los reyes, estaba poseido únicamente de pensamientos de paz, y de ningun modo queria subir al trono por gradas de sangre. Con este objeto se detuvo algun tiempo en Manain hasta preparar á todo Israel á un rendimiento pacífico. Desde esta ciudad hizo entender á las tribus que el Cielo habia vuelto por su causa, y que él no trataba de añadir castigos á los que habia hecho la Justicia divina, cuyos decretos adoraba; que olvidaba para siempre su infidelidad, y que esperaba de su sumision el consuelo de no verse precisado á verter sangre.

La declaracion del monarca hizo todo el efecto que él se proponia y esperaba. Todas las tribus de Israel se apresuraron á presentar al rey su sumision, y se disputaron la preferencia de volverle á su trono. Sin embargo la de Judá, que por ser la de David y la primera que le

habia proclamado rey en Hebron, debia ser tambien la primera en presentar su sumision, fué la última; ó bien porque se considerase mas culpable en haberle desamparado y seguido el partido de Absalon, ó bien porque quisiese ver antes la suerte que cabia á las demás tribus. Lo cierto es, que el rey sintió su falta, y envió á los sumos sacerdotes Sadoc y Abiatar para que dijese á los ancianos de esta tribu, ¿porqué sois los últimos que venís á hacer que vuelva el rey á su casa? Vosotros sois mis hermanos, mi hueso y mi carne (sois la tribu en que he nacido). ¿Porqué sois los últimos en volver á llevar al rey? Decid tambien á Amasa (hijo de mi hermana Abigail), ¿acaso no eres tú mi hueso y mi carne? Esto haga Dios conmigo y esto añada (juramento israelítico), si no fueres el general de mis tropas delante de mí en todo tiempo en lugar de Joab. Con esto inclinó David el corazón de todos los varones de Judá como si fuera el corazón de uno solo; y luego enviaron de los principales diciendo: Volved, señor, volved y todos vuestros siervos.

Preparadas así todas las tribus, salió el rey de Manain al frente de su ejército, seguido de su familia, y rodeado de las tribus de Ruben, Gad y la media de Manasés, que ocupaban el oriente del Jordán, adonde el rey se habia refugiado huyendo de Absalon. Manain estaba como unas veinte leguas del vado por donde se habia de pasar el Jordán, y al cabo de algunos dias llegaron á su margen oriental. Á este tiempo todo Judá y las tribus de Benjamín, Dan, Simeon y Efraim, que eran las mas cercanas al rio, llegaron á Gálgala que distaba dos leguas del dicho vado por la parte occidental del Jordán para pasarle, recibir al rey, repararle acompañándole, conducirlo con su familia y ejército á Jerusalem y colocarle en su trono. Con tan bello y numeroso acompañamiento pasó el rey el Jordán entre las aclamaciones de todos, y se hizo alto en aquellos hermosos campos, donde en tiempo de Josué habia reposado el arca del Señor en medio de Israel despues de haberle

pasado por camino en seco. Esta parada se hizo regularmente, ó para esperar que llegasen las tribus que no habian tenido bastante tiempo por su distancia, ó para preparar la entrada en Jerusalem, que debia ser magnífica, ó para ambas cosas, y aquí fué donde ocurrieron varios sucesos, en los que el rey, conservando su carácter de mansedumbre y dulzura, hizo ver á Israel que no habia merecido su desercion.

David perdona á Semei.

El primero que se presentó y experimentó su clemencia despues de haber probado su paciencia, fué el insolente Semei. Se postró á los piés del rey y le suplicó diciendo: Olvidáos, mi señor, de mi maldad, y no os acordeis de las injurias que os hizo vuestro siervo cuando el rey mi señor huyó de Jerusalem, ni las depositó el rey en su corazón. Reconozco mi pecado, y por eso he venido hoy el primero de toda la casa de José y bajado al encuentro de mi señor el rey. ¿Y qué? dijo aquí Abisai, hijo de Sarvia: ¿no morirá este Semei que maldijo al cristo del Señor, solo porque ha dicho estas palabras? ¿Qué tengo yo, dijo el rey, con vosotros hijos de Sarvia? Que fué decir: ¿Porqué he de hallar yo continuamente contradicciones en los hijos de mi hermana Sarvia? ¿Porqué se han de mezclar en negocios á que no los llamo? ¿Porqué se han de oponer á mi clemencia? ¿Porqué han de provocar á derramar mas sangre á quien siente tanto la que está ya derramada? No, no morirá hoy ni un solo hombre en Israel. ¿Ignoro yo por ventura que en este dia vuelvo á ser rey de Israel como en el primero en que fui ungido? Y dijo el rey á Semei: No morirás, y se lo juró.

Se presenta Mifiboset.

Tambien Mifiboset descendió al encuentro del rey sin haber lavado ni los piés, ni los vestidos, ni haber cortado la barba desde el día en que salió el rey; y le dijo el rey: Mifiboset, ¿porqué no viniste conmigo? Mi señor y mi rey, respondió Mifiboset, mi criado me despreció. Yo, vuestro siervo, le dije que me aparejara un asno para subir en él é irme con el rey, pues yo vuestro siervo soy cojo; pero él además de no hacer esto, me acusó delante de vos; mas vos, mi señor y mi rey, sois como un ángel del cielo. Haced lo que os agrade, porque la casa de mi padre no merecia sino la muerte, y vos, señor, en vez de esto me pusisteis entre los convidados á vuestra mesa. ¿De qué puedo yo quejarme? ¿Ó qué mas puedo pedir- os? Y el rey le respondió: Basta (estais justificado, pero no es ocasion de probar el delito de Siba, ni tam- poco de castigarle). Dividid las posesiones que le con- cedi. Y dijo Mifiboset al rey: Consérvelas todas Siba, á mi me basta que el rey mi señor haya vuelto en paz á su casa.

Se despide Bercelai.

Se presentó despues una ocasion de manifestar el rey su reconocimiento á un súbdito generoso, que le rehusó, con tanto mayor mérito, cuanto mejor le merecia. Era aquel Bercelai Galaadita, anciano de cerca de ochenta años, que llevó al rey provisiones abundantes cuando llegó á Manain. Este buen anciano vino acompañando al rey desde Manain y pasó el Jordán con él. Mas cuando fué á despedirse del rey para volverse á su ciudad de Rogelin, situada en el país de Galaad y distante como unas cuatro leguas de Manain, le dijo el rey: Ven conmigo á Jerusalem, y allí acabarás en paz el resto de tus dias. Soy ya un octogenario, dijo Bercelai al rey, ¿acaso

está ya vivo mi apetito para distinguir entre lo amargo y lo dulce? ¿Ó pueden deleitar á vuestro siervo la comida y la bebida? ¿Ó escuchar con placer las voces de los cantores y cantoras? ¿Porqué, pues, ha de ir vuestro siervo á ser peso á mi señor el rey? ¿Y para qué esta mudanza? Con vuestra licencia se volverá vuestro siervo á morir en su ciudad, para ser enterrado al lado de su padre y de su madre. Tiene vuestro siervo un hijo llama- do Camaan, ese irá con vos, mi señor y mi rey, y á él dispensaréis los favores que gustáreis. Venga conmigo Camaan, dijo el rey, y yo le haré cuantos favores qui- siéreis. Besó el rey á Bercelai, le dió su bendicion, y el venerable anciano se volvió á su tierra á juntar sus huesos con los huesos de sus padres.

Disputa de Israel y Judá.

Despues de estos tres sucesos notables, alzó el rey su campo y continuó su camino á Jerusalem, rodeado siem- pre de su familia, de sus valientes, de la tribu de Judá y de la mitad de las tribus de Israel. Al paso que se iba acercando á la corte, iban llegando las demás tribus le- janas, y el acompañamiento era inmenso; pero al tiempo que este crecia, se acercaba tambien una nueva rebelion, que pudo ser mas funesta al rey y al reino que la que acababa de concluirse. Cuando hubieron llegado las úl- timas tribus de Israel, se presentaron todas reunidas al rey y le dijeron: ¿Porqué se han adelantado nues- tros hermanos y han pasado el Jordán el rey y su familia (sin esperar que llegásemos todas)? Y sin dar tiempo á que contestase el rey, respondió la de Judá á las de Is- rael: Porque el rey es mas cercano de nosotros que de vosotros (porque es de nuestra tribu y fuimos los pri- meros que le elegimos por rey y le coronamos). ¿Por- qué, pues, os irritais sobre este hecho? ¿Acaso hemos comido algo del rey ó nos ha dado algunos dones? Esta

respuesta en lugar de aplacar á las tribus de Israel, las enojó mas, y dijeron á la de Judá: que el rey no pertenecía ni á tribu, ni á familia, sino al reino: que once tribus importan mas que una; y que el rey pertenecía á Israel diez veces mas que á Judá. ¿Porqué, pues, añadieron irritados, se nos ha hecho esta injuria? No sabemos lo que respondió á esto la tribu de Judá, porque el sagrado texto solo nos dice que respondió mas duramente; pero el deplorable suceso que tuvo su contestacion, da bien á conocer que fué muy provocativa.

Nueva rebelion.

Aconteció que se hallase entre los principales de Israel un tal Seba, hijo de Boeri, hombre poderoso de la tribu de Benjamin, y acaso de la casa de Saul; hombre arrebatado, revoltoso, é hijo de Belial, esto es, del diablo. Este levantó el estandarte de la rebelion, tocó una bocina de llamada, reunió todas las tribus de Israel, y dijo: Nosotros no tenemos parte en David, ni herencia en el hijo de Isai. Vuélvete á tus tabernáculos, Israel, y se separó todo Israel de David, y siguió á Seba. Mas la tribu de Judá siguió unida al rey y entró con él en Jerusalem.

Entrada del rey en su palacio.

Muy léjos estuvo de ser esta entrada del rey en su capital un triunfo, como pedía la victoria de todo el reino á ofrecerle su obediencia y sumision, y á colocarle en su trono. David, acostumbrado al sufrimiento en tantos años de pruebas, volvió á adorar los designios de Dios, que le hacia comprar á tan caro precio las dulzuras de la paz, y esperó el tiempo en que su bondad quisiese concedérsela. No tuvo aquí el paciente monarca este solo sentimiento; al entrar en su palacio, le salieron al

encuentro llorando las diez mujeres que habia dejado custodiándole cuando salió de Jerusalem, y que en su ausencia habia profanado públicamente su rebelde hijo. David no pudo sufrir á su vista objetos tan lastimosos, y mandó que se las pusiese en una habitacion de su palacio, que se las asistiese de la mesa del rey y se destinasen criados fieles que las cuidasen. El rey no volvió á vivir con ellas como marido, y ordenó que ellas viviesen como viudas el resto de su vida.

General Amasa.

Arreglado este triste negocio, no perdió momento el rey en procurar reunir el reino que una disputa de orgullo habia desunido. Para perseguir y derribar al sedicioso Seba, que se habia puesto á la cabeza del cisma, no habia en el reino un hombre mas á propósito que Joab. Militar activo, previsor, vigilante, intrépido, valiente, vigoroso en ejecutar, amado de los soldados, que le miraban como invencible, y afecto siempre á la casa real de su tío y rey, nadie pensaria que no fuese presto al frente de una empresa que pedía mucho valor y gran prudencia y destreza; mas no fué así. David estaba cansado y fatigado de sus altanerías, de sus desacatos, de su fiereza y de sus venganzas. Joab habia quitado la vida al general Abner traidoramente, y acababa de quitársela á Absalon contra el mandato expreso del rey su padre. Habia resuelto este castigarle, y principió por despojarle del mando de general, prometiendo este primer puesto á su primo Amasa, hijo de Abigail, no la esposa, sino la hermana del rey.

Amasa, general de Absalon, fué como tal el mayor rebelde despues de Absalon; mas luego que murió este hijo rebelde, no se portó como Abner, proclamando un nuevo rey, sino que trabajó eficazmente en volver á la obediencia de David las tropas de Israel, y cuando ahora

se rebeló Seba, como otro Absalon, él permaneció constante al lado del rey. Esta fidelidad de Amasa hizo que el rey principiase á cumplir desde luego la palabra que le habia dado. Convoea, le dijo, todas las tropas de Judá para el tercer dia, y ventú al frente. Salió, pues, Amasa á reunir las tropas de Judá, pero no pudo volver el dia señalado, y temiendo el rey gran peligro en la tardanza, dijo á Abisai, hermano de Joab: En mayor afliccion nos ha de poner ahora Seba (si se le da tiempo) que nos puso antes Absalon. Toma, pues, las tropas de tu señor y persiguelo, no sea que llegue á ciudades muradas y se nos huya. Sin perder tiempo salió Abisai de Jerusalem y con él la division que mandaba Joab, la célebre guardia de los Cereti y Feleti, y todos los robustos á perseguir á Seba. Se caminó con mucha diligencia y habiendo venido á la roca de Gabaon, llegó Amasa con un gran refuerzo, que incorporó con el ejército para mandarlo como general en jefe.

Su muerte.

Joab habia puesto sobre su ropa una túnica ajustada de modo que para nada le estorbaba, y ceñido sobre ella su espada, pendiente hasta el principio del muslo y metida en una vaina tan ancha que al mas leve movimiento podia sacarla y herir. Habiéndose presentado Amasa á saludar á sus primos Joab y Abisai; Dios te guarde, hermano mio, dijo Joab á Amasa, y le cogió de la barba con la mano derecha como para besarle. Amasa no habia visto la espada que llevaba Joab, acaso por la anchura y forma de la vaina, y Joab la sacó prontamente y sin ser advertido, y la entró con tanta fuerza por el costado de Amasa que al primer golpe cayeron por el suelo sus entrañas y murió sin necesidad de segundo golpe.

El monarca habia perdonado á Amasa sinceramente

su rebelion, le habia prometido el mando de general y se le habia entregado; pero el Señor tenia levantado el brazo de su justicia sobre Amasa, y si no murió al lado de Absalon, acaso fué porque no halló en él la obstinacion que en este, y esperó á que volviese sobre sí y reparase su crimen. ¡Feliz él, si consiguió morir en su divina gracia!

Joab se habia ensayado en el arte de asesinar cuando quitó la vida á Abner en circunstancias muy semejantes, y no erró el golpe, ni se turbó despues de haberle dado. A la vista de una muerte tan alevosa, y de una traicion tan atroz, quedó tan freseo y tranquilo como si nada hubiera hecho. Se apoderó del mando del ejército, alegando que solo se habia concedido á su hermano, mientras que llegaba Amasa, y que habiendo muerto este, recaia en él, como jefe mas inmediato al general. Puso luego en movimiento el ejército y marchó, acompañado de su hermano, en persecucion de Seba, contando con su exterminio y con el premio del rey, que á lo menos seria el olvido del homicidio de Amasa y la conservacion del mando de general en jefe.

Al pasar las tropas junto al cadáver de Amasa, que habia quedado tendido en el camino real y nadando en su sangre, los amigos de Joab se decian unos á otros, ved ahí el hombre que queria ser el general de David en reemplazo de Joab: y el resto del ejército se paraba á contemplar tan lastimoso espectáculo. Viendo uno que las tropas se paraban y amontonaban en rededor del cadáver, le tomó del camino, le echó en el campo inmediato, y le cubrió con una manta para que no se detuviesen las tropas á mirarle. No sabemos si cupo el honor de la sepultura al general de Absalon; si fué arrojado en alguna hoyo y cargado de piedras como él; ó si, tendido en el campo, sirvió de pasto á los perros y las aves; porque nada nos dice el historiador sagrado.

Suceso notable de Abela.

Mientras que el cadáver de Amasa quedaba tendido en el campo, Joab y su hermano marchaban con todo el ejército en seguimiento de Seba, que habia pasado por todas las tribus de Israel de esta parte del Jordán, reunido todos los varones escogidos, y entrado en Abela y Bemaca, ciudades fuertes de la tribu de Neptalí, que estaba situada al norte del reino. Apenas Joab supo que los rebeldes habian entrado en estas dos ciudades, dividió su ejército; y entregando una parte á su hermano para que sitiase á Bemaca, él se dirigió con la otra á combatir á Abela, donde se encontraba Seba. Formó el sitio, levantó trincheras y adelantó los trabajos hasta llegar al pié del muro; principió á minarle, y cuando se disponía para derribarle y dar el asalto, una mujer muy entendida de la ciudad se presentó sobre el muro, y exclamó: Escuchadme, soldados, escuchadme: decid á Joab que se acerque aquí, que quiero hablarle; y habiéndose acercado Joab, le dijo: ¿Eres tú Joab? Sí, respondió el general. Pues oye las palabras de tu sierva. Se ha dicho hace mucho tiempo: Quien tenga que consultar, consulte á Abela, y así se ha hecho. ¿Por ventura no es Abela quien responde la verdad en Israel? ¿Y quieres tú socavarla y derribar á la madre (del saber) en Israel? ¿Porqué destruyes la herencia del Señor? Léjos eso de mí, respondió Joab. Yo no demuelo ni destruyo. No es esto lo que yo intento; pero se ha entrado en la ciudad un hombre del monte de Efrain, hijo de Boeri, llamado Seba, que ha levantado su mano contra el rey David; entrégamele y al momento nos retiraremos. Bien, dijo la mujer á Joab. Su cabeza te será echada por el muro. Volvió la Abelita á la junta del pueblo, por la cual habia sido enviada, y habló con tanta elocuencia sobre la necesidad de entregar al sitiador la cabeza de Seba, que luego se la cortaron y arrojaron á Joab desde

lo alto del muro. Al momento mandó Joab el toque de retirada, y las tropas que habia llevado consigo se volvieron á sus casas. Dió aviso á su hermano Abisai, y despidió tambien las suyas.

Conclusion de la rebelion, y con ella de las guerras interiores.

Con la cabeza de Seba cayó tambien la rebelion, y todo Israel volvió á unirse con Judá bajo el gobierno de su amable monarca. Joab, acompañado de su hermano Abisai, volvió á Jerusalem á dar cuenta al rey de una guerra que habia emprendido sin su orden, y que habia manchado con el asesinato de un primo suyo y sobrino del rey; pero el buen éxito le habia confirmado tanto en el amor de la tribu de Judá y de todos los fieles Israelitas, que se habria arriesgado mucho el rey si hubiera querido castigarle ó separarle del mando, y el buen David se vió precisado á confirmarle en el empleo de general, con el que, en realidad, cumplia admirablemente, y del que era el mas digno por su acierto y su valor, si sus delitos no le hicieran indigno.

Esta fué la última vez que pareció temblar la corona en la cabeza del monarca por la rebeldia de sus súbditos, y si en el espacio de mas de doce años que reinó aun sobre todo Israel, experimentó algunas tempestades, no fueron ya de aquellas que conmueven los Estados y hacen vacilar los tronos. Querido de Dios, David, y amado de sus pueblos, aprovechó la paz que le concedia el Cielo en arreglar los negocios que habia desconcertado la rebelion, en irabajar porque se administrase justicia, en hacer que floreciese la religion, y en reunir riquezas para la construccion del templo del Señor, que habia de edificar el jovencito Salomon que crecia á su lado.

Hambre en Israel.

Dos años pasó David en tan dulces ocupaciones, y por su parte no veía motivo para temer que no continuase este dichoso estado; pero Israel era deudor á la divina Justicia de una maldad pública, y este fué el tiempo destinado en sus adorables decretos para castigarla. Una hambre de tres años afligió á todo Israel, y el rey al ver su duracion, consultó al Señor, y el Señor le respondió: Por causa de Saul y de su casa de sangres (sucede esto): porque mató á los Gabaonitas. El caso era antiguo en su origen, pero no en su ejecucion. Los Gabaonitas habian conseguido, aunque por una sorpresa, que Josué y los principes de Israel les conservasen la vida y se la asegurasen con juramento, bajo condiciones que ellos seguían cumpliendo fielmente. Abrazaron la religion del Señor y vivian como buenos prosélitos ó convertidos en medio de su pueblo; pero Saul, que habia desobedecido á Dios, perdonando la vida á Amalec, quitó la vida á los Gabaonitas so pretexto de agradarle.

Se hace justicia á los Gabaonitas y cesa el hambre.

En vista de la respuesta del Señor, David llamó á los Gabaonitas que escaparon de la matanza de Saul y les dijo: ¿Qué haré yo á vuestro favor? ¿y qué satisfaccion os daré para que bendigais á la heredad del Señor? Nuestra demanda, dijeron los Gabaonitas, no es sobre plata ni sobre oro, sino contra Saul y contra su casa. Nosotros no queremos que muera ni un solo hombre de Israel. ¿Pues qué quereis? les volvió á decir el rey: ¿qué quereis que haga yo á vuestro favor? Nosotros, respondieron, de tal manera debemos acabar con aquel hombre que nos estrepeó, que ni uno siquiera quede de

su linaje en toda la tierra de Israel. La peticion fué absoluta, general, llena de enojo; mas despues la moderaron y dijeron: Dénsenos siete varones de su familia para sacrificarlos al Señor en Gabaa de Saul; y dijo David: Yo os los daré.

Los Gabaonitas habian pedido primeramente que fuese exterminada toda la descendencia de Saul sin que quedase ni uno en Israel, y despues pidieron solo siete. Eran nueve los descendientes de este desdichado rey, y se cree que David intercedió con los Gabaonitas para que se limitasen á siete y pudiese librar la descendencia de su amigo Jonatás, que estaba reducida á su hijo Mifiboset, y su nieto Micas. Tambien pidieron que fuesen sacrificados en Gabaa, que era la patria de Saul, y habia sido su corte, para que la ciudad misma que habia sido el trono de sus glorias, fuese el teatro de sus ignominias. Perdonó el rey á Mifiboset, hijo de Jonatás, y á Micas su nieto por la amistad y el juramento que habia mediado entre David y Jonatás, y mandó entregar á los Gabaonitas los dos hijos de Resfa, mujer de segundo orden de Saul, y los cinco hijos de Merob, su hija mayor. Estos dos hijos y cinco nietos de Saul fueron entregados á los Gabaonitas, que los crucificaron sobre la altura de la ciudad de Gabaa delante del Señor, como victimas de expiacion, y murieron estos siete principes todos juntos en uno de los primeros dias de la siega de la cebada, quedando colgados de las cruces hasta que se aplacase la ira del Señor.

Esta sangrienta y lastimosa ejecucion dió motivo á un hecho heroico de la ternura maternal. Resfa, madre de los dos hijos de Saul sacrificados con sus cinco nietos, tomó un cilicio (pañó tejido de pelos de cabra), le tendió bajo de sí sobre una piedra al lado de las cruces, y permaneció allí desde el principio de la siega, espantando las aves por el dia, y las fieras por la noche para que no les despedazasen, hasta que cayó sobre ellos agua del cielo; esto es, hasta que el Señor se aplacó, volvió á

enviar las lluvias y cesó la sequedad que causaba el hambre en Israel. Se ignora cuánto fué este tiempo.

Informado David de la constancia de Resfa, tomó una resolución digna de su piadoso corazón. Se encaminó con el correspondiente acompañamiento á Jabes de Galaad, hizo desenterrar los huesos de Saul y de Jonatás y los trajo á Gabaa. Mandó quitar de las cruces los cuerpos de los hijos y nietos de Saul, y padres, hijos y nietos, todos fueron enterrados en el sepulcro de Cis, padre de Saul, con aprobacion y contento de toda la nacion.

Cuatro batallas con los Filisteos.

Este tiempo de reconciliacion del Señor con su pueblo no era el mas á propósito para que se le declarase la guerra; sin embargo este fué precisamente el que escogieron los Filisteos, ó porque se hallaban ya repuestos de sus últimas derrotas y preparados para emprenderla, ó porque creyeron que, debilitado Israel con tres años de hambre, no podría presentar en campaña mas que soldados lánguidos y sin fuerzas; pero se engañaron mucho, y en cuatro batallas campales que se dieron en esta guerra, siempre fueron vencidos, y al fin obligados á pedir la paz. David, aunque tenia ya sesenta y tres años, peleaba en la primera de estas cuatro batallas al frente del ejército con el valor acostumbrado, hasta que, como anciano, llegaron á faltarle las fuerzas, y en esta ocasion tan peligrosa un gigante del linaje de Arafa llamado Jesbibenob, que llevaba una lanza cuyo hierro pesaba trescientas onzas, intentó herir á David; pero acudió su sobrino Abisai y derribó y mató al gigante á los piés del rey. A la muerte de Jesbibenob siguió luego la victoria de esta primera batalla, mas todo el ejército conoció que la había comprado muy cara por el gran peligro en que se había hallado su monarca, y con respeto y firmeza le juró diciendo: Ya no saldréis mas

con nosotros á la guerra, porque no se apague la lámpara de Israel (con vuestra muerte), y David no se resistió á una determinacion tan justa y que manifestaba el mucho amor que le profesaban y el alto aprecio en que le tenían.

Se dió una segunda batalla en los campos de Gob, y aqui ya no se halló David sino Joab mandando el ejército. Regularmente llevaban los Filisteos algun gigante consigo para aterrar con su vista al ejército de Israel, como había sucedido con Goliat en tiempo de Saul; pero los soldados de David no se asustaban con la presencia de gigantes. El que presentaron esta vez se llamaba Saf, y era como Jesbibenob del linaje de Arafa. En el calor del combate fué acometido este gigante por Sobocai, uno de los valientes de David, derribado y muerto como lo había sido Jesbibenob por Abisai, y á su muerte sucedió tambien la victoria.

Volvieron los Filisteos á presentar tercera batalla en el mismo campo de Gob, y traian en esta ocasion de gigante un hermano del famoso Goliat, que mató David con la piedra de su honda, siendo aun pastorcillo. Se llamaba tambien Goliat, y el asta de su lanza era del mismo grueso que la de su hermano, como un enjuelo de tejedor. Á este mató Adeodato, que era del número de los treinta valientes, y los Filisteos al ver muerto su gigante abandonaran el campo.

Mas no perdieron el ánimo por esta tercera desgracia, y presentaron cuarta batalla. David les había tomado á Get, capital de una satrapía, y quisieron recobrarla. Trajeron un gigante del mismo linaje de Arafa que tenia de singular seis dedos en cada pié y cada mano, y segun se vió, era tambien singularmente insolente. Se puso á blasfemar, insultar y desafiar á todos los valientes de Israel, lo que no habían hecho los otros gigantes; pero Jonatán, hijo de Samaa hermano de David, salió á este combate singular, derribó al gigante, le quitó la vida y se sucedió á su muerte la victoria. Al ver

los Filisteos que habian perdido seguidamente cuatro batallas, y en ellas cuatro gigantes, que ellos juzgaban invencibles, dejaron las armas, y recibieron la paz con las condiciones que quisieron imponerles sus vencedores.

Conclusion de las guerras exteriores.

David habia concluido con la muerte del rebelde Seba las guerras interiores del reino, y ahora con estas cuatro campañas, coronadas de cuatro victorias, concluyó las exteriores. Con tan gran motivo trató de tributar al Señor una solemne accion de gracias por los continuos beneficios que desde sus primeros años habia recibido de su bondad y misericordia. Sacado del polvo para ser elevado al trono; libre de las persecuciones de Saul, y de las guerras de su hijo Isboset; desechas las rebeliones de Absalon y Seba; vencedor de los Amalecitas y Syros, de los Amonitas y Moabitas, de los Idumeos y Filisteos, y de todos los enemigos de Israel; soberano de toda la tierra desde el Egipto hasta el Eufrates, cuyos habitantes veía ya rindiendo homenaje á su corona, y obediencia á su cetro... en situacion tan feliz, bendijo de mil maneras al Señor, y para hacer público su agradecimiento, quiso que, junto su pueblo en presencia del arca santa, cantase con él, al son de multitud de instrumentos, un cántico de alabanza y accion de gracias que él mismo habia compuesto y principia con estas palabras: *Señor, mi apoyo, mi fortaleza, y mi Salvador...* Cántico lleno de grandeza y majestad, de vivos y tiernos afectos de amor de Dios, de agradecimiento á sus beneficios, y de confianza en sus bondades. David veía ya en el Señor un padre reconciliado; en su familia unos hijos obedientes; en su reino unos vasallos pacíficos; y en sus vecinos reyes, ó amigos ó intimidados.

Valientes de David.

En este tiempo es cuando nos habla el libro de los Reyes de los valientes de David como para aumentar la pintura del brillante estado en que se hallaba este dichoso monarca. Antes de reinar David sobre todo Israel y aun sobre Judá tenia en su rededor una tropa de oficiales muy valientes, que no componiéndose al principio de mas número que treinta, se llamaron los treinta fuertes de David, aunque los Libros santos llegan á contar hasta cincuenta y uno de esta clase. Había entre estos valientes seis que sobresalian á los demás por acciones asombrosas, y se dividian en dos ternas; y aunque la segunda era singularmente valiente, la excedía la primera. *Jesbaan* era en esta el primer valiente. Mató en un combate trescientos hombres, y en otro hasta ochocientos, de modo que en solo dos combates, de los muchos en que se halló, mató mil y cien hombres. Despues de *Jesbaan* era *Eleazar*, primo hermano de David. Habiendo huído Israel en un encuentro con los Filisteos, este valiente los resistió y mató hasta que se cansó su mano y quedó yerta con la espada empuñada. El Señor hizo gran salud en aquel día en Israel, y el pueblo que habia huído, volvió para tomar los despojos de los muertos. Seguía *Semaa*, hijo de Agé, y era el tercero de la primera terna. Este tambien resistió á los Filisteos cuando todo el pueblo huía y los derrotó, y el Señor hizo tambien gran salud en Israel.

Estos tres valientes fueron los que en la vispera de la batalla de Rafain acometieron una accion que á cualquiera que no fuese tan valiente como ellos, parecería temeraria. Estaban los Filisteos en el campo de Rafain ordenando sus escuadrones para la batalla, y David ordenaba tambien los suyos, corriendo y cruzando las cercanías de la cueva de Odollan, donde habia de darse. Fatigado y cubierto de sudor en el afan de ordenar los

escuadrones, ¡oh! dijo, quién me diera á beber agua de la cisterna que hay á la puerta de Belén! El rey no tuvo en esto intencion, y solo manifestó en su fatiga un deseo; pero sus valientes lo oyeron y nada mas fué necesario. La muerte se presentaba inevitable. Era preciso atravesar el campo de los enemigos, que se hallaban formados en batalla y (lo que era, si cabe, mas peligroso) presentarse á las puertas de Belén, donde tenían una guarnicion numerosa; pero todo se venció, y los tres valientes trajeron á su rey sediento el agua de la cisterna de Belén que habia deseado. Cuando David la vió, quedó asombrado, y no la quiso beber, sino que la ofreció en sacrificio al Señor. Estremecido al contemplar el peligro que habian corrido los mas valientes de su ejército solo por una palabra de su rey dicha sin imaginar siquiera que se tomase en consideracion, le pesó de haberla dicho, se olvidó de su sed, miró el agua como sangre de sus héroes, y solo halló empleo digno de ella ofreciéndola en sacrificio al Señor.

El primer valiente de la segunda terna de los seis era *Abisai*, hermano de Joab, y sobrino de David. Este levantó su lanza y mató trescientos enemigos, y por esto era el mas famoso de la segunda terna; pero no igualaba á los de la primera. Seguía *Banaías*, hijo de Joyada, de la descendencia de Aaron. Mató tres leones y peleó con un gigante que manejaba una lanza como la de Goliath. A ejemplo de su rey David no llevó á la pelea mas que un palo. Con él le desarmó, arrancó la lanza de su mano y le mató con ella. El último de esta terna no se nombra, pero se cree que era *Jonatán*, hijo de Samaa, hermano de David, y aquel mismo que mató en la última batalla con los Filisteos al gigante de los seis dedos.

A mas de los dos ternarios que quedan referidos, tenia David en su rededor otros cuarenta y cuatro valientes que se cuentan por sus nombres en los Libros santos, y que con Joab, que como general era el primero de todos, componen los cincuenta y un valientes que tanto

ayudaron á David y de los que él tanto se gloriaba. Asi es que el rey de Israel se hallaba en la altura de su poder, de su grandeza y de sus glorias; pero... ¡ó miseria humana! Este mismo poder y grandeza fué el escollo en que tropezó su vanidad, origen de nuevos castigos y nuevos arrepentimientos.

Recuento de Israel.

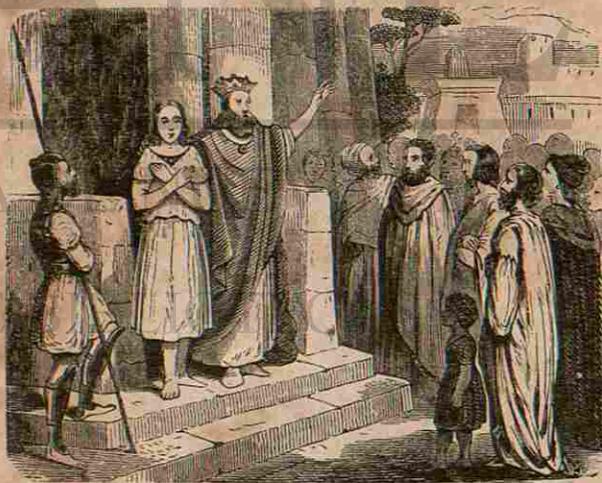
David conocia las fuerzas de su reino por la repeticion de sus victorias y la extension de sus conquistas; pero quiso saber tambien la multitud de sus tropas, y aunque esto en sí mismo no era malo, en el reinado de David en que se contaba menos con el número de tropas que con la especial proteccion del Cielo, era una desconfianza harto injuriosa al Dios que le protegía. David mandó hacer este recuento por una soberbia oculta y un secreto orgullo que le llevaba á atribuir á su poder lo que era todo del poder de Dios, y Sanatás, dice el sagrado texto, se levantó contra Israel é incitó á David para que hiciese esta fatal numeracion. Anda, dijo el rey á Joab, general de sus tropas, anda y haz la numeracion de Israel y de Judá. Reune los principales del ejército, y recorre todas las tribus desde Dan hasta Bersabé. Numerad todo el pueblo para que yo lo sepa. Y dijo Joab al rey: El Señor vuestro Dios aumente vuestro pueblo otro tanto, como es ahora y aun cien veces mas á los ojos de mi señor rey; pero ¿qué intentais con esto? ¿Acaso, mi rey y señor, no son todos vuestros siervos? ¿Porqué quereis, mi señor, hacer una cosa que sea imputada por pecado á Israel? Pero el mal espíritu que habia incitado á David para que hiciese el recuento, sostuvo su orgullo para que no cediese á las razones de Joab, y su determinacion prevaleció, no solo contra el dictámen del general, sino tambien contra el de los principales del ejército.

Partió, pues, Joab y sus compañeros á hacer la nu-

meracion del pueblo. Pasaron el Jordán y recorrieron las dos tribus y media de aquella parte oriental del rio. Caminaron al norte y llegaron hasta Dan, y tomando la vuelta al poniente, vinieron á Sidon; pasaron junto á los muros de Tiro y por las tierras que fueron de los Hebeos; bajaron á Bersabé, al mediodía de Judá; y recorrida toda la tierra de oriente á norte, de norte á poniente y de poniente á mediodía, volvieron á Jerusalem despues de nueve meses y veinte dias. Joab entregó al rey la suma del recuento, y resultaron cuatrocientos y setenta mil de Judá y un millon y cien mil de Israel, todos soldados, y en edad de manejar la espada, sin que entrasen en el recuento las dos tribus de Levi y Benjamin, que Joab dejó sin numerar por la repugnancia con que cumplia el mandato del rey.

Gastigo por el recuento.

Parecia natural que David al ver el asombroso número de sus soldados, se hallase poseido de un gozo extraordinario; pero no experimentó sino un gran pesar, como si los primeros frutos de una pasion satisfecha fueran necesariamente la desazon, el dolor y la inquietud. Vino á herirle desde luego lo que Joab habia dicho, oponiéndose al recuento. Conoció la vanidad de los motivos que le habian empeñado en ejecutarle, y su corazon fué el primero que comenzó á atormentarle. No dudando, pues, David al oír las quejas de su conciencia que Dios estaba enojado, se postró en su divina presencia, y dijo: He pecado en gran manera. Os ruego, Señor, que quiteis (perdoneis) la iniquidad de vuestro siervo, porque ha obrado muy neciamente. También consiguió ahora David, como en otro tiempo, el perdon de su necedad, pero con condiciones semejantes en parte á las del perdon de su adulterio y homicidio. El dia siguiente al recibo del fatal recuento, se levantó el rey muy temprano, y muy



temprano tambien se le presentó el profeta Gad, diciéndole de parte del Señor: Se te da á escoger una de tres cosas. Ó tres años de hambre en tu reino, ó tres meses huyendo de tus enemigos, ó tres dias de peste y mortandad. Ahora, pues, determina y di lo que he de responder al que me envía. Muy ahogado me veo, dijo David al profeta. Por todas partes me oprimen las angustias; pero mejor me es caer en las manos del Señor (porque son muchas sus misericordias) que en las manos de los hombres (y prefiero la peste). David no escoge hambre, porque el hambre no llega á las mesas de los reyes. Tampoco escoge huida de sus enemigos, porque los enemigos son desapiadados é inhumanos, si ya no son crueles. Escoge la peste, que se entra en el palacio del rey como en la choza del pobre. Quiere que el Señor elija las víctimas, y si las quiere reales, se ofrece á ser la primera porque se considera el primer culpado.

En aquella mañana envió el Señor la peste por todo el reino desde Dan, última ciudad del norte, hasta Bersabé, última del mediodía. Se presentó el ángel exterminador sobre Jerusalem para herirla, y cuando la estaba ya hiriendo, inclinó el Señor hácia ella sus ojos de misericordia, y compadeciéndose de tan grande estrago, dijo al ángel: Basta, deten ya tu mano. A este tiempo levantó David sus ojos y vió al ángel del Señor que estaba entre el cielo y la tierra con la espada desnuda, amenazando á Jerusalem de un modo espantoso. Le vieron tambien los ancianos del pueblo que estaban con él, y tanto David como los ancianos se cubrieron de cilicios y se arrojaron sobre la tierra pegando sus rostros con el suelo. En postura tan dolorosa y entre suspiros y llantos David clamó al Señor, diciendo: ¿Acaso, Señor, no soy yo quien mandó contar el pueblo? ¿qué ha hecho este rebaño? ¡Señor y Dios mio! vuélvase, os suplico, vuestra mano contra mí, mas no sea herido vuestro pueblo.

La oracion de David era muy tierna, muy fervorosa, era toda caridad, y el Señor la oyó en su misericordia



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

y no permitió que el ángel volviese á herir á la ciudad: mas la peste seguía haciendo estragos en el reino. Se representaba esta escena terrible cerca de una éra situada sobre el monte Moria en el recinto de Jerusalem, la cual éra pertenecía á un Jebuseo convertido, llamado Areuna ú Ornan, y vino Gad, el mismo profeta que habia intimado á David el castigo, y le dijo: Levántate y erige un altar al Señor en la éra de Areuna Jebuseo. David y los ancianos se levantaron y dirigieron inmediatamente á la éra de Areuna. Este y sus cuatro hijos que estaban trillando el trigo, habian visto tambien al ángel exterminador y se habian escondido. Cuando el rey y sus ancianos se acercaban ya á la éra, levantó Areuna los ojos y vió, no ya al ángel exterminador sino al rey y sus ancianos que venian hácia él. Entonces saliendo á su encuentro, se postró sobre la tierra, veneró al rey, y dijo: ¿Qué motivo hay para que el rey mi señor venga á su siervo? Vengo, dijo David, á comprar tu éra, levantar en ella un altar al Señor y ofrecer sacrificios para que cese la mortandad que aflige al pueblo. Tómela el rey mi señor, dijo Areuna, y sacrifique como bien le pareciere. Aquí tiene trigo para las ofrendas, bueyes para el holocausto, y trillos, yugos y carro que servirán de leña para quemar los bueyes y consumirlos. No será así, dijo el rey, sino que te daré el dinero que valieren y no ofreceré al Señor mi Dios holocaustos que no sean míos, ni sobre posesion ajena, y dió á Areuna cincuenta siclos de plata por las ofrendas, víctimas y leña, y seiscientos de oro por la éra y el monte en que se hallaba.

Edificó, pues, David el altar en la éra de Areuna; ofreció sobre él holocaustos y hostias pacíficas, y pidió al Señor la cesacion de la peste con un corazón contrito y humillado que nunca despreció Dios. Un doblado portento hizo conocer á David que su oracion habia sido oida. Bajó fuego del cielo sobre el altar y consumió las víctimas, y al mismo tiempo vió al ángel exterminador

con la espada desnuda y que la metia en la vaina por orden del Señor. Entonces la peste, que llevaba ya cortadas setenta mil vidas en todo Israel, cesó, y David al ver el fin de los estragos que causaba, quiso ir al monte de Gabaon, donde estaba á la sazón el tabernáculo y el altar de los holocaustos que habia hecho Moises en el desierto, para sacrificar sobre él nuevas víctimas y presentar hostias pacíficas, y de accion de gracias; pero no tuvo aliento para hacer este corto viaje, porque habia quedado muy aterrado y debilitado al ver desnuda la espada del ángel exterminador; mas en cambio recibió el consuelo de saber, ó por inspiracion interior, ó por boca del mismo profeta Gad, que el lugar en que se hallaba era el terreno elegido por Dios para el gran templo que habia de edificar su hijo Salomon, y así lo manifestó al pueblo diciendo: Esta es la casa de Dios. Sin embargo la muerte de setenta mil hombres alligia mucho á David, que se miraba como el único culpable de un castigo que muchos atribuyen á la rebelion del pueblo que habia abandonado á su rey por seguir á Absalon.

Preparativos de David para la edificacion del templo.

David se volvió á su palacio, y viendo á Dios aplacado, ya no pensó sino en facilitar lo mas posible la edificacion de su templo. Habia reunido en Jerusalem tesoros inmensos, tomados á sus enemigos, y hecho un acopio inapreciable de maderas de cedro, que le habian traído los Tirios y Sidonios, y ahora mandó que viniesen á Jerusalem todos los prosélitos ó convertidos que habia en todo el reino, y los destinó, unos á arrancar y cortar piedras en las canteras, otros á labrarlas y pulimentarlas, otros á trabajar en hierro y cobre, y otros á las obras de carpintería y albañilería; porque se decia á sí mismo: Salomon, mi hijo, es todavía un jóven tierno y delicado, y la casa que yo quiero que edifique al Señor debe ser

tal, que sea nombrada en todas las regiones del mundo, y así le iré preparando lo necesario; y por esta causa dice el historiador sagrado que antes de su muerte preparó todos los gastos.

Llamó también á Salomon y le dijo: Hijo mio, mi voluntad era edificar una casa al nombre del Señor mi Dios, mas vino á mí su palabra, diciendo: Has hecho muchas guerras y derramado mucha sangre, tú no podrás edificar casa á mi nombre habiendo derramado tanta sangre delante de mí. El hijo que te nacerá será muy pacífico, porque yo le daré paz con todos sus enemigos en rededor, y por esta causa será llamado *el Pacífico*. Este edificará la casa á mi nombre. Yo le seré como padre, y él me será como hijo, y afirmaré el trono de su reino sobre Israel para siempre. Ahora, pues, hijo mio, el Señor sea contigo. Animate y edifica la casa á tu Dios, como el Señor ha dicho, hablando de ti. El Señor te dé prudencia y talento para que puedas gobernar á Israel y guardar la ley del Señor tu Dios; pues entonces aprovecharás, cuando guardares los preceptos y los juicios que el Señor mandó á Moises que enseñase á Israel. Esfuerzate y obra varonilmente. No temas ni te acobardes. Ya ves que yo en mi pobreza he preparado para los gastos de la casa del Señor cien mil talentos de oro (trececientos veinte y ocho mil arrobas) y un millon de talentos de plata (tres millones docientas y ochenta mil arrobas). El cobre y el hierro que he reunido no puede pesarse, porque la cantidad no tiene número. Hay preparadas maderas y piedras para toda la obra. Tienes también muchísimos artifices, canteros, albañiles, carpinteros y todo género de artesanos diestrisimos en hacer obras en oro, plata, cobre y hierro. Animate, pues, y pon la mano en la obra, luego que mi muerte ponga la corona en tu cabeza. El Señor sea contigo.

Habían pasado estas paternales instruccion y espiadosos encargos en presencia de todos los principales de Israel, y volviéndose ahora á ellos, les reencargó que ayudasen

á su hijo y cooperasen á la edificacion del templo. Vosotros, les dijo, estais viendo que el Señor vuestro Dios es con vosotros; que os ha dado reposo por todas partes; que ha entregado á todos vuestros enemigos en vuestras manos, y que toda la tierra está sujeta delante del Señor y delante de su pueblo. Entregad, pues, vuestros corazones y vuestras almas á buscar al Señor vuestro Dios. Levantáos de concierto á edificar su templo para trasladar á su santuario el arca de la alianza del Señor.

Preciosa Sunamita.

Aquí concluyó David su exhortacion acaso por falta de fuerzas corporales, pues á pesar de haber sido tan robusto, y de no haber cumplido todavía setenta años, habia envejecido y se habia enfriado tanto que ninguna ropa alcanzaba á calentarle. Sus persecuciones, sus destierros, sus trabajos, sus pesadumbres, sus guerras casi continuas, y el dolor, la pena, el temor y la afliccion que acababa de sufrir con motivo de la peste, habian apagado tanto el calor natural que parecia estar para acabarse. En este peligro dijeron sus criados, busquemos al rey nuestro Señor una vírgen jovencita que le asista, le abrigue, duerma en su seno y le dé calor; y buscaron en todos los términos de Israel una jovencita hermosa, y hallaron á Abisag, natural de la ciudad de Suna, en la tribu de Isacar, y la llevaron al rey y el rey la tomó por esposa. Era la doncellita en gran manera hermosa, y dormia con el rey y le servia (dándole calor), mas el rey no la tocó. San Jerónimo reconoce en Abisag Sunamita, jóven, vírgen y hermosa, una imágen de la sabiduría, que es la que acompaña castamente al hombre justo en su vejez, y la considera tambien como imágen de la Iglesia, que es la casta esposa del Cordero.

Intentona de Adonías.

Á este tiempo Adonías, hijo del rey y de Hagit, mujer de primer orden, se habia alzado diciendo en su corazón: Yo reinaré; y se habia hecho carrozas y tomado guardia de á caballo y gente de á pié hasta el número de cincuenta para que corriesen delante de él, y ahora, viendo el peligro del rey, trató de coronarse. Era Adonías hermoso, como Absalon, segundo despues de él por nacimiento, y semejante á él por su espíritu de rebelion. Estaba de acuerdo con Joab, hijo de Sarvia, y con Abiatar sumo sacerdote, que favorecian su intento, y como era el hijo mayor del rey, despues de la muerte de Amnon y Absalon, creyó que esto le daba un derecho indisputable á la corona, como sucedia en las naciones que rodeaban á Israel, sin atender á que los dos únicos reyes que habia tenido la nación santa no habian subido al trono por mayoría de nacimiento, ni siquiera por derecho de familia, puesto que su padre David no descendia de Saul, sino por eleccion, y eleccion del mismo Dios. Tampoco podia ignorar que su hermano Salomon estaba elegido por Dios hacia mucho tiempo para reinar sobre Israel, porque era público. Á pesar de todo, Adonías habia pensado en ser rey y llevaba adelante su intento. Habia tomado por modelo al rebelde Absalon su hermano, y despues de haber hecho, como él, ostentacion de grandeza con sus carrozas, guardias y escolta en Jerusalem, salió de la corte á ofrecer sacrificios, no en Hebron como Absalon, porque distaba una jornada, sino á la puerta de palacio, por decirlo así, á la piedra de Zoelet, junto á la fuente de Rogel, que estaba tocando con los jardines del rey, sin haber tomado su licencia, como Absalon, y hasta sin su noticia.

Convidó Adonías al gran sacrificio y banquete, que iba á celebrar en Zoelet, á todos los hijos del rey, excepto Salomon, á Joab, general de las tropas del rey, á

los principales jefes del ejército, al sumo sacerdote Abiatar, á los mas considerables entre los sacerdotes y levitas, y á una gran parte de señores de la corte; y despues de ofrecer en sacrificio sus becerros, sus carneros y otras especies de gruesas víctimas, se principió el banquete. Llegaron los brindis y luego resonó el que era objeto único de todo aquel aparato. *Viva el rey Adonías*, se gritó en toda la junta. *Viva el rey Adonías*. Esto era lo que se oía y repetía entre los convidados, y esto era lo que intentaba y deseaba Adonías.

Aviso á David.

Como estaba Zoelet tocando con Jerusalem, luego llegó al palacio la noticia de lo que pasaba en el banquete de Adonías. ¿No sabeis, dijo Natán á Betsabée, madre de Salomon, no habeis oido que reina ya Adonías, hijo de Hagit, y que David nuestro señor no lo sabe? Venid, pues, tomad mi consejo, y salvad vuestra vida y la de vuestro hijo Salomon. Id al momento, entrad al rey y decidle: ¿Por ventura, mi señor y mi rey, no jurásteis á esta vuestra sierva, diciendo: Salomon tu hijo reinará despues de mí y se sentará sobre mi trono? ¿Porqué, pues, reina Adonías? Y cuando esteis hablando todavia con el rey, entraré yo y apoyaré vuestras razones. Corrió Betsabée al cuarto del rey con el sobresalto de una madre que veia á su hijo entre la corona y la muerte. Le halló solo con la Sunamita que siempre le acompañaba, y se inclinó profundamente en su presencia. ¿Qué quereis? le dijo el rey. Vos, mi señor, respondió Betsabée, jurásteis por vuestro Dios y Señor á vuestra sierva, que Salomon mi hijo reinaria despues de vos, y se sentaría en vuestro trono; y hé ahí que reina ya Adonías, y el rey mi señor lo ignora. El ha sacrificado bueyes, y reses gruesas, y muchísimos carneros, y ha convidado á todos los hijos del rey, á Abiatar sumo sacerdote, y á

Joab, general del ejército; mas no ha convidado á Salomon, vuestro hijo. Ahora, pues, mi señor y mi rey, en vos estan fijos los ojos de todo Israel, esperando que declareis quién deba sentarse despues de vos, mi señor, sobre vuestro trono, y sucederá que luego que el rey mi señor durmiere con sus padres, yo y mi hijo Salomon serémos tratados como pecadores (como culpados).

SALOMON, TERCER REY DE ISRAEL.

Salomon es ungido y proclamado rey de Israel.

Estando Betsabée hablando aun con el rey, llegó Natán y luego avisaron al rey su venida. Salió Betsabée y entró el profeta á la presencia del rey, y habiéndole hecho una profunda reverencia, dijo: Mi señor y mi rey, ¿habeis dicho vos que réine Adonías despues de vos y se siente sobre vuestro trono? Porque hoy ha bajado (de la ciudad) y ha hecho degollar bueyes y ganados gruesos y muchísimos carneros, y ha convidado á todos los hijos del rey y á los caudillos del ejército, tambien al sacerdote Abiatar, y estando ellos comiendo y bebiendo delante de Adonías, han dicho: Viva el rey Adonías. No han convidado á mí, vuestro siervo, ni á Sadoc sumo sacerdote, ni á Banaías hijo de Joyada, ni á Salomon vuestro hijo. ¿Acaso ha salido esta orden del rey mi señor sin haber indicado á vuestro siervo quién se habia de sentar sobre el trono del rey mi señor despues de su muerte?

Llamadme á Betsabée, dijo aquí el rey, y habiendo salido el profeta y vuelto á entrar Betsabée, la juró el rey diciendo: Vive el Señor que libró mi alma de toda angustia, que así como te juré por el Señor, Dios de Israel, que Salomon tu hijo reinaria despues de mí, y se sentaria sobre mi trono en mi lugar, así lo cumpliré hoy. Inclino Betsabée su rostro hasta la tierra, hizo una profunda re-

verencia al rey y dijo: Viva por siempre mi señor David. Llámame, dijo el rey, al sacerdote Sadoc, al profeta Natán y á Banaías, hijo de Joyada. Vinieron estos á la presencia del rey, y les dijo: Tomad con vosotros los criados de vuestro señor (la guardia de vuestro rey), poned á mi hijo Salomon sobre mi mula y conducidle á Gion (fuente á la entrada de Jerusalem), y le ungrán allí el sacerdote Sadoc y el profeta Natán por rey sobre Israel, y tocaréis la trompeta y diréis: *Viva el rey Salomon*, y de allí vendréis con él y se sentará sobre mi trono y reinará en mi lugar. Nunca fué escuchada una orden real con mas alegría, ni ejecutada con mayor actividad. Amen, respondió al rey en nombre de todos el valiente Banaías, capitán de la guardia real. Así lo confirme el Señor, Dios del rey, mi dueño. Como el Señor fué con el rey, mi dueño, así sea con Salomon, y haga aun mas sublime su trono que el trono del rey David, mi señor. Fueron, pues, Sadoc, Natán, Banaías, y los valientes y fieles Cereteos y Felateos y pusieron á Salomon sobre la mula del rey, y le llevaron á Gion. La marcha de la guardia real que rodeaba á Salomon, montado sobre la mula del rey, y el acompañamiento del sumo sacerdote Sadoc, del gran profeta Natán, del capitán de guardias Banaías con toda su oficialidad, y de los primeros personajes de la corte llamaron la atencion de toda la ciudad, que luego corrió á acompañar y rodear á Salomon. El sumo sacerdote Sadoc llevaba del tabernáculo la aceitera del óleo, y ungió á Salomon en Gion. Apenas fué ungido, se tocó la trompeta y millones de voces clamaron á un tiempo: *Viva el rey Salomon*. La multitud crecia por momentos, y trayendo toda clase de instrumentos tocaba y gritaba: *Viva el rey Salomon*. El gozo era grande, y el clamor, los cánticos de alegría, y el sonido de la multitud de instrumentos resonaba por toda la tierra, dice el sagrado texto.

Se malogra la intentona de Adonias.

Lo oyó Adonias y todos los convidados que acababan de levantarse de la mesa, y dijo Joab : ¿Qué clamor, qué tumulto es este de la ciudad? Pero cuando estaba hablando, llegó Jonatás, hijo del sacerdote Abiatar, y le dijo Adonias : Entra, tú eres hombre de valor y traes buenas nuevas. No por cierto, respondió Jonatás á Adonias, porque David, el rey nuestro señor, ha constituido rey á Salomon ; ha enviado con él á Sadoc, á Natán, á Banaías y á los Cereteos y Feleteos ; le han puesto sobre la mula del rey ; el sacerdote Sadoc y el profeta Natán le han ungido por rey en Gion, y han vuelto á David con regocijo, y la ciudad no resuena sino gritos de vivas y alegría. Este es el ruido que habeis oido. Por lo que hace á Salomon, está ya sentado sobre el trono del reino, y los grandes de la corte y los oficiales del ejército han entrado á dar el parabien á David nuestro rey y señor, diciendo : Engrandezca Dios el nombre de Salomon mas aun que vuestro nombre, y ensalce su trono mas aun que vuestro trono ; y el rey ha adorado á Dios en su cama y ha dicho : Bendito sea el Señor Dios de Israel, que me ha dado ver hoy con mis ojos sentado á mi hijo (Salomon) sobre mi trono.

Así habian pasado las cosas, como decia Jonatás. Fué creído, y como no hay cosa mas cobarde que un rebelde y los que ayudan á la rebelion, cuando esta se malogra, los amigos y cómplices de Adonias, que poco antes bebían y gritaban, *viva el rey Adonias*, le abandonaron, y cada uno huyó por su camino á librarse del peligro. Adonias se halló solo en un momento, y sobrecogido de temor de Salomon, huyó tambien y fué á abrazarse de la esquina del altar. Luego se dijo á Salomon que la conjuracion se habia deshecho, y que Adonias, temiendo al nuevo rey, se habia refugiado al templo y asido de la esquina del altar, y que decia : Júreme hoy el rey Salo-

mon, que no matará á filo de espada á su siervo (y me desasiré), y al oirlo Salomon, dijo : Si fuere buen varon no caerá en tierra ni uno de sus cabellos ; mas si fuere hallada maldad en él, morirá. Salomon envió el perdon á Adonias, y Adonias vino á la presencia de Salomon, se postró delante de él, y le rindió homenaje ; y Salomon le dijo : Véte á tu casa. Dichoso Adonias por haberse librado de la muerte : pero no contento, se retiró de la presencia del rey, prometiéndole una fidelidad que, si hemos de juzgar por lo que intentó despues, no fué sincera.

Arreglo de levitas.

Á este tiempo David tenia arreglado lo perteneciente al Estado, á la milicia, á la administracion de justicia y al servicio de su casa, y principalmente al servicio de la casa del Señor ; pero, como la que entonces ocupaba bajo de pieles, iba á cambiarse en un magnífico templo, quiso dejar tambien arreglada la magnificencia del ministerio. David fué siempre muy dedicado al culto del Señor, y tenia particular gusto y consuelo en hacerle majestuoso. Así era que habia compuesto Salmos y cánticos, destinado músicos y cantores y reunido toda clase de instrumentos para cantar al Señor sus alabanzas y sus glorias. Llevado de esta misma piedad, reunió y presidió, á pesar de su vejez y su flaqueza, una junta compuesta de los príncipes de las tribus, de los sacerdotes y de los levitas ; y en ella les hizo presente : que habiendo dado el Señor, Dios de Israel, reposo á su pueblo, y entregádole á Jerusalem por habitación para siempre, no tenían ya los levitas que ocuparse en trasportar de una á otra parte, ni el atrio, ni el tabernáculo, ni los vasos de su ministerio, y que era necesario variar en parte sus destinos y ocupaciones. Eran los levitas comprendidos en la edad de treinta á cincuenta años, que señalaba la ley para el uso del ministerio, treinta y ocho mil, y fueron escogidos veinte y

cuatro mil para los ministerios de la casa del Señor, seis mil para gobernadores y jueces, cuatro mil para porteros ó guardias de las puertas del templo, y cuatro mil para cantar las alabanzas del Señor; quedando todos bajo las órdenes de los descendientes de Aaron, esto es, de los sacerdotes. El piadoso monarca formó reglamentos muy individuales de los cargos que debian desempeñar tantos miles de sacerdotes y levitas para que estuviese bien ordenado y fuese magníficamente magnifico el culto que se tributase al Señor. Esto ocupó muchos dias, y ocupa tambien varios capítulos de los Libros santos, que copiaríamos aqui, si lo permitiese un compendio. Arreglado este punto que tanto contribuyó á dar gloria al Señor en Jerusalem, se disolvió la junta, debiendo quedar el rey muy fatigado de tanto trabajo.

Última junta de David.

Sin embargo su piedad le reanimaba en tratándose de las glorias del Señor; y apenas hubo descansado algunos dias, mandó reunir otra junta mucho mas numerosa. Esta, que habia de ser la última de su vida, se compuso de los hijos del rey y los príncipes de Israel; de los príncipes de las tribus y los comandantes de la guardia real; de los tribunos y centuriones y de los mas poderosos y valientes del ejército, y de los señores de la corte y los administradores de la hacienda del rey. David, despues de recordar en ella que el Señor no le habia permitido fabricar un templo á su gloria, porque habia derramado mucha sangre en sus continuas guerras, yo os ruego, dijo á toda la reunion, y en ella á todo Israel, yo os ruego, que estudiéis y guardéis los mandatos del Señor, nuestro Dios, para que poseáis esta buena tierra y la dejéis despues de vosotros á vuestros hijos para siempre; y dirigiéndose particularmente á Salomon, tú, hijo mio, le dijo, conoce al Dios de tu padre y sirvele con un corazon perfecto y

con ánimo voluntario, porque el Señor penetra todos los corazones y conoce todos los pensamientos. Si le buscas, le hallarás; pero si le dejas, te arrojará para siempre. Ya ves que te ha escogido para que edifiques la casa de su santuario: ten buen ánimo y manos á la obra.

Riquezas para la construccion del templo.

Aqui dió David á su hijo Salomon la descripcion del templo que habia recibido del Señor, tan semejante al ejemplar del tabernáculo que mostró á Moises sobre el monte Sinai, que ninguna otra diferencia se encontraba en lo esencial que la de un templito trasportable cual era el santuario del Sinai, á un templo inmenso cual habia de ser el santuario de Jerusalem. Le dió tambien la cantidad de oro que habia de emplear en cada uno de los vasos de oro, y la de plata para los vasos de plata, y le dijo: Pórtate con valor y nada temas. Nada te acobarde, porque el Señor mi Dios estará contigo y no te faltará hasta que acabes toda la obra.

En seguida volvió David á dirigirse á toda la congregacion y dijo: Dios ha escogido para esta obra solo á mi hijo Salomon, que es todavia jóven y tierno, y la obra es grande, porque no es para un hombre para quien se dispone habitacion, sino para Dios. Yo por mi parte he preparado con todas mis fuerzas los gastos necesarios para la casa del Señor; oro para los vasos de oro; plata para los de plata; bronce para los de bronce; hierro para las obras de hierro y madera para las de madera, y tambien piedras oniquinas, semejantes al alabastro, y piedras de diversos colores, y todo género de piedras preciosas y mármol (de la isla) de Paros en grandísima abundancia; y además he ofrecido de mio para el templo de mi Dios tres mil talentos de oro de ofir (cerca de diez mil arrobas) y siete mil talentos de plata muy fina (casi veinte y tres mil arrobas) para cubrir de oro las paredes del templo, y de plata

las de las habitaciones de en rededor: si alguno quisiere espontáneamente hacer ofrendas, tómelas hoy en sus manos y ofrezca al Señor lo que quisiere; y luego ofrecieron los príncipes de las familias, y los príncipes de las tribus de Israel, los tribunos, los centuriones y los administradores de la hacienda real para las obras de la casa del Señor cinco mil talentos y diez mil sueldos de oro (diez y seis mil cuatrocientas sesenta y siete arrobas cumplidas), diez mil talentos de plata (treinta y dos mil ochocientas arrobas) y cien mil talentos de hierro (trescientas veinte y ocho mil arrobas), y todos los que tenían piedras preciosas, las dieron para los tesoros de la casa del Señor; y se regocijaba Israel cuando prometía sus ofrendas voluntarias, porque las ofrecía al Señor de todo su corazón.

Bendiciones al Señor, dueño de todo.

David tuvo en esto un gozo muy grande, y bendijo al Señor delante de toda la multitud, diciendo: Bendito eres, Señor Dios de Israel, nuestro padre, de eternidad en eternidad. Vuestra es, Señor la grandeza y el poder, la gloria y la victoria. A vos sea la alabanza por todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra. Vuestras son. Vuestro es, Señor, el reino y vos sois sobre todos los príncipes. Vuestras son las riquezas y vuestra es la gloria. Vos lo domináis todo. En vuestra mano está el poder y la virtud y la grandeza y el imperio de todo. Nosotros, Dios nuestro, os confesamos, y alabamos vuestro esclarecido Nombre; porque ¿quién soy yo? ¿y quién es mi pueblo para que ofrezcamos estas cosas (como vuestras)? Vuestras son todas, y lo que hemos recibido de vuestra mano, eso os hemos dado. No somos ciudadanos, sino peregrinos, como todos nuestros padres, y nuestros días son como una sombra sobre la tierra sin parada ni consistencia. Dios y Señor nuestro, toda esta abundancia,

que hemos preparado para que se edifique una casa á vuestro santo Nombre, de vuestra mano viene, porque vuestras son todas las cosas. Sé, Dios mio, que probais los corazones, y que amais la sencillez, y por eso yo en sencillez de corazón he ofrecido con alegría todas estas cosas, y he visto que vuestro pueblo reunido en este lugar os ha ofrecido con gran gozo sus presentes. Señor Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, nuestros padres, conservad eternamente esta voluntad en su corazón y sea perdurable esta veneración y amor á vuestro culto. Dad también á Salomon, mi hijo, un corazón perfecto para que guarde vuestros mandamientos, vuestros testimonios y vuestras ceremonias, y para que labre el edificio, cuyos gastos tengo prevenidos.

Benedicid, digo aquí David á toda la congregación, bendicid conmigo al Señor; y toda la congregación bendijo al Señor, Dios de sus padres, y postrada, le adoró. Al otro día todos ofrecieron víctimas al Señor, y sacrificaron en holocaustos mil toros, mil carneros y mil corderos con sus libaciones, y hostias pacíficas en mucha abundancia para todo Israel; y comieron y bebieron aquel día en presencia del Señor con grande alegría.

Segunda unción de Salomon.

La festividad de este día se concluyó con una ceremonia de mucha consideración. David había sido ungido tres veces: una por Samuel y dos por Abiatar; y su hijo Salomon lo había sido solo una y precipitadamente por causa de las peligrosas circunstancias de aquellos momentos y sin que el reino tuviese la menor noticia, ni la misma Jerusalem recibiese otra que la del bullicio. Ahora, pues, que se hallaban reunidos en la capital de Israel los príncipes de todas las tribus, los jefes de todas las tropas y una multitud de pueblo, pareció muy conveniente que Salomon fuese ungido segunda vez delante

del reino, y fué ungido Salomon con toda solemnidad y sentado sobre el trono del Señor (por quien reinan los reyes) en lugar de David su padre. Esto agradó á todo Israel y todo Israel le obedeció. Todos los hijos de David le reconocieron, y todos los príncipes de las tribus y poderosos del reino le rindieron homenaje. Y con tan angusta ceremonia se concluyó y disolvió esta gran junta, y David quedó muy gozoso de haber acabado tan felizmente los negocios de la Religion y del Estado á honra y gloria del Señor.

Encargo de David á Salomon.

Sintió muy luego el anciano monarca la cercanía de su muerte, y llamó á su hijo Salomon para hacerle las últimas advertencias. Yo entro, hijo mio, le dijo, en el camino de todos los mortales. Animate y sé hombre de valor. Guarda los preceptos del Señor, anda en sus cumplimientos, observa sus ceremonias y ejecuta sus juicios como está mandado en la ley de Moises. Había dilatado David hasta las cercanías de su muerte un encargo que resistía mucho la mansedumbre de su corazón; pero habiendo considerado que delante de Dios y de los hombres tienen los monarcas obligaciones de conducta que no tienen los particulares; que los que gobiernan, no se vengan sino que hacen justicia á sus pueblos, cuando castigan los atentados cometidos contra sus personas, y que no se podría sospechar venganza en él, cuando se viese que dilataba el castigo hasta despues de su muerte, creyó un deber suyo hacer á su hijo el sensible encargo por mas que le repugnase la compasión de su alma.

Tú sabes, le dijo, lo que hizo conmigo Joab, hijo de Sarvia, y lo que hizo con los dos generales del ejército de Israel, Abner, hijo de Ner, y Amasa, hijo de Jepter, á los cuales asesinó, y en paz derramó sangre de guerra,

y puso sangre de batalla en la banda que traía sobre su hombro, y en el calzado que estaba en sus piés. Harás, pues, según tu sabiduría y no llevarás pacíficamente sus canas al sepulcro; pero al mismo tiempo mostrarás tu reconocimiento á los hijos de Berceai de Galaad y comerán á tu mesa, porque salieron á recibirme cuando yo iba huyendo del semblante de Absalon, tu hermano. Tienes tambien á tu disposición á Semei, hijo de Gera, hijo de Jemini de Baurin, que me maldijo con maldición pésima, cuando yo iba al campamento (de Manain); mas por cuanto salió á recibirme cuando yo pasaba el Jordán, le juré por el Señor, diciendo: No te mataré á filo de espada; pero tú no sufras que quede sin castigo. Hombre sabio eres para no ignorar cómo las has de tratar. Tú enviarás sus canas con sangre al sepulcro.

Estos fueron los tres últimos encargos que hizo David á su hijo Salomon: el uno de gratitud y los dos de severidad en la apariencia, pero en la realidad llenos de justicia y de prudencia. Joab habia muerto á Absalon contra el mandato expreso y público del rey su padre, y al mismo rey habia tratado en Manain, no como á su rey, sino como á su pupilo, hasta llegar á amenazarle con la pérdida del reino; habia asesinado á los generales Abner y Amasa, y últimamente habia hecho partido contra Salomon. En suma, Joab, sobre ser digno de muerte, era en extremo peligroso al reinado de Salomon, y si David habia dilatado su castigo, no fué por falta de causas para ejecutarle, sino por no hallarse bastante fuerte y firme sobre el trono de su reino. Semei merecia mas de una muerte, si fuera capaz de mas. Era de la tribu de Saul desafeeta á David y peligrosa para él, particularmente cuando pasaba el Jordán; y las circunstancias aconsejaron al rey la promesa jurada de conservarle la vida en su reinado, mas no en el de Salomon su hijo.

Muerte de David.

Satisfechos estos deberes, que exigia su conciencia, murió David á la edad de setenta años cumplidos en una gloriosa ancianidad, despues de haber reinado cuarenta y uno; siete sobre solo Judá, y treinta y cuatro sobre Judá é Israel. Este monarca de todos los siglos del mundo murió en la famosa Jerusalén, lleno de dias y de méritos, respetado de sus vecinos, querido de sus pueblos, y sobre todo amado de su Dios, á quien tuvo la desgracia de ofender y la dicha de aplacar con su profunda humildad y ejemplar penitencia. Príncipe singularmente apreciable por la eleccion que hizo el Señor de él, cuando reprobo á su antecesor; célebre por su valor y sus victorias; admirable por su dulzura en medio de los mas injustos tratamientos, y por su paciencia en las mas obstinadas persecuciones; generoso con la vida de sus encarnizados enemigos qual ninguno antes de él, y seguido de muy pocos; rico sobre todos los reyes del Oriente con la bella administracion de su reino y los despojos tomados á los enemigos de su pueblo; famoso por una multitud de acciones que formaban un gran héroe en un gran rey; profeta y monarca á un tiempo, y digno de los mayores elogios por sus virtudes guerreras y mucho mas por sus virtudes religiosas, por su temor del Señor, por su infatigable celo en procurar su mayor honra y gloria, por su profunda veneracion á las órdenes del Señor y por aquella rectitud y bondad de corazon que le hicieron el objeto del amor y de los elogios de los verdaderos Israelitas, que le merecieron los favores del Cielo, que le pusieron por ejemplar y modelo de todos los reyes y que le adquirieron el renombre de *varón segun el corazon de Dios*, renombre que solo dió el Señor á este monarca y que él solo forma un incomparable elogio.

Su alabanza en el Eclesiástico

El escritor sagrado que en el Eclesiástico hace el elogio de los grandes santos en una ó dos líneas, se extiende admirablemente en el de este monarca. Como la grosura separada de la carne, dice, así David escogido de los hijos de Israel. Jugó en su juventud con los osos y leones, como con los corderos de las ovejas (que guardaba). ¿Por ventura no mató al gigante y quitó el oprobio de Israel? Levantó su mano, y con la piedra de la honda abatió el orgullo de Goliat, porque invocó al Señor omnipotente y dió fuerza á su diestra para matar á este monstruo, y volver la gloria á su nacion. El Señor le glorificó en diez mil y le alabó en sus bendiciones, prometiéndole la gloriosa corona de Israel. Quebrantó David á los enemigos por todas partes, abatió á los Filisteos y destruyó sus fuerzas para siempre. En todas sus obras dió alabanza al Santo de los santos y alabó al Excelso con palabras gloriosas. De todo su corazon alabó al Señor y amó al Dios que le crió. Estableció cantores delante del altar del Señor y dió sonidos dulces á sus cánticos. Puso hermosura en la celebracion de las fiestas, y ordenó los tiempos hasta la consumacion de su vida para que alabasen el santo nombre de Dios y ensalzasen desde la mañana su santidad. El Señor le purificó de sus pecados, ensalzó para siempre su poder, y le confirmó la promesa del reino y el trono de su gloria en Israel.

Su sepulcro.

El santo rey fué enterrado en el monte de Sion, llamado *Ciudad de David* desde que le conquistó este monarca á los Jebuseos. El primer cuidado de Salomon, luego que espiró su amado padre, fué disponer sus honras con la magnificencia correspondiente á un rey tan

grande y tan santo. Nada se omitió en la pompa de los funerales, cuyo principal adorno fueron las bendiciones y las lágrimas de todo Israel. Su sepulcro fué tenido siempre en gran veneracion y conservado con todo esmero. Este precioso monumento existia en tiempo de san Pedro, y san Jerónimo iba con frecuencia á hacer oracion en él mas de tres siglos despues.

REINADO DE SALOMON.

Salomon, rey tercero de Israel, se aprovechó de las victorias de su augusto padre y se hizo amable por las dulzuras de la paz de su reinado. Elevado sobre los demás hombres por una sabiduría recibida del Cielo, nunca habria tenido igual, si no hubiera caido hácia el fin de sus dias en lastimosos excesos. Mas sí es que Salomon acabó mal, á lo menos principió bien. Apenas se sentó en el trono, euando se le presentó un asunto delicado y de la mayor consecuencia. Bajó la apariencia de un matrimonio se intentaba arrancar de su cabeza la corona, el cetro de su mano. Adonías, su hermano, empeñado siempre en que le tocaba el trono por derecho de nacimiento, tomó para subir á él un camino de rodeos que fácilmente se habria ocultado á otra penetracion que no fuese la de Salomon. Adonías se presentó á Betsabée, madre del rey, y la dijo: Tengo que hablaros; y ella le respondió: Hablad. Sabeis, la dijo, que el reino era mio y que todo Israel me habia preferido para que fuese rey, mas el reino ha sido trasladado y ha quedado de mi hermano, porque fué destinado para él por el Señor. Esto supuesto, una cosa tengo que pedir. No me dejéis desairado. Hablad, le dijo Betsabée. Os ruego que digais al rey Salomon (que nada puede negaros) que me dé por mujer á Abisag de

Sunam; y dijo Betsabée: Bien, yo hablaré al rey. Vino, pues, Betsabée al rey Salomon para hablarle por Adonías, y el rey se levantó de su trono, la salió al encuentro, la hizo una profunda reverencia y se volvió á su trono, mandando poner otro trono para su madre, la cual se sentó á su derecha, y le dijo: Una pequeña cosa vengo á pedir. No me desaireis; y el rey la dijo: Pedid, madre mia, pues no es razon que yo os haga volver el rostro. Dése, dijo entonces la buena madre, dése á Abisag Sunamitis por mujer á Adonías, vuestro hermano. Y dijo el rey á su madre: ¿Porqué pedis á Abisag Sunamitis para Adonías? En este caso pedid tambien el reino. El es mayor que yo y tiene de su parte á Abiatar y á Joab. (¿Qué será si se le da á la Sunamitis?)

Muerte de Adonías.

El intento de Adonías en casarse con Abisag habia sido concertado con Abiatar y Joab, esperando abrir por este medio un camino oculto al trono. Abisag habia estado continuamente al lado de David en los últimos tiempos de su vida, y Adonías ganado la voluntad de la Sunamitis, se prometia apoyar con su dicho euanto él quisiese inventar y hacer correr acerca de la última voluntad del rey sobre la sucesion á la corona. Podia propalar que el rey habia sido sorprendido por Betsabée; que Natán habia apoyado la sorpresa y otras cosas á este modo, y apoyarlas con Abisag; y como la conjuracion de Zoelet no estaba deshecha, podria esta tomar fuerzas y poner en confusion y trastorno todo el reino. La sencillez de Betsabée no habia penetrado los designios de Adonías, pero Salomon los conoció al momento, y sin faltar á las atenciones y veneracion de su madre, trató de prevenirlos de modo que no volviesen á poner el reino en peligro. Esto y mas haga Dios conmigo, dijo jurando Salomon, si no fuese contra Adonías esta peticion. Vive

grande y tan santo. Nada se omitió en la pompa de los funerales, cuyo principal adorno fueron las bendiciones y las lágrimas de todo Israel. Su sepulcro fué tenido siempre en gran veneracion y conservado con todo esmero. Este precioso monumento existia en tiempo de san Pedro, y san Jerónimo iba con frecuencia á hacer oracion en él mas de tres siglos despues.

REINADO DE SALOMON.

Salomon, rey tercero de Israel, se aprovechó de las victorias de su augusto padre y se hizo amable por las dulzuras de la paz de su reinado. Elevado sobre los demás hombres por una sabiduría recibida del Cielo, nunca habria tenido igual, si no hubiera caido hácia el fin de sus dias en lastimosos excesos. Mas sí es que Salomon acabó mal, á lo menos principió bien. Apenas se sentó en el trono, cuando se le presentó un asunto delicado y de la mayor consecuencia. Bajó la apariencia de un matrimonio se intentaba arrancar de su cabeza la corona, el cetro de su mano. Adonías, su hermano, empeñado siempre en que le tocaba el trono por derecho de nacimiento, tomó para subir á él un camino de rodeos que fácilmente se habria ocultado á otra penetracion que no fuese la de Salomon. Adonías se presentó á Betsabée, madre del rey, y la dijo: Tengo que hablaros; y ella le respondió: Hablad. Sabeis, la dijo, que el reino era mio y que todo Israel me habia preferido para que fuese rey, mas el reino ha sido trasladado y ha quedado de mi hermano, porque fué destinado para él por el Señor. Esto supuesto, una cosa tengo que pedir. No me dejéis desairado. Hablad, le dijo Betsabée. Os ruego que digais al rey Salomon (que nada puede negaros) que me dé por mujer á Abisag de

Sunam; y dijo Betsabée: Bien, yo hablaré al rey. Vino, pues, Betsabée al rey Salomon para hablarle por Adonías, y el rey se levantó de su trono, la salió al encuentro, la hizo una profunda reverencia y se volvió á su trono, mandando poner otro trono para su madre, la cual se sentó á su derecha, y le dijo: Una pequeña cosa vengo á pedir. No me desaireis; y el rey la dijo: Pedid, madre mia, pues no es razon que yo os haga volver el rostro. Dése, dijo entonces la buena madre, dése á Abisag Sunamitis por mujer á Adonías, vuestro hermano. Y dijo el rey á su madre: ¿Porqué pedis á Abisag Sunamitis para Adonías? En este caso pedid tambien el reino. El es mayor que yo y tiene de su parte á Abiatar y á Joab. (¿Qué será si se le da á la Sunamitis?)

Muerte de Adonías.

El intento de Adonías en casarse con Abisag habia sido concertado con Abiatar y Joab, esperando abrir por este medio un camino oculto al trono. Abisag habia estado continuamente al lado de David en los últimos tiempos de su vida, y Adonías ganado la voluntad de la Sunamitis, se prometia apoyar con su dicho cuanto él quisiese inventar y hacer correr acerca de la última voluntad del rey sobre la sucesion á la corona. Podia propalar que el rey habia sido sorprendido por Betsabée; que Natán habia apoyado la sorpresa y otras cosas á este modo, y apoyarlas con Abisag; y como la conjuracion de Zoelet no estaba deshecha, podria esta tomar fuerzas y poner en confusion y trastorno todo el reino. La sencillez de Betsabée no habia penetrado los designios de Adonías, pero Salomon los conoció al momento, y sin faltar á las atenciones y veneracion de su madre, trató de prevenirlos de modo que no volviesen á poner el reino en peligro. Esto y mas haga Dios conmigo, dijo jurando Salomon, si no fuese contra Adonías esta peticion. Vive

el Señor, que me ha afirmado y colocado sobre el trono de David, mi padre, que hoy será muerto Adonías, y envió á Banaías, hijo de Joyada, el cual le mató, y así murió Adonías. Salomon había concedido la vida á Adonías el día que fué consagrado rey, pero advirtiéndole, que si era varon bueno, no caería en tierra ni siquiera uno de sus cabellos, pero que si se hallaba maldad en él, moriría; y así en rigor no es Salomon quien quita la vida á Adonías, sino Adonías.

Destierro de Abiatar.

El sumo sacerdote Abiatar era uno de los primeros que sostenian los designios de Adonías, y le dijo el rey: Vete á tu campo de Anatot (ciudad sacerdotal). En verdad que eres digno de muerte, pero no te mataré porque llevaste el arca del Señor delante de David, mi padre, y porque tuviste parte en todos los trabajos que mi padre padeció. Desechó, pues, Salomon á Abiatar para que no fuese sacerdote del Señor. Salomon no podia hacer que Abiatar no fuese sacerdote del Señor, pero podia privarle del ejercicio de sumo sacerdote, y así lo hizo. De este modo tuvo cumplimiento la amenaza que el Señor había hecho al sumo sacerdote Helí, su ascendiente, cerca de cien años antes: á saber, que el pontificado sería trasladado de su casa, que era la de Itamar, á otra, como en efecto se verificó ahora, pasando á la de Sadoc, que era la de Eleazar. Cuando Abiatar, huyendo de la mortandad sacerdotal de Nobé, se refugió á David, Sadoc, que era de la rama de Eleazar, fué el sumo sacerdote de Saul, y se puede decir que desde entonces principió á salir el pontificado de la casa de Helí, descendiente de Itamar, y á entrar en la de Sadoc que lo era de Eleazar, y que ahora acabó de salir de la primera segun la amenaza del Señor, y acabó de entrar en la segunda.

Muerte de Joab.

Supo Joab lo que pasaba con Adonías y Abiatar, y no dudó que el tercer golpe caería sobre su cabeza, si no le prevenía. Creyó que podría evitarle, refugiándose al tabernáculo y asiéndose de la esquina del altar como Adonías el día de la consagracion de Salomon, y así lo hizo. Luego se dijo á Salomon que Joab se había huido al tabernáculo y estaba asido de la esquina del altar, y envió el rey á Banaías hijo de Joyada, diciendo: Anda, mátales, Banaías fué al tabernáculo y dijo á Joab: Esto dice el rey, sal fuera; pero Joab se negó á salir, y dijo á Banaías: No saldré, sino que aquí moriré. El lance era delicado. El respeto del tabernáculo era sumo para todo buen Israelita. La ley concedía el asilo para muchos delitos, y mandaba que los reos que no le mereciesen, fuesen sacados del lugar santo y castigados fuera de él. Banaías no se atrevió á pasar mas adelante. Volvió al rey, y le dijo: He dicho á Joab que salga, y me ha respondido: que no saldrá del tabernáculo sino que morirá al pié del altar. La ley que negaba el asilo al homicida voluntario, le negaba mucho mas al asesino, y si este se empeñaba en no salir y defenderse en el tabernáculo, era primero castigar el delito, particularmente si el reo podia poner en peligro al Estado, como podia Joab, que observar el asilo. La penetracion de Salomon luego se puso en todo, y sin detenerse dijo á Banaías: Haz como él ha dicho. Mátales y entiérrales. Así apartarás de mí y de la casa de mi padre la sangre inocente que fué derramada por Joab. El Señor hará caer su sangre sobre su cabeza porque asesinó á dos varones mejores que él; á Abner, hijo de Ner, general de los ejércitos de Israel, y á Amasa, hijo de Jepter, general del ejército de Judá, y los mató á estocada sin que mi padre David lo supiese. La sangre de estos caerá sobre la cabeza de Joab y sobre la cabeza de su posteridad para siempre, mas á

David y á su posteridad, á su casa y á su trono, será la paz del Señor para siempre. Subió, pues, Banaías, se arrojó sobre él y le mató. Joab fué enterrado en su casa ó sepulcro situado en el desierto, y Banaías volvió á dar cuenta al rey de la ejecucion de su orden. El rey hizo general del ejército á Banaías, hijo de Joyada, y confirmó á Sadoc en sumo sacerdote único, por haber sido separado Abiatar.

Muerte de Semei.

Semei vivía en Baurín su ciudad, y Salomon que quería tenerle á la vista para observar sus pasos, le envió á llamar y le dijo: Hazte una casa en Jerusalem y habita en ella, y no saldrás de ella para ir de una á otra parte (fuera de la ciudad); pues has de tener entendido que en cualquier día que salieres y pasares el torrente Cedron, serás muerto, y tu sangre será sobre tu cabeza. Semei, que solo contaba con la muerte, sabiendo lo que habia sucedido á Adonías y á Joab, se miró como un hombre resucitado, y despues de dar mil gracias al rey por la clemencia que usaba con él, le dijo: Buena orden; como lo ha dicho el señor mi rey, así lo cumplirá vuestro siervo. Habitó, pues, Semei muchos dias sin salir de Jerusalem, pero al cabo de tres años acaeció que unos esclavos suyos se le huyeron á Aquis, rey de Get, y le fué dado aviso de esta pérdida. El interés cegó aquí á Semei para no ver la orden de Salomon, como ciega á tantos Semeies para no ver las órdenes de Dios. Se levanta, aparea su jumento, marcha á Get, recobra sus esclavos y vuelve tan contento á su casa, sin contar con la orden de Salomon, como los avarientos cuando adquieren las riquezas sin contar con las órdenes de Dios. No tardó en saber Salomon su fechoría. Le envió á llamar y le dijo: ¿Por ventura no te aseguré y te previne que en cualquiera dia que salieses (de Jerusalem) á una ú otra

parte moririas? Y me dijiste: Buena es esta orden que he oido. ¿Porqué, pues, no has guardado el precepto que te puse? Tú sabes, añadió el rey, todo el mal (todas las injurias) que hiciste á mi padre, y del cual tu conciencia te está arguyendo, y el Señor ha puesto tu maldad, sobre tu cabeza. Dió, pues, Salomon la orden á Banaías, hijo de Joyada, y sacando á Semei de la presencia del rey, le hirió de muerte y murió. Con el castigo de Semei se concluyeron las órdenes que David habia dejado á Salomon para satisfacer á la justicia y asegurar la corona sobre su cabeza. Fué, pues, afirmado Salomon, hijo de David, en su reino, dice el sagrado texto. El Señor su Dios estaba con él, y le magnificó en gran manera; y Salomon amó al Señor, andando en los mandamientos de David su padre.

Jerusalen.

Siendo Jerusalem la ciudad mas célebre del mundo, y principiando esta gran celebridad en la edificacion de su templo, he creido que debia dar alguna idea de este centro del pueblo de Dios y teatro de la redencion del hombre, antes de hablar de la edificacion de su templo. Jerusalem, segun Josefo, fué fundada en tiempo de Abraham por el rey Melquisedec, sacerdote del Altísimo, quien la dió el nombre de *Salem*, que significa paz, y la poseyó cincuenta años. La tomaron despues los Jebuseos, descendientes de Jebuseo, uno de los once hijos de Canaan, y de su nombre la llamaron *Jebus* y *Jebuseum*.[®]

Josué en una de sus grandes batallas quitó la vida á su rey Adonisedec, y tomó la ciudad; pero la ciudadela estuvo en poder de los Jebuseos hasta que la conquistó David, quien la reedificó é hizo de ella un alcázar que llamó *Ciudad de David y Monte de Sion*. Desde este tiempo la ciudad de Jebus, situada al pié de la ciudadela de los Jebuseos, se llamó, no Jebusalen como pedia

su raíz, sino Jerusalem, mudada la *b* en *r* para hacer la pronunciacion mas fácil y el sonido mas sonoro. Jerusalem, ciudad privilegiada á quien los Libros santos dispensan tantos elegios, es aquella ciudad fundada sobre los montes santos, como los montes de Dios. ¿Por ventura no es esta, dice Jeremías, la ciudad de toda hermosura y el gozo de toda la tierra? Esto dice el Señor, escribe Ezequiel : Esta es Jerusalem, en medio de las gentes la he puesto, y en su rededor las tierras. Jerusalem, ciudad de Dios, dice Tobias, tú lucirás con luz refulgente y todos los fines de la tierra te bendecirán. Naciones lejanas vendrán á ti, y trayendo dones, adorarán en ti al Señor, y tendrán tu tierra en santificacion. Malditos serán los que te desprecien, y benditos los que te edifiquen. Bienaventurados los que te aman y se alegran de tu paz, y los que verán tu hermosura. Las puertas de Jerusalem de zafiro y esmeralda, y de piedras preciosas todo el circúito de sus muros. Todas sus plazas enlosadas de limpias y blancas piedras, y en sus rededores se cantará alcluya. Bendito el Señor que la ensalzó para que su reino esté en ella por los siglos de los siglos. Amen. San Juan en su *Apocalipsis* la toma como por ejemplar, para hacer la pintura de la ciudad eterna, y hasta se vale de su nombre. Vi, dice, la santa ciudad de Jerusalem nueva, que descendia del cielo, preparada por Dios como una esposa adornada para su esposo. Ven acá, me dijo un ángel, y te mostraré la esposa del Cordero, y me llevó en espíritu á un monte grande y alto y me enseñó la ciudad santa de Jerusalem... De este modo se halla elogiada á cada paso en los Libros santos esta ciudad tan famosa por sus glorias y por sus desgracias, por el admirable templo que Salomon va á edificar en ella, y por las ruinas de este mismo templo y de la ciudad en que va á ser edificado, como veremos adelante.

Sacrificios en los altos.

En aquel tiempo el pueblo de Israel sacrificaba todavía en los altos, porque aun no habia sido edificado el templo del Señor. En la sagrada Escritura se habla muchas veces de lugares altos, y se ve que habia dos clases. Unos donde se sacrificaba á los dioses falsos, y estos eran abominables, y fueron destruidos varias veces por los reyes buenos y celosos de la gloria del Señor; otros donde se sacrificaba al Dios verdadero, y estos estaban permitidos hasta que se edificó el templo de Jerusalem. Tales eran Cariatirin, Ramata, Betel, Gálgala, Masfa, Gaba de Benjamin, Silo, Hebron y algunos otros, y á estos iba á sacrificar el pueblo, como á lugares de singular veneracion, ó por haber estado en ellos algunos beneficios singulares del Señor; pero sobre todo, donde sacrificaba comunmente Israel, y donde estaba el altar de los sacrificios en este tiempo, era en el alto de Gabaon. David habia llevado el arca santa al monte Sion, pero el tabernáculo y el altar de bronce estaban en Gabaon, y este altar era el propio de los sacrificios. No vemos que David sacrificase en otros, si se exceptua el sacrificio de la era de Areuna, mandado por el Señor. Acaso Salomon sacrificó en alguno de los otros, y por eso se dice que no siguió en esto á su padre. Lo cierto es que Salomon, lleno de temor y de agradecimiento al Señor, dispuso un gran sacrificio en Gabaon.

Gran sacrificio de Salomon, quien recibe en premio la sabiduria.

Mandó Salomon á los tribunos, centuriones, capitanes, jueces, príncipes de familias... á todo lo principal de Israel, que se reuniesen en Jerusalem, y fué con toda la

multitud al monte de Gabaon, donde estaba el tabernáculo y el altar de bronce, y ofreció sobre él hasta mil víctimas. Agradó al Señor este sacrificio, y no tardó en premiar una piedad tan generosa. Se apareció á Salomon en sueños aquella misma noche y le dijo: Pide lo que quieres que te dé. Vos, Señor, dijo Salomon, habeis hecho grande misericordia con David mi padre, y á mi me habeis establecido rey en su lugar; pero yo soy un niño pequeño que no sé ni mi salida ni mi entrada; y vuestro siervo está en medio del pueblo que os escogisteis, de un pueblo infinito, que no puede contarse por su multitud. Dad, pues, á vuestro siervo un corazón dócil para hacer justicia á vuestro pueblo, y sabiduría é inteligencia para discernir entre lo bueno y lo malo. Porque ¿quién podrá juzgar á este pueblo, á este vuestro pueblo tan grande? Agradó, pues, al Señor que Salomon hubiese pedido una cosa semejante, y le dijo: Porque has pedido esto, y no has pedido, ni muchos días de vida para ti, ni riquezas, ni hacienda, ni gloria, ni vidas de tus enemigos, sino que has pedido sabiduría para discernir lo justo y saber gobernar á mi pueblo, sobre el cual te he establecido rey; hé aquí que te lo he concedido conforme á tus palabras, y te he dado un corazón sabio y entendedor, tanto que ninguno antes de ti te ha sido semejante, ni se levantará despues de ti; y tambien te daré lo que no has pedido, á saber: riquezas, hacienda y gloria, por manera que ninguno de los reyes que fueron antes de ti, ni los de despues de ti, será semejante á ti; y si anduvieres en mis caminos y guardares mis mandamientos, así como los guardó tu padre, tambien prolongaré tus días. El Señor cesó de hablar á Salomon, y Salomon despertó ocupado de un gozo inexplicable.

• Luego que se concluyeron los sacrificios y la distribución de la carne de las víctimas, se retiró el pueblo, y Salomon, poseido del mas profundo agradecimiento á un favor tan admirable, dejó á Gabaon y se volvió á Je-

rusalen á presentarse delante del arca santa y rendir alabanzas y acciones de gracias al Señor que residia de un modo particular, y á la vez sensible, entre las alas de los querubines. Persuadido además de que el dia que recibia el don de sabiduría era el mayor de su reinado, ofreció al Señor holocaustos y sacrificó otra multitud de hostias pacíficas y de acciones de gracias, é hizo un magnífico banquete á todos sus siervos.

Famosa sentencia de Salomon.

Apenas se habia concluido esta solemne manifestacion del agradecimiento de Salomon, se presentaron á él dos mujeres de mala vida, que le dieron ocasion para comenzar á manifestar el don de sabiduría que habia recibido. Estando delante del rey dijo la una: Mi señor, esta mujer y yo habitábamos en una misma casa, y yo dí á luz un hijo en el cuarto de las dos. Tres días despues dió ella á luz otro. Estábamos juntas y nadie mas habia con nosotras en la casa. Murió el hijo de esta mujer una noche, porque dormida, le ahogó, y levantándose en medio de la oscuridad y el silencio de la noche tomó mi hijo del lado de vuestra sierva que dormia, y le colocó en su seno, y el suyo que estaba muerto, le puso en el mio. Cuando me incorporé por la mañana para dar de mamar á mi hijo, le hallé muerto; pero mirándole con mas cuidado á la claridad del dia, conocí que no era el hijo que yo habia dado á luz. No es así como tú dices, replicó la otra mujer, sino que tu hijo es el muerto y mio el que vive. Mientes, decia la primera, porque mi hijo es el vivo y tuyo el muerto; y de este modo altercaban delante del rey, sin dar ni una ni otra mas pruebas que su dicho. Si se atendia á la que decian una y otra, el niño muerto de ninguna era y el vivo era de ambas; y dijo el rey: Mi hijo vive, dice la una, y el tuyo es muerto. No, dice la otra, tu hijo murió y el mio

vive; pues bien, traedme una espada, y habiéndosela presentado, tomad, dijo, dividid el niño vivo por el medio y dad mitad á una y mitad á otra. Se horrorizó la madre del niño, y estremecidas sus entrañas, os ruego, gritó al oírlo, os ruego, señor, que se la dé el niño vivo y no sea dividido. Divídase, decia la otra, y no sea tuyo in mio. Entregad el niño á la que no quiere que se divida, dijo el rey, porque esta es su madre. Todo Israel oyó la sentenciá que habia pronunciado el rey, y todos quedaron asombrados viendo la sabiduría que Dios habia puesto en él para conocer los juicios y hacer justicia. Este primer ensayo de la sabiduría de Salomon fué seguido de tantos prodigios de sabiduría, que asombraron al mundo é hicieron de Salomon el mayor sabio de todos los descendientes de Adán y de todos los siglos anteriores á Jesucristo.

Su poder, saber y escritos.

Cuarenta años de trabajos de todas clases habia sufrido David para asegurar la corona de Israel sobre su cabeza, y á Salomon no quedó otro que la gloria de llevarla. Tuvo bajo de su imperio todos los reinos desde el rio Eufrátés, dando vuelta por las tierras de los Filisteos, hasta las fronteras de Egipto, y todos le traian presentes y le estuvieron sujetos todos los dias de su vida. Era señor de todo el país desde Taisa hasta Gaza y de todos los reyes de aquellas regiones: y tenia paz por todas partes en rededor. Judá é Israel habitaban sin temor, cada uno bajo de su vid y de su higuera desde Dan hasta Bersabé en todos los dias de Salomon; y dió el Señor á Salomon sabiduría y prudencia grande en extremo; y era mas sabio que todos los hombres, y celebrado entre todas las gentes que rodeaban sus dominios. Pronunció tres mil parábolas (proverbios, sentencias ó comparaciones) y mil y cinco ó cinco mil cantares. (Nos han que-

dado el libro de los *Proverbios*, del *Eclesiastes* y de los *Cantares*.) Disputó de los árboles desde el cedro que se cria sobre el monte Libano, hasta el hisopo que nace en la pared, y trató de los animales, de las aves, de los reptiles y de los peces. (Se perdieron estos libros.) De todos los pueblos venian á oír la sabiduría de Salomon y de todos los reyes de la tierra adonde llegaba la fama de su saber.

Su opulencia y magnificencia.

El Señor no solo dió á Salomon sabiduría y prudencia, sino que le prometió riquezas, hacienda y gloria, y luego se vieron cumplidas estas promesas. Si hemos de hacer juicio de su magnificencia por la de su mesa y su tren, no solo es incomparable, sino que parece increíble. La provision diaria para la mesa era de treinta coros de flor de harina (ciento y cincuenta fanegas) y sesenta coros de harina (trescientas fanegas); diez bueyes cebados y veinte de los mantenidos en los campos, y cien carneros, sin contar la caza de ciervos, cabras monteses y búfalos (bueyes silvestres) y las aves que se cebaban; y tenia en sus caballerizas cuarenta mil caballos de coche y doce mil de montar ó de silla. Tal era su mesa y su tren, y tal era en lo demás su magnificencia; pero sobre todo, donde se ostentó esta fué en el templo, asombro de los hombres y maravilla del mundo. Antes de emprender la obra, reunió nuevos tesoros á los que habia preparado su padre, y el oro y plata llegó á ser en Jerusalem, dice el sagrado texto como las piedras; y los cedros como los sicómoros (higueras silvestres) que nacian por los campos en gran multitud.

Su contrato con el rey de Tiro.

Hiran, rey de Tiro, fué amigo y aliado de David hasta

la muerte de este gran monarca, y luego que supo que Salomon su hijo había sido ungido rey en su lugar, envió embajadores á felicitarle y asegurarle la misma amistad que había tenido con su padre, la que aceptó Salomon con mucho placer y le aseguró que podía contar siempre con la suya. Vivían, pues, estos dos monarcas en la mejor armonía, y necesitando ahora Salomon de maestros hábiles en arquitectura, y particularmente en el corte y labrado de maderas del monte Líbano que pertenecía al reino de Israel desde que David le conquistó de Adarecer, escribió á Hiran diciendo : Como hiciste con David mi padre, para que labrase la casa en que habitó, haz también ahora conmigo, para que yo labre una casa al nombre del Señor mi Dios, y la consagre para quemar incienso y aromas en su presencia; para tener expuestos siempre los panes de la proposición, y para consumir los holocaustos de la mañana y de la tarde, ofrecer los sacrificios y celebrar los sábados, las noemias (lunas nuevas ó calendas) y las solemnidades de nuestro Dios perpetuamente, como está mandado en Israel. La casa que quiero edificar ha de ser grande, porque grande es nuestro Dios sobre todos los dioses; pero... ¿quién habrá tan poderoso que alcance á edificarle casa digna de él? Si el cielo y los cielos de los cielos no pueden contenerle, ¿quién soy yo para poder edificarle casa? Mas ya quiero edificarla solamente para quemar incienso en su presencia. Manda, pues, á tus siervos que corten maderas de cedro y abeto juntamente con los míos para hacer un grande acopio; porque la casa que quiero fabricar ha de ser en gran manera grande y esclarecida. Yo daré por salario de tus siervos el que pidieres.

Hiran se alegró mucho cuando oyó las palabras de Salomon, y dijo : Bendito sea el Señor, Dios (de Israel), que dió á David un hijo tan sabio sobre este pueblo numerosísimo. Yo haré, contestó á Salomon, todo lo que tú deseas acerca de las maderas de cedro y de abeto. Mis siervos las cortarán y acarrearán desde el Líbano hasta el



mar, y las acomodarán en balsas y llevarán por mar al puerto de Jope, y tú las trasportarás á Jerusalem y darás lo necesario para sustentarlos. Hiran daba á Salomon maderas de cedro y de abeto, conforme en todo á sus deseos, y Salomon daba á Hiran veinte mil coros de trigo (cien mil fanegas), otros tantos de cebada, veinte mil metretas de vino (treinta y siete mil y quinientas arrobas), y otro tanto de aceite. Esto daba Salomon á Hiran cada año.

Salomon hizo contar todos los varones prosélitos (extranjeros convertidos) que habia en Israel, y se halló que eran ciento cincuenta y tres mil y seiscientos. Destinó setenta mil para portear á hombro, ochenta mil para cortar piedras en los montes, y los tres mil y seiscientos restantes para sobrestantes de las obras; y mandó que tomásen piedras grandes, piedras preciosas para los cimientos del templo y que las cuadrásen y labrasen los canteros de Salomon y de Hiran, y los Gíbios las puliesen para edificar el templo. También escogió Salomon obreros de todo Israel en número de treinta mil hombres y los enviaba al monte Libano, diez mil cada mes, de modo que estaban dos meses en sus casas y uno en el Libano.

Principia la edificación del templo.

En el año dos mil novecientos noventa y tres de la creación del mundo; cuatrocientos y ochenta de la salida de Egipto; mil y siete antes de Jesucristo, y cuarto del reinado de Salomon; en el mes segundo, que corresponde á la luna de abril, se principió á fabricar la casa del Señor en Jerusalem en el monte Moria que habia sido indicado por Dios á David, y comprado por este á Areuna ú Ornan Jebuseo. Dios mandó á Abraham que le ofreciese en sacrificio á su hijo Isaac en este monte, y en el mismo fué crucificado en cuanto hombre mil ochocientos sesenta y siete años despues su Hijo santísimo por la re-

dencion del mundo. El monte Moria estaba cortado por collados y se componia de varias alturas ó montes pequeños, y Jesucristo fué crucificado en el que se llamaba monte Calvario por las muchas calaveras de los que en él se ajusticiaban, dice san Jerónimo.

El templo que iba á edificar Salomon en Jerusalem debia ser de la misma forma que el tabernáculo que habia edificado Moisés en el desierto, con la sola diferencia de su mayor extension y altura, y de ser aquel de madera y portátil y este de piedra y fijo. Tuvo mucho que hacer para preparar el terreno que habia de ocupar, y mas para abrir unos cimientos que queria que venciesen la duracion de los tiempos. No se sabe la profundidad que les dió, pero sí que se hicieron de una sillería, no solo en extremo ajustada, sino de piedras grandes y preciosas. Su longitud era de treinta varas y su latitud de diez, que en todo componian ochenta varas de cimiento. Hizo edificar sus paredes de piedra exquisita y exquisitamente labrada, ajustada y pulimentada, y las hizo subir á la altura de sesenta varas. Su grueso era proporcionado á su altura y á la firmeza y duracion que intentaba. Hizo el pórtico del templo á la parte del oriente, de la misma anchura y altura que tenia el templo, y se extendia hasta cinco varas delante de él; y dividió el templo en dos partes como Moisés el tabernáculo. La primera para ser *el lugar santo*, y la segunda *el lugar santísimo*. El santo era de veinte varas de largo desde la entrada hasta el lugar santísimo y diez de ancho, y el santísimo de diez varas en cuadro, ó diez de largo, y diez de ancho. Hizo hermosas ventanas en las paredes de los costados del lugar santo, pero no en el lugar santísimo, que debia estar ocupado de una oscuridad misteriosa. Todo el templo se hizo de piedras muy preciosas y tan perfectamente labradas en las canteras, que ni martillo, ni cincel, ni otro instrumento de hierro se oyó en el templo mientras se edificaba. Todo el ruido y los golpes se habian dado en las canteras.

Fundado en este pasaje, dice san Gregorio el Grande que las almas de los escogidos no serán trasladadas ni colocadas en el templo de la gloria, sino despues de cortadas y labradas á golpe de martillo y punta de cincel en las canteras del mundo, que es el lugar del ruido; porque el cielo es solo de la paz, del sosiego y del reposo eterno. ¡Gran leccion para el cristiano! Deja, deja que el Salomon de la gloria haga que te corten y labren en las canteras del mundo, para que merezcas ser colocado en el edificio del cielo.

Salomon cubrió todo el templo de tres artesonados de cedro; el primero estaba á la altura de quince varas, el segundo á la de otras quince sobre el primero, y el tercero á la de treinta sobre el segundo, cuyas alturas componian las sesenta de elevacion del templo. Acaso estos artesonados eran tres en correspondencia á las tres cortinas que cubrian el tabernáculo de Moisés; por consiguiente los dos artesonados mas altos serian de una construccion fuerte, compacta y á toda prueba de resistencia á las aguas é intemperies, como lo eran en su clase las cortinas del tabernáculo. En cuanto al artesonado principal, consta que era de una construccion exquisita. Formado, como los demás, de madera de cedro, presentaba por la parte inferior una bóveda en extremo hermosa. El cedro estaba bruñido como un espejo de metal, y por todas partes se veian esculpidas en él figuras de querubines, palmas, rosas y todo género de hermosísimas flores en alto relieve, y molduradas con tanto primor y tan al vivo, que parecian, dice el sagrado texto, saltar y salirse de la madera. Toda la bóveda del templo, tanto la del lugar santísimo, como la del lugar santo, estaba fabricada por el mismo orden y presentaba la misma hermosura; y solo habia la diferencia que la del lugar santísimo estaba cinco varas mas baja, fuese por guardar el cuadro perfecto en aquel santísimo lugar, fuese por tenerle aun mas defendido con una bóveda añadida á los tres artesonados, porque estaba cinco varas mas baja que el tercero.

No solo fabricó Salomon las bóvedas del santo y del santísimo de maderas de cedro tan perfectamente unidas y pulimentadas, y tan primorosamente cinceladas, moldeadas, sembradas de querubines, flores y admirables figuras, sino que cubrió todas las paredes del templo por la parte interior de tablones de cedro bruñidos, moldeados, y sembrados de figuras como los de las bóvedas, y tan perfectamente unidos que no se descubría la mas mínima parte de piedra en todo el templo. Cubrió tanto las bóvedas, como los tablones que vestían las paredes, de planchas de oro y las aseguró con clavos de oro tan ajustadamente que tampoco se descubría ni la parte mas mínima de madera, y con un arte tan asombroso que se manifestaban perfectamente en el oro todas las molduras y figuras que se habían entallado en la madera. Enlosó el pavimento de preciosísimo mármol, cubrió el mármol con tablones de abeto y los tablones con planchas de oro como las paredes y los techos, de modo que todo el templo quedó, por decirlo así, hecho una aseua de oro; un templo el mas semejante al templo de la gloria que nos describe san Juan en el *Apocalipsis*.

Para formar alguna idea de la riqueza de este templo el mas célebre del mundo, basta saber, que las planchas de oro que cubrían el pequeño cuadro del lugar santísimo pesaban, dice el sagrado texto, como seiscientos talentos, que hacen mil seiscientos noventa y ocho arrobas de oro, y que cada clavo de oro, de la multitud que debieron emplearse, pesaba diez onzas y media. Puso á la entrada del lugar santísimo puertas de madera de olivo, é hizo entallar en ellas las mismas figuras que en las bóvedas y paredes y cubriérlas igualmente de planchas de oro. También las puso á la entrada del lugar santo de madera de abeto y las cubrió con oro del mismo modo que las del lugar santísimo. Puso, como Moises, dos velos, uno á la fachada del lugar santo y otro á la del lugar santísimo, tejido de jacinto, púrpura, grana, lino finísimo, recamados de oro y bordados de serafines y de todo gé-

nero de flores, siendo aun mas rico el que cubría el lugar santísimo que el que cubría el lugar santo; y por último erizó la parte exterior del techo superior de largas y agudísimas puntas de oro, para evitar que anidasen las aves sobre él, ni aun le tocasen.

Fabricado este admirable templo, de cuya preciosidad y hermosura solo hemos podido dar una pequeña idea, pasó á fabricar los sagrados objetos que debían ocuparle con arreglo á los que ocuparon el tabernáculo de Moises; pero con la diferencia de haber de ser mayores y mas en número, y á excepcion del arca y el propiciatorio que se habían de trasladar del tabernáculo de Sion. Hizo, pues, dos querubines de madera de olivo de cinco varas de altura, y sus dos alas extendidas alcanzaban á otras cinco de anchura y los cubrió de láminas de oro, de modo que brillaban tan prodigiosamente que parecían serafines de la gloria. Los colocó en el lugar santísimo en tal actitud que sus pechos miraban al lugar santo y sus caras uno á otro. Tenían extendidas las alas y con unas tocaban las paredes del santísimo, y con otras se tocaban mutuamente, formando así un trono, que había de servir para colocar el arca santa y el propiciatorio.

Fundió dos fuertes y altas columnas de bronce con sus capiteles que adornó maravillosamente con ricas cadenas, maravillosas redes y mallas enlazadas entre sí con mucho arte, y sobre los primeros capiteles puso otros mas delicados y rodeados de doscientas granadas, los cuales remataban á manera de azucena ó flor de lirio. Fijó estas dos hermosas columnas en el atrio del templo á derecha é izquierda, y llamó á la primera *Jachin* (firme) y á la segunda *Booz* (fuerte) porque deseaba Salomon que durasen siempre, pero su duración no pasó del tiempo de la cautividad de Babilonia.

Hizo Salomon en rededor de todo el templo un atrio que se llamó vestibulo interior, basilica, santo secular ó pórtico de Salomon, y despues vino á llamarse atrio de los Judíos, en el cual solo entraban los que se hallaban

limpios de manchas legales. Le formaba un muro de tres órdenes de piedras de diferentes colores. A una gran distancia del muro habia por la parte interior un orden de hermosas columnas de una piedra cada una y de doce varas y media de altura, donde venían á fijarse los artesonados de cedro que arrancaban desde el muro, resultando en rededor de todo el templo unos hermosos claustros que ocupaba todo el pueblo de Israel, excepto los impurificados. El centro que formaban estos claustros estaba al descubierto, y en medio de él, frente al pórtico del templo, colocó Salomon el altar de los holocaustos que habia hecho de bronce y de diez varas de largo, diez de ancho y cinco de alto. Tenia este atrio tres entradas; una al oriente, otra al mediodía y otra al norte. Por poniente continuaba el muro y no habia entrada. Las puertas que cerraban las tres entradas eran de plata, y se componían de dos hojas de quince varas de altura cada una y siete y media de anchura. A este atrio rodeaba otro que se llamaba de los gentiles, ó vestibulo exterior, y era de la misma forma, pero mucho mayor. Tenia cuatro entradas, á oriente, mediodía, poniente y norte, que se cerraban tambien con altas puertas, pero de bronce. En este se quedaban los Israelitas que no estaban purificados de las manchas legales y entraban los gentiles de todas las naciones. Como la casa del Señor se habia edificado sobre una de las alturas del monte Moria, acaso la mas alta, se subia á estos atrios por la parte del mediodía, poniente y norte por muchas gradas, y solo no las habia por oriente que estaba en igual altura con la ciudad.

Salomon fundió de bronce un pilon que por su magnitud se llamó *mar*. Era de dos varas y media de hondura, cinco de anchura y un palmo de espesor ó grueso, y le sentó sobre doce bueyes tambien de bronce que le sostenian con sus cuerpos y solo descubrian las cabezas. Cabian en él tres mil metretas de agua (cinco mil seiscientos veinte y cinco arrobas), y le colocó á la izquierda del altar de los holocaustos, ó lado del mediodía, para que se pu-

rificasen en él los sacerdotes, esto es, se lavasen los piés y las manos. Hizo tambien diez grandes conchas de bronce que recibian cada una cuarenta batos de agua (como sesenta y cuatro arrobas) y diez basas de lo mismo, de dos varas de largo, dos de ancho y vara y media de alto con talladuras de leones y bueyes, y las colocó sobre ruedas de bronce. Sobre estas basas sentó las diez conchas, y las puso cinco á la derecha y cinco á la izquierda para lavar en ellas todo lo que debía ofrecerse en sacrificio. Hizo tambien calderos, calderillas, vasijas cóncavas y multitud de vasos en tan grande número que no se podia saber el peso del bronce empleado en ellos.

Me apartaria demasiado del hilo de la historia si quisiese describir las dimensiones, molduras, adornos y admirables figuras entalladas en tantas y tan hermosas obras. La multitud de habitaciones, cámaras, edificios y repuestos para las vestiduras sagradas; las grandes piezas para comer las víctimas; los ornamentos sacerdotales y levíticos; los archivos y gazofilacios; los vasos sagrados y tantas otras obras cuya materia comun era el oro, el marfil y las piedras preciosas. Toda esta descripcion, repito, cortaria el hilo de la historia y formaria un libro voluminoso. Baste decir que todo cuanto se puede pensar de mas hermoso y magnífico, de trabajo mas acabado y gusto mas exquisito, se hallaba reunido en este hermosísimo templo. En una palabra, el templo de Salomon era lo mas digno que podía hacer el hombre para honrar la majestad de su Dios.

Se concluye la edificacion del templo. [®]

El mes octavo del año once del reinado de Salomon, este templo, el mas augusto que conoció el mundo, se concluyó despues de siete años y medio que habian principiado á abrirse sus cimientos. Cerca de dos habian trabajado antes en preparar las maderas en el Libano, arrancar y labrar las piedras en las canteras de Israel y trasladar-

las á Jerusalem ciento y cincuenta y tres mil y seiscientos prosélitos, diez mil Israelitas y como veinte mil Tirios que enviaba Hiran al corte y labrado de maderas del Líbano y su traslado al puerto de Jope; y suponiendo que fuese igual número el que se emplease en hacer el templo, resulta que por espacio de mas de nueve años se ocuparon ciento ochenta y tres mil y seiscientos hombres en esta asombrosa obra. Sin embargo ella fué tal, que los mas poderosos monarcas no la habrían concluido en un siglo.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Su dedicacion.

Cuando Salomon vió concluida con tanta felicidad la casa del Señor, ya no le ocupó otro deseo que ofrecerla y dedicarla al servicio de su divino culto; pero queria que esta dedicacion correspondiese á la magnificencia del templo que habia edificado. Escogió para esto el mes de Etanin (que corresponde parte á setiembre y parte á octubre) como tiempo mas favorable para la concurrencia de Israel á esta solemnidad. Por otra parte los Israelitas debian celebrar el día diez de Etanin la fiesta de la expiacion, y desde el quince al veinte y dos la de los tabernáculos, y adelantando dos días su viaje se hallaban en estas tres fiestas; y esto era lo que queria y dispuso el sábio monarca. Convidó, pues, á todo Israel y particularmente á los ancianos, á los principes de las tribus y á los cabezas de familia para que se hallasen en Jerusalem el día ocho del mes, á fin de trasladar el arca del Señor del tabernáculo que David su padre habia erigido en su ciudad de Sion al templo que acababa de edificar en medio de Jerusalem.

Todo Israel se reunió á Salomon en Jerusalem el día señalado, y todo reunido subió al monte de Sion para trasladar el arca santa. Los sacerdotes descolgaron el velo que cerraba el tabernáculo, envolvieron en él la santa arca y la tomaron sobre sus hombros. Los levitas

cargaron con el tabernáculo y cuanto se contenia en él; y luego se ordenó una procesion semejante á la que se habia verificado cuando David hizo trasladar esta arca santa de la casa de Obedom á su tabernáculo de Sion, de donde se sacaba ahora para colocarla en el templo de Jerusalem. Caminaban los sacerdotes llevando la sagrada carga, y seguian los levitas con el tabernáculo, los vasos y demás objetos que le habian ocupado. Les presidia el gran sacerdote Sadoc, precedido de ciento y veinte sacerdotes, que tocando sus trompetas de plata, anunciaban la marcha del arca del Señor Dios de Israel, y seguía una multitud de pueblo que cerraba la procesion. El monarca rodeado de sacerdotes y levitas para sacrificar las víctimas, los ancianos del pueblo, los principes de las tribus, los cabezas de familias, los generales del ejército, toda la corte, y la multitud que habia concurrido prevenida de víctimas para ofrecer sus sacrificios, iban delante del arca. Sus levitas, tanto los que eran cantores como los que eran músicos, vestidos de lino finísimo, divididos en tres numerosos coros, presididos por los famosos maestros Asaf, Eman é Iditun, iban cantando y tocando címbalos, salterios, órganos, cítaras y todo género de instrumentos, y formando concierto con las trompetas que tocaban los ciento y veinte sacerdotes, y esforzando sus sonidos resonaba su eco por los cerros y los valles y se oía á lo léjos el estruendo. Á cada seis pasos que daban los que llevaban el arca, sacrificaban los sacerdotes que rodeaban al rey, sobre altares preparados á este fin, las víctimas que ofrecia Salomon y toda la multitud de Israel que habia concurrido, y fué tan grande el número de ovejas, carneros y bueyes que sacrificaron que no podian apreciarse ni contarse.

Cuando el arca del Señor, despues de haber sido conducida por las calles mas hermosas de Jerusalem, penetrando por los atrios, llegó al pórtico del templo, los ciento y veinte sacerdotes con sus trompetas, el numeroso coro de los cantores con sus órganos y címbalos, y la

multitud de los músicos con sus cítaras, salterios y todo género de instrumentos, entonaron el salmo de David en que este real profeta ensalza las misericordias del Señor de un modo inefable :

Confesad al Señor, cantaron al sonido de todos sus instrumentos, confesad al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

Confíesele ahora Israel, porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

Confíesele ahora la casa de Aaron, porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

Confíesle ahora los que temen al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia...

Mientras que así cantaban los coros de Israel y ensalzaban las misericordias del Señor, los sacerdotes que llevaban el arca santa entraron, precedidos del sumo sacerdote Sadoc, en el santuario, y pasando al lugar santísimo la colocaron con el más profundo respeto en el trono que formaban las alas de los hermosos querubines que había hecho Salomon; y cuando Sadoc y los sacerdotes, colocada en su trono la prenda y la esperanza de Israel, salieron del lugar santísimo y cerraron sus puertas y corrieron su preciosísimo velo, la gloria del Señor llenó la casa del Señor. Una majestuosa nube cubrió todo el templo, y brillando como la que cubrió en el Sinaí el tabernáculo de Moisés, manifestaba de un modo glorioso al Señor que tomaba posesion del palacio de su habitación sobre la tierra. La niebla, al paso que majestuosa, era tan densa, que los sacerdotes ocupados de un religioso pavor, é impedidos por una imponente oscuridad, no podían ejercer sus ministerios. Los levitas, los cantores, los músicos, todo Israel quedó dulcemente sobrecogido por largo tiempo con tan repentino y agradable espectáculo, hasta que recogíendose majestuosamente la nube que cubria el templo de Salomon, como en otro tiempo la que cubrió el tabernáculo de Moisés, desapareció enteramente.

Entonces Salomon en el primer ímpetu de su gozo exclamó, diciendo : Ved aquí cumplido lo que había dicho el Señor, que habitaria en la oscuridad de la nube. Subió en seguida á la tribuna que había colocado en medio del atrio, y puesto de rodillas, vuelto hácia el altar, y levantando las manos al cielo, dijo en medio de un pueblo innumerable : Señor, Dios de Israel, no hay Dios semejante á vos, ni arriba en los cielos ni abajo en la tierra. Vos guardais el pacto y la misericordia para aquellos vuestros siervos que andan delante de vos en todo su corazon. Vos, Señor, Dios de Israel, prometisteis á vuestro siervo David, mi padre, que no faltaria varon de sus descendientes que se sentase sobre el trono de Israel, con tal que guardasen vuestros caminos y anduviesen en vuestra ley, como había andado él; y ahora Señor, Dios de Israel, confirmese esta palabra que hablásteis á vuestro siervo David. Yo, vuestro siervo, he procurado haceros una casa en que habiteis para cumplir vuestra voluntad y merecer en algo esta confirmacion. ¡Pero es creible que habite Dios con los hombres sobre la tierra! Si el cielo y los cielos de los cielos no pueden conteneros, ¿cuánto menos esta casa que yo os he edificado? Mas no ha sido hecha para conteneros en ella, sino para que tengais abiertos vuestros ojos dia y noche sobre esta casa, en la que habeis querido que sea invocado vuestro Nombre, y para que oigais la oracion que os hace ahora en ella vuestro siervo y vuestro pueblo de Israel. A todo aquel que orare en este lugar, escuchadle, Señor, desde los cielos y mostráos con él propicio. Si vuestro pueblo de Israel, por haber pecado contra vos, volviere la espalda á sus enemigos, y haciendo penitencia y dando gloria á vuestro Nombre, viniere y orare y os rogare en esta casa, oidle en el cielo y perdonad el pecado de vuestro pueblo. Si el cielo se cerrare y no lloviere por causa de los pecados de vuestros siervos, y ellos, orando en este lugar, hicieren penitencia á honra de vuestro Nombre y se convirtieren

de sus pecados, oíalos en el cielo y perdonad los pecados de vuestros siervos, y mostradles un camino bueno por donde anden, y envidad lluvia sobre la tierra que disteis en posesion á vuestro pueblo. Cualquiera de vuestro pueblo que reconociendo la llaga de su corazon (su pecado) os rogare y levantare á vos sus manos en esta casa, vos le oiréis desde el cielo y le seréis propicio y daréis á cada uno segun los caminos que sabéis que tiene en su corazon; porque vos solo conoceis los corazones de los hombres.

Tambien si viniere de tierra distante algun extranjero (que no es de vuestro pueblo de Israel) atraído de vuestro gran Nombre y de vuestra mano fuerte y de vuestro brazo extendido, y adorare en este lugar, vos le oiréis desde el cielo, y haréis las cosas por las que os invocare para que conozcan vuestro Nombre todos los pueblos de la tierra y os teman, así como vuestro pueblo Israel, y sepan que vuestro Nombre ha sido invocado sobre esta casa que os he edificado. Si saliere vuestro pueblo á campaña contra sus enemigos por el camino que vos les enviareis, y os adoraren vueltos hácia esta ciudad que escogisteis y hácia esta casa que he edificado á vuestro Nombre, vos oiréis desde el cielo sus plegarias y les haréis justicia. Y si pecaren contra vos, pues no hay hombre que (mas ó menos) no peque, y os irritareis contra ellos y los entregareis á sus enemigos, y los llevaren cautivos á tierras cercanas ó distantes, é hicieron penitencia de corazon en el lugar de su cautiverio, y convertidos os pidieren perdon en su cautiverio, diciendo: Hemos pecado, hemos obrado inicuamente, hemos procedido impiamente, y se volvieren á vos de todo su corazon y de toda su alma y os adoraren y rogaren vueltos hácia el camino de la tierra que disteis á sus padres, y hácia la ciudad que escogisteis y hácia la casa que yo he edificado á vuestro Nombre, vos oiréis desde el cielo sus oraciones y haréis su causa y perdonareis á vuestro pueblo, é infundireis misericordia en aquellos que los tuvieren cautivos para que

se compadezcan de ellos. Ahora, pues, Dios y Señor, levantáos y venid á vuestro reposo, vos y el arca de vuestra fortaleza. Vuestros sacerdotes, Dios y Señor, sean vestidos de salud, y vuestros santos se alegren en sus hienes. Dios y Señor, no apartéis vuestro rostro de vuestro ungido (el rey) y acordáos de las misericordias de David vuestro siervo.

Luego que Salomon acabó esta preciosa y larga oracion, que habia hecho hincado siempre de rodillas y teniendo extendidas las manos al cielo, se puso en pié y bendijo á toda la multitud de los hijos de Israel, esforzando la voz y diciendo: Bendito sea el Señor, que ha dado la paz á su pueblo de Israel. Sea el Señor nuestro Dios con nosotros, así como lo fué con nuestros padres, y no nos desampare ni deseche, sino que incline hácia él nuestros corazones, para que andemos en sus caminos y guardemos sus mandamientos, sus ceremonias y sus juicios. Concluida esta bendicion tan llena de buenos deseos, el rey y el pueblo volvieron á continuar presentando víctimas, y los levitas y sacerdotes preparándolas y ofreciéndolas al Señor; pero cuando se hallaban mas ocupados de este acto religioso, bajó fuego del cielo, consumió los holocaustos y las víctimas, y la majestad del Señor volvió á ocupar el templo, de modo que los sacerdotes no podian entrar en él, porque la majestad del Señor habia llenado el templo del Señor. Todos los hijos de Israel vieron el fuego que bajó del cielo y la gloria del Señor que ocupó el templo, y postrados sobre la tierra y pegado su rostro con el suelo adoraban y bendecian al Señor, repitiendo: Confesemos al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia...

Cuando hubo cesado el fuego y la gloria del Señor se hubo retirado, el rey y el pueblo dejaron su estado de postracion y volvieron con mas fervor á ofrecer mas y mas víctimas, y los sacerdotes y levitas á sacrificarlas al Señor. Entretanto los sacerdotes de las trompetas y los levitas cantaban los cánticos de Sion, repitiendo: Con-

fesemos al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia. El número de victimas que ofrecia todo Israel era tan grande, que no pudo sostenerlas el altar de bronce y fué necesario santificar el centro del atrio para ofrecerlas en él, y aun así no fué posible concluir los sacrificios en menos de siete dias. Solo el rey ofreció y presentó veinte y dos mil bueyes y ciento y veinte mil carneros. Celebró, pues, Salomon la solemnidad de la dedicacion del templo del Señor en siete dias y con él todo Israel desde la entrada de Emat hasta el arroyo de Egipto, esto es, de un extremo á otro del reino. Á continuacion se celebró la fiesta de los tabernáculos por otros siete dias, habiéndolo hecho de la fiesta de la expiacion en los siete de la dedicacion, y concluidos los catorce dias, Salomon despidió á los pueblos dándoles mil bendiciones, y los pueblos, bendiciendo al rey, se volvieron á sus casas alegres y contentos por los bienes que el Señor habia hecho al rey y á Israel su pueblo.

Lector cristiano, permite que te dirija aquí mi palabra. Coteja el templo de Salomon, cuya magnificencia acabas de admirar y cuya dedicacion debe haberte llenado de piedad y de consuelo, con nuestros cristianos templos: compara lo antiguo con lo nuevo; el altar de los holocaustos con el altar de Jesus; compara victimas con victimas; los corderos de Israel con el Cordero de Dios: compara sombras con realidades; los simbolos de la majestad con la majestad misma... Y si los Israelitas se postraron asombrados y pegaron su rostro con el suelo á la vista de una nube que solo era una sombra, un simbolo de la gloria de Dios, ¡cuál deberá ser el asombro de un cristiano en la presencia real del Dios de la gloria! ¡Cuál nuestra compostura, nuestra veneracion, nuestro respeto, nuestra humildad, nuestro recogimiento en nuestros templos, y nuestro encogimiento al acercarnos á los piés de nuestros altares, al contemplar en nuestros sagrarios el pan de los ángeles, el Cordero de Dios, la victima del mundo, el Hijo eterno del

eterno Padre! Alma cristiana, para nuestra salvacion han sido escritos los Libros santos. Fija bien en tu memoria estos grandes pasajes. Procura recordarlos con frecuencia al entrar en nuestros templos, y ámate y exhórtate con ellos á estar en la presencia del Señor con un espiritu mas humilde y mas pegado al pavimento que el rostro de los Israelitas lo estaba al suelo... pero vuelvo á tomar el hilo de la historia que solté por un momento.

Aceptacion del templo.—Promesas y amenazas.

Aceptó el Señor en el cielo las súplicas que Salomon le habia hecho sobre la tierra, y para manifestarle su aceptacion se le apareció en sueños como lo habia hecho en Gabaon y le dijo: He oido tu oracion, tus peticiones y tus súplicas, y me he escogido este lugar para casa de sacrificio y para poner en ella mi nombre eternamente. Mis ojos y mi corazon estarán inclinados á ella todos los dias; y si cerrare el cielo y no cayere lluvia, y mandare á la langosta que devore la tierra, y enviare la peste sobre mi pueblo, y convirtiéndose mi pueblo me rogare y buscaré mi semblante en esta casa, y se arrepintiere y apartare de sus pésimos caminos, yo tambien lo oiré desde el cielo y seré propicio á sus pecados y sanaré sus males. Mis ojos estarán abiertos y mis oidos atentos á la súplica de aquel que orare en este lugar. Y tambien tú, si anduvieres delante de mí, como anduvo tu padre, en sencillez de corazon é hicieres conforme á todo lo que te he mandado, y guardares mis leyes y mis preceptos, serás afirmado en el trono de tu reino de Israel como lo prometí á tu padre, diciendo: No faltará varon de tu linaje en el trono de Israel. Mas si Israel me volviere las espaldas y abandonare mis leyes y mis preceptos, y se fuere á servir dioses ajenos, y les adorare, yo arrancaré y quitaré á Israel de la superficie de la tierra que le di, y vendrá á

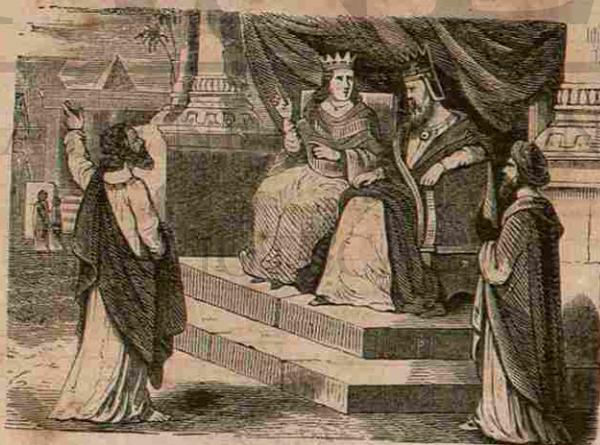
ser el proverbio y la fábula de todas las gentes y echaré lejos de mi presencia este templo que he consagrado á mi nombre y esta casa será para escarmiento y oprobio, y todos los que pasaren, quedarán asombrados y silbarán y preguntarán : ¿Porqué el Señor ha tratado así á esta tierra y á esta casa? Y se les responderá : Porque dejaron al Señor su Dios, que sacó á sus padres de la tierra de Egipto, y siguieron á dioses ajenos y los adoraron. Por esto el Señor ha enviado todos estos males sobre ellos. Desapareció el Señor, y Salomon volvió de su sueño entre el gozo y el temor, pero lleno de agradecimiento al Señor que tenia la bondad de aceptar su templo, oír en él las súplicas de su pueblo, despacharlas favorablemente y anunciar con tiempo sus castigos, si se dejaban de cumplir sus mandamientos y de rendirle los debidos cultos; y en efecto, no hubo promesas ni amenazas que se cumpliesen mas literalmente, como veremos en el discurso de esta historia.

Salomon, despues de haberse empleado tan largo tiempo en las obras del templo del Señor, creyó que agradaria tambien á su Majestad empleándose en otras obras de magnificencia correspondientes á la sabiduría y riquezas que le habia concedido. David, su padre, habia edificado un palacio en la ciudad de Sion que de su nombre se llamó *Ciudad de David*, y no pareciendo á Salomon bastante magnifico para su habitacion, edificó uno de mayor magnificencia y mas cerca del templo para si, y además otro para la reina, y un tercero para los dos, que llamó *Casa del Libano*, ó porque le fabricó de maderas del Libano, ó porque plantó á su lado un jardin de hermosos árboles que parecían el monte Libano. Estos tres palacios, por su contigüidad y comunicacion, venian á formar un palacio inmenso y de una imponderable hermosura. La magnificencia de las habitaciones, la extension de las galerias, la simetria y orden de sus centenares de columnas, los espaciosos pórticos... el oro, la plata y las piedras preciosas que brillaban por todas

partes, eran la expresion mas propia de la sabiduría y riquezas de un Salomon; mas entre tantas obras admirables habia una que merece particular mencion. Esta era el trono real, en que Salomon se sentaba para las audiencias públicas. Estaba delante del palacio en medio de un espacioso atrio formado de multitud de hermosas columnas. Era todo de marfil y se subia á él por seis magnificas gradas sostenidas cada una por dos leones, de modo que los extremos de las seis gradas estribaban sobre doce majestuosos leones. El trono era un pabellon en forma de media naranja, cubierto por la espalda y descubierto por el frente y parte de los costados. En medio estaba la silla donde se sentaba el rey, y era toda de finisimo oro. Tenia dos hermosos brazos estribados por sus remates sobre dos grandes leones, de tal modo que cuando el rey extendia sus brazos sobre los de la silla, estribaban sus manos sobre las cabezas de los dos leones. Todo el trono, su pabellon, sus gradas y sus leones estaban cubiertos de oro purisimo, pero resalando á su vez el oro y el marfil de un modo maravilloso por la admirable disposicion que el diestro artifice habia sabido darles. No hubo, dice el sagrado texto, un trono como él en todos los reinos. Al trono correspondian las piezas de servicio. Todos los vasos de la mesa del rey y de la reina, y tambien los del uso de la casa del Libano, eran de oro, porque la plata en tiempo de Salomon se reputaba por nada. El orden que su sabiduría habia establecido en todos los ramos de hacienda; las flotas de oro, plata y marfil que le llegaban de Tarsis cada tres años; los tributos de tantos poderosos y reyes que le rendian vasallaje; y sobre todo la gran reputacion de su sabiduría que traía en regados á Jerusalem tantas riquezas, vinieron á hacer la corte de Salomon como el tesoro de toda el Asia.

Reina de Saba.

Entre los personajes, príncipes y reyes que la sabiduría y magnificencia de Salomon, sus palacios, su célebre templo y el admirable orden que habia establecido en todo su reino atraian á Jerusalem, fué uno la reina de Saba, que asombrada de las maravillas que la fama contaba por todo el mundo del rey Salomon, vino de los extremos de la Arabia á hacer pruebas de su sabiduría con enigmas, cuestiones sutiles y preguntas oscuras. Esta célebre reina entró en Jerusalem con un tren y aparato propio de su real persona y de la personna real que venia á visitar. Su acompañamiento era muy noble y su séquito muy numeroso. Traia muchos camellos cargados de aromas y muchísimo oro y piedras preciosas, y luego que llegó á Jerusalem, se presentó á Salomon y le propuso todo lo que tenia en su corazon (todas las cuestiones y enigmas que traía prevenidos). Salomon la declaró y explicó todas las cuestiones y enigmas que le propuso, y no quedó cosa que se ocultase al rey y á la que no respondiese. Al ver la reina la sabiduría de Salomon y el templo que habia fabricado, el servicio y los manjares de su mesa, y los coperos y sus vestidos, y las clases de los ministros que le servian y sus oficios, y las habitaciones de los criados, y las victimas que ofrecia y los holocaustos que sacrificaba en el templo del Señor, quedó atónita y estaba como fuera de sí, y dijo al rey: Verdaderas son las cosas que yo habia oido en mi tierra de tus dichos y tu sabiduría, y no daba crédito á los que me lo contaban, hasta que yo misma he venido y lo he visto por mis ojos, y he hallado por experiencia que no me habian dicho la mitad. Mayor es tu sabiduría y tus obras que la fama que yo habia oido. Bienaventuradas tus gentes y bienaventurados tus siervos que estan siempre delante de ti y oyen tu sabiduría. Bendito sea el Señor, tu Dios, á quien has complacido y te ha puesto sobre el trono de

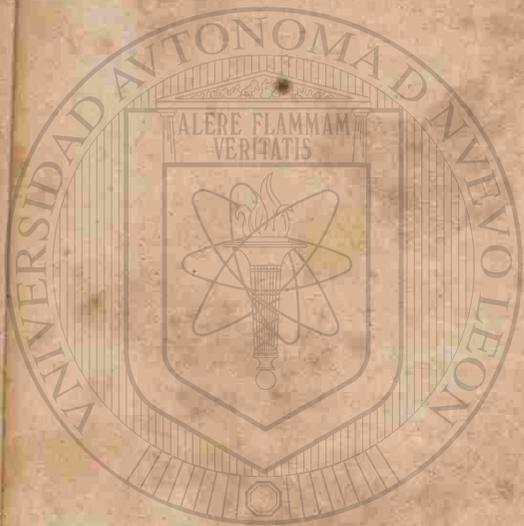


Israel, porque el Señor amó siempre á Israel y te ha establecido rey para que hagas juicio y justicia; y dió al rey ciento y veinte talentos de oro (trescientas noventa y tres arrobas y quince libras de oro) y una grandísima cantidad de aromas y piedras preciosísimas. No hubo jamás tales y tantos aromas como los que dió la reina Saba al rey Salomon; mas el rey Salomon dió á la reina Saba todo lo que quiso y pidió, sin contar los presentes que además la hizo con magnificencia real. La reina se despidió de Salomon, y asombrada de lo que habia visto, se volvió á su tierra con sus criados.

El colmo de gloria á que llegó Salomon con tan famosa visita parece que vino á ser el término de su sabiduría y el escollo de su inocencia. Desde aquí principió á ser combatido, como los demás dichosos del mundo, de la hinchazon del espíritu y de la corrupcion del corazon. Su excelente natural debió pelear mucho tiempo contra estos dos vicios á que viven tan expuestos los sabios y los ricos. Á pesar de su saber, su poder y su opulencia, habia vivido virtuoso, venciendo el ardór de la juventud y la licencia del trono hasta este tiempo en que debia tocar ya en los sesenta años de su edad. Acaso se lisonjeó demasiado de no caer, viendo que por tanto tiempo se habia sostenido firme; y quizás cayó de mas alto por dejar de temer la caida. Incensado por todas partes, admirado del universo, y amado y reverencialmente temido de sus vasallos; sin guerras por fuera y sin inquietudes por dentro... rodeado y nadando en placeres sin la salsa de los trabajos, al fin vino á estrellarse en el escollo, en que naufragan generalmente los afortunados del mundo. ®

Caida de Salomon.

Salomon, el sábio de los sábios, el rey de los reyes, el modelo de los monarcas, el espejo de los príncipes, y la admiracion de todos los pueblos... Salomon, el conquis-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tador sin tropas, el vencedor sin batallas, el invencible de los hombres, es vencido vergonzosamente por el amor á las mujeres. Se casó hasta con mil, de las cuales setecientas tenían el nombre de reinas, y trescientas el de concubinas ó mujeres de segundo orden. La multitud era enorme y manifestaba una incontinencia inconcebible; pero la eleccion era aun mas terrible. Todas eran extranjeras é idólatras; y su amor á ellas llegó á ser una especie de embrutecimiento. Pervertido y trastornado por esta multitud, perdió de vista los caminos del Señor, dejó de adorar al Dios de sus padres Abraham, Isaac y Jacob, se olvidó de sí mismo y sofocó entre brutales placeres la sabiduría que habia recibido del Cielo. Mil acciones heroicas, mil empresas magnificas, la mas famosa reputacion que habia visto el universo... todo quedó aniquilado. Á Salomon, á todo un Salomon pervirtió y cegó la lujuria hasta el extremo de adorar todos los dioses que adoraban sus mujeres. Él adoró á Astarte, diosa de los Sidonios; á Moloe, dios de los Amonitas; á Camos, ídolo de Moab, y para completar sus idolatrias, fabricó templos á todos los ídolos de sus reinas y concubinas. ¡Quién hubiera pensado que la inocencia, la piedad, la virtud y la sabiduría de un Salomon, habian de ser deshonoradas y desterradas despues de cincuenta y nueve años de una constante y brillante posesion! Y ¡quién habrá que no tiemble á solo el nombre de soberbia y orgullo, y que no procure llevar siempre consigo el áncora de la humildad hasta llegar al puerto de la salud, al ver naufragar á un Salomon á la vista, á la entrada misma del puerto? Salomon naufragó, y á estas horas no sabemos si hubo una pobre tabla que librase del naufragio á un rey tan grande. Nos consta que continuó entregado á sus delitos, si hasta el fin, lo sabe Dios, mas no los hombres mortales.

No pudo el Señor, celoso de su honra y de su gloria, mirar sin indignacion la ingratitud de un rey colmado de sus favores, y el abuso que hacia de sus beneficios. Re-

solvió el castigo, y fué tan terrible que, cayendo de la cabeza del monarca sobre sus sucesoros, causó la division funesta de la monarquía y arruinó una despues de otra las dos porciones en que fué dividida. El Señor, siempre misericordioso, aun esperaba á Salomon y le habló por sí mismo, como lo habia hecho en Gabaon y Jerusalem. Porque no has guardado mi pacto, le dijo, ni los preceptos que te mandé, rompiendo romperé tu reino, y lo que rompa, daré á tu siervo. Sin embargo, esto no lo haré en tus días por amor á David, tu padre, pero arrancaré de la mano de tu hijo, á quien solo dejaré una parte por amor á David tu padre, y á Jerusalem, mi ciudad escogida. Esto dijo el Señor, luego principiaron los anuncios de este castigo terrible.

Adad, príncipe de la sangre real de los Idumeos, fué el primero que se presentó á turbar la paz que disfrutaba Salomon en un reinado de cerca de cuarenta años. Trató de sacudir de sobre la Idumea su autoridad, y si no llegó á conseguirlo, á lo menos logró suscitarle un enemigo mas fuerte que él. Comunicó su insubordinacion y su odio á Razon, rey de Siria de Damasco, que no dejó de inquietar el reinado de Salomon en todo el resto de su vida; pero este ruido y estas inquietudes sonaban lejos y no despertaban á Salomon; y el Señor, que queria sacarle de su letargo, hizo que el ruido se hiciese al lado de su trono.

Tenia Salomon en su servicio un hombre de la tribu de Efraim, natural de Sareda, llamado Jeroboan, hijo de Nabat. Era este hombre de mucha consideracion en su tribu; y habiendo advertido Salomon sus buenas disposiciones, le habia hecho prefecto sobre los tributos de toda la casa de José. Viendo Jeroboan que los delitos de Salomon disminuian diariamente su autoridad y que los extraños se atrevian ya á inquietarle, juzgó que su trono vacilaba y que si no cesaban sus delitos de empujarle, vendria al fin á dar en tierra. Con esta idea se atrevió á pensar en ser rey, contando con que á lo menos su tribu

le apoyaría. Para alarmla contra Salomon, renovó una antigua queja que tenía Efraim contra él, y de la que acaso estaba ya Salomon enteramente olvidado. Había hecho allanar el monarca un hondo valle situado al norte de la ciudad de David y fabricar en él las casas que permitía su extensión; le había cereado de muralla é incorporado á la ciudad, pero no tenía habitantes, y para poblarle trasladó los de Mello, ciudad de la tribu de Efraim, al trozo de ciudad que acababa de edificar y que recibió con sus pobladores el nombre de Mello. Los habitantes de Mello pudieron quizás mejorar de suerte en la mudanza á una ciudad como Jerusalem, pero la tribu de Efraim quedó sin una de sus ciudades y esta era su queja y con la que contaba Jeroboan. No siendo ya Salomon aquel monarca sábio y poderoso, en cuya presencia se postraba todo el mundo, Jeroboan no temió solicitar el apoyo de su tribu y dirigir sus pasos hácia el trono.

Un dia que Jeroboan salió de Jerusalem, le encontró solo en el campo Ahias Silonita, ó natural de Silo. Traía puesta este profeta una capa nueva, y tomándola con ambas manos, la hizo doce jiras ó partes, y dijo á Jeroboan: Toma diez, porque esto dice el Señor, Dios de Israel: Hé ahí que yo rasgaré el reino de la mano de Salomon porque me ha dejado y ha adorado á Astarte, diosa de los Sidonios, y á Camos, dios de Moab, y á Moloc, dios de los hijos de Amon, y no ha andado en mis caminos, ni cumplido mis leyes y preceptos como David, su padre; y te daré diez de las doce tribus. Dejaré el resto á su hijo para que quede una lámpara á David, mi siervo. Á ti, pues, tomaré, y reinarás sobre todo lo que desea tu alma, y serás rey sobre Israel. Si anduvieres en mis caminos é hicieres lo que es recto en mi presencia, guardando mis mandatos y preceptos, como hizo David, mi siervo, seré contigo, y te edificaré casa fiel, como edificué á David, y te entregaré á Israel. Habiendo cumplido Ahias el encargo del Señor, dejó á Jeroboan sin que nadie, al pare-

cer, advirtiese esta grande ocurrencia. No necesitaba tanto el ambicioso Jeroboan para caminar al trono, y luego aceleró sus pasos mas de lo que el Señor disponia. Como esto sucedia cerca de Salomon, no tardó en tener noticia de ello, y mandó prender y quitar la vida á Jeroboan; pero este fué avisado en tiempo y se huyó á Sesac, rey de Egipto, donde estuvo hasta la muerte de Salomon, que no tardó en verificarse.

Advertido el monarca por las inquietudes que observaba en rededor de su reino, y hasta de su trono, de que se acercaba la ira del Señor, y no pudiendo disimularse á si mismo que sus idolatrias y abominaciones eran la causa, se cree piadosamente que entró en acuerdo y que el Señor, que tanto le habia amado, aun le dió la mano, le sacó de su abismo y le concedió morir en la penitencia. Dichoso si consiguió acabar de esta manera un reinado de cuarenta años, glorioso en la mejor y mayor parte de su vida y deshonorado por una vejez de abominaciones. Mas dejando á Dios el conocimiento de la vida ó muerte eterna de Salomon, este monarca acabó su vida temporal en Jerusalem; mucho menos respetado de sus vecinos que lo habia sido en el tiempo de su virtud; despreciado como un débil por aquellos enemigos que le habian temido tanto; odiado por sus propios súbditos, cuya paciencia y sufrimiento habia apurado con su inmensurable lujuria y su espantosa idolatria, y dejando una corona vacilante que luego dió en tierra y se hizo piezas. Fué enterrado en la ciudad de David, su padre, con el aparato debido á los reyes, pero no llorado por los súbditos como su virtuoso padre. ®

DIVISION DEL REINO DE ISRAEL.

Roboan, hijo de Salomon y de Naama Amonita, de cuarenta y un años de edad, único heredero de una monarquía acaso la mas bella del mundo, entró á reinar en lugar de su padre. Las tribus de Judá y Benjamin le reconocieron por rey inmediatamente y sin la menor contradicción. La tribu de Judá era inseparable de la casa de David, y la de Benjamin lo era igualmente, desde que Salomon en los primeros años de su reinado las habia reunido con el fin de que Jerusalem que estaba en esta última, perteneciese tambien á Judá y se hallasen en la casa de David el sacerdocio y el imperio. No hicieron lo mismo las otras diez tribus, á cuya frente se puso la de Efraim, que era la mas poderosa y tambien la mas orgullosa, como hemos visto en el discurso de esta historia. Se reunieron en Siquem, capital de esta tribu, adonde habia de ir el rey á ser reconocido y recibir el juramento de fidelidad. Jeroboan que como hemos dicho, se habia refugiado en Egipto, huyendo de la persecucion de Salomon, fué avisado inmediatamente de su muerte, y llegó con tiempo á Siquem para asistir el dia del reconocimiento del rey. Cuando este se presentó, Jeroboan y toda la multitud de Israel le hablaron en estos términos: Vuestro padre puso sobre nosotros un yugo durísimo; disminuíd ahora un poco del imperio durísimo de vuestro padre y del yugo pesadísimo que puso sobre nosotros, y os serviremos.

Consejo de los ancianos.

Id, les dijo Roboan, y volved á los tres días; y habiénd-

dose retirado el pueblo, tuvo el rey un consejo con los ancianos que en vida de Salomon, su padre, estaban á su lado. ¿Qué consejo me dáis, les preguntó, para que yo responda á este pueblo? Si escucháreis hoy á este pueblo, le dijeron, y cediéreis y conviniéreis con su petición, y les habláreis palabras suaves, serán vuestros siervos para siempre. El consejo era prudente y el único que se debía seguir en las circunstancias; pero Roboan, que no habia ido á que le eligiesen rey, con cuya dignidad suprema contaba por su nacimiento, sino á que le hiciesen el juramento de fidelidad, miró el consejo de los ancianos como injurioso á la majestad real y depresivo de su autoridad.

Consejo de los jóvenes.

Ulamó, pues, á los jóvenes que se habian criado con él y vivian á su lado, y les preguntó: ¿Qué consejo me dáis para responder á este pueblo que ha venido á decirme: Aliviadnos un poco el yugo que vuestro padre puso sobre nosotros? Y ellos le aconsejaron como jóvenes y como criados con él en delicias. De este modo responderás á este pueblo que ha venido á decirte que alijeres el yugo de tu padre: El menor de mis dedos, le dirás, es mas grueso que los lomos de mi padre. Mi padre puso sobre vosotros un yugo pesado, y yo os añadiré mayor peso. Mi padre os azotó con varas, mas yo os azotaré con escorpiones. Vino, pues, Jeroboan y todo el pueblo á Roboan al tercer dia como él les habia mandado, y el rey, dejando el consejo de los ancianos, les habló segun el consejo de los jóvenes, diciendo: Mi padre cargó sobre vosotros un yugo pesado, y yo le haré mas pesado. Mi padre os azotó con varas, mas yo os azotaré con escorpiones; y no condescendió el rey con el pueblo, porque el Señor se habia apartado de él para que se cumpliese lo que habia dicho á Jeroboan, hijo de Nabat, por boca de Ahías Silonita. Viendo, pues, el pueblo que no le habia

querido oír el rey, le respondió, diciendo: ¿Qué parte tenemos nosotros con David? ¿Ó qué herencia en el hijo de Isai? Vuélvete, Israel á tus tiendas, y tú, David, gobierna tu casa. Y se retiró Israel á sus tiendas. Entonces Roboan envió á uno de sus principales ministros, llamado Aduran, á hablar al pueblo; mas apenas se acercó para hablar en nombre del rey, cuando el pueblo se arrojó tumultuosamente á Aduran y le quitó la vida á pedradas. Al momento que lo supo el rey, subió en su carro y huyó á Jerusalem, y con esto se apartó Israel de la casa de David.

Desde este infeliz momento el pueblo escogido de Dios en Abraham, continuado en Isaac, multiplicado en Jacob, cautivado en Egipto, sacado de cautiverio en portentos y señales por Moises; guiado con una columna de nube á la tierra prometida por Dios á Abraham, Isaac y Jacob, puesto en posesion de ella por Josué, gobernado sucesivamente por quince jueces, y tres reyes, Saul, David y Salomon... este pueblo tan unido en mas de siete siglos, queda ya dividido en dos pueblos ó reinos conocidos con los nombres de *Judá* y de *Israel*, y de los que se va á dar la historia separadamente en cuanto sea posible, principiando por la de los reyes de Israel que es mas breve, ya por su menor duracion y ya por el menor número de sucesos; y para tener desde luego alguna noticia que contribuya á la claridad y ayude á la memoria, ha parecido oportuno presentar aquí la siguiente tabla de los reyes que gobernaron estas dos porciones del pueblo de Dios desde Salomon hasta la cautividad de Babilonia.

REYES DE ISRAEL
ó de las diez tribus.

REYES DE JUDÁ
ó de la casa de David.

SALOMON.

1 JEREBOAN I.	1 ROBOAN.
2 NADAB.	2 ABIAM.
3 BAASA.	3 ASA.
4 ELA.	4 JOSAFÁT.
5 ZAMBRI.	5 JORAN.
6 TEBNI.	6 OCOZÍAS.
7 AMRI.	7 ATALIA.
8 ACAB.	8 JOAS.
9 OCOZÍAS.	9 AMASÍAS.
10 JORAN.	10 OZÍAS.
11 JEHÚ.	11 JOATAN.
12 JOACAZ.	12 ACAZ.
13 JOAS.	13 EZEQUÍAS.
14 JEROBOAN II.	14 MANASÉS.
15 ZACARÍAS.	15 AMON.
16 SELUM.	16 JOSÍAS.
17 MANAHEN.	17 JOACAZ.
18 FACEYA.	18 JOAQUIN.
19 FACEE.	19 JECONÍAS.
20 OSEE, último rey de Israel ó de las diez tribus.	20 SEDECIAS, último rey de Judá ó de la casa de David hasta la cautividad de Babilonia.

JEROBOAN I, PRIMER REY DE ISRAEL.

Luego que Roboan huyó de Siquem, las diez tribus eligieron por su rey á Jeroboan y le proclamaron en la

misma ciudad de Siquem, y de este modo Jeroboan de un simple particular, ó por decirlo mejor, de un súbdito fugitivo, pasó á ser un monarca igual á su señor. Testigo ocular Jeroboan de que la dureza habia alejado de Roboan las diez tribus, su primer cuidado fué tratarlas con suavidad y manifestarse complaciente y agradable. Entonces refirió á todo el pueblo reunido la profecía de Abías para hacerles ver que su eleccion no era efecto de una rebelion, sino un decreto de la Providencia, y esto debió contribuir mucho para fijar el principio de su reinado.

Roboan se presentó en Jerusalem con la pena y el enojo que eran consiguientes, y luego juntó á toda la casa de Judá y á la tribu de Benjamin en número de ciento y ochenta mil hombres de guerra escogidos para pelear contra la casa de Israel y reducirla á su obediencia; pero el Señor mandó al profeta Semeías que hablase á Roboan y sus tropas y les dijese: Esto dice el Señor: No subiréis ni pelearéis contra vuestros hermanos los hijos de Israel. Vuélvase cada uno á su casa, porque yo soy el que he hecho esto (esta division). Oyeron, pues, con obediencia, tanto el rey como su ejército. las palabras del Señor y se volvieron á sus casas.

Jeroboan, luego que tuvo noticia de que el Señor habia deshecho la tempestad que le amenazaba, en vez de rendir á su Bienhechor soberano las mas humildes y entrañables gracias, se entregó á una detestable política. No podia atribuir Jeroboan su elevacion al trono sino á la voluntad del Señor, y del Señor debia esperar que asegurase la corona sobre su cabeza. Sabia que la rotura del reino de Salomon y la pérdida de diez tribus eran castigo de los delitos de este monarca, y no debia esperar que se fijasen en su casa estas diez tribus sino por medios opuestos, esto es, por las virtudes; pero el nuevo rey discurrió de otro modo. Discurrió como los políticos impíos. Creyó que no seria rey mucho tiempo si no era enemigo de la religion, y luego trató de desterrarla de su reino.

El templo del Señor donde se le daba el culto público, donde se practicaban los actos de religion con una magnificencia digna, en lo posible, del Dios verdadero, y adonde debian concurrir los Israelitas en varias fiestas del año, habia quedado en Jerusalem, capital del reino de Roboan. Además, desde la dedicacion del templo solo en él debian ofrecerse las víctimas al Señor, y en efecto, á él venian á presentarlas de todos los puntos de la tierra prometida. Jeroboan trató de cortar esta concurrencia de su reino al de Roboan á todo trance, y no hallando su impiedad otro modo de conseguirlo que destruyendo la religion, determinó destruirla. Pensando como un pagano, dijo en su corazon: Si mi pueblo subiese á Jerusalem á ofrecer sacrificios en el templo del Señor, mi reino se volverá á la casa de David, reconocerá por su rey á Roboan y á mí me matarán. El discurso de Jeroboan no dejaba de tener alguna verisimilitud si su elevacion al trono y sostenimiento en él hubiera sido obra de los hombres, pero lo era de Dios, que le habria continuado en su descendencia como se lo habia prometido, si hubiera cumplido sus mandamientos y los deberes de la religion que intentaba destruir. Mas Jeroboan, como buen ateo, no contó con el Criador sino con la criatura, y de ella echó mano para cortar la comunicacion de su reino con el de Roboan á costa de destruir la religion de Jacob en el reino de Israel.

Beceros de oro. ®

Hizo Jeroboan no sólo un becerro de oro, como los Israelitas idólatras en tiempo de Moises, sino dos, y los presentó al pueblo, diciendo: No queráis subir en adelante á Jerusalem; y señalando los becerros, dijo como aquellos: Ahí tienes, Israel, los dioses que te sacaron de Egipto. Dejó uno de estos becerros en su tribu de Efraim y le colocó sobre una columna en la ciudad de

Betel, y llevó el otro á la media tribu de Manasés y le colocó sobre otra columna en la ciudad de Dan, situada en los confines del reino y famosa por sus idolatrias. Estos becerros fueron el escándalo en que vino á estrellarse y á perecer la religion de casi todos los Israelitas. Parece increíble que un pueblo escogido por Dios y que habia pasado por la piedad y religion de David, abandonase casi en un momento el culto del Señor y se entregase á darle á un becerro; pero la propension de este pueblo á la idolatría y el terrible ejemplo que le habia dejado Salomon, le tenia ya preparado y solo faltaba la ocasion par manifestarse.

Fiesta al idolo de Betel.

El malvado Jeroboan vió cumplidos sus detestables deseos aun mas allá de lo que podía prometerse; pero temiendo la inconstancia de los Israelitas, trató de redoblar las cadenas con que les habia arrastrado á la idolatría y atado á los troncos de los ídolos. Hizo templos en los altos y puso por sacerdotes á los últimos del pueblo que no eran del linaje de Leví, y para que todo Israel hiciese pública profesion de la idolatría, dispuso una fiesta al idolo de Betel para el dia quince del mes octavo, á semejanza de la que por aquel tiempo se celebraba al Dios de Abraham en Jerusalem. Llegó este fatal dia que habia de dar principio á la idolatría de Israel, como religion del Estado, en lugar de la religion de Abraham, Isaac y Jacob. El pueblo se reunió en Betel, y Jeroboan lo fué allí todo. Fué el rey y el sacerdote, el oferente y el sacrificante, el jefe de la religion y del Estado, el príncipe y el pontífice... Revestido de las vestiduras sacerdotales, subió al altar erigido al pié del idolo, y ofreció al demonio, representado en el becerro, la sangre de las víctimas y el humo de los inciensos. Bien merecia este atroz Israelita que bajase fuego del cielo y



le consumiese, ó se abriese la tierra y le tragase como á los sacrilegos del desierto; pero el Señor, sufrido aun para con el rey que había elegido, solo dió una señal de su enojo, esperando que el criminal le desenojase con la penitencia y la enmienda.

Profeta de Judá.

Todavía estaba Jeroboan sobre el altar y con el incensario en la mano, cuando se presentó un varon de Judá enviado por el Señor, y exclamó : ¡Altar! ¡Altar! Esto dice el Señor : Hé aquí que nacerá un hijo á la casa de David que se llamará *Josias*, y sacrificará sobre ti los sacerdotes de los altos, que ahora queman inciensos sobre tí; y quemará sobre tí los huesos de los (sacerdotes idólatras); y ved aquí una señal de que hablo en el nombre del Señor : ese altar se partirá, y la ceniza que está sobre él se derramará. Cuando el rey oyó las palabras que el hombre de Dios hablaba contra el altar, se llenó de ira y extendiendo su mano desde el altar en accion de señalarle, dijo : Prendedle; pero quedó seca y extéñida la mano que había alargado hácia el hombre de Dios sin que pudiese encogerla. En tan doloroso y vergonzoso estado vió dividirse el altar y derramarse por todas partes la ceniza, segun lo acababa de decir el profeta en nombre del Señor. Un suceso tan público, tan ruidoso y tan imponente debiera haber destruido la idolatría de Israel en su mismo nacimiento; pero no sucedió así, y un pueblo que se empeñaba en abandonar á Dios, fué abandonado de Dios. El rey estaba tan obstinado y endurecido que ni el castigo que estaba sufriendo con un dolor bochornoso delante de todo Israel, obró la menor mudanza en su corazon. Su mano extendida y seca solo le obligó á suplicar el remedio. Á pesar de su rabia y su ansia de vengarse del hombre de Dios, le fué preciso acudir á él y rogarle que pidiese al Señor por



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

el rey. Condescendió el santo profeta; rogó al Señor, y la mano del rey volvió al estado que antes había tenido. El rey, que no trataba de renunciar á la idolatría por el castigo, no pudo mostrarse indiferente al beneficio, y dijo al profeta: Ven á comer conmigo y yo te haré regalos. Si me dieras, dijo el varon de Dios, la mitad de tu casa, no iría contigo, ni comería pan, ni bebería agua en este lugar: porque así me lo ordenó el Señor euando me envió, diciendome: No comerás pan, ni beberás agua, ni volverás por el mismo camino que vayas; y diciendo esto, se apartó del rey y se volvió á Judá por otro camino.

Profeta de Betel.

Habitaba en Betel un profeta anciano á quien contaron sus hijos todo lo que había hecho aquel dia el hombre de Dios, los prodigios que había obrado y lo que había dicho al rey. ¿Por qué camino se ha ido? preguntó con ansia el padre, y los hijos se le señalaron. Mandó que al momento le aparejasen el asno, y montando en él, siguió al varon de Dios y le halló sentado bajo de un terebinto. ¿Eres tú, le preguntó, el varon de Dios que has venido de Judá? Yo soy, le respondió. Pues ven conmigo á comer á mi casa. Yo no puedo volver, le dijo, ni ir contigo, ni comer pan, ni beber agua en esta tierra, porque el Señor me lo ha prohibido. Tambien soy yo profeta, dijo entoncees el anciano, y un ángel me ha hablado en nombre del Señor diciendo: Hazle volver contigo á tu casa para que coma pan y beba agua. El hombre de Dios creyó sencillamente al anciano, se volvió con él y comió y bebió en su casa. Mas cuando aun estaban á la mesa, habló el Señor al anciano, y este exclamó á pesar suyo: Esto dice el Señor al profeta de Judá: Porque te has vuelto y has comido y bebido en el lugar que te mandé que no comieras ni bebieras, no será llevado (enterrado) tu ca-

dáver en el sepulcro de tus padres (que está en Judá, porque vas á morir aquí en Israel). El castigo era grande, y la culpa, al parecer, era pequeña; pero hay en Dios severidades de misericordia y paciencias de justicia. Jeroboan se entrega obstinadamente á la idolatría, y curándole el Señor con un milagro, le deja en su obstinacion. Por el contrario, se deja engañar un hombre santo, y hace el Señor que expie con la muerte una falta de advertencia.

En efecto el hombre de Dios volvió á tomar su camino, y luego le encontró un leon y le quitó la vida. Quedó tendido en el camino su cadáver y el asno y el leon á sus lados, sin que el leon comiese del cadáver, ni matase al asno. Unos hombres que casualmente pasaron por allí y vieron el imponente espectáculo de un cadáver, un asno y un leon haciendo de centinela, buyeron espantados y llevaron la noticia á Betel, ciudad del profeta anciano. Cuando llegó á oídos de este, no dudó que el cadáver tendido en el camino era del hombre de Dios: montó en su jumento, se dirigió al sitio que se anunciaba y halló el cadáver del hombre de Dios tendido en el camino, y al leon y al asno á sus lados. El leon se retira y el profeta anciano se acerca, carga el cadáver sobre el jumento del hombre de Dios, sube sobre el suyo y se vuelve á su ciudad de Betel; le hace los funerales y le entierra en su sepulcro; y despues de haberle llorado en el tiempo que duraba el duelo, dice á sus hijos: Cuando yo muriere, enterradme en el sepulcro en que ha sido enterrado el varon de Dios, y poned mis huesos junto á los suyos, porque seguramente se cumplirá la palabra que ha anunciado de parte del Señor contra el altar de Betel, contra los templos de los altos que hay en las ciudades, contra los sacerdotes y contra sus huesos. Cuando lleguemos al tiempo de Josias, se verá que lo profetizado aquí por el hombre de Dios mas bien fué una historia que una profecía.

Bien pronto se supieron los trágicos sucesos del hom-

bre de Dios, no solo en Betel y sus contornos, sino tambien en la corte de Siquem y en todo el reino; pero ni estos sucesos, en los que se multiplicaban los prodigios y se veía brillar la espada de la divina Justicia sobre la casi imperceptible mancha de un justo, ni la multitud de portentos que habian pasado delante del altar de Betel, aprovecharon al rey, ni á sus cortesanos, ni al idólatra Israel. Jeroboan continuó aumentando sus impiedades y la perversion de su pueblo. Al paso que multiplicaba los lugares altos y colocaba idolos en ellos, multiplicaba tambien los sacerdotes profanos que los incensasen; y en su tiempo todo Israelita, de cualquiera clase, condicion ó estado que fuese, se hacia sacerdote sin otra consagracion que presentar una ofrenda al ídolo que habia de ser su dios y recibir sus inciensos. De este modo principió el idólatra Jeroboan su reinado, sin que en los veinte y dos años que ocupó el trono hubiese un momento de verdadero arrepentimiento que mereciese el perdón de Dios y la revocacion de la terrible sentencia de la extincion entera de su casa y familia que iba á dar principio.

Enferma Abia, primogénito de Jeroboan.

Tenia este rey impenitente dos hijos, Abia y Nadab. Abia que, como primogénito, era el ídolo de su caduco padre, enfermó gravemente y se temió de su vida. Jeroboan buscaba un consuelo en su pena, mas no le hallaba en su reino. Quería saber si saldria su hijo del peligro, pero no podía contar para esto ni con sus dioses de metal, ni con los ministros que les servian, ni con el demonio, padre de la mentira, que era adorado en ellos, porque ó no responderia, ó no daria sino respuestas equívocas ó mentirosas. Era, pues, necesario recurrir al Dios de sus padres Abraham, Isaac y Jacob. Ahías, que le habia profetizado en otro tiempo la ocupacion del trono, seria

el mas á propósito; pero... ¡cómo consultar á este profeta del Dios verdadero, quien se habia entregado y hecho entregar á su pueblo al culto de los dioses falsos! ¡Cómo presentarse el rey, ni sufrir la presencia de este hombre intrépido que le echaria en cara su ingratitud para con el Señor, que le habia colocado en el trono, y el trastorno de la religion en el pueblo que habia puesto bajo de su cetro! Mas Jeroboan queria consultarle á todo trance, y no pudiendo hacerlo por si mismo, se acordó de la reina, que, como esposa y como madre que era del enfermo, se determinaria á dar el paso. Anda, la dijo, muda de vestido para que no conozcan que eres la mujer de Jeroboan, y vé á Silo, donde está Ahías el profeta que me anunció que habia de reinar sobre este pueblo. Lleva diez panes, una tortilla y un vaso de miel, y preséntate á él. El te dirá lo que ha de suceder á nuestro hijo.

Consulta al profeta Ahías.

La mujer de Jeroboan hizo como se la habia dicho. Marchó á Silo y fué á la casa de Ahías. Este no podia ver ya, porque se le habian oscurecido los ojos con la vejez; pero cuando ella entraba, el Señor le hizo entender que era la mujer de Jeroboan y que venia á consultarle sobre su hijo que estaba enfermo; y le dijo la respuesta que debia darla. Apenas oyó Ahías el sonido de las pisadas, entra, dijo, mujer de Jeroboan, ¿porqué finges que eres otra? Búscas consuelo, mas yo soy para tí un anunciador duro. Anda y di á Jeroboan: Esto dice el Señor, Dios de Israel: Por cuanto te ensalcé de en medio de la multitud y te puse por guía sobre mi pueblo de Israel, y dividí el reino de la casa de David y te le di á tí, y no has sido como mi siervo David, que guardó mis mandamientos y me siguió de todo su corazón, haciendo lo que era agradable á mis ojos; sino que, al contrario, has obrado lo malo sobre todos los que fueron antes

de tí, y te has hecho dioses ajenos, dioses de fundición para provocarme á enojo, y me has vuelto las espaldas: por tanto yo acarrearé males sobre la casa de Jeroboan y destruiré de la casa de Jeroboan hasta los perros, y barreré las reliquias de la casa de Jeroboan como suele hacerse con las basuras hasta que el suelo queda limpio. Los de la casa de Jeroboan que murieren en la ciudad, serán comidos de los perros, y los que murieren en el campo serán devorados por las aves, porque el Señor así lo ha hablado.

Muere Abia.

Tú, pues, mujer de Jeroboan, vuélvete á tu casa, y sabe que en el momento mismo que pongas tus piés en la ciudad, morirá tu hijo. Todo Israel lo llorará y enterrará, y de la casa de Jeroboan solo este será puesto en sepulcro, porque solo en este ha hallado el Señor cosa buena. Ya tiene el Señor elegido rey de otra familia para que reine sobre Israel. El tiempo (en que esto sucederá) no está léjos, y el día viene. También moverá el Señor la casa de Israel como se mueve la caña en el agua, y la arrancará de la buena tierra que dió á sus padres, y la arrojará de la otra parte del rio (Eufrátes) porque tuvo bosques consagrados á los ídolos para irritar al Señor; y el Señor entregará á Israel (á las naciones) por los pecados de Jeroboan, que pecó é hizo pecar á Israel. Habiendo pronunciado el profeta estas amenazas terribles, que tuvieron el mas exacto cumplimiento, la mujer de Jeroboan se retiró afligida de Silo y se volvió á Tersa, que era entonces la corte de Israel, donde la esperaba con ansia su marido; pero cuando ella ponía los piés en el umbral de su palacio, que estaba á la entrada de la ciudad, murió el hijo, y le sepultaron, y le lloró todo Israel conforme á la palabra que habia hablado el Señor por boca de su siervo el profeta Ahías.

El dolor y la pena de Jeroboan por la muerte de este hijo fué muy grande, pero nada saludable. La causa de ella era la idolatría. Jeroboan no podia dudarle, ni dejar de conocer que esta muerte era el primer eslabon de la cadena de desgracias que el profeta habia anunciado á la reina; pero la idolatría era precisamente el cimiento de su monarquía y el quicio sobre el cual se movia su infernal política, y así estaba tan léjos de abandonarla, que antes por el contrario se obstinaba en ser idólatra siempre y en hacer que lo fuese su reino.

No quedando á Jeroboan, despues de la muerte del primogénito, mas hijos que Nadab, viéndose ya viejo, y temiendo las desgracias anunciadas á su casa por Ahías, trató de evitarlas asociándole consigo en el trono. Hizo que le reconociesen las diez tribus por rey con su padre en vida y por único heredero despues de su muerte. No vivió Jeroboan despues de este reconocimiento sino un año y meses. Oprimido de inquietudes y desazones, despedazado por los remordimientos de su conciencia, que nunca pudo acallar, mas infeliz siendo rey que siendo particular, murió en una vergonzosa vejez y obstinada idolatría, no de muerte natural, sino herido por la mano del Señor á los veinte y dos años de su infando reinado, dejando á un hijo tan impio, tan enemigo de la religion, tan idólatra, tan corruptor de su pueblo y tan sin vergüenza como él una corona maldita, que solo habia de ceñir algunos meses la cabeza de este jóven disoluto.

NADAB, SEGUNDO REY DE ISRAEL.

Nadab hizo lo que es malo delante del Señor y anduvo por los caminos de su padre y en sus pecados, con los cuales habia hecho pecar á Israel. Tal es la pintura que hace de Nadab la sagrada Escritura, y la que hace comunmente de los reyes malos, y sobre todo de los reyes idólatras, como irémos viendo en esta historia.

Poco instruido Nadab de lo que pasaba en su corte, é ignorante de las conspiraciones que se formaban en ella contra su corona y su vida, en lugar de proveer en primer lugar á su seguridad, solo pensó en conquistar y engrandecerse. Juntó su ejército y le condujo en persona á sitiá la plaza de Gebeton, situada en la tribu de Dan y ocupada por los Filisteos. Esperaba tomar luego una plaza acometido por todas las fuerzas de Israel y lo esperaba con razón, pero habia hablado el Señor contra la sangre de Jeroboan y era preciso que se cumpliese su divina palabra. Baasa, hijo de Abias (no el profeta) de la tribu de Isacar, buscaba una ocasion para quitarle la vida, y lo que no le habia proporcionado el palacio, se lo proporcionó el campo de batalla. Acometió al rey cuando se contaba mas seguro al frente de su ejército y le quitó la vida con sus propias manos. Tomó con ellas, aun ensangrentadas, la corona de su señor y la colocó sobre su cabeza. Sin duda estaba sostenido por una vasta conjuración, puesto que luego le declaró rey todo el ejército. Reinó Nadab un año y meses con su padre y hasta cumplir dos por sí solo.

BAASA, TERCER REY DE ISRAEL.

No habria sido difícil á Baasa concluir la conquista de Gebeton, teniendo á su disposición el ejército, pero creyó que le convenia asegurarse de la posesion del reino antes que extender sus límites. Con esta idea levantó el sitio de la plaza y se volvió con el ejército á Tersa. Luego que entró en la corte y tomó posesion del trono, hizo buscar á toda la casa de Jeroboan y no dejó con vida ni uno solo de sus descendientes hasta acabarlo; permitiéndolo así el Señor para castigar de un modo espantoso los delitos que habia cometido Jeroboan, haciendo pecar con ellos á Israel, y para cumplir lo que habia dicho por boca de Abias su profeta.

Pareceria increíble el proceder de Baasa si no constase de los Libros santos. Habia sido el ejecutor de los castigos que el Señor habia decretado contra la descendencia de Jeroboan, le constaba que estos castigos eran el pago de sus crímenes, y sin embargo sigue la misma conducta. Baasa, dice el sagrado texto, hizo lo malo delante del Señor y anduvo en el camino de Jeroboan y en sus pecados, con los cuales habia hecho pecar á Israel.

Profeta Jehú.

Tambien con Baasa quiso el Señor usar de misericordia como lo habia hecho con Jeroboan, y le envió el profeta Jehú, hijo de Hanani, el cual se presentó al rey diciéndole en nombre del Señor: Por cuanto yo te he ensalzado sacándote del polvo, y te he puesto por caudillo de mi pueblo de Israel, y tú has andado en el camino de Jeroboan y has hecho pecar á mi pueblo, provocándome á ira con sus pecados, hé aqui que yo segaré la posteridad de Baasa y la posteridad de su familia, y haré de su casa lo que hice de la de Jeroboan, hijo de Nabat. El que del linaje de Baasa muriese en la ciudad, los perros le comerán, y el que muriese en el campo, le comerán las aves. Baasa mandó prender al profeta Jehú, como Jeroboan habia mandado prender al profeta de Judá; pero como no se secó la mano de Baasa como se habia secado la de Jeroboan, Baasa llevó adelante su mandato, aprisionó á Jehú y le quitó la vida, añadiendo á los pecados de Jeroboan el clamor de la sangre del profeta. Veinte y cuatro años reinó Baasa sobre todo Israel en su corte de Tersa, habiendo pasado los diez y siete últimos en guerras continuas con el rey de Judá y llevado siempre la peor parte. Baasa, siguiendo en el fin de su reinado la política de Jeroboan como habia seguido su idolatría desde el principio, asoció en el trono á su hijo Ela, como Jeroboan habia asociado á

Nadab; pero no salió mejor á Baasa esta precaucion que habia salido á Jeroboan, pues ni uno ni otro pudieron prevalecer contra las amenazas que les habian hecho dos profetas del Señor. Baasa, súbdito rebelde, ejecutó las amenazas de Ahias sobre la familia de Jeroboan, y otros súbditos rebeldes iban á ejecutar las de Jehú sobre la suya. Al año de esta asociacion murió el ídólatra y regicida Baasa y fué sepultado en Tersa, capital de su reino, y reinó por él su hijo Ela.

ELA, ZAMBRI, TEBNI Y AMRI,

cuarto, quinto, sexto y sétimo rey de Israel.

Reinó Ela, hijo de Baasa, dos años sobre Israel, uno con su padre y otro sin él, y luego que principió á reinar solo, declaró la guerra á los Filisteos y la principió por el sitio de Gebeton, plaza fatal para los príncipes jóvenes de Israel. Sitiándola habia muerto Nadab, hijo de Jeroboan, y mientras que se estrecha ahora el sitio, va á morir Ela, hijo de Baasa. Celebraba Ela un banquete en casa de Arsa, prefecto de la corte; y Zambri, siendo oficial principal del ejército y general de la caballería, no era de los convidados, pero sí de los aspirantes á la corona que Baasa habia conseguido matando á su rey. Animado Zambri con este ejemplo, entró en la sala del convite y asesinó á Ela, hijo del asesino Baasa, y allí mismo fué declarado rey de Israel por los convidados y las tropas de á caballo de las que era el jefe. Apenas se sentó en el trono, hizo buscar á todos los hijos, parientes y amigos de Baasa, y les mandó quitar la vida desde el primero hasta el último, sin dejar la menor reliquia de esta familia impia, borrando así la casa de Baasa segun la palabra que el Señor habia hablado á Baasa por boca de su profeta Jehú. Castigo justo de los pecados de Baasa y de Ela su hijo, los cuales pecaron

é hicieron pecar á Israel, provocando al Señor con sus idolatrias.

Cuando el ejército que sitiaba á Gebeton oyó que Zambri habia quitado la vida al rey y se habia coronado, tomó á Amri, su general, y le proclamó rey de Israel. Al momento se varió de plaza de sitio. Se dejó la de Gebeton y se fué á la de Tersa, donde se habia coronado y se encontraba Zambri con sus aliados y sus tropas de caballería. Se formó el sitio, y conociendo Zambri que la ciudad iba á ser asaltada, se encerró en su palacio, le dió fuego y en él se quemó vivo con todas las riquezas, alhajas y tesoros que encerraba. Zambri á los siete dias de reinar murió en los pecados que habia cometido haciendo lo malo delante del Señor; pero la muerte de este regicida no trajo la paz al reino. Las tropas de caballería, que le habian hecho rey, eligieron en su lugar á Tebni, hijo de Ginet, y le proclamaron rey. Con esto el reino de Israel se halló en un cisma. Medio pueblo seguia á Tebni y medio seguia á Amri. Tres años duró esta division y todos tres fueron de continuas guerras entre Amri y Tebni, hasta que murió este, no se sabe si en alguna batalla ó en su cama, y entonces se unió todo el pueblo á Amri y cesó el cisma, despues de haberse multiplicado los robos, los destrozos, los incendios y las muertes que son consiguientes á las guerras civiles. Amri habia reinado ya tres años sobre el medio pueblo de Israel y aun reinó nueve sobre el pueblo entero, pero hizo lo malo delante del Señor, y fué peor que cuantos le habian precedido. Anduvo en todos los caminos de Jeroboan y en todos sus pecados, con los cuales habia hecho pecar á Israel.

Fué Amri la sétima cabeza que llevó la corona de Israel desde que se apartó de la casa de David, que aun no habia cincuenta años. Corona funesta que, cada vez mas ensangrentada, pasaba por tantas cabezas sin detenerse en alguna, y que llevaba consigo la mortandad y la dissolution en castigo de la idolatría de los que la llevaban.

Un momento se detuvo en la familia de Amri; pero si coronó tres cabezas, parece que no fué sino para aumentar las iniquidades en Israel y obligar á la Justicia divina á derribarla de la tercera con mayor estruendo.

Nada se dice de Amri, exceptuando sus maldades, que merezca la atención, sino haber sido el fundador de la cismática Samaria. Como Zambri quemó el palacio real de Tersa, y con él se quemó parte de la ciudad, Amri, que había conocido la debilidad de esta plaza por su poca resistencia al sitio que la puso, no trató de reedificarla sino de edificar una nueva en terreno defendido por la naturaleza. Había no lejos de Tersa un monte llamado Someron de Somer, á quien pertenecía. Amri compró este monte y en él edificó su nueva ciudad, que llamó *Samaria* del nombre del monte Someron ó de *Somer* su dueño. Después de haber tenido Amri su corte en Tersa seis años, la trasladó á Samaria, que vino á ser con el tiempo una de las ciudades mas fuertes de aquellos siglos. Émula Samaria y enemiga perpétua de Jerusalén, fué el centro del cisma y de la idolatría hasta su ruina. Amri quiso que excediese á Siquem y á Tersa que habían sido las cortes de sus antecesores, y levantó en ella muchos y grandes edificios; sobre todo edificó una multitud de templos á la multitud de ídolos que adoraban los idólatras Israelitas; y en esta ocupación fatal le halló la muerte. Amri tuvo de común con sus antecesores que hizo, como ellos, lo malo delante del Señor y anduvo en todos los caminos de Jeroboan y en sus pecados, con los cuales hizo pecar á Israel, y de particular que obró, dice el texto sagrado, mas inicua mente que todos los que le habían precedido, irritando al Señor, Dios de Israel, con sus idolatrías. Parece que había en los reyes de Israel un empeño sobre quien había de ser mas impío, mas supersticioso, mas corrompedor del pueblo, mas enemigo de Dios y mas furioso perseguidor de la religión; y Amri los excedió á todos. Murió á los doce años de reinado y fué enterrado en Samaria su nueva

corte, dejando la corona de Israel á su hijo Acab, nuevo monstruo de impiedad, mas perverso aun que su padre, mas sanguinario que Baasa y mas obstinado que Jeroboan.

ACAB, OCTAVO REY DE ISRAEL.

Hizo Acab, hijo de Amri, lo malo delante del Señor sobre todos los que fueron antes de él. Con este elogio principia el historiador sagrado la historia de este perverso príncipe. Apenas se sentó en el trono, trató de asegurar en todo el reino el culto de los ídolos, demasiadamente arraigado ya en los corazones de los súbditos. Ejemplos, promesas, amenazas, persecuciones, tiranías, poder, autoridad... todo se empleó para esto, y fué un milagro que quedase un solo fiel en todo Israel. No bastó á Acab, continua el historiador sagrado, el andar en los pecados de Jeroboan, sino que tomó por mujer á Jezabel, hija de Etbaal, rey de los Sidonios. Era Jezabel de la reprobada raza de los Cananeos, mujer imperiosa, cruel, perversa, ciega por el culto de los ídolos... en suma, era una mujer digna de ser esposa de Acab, y de reinar sobre el rebelde Israel. Entró esta mala hembra en el palacio de Acab como una furia enviada del abismo con el encargo de acabar con las reliquias de la religión verdadera en todo el reino. Era Baal el ídolo de Sidon, patria de Jezabel, y al que Jezabel prefería sobre todos los ídolos. Llevó su culto á Samaria y puso al dios Baal por cabeza de todos los dioses. Esta mujer soberbia dominó desde el primer día de su matrimonio á su débil marido, y este no supo hacer otra cosa en todo su reinado que obedecerla y complacerla. No tenía necesidad este rey idólatra de que nadie le empujase en el camino de la idolatría, pero Jezabel vino á precipitar el movimiento y á sumergirle en su abismo. Acab, por disposición de Jezabel y para darla gusto, edificó en medio de Samaria, su corte, un templo y un altar, y colocó en él á Baal, dios de Jezabel, y por consiguiente también

de Acab. Plantó un bosque y se le consagró, y con esto irritó Acab al Señor sobre todos los reyes de Israel que hubo antes de él. En su reinado, con su anuencia y en desprecio de las maldiciones que habia fulminado Josué contra el que reedificase la ciudad de Jericó, el temerario Hiel la reedificó, aunque á costa de todos sus hijos, como ya dijimos y puede verse en el primer tomo bajo del epigrafe: *Toma de Jericó*, pág. 268.

ELÍAS, GRAN PROFETA DEL SEÑOR.

Dominado siempre Acab por la furiosa Jezabel, no habia hecho otra cosa desde que se hallaron juntos en el trono que empeorar su mala conducta. Con todo eso no perdonó el Señor ni avisos ni castigos á fin de ablandar su corazon. El año cuarto de su reinado suseitó para que le hablase á Elías Tesbita, de la region de Galaad, profeta de un carácter muy particular. El historiador sagrado le introduce como otro Melquisedec, sin padre, sin madre, sin genealogía... No nos dice quién es su padre, como acostumbra; tampoco nos dice á qué tribu pertenece, ni á qué familia, ni de dónde viene, ni cómo ha sido llamado al ministerio de profeta. Sale repentinamente de la oscuridad, se presenta en la corte y delante de Acab, de este rey impío, y sin saludarle ni tomar licencia para hablarle, le intima un castigo que él mismo va á atraer sobre su reino. Vive el Señor, Dios de Israel, le dice con una intrepidez que debió asombrarle y sobrecogerle. Vive el Señor, Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no caerá rocío ni lluvia en estos años, sino segun la palabra de mi boca: y sin hablar mas, ni despedirse, se va á ocultar en las riberas del arroyo de Carit, cerca del Jordán, segun la orden del Señor. Este primer paso de Elías nos anuncia ya un hombre intrépido y poderoso sobre el poder de los hombres y

los reyes; un hombre prodigioso, cuyos hechos le pintarán incomparablemente mejor que nuestros elogios.

Le alimentan los cuervos.

Retirado Elías á las riberas del Carit, no llevó otra provision para vivir que la divina Providencia, la que multiplicó sus prodigios para mantener al profeta. Los cuervos desde el primer dia le traian pan y carne por la mañana y pan y carne por la tarde, y bebía del arroyo; pero no llovía ni caía rocío, y el arroyo llegó á secarse enteramente antes de pasar un año. Entonces le dijo el Señor: Véte á Sarepta, ciudad de los Sidonios. Allí estarás, porque ya he mandado á una mujer viuda que te alimente. Había enviado Acab á buscar á Elías por todas partes, respondiendo de todas: No está aquí; habia conjurado á todos los reinos y naciones para que le descubriesen. El reino de Sidon estaba al poniente del reino de Israel y el torrente de Carit al oriente, y era preciso para ir á Sarepta atravesar todo el reino; pero nada paró á Elías. Al momento dejó á Carit y se encaminó por medio de Israel á la ciudad de Sarepta, y le cruzó de parte á parte sin que nadie le descubriese á pesar de tantas pesquisas. El Señor multiplicaba los prodigios con Elías, y así como le alimentaba, así tambien le cubria con las alas de su proteccion.

Cuida de él la viuda de Sarepta.

Llegó al fin sin novedad á las puertas de Sarepta, y sin saber quién era la viuda á quien el Señor le enviaba, mas luego alcanzó á ver en el campo una mujer que andaba recogiendo leña y la llamó y dijo: Dáme en un vaso un poco de agua para beber; y yendo ella á traérselo, gritó á su espalda: Traeme tambien, te ruego, un boga-

dito de pan. Volvióse la mujer hácia Elías y con un tono de afliccion le dijo : Vive el Señor, tu Dios, que no tengo pan sino un poco de harina en una tinajilla como la que cabe en un puño y un poco de aceite en una aceitera, y ve aquí que estoy recogiendo unos palos de leña para ir á cocerlo para mí y para mi hijo, y comérnoslo y despues morirnos. La impía Jezabel era del pais de Sidon, y el hambre se habia extendido á su pais. No temas, dijo á la mujer Elías. Anda y haz como lo has dicho; pero hazme primero de ese poco de harina un panecillo cocido bajo de la ceniza y tráemelo, y despues lo harás para tí y para tu hijo, porque esto dice el Señor, Dios de Israel : No faltará harina en la tinajilla ni aceite en la aceitera hasta el dia en que el Señor dará lluvia sobre la tierra. Ella creyó, y su fe recibió el premio. Fué á su casa é hizo como la decia Elías; y comió él y ella y su hijo, y desde aquel dia no faltó harina en la tinajilla, ni se disminuyó el aceite de la aceitera, como lo habia dicho Elías.

Resucita al hijo de esta viuda.

Era demasiado feliz el estado de esta casa en medio del hambre y la miseria que afligia á las demás y no podía ser duradero, porque en el destierro, Dios, á quien ama, castiga. Al cabo de algun tiempo enfermó el hijo de esta viuda, y él mal fué tan recio que en pocos dias le quitó la vida. La pobre madre quedó inconsolable, y en el exceso de su dolor se fué á Elías, y le dijo : ¿Qué os he hecho yo, varon de Dios? ¿Habeis entrado en mi casa para que se renovase la memoria de mis pecados y perdiere por ellos á mi hijo? Dáme tu hijo, la dijo Elías, y tomándole de su seno, le subió al cuarto donde él habitaba, le tendió sobre su cama, y exclamó lleno de sentimiento : ¡ Señor y Dios mio! ¿aun á la viuda que me sustenta habeis afligido privándola de su hijo único? Dicho esto, se extiende, ó mas bien se encoge, y se mide tres veces sobre

el cadáver y vuelve á exclamar : ¡ Señor y Dios mio! vuelva, os ruego, el alma de este niño á su cuerpo. Oyó el Señor benignamente la voz de Elías, y volvió el alma del niño á entrar en él y revivió. Tomó Elías el niño y bajando abrazado con él al cuarto de su madre, se le entregó diciendo : Ahí tienes vivo á tu hijo. El gozo de la viuda solo podria conocerle una cariñosa y tierna madre que hubiera visto morir á su hijo único y le recibiera despues vivo. La buena Sareptana no sabia cómo manifestar al Dios de Israel y á su profeta su tierno agradecimiento, y solo acertó á decir : Ahora, señor, conozco que sois un varon de Dios, y que la palabra de Dios es verdadera en vuestra boca. Segun san Agustin, en este admirable pasaje se halla una de las muchas imágenes que anunciaron la encarnacion del Hijo de Dios. La Persona divina en la encarnacion se extendió, por decirlo así, se midió, se adaptó á la naturaleza humana y la volvió la vida divina que habia perdido en el paraíso, reconciliándola con su eterno Padre en el Calvario.

El Señor le manda que se presente á Acab.

Mas de dos años estuvo el profeta en casa de la viuda de Sarepta viviendo de la providencia, y faltaba poco para que se cumpliesen tres y medio que no llovía, cuando el Señor habló á Elías diciendo : Anda y preséntate á Acab para que yo dé lluvia sobre la tierra. Era ya extrema el hambre en todo Israel y la muerte desolaba el reino. No se dice que Acab tomase alguna providencia para socorrer á los hombres, pero sí que se interesó por sus bestias. Tal es la conducta del impío. Llamó á su mayordomo Abdías y le dijo : Anda, recorre la tierra : y mira si encuentras fuentes que no se hayan secado y valles que tengan yerba, para que coman y beban los caballos y mulos y no perezcan. Dividió el campo que se habia de recorrer, y él iba por una parte y Abdías por otra. La

impía y cruel Jezabel habia declarado en este tiempo del hambre una persecucion á muerte contra los profetas del Señor; y Abdías, que era uno de los mejores y mas caritativos Israelitas, escondió en dos cavernas hasta el número de cincuenta en cada una y allí los mantenía.

Elias se dispidió de la piadosa viuda y se dirigió á Samaria para presentarse á Acab segun el mandato del Señor. Venia Abdías recorriendo y reconociendo los campos, y Elias le vió y fué á su encuentro. Abdías conoció al profeta, y postrándose sobre su rostro, dijo: ¿Por ventura no sois vos mi señor Elias? Yo sois, le contestó. Anda y dí á tu señor que está aquí Elias. Abdías conoció al momento lo arriesgado de este encargo, sabiendo quién era Acab y la disposicion en que se hallaba para con Elias, y dijo: ¿Pues en qué he pecado y para qué entreguis á este vuestro siervo en manos de Acab para la muerte? Vive el Señor, que no hay gentes ni reinos adonde no haya enviado Acab á buscaros, ¿y ahora me decís: Anda y dí á tu señor: Aquí está Elias? Y sucederá que, cuando yo me haya apartado, el espíritu del Señor os trasportará adonde yo no sé, y yo entraré á dar la noticia á Acab, y no hallándoos, me matará. Vuestro siervo teme al Señor desde su niñez. ¿Por ventura no os han dicho, señor mio, lo que hice cuando Jezabel mataba á los profetas, que escondí hasta ciento en dos cuevas, cincuenta en cada una, y allí los mantuve y libré la vida? ¿y ahora me decís: Anda y dí á tu señor: Aquí está Elias, para que me haga morir? Vive el Señor. Dios de los ejércitos, en cuya presencia estoy, dijo aquí Elias, que hoy me presentaré yo á Acab.

Escena del Carmelo.

Abdías con esta seguridad partió á dar á Acab la noticia de su encuentro con Elias, y Acab no perdió momento en venir adonde estaba el profeta. ¿No eres tú, le dijo luego

que le vió, quien conturba á Israel? No, dijo el profeta, no soy yo quien ha turbado á Israel, sino tú y la casa de tu padre que habeis dejado los mandamientos del Señor y habeis seguido á Baal. El profeta hablaba como enviado de Dios, y Acab no solo no se atrevió á castigarle ni aun á reprenderle, sino que tuvo que obedecer sin réplica á cuanto Elias dispuso. Congrega delante de mí, le dijo, á todo Israel en el monte Carmelo, y que vengan los cuatrocientos y cincuenta profetas de Baal y los otros cuatrocientos (consagrados á los ídolos) des los bosques, que comen de la mesa de Jezabel; y congregó Acab á todo Israel y á los profetas delante de Elias en el monte Carmelo. Entonces Elias esforzando su voz dijo á todo el pueblo congregado: ¿Hasta cuándo habeis de cojear hácia dos partes? Si el Señor es Dios, seguidle, y si lo es Baal, seguid á este; y no respondió el pueblo una palabra. Elias viendo este silencio, volvió á decir: Yo solo he quedado de los profetas del Señor, cuando solo Baal tiene cuatrocientos y cincuenta. Dénsenos dos bueyes (para ofrecerlos en holocaustos). Escojan ellos uno; divídanle en trozos y pónganle sobre la leña, mas no apliquen fuego á ella. Yo tomaré el otro, le dividiré en trozos y le pondré sobre la leña, y tampoco aplicaré fuego á ella. Invocarán ellos los nombres de sus dioses, y yo invocaré el nombre de mi Señor; y el dios, que enviare fuego para consumir la víctima, ese sea el Dios, y todo el pueblo respondió: Excelente proposicion. Era preciso estar bien asegurado de la voluntad y asistencia del Señor para exponer la religion á una prueba semejante; pero Elias hablaba inspirado del Cielo. Dirigiéndose entonces á los profetas de Baal (los cuatrocientos de los bosques que comian de la mesa de Jezabel en Samaria, distante diez y ocho leguas del Carmelo, no podian concurrir), eligid, les dijo, un buey y sacrificad los primeros, porque vosotros sois mucho mas; invocad los nombres de vuestros dioses, pero no pongais fuego debajo.

Tomaron los profetas de Baal el buey que les fué

presentado, le sacrificaron é invocaban el nombre de Baal desde la mañana al medio dia, gritando : Baal, óyenos, y no se oía respuesta ni quien respondiese. Pasaban unos despues de otros saltando delante del altar y por encima de él, exclamando y gritando : Baal, óyenos; óyenos, Baal; pero Baal era un dios sordo y mudo que ni oía ni respondía. Se llegaba el medio dia que era su tiempo, y Elías al ver sus movimientos y al oír la vocería de cuatrocientos y cincuenta profetas que gritaban á una vez, se reía de ellos con una burla harto pesada. Gritad mas alto, les decia, aumentad vuestra vocería porque ese vuestro dios quizás esta en conversacion, acaso está en algun meson ó va de camino, y cuando no, estará dormido y no os oye. Gritad fuerte para que despierte. La burla era muy cumplida, y los profetas, heridos en lo mas vivo, daban mayores gritos, pero nada. Baal no respondía. Entonces acudieron al último recurso de sus supersticiones y ritos mentirosos. Tomaron cuchillos y lancetas y se sajabán por todas partes hasta quedar bañados todos en sangre, mas ni por eso. Baal no oía, ni miraba la sangre de sus profetas, ni escuchaba, ni respondía. Baal era una estátua y dormía el sueño de los palos y las piedras.

Llegado el medio dia, Elías tomó doce piedras, segun el número de los hijos de Israel, edificó con ellas un altar, puso leña sôbre él, hizo en rededor una gran zanja, dividió su buey en trozos y los puso sobre la leña. Hizo que trajesen cuatro cántaros de agua y los vertiesen sobre la víctima y la leña; volvió á mandar que trajesen otros cuatro y los vertiesen tambien sobre la víctima y la leña. Aun hizo traer otros cuatro y habiéndolos vertido sobre la víctima y la leña, corría el agua por todas partes en tanta abundancia que se empaparon y encharcaron la víctima y el altar y se llenó la zanja que habia hecho en toda su circunferencia; y siendo ya la hora de ofrecer el holocausto en el templo de Jerusalem, Elías se dispone para ofrecerle tambien sobre el Carmelo. Se acerca al

altar, se arrodilla, levanta sus ojos al cielo y exclama : Señor, Dios de Abraham y de Isaac y de Jacob, mostrad hoy que vos sois el Dios de Israel, y yo vuestro siervo, y que por vuestro mandado he hecho todo esto. Oídme, Señor, oídme para que sepa este pueblo que vos sois el Señor Dios.

Apenas habia acabado de pronunciar el profeta estas palabras, cuando viene fuego del cielo, y devora el holocausto, la leña, las piedras, la tierra y hasta el agua que habia en toda la zanja, dejándola toda seca. Cuando el pueblo vió tan asombroso portento, cayó sobre la tierra, y pegado su rostro con el suelo, exclamó : El Señor es el Dios. El Señor es el Dios. Si así es, dijo al momento Elías abrasado del celo del Señor, si así es, echad mano de los profetas de Baal y que no se escape ni uno. Sacrificad á vuestros impostores, á esos idólatras que apartan á Israel del culto del Señor y le entregan al culto del demonio. Echaron inmediatamente mano de todos, los llevaron al torrente Cison y allí los sacrificaron, cumpliendo con la ley que mandaba quitar la vida á todo profeta que incitase á Israel á la idolatría. Acab lo habia presenciado todo, y el tiempo ocupado en estas grandes escenas sin tomar alimento era ya demasiado, y se dilataria mucho mas si no se aprovechaban los momentos. Anda, dijo Elías á Acab, toma algun alimento, porque suena el ruido de una gran lluvia. Acab se retiró á comer, y Elías subió á la cumbre del Carmelo, se sentó, é inclinándose hácia la tierra, puso su rostro entre sus rodillas. Cuando hubo orado algun tiempo en esta postura, la mas propia para el recogimiento, llamó á su criado y le dijo : Anda y mira hácia el mar; y habiendo ido y mirado, dijo : No se ve nada. Siguió Elías en oracion un breve rato y volvió á enviar á su criado para que viese si se descubría algo hácia el mar, y el criado dijo lo mismo que antes : No se ve nada. Hasta siete veces le envió Elías á mirar hácia el mar, y en la sétima vino diciendo : que subía del mar una nubecilla como la planta

de un hombre. Corre y dí á Acab que mande enganchar su carro y marche luego por que no le ataje la lluvia. Mientras que se dispuso el carro, principió un fuerte viento, vinieron las nubes, se oscureció el cielo, y cuando Acab subió al carro, ya principiaba la lluvia. El espíritu de fortaleza, dice el texto caldeo, vino entonces sobre Elías, y ciñendo su ropa á la cintura, echó á correr delante de Acab hasta llegar á Jezrael, sin parar en nueve leguas de distancia, ni embarazarse por la lluvia.

No había frutos de conversion que no debiese esperar Elías en vista de tan públicos y estupendos milagros, ni recompensas que no mereciese por la lluvia que acababa de conceder el Señor por sus ruegos al reino de Israel despues de tres años y medio que no llovía; pero la ingratitude de Acab, la impiedad de Jezabel y la dureza del pueblo hicieron que se convirtiese para el profeta en amargura y persecucion su celo, y para el reino y sus reyes en veneno sus saludables remedios. Envió á decir Acab á Jezabel, que se hallaba en Samaria, todo lo que habia pasado sobre el Carmelo, las maravillas que habia obrado Elías, la afrenta que habia recibido Baal, y en fin la muerte de sus cuatrocientos y cincuenta profetas. Al oír estas relaciones Jezabel prorumpió furiosa en injurias contra Elías y en blasfemias contra Dios. Luego envió un mensajero á Elías, diciendo: Esto hagan conmigo los dioses y esto añadan si mañana á esta hora no hiciere yo de tu vida como tú hiciste de la de cada uno de los profetas de Baal. Pero ¡ó flaqueza! ¡ó miseria del hombre, cuando el Señor se retira y le deja en manos de sí mismo!

Huida de Elías.

Aquel Elías que con tanta firmeza habia hecho frente á Acab y le habia mandado con tanto imperio, teme ahora las amenazas de una mujer y apenas encuentra para ocultarse lugar seguro sobre la tierra. El Señor

retiró su poder de Elías para que Elías viese su flaqueza y para que no le precipitase el orgullo de la altura á que le habian elevado los favores, y por eso dijo san Gregorio, que este miedo, esta flaqueza de Elías fué guarda de su virtud. Huyó, pues, de Jezrael y caminando sin punto fijo, llegó á Bersabé, cerca de cincuenta leguas de Jezrael. Dejó allí el criado que le habia acompañado desde que estuvo en el Carmelo, y continuó su camino hasta el desierto, que era una jornada, y se sentó bajo de un enebro. Poseido de tristeza y penetrado de dolor y sentimiento al ver que los portentos que acababa de obrar el Señor por su mano solo habian hecho una impresion pasajera é inútil en los Israelitas, y ninguna en la impiedad de Acab, pidió á Dios que le llevase, pues ya en nada podria servir para su gloria, no habiéndolo conseguido con unas pruebas tan asombrosas. Bástame, Señor, dijo sumamente afligido, llevad mi alma, y echándose á la sombra del enebro, se quedó dormido; pero nunca está el justo mas cerca del consuelo que cuando está mas afligido.

Un ángel le trae alimento.

Hé aquí que un ángel del Señor le tocó y le dijo: Levántate y come. Elías despierta, se levanta sobresaltado, mira á todas partes y no ve persona alguna, pero se encuentra con un pan subcinericio y un vaso lleno de agua al lado de su cabecera. Lo toma, come, bebe y se echa á dormir de nuevo. Volvió el ángel del Señor segunda vez, y le tocó y dijo: Levántate y come, porque te resta un largo camino. Elías se levanta al momento, y para emprender el largo viaje que se le anuncia acaba de comer el pan de la providencia y de beber el agua del deseo. ¡Pan de fortaleza y agua de vida! ¡Sustento administrado por un ángel y preparado por Dios! ¡Sustento que bastó él solo para que anduviese Elías cua-

renta dias por desiertos y rodeos, huyendo la persecucion, hasta llegar al monte Horeb, llamado Monte de Dios desde que Dios obró en él tantos portentos! Allí vino á esconderse el perseguido profeta en una cueva para librarse de las pesquisas de Jezabel, que desesperada al verse sin la victima, que habia ofrecido á Baal, no perdonaba terreno que no hacia registrar, ni diligencia que no hacia practicar para encontrarla.

Cueva al pié del monte Horeb.

Elias, escondido en su cueva, oyó una voz del cielo que le decia: que saliese á la boca de la cueva porque iba á pasar el Señor, y luego principió un viento tan fuerte que parecia trastornar los montes y arrancar las peñas; pero el Señor no venia en el viento. Siguió un gran terremoto; pero el Señor no venia en el terremoto. Trás del terremoto pasó un fuego de grandes llamaradas; pero el Señor no venia en el fuego. Y trás del fuego un silbo ó sopro de viente suave. Luego que Elias sintió este viente apacible, conoció que pasaba el Señor y al momento cubrió su semblante con su manto; y hé aqui que oyó la voz del Señor que le decia: ¿Qué haces ahí Elias? Y él respondió: Me abraso de celo por vos, Señor Dios de los ejércitos, porque abandonaron vuestro pacto los hijos de Israel, derribaron vuestros altares, pasaron á cuchillo á vuestros profetas, y yo he quedado solo y me andan buscando para quitarme la vida, Anda, le dijo el Señor, vuélvete por tu camino del desierto, dirígete á Damasco, y luego que llegues allá, ungrás á Hazael por rey de Siria, y á Jehú, hijo de Nansi, por rey de Israel, y á Eliséo, hijo de Safat, por profeta en tu lugar. Tiempo llegará en que el que escapare de la espada de Hazael, le matará Jehú, y el que escapare de la espada de Jehú, le matará Eliséo, y me reservaré en Israel siete mil varones que no han doblado las rodillas

delante de Baal, y todos aquellos que no han besado sus manos delante del ídolo en señal de adoracion.

Uncion de Hazael y Jehú, y vocacion de Eliséo.

El Señor pasó (dejó de comunicar con Elias) y Elias salió tan animoso de esta comunicacion, que si con el pan celestial y misterioso habia rodeado y atravesado el desierto, con esta comunicacion se hallaba en disposicion de rodear y correr el reino entero. Con efecto Elias tomó el camino del desierto, atravesó todo el reino de Judá de mediodía á norte, llegó á Damasco, ungió á Hazael por rey de Siria y á Jehú por rey de Israel. Buscó á Eliséo y le encontró arando con doce yuntas de bueyes, siendo el uno de los doce que los guiaban. Se acercó á él, le echó encima su manto, declarándole con este hecho que Dios le llamaba al ministerio de profeta, y se retiró. Eliséo, dejando al punto los bueyes, corrió trás de Elias y le dijo: Permitidme que vaya á dar un beso á mi padre y á mi madre, y luego os seguiré. Anda y vuelve, le dijo Elias. Yo tengo ya cumplido con lo que el Señor me ordenó. Eliséo fué á despedirse de sus padres y familia, y volviendo al campo de la labranza tomó los dos bueyes de su yunta y los degolló. Hizo pedazos el arado, formó con él su hoguera, coció la carne de los dos bueyes y la dió al pueblo (que se compondría de sus padres, hermanos, amigos y paisanos), quienes despues de haber comido, se volvieron á sus casas, y Eliséo siguió á Elias, de quien fué compañero inseparable hasta que heredó su espíritu y la sucesion en la profecia. San Ignacio mártir dice que Eliséo era virgen, y así vemos que pidió licencia á Elias, que tambien lo era, para despedirse no de su mujer, sino de sus padres.

Todo se iba disponiendo para el castigo que Dios determinaba hacer en el cismático Israel. Los dos ministros principales de las venganzas del Cielo, Hazael y Jehú,

estaban ya ungidos, y Elias y su discípulo Eliséo se preparaban en la soledad con la oracion y el ayuno para mantener con valor la causa del Señor contra todos los esfuerzos de la impiedad y de la idolatría. Acababa la furia de Jezabel contra Elias, despues de haberle buscado por todas partes sin encontrarle, habia calmado el alboroto en el palacio de Acab, y nadie turbaba el reino ni por dentro ni por fuera. El Señor mismo parecia que dormia acerca de los intereses de su gloria, dejando pasar acaso diez años en esta especie de calma. Sin embargo, aunque parecia que el Señor miraba con indiferencia las afrentas que los idólatras hacían continuamente á su Majestad, dando su gloria á becerros, no se olvidaba de ellas; pero su infinita misericordia queria aun convertirlos mas bien que verse precisado á castigarlos.

Guerra de Benadad, rey de Siria.

Permitió, pues, que el año diez y ocho del reinado de Acab, el rey de Siria Benadad, hijo de aquel Benadad que hizo tantas conquistas en Israel en tiempo de Baasa, viniese á turbar la dilatada paz que habia disfrutado el ingrato rey de Israel sin reconocer la generosa mano á quien la debia. Reunió Benadad todas sus tropas y hasta treinta reyes sus tributarios con las suyas, de modo que el ejército de Benadad se compuso de una infantería innumerable y de una multitud de caballería y carros armados. Acab, ocupado en fomentar la idolatría y exterminar los profetas del Señor para dar gusto á la fiera Jezabel, en nada habia pensado menos que en la defensa del reino. El Señor parece que permitió este adormecimiento para que la imposibilidad de defenderse hiciese mas admirable y apreciable la victoria que iba á concederle y contribuyese mas poderosamente á su conversion.

El rey de Siria no se detuvo á combatir ninguna de

las plazas de Israel que habia antes de llegar á Samaria, sino que se dirigió desde luego á la corte, y cuando llegó á su vista, sin pararse en atenciones, envió mensajeros á Acab para que le dijese: Esto dice Benadad: Tu plata y tu oro es mio, y tus mujeres y tus óptimos hijos son míos. Á esta proposicion Acab, que se habia olvidado que era hombre para levantarse contra Dios, no se acordó que era rey, y como si fuese el último de los vasallos de Benadad, le respondió: Conforme á tu palabra, mi rey y señor, tuyo soy y todas mis cosas. En vista de esta respuesta volvió á enviar Benadad sus mensajeros diciendo: Mañana á esta hora irán mis siervos y registrarán tu casa y las de tus siervos, y tomarán todo cuanto les agrade. Entonces Acab, como pedia tambien los bienes é hijos de los súbditos, convocó á todos los ancianos y les dijo: Ved que Benadad nos está armando un lazo. Me envió á pedir mis mujeres é hijos y la plata y oro, y no se lo negué, y ahora pide lo de mis súbditos; y todos los ancianos y todo el pueblo le dijeron: No le oigas ni condesciendas con él; y envió á decir Acab por los mensajeros: Haré todas las cosas que dijiste antes á tu siervo, mas lo que dices ahora no lo puedo hacer. Luego que Benadad oyó la respuesta de Acab, volvió á enviar sus mensajeros diciendo: Esto hagan conmigo los dioses y esto añadan, si el polvo á que será reducida Samaria bastare para llenar los puños del ejército que me sigue. Acab, aunque temblando, contestó á esta amenaza terrible: Decid á Benadad que no se glorie el que toma las armas como el que las deja, que fué decirle: que no cantase la victoria antes de la pelea. Cuando Benadad recibió esta respuesta estaba bebiendo con los reyes en sus pabellones, y dijo á sus tropas: Cercad la ciudad; y luego la cercaron.

Acab estaba perdido, y bajo del cielo no le quedaba otro arbitrio que perecer con toda su corte entre sus ruinas ó entregarse á discrecion, si Benadad queria recibirle y conservarle. Á tal estado permitia el Señor que

se viese reducido para obligarle á recurrir á su proteccion, á volverse al Dios de sus padres y á abandonar y destruir los idolos y la idolatría, y en la desolacion en que se hallaba, parecia regular que entrase en su deber, reconociese sus extravíos y se acogiese al amparo del poderoso Dios de sus padres; pero el desdichado principe estaba sumergido en el abismo de la abominacion, y fué necesario que el Señor, abismo de misericordias, previniese el remedio que el principe no buscaba.

Primera victoria que concede el Señor á Acab.

Envío, pues, un profeta para que le dijese de parte del Señor: ¿Has visto toda esa innumerable multitud? Pues sabe que yo la pondré hoy en tus manos para que entiendas que yo soy el Señor. Acab oye al profeta, le cree, pero ni da gracias al dispensador del beneficio, ni levanta sus ojos al cielo para mostrar su agradecimiento, ni siquiera se acuerda del Señor. Todo su cuidado es saber cómo saldrá de la devastacion y el exterminio que amenaza, tanto á él, como á su corte y su reino. ¿Y por quién, pregunta ansioso al profeta, por quién se hará esto? Por los criados de á pié de los principes de las provincias. ¿Y quién principiará á pelear? Tú. Contó, pues, los criados de á pié y halló doscientos treinta y dos: tambien contó todos los hijos de Israel y halló siete mil. Salieron, pues, los primeros ó de vanguardia los criados de á pié, y Benadad envió á reconocerlos. Son, le dijeron, unos hombres que han salido de Samaria. Pues si vienen, dijo, á tratar de paz, prendedlos vivos, y si á pelear, haced lo mismo. Continuaba avanzando con espada en mano la despreciable vanguardia y la seguía el ejército, que á proporcion no era menos despreciable, y no se podia contar sino con su exterminio en un momento; pero era el poder del Señor quien iba

á pelear en esta tropa insignificante, y con su ayuda cada uno de los criados mató al que venia á su encuentro. Huyeron los Sirios porque el terror del Señor vino sobre ellos, y los persiguió Israel; y huyó tambien Benadad y con él lo principal de su caballería. Á este tiempo salió Acab con su guardia, se unió con su reducido-ejército, y mató los caballos, destrozó los carros é hizo un estrago tan grande en los Sirios que parecia que en muchos años no podrian ya levantar cabeza.

Sin embargo el profeta que le habia anunciado la victoria, presentándose otra vez á Acab, le dijo: Anda, descansa y piensa lo que has de hacer, porque al año volverá contra ti el rey de Siria. Los paganos, que no podian figurarse un Dios inmenso que atendiese á todo, contaban con dioses limitados, y creian que tenian repartido entre si el gobierno del mundo, y que unos dioses reinaban sobre el aire, otros sobre la tierra, y á este modo, sobre los mares, sobre los cerros, sobre los valles, sobre los montes, sobre las campiñas... Los Sirios creyeron que el Dios de Israel era el Dios de los montes, y que la batalla se habia perdido por haberla dado en su terreno, y dijeron á Benadad: Reemplaza el ejército, y pelearémos con Israel en los valles y le vencerémos. Benadad lo hizo así, y al año subió á la ciudad de Afez para pelear contra Israel. Los Israelitas no los esperaron en Samaria sino que salieron á su encuentro, y divididos en dos cuerpos, acamparon en frente de ellos; pero eran en tan corto número, que parecian dos pequeños rebaños, comparados con los Sirios que cubrian toda la tierra.

Segunda victoria

En esta situacion se presentó un varon de Dios (que seria el profeta de la campaña anterior) y dijo á Acab: Esto dice el Señor: Por cuanto han dicho los Sirios: el Dios de Israel es el Dios de los montes y no lo es de los

valles, yo pondré esa gran multitud en tu mano (para que sepan ellos que soy el Dios de los montes y de los valles, y sepas tú que soy el Señor de los cielos y de la tierra, de Jerusalen y de Samaria). Siete dias estuvieron los dos ejércitos frente á frente, y el sétimo se dió la batalla con tanta felicidad para los Israelitas, á quienes protegía el Dios de los ejércitos, que en aquel dia mataron cien mil Sirios de los soldados de á pié, y los que quedaron, huyeron á la ciudad de Asec; pero como iban perseguidos del Señor, cayó la muralla sobre los que habian quedado, que eran veinte y siete mil, y fueron sepultados bajo de sus ruinas. Benadad habia entrado huyendo en la ciudad y se habia escondido en una pieza que estaba dentro de otra muy retirada, y al ver los criados que estaba todo perdido y que iba á ser descubierto, le dijeron: Hemos oido que los reyes de Israel son elementos. Nosotros nos vestiremos de sacos, pondremos sogas á nuestros cuellos ó iremos al rey de Israel: tal vez salvará nuestras vidas. Cubriéronse, pues, con los sacos, pusieron las sogas á sus cuellos, y fueron al rey de Israel y le dijeron: Vuestro siervo Benadad os suplica que viva su alma; y respondió el rey: Si aun vive, mi hermano es; id y traédmele acá. Vino, pues, Benadad á su presencia en el campo de batalla y le hizo subir sobre su carro. Te restituiré, dijo Benadad al rey de Israel, te restituiré las ciudades que mi padre tomó al tuyo; hazte plazas en Damasco como mi padre las hizo en Samaria, y yo me retiraré de ti hecho tu aliado. Hizo, pues, Acab la alianza con Benadad y le dejó ir.

Un profeta reprende á Acab por haber dejado ir libre á Benadad.

Entonces uno de los hijos de los profetas dijo de parte del Señor á otro compañero suyo: Hiéreme; pero no le quiso herir. Porque no has querido obedecer á la voz

del Señor, le dijo el primero, hé aquí que te apartarás de mí y te matará un leon; y habiéndose apartado un poco, le encontró un leon y le mató. Se ha de obedecer al Señor en todo, como hizo Abraham, mostrándose pronto, no solo á herir á su hijo, sino á quitarle la vida por obedecer á Dios. Habiendo encontrado el profeta otro hombre, le dijo como al primero: Hiéreme, el cual le hirió é hizo saltar la sangre, y esto era lo que el profeta queria. En tal estado fué á esperar al rey en el camino por donde habia de pasar, y para no ser conocido, echó polvo sobre su cabeza, que mezclado con la sangre de que estaba bañada, le desfiguró enteramente, y cuando el rey hubo pasado, gritó detrás de él y le dijo: Vuestro siervo salió para hallarse en la batalla, y habiendo huido de ella un hombre, otro me le trajo y dijo: guárdame este hombre, y si se escapare, tu alma responderá por su alma, ó pagarás un talento de plata; mas como yo, turbado, me volviera ya á uno y ya á otro lado, él desapareció de repente. Esa es tu sentencia, le dijo el rey; esa misma que tú has pronunciado. Inmediatamente se limpió el profeta del polvo y de la sangre, y conoció el rey que era uno de los profetas. Por cuanto has dejado escapar, dijo aquí el profeta al rey, por cuanto has dejado escapar de tu mano á un hombre digno de muerte, tu alma responderá por la suya y tu pueblo por el suyo. La victoria era evidentemente de Dios, y por consiguiente Benadad era un prisionero de Dios. Acab solo era el hombre encargado de su custodia; pero Acab, haciéndose el árbitro de una victoria que no le pertenecía, concertó alianza con Benadad sin consultar al Señor y le dejó ir libre; y el Señor, que habia condenado á muerte á Benadad por sus blasfemias, condenó á Acab á la misma pena por haberle perdonado, y á este decreto dió cumplimiento el mismo Benadad, como veremos muy luego. Acab se volvió á su corte despreciando las amenazas de este profeta como habia despreciado en otro tiempo las de Elías.

Viña de Nabot

Dos victorias portentosas que el Cielo habia concedido á Acab y sin las que indudablemente habria perdido el reino y la vida, ninguna impresion hicieron en el endurecido corazon de este monarca. Contento con gozar sus frutos y orgulloso con la fama que le daban, ni siquiera una señal de agradecimiento manifestó al Dios de las victorias que se las habia concedido. Solo pensó en adornar sus palacios y ostentar magnificencia. Tenia uno en Jezrael, que era el que mas le agradaba y donde pasaba la mayor parte de su vida. Cerca de este palacio poseía un tal Nabot Jezraelita una viña, y Acab pensó hacer de ella un huerto para aumentar su recreo. Con este fin llamó á Nabot y le dijo: Dáme tu viña para hacer de ella un huerto de hortalizas porque está junto á mi palacio, y te daré en cambio otra viña mejor, y si te acomoda mas, te daré el precio en dinero. Guárdeme el Señor, respondió Nabot, de daros la heredad de mis padres. Estaba prohibido por Dios á los hijos de Israel enajenar para siempre, y esto pretendia el rey. No solo es permitido sino debido rehusar á los príncipes lo que exigen contra la voluntad de Dios, y si el príncipe es justo, debe aprobar y elogiar esta generosa firmeza, pero no era tal Acab. Se entró en su cámara indignado y enfurecido porque Nabot no habia querido darle la viña, y echándose en la cama, volvió el rostro hacia la pared y no queria comer. Entró á verle su mujer, la terrible Jezabel, y le dijo: ¿Qué es esto? ¿Porqué estás triste y porqué no comes? He hablado, respondió Acab, á Nabot Jezraelita y le he dicho: Dáme tu viña, tomando el dinero, ó si te agrada, te daré en cambio otra mejor, y me ha respondido: No os daré mi viña. Entonces le dijo Jezabel con un tono de desprecio: Grande es por cierto tu autoridad y gobiernas grandemente el reino de Israel. Levántate, come y sosiega, que yo te daré la viña de Nabot Jezraelita.

Muerte de Nabot.

Ejercitada esta reina cruel en las injusticias, nada la detuvo para añadir otra á las muchas que habia ya ejecutado. Escribió una carta en nombre de Acab, la selló con su anillo y la envió á los ancianos y principales de la ciudad de Nabot. El contenido de la carta era este: Predicad un ayuno, y haced sentar á Nabot entre los primeros del pueblo. Sobornad dos hombres, hijos de Belial, que atestigüen falsamente contra él y digan: Ha blasfemado contra Dios y contra el rey, y sacadle, apedreadle y que muera apedreado. Los príncipes que son bastante malvados para dar semejantes órdenes, siempre encuentran súbditos bastante malvados que las ejecuten. Los ancianos y principales de Jezrael, hombres sin religion y sin conciencia, hicieron como mandaba la reina. Promulgaron un ayuno para cometer un homicidio, dice el Crisóstomo. Hicieron sentar á Nabot entre los primeros del pueblo, y habiendo traído dos hombres, hijos del diablo, los mandaron sentar frente de él, y ellos, como hombres malvados, dieron testimonio contra Nabot delante del pueblo, diciendo: Nabot ha blasfemado contra Dios y contra el rey. No fué necesario mas. Nabot, sin ser oído, fué sacado fuera de la ciudad y muerto á pedradas. Inmediatamente dieron parte á Jezabel de que Nabot habia sido muerto á pedradas, y Jezabel, llena de satisfaccion con esta noticia, se fué á Acab y le dijo: Levántate, anda á tomar posesion de la viña de Nabot Jezraelita, porque Nabot ya no vive.

Amenazas de Elias.

Luego que oyó Acab que Nabot era muerto, se levantó y ya bajaba á Jezrael á tomar posesion de la viña, cuando Elias, este profeta tan terrible para Acab y que desde la

persecucion de Jezabel no se habia vuelto á presentar, le sale de repente al encuentro y le dice : Mataste y vas á poseer ; pues esto dice el Señor : En donde lamieron los perros la sangre de Nabot, lamerán tambien la tuya. Sorprendido Acab con la aparicion de Elias y su terrible amenaza, ¿ acaso, le dijo, me has hallado enemigo para tí ? Sí, te he hallado, respondió el profeta, porque te has vendido para hacer lo malo delante del Señor, y hé aqui lo que dice el Señor : Yo enviaré mal sobre tí y segaré tu posteridad, y mataré de tu casa hasta el último y hasta el encerrado en el vientre de su madre, y trataré á tu casa como á la casa de Jeroboan y como á la casa de Baasa, porque obraste para proyoearme á ira é hiciste pecar á Israel. Los perros comerán á Jezabel en el campo de Jezrael. Si Acab muriese en la ciudad, le comerán los perros, y si muriese en el campo, le comerán las aves del cielo. No ha habido otro como Acab que se haya vendido para hacer lo malo delante de mí. Jezabel le incitó y él se hizo tan abominable, que ha seguido los ídolos de los Amorreos que yo exterminé delante de los hijos de Israel.

Momentánea penitencia de Acab.

Tantas desdichas anunciadas de un golpe y de un modo tan decisivo, juntas á la experiencia de las desgracias de tantas familias reales que le habian precedido, consternaron á Acab y le obligaron por esta vez á entrar en sí mismo. Rasgó sus vestiduras, cubrió su carne con cilicio, ayunó, durmió en saco y anduvo cabizbajo ; y luego vino palabra del Señor á Elias diciendo : ¿ Por ventura no has visto á Acab humillado delante de mí ? Pues porque se ha humillado por mi causa, no enviaré el mal en sus días sino en los días de su hijo. Entonces entrará el mal en su casa.

Esta moderacion de las amenazas del Señor hablaba de las hechas por Elias, pero no de las que le habia he-

cho otro profeta de morir por haber perdonado á Benadad, y esto no tardó en verificarse ; y menos aun tardó Acab en volver á los caminos de la iniquidad para no salir ya jamás de ellos.

Acab asocia sucesivamente en el trono á los dos hijos de Jezabel.

Tenia Acab dos hijos de la impia Jezabel, que eran Ocozias y Joran. Tenia tambien otros hijos de reinas de segundo orden, varios de ellos mayores que los de Jezabel. Recelosa acerca de la preferencia de estos hijos mayores, apoyada en la costumbre que se iba introduciendo de asociar hijos en el trono, y prevalida de su ascendiente sobre Acab, hizo que asociase á Ocozias cerca de dos años antes de su muerte y le declarase su sucesor. Trató Acab en el año siguiente de hacer la guerra al rey de Siria, y temiendo Jezabel que muriese en ella, hizo que asociase tambien á Joran á pretexto de que su hermano Ocozias era de naturaleza delicada y débil salud, y de este modo quedaron declarados reyes los dos hijos de Jezabel, uno despues de otro.

Jornada de Ramot de Galaad.

Tres años habian pasado sin guerra entre Israel y Siria, pero tambien sin que Acab consiguiese que Benadad le entregara la plaza de Ramot de Galaad en cumplimiento del infeliz tratado de Afec. Josafát habia casado á Joran, su hijo mayor, con Atalia, hija de Acab, y con este motivo vino á hacer una visita á su consuegro, precisamente cuando este trataba de la conquista de Ramot de Galaad ; venida muy oportuna y favorable para Acab, que en el desgobierno de su reino apenas tenia tropas, ni medios para mantenerlas, al paso que Josafát con su

bella administracion tenia un ejército numeroso y bien disciplinado con abundantes medios de subsistencia. Invitó Acab á Josafát á que se uniese con él para esta guerra, y lo consiguió sin dificultad. ¿Quieres venir conmigo, le dijo, á la toma de Ramot de Galaad? Y Josafát, que era naturalmente bueno y amigo de complacer, le respondió: Lo que yo soy, eres tú. Mi pueblo y tu pueblo son uno, y mi caballería es tu caballería.

Consulta sobre esta jornada.

Mas como Josafát era temeroso de Dios, quiso saber si agradaría al Señor esta guerra, y dijo á Acab: Te suplico que consultes hoy la palabra del Señor, y Acab reunió los profetas (que sustentaba Jezabel á su mesa) en número de cuatrocientos, y les preguntó: ¿Debo ir á pelear contra Ramot de Galaad, ó estarme quieto? Subid, le respondieron todos, y el Señor pondrá la plaza en la mano del rey; pero Josafát no veía profeta alguno del Señor entre los cuatrocientos, y dijo á Acab: ¿No hay aquí algun profeta del Señor para que le consultemos por él? Uno sólo ha quedado por el cual podemos consultar al Señor, respondió Acab. Ese es Miqueas, hijo de Jemla; pero yo le aborrezco porque nunca me profetiza cosa buena, sino mala. Josafát era piadoso y volviendo por el profeta, dijo á Acab: No habéis ¡oh rey! de ese modo.

El profeta Miqueas recibe un bofetón y es aprisionado por decir la verdad.

Acab envió un oficial para que trajese luego á Miqueas, y mientras este llegaba, uno de los profetas de Acab, llamado Sedecías, hizo que le trajesen dos cuernos de hierro, y atándoselos á la cabeza, clamaba haciendo con-

torsiones y movimientos propios de un fanático: con estos aventarás la Siria hasta exterminarla, y todos los demás profetizaban lo mismo, diciendo: Sube contra Ramot de Galaad; vé con felicidad, el Señor la entregará en manos del rey. El oficial, que habia ido á llamar á Miqueas, le previno: que todos los profetas á una voz anunciaban buen suceso al rey. Sea tu anuncio, añadía, como el de aquellos y habla cosas buenas. Vivé el Señor, respondió Miqueas, que cualquiera cosa que el Señor me dijere, esto hablaré. Llegó, pues, Miqueas á la presencia del rey, y el rey le preguntó: Miqueas, ¿debemos ir á pelear contra Ramot de Galaad, ó estarnos quietos? Sube, le respondió, y vé en buena hora, y el Señor la entregará en manos del rey. Esta respuesta no era mentirosa sino irónica, lo que manifestaba Miqueas en su semblante y en sus modos de darla. Era decir lo que queria el rey y lo que aseguraban los cuatrocientos profetas. Era burlarse de los anuncios de estos, y así lo conoció el rey. Por eso le conjuró de parte del Señor á que hablase seriamente. Te conjuro, le dijo, una y otra vez en el nombre del Señor, que no me digas sino la verdad. Entónces dijo Miqueas: Yo vi á todo Israel disperso por todos los montes como ovejas sin pastor, y dijo el Señor: Estos no tienen caudillo. Vuélvase cada uno en paz á su casa. ¿No te advertí ya, dijo Acab á Josafát, que Miqueas no me profetiza cosa buena, sino siempre mala? Pero Miqueas siguió diciendo: Ví al Señor sentado sobre su trono y á todo el ejército del cielo que le rodeaba á la derecha y á la izquierda, y oí al Señor que dijo: ¿Quién engañará á Acab, rey de Israel, para que suba y perezca en Ramot de Galaad? Y uno decia una cosa y otro decia otra. Mas salió (del abismo) un espíritu (como el que se presentó entre los hijos de Job) y se puso delante del Señor y dijo: Yo le engañaré; yo seré un espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas. Al acabar Miqueas de referir esta vision, se dirigió á Acab y le dijo: Ya ves que el Señor ha permitido

que un espíritu de mentira este en la boca de todos los profetas que estan aquí (que eran los cuatrocientos) y sabe tambien que ha pronunciado el mal (la muerte) contra ti. Mas acercándose en este momento Sedecías, el de las astas de hierro, dió una bofetada á Miqueas en la mejilla, diciendo : ¿ Pues qué, me ha dejado á mí el espíritu del Señor y te ha hablado á tí? Y Miqueas sin alterarse le dijo : Tú lo verás en aquel dia que andes huyendo y entrando de aposento en aposento para esconderte.

Miqueas en premio de haber dicho la verdad y de haber sufrido con paciencia una bofetada, recibió una cárcel. Tomad á Miqueas, dijo Acab, entregadle á Amon, gobernador de la ciudad, y decidle : Esto manda el rey : Echad á ese hombre en la cárcel, y sustentadle con pan de tribulación y agua de angustia hasta que vuelva en paz. Si volvieres en paz, dijo aquí Miqueas, entones no ha hablado por mi boca el Señor. Oidlo, pueblos todos (y sedme testigos).

Que Acab tratase así á Miqueas á quien aborrecia, como él mismo había dicho, y de cuya boca no oía sino verdades amargas, no es extraño ; pero que Josafát, que no queria ir á la guerra sin consultar antes á un profeta del Señor, y que había tenido bastante celo para reprender á Acab porque habló mal del profeta... Que Josafát calle ahora viendo dar una bofetada al mismo profeta y llevarle á una prision, y lo que es mas, que se determine á ir á la guerra contra la declaración del profeta del Señor... Esto parece incomprensible.

Pero el hecho es, que despues de todos estos antecedentes, los dos reyes salieron de Samaria y se dirigieron á Ramot de Galaad ; en cuyas cercanías estaban ya los ejércitos dispuestos á emprender el sitio y batir la plaza. Acab, inquieto y lleno de miedo por mas atrevido que se hubiese mostrado contra las amenazas de muerte que de tantos modos y con tanta repetición le había anunciado Miqueas, y sabiendo por sus espías las órdenes que

el rey de Siria había dado á sus tropas de cargar todo el peso del combate contra su persona, ofreció al rey de Judá un honor que en realidad era una insigne traición. Tomad, le dijo, vuestras armas y vestiduras reales y dirigid el combate. Yo por esta vez dejaré las mias y pelearé como un oficial cualquiera. La órden que el rey de Siria había dado á los treinta y dos comandantes de los carros armados era que no peleasen contra alguno, chico ni grande, sino solo contra el rey de Israel. Estos comandantes, luego que principiò el combate, vieron á Josafát elevado en su carroza, adornado con las vestiduras reales y puesta la corona sobre su cabeza, y creyendo que era el rey de Israel, le cercaron por todas partes con su multitud de carros armados, cargaron con furia y le apretaron tanto, que le obligaron á dar un gran grito pidiendo al Señor que le socorriese ; y el Señor le socorrió haciendo que los Sirios conociesen por el grito que no era Acab, y le dejasen para irse en busca de este. Al parecer Josafát merecía la muerte, pero su oracion al Señor en medio del peligro pudo librarle de ella. Sin embargo sufrió el susto de la muerte para su castigo y para su escarmiento.

Acab se miraba muy seguro bajo de su uniforme de oficial, mientras que Josafát se veia en el mayor aprieto por causa de su corona y vestiduras reales ; pero aquella mano poderosa que sacaba á Josafát de las garras de la muerte, dirigía la saeta que iba á quitar á Acab la vida. Entretanto que los comandantes de los carros le buscaban inútilmente, un soldado disparó su flecha al aire, pero dirigida por una mano que nunca yerra, fué á herir mortalmente á Acab, clavándose hondamente entre el pulmon y el estómago. Toma la vuelta, dijo inmediatamente Acab á su cochero, y sácame fuera del ejército porque estoy gravemente herido. El cochero volvió riendas y le sacó inmediatamente de entre las filas, pero la sangre que salía de la herida, era mucha y tardó poco en regar todo lo interior del carro y en llevar al rey á

las puertas de la muerte. Al ponerse el sol entró por ellas el malvado Acab y fué á dar cuenta al Juez eterno de sus abominaciones. Josafát mandó tocar al momento retirada y que cada uno se volviese á su tierra y su ciudad, y él mismo se volvió con su ejército á Jerusalem. Tampoco Benadad, sabida la muerte de Acab, llevó mas adelante la guerra, y licenció luego sus tropas.

De este modo se concluyó la jornada de Ramot de Galaad, emprendida, al parecer, únicamente para cumplir las amenazas hechas á Acab. Su cadáver fué llevado á Samaria y enterrado en el sepulcro de sus padres, y su carro y correaje lavado en el estanque de la ciudad, donde lamieron los perros su sangre segun la profecía de Elias; habiendo dilatado el Señor para el tiempo de Joran su entero cumplimiento, como veremos en su reinado.

No consistió la desdicha de Israel en haber tenido por espacio de veinte y dos años un rey tan malvado como Acab, sino en que á su muerte quedaba la impía Jezabel mas dueña del espíritu de sus dos hijos Ocozías y Joran que iban á reinar uno despues de otro, que lo habia sido del corazón de su marido.

OCOSÍAS, NONO REY DE ISRAEL.

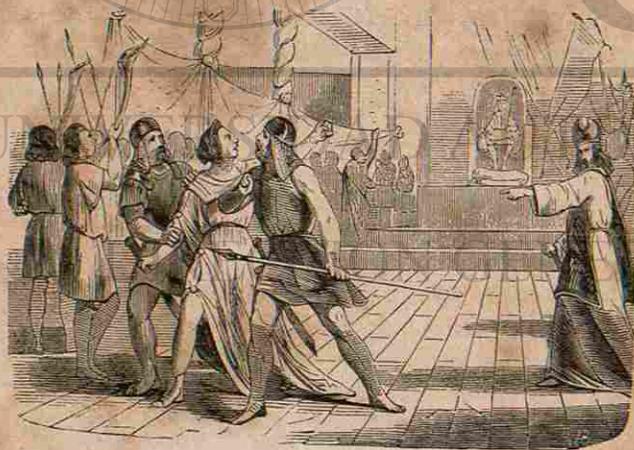
Como año y medio habia reinado este hijo de Acab al lado de su padre y vino á reinar dos años sobre Israel. Era un jóven de diez y ocho á diez y nueve años, idólatra sin vergüenza y semejante no solo á su padre Acab, sino también á su madre Jezabel. Hizo lo malo delante del Señor y anduvo en los caminos de su padre y de su madre y en los de Jeroboan, que hizo pecar á Israel. Dominando por su madre, sirvió á Baal y le adoró como habia hecho Acab, su padre, é irritó al Señor, Dios de Israel.

Consulta de Ocozias á Belzebú.

Pocos meses habia que Ocozias, despues de la muerte de su padre, reinaba solo en Israel, cuando cayó del corredor del cuarto alto de su palacio y enfermó del golpe. No hallando remedio, ni en los médicos, ni en las medicinas, dijo á sus confidentes : Id y consultad á Belzebú, dios de Acaron, si saldré con vida de esta enfermedad. Mas cuando ellos caminaban á consultar al idolo, el ángel del Señor habló á Elías, diciendo : Sal al encuentro de los enviados del rey de Samaria y diles : ¿ Por ventura no hay Dios en Israel para que vayais á consultar á Belzebú, dios de Acaron? Oid lo que dice el Señor al rey de Israel : Porque enviaste á consultar á Belzebú, de la cama en que subiste, no bajarás, sino que sin remedio morirás. Elías salió al encuentro de los enviados, les intimó su comision y se volvió á su retiro. Tambien estos se volvieron á Ocozias, quien les dijo : ¿ Porque os habeis vuelto? Y ellos respondieron : Un varon nos salió al encuentro y nos dijo : Volved al rey que os ha enviado y decidle : Esto dice el Señor : ¿ Acaso no habia Dios en Israel para que enviases á consultar á Belzebú, dios de Acaron? Por esto de la cama en que subiste, no bajarás, sino que sin remedio morirás. ¿ Qué figura, les preguntó el rey, qué vestido tenia aquel hombre que os salió al encuentro y habló esas palabras? Era un hombre peludo (vestido de pieles) y estaba ceñido con un cinto de cuero.

Terrible poder de Elías.

Elías es, dijo el rey; y luego envió (á prenderle) un capitán con los cincuenta soldados de su mando, y encontrando á Elías sentado en la cumbre del monte, le dijo : Hombre de Dios, el rey ha mandado que bajes. Si soy hombre de Dios, dijo Elías, baje fuego del cielo y devore



á ti y á tus cincuenta, y bajó fuego del cielo y los devoró. Envió el rey otro capitán con sus cincuenta, y también dijo este á Elías : Hombre de Dios, esto dice el rey : baja pronto. Si soy hombre de Dios, contestó Elías, baje fuego del cielo y devore á tu y á tus cincuenta, y bajó fuego del cielo y los devoró. Envió tercera vez el rey otro capitán con sus cincuenta hombres. Sin duda fué una crueldad en Ocozías enviar el segundo capitán y cincuenta hombres, viendo que el fuego del cielo había consumido el primero y sus cincuenta; pero ¿cómo llamaremos este envío de los terceros, viendo abrasados también los segundos? A tales extremos de ceguedad y de cruel insensibilidad llega el poder cuando se ensaña.

Terrible era esta comisión para los capitanes y sus tropas, y es seguro que no encontraría el rey quien tomase la segunda no siendo por la fuerza. El tercer capitán, en el apuro de no poder negarse, tomó un rumbo opuesto al de los dos que le habían precedido. Estos, orgullosos con el poder real, se atrevieron á mandar y á mandar con altivez y con imperio á un hombre que ellos mismos llamaban hombre de Dios; y el tercer solo supo humillarse y suplicar. Habiendo llegado al pié del monte con sus cincuenta soldados, dobló con ellos sus rodillas delante de Elías y le rogó diciendo : Hombre de Dios, no desestimeis mi alma ni la de estos siervos que estan arrodillados conmigo. El fuego del cielo ha devorado á los dos primeros capitanes y sus tropas, tened compasión de nosotros para que no nos devore. ¡Oh, y cuánto consigue la humildad! ¡Y cuánto destruye la soberbia!

Anda, dijo aquí el ángel del Señor á Elías. Y Elías se levantó y bajó á juntarse con el capitán y sus tropas, y fué con ellos á Samaria. Se presentó al rey, y este monarca no logró otra cosa con todo su imperio y empeño que oír de boca del profeta la sentencia de su muerte que ya había oído de la boca de sus enviados. Por cuanto enviaste mensajeros, le dijo, á consultar á Belzebú, dios

de Aearon, como si no hubiera Dios en Israel... por esto del lecho sobre que subiste no bajarás, sino que morirás sin remedio, y se retiró. Ocozías siguió en cama hasta su muerte, y esta se verificó á pocos meses. Joran, su hermano, había sido asociado también al trono por Acab, como hemos dicho, y conociendo Ocozías la imposibilidad de gobernar el reino desde la cama, de la que no había ya de salir sino para el sepulcro, no teniendo por otra parte hijo que pudiera sucederle en la administración del reino en vida, y en la posesión en muerte, entregó las riendas del gobierno á su hermano Joran, que reinó sobre Israel algunos meses en vida de Ocozías, y después de su muerte hasta cumplir doce años.

JORAN, DÉCIMO REY DE ISRAEL.

La primera empresa de Joran, luego que tomó á su cargo el gobierno del reino, fué sujetar á sus vasallos los Moabitas que se habían rebelado en tiempo de Acab, su padre. Para esto envió sus embajadores á Josafát, recordándole el tratado que sobre esta guerra había hecho con su padre. También los Idumeos se habían rebelado por aquel tiempo contra Josafát, y con este motivo le hacía presente que convenia á uno y otro reino sujetar tales rebeldes. Josafát, convencido de esta conveniencia, respondió á Joran que se uniría con él para esta guerra. Y luego acordaron el número de tropas con que había de concurrir cada uno, el punto de la reunión y el tiempo en que debía principiarse. Arreglado este acuerdo, se tomó tiempo para hacer las prevenciones, y entretanto se verificó el fin de la carrera del gran profeta de Israel, que vamos á referir, mientras que los dos reyes se preparan á la guerra.

Con la intimación de muerte que Elías hizo á Ocozías se concluyeron sus embajadas á los reyes. Vuelto á su soledad, se le reveló su traslado, semejante en el hecho

al del patriarca Henoc, que no pareció, porque le llevó Dios, dice el sagrado texto; pero mas glorioso en su aparato, porque le arrebató en uno carro de fuego, llevado por caballos tambien de fuego. El Señor reveló esta traslacion, no solamente á Elías, sino tambien á Eliséo, su sucesor, y á los hijos de los profetas que habitaban en los contornos de Betel y Jericó.

Profetas é hijos de los profetas.

Eran estos unos celosos Israelitas que unidos bajo el gobierno de un superior, que regularmente era un profeta de los mas notables, hacian particular profesion de virtud y de piedad, y se ocupaban en la lectura de los Libros santos y en el estudio de la ley de Dios para instruir á los pueblos, especialmente cuando los sacerdotes y levitas, huyendo de la idolatria de Israel, se pasaron al reino de Judá. Sobre estos hombres celosos derramaba el Señor su espíritu cuando queria anunciar su voluntad á los reyes, obrar portentos, ó profetizar sucesos, y de aqui tomaron el nombre de profetas, aunque no todos profetizasen, y de hijos de los profetas por los profetas que les dirigian y gobernaban... Jezabel les habia perseguido cruelmente por mucho tiempo con el empeño de exterminarlos, pero el celo de la ley prevaleció á sus violencias, y aunque habian muerto muchos, aun quedaba un gran número de ellos reunidos en diferentes cuerpos ó comunidades cuando Elías, superior y maestro de todos, iba á ser trasladado de entre los hombres.

Últimos sucesos de Elías.

Llegó el dia en que esto se habia de verificar, y Elías salió de Gálgala con su discípulo Eliséo; y cuando se habian separado un buen trecho de la ciudad, dijo Elías

á Eliséo: Quédate aquí, porque el Señor me ha enviado hasta Betel. Bien conoció Eliséo que Elías no queria testigos de su glorioso traslado, y que la separacion que le ordenaba, procedia únicamente del deseo de ocultarle; pero este amante discípulo contestó con la firmeza de un juramento: vive el Señor, dijo, y vive mi amado maestro, que no os dejaré. Bajaron á Betel, y los hijos de los profetas que habia en aquella ciudad salieron á recibirles, y tomando aparte á Eliséo le dijeron: ¿No sabes que el Señor te quitará hoy á tu dueño? Bien lo sé, les dijo; callad. Deseoso Elías de desprenderse de Eliséo para ocultar su traslado, volvió á decirle: Quédate aquí, porque el Señor me ha enviado hasta Jericó; pero Eliséo respondió del mismo modo, diciendo: Vive el Señor y vive mi amado maestro, que no os dejaré; y cuando hubieron llegado á Jericó, se acercaron á Eliséo los hijos de los profetas que estaban en Jericó y le dijeron: ¿No sabes que el Señor te quitará hoy á tu dueño? Bien lo sé, contestó como á los otros; callad. Elías volvió á su empeño, y dijo por tercera vez á Eliséo: Quédate aquí, porque el Señor me ha enviado hasta el Jordán; pero Eliséo respondió en los mismos términos que habia contestado ya dos veces.

Caminaron, pues, los dos juntos al Jordán, y cincuenta de los hijos de los profetas les fueron siguiendo hasta cerca del rio, donde se detuvieron para ver lo que sucedia. Elías y Eliséo se detuvieron algun tiempo á la orilla, y acaso Eliséo, al ver esta detencion, pensó que en aquel famoso sitio iba á ser arrebatado su querido maestro, pero no fué así. Elías tomó su capa, la dobló y despues de bien plegada hirió con ella las aguas, que luego se dividieron á uno y otro lado, y los dos pasaron á pié enjuto por el medio. Cuando hubieron pasado á la otra orilla, dijo Elías á Eliséo: Pide lo que quieres que haga por ti, antes que sea quitado de ti. Pues yo os pido, dijo Eliséo, vuestro doblado espíritu (el de profecía y el de milagros, dice santo Tomás). Cosa difícil has pedido,

le dijo Elías. No obstante, si me vieres cuando sea separado de ti, tendrás lo que has perdido, mas si no me ves, no lo tendrás.

Su arrebatamiento al cielo.

Caminaban el maestro y el discípulo hacia las memorables llanuras de Moab conversando dulcemente, cuando aparece de repente un carro de fuego, tirado por caballos de fuego que, separando al discípulo del maestro, arrebató a Elías y le sube al cielo. Le veía subir Eliséo, y lleno de desconuelo clamaba y daba voces diciendo: ¡Padre mio! ¡Padre mio! ¡carro de Israel y su cochero!!! pero Elías desapareció enteramente, y no le vió mas Eliséo.

Elías fué trasladado vivo, no á la mansion de los bienaventurados, donde nadie entró antes de Jesucristo, sino á un lugar desconocido, que se cree sea aquel que el Eclesiástico llama Paraíso, donde se hallaba Henoc hacia ya dos mil ciento y veinte años, donde viven dichosos al modo que Adán y Eva en el paraíso terrenal antes de su pecado, y donde son conservados milagrosamente y reservados hasta los últimos tiempos del mundo para predicar la penitencia á los pecadores, sostener en la virtud á los justos, pelear contra el Anticristo, morir en la pelea, resucitar despues de tres dias y medio y subir en cuerpo y alma al cielo.

Su vuelta al mundo.

Esta se halla simbolizada ó mas bien historiada en el sagrado libro del *Apocalipsis*. En él nos dice san Juan, hablando del fin del mundo: Que enviará el Señor sus dos testigos (Elías y Henoc), que vestidos de sacos, profetizarán mil doscientos y sesenta dias (tres años y

medio, que es el mismo tiempo que señala de persecucion al Anticristo): Que serán como dos olivos y dos candeleros delante del Señor: Que comunicarán la uncion del Espíritu Santo y alumbrarán á los hombres: Que si alguno quisiere dañarles, saldrá fuego de su boca y tragará á sus enemigos: Que tendrán poder para cerrar el cielo y que no llueva en los dias que ellos digan (como lo hizo el mismo Elías en Israel), y para convertir las aguas en sangre y herir la tierra con toda suerte de plagas (como Moises en Egipto): Que cuando acabaren su testimonio (su ministerio de dar testimonio á la verdad), la bestia del abismo (el Anticristo) hará pelea contra ellos y los matará: Que sus cuerpos quedarán tendidos en las plazas de la gran ciudad, donde el Señor de ellos fué tambien crucificado: Que las tribus, los pueblos, las lenguas y las naciones verán sus cadáveres tres dias y medio y no permitirán que sean puestos en sepuleros: Que los moradores de la tierra (los mundanos) se alegrarán y gozarán tanto de su muerte, que se harán regalos unos á otros, porque faltaron estos dos profetas que les atormentaban (con sus predicaciones y amenazas): Que despues de los tres dias y medio entrará en ellos el espíritu de vida enviado por Dios, se alzarán sobre sus piés, y vendrá un espantoso temor sobre todos los que los vieren; y que oirán una gran voz del cielo que les dirá: Subid acá, y subirán al cielo en una nube á la vista de sus enemigos.

Su elogio en el sagrado libro del Eclesiástico. [®]

Tal es la pintura que nos presenta san Juan de lo que harán en los últimos tiempos estos dos incomparables profetas; y si es magnifico el elogio que forman los sucesos de estos dos escogidos de Dios para predicar á los últimos hombres del mundo, no lo es menos el que nos hace de ellos el Eclesiástico. Escribe las virtudes de los

grandes justos que le habian precedido y sus alabanzas, diciendo : Alabemos á los varones gloriosos y padres nuestros en su generacion. Hombres grandes en virtud y adornados de prudencia anunciaban como profetas la dignidad de los profetas. Gobernando los pueblos de su tiempo, les daban avisos santísimos. Buscando modos múdeos en su saber, cantaron los cánticos de las Escrituras. Hombres ricos en virtud, hermosos en el decoro, pacíficos en sus casas. Todos estos alcanzaron gloria en las descendencias de sus familias. Los que de ellos nacieron, dejaron nombre para celebrar sus alabanzas. Varones misericordiosos, cuyas piedades no faltaron. Con su posteridad permanecen los bienes, sus nietos son heredad santa y en los testamentos permaneció su posteridad. Por ellos permanecerán sus hijos para siempre, su descendencia y su gloria no será oscurecida. Sus cuerpos fueron sepultados en paz, y su nombre vivirá de generacion en generacion. Cuenten los pueblos su sabiduría, y anuncie la Iglesia sus alabanzas.

Sigue aquí el Eclesiástico nombrando los hombres ilustres que acaba de describir, y pone el primero al gran patriarca y gran profeta Henoc, diciendo : Henoc agradó á Dios y fué trasladado al paraíso para predicar á las gentes penitencia. Hace despues el elogio de Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Moises, Aaron, ... y llegando á Elías, dice : Se levantó Elías profeta como un fuego, y su palabra ardió como una hacha. Trajo sobre ellos (los idólatras) hambre, y quedaron pocos que le mortificasen por su celo; porque no podian sufrir los mandamientos del Señor (que Elías les predicaba) : en nombre del Señor cerró el cielo (para que no lloviese en tres años y medio), é hizo bajar fuego del cielo tres veces (una para consumir el sacrificio, y dos para abrasar las tropas que iban á prenderle).

Fué engrandecido Elías en sus maravillas. ¿Y quién puede gloriarse como tú? ¡Ó Elías! Que con la palabra del Señor sacaste un muerto (el hijo de la viuda Sarep-

tana) del poder de la muerte : Que abatiste los reyes perniciosos (Acab, Oeozias, Joran su hermano, y Joran hijo de Josafát), quebrantaste su poder, y arrojaste á los soberbios de su lecho : Que oyes en Sinai el juicio (del Señor) y en Horeb los decretos de defensa : Que unges reyes para castigar y haces profetas para que te sucedan : Que fuiste recibido en torbellino de fuego, en carro de caballos encendidos : Que estás destinado para aplacar la ira del Señor en los juicios de los (últimos) tiempos; para reconciliar el corazon del padre con el hijo, y restituir las tribus de Jacob (á sus promesas, verlas cumplidas en Jesucristo descendiente de Abraham, Isaac y Jacob, y creer en este Mesías prometido). Bienaventurados los que te vieron y fueron honrados con tu amistad, porque nosotros solo vivimos hasta la muerte, mas despues de la muerte no será tal nuestro nombre (como el tuyo que vives para la salud de muchos).

Aquí concluye el historiador sagrado, y en vista de este elogio que el Espíritu Santo hace de Elías, no es de extrañar que en los tiempos de Jesucristo se le equivocase con aquel Juan que no tuvo igual entre los nacidos de mujeres; que Juan y Elías fuesen uno mismo en el espíritu y la virtud; que el mismo Jesucristo, haciendo el elogio del Bautista, dijese que era el mismo Elías; y en fin, que le eligiese como gran profeta para que juntamente con Moises, gran legislador, le acompañasen, uno á la derecha y otro á la izquierda, en la gloria del Tabór.

ELISEO, DISCÍPULO Y SUCESOR DE ELÍAS. ®

Este querido discípulo del gran profeta, cuando ya cansado de mirar al cielo, no le quedó esperanza de volver á verle, se entregó al mas profundo sentimiento, rasgó sus vestiduras y prorumpió en un copioso y prolongado llanto, hasta que desahogado su corazon y enjugando sus

ojos, vió la capa de su querido maestro que habia dejado caer al tiempo de su arrebató en confirmacion de que le quedaba el espíritu doble que le habia prometido. Eliséo recogió lleno de consuelo la capa de su señor, se dirigió al Jordán, y para pasarle, hizo lo que habia visto hacer á su buen maestro. Dobló la capa, y despues de bien plegada, hirió con ella las aguas, pero las aguas no se dividieron, y de aquí su pena. Levanta los ojos al cielo y se queja amorosamente, diciendo : ¡ Y dónde está ahora el Dios de Elías ! Vuelve á herir las aguas con la capa, y las aguas se dividen á uno y otro lado y Eliséo pasa. El Señor quiso probar aquí la confianza y firmeza de su nuevo ministro, y salió bien la prueba.

Los hijos de los profetas que habian seguido últimamente á Elías y Eliséo hasta las riberas del Jordán, permanecieron allí para ver lo que era de ellos, y en efecto, les vieron pasar el rio á pié junto, caminar hácia las campiñas de Moab, y ¡ qué asombro ! vieron que un carro de fuego, tirado por caballos de fuego, arrebató envuelto en un torbellino á Elías, carro y caballos con direccion hácia el cielo. Vieron á Eliséo, recoger su capa, herir con ella dos veces las aguas, dividirse estas y pasar Eliséo, y al ver esto dijeron : El espíritu de Elías ha reposado sobre Eliséo. Entonces corriendo á su encuentro, le veneraron postrados en tierra, y considerándole sumamente afligido por la pérdida de su querido maestro, le dijeron : Aquí hay entre vuestros siervos cincuenta varones fuertes que pueden ir á buscar á vuestro dueño, por si acaso el espíritu del Señor, que le arrebató de vuestra vida, le ha dejado en algun monte ó algun valle. No los enviéis, les dijo Eliséo ; pero ellos porfiaron tanto que le hicieron condescender y decir : Enviadlos. Luego marcharon los cincuenta hombres, y despues de correr valles y cerros por espacio de tres dias, se volvieron sin hallarle, y les dijo Eliséo (que ya se encontraba en Jericó) : ¿ No os dije que no enviáseis á buscarle ? Mas ellos con esta diligencia quedaron satisfechos y contentos.

Eliséo sana milagrosamente las aguas de Jericó.

Tomada, quemada y anatematizada por Josué esta ciudad y amenazado el que la reedificase con la pérdida de de todos sus hijos, habia sido no obstante reedificada en tiempo de Acab por el temerario Hiel, como hemos dicho, y se hallaba ya poblada ó de gentes venidas de la pequeña Jericó, que en tiempos posteriores á Josué se habia edificado en sus cercanías, ó de otros puntos de la tierra prometida ; pero las aguas de su fuente eran muy malas, causaban la muerte y esterilizaban la tierra. Regularmente habrian quedado así desde la quema de la ciudad, porque antes Jericó era muy deliciosa. Como los que la habitan vieron en Eliséo el don de milagros, luego le pidieron uno para su ciudad. Se presentaron á él en gran número, y le dijeron : Ya veis que la morada de esta ciudad es muy buena, mas las aguas son muy malas, y por donde van, hacen la tierra estéril. Eliséo no se hizo de rogar. Tradme, les dijo, una vasija nueva con sal ; y habiéndosela traído, se fué á la fuente y echando la sal en ella, dijo : Esto dice el Señor : Sané estas aguas y en adelante no habrá muerte en ellas, ni esterilidad ; y las aguas quedaron sanas.

Dos osos despedazan los muchachos que le insultan.

Bien quisieran los habitantes de Jericó que su bienhechor permaneciese entre ellos, pero Eliséo habia sido hecho ministro del Señor para toda su patria. Partió luego á Betel, ciudad abominable desde que Jeroboan puso allí uno de los dos becerros de oro. En ella los hijos participaban, como era consiguiente, de las abominaciones de sus padres, y cuando Eliséo iba subiendo á la ciudad, una turba de muchachos salieron de ella y le escarnecian é insultaban, diciendo : Sube, calvo ; sube,

calvo. Miróles Eliséo, y arrebatado de aquel espíritu de celo que consumía á su maestro por causa de los pecados, maldijo á aquella juventud idólatra é insolente en nombre del Señor á quien insultaban en su ministro, y luego salieron dos osos del bosque de Betel y despedazaron hasta cuarenta y dos de ellos. ¡Castigo justo del desprecio que hacian del enviado de Dios, y escarmiento terrible para los padres que no erian y educan en la virtud á sus hijos! Eliséo pasó de allí al monte Carmelo y vino á parar á Samaria.

Dijimos en el principio de la historia de Joran, rey de Israel, que haríamos la de los últimos sucesos de Elías, mientras que aquel y Josafát, rey de Judá, coligados para hacer la guerra al rey de Moab, preparaban sus tropas; y en efecto, al llegar ahora Eliséo á Samaria, salian ya las tropas de Joran á juntarse con las de Josafát sobre las fronteras de la Idumea, donde el rey de Edon debia tambien reunirse con las suyas. Se verificó luego la reunion de los tres reyes, y para evitar el paso del Jordán, tomaron la vuelta del mar Muerto, caminando por los desiertos de la Idumea. Siete dias anduvieron por aquellos arenales, y aunque se habia cuidado de llevar las provisiones que parecian necesarias, la del agua escaseó y llegó á faltar en términos que morian de sed los caballos, y estaban ya en peligro de morir tambien los hombres.

El rey de Israel, como verdadero idólatra contaba al Dios de sus padres en el número de los demás dioses, y le creía capaz de siniestras intenciones como ellos. ¡Ay, ay, ay! decia, quejándose altamente. El Señor nos ha reunido tres reyes para entregarnos en las manos de Moab; pero el rey de Judá, como buen Israelita, pensó de otro modo. ¿No hay aquí, preguntó, algun profeta del Señor para pedir por su medio al Señor? Aquí está Eliséo, hijo de Safat, el que echaba el agua sobre las manos de Elías, respondió uno de los siervos del rey de

Israel. En él hay palabra del Señor, dijo el rey de Judá, y luego bajaron á él los tres reyes.

Eliséo anuncia la provision de aguas milagrosas y la victoria contra Moab.

¡Cuánto pueden estos dos agentes de la Providencia, necesidad y virtud! Aquí la primera obliga á humillarse á tres reyes juntos, y la segunda hace que un hombre, que nada significaba entre las tropas, sea superior á los reyes que las mandan. Eliséo en la presencia de tres monarcas sostiene su carácter, respeta la piedad de Josafát, y reprende con valor la impiedad de Joran, aunque la ve rodeada de un ejército numeroso. ¿Qué tengo yo que ver contigo? le dijo. Anda á los profetas de tu padre y de tu madre; pero, el rey de Israel, empeñado en echar la culpa al santo por esencia, volvió á su queja, diciendo: ¿Porqué ha juntado el Señor estos tres reyes para entregarlos en las manos de Moab? Vive el Señor, en cuya presencia estoy, respondió Eliséo santamente indignado; vive el Señor, que si no respetase la persona de Josafát, no te hubiera escuchado, ni aun mirado. Que me traigan un salmista, dijo en seguida, y luego se le trajeron, y mientras que el salmista cantaba salmos, la mano del Señor vino sobre Eliséo y dijo: Haced en la madre de este arroyo muchos fosos. No manarán, ni veréis viento ni lluvia, y estos fosos se llenarán de aguas que enviará el Señor; y además entregará á Moab en vuestras manos; y todo sucedió como decia Eliséo. En la mañana siguiente, á la hora del sacrificio matutino, se vieron venir las aguas por el camino de Edon y llenar todos los fosos; y bebieron de estas aguas milagrosas los reyes, sus familias, el ejército y las bestias cuanta quisieron.

Supieron los Moabitas que los tres reyes avanzaban contra ellos por el desierto, y vinieron á resistirles en

las fronteras de su reino. En la mañana del suceso milagroso vieron, luego que salió el sol, las aguas rojas como sangre (fuese por efecto natural de la reverberacion ó por un nuevo milagro), y como sabian que estaban secos hacia mucho tiempo todos aquellos desiertos, no dudaron que era sangre, y dijeron: Sangre es de espada. Los reyes han vuelto sus armas unos contra otros y se han destrozado. Y corre Moab á la presa: diciendo y haciendo, avanzaron en desórden sobre el campo de los reyes. Estos dejaron que se acercasen, y luego se arrojaron sobre ellos, hicieron un grande estrago y les fueron persiguiendo hasta la capital del reino, que cercaron sin perder momento. El rey de Moab tomó consigo setecientos hombres de los mas valientes para romper el cerco por la parte del rey de Edon y huirse, pero no pudo y le fué preciso encerrarse en la ciudad.

Hecho atroz del rey de Moab

Seguió el sitio, se abrieron anchas brechas, y ya se trataba del asalto, cuando el rey de Moab se arrojó á la última desesperacion, y vino á comprar su libertad á precio de la sangre de su primogénito. Tomó á este infeliz y jóven principe, destinado á llevar algun dia la corona, y poniéndole sobre el muro, le degolló con su propia mano á la vista de los sitiadores y le ofreció en sacrificio al ídolo de Moloc, que era el dios del pais. Esta horrible accion de un padre bárbaro y cruel estremeció á sus mismos enemigos, y arrepentidos de haberle reducido á tal extremo, abandonaron el sitio y se volvieron cada uno á sus Estados con sus tropas.

Aumento prodigioso del aceite de la viuda de Samaria por la intercesion de Eliséo.

Tambien Eliséo, cumplidos en todo sus vaticinios, se volvió á Samaria, y no tardó en presentarse ocasion de continuar su ministerio de caridad y de milagros. Luego acudió á su proteccion la mujer de uno de los hijos de los profetas diciéndole: Vos sabeis que vuestro siervo, mi marido, ha muerto, y tambien sabeis que fué temeroso de Dios, y hé aqui que ha venido un acreedor á llevarse mis dos hijos y hacerlos sus esclavos (hasta pagar toda la deuda). ¿Y qué quieres que yo haga? la dijo Eliséo: ¿qué tienes en tu casa? Yo, vuestra sierva, no tengo otra cosa en mi casa que un poco de aceite (para que unjan mi cuerpo despues de mi muerte, que debe estar muy cerca en vista de mi miseria). Anda, la dijo Eliséo; pide prestadas á todos tus vecinos muchas vasijas. Entrate en tu casa con tus hijos, cierra tu puerta y echa de ese aceite en todas las vasijas, y cuando estuvieren llenas, las retirarás. Fué, pues, la mujer, recogió todas las vasijas que pudo adquirir prestadas de todos sus vecinos y se encerró en su casa con sus dos hijos. Ellos la presentaban las vasijas, y ella echaba del aceite, y cuando estuvieron ya todas llenas, dijo al uno: Trae otra vasija; y él respondió: No la tengo. Entonces paró el aceite. La buena viuda, llena de admiracion, de consuelo y de agradecimiento al Señor y á su profeta, no se atrevió á tocar al aceite milagroso sin permiso del hombre de Dios por cuya intercesion se habia hecho este prodigio, y fué á arrojarse á sus piés y á pedirle su permiso. Anda, la dijo Eliséo, vende el aceite, paga á tu acreedor, vivid tú y tus dos hijos de lo que quede.

Hijo de la Sunamitis, concedido milagrosamente por la misma intercesion. *

La fama de este nuevo prodigio, que luego se divulgó, hizo mas célebre el nombre de Eliséo. Los buenos Israelitas vieron á Elías en su discípulo, y se confirmaron mas y mas en la piedad y la religion; y los impíos, como sucede en todos los siglos, hablaron un poco de él, dudaron y se olvidaron. Presto se siguieron á esta maravilla otras que tuvieron los mismos efectos. Después que Eliséo habia sucedido á Elías en la dignidad de superior de los hijos de los profetas, visitaba con frecuencia los diversos puntos del reino para sostener en ellos el celo de la religion y animarles á trabajar en la instruccion del pueblo. Ya habia ido mas de una vez hasta las cercanías del Carmelo, y al pasar por Suna, patria de la hermosa y casta Abisag, que dió calor á David en su ancianidad, se habia hospedado siempre en casa de un Israelita fiel, y hombre de consideracion en la ciudad, cuya esposa, tambien de consideracion por su calidad y mas por su virtud, habia obligado al hombre de Dios á que parase en su casa. Esta piadosa Israelita, deseosa de proporcionar á Eliséo un retiro acomodado á su ministerio; dijo á su marido: Tengo visto que este varon de Dios, que pasa frecuentemente por nuestra casa, es un santo. Hagámosle un pequeño aposento, y pongamos en él una cama, una silla, una mesa y un candelero para que, cuando venga á casa, se recoja en él y esté á su libertad. Convino en todo el marido y se preparó el aposento.

Al primer viaje disfrutó el profeta su nuevo albergue, y á ley de agradecido, deseó premiar á esta segunda Sunamita sus buenos officios. Llámamela, dijo á su criado Giezi, y habiendo ella venido á la puerta del aposento, la envió á decir por Giezi: Veo que nos has asistido con esmero en todo; ¿qué quieres que haga por ti? ¿tienes

algun negocio, y quieres que yo hable al rey ó al principe de la milicia? y ella contestó: Habito (en paz) en medio de mi pueblo. En vista de esta respuesta, preguntó Eliséo á Giezi: ¿qué quiere que haga por ella? y Giezi respondió: No se lo preguntéis. Ella no tiene hijos, y su marido es anciano. Pues bien, vuelve á llamarla; y habiendo venido, se paró á la entrada del aposento y el profeta la dijo: En este mismo dia y hora del año inmediato tendrás un hijo. No queráis por vuestra vida, señor mio, varon de Dios, respondió ella, no queráis lisonjear á vuestra sierva. Y concibió la mujer y tuvo un hijo en el mismo tiempo y hora que habia dicho el profeta.

Muere el niño del milagro.

Crió esta tierna y cariñosa madre á sus pechos este hijo del milagro, y le educaba con un cuidado, si cabe, mas que de madre. Creció el niño, y habiendo salido un dia para ir á su padre que estaba con los segadores, el mucho sol le pasó la cabeza, y luego principió á decir á su padre: Me duele la cabeza, la cabeza me duele. Tómame, dijo al punto su padre á un criado, y llévale á su madre. Esta le recibió, y traspasada de dolor al ver su estado, le puso sobre sus rodillas haciendo que se le aplicasen cuantos remedios fueron posibles, hasta que espiró sobre ellas al medio dia. No nos dice el texto santo que soltase ni una lágrima. Llena de fe y esperanza tomó su hijo en sus brazos, subió al aposento del hombre de Dios, le puso sobre su cama y cerró la puerta. Se fué al campo donde estaba su marido, le llamó aparte, y sin hablarle de la muerte de su hijo, ni dar la menor señal de ella, le dijo: Envía conmigo, te ruego, uno de los criados y una asna para ir corriendo al hombre de Dios, y me volveré. ¿Porqué quieres ir á él? la dijo su marido. Hoy no son calendas, ni sábado. Acostumbra ban los buenos Israelitas ir en estos dias á las sinagogas, ó á

los profetas ó doctores de la ley, á oír la palabra de Dios, y por la advertencia del marido se infiere que su mujer tenia esta costumbre; mas ella insistió en su viaje, y le contestó: que no quedase con cuidado, que volveria en paz; y mandando al criado que aparejase la asna, subió en ella y le dijo: Arrea y da prisa.

Partió, pues y fué al Carmelo, donde á la sazón se hallaba el hombre de Dios, y cuando llegó á su presencia, se arrojó á sus piés y se abrazó á ellos. Giezi, que conocia bien la delicadeza de su señor, extrañó mucho que una mujer estuviese abrazada á sus piés, se acercó á separarla; pero el hombre de Dios le dijo: Déjala, porque su alma está en amargura. Regaba esta afligida madre los piés del profeta con lágrimas de amargura, y en la grandeza de su dolor prorumpió en estas palabras: ¿Acaso pedí yo un hijo á mi señor? ¿Acaso no os dije que no me lisonjearais (con semejante esperanza)? No reconviene al profeta por reconvenirle, sino por obligarle á que alcance del Señor la resurreccion de su hijo; mas el profeta nada la contesta, y dirigiéndose á su criado Giezi, ciñete, le dice, toma mi báculo y marcha: caminarás con toda diligencia y le pondrás sobre el semblante del niño; pero la madre dijo al oírlo: Vive el Señor, y vive vuestra alma, que no os dejaré (sin que vos mismo vayais). Con esto el profeta se puso tambien en camino.

Eliséo le resucita.

Giezi habia ido delante y puesto el báculo sobre el semblante del niño, y el niño no recobraba voz ni sentido. Al ver esto, se volvió á decir á Eliséo: No ha resucitado el niño. No quiso el Señor honrar con el don de milagros á quien no habia concedido el don de profecía. Llegó Eliséo seguido de la madre del niño; entró en su aposento y vió al niño muerto y tendido sobre su misma cama, cerró la puerta, oró al Señor, y subiendo á la cama,

se tendió sobre el niño y puso su boca sobre la boca del niño, sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre sus manos, y principió á calentarse la carne del niño. Entonces Eliséo baja de la cama, se pasea por el cuarto, como dando tiempo para que acabase de entrar en calor. Vuelve á subir y á tenderse sobre el niño, y el niño bosteza; sigue bostezando por intervalos hasta siete veces, y á la sétima abre los ojos. Aquí Eliséo llamó á Giezi y le dijo: Que venga la Sunamitis, y al entrar esta en el aposento donde habia dejado á su hijo muerto, la dice Eliséo: Toma tu hijo vivo. Enajenada de gozo no corre á tomar el hijo, sino á arrojarse á los piés del profeta, y manifestar postrada en tierra su profundo agradecimiento. Toma en seguida á su hijo resucitado y corre á presentárselo á su marido.

En este hecho tan portentoso y circunstanciado se representa, segun la extensa explicacion que hace de él san Agustin, un gran misterio. En el niño muerto á Adan, en Giezi y el báculo que no tuvieron virtud para resucitarle, á la ley de Moisés que no lo era de vida como la de Jesucristo, y en Eliséo á Jesucristo y la vida que da su gracia. Muy semejante habia sido el portento que obró el Señor por medio de Elias, resucitando el hijo de la viuda de Sarepta.

Hambre de siete años en Israel.

Eliséo no solo recompensó la caridad de la Sunamita con alcanzar de Dios que la concediese un hijo, y con resucitársele, sino que la preservó con su marido é hijo del hambre de siete años que iba á principiar en Israel. Levanta tu casa, la dijo, y véte con tu familia fuera de tu pais adonde quiera que encuentres (modo de manteneros), porque el Señor ha llamado el hambre y vendrá sobre esta tierra por siete años. Sumisa y agradecida la Sunamitis al consejo del profeta, levantó luego su casa

y fué á establecerse á la tierra de los Filisteos, donde permaneció todo el tiempo que duró el hambre en Israel.

Peró Eliséo no tomó para sí el consejo que acababa de dar á la Sunamitis. El se miraba como un ministro del Señor destinado á ejecutar sus órdenes entre peligros, y si era necesario á costa de su vida, y á gobernar á los profetas é hijos de los profetas. En este supuesto se quedó en el reino y se fué á Gálgala, por donde habia pasado con Elías cuando este su querido maestro iba á ser arrebatado. Era Gálgala y sus cercanías la morada de gran número de hijos de los profetas que vivian juntos en retiro, y entre estos verdaderos Israelitas vivia Eliséo como su director, como su padre y como uno de ellos; pero este grande hombre parece que no podia dar un paso que no fuese señalado con un milagro.

Tres milagros sucesivos de Eliséo.

Se habia extendido por este tiempo el hambre sobre la tierra, y los hijos de los profetas participan cumplidamente de ella. Pon, dijo un dia al que le servia, una olla grande y cuece en ella un potaje para todos, y el sirviente salió luego á recoger algunas yerbas del campo para echar en el potaje. Por desgracia se encontró con una, como vid silvestre, y cogió de ella colquintidas hasta llenar su manto, y vuelto á casa, las picó y echó en la olla. Es tan nociva y sobre todo tan amarga la colquintida, que con mucha propiedad se la llama *huel de la tierra*; pero él no sabia lo que era, dice el sagrado texto. Cuando llegó la hora de comer el potaje, se repartió su porcion á cada uno; mas apenas le gustaron, clamaron todos, diciendo: ¡La muerte en la olla, varon de Dios! ¡la muerte en la olla! y no lo pudieron comer. Traedme harina, dijo inmediatamente Eliséo; y habiéndosela traído, la echó en la olla y dijo al sirviente: Vé dando á la gente para que coman, y ya no hubo amargura ni otro mal en ella.

Á este tiempo llegó un hombre de Baalsalisa, ciudad situada al otro lado del reino, trayendo al varon de Dios las primicias que no podia ofrecer en Jerusalem, y eran veinte panes de cebada y trigo nuevo en su alforja. Dálo á la gente para que coma, dijo Eliséo á su sirviente, y este respondió: ¿Qué es todo ello para ponerlo delante de cien hombres? Y volvió á decir Eliséo. Dálo á la gente para que coma, porque esto dice el Señor: Comerán, y sobraré. Púsolo, pues, delante de ellos, los cuales comieron (cuanto quisieron) y sobró segun la palabra del Señor. Si en doctrina de san Pablo todas las cosas sucedian en figura á los que vivieron bajo el antiguo Testamento, y todos eran sombras de las venideras, este aumento y sobrante de pan bien circunstanciadamente representaba la multiplicacion de panes en manos de Jesucristo.

Los continuos milagros que hacia Eliséo y los que acaba de obrar sanando el alimento venenoso, y saciando á sus discipulos con pan milagroso, hacian que acudiesen de todas partes hijos de los profetas á los contornos de Gálgala, tanto mas cuanto se aumentaba mas el hambre con que estaba castigando el Señor las idolatrías de Israel; y fué tal la concurrencia, que juzgaron necesario hacer nuevos establecimientos. Con esta idea se presentaron al profeta y padre comun, y le dijeron: Veis (señor) que el terreno en que habitamos es estrecho para todos. Irémos (si gustais) hasta el Jordán, y cada uno de nosotros llevará del bosque sus maderas, y edificaremos allí lugar para habitar; y el profeta les dijo: Andad. Venid vos tambien con vuestros siervos; y respondió: Tambien iré, y se fué con ellos.

Habiendo llegado al Jordán, que solo distaba de Gálgala dos leguas, principiaron el corte de maderas, pero sucedió que al concluir uno de ellos de cortar un árbol que estaba sobre la orilla del rio, saltó el hierro de su hacha y se hundió en el agua. ¡Ay, ay, ay de mí, señor mio! gritó el hombre, que esta hacha la habia to-

mado prestada. ¿En dónde ha caído? le preguntó Eliséo, que no por casualidad se hallaba allí; y el afligido discípulo le señaló el sitio. Entonces compadecido de él su maestro, cortó un palo, le echó al agua, y con doblado portento el palo no nada, se hunde, baja al fondo, se entra por el ojo del hierro, y el hierro sube, nada sobre el agua y viene á entregarse á la orilla. Tómale, dijo el maestro al discípulo, y este extiende su mano y le toma, dando gracias al Señor de los prodigios y al ministro por cuyo medio los obraba.

Estos milagros eran continuos, grandes y tenian llenos de asombro y poseídos de la mas profunda veneracion y agradecimiento los corazones sencillos y bien dispuestos; pero el convencer á los impíos parece que pedia milagros mas públicos y que aun diesen mas golpe, y tambien los concedió el Señor. A pesar de tantos, obrados por Eliséo, y que no podía ignorarlos Joran, pasando en su propio reino y casi al lado de su corte, este rey indiferente en materia de religion continuaba inalterable por los caminos de la impiedad. Dejaba correr el culto de los becerros de oro, y aun le fomenta á fin de que ninguno de sus súbditos fuese á adorar en Jerusalem. Para mover el Señor á este mal principe, ó á lo menos justificar á los ojos del universo el castigo que le reservaba, si no se convertia, hizo que los prodigios pasasen á su vista y la de su corte impía, que los debiese á aquel mismo profeta que en los desiertos de Idumea le habia dado en cara con su idolatría, y que fuesen tan públicos que se viesen hasta en los reinos extranjeros. Uno de los principales fué la curacion de Naaman. No se puede señalar á punto fijo el año de esta curacion, y por eso la hemos pospuesto al milagro del hierro hundido en el Jordán, con el fin de referir seguidamente los que se habian obrado esta vez en las campiñas de Gálgala.

Cura Eliséo al leproso Naaman Siro.

Era Naaman el general de los ejércitos de Benadad rey de Siria, y estaba muy apreciado de su señor por los grandes servicios que habia hecho á la nacion, y muy estimado en todo el reino, que le consideraba como su salvador; pero era leproso, y cuantos remedios se aplicaban á su mal eran inútiles. Mas el Señor, que queria hacer ostentacion de su poder en este potentado, dispuso las cosas de un modo igualmente suave que eficaz, para verificarlo. Las tropas de ladrones de Siria hicieron una correría en las tierras de Israel y cautivaron á una Israelita jóven, que llevaron á la corte de su reino. Su despejo y buenas prendas hicieron que la esposa de Naaman la tomase por doncella. Viendo la jóven Israelita el estado lastimoso é incurable de su amo, dijo un día á su señora: Ojalá que mi señor hubiese ido al profeta, que está en Samaria; sin duda le habria curado de la lepra. Parecia algo temeraria la seguridad con que contaba la jóven Israelita porque Eliséo no habia curado aun leproso alguno, y por cierto que nadie sino Naaman recibió del profeta este favor; pero era el Señor quien dirigia este asunto, y la esposa de Naaman no oyó con indiferencia las palabras de su doncella. Pasó luego á dar esta noticia á su marido, quien no se descuidó en comunicarla al rey, pidiéndole al mismo tiempo que le permitiese pasar al reino de Israel á probar este último remedio.

Quería mucho el monarca á su general y no solamente le concedió la licencia que pedia, sino que le dió carta de recomendacion para el monarca de Israel. Tomó Naaman la carta de su señor y partió luego, llevando consigo diez talentos de plata (mas de doscientos treinta y seis mil reales), seis mil monedas de oro (sobre trescientos treinta y un mil reales), y diez mudas de vestidos para regalar al profeta, si le curaba de la lepra. Entró en

Samaria con un magnífico tren y entregó al rey de Israel la carta de su amo el rey de Siria, concebida en estos términos: Cuando hubieres recibido esta carta, sabrás que te he enviado á Naaman, mi criado, para que le cures de su lepra. Cuando el rey de Israel leyó esta carta, rasgó sus vestiduras y exclamó: Pues qué, ¿soy yo acaso algún dios que pueda quitar y dar vida para que este me haya enviado á decir que curé á un hombre de su lepra? Advertid y ved, dijo á sus cortesanos, que no hace sino buscar ocasiones contra mí.

Supo Eliséo que el rey de Israel habia rasgado sus vestiduras y le envió á decir: ¿Porqué has rasgado tus vestiduras? Que venga á mí (Naaman) y sepa que hay profeta en Israel. Vino, pues, Naaman con sus caballos y carros y se paró á la puerta de Eliséo. Quería el profeta dar al extranjero una alta idea de Dios y de la dignidad de sus ministros, y ni le convidó á entrar en su casa ni salió á recibirle, y solo envió un criado para que le dijese: Vé y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne recibirá la sanidad y serás limpio. Un hombre del comun del pueblo habria bajado al Jordán, y lavándose siete veces, habria conseguido la salud; pero Naaman, llevado del orgullo á que está la grandeza tan expuesta, se irritó por el tratamiento del profeta y se marchaba diciendo: Yo creí que se me presentaría este hombre, y puesto en pié, invocaría el nombre del Señor su Dios, y tocaría con su mano mi lepra y me curaría. Pues qué, añadía, ¿no son mejores el Abaná y el Farfar, ríos de Damasco, que todas las aguas de Israel para lavarme en ellas y limpiarme? Y como hubiese vuelto ya la espalda y se marchase indignado, se acercaron á él sus criados y le dijeron: Padre, aunque el profeta os hubiera mandado una cosa dificultosa debiérais ciertamente hacerla (por la salud). ¿Cuánto mas cuando solo os dice: Laváos y quedaréis limpio? Naaman era hombre de talento, vió que tenían razon sus criados y se rindió á su consejo. Bajó al Jordán y se lavó siete veces conforme á lo que le

habia dicho el varon de Dios, y quedó limpio de la lepra, volviéndose su carne (tan hermosa y delicada) como la de un niño pequeñito, dice el sagrado texto.

Naaman se miraba y no se conocía, y su gozo, al verse libre de la lepra, era igual á su agradecimiento. Volvió al varon de Dios con toda su comitiva, y puesto en su presencia: Verdaderamente conozeo, le dijo, que no hay otro Dios en toda la tierra mas que el Dios de Israel. Y en seguida trató de ofrecer al profeta el oro, la plata y los vestidos preciosos de que venia prevenido, y pareciéndole poco en comparacion á la grandeza del beneficio recibido, hizo su ofrenda con cierto encogimiento, diciendo: Ruégoos que admitais esta bendicion (este presente) de vuestro siervo; pero Eliséo, haciendo ver al extranjero el desinterés de los ministros del Dios verdadero, vive el Señor, en cuya presencia estoy, dijo, que nada recibiré; y aunque Naaman porfió con un empeño que expresa el autor sagrado con la palabra *fuerza*, nada pudo conseguir; y cediendo á la firmeza del profeta, sea, dijo, como gustais; mas (ya que nada quereis tomar mio, yo quiero llevar algo vuestro) permitid á vuestro siervo que lleve la porcion de tierra que carguen dos mulos (para erigir un altar en mi pais), porque no volverá jamás vuestro siervo á ofrecer holocausto ni victima á dioses falsos, sino solo al Señor, Dios verdadero. Pero hay además en esto una cosa por la que rogaréis á Dios en favor de vuestro siervo, y es, que cuando entrare el rey mi señor en el templo de Remon para adorar (al ídolo) y sosteniéndose sobre mi mano, yo adoraré (me bajaré) mientras que él adora, perdone esto el Señor á vuestro siervo; y Eliséo le dijo: Véte en paz, esto es, puedes inclinarte para sostener al rey.

Codicia y lepra de Giezi.

Miraba Eliséo lleno de consuelo partir á Naaman;

pero Giezi, su criado, no quedaba contento. Le pareció que el hombre de Dios había sido demasiado generoso y decía entre sí : Mi amo ha perdonado á este Naaman , no recibiendo de él cosa alguna de lo que le ha traído ; pues, vive el Señor, que yo iré corriendo en pos de él y recibiré algo. Corrió Giezi en seguimiento de Naaman, y cuando este le vió correr hácia sí, saltó prontamente del carro y yendo á su encuentro, le dijo : ¿ Va todo bien ? y Giezi le respondió : Bien va ; pero mi señor me envia á que os diga : Acaban de llegar dos jóvenes del monte de Efraim, de los hijos de los profetas, dadles un talento de plata y dos mudas de vestidos. Mejor es, dijo Naaman, que lleves dos talentos, y le obligó á consentir en ello. Ató dos talentos de plata en dos sacos y dos mudas de vestidos y los cargó sobre dos criados, que los llevaron delante de Giezi. Habiendo llegado por la tarde á su casa, los tomó y los guardó en ella, y los criados se volvieron.

Giezi se presentó á Eliséo muy fresco y como si nada hubiera pasado. ¿ De dónde vienes ? le preguntó Eliséo, y Giezi le respondió : Vuestro siervo no ha ido á parte alguna. ¿ Pues qué no estaba presente mi espíritu cuando Naaman volvió de su carro á tu encuentro ? Ahora, pues, tú has tomado dinero y vestidos para comprar olivares y viñas, ovejas y bueyes, siervos y siervas, pues tambien la lepra de Naaman se pegará á tí y á tu linaje para siempre ; y Giezi salió de la presencia de Eliséo leproso como la nieve, esto es, cubierto de una lepra blanca como la nieve que era la mas dolorosa. Confundido y desconsolado se retiró Giezi de la casa de Eliséo y de la compañía de casi todos los Israelitas, con quienes no podian tener sociedad los leprosos, y se conjetura que por las oraciones del profeta y su arrepentimiento tuvo el Señor á bien librarle de ella ; pero lo que no admite conjeturas, es que en mas de medio siglo que vivió Eliséo despues de este suceso no se vuelve á ver que se sirviese de Giezi.

Sucedió con este milagro tan ruidoso poco mas ó menos que con los precedentes. En la corte de Israel se habló un poco mas de él, porque habia sacado al rey de su apuro ; y en la de Siria, porque se volvió á ver en ella al leproso Naaman lleno de salud ; pero ni en Israel se dejó de adorar á los dioses falsos, ni en Siria se adoró al Dios verdadero, si se exceptúa al agradecido, fiel y religioso Naaman.

Celadas del rey de Siria para coger prisionero al rey de Israel.

No habia por este tiempo una guerra declarada entre los reyes de Siria y de Israel ; pero habia frecuentes hostilidades. Los Sirios hacian correrias por las tierras de Israel, y los Israelitas las hacian por las de Siria. Con este motivo pensó el rey de Siria en acabar la guerra sin declararla, y el medio era coger al rey de Israel prisionero. Se informó menudamente de los dias y horas en que salia de su corte, de los sitios donde paseaba, y de la duracion de sus paseos y guardia que le acompañaba. Con estas noticias hizo salir por varios caminos pequeños cuerpos de tropas ; como para hacer correrias, pero dirigidas todas á emboscarse en el punto que habia escogido para la sorpresa. Estaban tan bien tomadas las medidas que solo por un milagro podria librarse el rey de Israel de caer en sus manos, y efectivamente un milagro le libró. No era por cierto acreedor á conservar su vida á costa de un prodigio un rey á quien no habian convertido tantos milagros ; pero el Señor queria agotar, por decirlo asi, su misericordia y cargarse de toda justicia antes de descargar el golpe terrible con que estaba amenazado, si no hacia penitencia.

Eliséo las descubre.

Eliséo se había trasladado de Gálgala á Dotan, ciudad cercana á Samaria, algunos meses antes, y en Dotan le reveló el Señor la emboscada de los Sirios. Avisó inmediatamente al rey de Israel, y este les previno. Creyó el rey de Siria que esta prevención del rey de Israel habria sido por una casualidad, y repitió la emboscada; pero le sucedió lo mismo, no solo en dos, ni en tres, sino en mas veces. Asonbrado al ver que se descubrian siempre sus disposiciones, juntó sus ministros y les dijo muy enojado: ¿Porqué no me manifestais quién es el que me hace traicion para con el rey de Israel? De ningun modo hay traicion, mi Señor y mi rey, dijo uno. Lo que hay es que Eliséo, el profeta de Israel, descubre al rey cuanto hablais en vuestros mas secretos consejos. Desatinado estaba el rey de Siria porque no sabia quién manifestaba al de Israel sus secretos, pero ahora que lo sabe, está mas desatinado. Manda que averigüen dónde vive Eliséo para ir á sorprenderle. ¡Qué disparate! ¡Pues qué! el que sabia los secretos de su gabinete ¿no sabia evitar su sorpresa como la de su rey? Pero la cólera no ve, y el rey de Siria rebosaba en cólera.

Intenta sorprender con sus tropas á Eliséo, y Eliséo las sorprende.

Averiguó que Eliséo estaba en Dotan y envió á sorprenderle, no ya un cuerpo de tropas, sino la caballería, los carros armados y lo mas fuerte del ejército. Llegaron de noche á la ciudad y luego la rodearon. Levantándose (al amanecer) el criado del profeta, que ya no era Giezi, vió al rededor de la ciudad el ejército, los caballos y los carros, y vino despavorido al profeta,

diciedo: ¡Ay, ay, ay, señor mio! ¿Qué harémos? (porque estamos cercados por un ejército de Sirios)... Bien lo sabia el profeta, y se habria retirado de la ciudad en tiempo, si le hubiera convenido, pero importaba mas esperarlos. No temas, dijo Eliséo al criado, porque mas hay con nosotros que con ellos. Entonces se puso en oracion y dijo: Abrid, Señor, los ojos de este para que vea; y abrió el Señor los ojos del criado y vió: y hé aquí un monte, y sobre él Eliséo rodeado de caballos y de carros de fuego. Con esta vision el criado se mostró ya tan intrépido, como cobarde se habia manifestado antes. Salieron de Dotan amo y criado y tomaron el camino de Samaria; pero luego fueron sorprendidos por los Sirios. Entonces Eliséo pidió al Señor diciendo: Hierre á esta gente con ceguera, y el Señor los hirió para que no viesen segun la palabra de Eliséo. Esta ceguera no era sino un deslumbramiento ó desatinamiento que no les permitia reconocer los objetos, como sucedió á los Sodomitas con la casa de Lot y á los Judíos con Jesucristo, que pasaba por medio de los que le buscaban sin que le conociesen. Los Sirios asi deslumbrados preguntaron á Eliséo por Eliséo y el lugar en que habitaba, y les contestó el profeta: No es esta la ciudad donde hallaréis á Eliséo. Seguidme y yo os manifestaré este varon que buscáis, y los condujo á Samaria. Luego que hubieron entrado en la ciudad, dijo Eliséo: Abrid, Señor, los ojos de estos para que vean; y vieron... ¡qué asombro! que era Eliséo el que les conducia y que se hallaban en medio de Samaria, capital de su enemigo.

Caridad que usó con ellos Eliséo.

Cuando el rey los vió en sus manos, dijo á Eliséo: ¿Los heriré, padre mio? No, respondió el profeta; porque no los has hecho prisioneros con tu espada ni con tu arco; antes pondrás delante de ellos pan y agua para

que coman y beban y se vuelvan á su señor, el rey de Siria. Les pusieron, pues, de comer y de beber en grande abundancia, y comieron y bebieron con un gozo y alegría inexplicable, porque solo habian contado ya con la muerte. Se despidieron en paz y se volvieron á Siria, donde contaron su prodigioso suceso, la piedad de Eliséo que les habia librado de la muerte, y la generosidad del rey que les habia presentado mesas abundantes.

Ingratitud del rey de Siria y sitio de Samaria.

Parecia que la conservacion de lo mas robusto del ejército de Siria, sus carros y caballos y el generoso trato que habian recibido de sus mismos enemigos debian hacer caer las armas de las manos de Benadad su rey, manifestarse lleno de agradecimiento y hacer una paz sincera y perpétua con el rey de Israel; pero nada sucedió de eso, y si se exceptúan las incursiones de los ladrones que cesaron desde entonces, en lo demás el rey de Siria siguió portándose como antes y aun peor. Creyó que haber recibido un beneficio del rey de Israel era para él una afrenta, y solo pensó en vengarse. Hasta del retiro de los ladrones que hacian antes correrias por las tierras de Israel se aprovechó Benadad, porque engrasó con ellos su ejército. No parece que pasó mas tiempo en presentarse á las puertas de Samaria y cercar la corte del rey de Israel que el necesario para ordenar su ejército y hacer las prevenciones de guerra, aunque nada nos dicen los Libros santos de este famoso sitio que se cree duró cerca de dos años, sino el apuro en que puso Benadad á Samaria y el modo milagroso con que Joran salió de él, y que vamos á referir.

Hambre en este sitio.

Corria el año quinto del hambre con que por siete castigó el Señor á Israel. El sitio era cada vez mas riguroso y los alimentos escasearon tanto y se pusieron tan caros que llegó á venderse, dice el historiador sagrado, la cabeza de un asno en ochenta monedas de plata (mas de seiscientos y treinta reales), y el cuartillo de un cabo (como catorce onzas) de estiércol de palomas en cinco (mas de treinta y nueve reales); pero sobre todo el caso siguiente manifiesta el extremo á que llegó el hambre y á lo que obliga.

Caso terrible entre dos madres.

Pasaba el rey un dia por el muro reconociendo el estado del sitio y le gritó una mujer: Salvadme, mi rey y señor. Volvióse á ella el rey, y en la imposibilidad de socorrerla; si el Señor no te salva, la dijo, ¿cómo puedo yo salvarte? ¿qué quieres que yo haga? (justicia, señor, justicia). Esta mujer (que traigo á vuestro tribunal) me dijo: Da hoy tu hijo para comérnosle, y despues nos comeremos el mio. Cocimos mi hijo y nos le hemos comido, y yo la he dicho: Da tu hijo para que nos le comamos, y ella le ha escondido (y no le quiere entregar). Estremecido el rey al oír cosa tan horrible, no tuvo ánimo bastante para responderla. Rasgó sus vestiduras y continuó caminando sobre el muro. Entónces vió todo el pueblo el cilicio que llevaba vestido á raiz de la carne; porque al fin, agobiado con el peso de tantos males, se habia humillado y procuraba aplacar al Señor, á ejemplo de su padre Acab, penitente por algunos dias; pero en vano afligia su carne, no agotando el manantial de las calamidades públicas, que era la idolatría. El caso que acababa de oír en vez de aumentar su arrepenti-

miento y sus ruegos al Señor, le arrojó en la desesperación y protestó la ejecución de un crimen hasta con juramento. Esto haga conmigo el Señor, dijo, y esto añada, si la cabeza de Eliséo queda hoy sobre sus hombros. Ya este rey blasfemo había echado la culpa á Dios de la falta de agua en los desiertos de Idumea, y ahora la quiere echar al hombre de Dios del hambre de Samaria.

Estaba Eliséo en su casa y con él los ancianos de la ciudad, cuando el rey en su furor mandó á un verdugo que fuese á la casa del profeta y le cortara la cabeza; pero antes que llegase aquel portador de la muerte, dijo Eliséo á los ancianos: ¿Sabeis que el hijo del homicida (Acab) ha enviado aquí á cortarme la cabeza? Cuidad, pues, cuando venga el verdugo, de cerrarle la puerta y no dejarle entrar porque el rey viene detrás de él (á estorbar la ejecución). Aun estaba hablando Eliséo, cuando apareció el verdugo, y en seguida el rey, que entrando en la casa del profeta, dijo: Hé ahí que todo este gran mal nos viene del Señor; ¿qué esperaré ya del Señor?

Pronóstico de Eliséo.

Eliséo no hizo cargo al rey de la blasfemia que acababa de proferir, ni del decreto de muerte que había pronunciado contra su vida, y sin hablarle ni una sola palabra, oíd, dijo (á toda la concurrencia), oíd la palabra del Señor. Mañana á esta hora el modio (dos celemines), de flor de harina costará en la puerta de Samaria un estáter (dos reales); entonces uno de los capitanes, sobre cuyo brazo se apoyaba el rey, dijo al hombre de Dios: Aunque el Señor abriese cataratas en el cielo (para llover trigo sobre la tierra) ¿podría suceder lo que decís? Con tus ojos lo verás, dijo el profeta, pero no lo comerás.

Había cuatro leprosos á la entrada de la puerta de Samaria, por fuera y distantes de ella segun la ley, y

cuando llegó á tanto el hambre, que ya nadie les socorria, dijeron unos á otros: ¿Para qué nos hemos de estar aquí hasta morirnos? vamos al campamento de los Sirios. Si nos perdonasen la vida, vivirémos, y si quisiesen matarnos, lo mismo es, porque tambien aquí morirémos. Salieron, pues, al anocheecer y se dirigieron al campamento de los Sirios, y cuando llegaron á la entrada, á nadie hallaron, porque el Señor había hecho que se oyese en el campamento un ruido espantoso de carros, caballos, y un ejército muy numeroso, y dijeron: Sin duda el rey de Israel ha traído en su socorro á los reyes de los Heteos y de los Egipcios y viene sobre nosotros. Con este miedo se levantaron, echaron á huir entre las tinieblas de la noche y dejaron sus tiendas, sus caballos y sus asnos en el campamento, anhelando solamente á salvar sus vidas.

Luego que llegaron los leprosos al principio del campamento, entraron en una tienda, comieron y bebieron, y tomaron plata, oro y vestidos, y lo escondieron. Fueron á otra tienda é hicieron lo mismo. Entonces ya dijeron: No obramos bien, porque este día es de buena nueva; si calláremos y no diéremos parte hasta mañana, podrá en este tiempo suceder cualquiera cosa, y se nos acusará de reos. Vamos, pues, á dar aviso en el palacio del rey; y habiendo llegado á la puerta de la ciudad, donde no podían entrar como leprosos, dijeron á la guardia: Hemos ido al campamento y no hemos hallado hombre alguno, sino caballos y asnos atados y tiendas colgadas; y los guardias dieron aviso al rey, el cual se levantó de noche y dijo á sus siervos: Hé aquí lo que han hecho con nosotros los Sirios. Saben que estamos acosados del hambre, y por eso se han salido del campamento y estan escondidos por los campos, esperando que salgamos de la ciudad para cogernos vivos y entrar despues en ella, y dijo al rey uno de ellos: Tomemos cinco caballos que nos han quedado, y con ellos podemos hacer una descubierta. Trajeron dos de los cinco

y envió el rey dos exploradores al campamento de los Sirios, diciéndoles : Id y ved. Estos se dirigieron al campamento, siguieron las huellas de los Sirios hasta el Jordán, que ya habían pasado : hallaron todo el camino lleno de vestidos y de vasos que habían arrojado en su huida, y vinieron y lo dijeron al rey.

Entonces el rey, que por precaucion á nadie había permitido salir de la ciudad hasta que volviesen los exploradores, mandó abrir las puertas, y saliendo el pueblo, saqueó el campamento de los Sirios, y se halló tanta abundancia de viveres, que un modio de flor de harina se vendió por un estáter, y dos modios de cebada por un estáter segun la palabra del Señor. El rey, para conservar el orden, puso á la puerta de la ciudad aquel oficial sobre cuyo brazo se apoyaba, al cual atropelló el gentío y murió, conforme á esto que había dicho el varon de Dios : Con tus ojos lo verás, pero no lo comerás; con lo cual quedó concluido todo lo que había anunciado Eliséo.

Los prodigios eran incontestables y el rey y todo Israel eran testigos de ellos, pero ni el rey ni Israel mudaron de conducta. Nada sirve que el entendimiento esté convencido, si la pasion tiene preso el corazon y no le deja seguir sus luces. La idolatría y el culto de los becerros de oro seguian triunfando de la verdadera religion y de los milagros. El hambre, que había siete años que desolaba el reino, cesó por este tiempo, y el Señor por un nuevo género de castigo dejó de castigar. El rey y los súbditos se creyeron inocentes porque no continuaba sus golpes la divina Justicia, y no pensaron que la multiplicacion de delitos á que daba lugar este reposo, llenaba la medida para que viniesen sobre ellos las mayores calamidades.

Restitucion de sus bienes á la Sunamitis.

Despues del levantamiento del sitio de Samaria, Eliséo se retiró á la soledad, y su misma ausencia parecia dar motivo á hablar mas de sus prodigios. Siempre en las cortes se encuentra lo mas incrédulo y lo mas curioso. Los cortesanos hablaban de ellos con tanta frecuencia como inutilidad, y el rey quiso tambien saber, no solo los hechos, sino las circunstancias que les habían acompañado. Dijéronle que Giezi, criado antiguo de Eliséo, y que le había acompañado siempre hasta que contrajo de lepra de Naaman, era el hombre mas á propósito para satisfacer en esta parte la curiosidad del rey. Joran hizo llamar á Giezi, y fuera que estuviese ya limpio de la lepra, ó que de lo contrario hablase al rey desde cierta distancia, como los leprosos que hablaron á Jesucristo, lo cierto es, que tuvo su entrevista con el rey. Cuéntame, le dijo el monarca, las maravillas que ha hecho Eliséo (y que no han pasado á mi vista), y Giezi comenzó luego su historia, y la referia tanto mas circunstanciadamente, cuanto queria mas á su antiguo amo, y se gloriaba de haber sido su criado; pero al mejor tiempo y cuando estaba contando el modo con que Eliséo había resucitado al hijo de la Sunamitis, se presentó una mujer con un niño de la mano (habría muerto su marido) clamando al rey por su casa y por sus tierras. Giezi la conoció, y fuera de sí de gozo, exclamó : Esta es, mi señor y mi rey, esta es la mujer de quien os estoy hablando, y este es el niño que resucitó mi buen amo. El rey tuvo un singular contento de esta ocurrencia, y gustó de que la misma mujer le refriese los prodigios; y se los refirió cual nadie podía hacerlo como ella. La preguntó despues sobre su demanda, y ella contestó diciendo : que tenía casa y posesiones en Israel, pero que avisada por el mismo Eliséo del hambre de siete años que iba á afligir al reino, y guiada por su consejo, se

habia retirado con su familia al pais de los Filisteos. Que habiendo cesado el hambre, y vuelto á su ciudad de Suna, habia hallado ocupada su casa y posesiones por hombres poderosos que se negaban á entregárselas : que esta era su demanda. Vió el rey que la peticion era justa, y mandó á uno de sus ministros que la acompañase á Suna y la pusiese en posesion de todos sus bienes y además de todas las rentas que habian producido. Nada mas dice la historia, ni del leproso Giezi, ni de la famosa Sunamitis.

Consulta el rey de Siria á Eliséo sobre su enfermidad.

Por este tiempo pasó Eliséo á Damasco en ocasion que Benadad, rey de Siria, estaba enfermo. Dieron aviso al rey de su venida, y dijo el rey á Hazael, su primer ministro y privado : Toma contigo presentes, vé á su encuentro y consulta por él al Señor si podré salir de esta mi enfermedad. Fué, pues, Hazael á encontrarle llevando consigo cuarenta camellos cargados de lo mas precioso de Damasco, y puesto en su presencia, dijo : Vuestro hijo Benadad, rey de Siria, me envia á preguntaros si podrá sanar de su enfermedad. Dile, respondió Eliséo, que sanará (porque en efecto su enfermedad no era mortal), pero el Señor me ha dicho, añadió, que morirá de muerte (porque le quitarian la vida violentamente). Dicho esto, el varon de Dios quedó inmóvil, se turbó, se le mudó el semblante y echó á llorar. Muy admirado Hazael de lo que veia, le preguntó : ¿Pues porqué llora mi señor? Porque sé, dijo el profeta, los males que has de hacer á los hijos de Israel. Entregarás al fuego sus ciudades muradas, pasarás á cuchillo sus jóvenes, estrellarás sus niños, y dividirás á las embarazadas. Pues qué, dijo aquí Hazael, ¿soy yo algun perro para hacer cosas semejantes? El Señor, dijo entonces Eliséo, me ha revelado que tú serás rey de Siria, y se retiró.

Muere sofocado por Hazael y este ocupa el trono.

Hazael era aquel á quien Elias de orden del Señor habia ungido secretamente rey de Siria hacia ya mas de veinte y cinco años. Esta uncion, la altura en que se veia colocado, y su privanza con el rey le hacian mirar ya cercano el trono, y la declaracion de Eliséo le confirmó en esta idea. Hazael debia esperar que le colocase en él la mano del Señor que le habia elegido, pero el resplandor de una corona tan cercana le deslumbró y ya no pensó sino en ceñirsela. Despedido de Eliséo, volvió á su señor, quien le preguntó al momento : ¿Qué te ha dicho Eliséo? Me ha dicho que recobraréis la salud; pero Hazael, regicida ya de intencion y de deseo, no tardó en serlo de hecho. El dia siguiente tomó un cohibtor, lo empapó en agua, y cuando fué á ver al rey, echándole sobre su cara, le cortó el habla y la respiracion y le ahogó; y muerto el rey, reinó el regicida en su lugar. Algunos años despues justificó excesivamente las lágrimas que su vista habia sacado de los ojos del profeta, como veremos á su tiempo.

Declara el rey de Israel la guerra á la Siria y le acompaña el rey de Judá.

Joran, que despues del cerco de Samaria en que los Sirios le habian hecho sufrir tanto, no pensaba sino en desquitarse, creyó que la muerte de Benadad le presentaba circunstancias muy favorables, porque un usurpador elevado al trono sobre el cadáver de su rey, no debia hallarse ni seguro, ni en estado de hacer gran resistencia. Declaró, pues, la guerra á Hazael y la principió por el cerco de Ramot Galaad, de aquella fortaleza que habia causado la muerte de Acab, su padre, y puesto en tanto peligro la vida de Josafát. Para esta guerra se

habia coligado con Ocozias, rey de Judá, y ambos reyes fueron al frente de sus tropas á la conquista de Ramot Galaad. Joran recibió muchas heridas en los primeros encuentros y tuvo que retirarse á Jezrael á curarse, dejando la continuacion del sitio á Jehú, hijo de Josafát y nieto de Nansi, que mandaba el ejército bajo las órdenes de los dos reyes. El de Judá habia salido sin heridas del combate, y pasó tambien á Jezrael á visitar á Joran y consolarle. Jehú era un gran general, y supo muy bien pasarse sin los dos reyes. Despues de algunos meses y de varios ataques se hizo dueño de la ciudad y se estableció en ella, y aquí se preparó el teatro de las escenas sangrientas anunciadas tantas veces por los profetas y que iban á vengar al Señor de un modo terrible.

Un discípulo de Eliséo unge á Jehú rey sobre Israel.

Á este tiempo llamó Eliséo á uno de los hijos de los profetas, y le dijo : Cíñete tus vestidos, toma esta ampollita de aceite y vé á Ramot Galaad. Cuando llegares, irás á la casa de Jehú, le llamarás de en medio de sus camaradas, le llevarás á un cuarto retirado, y allí tomando la ampollita de aceite, la derramarás sobre su cabeza y le dirás : Esto dice el Señor : Te he ungido rey sobre Israel. Abrirás al momento la puerta y huirás de allí. Fué, pues, el jóven profeta á Ramot Galaad, entró en la habitación de Jehú, y viendo allí sentados á los primeros oficiales del ejército, dijo : Tengo una palabra que comunicaros ¡oh príncipe! y dijo Jehú : ¿Á quién de todos nosotros? Á vos ¡oh príncipe! Levantóse Jehú y entró en un aposento, y el jóven enviado por Eliséo derramó el aceite sobre su cabeza, y dijo : Esto dice el Señor : Te he ungido rey sobre Israel, mi pueblo, y herirás la casa de Acab, tu señor, y (por tu mano) vengaré la sangre de mis profetas y la sangre de todos mis siervos de la mano de Jezabel, y destruiré toda la casa de

Acab, y mataré de la casa de Acab hasta el que está encerrado en el vientre de su madre, hasta el postrero de su familia en Israel, hasta el perro que mea á la pared. Trataré á la casa de Acab como á la casa de Jeroboan, hijo de Nabat, y como á la casa de Baasa, hijo de Abías. Y á Jezabel comerán los perros en el campo de Jezrael y no habrá quien la entierre, y abrió la puerta y huyó.

Volvió Jehú adonde estaban sus camaradas, los cuales le preguntaron : ¿Va bien todo? ¿Á qué fin ha venido á ti ese loco? (tal es el nombre que una oficialidad idólatra da al profeta del Señor). ¿Conoceis, dijo Jehú, á ese hombre y lo que ha dicho? Ello es falso, le dijeron: sin embargo dínoslo. Y Jehú dijo : Así y así me habló, y dijo : Esto dice el Señor : te he ungido rey sobre Israel. (¡Tú qué dices!) Al momento se levantaron todos apresurados y tomando cada uno su capa, las pusieron bajo de los piés de Jehú á manera de tribunal, y tocando la trompeta, gritaron á una voz : Reinó Jehú, y luego fué proclamado rey de Israel por todo el ejército. Era Jehú muy advertido y previsor, y su primera atencion se dirigió á sorprender en Jezrael á Joran antes que huyese á Samaria, donde no bastaría todo el ejército para sacarle de ella. Si lo teneis á bien, dijo á los oficiales, ninguno salga de la ciudad para que no vaya á dar la noticia en Jezrael. Todos aprobaron el pensamiento, y luego se pusieron en marcha para Jezrael con todo el ejército y su nuevo rey al frente. Cuando ya se pudieron ver desde la ciudad las primeras tropas, dijo el centinela que estaba en la torre : Veo un tropel de gente, y mandó Joran á uno de sus oficiales que tomase inmediatamente un carro, saliese al encuentro y preguntase : ¿Por ventura va bien todo? Fué, pues, el oficial inmediatamente á su encuentro y dijo : Esto pregunta el rey : ¿Está todo en paz? ¿Qué tienes tú con la paz? respondió Jehú : pasa atrás y sígueme. Dió aviso el centinela segunda vez diciendo : El oficial llegó á ellos, y no vuelve. Envió Joran otro oficial á su encuentro y dijo : Esto pregunta el rey :

¿Tenemos paz? Y respondió Jehú : ¿Qué tienes tú con la paz? Pasa atrás y sígueme; y el centinela dió aviso, diciendo : El oficial ha llegado hasta ellos y no vuelve, y añadió : el andar es de Jehú, nieto de Nansi, porque viene con precipitación.

Muerte de Joran, rey de Israel.

Aquí ya dijo Joran : Uncid mi carro; y le uncieron, y saliendo Joran, rey de Israel, y Ocozías, rey de Judá, cada uno en su carro, fueron al encuentro de Jehú y le hallaron en el campo de Nabot Jezraelita. Luego que Joran vió á Jehú, le dijo : Jehú, ¿hay paz? ¿Qué paz? respondió Jehú. Las fornicaciones de Jezabel, tu madre, y sus abominaciones estan en su fuerza. Entonces Joran volvió riendas, y huyendo, dijo á Ocozías : Traición, Ocozías; pero Jehú templó su arco, arrojó su flecha é hirió á Joran entre las espaldas, pasando la saeta por su corazón. Al punto cayó Joran muerto en el carro; y dijo Jehú al capitán Badacer : Sácale y tírale en el campo de Nabot Jezraelita, porque tengo presente que, cuando tú y yo sentados en un carro seguíamos á Acab, su padre, el Señor pronunció contra él esta sentencia : Yo tomaré venganza en tí (en tu sangre) de la sangre de Nabot y de la sangre de sus hijos (que como de aquí consta fueron muertos también con su padre).

Muerte de Ocozías, rey de Judá.

Viendo esto Ocozías, rey de Judá, huyó por el camino de la huerta (hecha de la viña de Nabot), y Jehú le fué persiguiendo y dijo á sus tropas : Herid también á este en su carro, y le hirieron en la subida de Gaver, y herido pudo huir hasta Magedo, donde murió. Sus criados le pusieron en su carro, le llevaron á Jerusalem

y le enterraron en el sepulcro de sus padres en la ciudad de David. Este fin tuvieron los dos reyes de Israel y de Judá, el primero despues de once años de reinado, y el segundo de un año escaso; y con esto quedaron instruidos los dos reinos de que mas pronto ó mas tarde las amenazas del Señor se cumplen, cuando los culpables no las previenen con la penitencia.

JEHÚ, UNDÉCIMO REY DE ISRAEL.

Los primeros golpes de Jehú, aunque en personas tan elevadas, no eran mas que la señal de la tragedia sangrienta que se principiaba á ejecutar. Aun vivía la mujer mas indigna de vivir. Esta era Jezabel, mujer de Acab y madre de Joran. Jehú, despues de la muerte de Ocozías, volvió sobre Jezrael, donde habia quedado Jezabel, y cuando esta mujer soberbia supo que se acercaba Jehú, se pintó los ojos, adornó su cabeza y se puso á mirar por la ventana (que habia sobre la puerta de la ciudad) á Jehú que entraba, y principió á acusarle y provocarle diciendo : ¿Puede acaso tener paz (el nuevo) Zambri que ha quitado la vida á su señor? ¿Qué mujer es esa? preguntó Jehú levantando su vista á la ventana; y los dos eunucos que estaban á sus lados contestaron con una profunda reverencia. El nuevo rey la conotió y dijo á los dos que la acompañaban : Arrojadla de la ventana, y ellos la arrojaron.

Muerte de Jezabel, madre de Joran.

Jezabel fué estrellada á la puerta de la ciudad, su sangre saltó por todas partes y regó hasta las paredes de la entrada, y los caballos que pasaban la pisaron y trillaron. Libre Jehú de esta furia que habia despedazado por mas de treinta años el reino de Israel, degollado

sus profetas, perseguido y aniquilado en cuanto habia podido el culto del Dios de Abraham, Isaac y Jacob, y establecido y fomentado por cuantos medios habia encontrado el de Baal, ídolo de los Sidonios... y cumplida la primera parte de la sentencia, tantas veces pronunciada contra esta impía, entró Jehú en palacio á comer con los principales oficiales del ejército. En la comida se acordó de Jezabel y dijo á una partida de su guardia : Id y ved esa maldita y enterradla; porque al fin es hija de rey. Cuando fueron, ya no hallaron mas que la calavera, los piés y las extremidades de las manos; y volviéndose asombrados á decirlo á Jehú, se ha cumplido, dijo Jehú al oírlo, la palabra que el Señor anunció por boca de su siervo Elías Tesbite : En el campo de Jezrael comerán los perros las carnes de Jezabel, y sus reliquias (serán derramadas) en el campo de Jezrael, como el estiércol sobre la haz de la tierra; y preguntarán los que pasen : ¡ Es esta aquella Jezabel!!!

Muerte de setenta príncipes, hijos de Acab.

Solo habian muerto hasta ahora de la casa de Acab los malvados que no merecian ni la clemencia de Dios, ni la compasion de los hombres; pero debia ser derramada toda la sangre de Acab. Así lo habia ordenado el Árbitro soberano de la sangre y de la vida de los hombres para escarmiento de los grandes criminales. Setenta príncipes, hijos de Acab, se contaban en Samaria; y escribió Jehú una carta á los principales de la ciudad, á los ancianos y á los ayos de los hijos de Acab, diciendo : Luego que recibais esta carta los que teneis los hijos de vuestro dueño, los carros, los caballos y las ciudades fuertes, elegid al que os parezca mejor y colocadle sobre el trono de su padre y combatid por su causa.

Al leerla, todos quedaron asombrados y dijeron : Dos

reyes no pudieron hacerle frente, ¿podrémos resistirle nosotros? Enviaron, pues, á decir á Jehú los mayordomos de palacio, los que gobernaban la ciudad, los ancianos y los ayos : Vasallos vuestros somos : harémos lo que nos mandeis. Nosotros no constituirémos rey. Haced lo que os parezca bien. Esta sumision de la capital, ciudad tan fuerte que habia resistido tantos años á todo el poder de la Siria, no debió mirarse sino como obra del Señor, que ponía en manos de Jehú la descendencia de Acab para que la exterminase. El nuevo rey se aprovechó sin perder momento de esta sumision y escribió segunda carta, diciendo : Si sois míos y me obedecéis, tomad las cabezas de los hijos de vuestro dueño y venid á mí mañana á Jezrael á esta misma hora. La órden era terrible, erizaba los cabellos; pero era mas terrible el miedo que les infundia Jehú. Tomaron, pues, los setenta hijos del rey y los decapitaron, y poniendo sus cabezas en cestos, las enviaron á Jezrael. Llegó á la ciudad de noche, cuando ya estaban cerradas las puertas, el imponente y lastimoso presente de setenta cabezas reales; y avisado Jehú de su llegada, mandó que las pusiesen en dos montones á los dos lados de la entrada de la ciudad hasta la mañana. Luego que llegó el día, fué Jehú allá y habló á todo el pueblo que habia concurrido, diciendo : Justos sois. Si yo conspiré contra mi señor y le he quitado la vida, ¿quién ha muerto á todos estos? Conoced, pues, que no ha caído en tierra ninguna de las palabras que habló el Señor acerca de la casa de Acab, y que el Señor ha hecho lo que habló por boca de su siervo Elías; que fué decirles : Las muertes de tantos hombres de la familia de Acab son golpes de la ira del Señor, que después de tantos años, tantas amenazas y tantos avisos, en vez de ser aplacada con la enmienda y la penitencia, ha sido provocada con la continuacion y aumento de las idolatrías y las abominaciones.

Muerte de toda la familia que habia de Acab en Jezrael y de todos sus sacerdotes y de cuarenta y dos sobrinos del rey Ocozías.

Jehú hizo matar á todos los que habian quedado de la casa de Acab en Jezrael, y á todos los principales y familiares (de Acab) y á todos sus sacerdotes, hasta no quedar reliquia de él. Concluida la matanza en Jezrael, salió Jehú para Samaria, y habiendo llegado á una cabaña de pastores que habia en el camino, halló á los sobrinos del rey Ocozías, que acababa de matar, y les dijo: ¿Quiénes sois vosotros? Somos, le respondieron, los sobrinos del rey Ocozías que hemos venido á saludar á los hijos del rey y la reina (de Israel), y dijo Jehú: Prendedlos, y los prendieron y degollaron en una cisterna cercana á la cabaña, sin dejar ni uno de los cuarenta y dos que se encontraron.

Encuentro de Jonadab, hijo de Recab.

Siguiendo su camino y acercándose á la ciudad, se halló con el famoso Jonadab, hijo de Recab, que venia á recibirle. Era Jonadab un Israelita de mucha virtud y de singular piedad, hombre extraordinario que en aquellos tiempos de confusion, de idolatrias y de abominaciones, supo empeñar á todos sus descendientes á que abrazasen un género de vida tan austera que se obligaban á vivir en soledades bajo de tiendas ó en cabañas, sin posesiones, sin bienes... y á no beber jamás vino, obligacion que cumplian con fidelidad cerca de trescientos años despues en tiempo del profeta Jeremías y del famoso sitio de Jerusalem por Nabucodonosor. (Véase *Recabitas* página 328 del primer tomo.) Jehú le saludó con mucha atencion y le dijo: ¿Es recto tu corazon con el mio, como lo es mi corazon con el tuyo? Lo es, res-

pondió Jonadab. Pues si lo es, replicó Jehú, dame la mano; y le subió á su carro, diciendo: Ven y verás mi celo por el Señor; y le llevó á Samaria.

Muerte de toda la familia que habia de Acab en Samaria.

En ella hizo quitar la vida á todos los que habian quedado de la familia de Acab sin dejar uno, conforme á la palabra que el Señor habia dicho por boca de Elías. Juntó despues á todo el pueblo, y les dijo: Acab honró poco á Baal, yo le honraré mucho mas. Convocad á todos los profetas de Baal y á todos sus servidores y á todos sus sacerdotes; no quede ni uno que no venga, porque voy á hacer á Baal un gran sacrificio. Todo aquel que no viniere, morirá. Mas Jehú hacia esto con astucia para exterminar todos los servidores de Baal. Es digno sin duda del mayor elogio el celo que muestra aquí Jehú contra el infame culto de Baal; pero no se puede aprobar y menos imitar la ficcion de que se vale; mas él llevó adelanté su engaño. Envió órdenes por todos los términos de Israel y vinieron todos los servidores de Baal, sin que quedase ni uno que no concudiese. Todos entraron en el templo de Baal y todo se llenó de cabo á cabo. Sacad, dijo entonces Jehú á los custodios, las vestiduras para todos los siervos de Baal, y entrando despues en el templo, dijo á los sacerdotes de Baal: Registrad y ved que no haya ninguno con vosotros que no sea servidor de Baal, y principiaron á ofrecer victimas y holocaustos á Baal. Mientras que los ofrecian, Jehú puso á la puerta del templo ochenta hombres, previniéndoles que si dejasen salir á alguno, su alma seria por el alma del que saliese.

Muerte de todos los profetas, sacerdotes y siervos de Baal.

Cuando acabaron los idólatras de ofrecer los holocaustos, dijo Jehú á los capitanes y la tropa: Entrad y matadlos. Ninguno se libre, y á todos los pasaron á filo de espada, y los arrojaron fuera del templo para que sirviesen de espanto y de escarmiento. Mas este templo, que acababa de ser la tumba de tantos muertos, no era el único consagrado al culto de Baal. Acab había edificado otro en las cercanías de la ciudad, colocando en él una grande estatua de Baal y plantando en rededor un bosque consagrado al ídolo. Fueron allá los capitanes y sus tropas, hicieron pedazos la estatua, quemaron el templo y talaron el bosque. Volvieron luego al primero, que estaba situado en una de las orillas de la ciudad, y le derribaron, haciendo de él letrinas, que aun duraban trescientos años despues. Así exterminó Jehú el culto de Baal.

Jehú no destruye los becerros de oro.

Con esto parecia que se habian cumplido todas las órdenes del Señor. El culto de Baal quedaba ya borrado en Israel, sus templos estaban reducidos á escombros, ó á usos inmundos, su bosque talado, muertos sus sacerdotes, disipados sus adoradores, y los reyes, autores y protectores de estas abominaciones, entregados á las sombras de la muerte. Mucha sangre habia costado llegar á este punto. Habia sido necesario derribar las mas altas cabezas, exponerse á la indignacion de los idólatras y aun arriesgar la vida; pero Jehú solo habia atendido á cumplir la voluntad del Señor, y así dijo el Señor á Jehú: Porque has hecho con celo lo que era recto y agradable á mis ojos, y has ejecutado todo lo que yo habia dicho, tus hijos, hasta la cuarta generacion, se sentarán sobre el trono de Israel. Esta prontitud con que

el Señor premió los servicios que Jehú habia hecho hasta aquí, parecia no tener otro objeto que sostener el celo de Jehú y animarle á que concluyese la obra comenzada; porque en efecto Jehú hasta ahora no habia hecho sino principiar á desterrar la idolatría de Israel. Habia destruido, es verdad, el ídolo de la corte, pero quedaban los ídolos del reino. Baal habia caído del altar y se habia hecho pedazos como otro Dagon, pero los becerros de oro permanecian sobre sus columnas; y ninguno acaso, desde que se colocaron en ellas, tuvo mas fuerzas á su disposicion para derribarlos. Todo se habia rendido á su flecha y á su lanza, el ejército le adoraba y el pueblo le temia, le obedecia y hacia cuanto le mandaba; y si Jehú hubiera llevado hasta su fin la destruccion de la idolatría, reducido á polvo los becerros, como Moises, y obligado á los idólatras á beberlos en polvo, ya habria cesado en Israel la idolatría como cesó al pié del monte Horeb, y Jehú habria sido en este punto un segundo Moises; pero Jehú se estrelló contra el escollo en que se habian estrellado todos sus antecesores desde que la infernal política de Jeroboan puso esos escándalos en Israel. No quitó los becerros de oro que estaban en Betel y en Dan. No guardó la ley del Señor que mandaba no permitir jamás la idolatría en Israel, y condenaba á muerte á los idólatras. No anduvo, dice el sagrado texto, en la ley del Señor de todo su corazon, porque no se apartó de los pecados de Jeroboan, que habia hecho pecar á Israel.

Desdichas de Jehú y de Israel por no haberlos destruido.

De este envenenado y perenne manantial corrieron las desdichas que siguieron á Jehú en todo el resto de su reinado, viniendo á parar aquel general tan valiente que hacia temblar la tierra cuando cumplía las órdenes del Cielo en un pusilánime luego que abandonó la obra del

Señor y se hizo indigno de su protección. Hazael, rey de Siria, comprobó demasíadamente en este tiempo los motivos que tenía Eliséo para entregarse á tan amargo llanto cuando le anunció que sería rey. Declaró la guerra á Jehú, y estese defendió tan perdidamente, que el historiador sagrado sólo nos dice que Hazael derrotó las tropas de Jehú en todos los términos de Israel por la parte del oriente, tomando la tierra de Galaad, de Gad, de Ruben y de Manasés, desde Aroer hasta Basan. ¡Pérdidas imponderables para el reino de Israel, que quedaba despojado de las dos tribus y media que tenía al otro lado del Jordán, y expuesto á ser invadido por esta parte en cualquier tiempo, no teniendo en ella otra defensa que las tribus que perdía! Pero lo mas lastimoso en esta guerra fué el cumplimiento de cuanto había anunciado Eliséo en presencia de Hazael. No se veían por todas partes sino incendios, devastacion, mortandad, sangre y carnicería. Las ciudades muradas fueron entregadas á las llamas, los jóvenes pasados á cuchillo, los niños estrellados contra las piedras, y las mujeres con los hijos que llevaban en su vientre abiertas, serradas ó hechas pedazos bajo de los carros armados; y Jehú, que debía haber muerto el primer año de su reinado para bajar al sepulcro con gloria, vivió entre tantas desdichas hasta el veinte y ocho que bajó á la tumba con ignominia. ¡Justo castigo de un rey elegido particularmente para acabar con la idolatría de Israel, y que correspondió tan indignamente á un encargo tan glorioso! Murió en Samaria y fué enterrado en el sepulcro de sus padres.

JOACAZ, DUODÉCIMO REY DE ISRAEL.

Sucedió á Jehú su hijo Joacaz, y reinó sobre Israel diez y siete años. Hizo lo malo delante del Señor; siguió los pecados de Jeroboan, que hizo pecar á Israel, y no se apartó de ellos. Con esto, en vez de aplacar al Señor,

aumentó su enojo é hizo que continuase entregando las ciudades y pueblos de Israel en manos de Hazael; y aunque este enemigo terrible murió por este tiempo, no por eso cesaron los castigos porque no cesaron los delitos que daban el motivo. A falta de un instrumento se valió el Señor de otro. Benadad, hijo y sucesor de Hazael, reemplazó á su padre y siguió el mismo plan y el mismo camino. Joacaz hizo algunos esfuerzos para detener el torrente; pero como no cesaba el manantial, que era la idolatría, no consiguió otra cosa que perder sus mejores tropas; viniendo á quedar reducido aquel formidable ejército de Israel, que llegó á constar de quinientos mil hombres, á diez mil, cincuenta caballos y diez carros; porque el de Siria le había pasado á cuchillo y reducido, dice el sagrado texto, como el polvo en la trilla de una éra.

Pide Joacaz socorro al Señor y el Señor le socorre.

Al paso que avanzaba el rey de Siria, el reino de Israel iba á caer todo entero en sus manos. Joacaz veía vacilar la corona en su cabeza y no sabía adónde volver los ojos. ¡Cuánto conviene á la vez llevar el castigo de los culpados hasta el extremo! Aquí fué cuando Joacaz se acordó del Cielo. Levantó al Señor sus ojos eclipsados con las lágrimas, y buscó en él su remedio y su consuelo. No desatendió el Señor la angustia de su siervo y de su pueblo, se compadeció de Israel, trillado por el rey de Siria, y le dió un salvador que le libró de sus manos, volviendo á habitar los hijos de Israel, como antes, en sus tabernáculos. La Escritura no nos dice quién fué este libertador, pero sí que tanto el rey como su pueblo no se apartaron por esto de los pecados de la casa de Jeroboan, sino que anduvieron en sus caminos y aun dejaron erecer el infame bosque que habían talado los soldados de Jehú, en vez de desceparle. Murió Joacaz á los diez y siete años

de su reinado en la paz que le habia traído un momento de arrepentimiento, despues de haber vivido idólatra, á lo menos por política, y de haber sufrido por esto y hecho sufrir á su pueblo grandes calamidades. Fué enterado en el sepulero de sus padres, y reinó su hijo Joas en su lugar.

JOAS, DÉCIMOTERCIO REY DE ISRAEL.

Hizo Joas lo malo delante del Señor, y no se apartó de los pecados de Jeroboan, que hizo pecar á Israel. Joas fué muy semejante á su padre en toda su vida. Ambos, por política y motivos de Estado, mantuvieron contra su conciencia el culto de los becerros de oro, y ambos creyeron que solo el Señor merecia su culto y sus inciensos, pero ninguno tuvo valor para derribar estos falsos dioses y hacer que solo se adorase al Dios verdadero. Seguían habitando en paz los hijos de Israel en sus tabernáculos en el reinado de Joas, cuando vino la muerte á dar un sentimiento al rey y á los fieles Israelitas.

Última profecía de Eliséo.

Enfermo de gravedad el gran profeta Eliséo, y siendo mirado en Israel como su ángel tutelar, pasó el rey á visitarle, y le halló en un estado que no dejaba esperanza de poseerle por mas tiempo. Al verle el rey no pudo contener sus lágrimas, y exclamó llorando : ¡Padre mio ! ¡padre mio ! ¡carro de Israel y su cochero ! Tambien se enterneció Eliséo y oró al Señor ; y recogiendo las pocas fuerzas que le quedaban, dijo al rey : Haced que me traigan un arco y flechas ; y habiéndosele traído, poned, dijo al rey, vuestra mano sobre el arco. El rey la puso, y sobreponiendo Eliséo la suya, le dijo : Abrid la ventana de hácia el oriente y tirad una flecha, y habiéndola

tirado el rey, dijo Eliséo : Saeta de salud del Señor, y saeta de salud contra la Siria. Heriréis á la Siria en Afec hasta consumirla. Tomad las flechas, añadió Eliséo, y herid la tierra con flecha, y habiéndola herido el rey tres veces (cada vez con una flecha) cesó, y se irritó el varon de Dios contra el rey, diciendo : Si hubiérais herido cinco, seis ó siete veces, hubiérais herido á la Siria hasta su exterminio, mas ya no la heriréis sino tres veces.

Su muerte.

Estas fueron casi las últimas palabras de Eliséo, y poco despues murió este hombre de Dios, como se llamaba comunmente, á la edad de mas de cien años, llorado de los buenos Israelitas, que perdian en él un verdadero padre. Fué sepultado con los honores debidos á tan gran profeta en las cercanías de Samaria, en un sepulero que acaso vino á ser el mas famoso del antiguo Testamento. Vivió setenta y cinco años desde que Elias le asoció á sí, de órden del Señor, para que fuese profeta despues de él, y sesenta de estos profetizando en Israel en tiempo de muchos reyes, y obrando por todas partes multitud de prodigios, como hemos visto en su historia. Por lo que miraba á la profecía que habia hecho al morir en favor de Israel y contra la Siria, el pueblo, acostumbrado á ver cumplidas siempre las profecías de este santo hombre, esperaba su cumplimiento sin la menor duda, pero los cortesanos, casi todos idólatras, y muchos sin religion, hechos á mirar las palabras de los profetas como efectos de una imaginacion exaltada y fanatizada, la miraron con indiferencia; mas el Señor en esta ocasion manifestó la santidad y veracidad del profeta con un milagro que ni habia tenido semejante, ni podia negarse.

Resurreccion de un muerto al contacto de sus huesos.

Estaba entonces el reino en paz por lo que tocaba á la Siria; pero partidas pequeñas de ladronzuelos que venian de Moab, hacian en él frecuentes correrias, robando y matando en los caminos, aldeas y campiñas. Ciertos pasajeros que hallaron un hombre muerto por estos salteadores, movidos de piedad, le tomaron y llevaban á enterrar cuando vieron venir una partida de ellos, y hallándose junto al sepulcro de Eliséo, le arrojaron en él para huir mas desembarazados; pero apenas tocó el cuerpo muerto en los huesos de Eliséo, cuando resucitó el hombre, se levantó y fué por su pié á Samaria que estaba muy cercana. Con motivo de esta cercanía se habia sabido en la corte el asesinato de este hombre, y cuando le vieron entrar por su pié en la ciudad y contar su resurreccion milagrosa, todos quedaron pasmados, y ya nadie dudó de que serian cumplidas exactamente las promesas de un profeta tan autorizado por Dios, que hasta sus huesos hacian prodigios. San Jerónimo ve en esta resurreccion una imágen de la futura resurreccion de los muertos, una prueba de la virtud de las reliquias de los santos y un simbolo de la resurreccion de Jesucristo, con la diferencia de que Eliséo por la virtud del Señor resucitó á otro, y Jesucristo por su virtud propia se resucitó á sí mismo.

Elogio de Eliséo.

El Espíritu Santo en el libro del *Eclesiástico* hace el elogio de Eliséo en unas breves pero magnificas palabras. Elías, dice, en torbellino fué cubierto, y en Eliséo se completó su espíritu. En sus dias (Eliséo) no temió á príncipe, y en potencia nadie le venció, ni le superó palabra alguna; y muerto profetizó su cuerpo. En su

vida hizo portentos, y en su muerte obró maravillas. Tales son las alabanzas que le da el mismo Espíritu Santo. ¡Varon admirable y digno discípulo del profeta Elías!!!

Tres victorias de Joas en cumplimiento de la profecía de Eliséo.

Volvamos ya á Joas, que confirmado con la resurreccion del muerto en el cumplimiento de la profecía de Eliséo, se dispuso luego para la guerra contra la Siria. Tenia Joas un hijo llamado Jeroboan, como aquel que dividió el reino de Salomon y puso los becerros en Israel; y para prevenir cualquier acontecimiento desagradable, asoció este hijo á su trono antes de su salida. Empezó luego su marcha y fué á acampar cerca de Afec, donde Acab habia conseguido en otro tiempo una gran victoria contra los Sirios. Tambien allí la consiguió ahora Joas, y quitó á Benadad parte de las plazas que Hazael habia tomado á Jehú y á Joacaz, su abuelo y padre. Tres victorias consiguió Joas de Benadad, rey de Siria, segun la profecía de Eliséo, y en ellas recobró (buena parte) de las ciudades de Israel; sin que sepamos las particularidades que ocurrieron en estas batallas. Joas no se atrevió á emprender mas guerras contra la Siria, contentándose con las tres victorias que le habia prometido el profeta, y se ocupó el resto de su reinado en fomentar la hacienda y aumentar el ejército, lo que hizo con tan buen éxito que no habiendo encontrado al subir al trono mas que diez carros de guerra, cincuenta soldados de á caballo y diez mil de á pié, llegó á poder dar al rey de Judá cien mil hombres de tropas auxiliares, sin faltar á la seguridad de su reino. Joas, despues de un reinado de diez y seis años, y que no dejó de ser bastante dichoso, murió en Samaria y fué enterrado en el sepulcro de los reyes de Israel.

JEROBOAN II, DÉCIMOCUARTO REY DE ISRAEL.

Jeroboan segundo, hijo de Joas, entró á reinar en lugar de su padre, y reinó cuarenta y un años en Samaria. Hizo lo malo delante del Señor y no se apartó de los pecados de Jeroboan hijo de Nabat, que fué el primero que escandalizó á Israel con los becerros de oro. Sin embargo en su tiempo siguieron las prosperidades de Israel, y Jonás, sucesor de Eliséo, anunció á Jeroboan mayores conquistas aun, que Eliséo á su padre Joas. Este habia recobrado gran parte de las plazas que Hazael y Benadad habian quitado á Joacaz de esta parte del Jordán, pero Jeroboan recobró todas las tierras de la parte, que tan lastimosamente y con tanta ignominia habia perdido Jehú. Recobró además el resto de las ciudades de Israel, sin dejar ni una sola á los Sirios de cuantas habian conquistado. Jeroboan no paró aquí. Llevó la guerra á los reinos vecinos. Tomó á Damasco, capital de la Siria de Damasco, y á Emat, capital de la Siria de Soba, é hizo tributarios de Israel estos dos reinos, como la habian sido en tiempo de David; y la dominacion de Jeroboan segundo tuvo por términos á Emat por la parte del norte, y el mar Muerto por la del mediodía, y viniendo á ser la misma que la de Jeroboan primero. Diez y seis años empleó Jeroboan en estas gloriosas conquistas, mas no sabemos las acciones, batallas y victorias que ocurrieron en ellas.

Victorioso Israel por todas partes, se halló en una situacion la mas dichosa en cuanto á los intereses temporales, pero no así en cuanto á los intereses eternos. La abundancia era como un veneno para la religion y las costumbres. Crecian los desórdenes al paso que se aumentaban las delicias, y la idolatría se extendia por todo el reino. La ociosidad, la molicie, la gula, la lujuria... todos los vicios se veian reinar en Israel á la sombra de la paz y en medio de la abundancia.

JONÁS, PROFETA, SUCESOR DE ELISÉO.

En este tiempo de tanta corrupcion, Jonás, profeta de Israel y sucesor de Eliséo, no pudiendo ni contener con su predicacion, ni sufrir semejante torrente de idolatrías y de delitos, se retiró al lugar de su nacimiento, y de aquí fué de donde el Señor le llamó para que llevase su palabra á un pueblo pagano, acaso tanto ó mas corrompido que su pueblo escogido, pero menos indócil, y mas dispuesto á escuchar sus amenazas y á sacar fruto de ellas. Este pueblo era la populosa y famosa Nínive. Vino, pues, á Jonás, hijo de Amati, natural de Get, en el territorio de Ofer, y tribu de Zabulon, palabra del Señor, diciendo: Levántate y vé á Nínive, ciudad grande, y predica en ella, porque su malicia ha subido delante de mí.

Huyendo del Señor se embarca en Jope, y el mar se alborata.

Mas á Jonás pareció demasiado peligrosa esta comision, y atemorizado, trató de huir de la presencia del Señor, como si hubiera donde huir de su presencia. Se dirigió al puerto de Jope, y allí encontró un navío que iba á Tarsis. Pagó el transporte y entró en él para ir con los pasajeros á Tarsis, huyendo del Señor; pero el Señor envió un recio viento, el mar se alborotó y el navío corria gran peligro de estrellarse. Temieron todos los marineros, y cada uno clamaba á su dios. Arrojaron al mar los equipajes que traian en el navío y todos trabajaban por alijerarle; pero Jonás, que habia bajado al fondo del navío, dormia con un profundo sueño. Bajó á buscarle el piloto y sacándole de un sueño que parecia increíble en tales circunstancias, le dijo: ¿Cómo estás tú sumergido en sueño (en medio de tanto riesgo)? Levántate

é invoca á tu Dios, por si Dios se acuerda de nosotros y no perecemos. Jonás se levantó y puso en oracion, pero el Señor no escuchó la oracion del fugitivo.

La suerte designa á Jonás culpable de la borrasca.

Creciendo siempre el peligro y no sabiendo ya los pasajeros qué medio tomar para no perecer en la borrasca, se dijeron unos á unos: Echemos suertes y sepamos porqué nos sucede este mal. Echaron suertes, y cayó la mala suerte sobre Jonás. Las suertes para descubrir una cosa oculta son ilícitas, á no ser que sean inspiradas ó mandadas por Dios, como sucedió en la eleccion del Apóstol san Matías, y en la reparticion que hizo Josué de la tierra prometida. Cuando los pasajeros vieron á Jonás cargado con la desdichada suerte, dínos, le preguntaron, ¿porqué nos hallamos en este peligro? ¿cuál es tu tierra? ¿de qué pueblo eres? ¿qué oficio tienes? ¿adónde vas? Yo, les respondió, soy un Hebreo, que temo al Señor, Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra, y voy huyendo de su presencia. Entonces los hombres temieron mucho, y le dijeron: ¿Porqué has hecho eso? y añadieron: ¿Qué haremos de tí para que se aquiete el mar? (porque el mar iba y venia y se inchaba siempre mas). Tomadme, les dijo, y arrojadme en él, y se aquietará, pues bien sé yo que por mí ha venido sobre vosotros esta gran tormenta. El consejo se oponía á los sentimientos de la humanidad, y para no llegar á la ejecucion de un hecho tan repugnante, volvieron de proa y remaban con todas sus fuerzas para alcanzar tierra, echarle en ella, y seguir despues su viaje, si el mar se sosegaba; pero no les fué posible vencer la furia de las olas.

Crece la borrasca y arrojan á Jonás al mar.

El mar se hinchaba cada vez mas, las olas batian el navío fuertemente y le trastornaban hácia todos lados, saltaban por encima de él y le anegaban. En semejante extremo se determinaron á seguir el consejo del culpado, pero antes pidieron al Dios de Jonás que les perdonase una accion, al parecer tan inhumana. Os rogamos, Señor, dijeron, que no perezamos por la vida de este hombre, y que no echeis sobre nosotros la sangre de este inocente, porque vos, Señor, habeis hecho esto como habeis querido. Acabada esta oracion, tomaron á Jonás, le echaron en el mar, y cesó el furor del mar. Los hombres al ver este prodigio, temieron al Señor con gran temor, ofrecieron victimas, é hicieron promesas (de ir á ofrecerlas en Jerusalem).

Le traga una ballena y le vomita en la playa á los tres dias.

Cayó Jonás en lo profundo del mar (donde viven los peces monstruos) y fué tragado por uno de estos, que se cree fué una ballena que el Señor tenia preparada en aquel sitio. Le sepultó en su vientre y en él estuvo tres dias y tres noches, sin que le digiriese su estómago, ni le cociese su calor natural, ni le ahogase la falta de respiracion, ni careciese de comida ni bebida, porque todo lo remedió y suplió el Señor, multiplicando los milagros de su diestra. Encerrado Jonás en este nuevo género de templo, confesó las misericordias del Señor, ofreció la accion de gracias y rindió sus alabanzas diciendo: Del seno del sepulcro exclamé, y oísteis, Señor, mi voz. Me echásteis en lo profundo, en el corazon del mar, y las aguas me rodearon. Todos vuestros abismos, todos vuestros flujos y reflujos pasaron sobre mí, y yo dije: Arrojado he sido de la presencia de vuestros ojos, pero aun vol-

veré á ver vuestro santo templo. Me penetraron las aguas hasta el alma, el abismo me cercó, el mar cubrió mi cabeza, bajé hasta los cimientos de los montes, las barras de la tierra me encerraron para siempre, pero vos preservásteis de la corrupcion mi vida, Señor y Dios mio. Cuando mi alma se angustiaba dentro de mi, me acordé de vos, Señor, para que llegase á vos mi oracion, á vuestro santo templo. Los que observan vanamente vanidades, abandonan vuestra misericordia; mas yo con voz de alabanza os ofreceré sacrificio, y pagaré al Señor todo lo que he prometido por mi salud. Aquí concluyó la oracion de Jonás, y el Señor mandó al pez, y el pez vomitó á Jonás en tierra seca.

Se representa en este hecho la muerte, el sepulcro y la resurreccion de Jesucristo.

En este asombroso suceso se anuncia de un modo terminante la muerte, el sepulcro y la resurreccion de Jesucristo, y es uno de los pasajes del antiguo Testamento que no permite ser aplicado á otro nadie; porque el mismo Jesucristo se le aplica á sí mismo, diciendo: Así como Jonás estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, así estará el Hijo del hombre (que era él mismo) tres dias y tres noches en el corazón de la tierra.

Predicacion de Jonás en Ninive y conversion de los Ninivitas.

Vino otra vez á Jonás palabra del Señor, diciendo: Disponte y vé á Ninive, ciudad grande, y predica en ella el sermon que yo te mando, y luego partió Jonás para Ninive, segun la palabra del Señor. Era Ninive una ciudad de las mayores del mundo, que tendria en

circuito como veinte leguas nuestras, porque se necesitaban tres dias para andarla en rededor. Entró en la ciudad Jonás y anduvo por ella todo el dia clamando por todas partes: *De hoy en cuarenta dias Ninive será destruida.* Estas breves palabras ¡ó poderío de la gracia! predicadas por un extranjero á quien no se conocia, en quien no se descubria cosa extraordinaria y que no autorizaba su mision con prodigio alguno, hicieron sobre los Ninivitas, aunque paganos, tan profundas impresiones que las exhortaciones mas enérgicas de los profetas, reconocidos por enviados de Dios y sostenidos con la magnificencia de los milagros, no las hacian semejantes mucho tiempo habia en la nacion escogida. Todos los corazones quedaron penetrados de temor y de arrepentimiento. No se oian en Ninive sino gemidos, no se veian sino lágrimas. Todos se reconocian dignos del castigo con que el extranjero les amenazaba, y procuraban detener con la penitencia el golpe de la divina Justicia. Se entregaron al ayuno y se vistieron de sacos desde el mayor al menor. Llegó al rey la noticia de las amenazas de Jonás, y el rey bajó de su trono, se despojó de sus vestiduras reales, se cubrió con un saco, se sentó en la ceniza, y desde este tribunal extraordinario y jamás visto, dictó, de consejo de todos los principes, esta célebre orden de penitencia pública que mandó publicar á voz deregonero, diciendo: Ni hombres, ni bestias gusten cosa alguna: ni bueyes, ni género alguno de ganado salga al pasto, ni beba agua. Cúbranse de saco las bestias y los hombres; apártese cada uno de su mal camino y de la iniquidad que hay en sus manos, y clame al Señor (pidiendo misericordia) con todas sus fuerzas. ¿Quién sabe si se apiadará de nosotros y nos perdonará? ¿Y si se aplacará el furor de su ira, y no pereceremos?

Las terribles palabras del profeta: *De hoy en cuarenta dias Ninive será destruida* infundieron en todos los corazones un terror santo, y la orden y el ejemplo del rey les determinaron y animaron á una ejemplar y

general penitencia. Ayunaron, se cubrieron del saco y del cilicio, gimieron y lloraron llanto grande delante del Señor, detestando sus idolatrías, sus disoluciones y todos sus delitos. Nínive murió y nació de repente. Murió la Nínive pecadora y nació la Nínive penitente, y en los Nínivitas se vió una de aquellas mudanzas universales que se presentan pocas veces, y debieran presentarse con frecuencia. Vió el Señor esta mudanza, se compadeció de los pecadores, y ya no envió sobre ellos el mal con que les había amenazado.

Jonás se aflige al ver que no se cumple su profecía.

Jonás, despues de haber predicado en aquella gran ciudad su próxima ruina, había salido de ella, y haciendo una choza frente á su puerta oriental, vivía en ella esperando á ver lo que sucedía. Mas cuando hubieron pasado los cuarenta días, y vió que no se había cumplido el castigo con que él la había amenazado, se afligió en gran manera y dijo al Señor: Ruégoos, Señor (que me escuchéis). ¿Acaso no es esto lo que yo me recelaba, cuando aun estaba en mi tierra, y por eso huí á Tarsis? Yo sé, Señor, que sois un Dios clemente y misericordioso, paciente y de mucha compasion y que perdonais las maldades. No dijo mas, pero quería decir en esto: que no podían anunciar amenazas en su nombre los profetas sin un peligro de que su misericordia les expusiese á quedar mal, y ser reputados por profetas falsos, y que á él de hecho ya le tendrían por uno de ellos. Por esto le suplicó que le quitase la vida, porque me es mejor, dijo, la muerte que la vida.

El Señor le reconviene.

El ramaje que cubria la choza de Jonás se había secado

y deshojado, y el profeta sentía mucho calor. Crió el Señor una yedra, creció esta en un momento y subió sobre la choza de Jonás para hacerle sombra, porque estaba muy fatigado, y Jonás se alegró con grande alegría de esta sombra que le había concedido la divina Providencia, pero el día siguiente envió Dios un gusano que royó la yedra y esta se secó. Hizo tambien el Señor venir un viento abrasador, que unido al calor del sol, hería la cabeza de Jonás y se quemaba, y volvió á decir: Mejor me es morir que vivir. Tú piensas, le dijo aquí el Señor, tú crees que tienes razon para enojarte porque se ha secado la yedra, que tú no plantaste, ni hiciste crecer, ¿y yo no perdonaré á Nínive, ciudad grande, en la que hay mas de ciento y veinte mil hombres (que despues de tu predicacion viven en virtud y penitencia y tanta multitud de niños) que no discernen todavía lo que hay entre su derecha y su izquierda (que son todavía inocentes), y hasta la multitud de las bestias (criaturas todas que yo he criado)? Á esta reconvenccion del Señor volvió en sí Jonás, como si despertara de un profundo sueño; reconoció su necedad, y cubierto de confusion, se humilló en la presencia del Señor, confesó que había hablado neciamente, y se sometió de todo su corazón á cuanto el Señor quisiese disponer de él; mas el Señor, que solo había querido enseñarle y sacarle de la equivocada idea que tenía formada de su bondad y misericordia, luego que le vió convencido y confundido, cesó en sus reconvencciones, é hizo, por decirlo así, las paces con su profeta.

Se vuelve Jonás á su patria.

Volvió este á tomar el camino de Israel, donde la vista de los delitos que continuaban en su reino, y el conocimiento que tenía de las calamidades con que bien presto iba á ser castigado, renovaron en su corazón sus anti-

guos sentimientos. Instruido con una prueba tan sensible é incontestable de que no amenazaba el Señor sino para ser aplacado, y que sus amenazas pueden quedar sin efecto por medio de la penitencia, hizo público en todo Israel el suceso de Ninive, y no omitió alguna de las circunstancias que podían reducir á sus paisanos á la penitencia y contar con la esperanza. Nada mas sabemos de Jonás; pero sí que todo fué inútil para aquellos pecadores endurecidos. Miraron con indiferencia al asombroso y famoso ejemplar de Ninive, despreciaron los avisos del profeta y examinaron acercándose á las desdichas de que estaban amenazados, al paso que por todas partes se multiplicaban las abominaciones.

Cerca de treinta y cinco años de un reinado de victorias y de paz, bien léjos de traer á Jeroboan al debido reconocimiento, hicieron de él un principe ingrato y perverso. En su reinado principió aquel gran número de profetas que sucesivamente anunciaron al pueblo de Dios las calamidades con que iba el Señor á castigar su obstinada continuacion en los caminos de la maldad. Oseas y Amos ya amenazaron y tronaron en los últimos años de Jeroboan, pero ni sus amenazas ni el modo terrible con que las anunciaban, hicieron que Jeroboan saliese de sus caminos ni mudase de conducta hasta que la justicia del Señor vino á dar cumplimiento á las amenazas de sus ministros.

Victoria de los Asirios y primeros cautivos de las diez tribus.

Por este tiempo el imperio de los Asirios se había aumentado y robustecido terriblemente, y de este poderoso brazo quiso valerse el Señor para castigar las idolatrías y abominaciones de Israel, cayendo sobre Jeroboan el primer golpe. Vino el rey de Asiria sobre Samaria, y Jeroboan salió á contenerle al valle de Jezrael. Allí se

dió la batalla y allí fué deshecho el ejército de Jeroboan, segun la prediccion de Oseas, y llevada cautiva una parte de Israel. Desgracia bien merecida; pero desgracia que dió principio á la total ruina de las diez tribus. Desde este dia fatal el reino de Israel ya no fué sino un teatro de mortandades y asesinatos hasta su entera destruccion. Si Jeroboan no recibió en la batalla de mano de los Asirios el golpe de su muerte, le recibió poco despues de la mano del Señor. El murió muy luego y bajó á juntarse en el sepulcro con los reyes de Israel sus padres; y reinó Zacarías su hijo por él.

ZACARÍAS, DÉCIMOQUINTO REY DE ISRAEL.

No quedó de Jeroboan mas hijo que Zacarías, en la edad aun de pupilo, porque todos los mayores habían muerto en la batalla de Jezrael. Con este motivo entró la confusion en el Estado, porque los grandes y principales señores se dividieron en partidos y se halló el reino sin dueño y sin cabeza; por consiguiente á nadie se obedecía, y solo el que podía mas, era el que mandaba. Doce años duró esta anarquía, y no fueron otra cosa que doce años de sangre. Al fin un partido que se declaró á favor del hijo de Jeroboan, prevaleció y logró coronarle. Dios lo quiso así para cumplir la palabra que había dado á Jehú de hacer reinar sobre Israel hasta su cuarta generacion, que fueron Joacaz, Joas, Jeroboan y Zacarías, último vástago que al parecer no subió al trono sino para verificar esta palabra; pero Zacarías hizo, como sus padres, lo malo delante del Señor, y no se apartó de los pecados de Jeroboan, hijo de Nabat, que hizo pecar á Israel. Apenas había reinado seis meses, cuando Selum, hijo de Jabes, se conjuró contra él, le acometió y quitó la vida públicamente, y tomando en sus manos ensangrentadas la corona, se la puso sobre su cabeza y se hizo proclamar allí mismo rey de Israel.

De esta manera acabó la cuarta familia real de Israel, muy digna á la verdad de la suerte que antes de ella habian tenido las de Jeroboan, Baasa y Acab que la habian precedido. Desde la extincion de esta última familia, las revoluciones se multiplicaron sin término en este reino reprobado. La corona trasladada por los asesinatos, no hizo mas que pasar de una á otra familia sin fijarse en ninguna, hasta que llegó la última catástrofe, despues de la cual, Israel no fué y ya reino, ni Samaria tuvo rey.

SELUM, DÉCIMOSEXTO REY DE ISRAEL.

Selum, hijo de Jabes, subió al trono, como ya hemos visto, pisando sobre la sangre de su rey Zacarías, á quien habia asesinado. Solo un mes reinó Selum, sin tiempo para hacer lo malo delante del Señor, porque Manahen, hijo de Gadi, fué de Tersa á Samaria, le acometió, le quitó la vida y reinó en su lugar; tales eran los reyes que ocupaban ya en este tiempo el trono de Israel.

MANAHEN, DÉCIMOSETIMO REY DE ISRAEL.

Manahen, hijo de Gadi, hizo lo malo delante del Señor. No se apartó de los pecados de Jeroboan, hijo de Nabat, que hizo pecar á Israel. La primera proeza que sabemos de Manahen fué una crueldad que apenas tenia ejemplo. La ciudad de Tapsa se negó á reconocerle y le cerró las puertas; pero la acometió con todas sus tropas, la tomó por asalto, pasó á cuchillo á todos sus habitantes, y con una crueldad digna de un regicida, hizo dividir en dos partes á todas las mujeres que estaban embarazadas.

En la resistencia de Tapsa conoció Manahen que no

tenia á su favor los corazones del pueblo, y la crueldad con que le habia tratado le daban motivo para temerlo todo del descontento de sus vasallos. No hallando apoyo en su reino, acudió á buscarle en el extranjero, y este paso fué demasadamente avanzado hácia la total ruina del reino de las diez tribus.

Llama en su apoyo á los Asirios.

Ya en tiempo de Jeroboan segundo habian venido los Asirios sobre Israel y destruido su ejército en la gran batalla del campo de Jezrael, llevándose gran número de cautivos, y estos mismos son los que ahora llama en su apoyo el perdido Manahen. No dejaron pasar los Asirios la buena ocasion que se les presentaba. Vinieron con su rey Ful al frente en apoyo y defensa de Manahen y contra sus mismos vasallos; y dió Manahen á Ful mil talentos de plata porque le sostuviese en el trono. Con esta enorme recompensa, se volvió Ful á su reino, despues de hacer responsable al pueblo entero de cualquier atentado contra Manahen. Para pagar una cantidad tan crecida, impuso Manahen un tributo á todos los poderosos y ricos, con que acabó de exacerbar los ánimos demasadamente prevenidos ya contra él; pero el temor de los Asirios les hizo sufrir esta carga, y diez años del reinado mas odioso. Manahen no acabó sus dias al golpe del puñal como sus antecesores y sucesores, porque tuvo en su defensa las fuerzas de la Asiria; pero reinó como esclavo de un rey extranjero y como tirano de su pueblo. Le sucedió su hijo Faceya y reinó dos años.

FACEYA, DÉCIMOCTAVO REY DE ISRAEL.

Faceya hizo lo malo delante del Señor, y no se apartó de los pecados de Jeroboan, hijo de Nabat, que hizo

pecar á Israel. Jamás habria subido al trono el hijo de un padre tan aborrecido á no tener el apoyo del rey de Asiria, pero este murió en el tiempo de su reinado, y regularmente al concluirle, porque luego que le faltó esta defensa, se conjuró contra él Facee, hijo de Rome-
 lia, general de sus tropas, le acometió y le mató en su misma corte, y á cincuenta Galaaditas de su guardia, y reinó en su lugar.

FACEE, DÉCIMONONO REY DE ISRAEL.

Facee hizo lo malo delante del Señor, y no se apartó de los pecados de Jeroboan, hijo de Nabat, que hizo pecar á Israel. En sus dias vino sobre Israel Teglafalasar, rey de Asiria, y tomó las poblaciones de Ayon, Abela, Janué, Cedes, Asor, el pais de Galaad, la Galilea y la tierra de Neptali, y trasportó á la Asiria todos sus moradores, que componian la mitad ó mas del reino. Esta media cautividad era la que estaba anunciada en el libro primero de los *Paratipómenos* muchos tiempos antes. Despues de tanta desdicha para Israel y su rey, formó Osee hijo de Ela una conjuracion contra Facee, le puso asechanzas, le hirió y mató, y reinó despues de él.

OSEE, VIGÉSIMO Y ÚLTIMO REY DE ISRAEL.

Osee hizo lo malo delante del Señor, mas no como los reyes que habían sido antes de él, dice el sagrado texto; pero no nos dice, si lo hizo menos mal, ó peor que ellos. Lo cierto es que adoraba los ídolos; pues esto significa la sagrada Escritura con la expresion: *hizo lo malo delante del Señor*. No ocupó Osee el trono de Israel sin contradicción, porque el rey que acababa de asesinar, tenia sirvientes y amigos poderosos que le disputaron

la posesion ocho años; pero al cabo de este tiempo, destruyó á sus enemigos, y reinó nueve años, hasta que fué aprisionado y llevado cautivo para no volver jamás á Israel.

Entretanto que esta cautividad se verificaba, Osee era ya un súbdito de Salmanasar, sucesor de Teglafalasar, y le pagaba tributos. Para salir Osee de semejante estado de humillacion y librarse de pagar los tributos, envió sus embajadores á Sua rey de Egipto, solicitando que le ayudase á resistir á los Asirios; pero Salmanasar descubrió en tiempo estos manejos de Osee, y sin darle tiempo, ni para concluir su contrato con Sua, ni para prevenirse por si mismo, se arrojó sobre Israel con un poderoso ejército, y despues de apoderarse de todas las ciudades y talar toda la tierra, subió á Samaria, en la que se habia encerrado Osee, y la sitió.

Sitio y toma de Samaria.

Era Samaria en el reino de Israel, lo que Jerusalem en el reino de Judá, esto es, una plaza que se tenia por inexpugnable, y que solo por hambre podia ser conquistada; pero su rendicion, si llegaba á conseguirse, decidia de todo el reino, y hacia soberano al que la tomaba. Esta importancia hace conocer cuál seria el vigor en los ataques y el empeño en la defensa. Principió este famoso sitio al concluir el año sexto, ó al principiar el sétimo de los nueve del reinado de Osee, y despues de tres de asaltos y defensas fué tomada en el nono. Nada nos dice la historia sagrada de las ocurrencias y sucesos que pasaron en este sitio terrible, pero bastará apuntar algunas expresiones de los profetas para conocer que debió ser espantoso. Perezca Samaria, habia dicho Oseas, porque provocó á su Dios á la amargura. Á espada perezcan (sus moradores), sean estrellados sus párvulos y abiertas sus mujeres embarazadas (para abrir tambien

á sus hijos. Yo pondré á Samaria, dice Miqueas, hablando en nombre del Señor, yo pondré á Samaria como monton de piedras en el campo cuando se planta una viña, y arrojaré sus piedras en el valle y descubriré sus cimientos... pero la ira del Señor estaba sobre Samaria, y esto prueba sobre todo los estragos que allí sucederian.

Conclusion del reino de las diez tribus.

El momento en que se concluyó la toma de Samaria, fué el término de la monarquía de Israel; desmembrada de la casa de David, hacia doseientos cincuenta y cuatro años, principiaba por la rebelion de un vasallo, fundada sobre la idolatria y el libertinaje, sostenida por la abominacion del culto de los becerros, destruida por sus delitos y enterrada para siempre bajo el peso de sus iniquidades. Desde la primera rebelion que quitó á Roboan, hijo de Salomon, diez de las doce tribus en castigo de los delitos de su padre, se cuentan hasta otras siete rebeliones, todas sangrientas, que traspasaron la corona de una á otra casa, de una á otra familia, y de una á otra cabeza con el regicidio del que la llevaba; de manera que de veinte reyes que la ciñeron, solo Jehú logró sostenerla en su descendencia hasta la cuarta generacion, y esto por una promesa particular del Señor, saliendo al fin de ella por un regicidio, como habia salido de las que la habian precedido. Esta corona maldita, manchada con tantos delitos, y teñida con tanta sangre, se hizo al fin pedazos al caer de la cabeza de Osee para no volver á ser jamás fundida.

Osee es llevado cautivo y todo su reino.

Con la toma de Samaria concluyó Salmanasar la obra

prineipiada en el campo de Jezrael y continuada por Teglafalasar, ó por decirlo mejor, Salmanasar acabó de dar cumplimiento á los oráculos del Señor, y de verificar á la letra las amenazas de los profetas. Osee fué apriisionado, llevado cautivo á Ninive y arrojado en sus calabozos. Todos los habitantes de las ciudades de Israel fueron conducidos como esclavos á los países de Halá y Habor en las cercanías del rio Gozan y derramados en ciudades de los Medos, que entonces aun eran dependientes de los Asirios, y alli encontraron á sus hermanos los de la otra parte del Jordán, que diez y seis años antes habia llevado cautivos Teglafalasar. En Israel solo quedó una confusa muchedumbre de labradores y viñadores que mas esclavos en su patria que los cautivos en la ajena, estaban condenados á cultivar la tierra en beneficio de sus conquistadores; y aun estas reliquias fueron rebuseadas como racimos despues de vendimia por los sucesores de Salmanasar y llevadas al cautiverio en cumplimiento de lo que sesenta y cinco años antes habia profetizado Isaías.

Salmanasar envía colonias que pueblen á Israel de nuevo, y le siembran de idolos.

Los conquistadores de Israel trajeron nuevos pobladores de las cercanías de Babilonia, de Cuta, de Ava, de Emat y de Sefarvain, y los pusieron en los pueblos y ciudades que habian quedado desiertas por la traslacion de sus dueños. Cada uno de estos pueblos y naciones trajeron sus dioses, y luego se vió el reino de Israel sembrado de idolos por todas partes. Aqui se adoraba á Socobenot, dios de las campiñas de Babilonia; alli á Nergel, dios de los Cuteos. En esta ciudad se daba culto á Asima, dios de Emat; en aquella á Nebaaz y Tartac, dioses de los Hebeos. La nacion Sefarvain quemaba sus hijos en sacrificio á los dioses Adamelec y

Anamelec, como los Moabitas al idolo Moloc... Solo el Dios de los cielos y la tierra quedó enteramente desconocido en un país consagrado con tantos y tan estupendos prodigios de su poder, y escogido especialmente para que en él fuese adorada su majestad é invocado su santísimo Nombre. El Señor, que acababa de arrojar de esta tierra santa diez tribus de Israel, porque mezclaban con su culto el de los becerros, no pudo sufrir en esta tierra sagrada una reunion de hombres absolutamente idolátras y enteramente ignorantes del nombre de su Criador, y envió leones contra ellos que los despedazaban y devoraban.

Envia tambien un sacerdote israelita que les enseña la religion de Israel.

Se dió aviso de esto al rey de los Asirios, diciéndole : Las gentes que habeis enviado á vivir en las ciudades y pueblos de Samaria ignoran el culto del Dios de aquella tierra, y aquel Dios ha enviado leones contra ellos, porque no saben su culto, y mirad que los matan. En vista de este aviso, dijo el rey : Enviad allá uno de los sacerdotes que trajisteis cautivos, y que vaya y habite con ellos y les enseñe el culto del Dios de aquella tierra. Habiendo, pues, venido uno de ellos, fijó su residencia en Betel, en esta ciudad desdichada en la que habia estado uno de los becerros de oro que puso Jeroboan por dioses de Israel, y aunque ya no existian porque los Asirios los habian llevado en una de sus incursiones, un punto donde por tantos años habia estado de asiento la cátedra de los dioses falsos, á la verdad que no era muy á propósito para enseñar el culto del Dios verdadero : así es que el tal sacerdote ó enseñó muy mal la religion del Dios de Israel, ó el Señor no bendijo su enseñanza ; porque los nuevos moradores no formaron otra idea del Dios de Jacob que la que tenian de los

dioses de las demás naciones. Miraron al Señor como un dios del país, como un dios territorial, le adoraron como á los demás dioses, y solo consiguieron estas gentes tener un dios mas que adorar. Esta mezcla de culto de los dioses falsos y del Dios verdadero continuó por mucho tiempo, hasta que volviendo varios Israelitas del cautiverio, les instruyeron en el conocimiento del Dios de Abraham, Isaac y Jacob, é hicieron con ellos un cuerpo de sociedad religiosa, que del nombre de Samaria se llamaron Samaritanos. Pero dejemos respirar aquí á nuestros lectores despues de haber tenido oprimida y afligida su sensibilidad con la historia de tantas escenas sangrientas y de tantas abominaciones, y pasemos á referir otras escenas de no menos sensibilidad, pero llenas de edificacion y de consuelo. Hablemos del santo Job, del modelo de la paciencia.

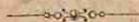
SANTO JOB.

Bien sabemos que la existencia de este héroe se pone ordinariamente en dias muy cercanos á los tiempos patriarcales, y respetamos, como es justo, esta antigua opinion ; pero no creemos que nos impida seguir otra que, aunque menos antigua, se apoya en buenos fundamentos y acaso se acomoda mejor con los sucesos. Segun esta, la existencia de Job debe ponerse en el reinado de Osee, rey de Israel. Todos creen que uno de los designios que tuvo la divina Providencia en conceder al mundo este hombre extraordinario, fué presentar á su pueblo eseo-gido un modelo de sufrimiento y conformidad para los tiempos de sus grandes calamidades, y un ejemplo que los animase á tolerarlas con paciencia. Esta es acaso la razon mas poderosa en que se funda la primera opinion para fijar la existencia de Job en visperas de los duros trabajos de Egipto y las penosas marchas del desierto, y esta misma es en la que se funda la segunda para co-

locarle en visperas de la terrible cautividad de Babilonia. Pero sea de esto lo que fuere, Job, en cualquiera época que se le coloque, será siempre el modelo del sufrimiento y el ejemplar de la paciencia.

Nacimiento, pais, hijos y riquezas del santo Job.

Nació y vivió Job en la tierra de Hus, en la Idumea, rayana á la tierra prometida y tocando con la tribu de Judá. Era un varon sencillo, recto, temeroso de Dios y que se apartaba de lo malo. Le nacieron siete hijos y tres hijas, y fué su posesion siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas y muchísimos criados. En tiempo de Abraham, de Josué, de Acab y muchos años despues, los grandes reyes tenían en sus imperios muchos señores que llevaban el nombre de príncipes, y alguna vez el de reyes. Estos señores ó príncipes mandaban en alguna ciudad y los pueblos de su dependencia, y ejercian en ellos cierta soberanía. Job era uno de estos príncipes, señor poderoso y rico en aquel género de bienes que componian, particularmente en la Idumea por sus abundantes pastos, el patrimonio de las casas distinguidas. El de Job le hacia grande entre los mismos grandes orientales. Pero lo que hacia á Job superior á todos era su virtud. Un varon sencillo, recto, que teme á Dios y que se aparta de lo malo, es un justo, es un santo, y esta es la pintura que de Job nos hace el historiador sagrado. En premio de su virtud le habia concedido el Señor una familia tan numerosa, y esto se miraba como un don del Cielo en aquellos tiempos de promesas y de esperanzas, y este buen padre criaba á sus hijos en el santo temor de Dios en que él vivia.



Convites de sus hijos.

Fuese por costumbre de aquellos países, fuese por necesidad en la administracion de tantos criados y bienes, ó bien por otros motivos que nosotros no sabemos, el santo Job habia puesto en casa separada á cada uno de sus hijos, solteros todavía. Esta disposicion que parecia desunir en algun modo la familia, por una disposicion llena de sabiduria, la conservaba en una union tan amable que seria de desear en todas las familias del mundo. Las tres hijas, como vasos mas delicados, se conservaban en la casa de su amado padre y vivian á su lado y á su sombra. Cada uno de los siete hermanos hacia un dia el gasto de comida y de bebida, y convidaba á los otros seis y á las tres hermanas. Cuando concluía el turno, los reunia el padre en su casa, les purificaba y preparaba para asistir á los sacrificios que ofrecia muy de mañana por cada uno de ellos, porque se decia á sí mismo: No sea que hayan pecado mis hijos y bendecido á Dios en sus corazones (es una antífrasis *bendecido por maldecido*, y quiere decir, no sea que sus corazones hayan ofendido en algo al Señor). Así lo hacia Job al fin de cada turno, ó cada siete dias.

Satanás se presenta al Señor entre los hijos de Dios.

Mas cierto dia, como los hijos de Dios (los ángeles buenos) hubiesen ido par asistir delante del Señor, Satanás (el ángel malo) se halló tambien entre ellos, al cual dijo el Señor: ¿De dónde vienes? He rodeado la tierra, respondió, y la he recorrido. ¿Y nos has considerado, le dijo el Señor, á mi siervo Job, que no hay hombre semejante á él en la tierra, que es un hombre sencillo, recto, temeroso de Dios y que se aparta de lo malo? ¿Por ventura, dijo aquí Satanás, teme Job á Dios de balde? ¿Aca-

so no habeis cercado á él y á su casa, y á toda su hacienda en rededor? ¿No habeis bendecido las obras de sus manos, y no han crecido sus posesiones sobre la tierra? Mas extended un poco vuestra mano y tocad á todo lo que posee, y veréis si no os bendice (maldice) en vuestra cara. Pues bien, dijo el Señor á Satanás : ahí estan en tu mano todas las cosas que posee; pero no extiendas tu mano contra él. ¡Terrible licencia!

Despoja á Job de sus bienes y sus hijos.

Salió Satanás de la presencia del Señor, como un furioso leon, á destrozar cuanto poseía Job, y luego le vino un criado diciendo : Los bueyes estaban arando y las asnas paciendo junto á ellos, y vinieron de repente los Sabeos, pasaron á los mozos á cuchillo y se lo llevaron todo; y yo solo pude huir para daros la noticia. Estando aun hablando este, vino otro diciendo : Fuego de Dios (rayos) cayeron del cielo, y tocando á las ovejas y á los pastores todo lo abrasaron y consumieron, y yo solo quedé para daros la noticia; y mientras que este hablaba; vino otro diciendo : Los Caldeos se dividieron en tres partidas, dieron sobre los camellos y se los llevaron, despues de haber pasado á cuchillo á los mozos, y yo solo pude huir para daros la noticia. Aun estaba hablando este, y hé aquí que llegó otro, y dijo : Estando comiendo y bebiendo vuestros hijos é hijas en casa de su hermano el primogénito, vino de repente un viento furioso de la parte del desierto, arrancó las cuatro esquinas de la casa, y cayendo esta sobre vuestros hijos, los sepultó bajo de su peso. Todos han muerto, y hui yo solo para daros la noticia.

Sentimiento de Job y regla admirable de conformidad.

Aquí Job, que como un peñasco en medio de la furiosa corriente ni se había movido ni despegado sus labios, al oír despues de tantas desgracias la muerte de todos sus hijos, se levanta, rasga sus vestiduras y cortado el pelo, se postra en tierra y adora las disposiciones del Cielo, diciendo : Desnudo sali del seno de mi madre (la tierra) y desnudo volveré á ella. *El Señor lo dió y el Señor lo llevó, como al Señor agradó, así se ha hecho. Sea el nombre del Señor bendito.* ¡Regla admirable! ¡regla llena de justicia, y regla general de sufrimiento y consuelo en todas las desgracias de la vida! Esta regla de Job debiera ser la de todos los hombres. Nada es nuestro, ni un cabello de nuestra cabeza. Todo es del Señor. Cuando lo da, deber nuestro es agradecer el don. Cuando lo vuelve á tomar, tambien es un deber nuestro entregarlo á su dueño con acción de gracias por el tiempo que lo hemos poseído, y decir con Job : El Señor lo dió y el Señor lo llevó, sea el nombre del Señor bendito; y no se diga neciamente, que no es el Señor quien lo lleva sino el hombre; el murmurador que arrebató el honor, el ladrón que roba los bienes, el asesino que quita la vida... No, nada perdemos, sino queriéndolo ó permitiéndolo el Señor. Por cierto que no fué el Señor sino los Sabeos y Caldeos los que robaron á Job sus bueyes y sus camellos, y sin embargo Job no dijo : Los Sabeos y Caldeos me los quitaron, sino el Señor los llevó, sea el nombre del Señor bendito. ¡Ah! si todos los hombres procurásemos imitar este modelo, bien podrian verse en el mundo grandes pérdidas pero no hombres inconsolables, porque luego hallarian en la conformidad con la voluntad del Señor su consuelo.

Vuelve Satanás á presentarse al Señor entre los hijos de Dios.

Á pesar de las terribles pruebas que Job acababa de sufrir, aun no habia llegado á la mas fuerte. Otro dia, como viniesen los hijos de Dios, y estuviesen delante del Señor, vino tambien Satanás entre ellos y se puso en su presencia: ¿De dónde vienes? le dijo el Señor. He rodeado la tierra, respondió Satanás, y la he recorrido. ¿Y no has reparado en mi siervo Job, que no hay semejante á él en la tierra; que es un varon sencillo, recto y temeroso de Dios; y que conserva su inocencia? Mas tú me incitaste contra él para que le afligiere, pero en vano; y respondió Satanás: Piel por piel y cuanto tiene el hombre dará por su alma (por conservar su vida); y sino, extended vuestra mano y herid su carne y sus huesos, y entonces veréis como os maldice cara á cara. Ahí le tienes en tu mano, dijo el Señor, pero conserva su vida.

Hiere á Job y le plaga de úlceras.

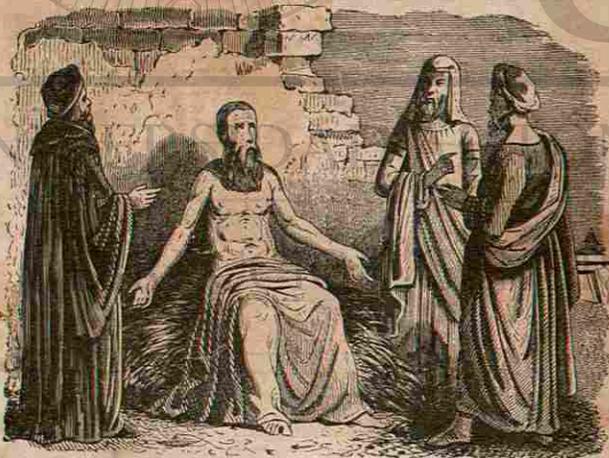
Salió Satanás de la presencia del Señor con nuevas facultades, y nuevos bríos para atormentar á Job, y luego le hirió y llenó desde la planta del pié hasta lo alto de la cabeza de úlceras que (como cosa del diablo) no cabian ser peores. Dios en la primera vez le habia dado licencia para que quitase á Job todos sus bienes, y no siendo capaz este espíritu maligno de dejar de hacer todo el mal que se le permitia, reduciria á Job á tal extremo de pobreza, que no encontrase otro abrigo en su desamparo que el calor de un muladar. Fuese esto, ó fuese que el hedor de sus úlceras, ó su carácter de leprosas, no le permitiesen vivir con los hombres, la sagrada Escritura nos le representa sentado en un estercolero, y raspando la podre que manaba de sus llagas con una teja.

Insulta á Job su mujer.



En estado tan extremadamente lastimoso parece que no podia aumentarse sino con la duracion ; pero Satanás tenia prevenido un nuevo dolor que habia de herir vivamente á este varon de dolores. Su mujer, que debia ser en esta ocasion todo su alivio y consuelo, fué la que vino á causarle, condeuida por Satanás para sacar á Job, si era posible, de su estado de paciencia. ¿Ann te estás, le dijo, en tu simpleza? Pues bien. Maldice á Dios (que te paga con tantos trabajos) y muérete (como puedas). Este insulto de su paciencia, y sobre todo esta blasfemia contra Dios, hirió profundamente su corazon. No obstante, sin perder nada de su paciencia, la dijo : Tú has hablado como una de las mujeres necias. *Si de la mano de Dios hemos recibido los bienes, ¿porqué no recibiremos los males?* ; Sentencia admirable que cerró la boca á su mujer, y que debe cerrarla á todos los que se impacientan con los trabajos !

Amigos de Job.



La noticia del lastimoso estado de Job se extendió luego por los países vecinos, y tres señores de su clase y sus amigos se convinieron en ir juntos á visitar y consolar á su amigo. Eran estos Elifaz de Teman, Baldad de Suá, y Sofar de Naamat. Luego que alcanzaron á verle, fijaron en él los ojos, y no le conocieron hasta que, acercándose al muladar, vieron á su amigo tendido en el estercolero y cubierto de úlceras asquerosas, de las que manaban sin cesar materias y podredumbre, que el lastimado Job raía con una teja. Entonces exclamaron, lloraron, rasgaron sus vestidos y esparcieron polvo sobre sus cabezas. Siete dias y siete noches estuvieron sentados cerca de él sobre la tierra, sin que ninguno le hablase ni una palabra ; porque veian que su dolor era

vehemente (y que nada de cuanto le dijese podría consolarle) hasta que el mismo Job rompió el silencio, y sin dejar de adorar y estar rendido á las disposiciones del Cielo, pronunció un discurso lleno de elocuencia, y de hipérbolos misteriosos que hacian patente el extremo de sus trabajos, y del que vamos á copiar los principales pasajes con sus mismas expresiones, porque ningunas otras pueden suplirlas.

Lamentos de Job.

Perezca, exclamó tendido en el muladar, perezca el día en que nací, y la noche en que se dijo: Concebido ha sido un hombre. Conviértase en tinieblas aquel día, no le requiera Dios desde arriba y no reciba luz. Oscurezcanle tinieblas y sombra de muerte. Ocupele oscuridad y sea envuelto en amargura. Pavoroso torbellino posea aquella noche (y día), no sea contada entre los días del año ni puesta en el número de los meses. Job no maldecía aquí á la naturaleza humana en sí misma. Sabía que el ser y la vida son dones de Dios. Lo que maldecía era la corrupción de la naturaleza humana y los trabajos que esta corrupción había traído á los hombres, y que tan cumplidamente experimentaba en sí mismo. Maldecía no la noche en que había sido concebido, ni el día en que había nacido, sino el pecado original en que había sido concebido y con el que había nacido.

Elifaz, primero de los amigos, le reprende.

Job seguía hablando en su tono de quejas y de lamentos, cuando Elifaz maravillado y en algun modo escandalizado, al oír este lenguaje en su amigo Job, trató de contenerle y hacerle entrar en sí mismo. Hé ahí, le dijo, que tú enseñaste á muchos, y robusteciste las manos

debilitadas; que tus palabras sostuvieron á los que vacilaban, y confortaste con ellas las rodillas que temblaban; ¡y ahora que ha venido sobre ti la plaga, has flaqueado; te ha tocado, y te has turbado! ¿Dónde está tu temor, tu fortaleza, tu paciencia y la perfección de tus caminos? Hasta aquí no parece que había cosa de consideración que reprender en la reconvección de Elifaz, aunque no dejaba de llevar un aire de dureza que se componía mal con la compasión que pedía el lastimoso estado de Job; pero Elifaz hirió en seguida lastimosamente la conducta de este atribulado. Supuso que los trabajos de esta vida eran siempre castigos de delitos y con proporción á ellos; por consiguiente que siendo tan grandes los trabajos que habían venido sobre Job, debían ser muy grandes sus delitos. De aquí fué que este amigo, mal instruido, en los proceder de la bondad y justicia del Señor, se empeñó en hacer ver á Job que los trabajos de esta vida no venían sobre los justos sino sobre los pecadores. Recapacita, le decía, ¿qué inocente pereció jamás? ¿ó cuándo los justos fueron destruidos? Al contrario, yo he visto que los que obran la iniquidad, siembran dolores y los siegan; que han perecido al soplo de Dios, y que han sido consumidos por el espíritu de su ira. Elifaz hizo sobre esto un largo discurso que puede leerse en el texto sagrado, y dándole por incontestable, concluyó diciendo: Mira que esto es así, porque yo lo he procurado averiguar seriamente; tú ahora piénsalo bien por tu parte.

Job se defiende.

Job, que había tenido que añadir al sufrimiento de sus trabajos el de este pesado y desacordado consolador, no pudo dispensarse de rebatir su error, ya por su propia reputación, y ya por honor de la verdad. Como mejor instruido que su amigo en los caminos del Señor, sabía que Dios castiga en este mundo, no solo á los pe-

cadore para reducirles á la penitencia y librarlos de los castigos eternos, sino tambien á los justos para ejercitar sus virtudes y aumentar sus méritos; que deja á la vez en su ira prosperar á los pecadores, y afflige á los justos en su misericordia; y que nada hay mas comun en la historia de la religion que pecadores dichosos y justos desdichados, prueba evidente de otra vida, donde un Dios justo ha de dar á cada uno segun su merecido. Job, fundado en estas verdades, hace su defensa de un modo victorioso, del que vamos á dar otro extracto.

¡Ojalá, dice, respondiendole á sus amigos, que sin duda habrian dado muestras de aprobar el discurso de Elifaz, ojalá que se pesasen en balanza los pecados por los cuales he merecido la ira y calamidad que padezco! Se veria que esta (calamidad) es mas pesada que la arena de la mar; porque en mí estan (clavadas) las saetas del Señor, cuya indignacion agota mi espíritu. No niego, queria decir, no niego que soy culpable, pero no me reconozco criminal. Estoy lleno de pecados, frutos de la miseria de mi pobre natural, pero de pecados graves no me reprende mi conciencia; así que mi calamidad es sin comparacion mayor que mis pecados, y no debe provenir de ellos, sino de la voluntad del Señor que quiere probarme: ¡plegue al Cielo que mis ruegos sean escuchados! ¡que el Señor que ha empezado á herirme, concluya su obra! ¡que alargue su brazo, que le extienda sobre mí, y que no me perdone á expensas de su voluntad y de su gloria! Solo pido á su piedad que al paso que aumente mis dolores, aumente mi sumision y mi paciencia, porque ni mi corazon es de piedra, ni mi carne de metal. En mí no hay fuerzas, y los que me eran mas necesarios, se han apartado de mí. Aun mis amigos, que han venido á consolarme, luego que han visto mis llagas, han temblado, y cuando han oido mis desahogos, me han reprendido y aumentado mi dolor con sus discursos, dirigidos á pintarme como un hombre criminal.

Job vuelve á sus lamentos.

Despues de esta defensa, vuelve Job á sus lamentos. Pinta el exceso de sus trabajos con los colores mas vivos y bajo de figuras las mas á propósito para mover á compasion y lástima. Representa al Señor la amargura de su alma, y le pide que le conceda el alivio ó le saque de esta vida. Mis dias, dice, son sin consuelo y mis noches trabajosas. Mi carne se ha vestido de podre y de inmundicia, y mi piel se ha secado y encogido. Acordáos, Señor, que mi vida es un viento, y que mi ojo no volverá á ver bienes de este mundo, ni me verá ojo de hombre. Vuestros ojos me mirarán con piedad, y me concederéis salir de esta vida. ¿Por ventura soy yo algun mar (borrascoso) ó algun monstruo de la mar para que me hayais encerrado en una cárcel (de miserias)? Si dijere: Mi lecho me consolará y tendré alivio, me aterraráis con sueños y me estremeceréis con visiones horribles.

Baldad Suita, segundo de los amigos, le reprende.

Así continuaba Job lamentándose largamente hasta que Baldad Suita, el segundo de los amigos, vino á ocupar el lugar del primero, reprendiendo al afligidísimo Job con las mismas razones y reconvenciones que lo habia hecho Elifaz, sin otra diferencia que el tono mas amargo con que se produjo. Principia su discurso con una agrura insufrible al hombre mas comedido. ¿Hasta cuándo, le dice con enfado, hasta cuándo hablarás esas cosas, y las palabras de tu boca serán una parlería? Tú que en tu furor pierdes tu alma. ¿Acaso por respeto á ti se despoblará la tierra y serán trasladados de su lugar los peñascos? Tal es en todo su discurso el tono con que se empeña en hacer ver al inocente y alligido Job, no

solo que sus trabajos eran castigos de sus delitos, sino que tambien sus hijos habian perecido bajo de las ruinas por sus iniquidades; porque (y vuelta al texto) porque los justos siempre estan bien y Dios no castiga sino á los pecadores; pero Job, que desde luego confesaba que no estaba exenta su vida de miserias y flaquezas, niega con firmeza que sean de tal naturaleza sus pecados que merezcan los trabajos que padece: continua lamentándose de ellos; ruega al Señor que le alivie; y creyendo cercana su muerte, le suplica que le haga mas soportables los pocos dias que ha de vivir sobre la tierra.

Sofar Naamita, tercero de los amigos, sucede á Baldad
Suita

Job, que llevaba ya sufridas las peleas de dos de los señores que habian venido á visitarle y consolarle, pero que de hecho vinieron á añadir nuevas heridas á las llagas con que le habia plagado Satanás, tuvo que sufrir otra aun mas pesada del tercero, que era Sofar Naamita. Le trató con la mayor alivez. Le dijo que ya no era posible oírle en paciencia por mas tiempo: que sin razon y sin fruto se empeñaba en hacer largas y enfadosas apologías sobre su conducta: que nadie se justifica con palabras: que sus discursos jamás probarian su inocencia; y finalmente, que le tocaba escuchar, y que tenia cosas muy importantes que decirle. No eran en sustancia estas cosas importantes sino una enojosa repeticion de las acusaciones que habian hecho los dos primeros señores contra la vida pura de Job. Quiere que sea muy criminal porque le ve muy afligido, y concluye exhortándole á una grande penitencia para aplacar al Señor y merecer que perdone á un alma grande pecadora.

Lo restante de las disputas con estos tres señores, que duraron largo tiempo por el empeño de los combatientes y la sábia resistencia del combatido, no fueron otra cosa

que acometidas del error; y defensas de la verdad. Los lectores del libro de Job hallarán en los discursos de estos amigos, entre muchas máximas falsas, algunas verdades importantes; y en la defensa de Job, entre algunas expresiones fuertes, las doctrinas mas puras, las expresiones mas hermosas, las instrucciones mas provechosas y los mas heróicos sentimientos. Verán una fe á toda prueba, una religion, pura una esperanza sólida digna de los premios eternos, una sumision constante á las disposiciones del Cielo, y en fin verán un justo afligido que encuentra todo su consuelo en la resurreccion futura y la vida venidera.

Habla Job sobre la resurreccion.

Oigamos sino como se explica él mismo sobre este artículo esencial de nuestra fe. ¿Quién me diera, exclama, que (lo que voy á decir) se escribiera, que se imprimiera en un libro, ó en una plancha de plomo con punzon de hierro, ó que con cincel se grabase en pederual? Pues yo sé que mi Redentor vive; que en el dia novísimo he de resucitar de la tierra, que de nuevo he de ser revestido de mi piel, y que en mi carne veré á mi Dios, á quien he de ver yo mismo, y mis ojos le han de mirar y no otro (por mí). Depositada está mi esperanza en mi pecho. (Y esta es todo mi consuelo en medio de los males que sufro, porque estos luego cesarán ó darán fin á mi vida, pero nunca cesará la inmortalidad y la gloria que recibiere por premio.) Ninguno, dice aquí san Jerónimo, habló de la resurreccion de los muertos, despues del tiempo de Jesucristo, tan claramente como Job antes del tiempo de Jesucristo.

Sobreviene Eliú y reprende á Job.

Muy bien habia sabido elegir este gran modelo de los alligidos la fuente de la constancia y el consuelo, pues solamente en la religion y en la esperanza de sus premios es donde se encuentran la firmeza y el consuelo verdadero. Uno y otro necesitaba todavia el santo hombre, porque despues de las disputas con los tres amigos, le fué preciso sufrir una larga y enfadosa repetición de las mismas acusaciones de un jóven que habia venido al campo de la pelea y se puso contra el fatigado Job, que habia tenido que defenderse por sí solo contra tres. El nuevo acusador se llamaba Eliú, era hijo de Baraquiel de la familia de Ram, y se cree que descendia de Israel. Este jóven habia oído lo que se habia dicho de una y otra parte, y luego que vió callar á los amigos de Job, aprovechó la ocasion y entró en disputa con él. Principió acusándole de temerario, porque habia dicho que era justo delante del Señor. Tambien acusó á los tres amigos, porque no habian convencido á Job y solo habian sabido condenarle. Soy un jóven, dijo, y vosotros sois ancianos, y por eso, bajada la cabeza, reservaba mi parecer, esperando que hablase la ancianidad, y que la mucha experiencia enseñase la sabiduría; pero ya veo que el espíritu de la verdad no espera años, que en todas las edades se encuentra la inteligencia, y que no los de mucha edad son los sábios, ni los ancianos los que juzgan lo justo. Por tanto yo diré. Oídme y os mostraré mi saber, porque estoy lleno de razones y de monton me ocurren los pensamientos, agolpándose para salir por mi boca... En este tono hinchado continuó Eliú hablando mucho tiempo, y diciendo en todo apenas nada. Se conoce que era jóven, de poco estudio todavia y de menos experiencia, y así manifestó desde luego los defectos de la edad: poco respeto para con los ancianos; mucho orgullo; mucha arrogancia; ninguna considera-

cion para con un alligido; loca presuncion que le lisonjeaba de la victoria contra un sábio, de la cual desconfiaban los tres veteranos combatientes que le habian precedido; largos discursos; discursos que parecian no tener fin; discursos interminables... Hé aquí la ciencia que se agolpaba en el entendimiento de Eliú, y que no cabia á salir por su boca. Es verdad que en la confusion de máximas que se le oyeron, se encuentran algunas sentencias que suponen una educacion religiosa, y una noticia de la historia de su nacion, pero á vuelta de esto, se le ve tropezar á cada paso en el mismo escollo en que habian tropezado los amigos de Job, sacando, como ellos, injustas consecuencias contra su virtud.

Job calla y guarda silencio.

Defendia Job la buena causa, y aunque se hubiese excedido acaso algun tanto en el calor de la disputa, defendia la verdad, y esta razon sola le hacia muy excusable. Despues de haber combatido constante y valerosamente por tanto tiempo y con tales adversarios, tomó el partido de callar, que es el que aconseja la razon cuando se trata con hombres que presumen de sábios; pero Dios, que veia sus combates y le preparaba la victoria, tomó por suya la causa. Es verdad que á Job se habian escapado algunas palabras indiscretas. Paciente en sus dolores, se habia excedido alguna vez su celo contra la ceguedad de sus contrarios y la injusticia de sus juicios, y el Señor antes de declararse por él le dió una represion, por decirlo así, cariñosa.

Habla el Señor.

De en medio de un torbellino habló el Señor á Job, diciendo: ¿Quién es este que envuelve sentencias con

discursos imperitos? Ciñe como varon tu cintura; te preguntaré y respóndeme. Iba el Señor á hacer ver á Job que en sus discursos habia querido penetrar en los juicios de Dios mas de lo que conviene al hombre. Para esto le hace una multitud de preguntas solo sobre cosas naturales para confundir su presuncion y convencerle de que es muy pobre el entendimiento del hombre, y muy limitadas sus luces para sòndear los juicios de su sabiduría y medir las obras de su poder. ¿Dónde estabas tú, le dice, cuando yo echaba los cimientos de la tierra? Házmelo saber, si tienes de ello inteligencia. ¿Quién tomó sus medidas, ó quién tiró sus líneas? Sobre qué estan asentadas sus basas, ó quién puso su piedra angular? Cuando me alababan los astros de la mañana y se regocijaban todos los hijos de Dios ¿(dónde estabas)? ¿Quién cerró con puertas el mar cuando salia de sus términos? Yo le cerré y puse puertas y cerrojo, y dije: Hasta aquí llegarás y no pasarás mas allá, y aquí quebrarás tus hinchadas ondas. ¿Acaso despues de tu nacimiento mandaste al alba y señalaste á la aurora su lugar? ¿Y tomando la tierra por sus extremidades la sacudiste y arrojaste de ella los impios? ¿Acaso has entrado tú en las profundidades del mar, y te has paseado por lo mas hondo del abismo? ¿Acaso han sido abiertas para ti las puertas de la muerte y has visto las entradas tenebrosas (del infierno)? ¿Por ventura has considerado la anchura de la tierra? Dime si sabes todas estas cosas... y preguntó el Señor á Job sobre la luz, el granizo, las lluvias y la nieve; sobre el frio, el calor, los truenos y las tempestades; sobre el órden de las estaciones, el curso de las estrellas y la hermosura de los cielos... y dijo: Por cierto el que arguye á Dios, debe responderle; y respondiendo Job al Señor, dijo: Yo que he hablado con lijereza, ¿qué podré responder? Pondré mi mano sobre mi boca. Yo sé, Señor, que todo lo podeis y que nada se os oculta, ni el mas escondido pensamiento. Yo he hablado indiscretamente y tratado co-

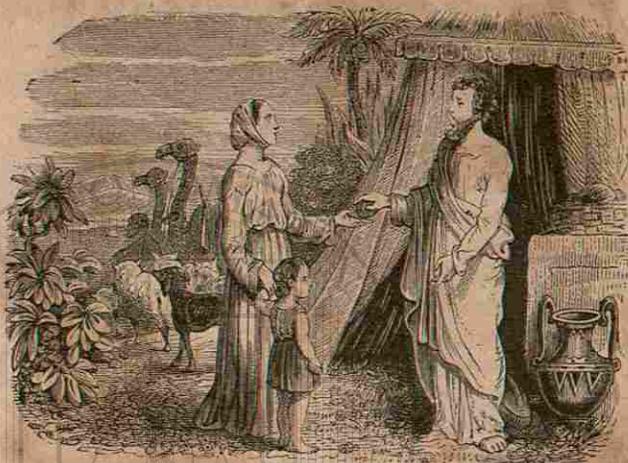
sas que exceden mi capacidad; por eso yo me reprendo á mi mismo, y hago penitencia en pavesa y en ceniza.

Defiende á Job.

Complacido el Señor de la humildad de su siervo Job, de este varon admirable, con cuya sencillez, rectitud y temor santo habia desafiado, por decirlo así, á Satanás antes de permitirle ejercer sobre sus bienes, hijos y persona su infernal malignidad, da fin á sus preguntas y reconvenciones y toma su defensa, diciendo á Elifaz Temanita: Mi furor se ha irritado contra ti, y contra tus dos amigos, porque no habeis hablado delante de mí lo recto como mi siervo Job. Id y tomad siete toros y siete carneros, y volved á mi siervo Job y ofreced holocausto por vosotros. Job mi siervo orará por vosotros, y yo tendré atención á él para no imputaros esta necedad; porque vosotros no me habeis hablado cosas rectas como mi siervo Job. Despues de esta sentencia del Señor, que condena los discursos de los amigos de Job y aprueba los de este santo hombre ¿quién se atreverá á decir que Job se apartó en el fondo y la sustancia de la verdad y la justicia? Fueron, pues, Elifaz Temanita, y Baldad Suita, y Sofar Naamita é hicieron (el sacrificio) como el Señor les habia dicho, y el Señor tuvo atención (y les perdonó) por la mediación de Job.

Fin de los trabajos de Job.

Cuando Job estaba orando por aquellos consoladores onerosos que tanto habian aumentado sus trabajos con sus errados discursos y juicios temerarios, el Señor puso término á las pruebas de la paciencia de Job, privó á Satanás de la facultad que le habia concedido para atormentarle, y de la que se habia aprovechado infernal-



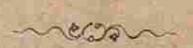
mente; y despues de un año, segun la opinion de los Hebreos, en el que habia padecido todo lo que pudo inventar Satanás, á excepcion de la muerte, quedó tan sano de sus llagas y tan limpio de su lepra como otro Naaman Siro. Los tres amigos se volvieron á sus estados, mejor instruidos que habian venido, llenos de agradecimiento por haber logrado aplacar el enojo del Señor por la mediacion de su santo amigo, y de contento por dejarle sano y libre del lastimoso estado en que le habian encontrado. Nada se dice de Eliú, quizás porque fué casual su venida á esta admirable escena y no pertenecia á ella. Job, sano de todas sus llagas y de la lepra, que le impedia entrar en la ciudad, volvió á su casa, y el Señor no solamente le dió todo lo que habia tenido antes, sino que se le dió doblado. Luego vinieron á él todos sus hermanos, todas sus hermanas y todos los que le habian conocido antes, comieron con él en su casa, manifestaron con modos muy expresivos la compasion y admiracion que les causaban los trabajos que habia sufrido, y le dió cada uno de ellos una oveja y un zarcillo de oro, no para dar pié á Job para volver á su riqueza, porque esto corria ya al cuidado de la Omnipotencia, sino para manifestar la alegría que les ocupaba en su restablecimiento. Á la verdad que hubiera venido mejor esta expresion en tiempo de la extrema necesidad de Job; pero entonces se habria dado sin esperanza de recompensa, que es la que hace casi siempre liberales á los hombres. El historiador sagrado nada vuelve á decir de la mujer de Job despues que este la reprendió tan sabiamente, y es regular que arrepentida y reconocida se hallase ya al lado de su marido antes de esta gran visita.

El Señor le da bienes doblados.

Dios bendijo los últimos tiempos de Job mucho mas que los primeros, y llegó á tener catorce mil ovejas, seis

mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil borricas. Tuvo siete hijos y tres hijas, igual número al que habia tenido antes, y no los duplicó el Señor, dicen los intérpretes, porque los primeros vivian en la presencia de Dios, y Job, predicador de la resurreccion, sabía que habian de resucitar con estos que ahora le concedia el Señor de nuevo, por cuya razon deben contarse tambien doblados los hijos. Llamó Job á la primera de las hijas *Dia*, esto es, bella como el día; y á la segunda *Casia*, agradable, olorosa, como la casia; y á la tercera *Cornustibia*, de hermosura peregrina. Y no se hallaron en toda la tierra mujeres tan hermosas como las hijas de Job. Despues de esto vivió Job ciento y cuarenta años, y suponiendo que tambien dobló el Señor los años de la vida de Job, resulta que habia vivido antes, entre el tiempo de su felicidad y sus trabajos, setenta años, y que todo el tiempo de su vida fué doscientos y diez años. Vió Job no solo sus hijos, sino tambien los hijos de sus hijos hasta la cuarta generacion, y murió rodeado de su preciosa y numerosa descendencia en una venerable ancianidad, lleno de días y de méritos, y dejando para todos los siglos el modelo de la paciencia á todos los hombres.

Toda la historia que llevamos sacada del libro de Job, no es otra cosa que una prueba continuada de la santidad de este varon admirable, prueba que no tiene contestacion porque está confirmada por boca del mismo Dios; pero esta prueba principió en el tiempo de sus trabajos, y como hemos dicho que debia hallarse ya entonces en la edad de setenta años, no la tendríamos de todo este tiempo anterior si el Señor no hubiera dispuesto que nos la diera el mismo Job, cuando, en lo mas lastimoso de su estado, clamaba con tanta ansia por aquel en que habia vivido antes.



Virtud de Job antes de sus trabajos.

¡Quién me diera, decía, que yo me hallase ahora como en los meses antiguos, como en los días en que me guardaba Dios! ¡Cuando resplandecía su claridad sobre mi cabeza y á su luz caminaba yo entre las tinieblas! ¡Quién me diera que fuera yo ahora como en los días de mi juventud cuando Dios moraba en el secreto (de mi alma) en mi tabernáculo! ¡Quién me diera que estuviera yo ahora como cuando el Omnipotente estaba conmigo y al rededor de mí mis hijos! ¡Cuando yo salía á la puerta de la ciudad y me ponían cátedra en su plaza! ¡Cuando me veían los jóvenes y se escondían, y los ancianos se alevantaban y se quedaban en pié! ¡Cuando los principes dejaban de hablar y ponían el dedo sobre su boca! ¡Cuando los capitanes detenían sus palabras y quedaban como mudos! ¡Ah! el oído que me escuchaba, me llamaba dichoso, y el ojo que me veía, me daba testimonio, porque habia librado al pobre que gritaba, y al huérfano que no tenia quien le ayudase. La bendición del que iba á perecer, venia sobre mí, y yo consolaba el corazón de la viuda. Ojo fui para el ciego y pié para el cojo. Padre era de los pobres y decía: En mi nidito moriré, y como la palma multiplicaré mis días. Los que me oían, cuando hablaba en público, aguardaban mi parecer, y en silencio estaban atentos á mi consejo. Nada se atrevían á añadir á mis palabras, y mis razones caían como rocío sobre ellos. Si queria ir á ellos, me sentaban en el primer lugar, y era entre ellos como un rey y consolador de los tristes y affigidos. Por mi parte hice un pacto con mis ojos de ni aun siquiera pensar de virgen, porque (si no fuera puro) ¿qué parte tendria Dios en mí, ni qué heredad sería yo del Omnipotente? ¿Por ventura no considera el Señor todos mis caminos y cuenta todos mis pasos? Si negué á los pobres lo que querian, é hice esperar á los ojos de la viuda; si comí solo mi bocado y

no comió el huérfano de él; si desprecié al pobre que iba á perecer por no tener con que cubrirse, y no se abrigó con los vellones de mis ovejas, y si alcé mi mano contra el huérfano, abusando de mi autoridad, mi hombre se desprenda de su coyuntura y se quiebre mi brazo, porque yo siempre temí á Dios. No quedó al descubierto el peregrino y mi puerta estuvo abierta al caminante, porque la misericordia salió conmigo del seno de mi madre y desde mi niñez creció conmigo.

Tal habia sido Job antes de sus desgracias, segun el modo noble y valiente con que él mismo se pinta, sin que en esta pintura haya ni vanidad ni mentira, porque dijo y repitió el Señor, que en todo lo que habian pronunciado los labios de Job, no habia Job pecado; y tal era su poder, su grandeza y su gloria, cuando le escogió el Señor para hacer de él un modelo y un ejemplar de la paciencia. Sus virtudes le habian hecho un príncipe justo, sincero é incapaz de dobleces y de engaño; un buen señor, buen esposo y buen padre; un varon sencillo, recto y temeroso de Dios, que se apartaba de todo lo malo y hacia cuanto bueno podia; un varon, en fin, que guardaba la ley de Dios, que le amaba con toda su alma, y que tenia una compasion inagotable para con los pobres y desdichados. Job en su niñez, en su juventud, en su edad madura, en su ancianidad, en sus grandes prosperidades y en sus inmensos trabajos fué el ejemplo y el modelo de todos los hombres.

Semejanzas de Job con Jesucristo. ®

En el compendio que hemos hecho de la vida y pasajes de Job, hemos procurado ceñirnos al sentido literal; mas como en Job se halla una conformidad tan admirable con Jesucristo, de quien era figura, es muy justo concluir su historia con algunos rasgos de esta admirable conformidad. Job cubierto de llagas, entregado al furor

de Satanás, insultado por su mujer, afligido por sus amigos y tratado como un gran pecador, es una imagen de Jesucristo entregado al furor del infierno, inundado de amargura, plagado de heridas, y agobiado con el peso de la justicia del Cielo, como si fuera el mayor de los pecadores. Job era reverenciado y alabado en el tiempo de su prosperidad; mas luego que fué reducido á la pobreza y cubierto de úlceras, pasó á ser un objeto de desprecio de aquellos mismos que antes tanto le apreciaban: así Jesucristo en el tiempo que obraba prodigios y era tan grande su fama, todo el mundo le bendecía, le glorificaba y le seguía; mas cuando fué preso, atado á una columna, plagado de heridas, clavado en una cruz, y hecho el blanco de las burlas mas sangrientas, ya no fué sino un objeto de desprecio de aquel mundo que antes le glorificaba. Todas las circunstancias de su Pasión se ven pintadas tan admirablemente en los discursos de Job, que hasta las expresiones que parecen mas oscuras é impropias, aplicadas á Jesucristo, se hacen claras y propias. Job sobre la cama de sus dolores y casi á punto de espirar, ruega por aquellos mismos amigos que tanto le habían afligido y mortificado, y Dios, aceptando su oración, perdona á los amigos, y saca á Job de los brazos de la muerte por una curación repentina y tan perfecta que parece una resurrección. Jesucristo desde la cruz, que era el lecho de su dolor, ruega por los que le han crucificado, y Dios, aplacado por su sacrificio, perdona á los hombres, quedando libre de todas sus llagas por medio de una resurrección gloriosa. Pueden verse otra multitud de semejanzas entre Job como representante y Jesucristo como representado en los santos Padres y expositores que tratan este asunto de propósito. Yo le concluyo diciendo, que *Job* y *Ecce Homo* parecen sinónimos que significan una misma cosa. Pero volvamos ya á tomar el hilo de la historia de los reyes de Judá, que soltamos para seguir la de los reyes de Israel separadamente, y que hemos concluido con las terribles agonias

y desdichada muerte de aquel desventurado reino, habiendo interpolado entre estas dos historias la de Job, por modo de desahogo y consuelo, como dijimos antes de principiársela.

REYES DE JUDÁ.

ROBOAN, PRIMER REY DE JUDÁ.

Al hablar de Jeroboan, primer rey de Israel (*página 185 de este segundo tomo*), dijimos que el Señor había prohibido á Judá que hiciese la guerra á Israel, y que tanto Roboan como su ejército se volvieron á sus casas. Fijado Roboan en Jerusalem, se aplicó á edificar nuevas ciudades con buenos muros en las nuevas fronteras de un reino que había sido dividido por su centro, y á reparar las antiguas para la seguridad contra un enemigo que se había tomado mas del medio reino. Las proveyó de armas y de víveres, y estableció en ellas gobernadores de valor y confianza. Aumentó sus tropas y las dió oficiales de lo mas esforzado de Judá, y puso en buena defensa el reino. La idolatría que el rebelde y apóstata Jeroboan introdujo en el reino de Israel, fué un motivo para que Judá se hiciese mas fuerte.

La tribu de Levi y las familias religiosas se huyen de Israel á Judá.

Empeñado Jeroboan en establecer la idolatría en su reino para apartarle de ir á adorar en Judá, perseguía á todos aquellos que, no queriendo doblar su rodilla ante los dioses falsos, iban á Jerusalem á doblarla ante el

de Satanás, insultado por su mujer, afligido por sus amigos y tratado como un gran pecador, es una imagen de Jesucristo entregado al furor del infierno, inundado de amargura, plagado de heridas, y agobiado con el peso de la justicia del Cielo, como si fuera el mayor de los pecadores. Job era reverenciado y alabado en el tiempo de su prosperidad; mas luego que fué reducido á la pobreza y cubierto de úlceras, pasó á ser un objeto de desprecio de aquellos mismos que antes tanto le apreciaban: así Jesucristo en el tiempo que obraba prodigios y era tan grande su fama, todo el mundo le bendecía, le glorificaba y le seguía; mas cuando fué preso, atado á una columna, plagado de heridas, clavado en una cruz, y hecho el blanco de las burlas mas sangrientas, ya no fué sino un objeto de desprecio de aquel mundo que antes le glorificaba. Todas las circunstancias de su Pasión se ven pintadas tan admirablemente en los discursos de Job, que hasta las expresiones que parecen mas oscuras é impropias, aplicadas á Jesucristo, se hacen claras y propias. Job sobre la cama de sus dolores y casi á punto de espirar, ruega por aquellos mismos amigos que tanto le habían afligido y mortificado, y Dios, aceptando su oración, perdona á los amigos, y saca á Job de los brazos de la muerte por una curación repentina y tan perfecta que parece una resurrección. Jesucristo desde la cruz, que era el lecho de su dolor, ruega por los que le han crucificado, y Dios, aplacado por su sacrificio, perdona á los hombres, quedando libre de todas sus llagas por medio de una resurrección gloriosa. Pueden verse otra multitud de semejanzas entre Job como representante y Jesucristo como representado en los santos Padres y expositores que tratan este asunto de propósito. Yo le concluyo diciendo, que *Job* y *Ecce Homo* parecen sinónimos que significan una misma cosa. Pero volvamos ya á tomar el hilo de la historia de los reyes de Judá, que soltamos para seguir la de los reyes de Israel separadamente, y que hemos concluido con las terribles agonias

y desdichada muerte de aquel desventurado reino, habiendo interpolado entre estas dos historias la de Job, por modo de desahogo y consuelo, como dijimos antes de principiársela.

REYES DE JUDÁ.

ROBOAN, PRIMER REY DE JUDÁ.

Al hablar de Jeroboan, primer rey de Israel (*página 185 de este segundo tomo*), dijimos que el Señor había prohibido á Judá que hiciese la guerra á Israel, y que tanto Roboan como su ejército se volvieron á sus casas. Fijado Roboan en Jerusalem, se aplicó á edificar nuevas ciudades con buenos muros en las nuevas fronteras de un reino que había sido dividido por su centro, y á reparar las antiguas para la seguridad contra un enemigo que se había tomado mas del medio reino. Las proveyó de armas y de víveres, y estableció en ellas gobernadores de valor y confianza. Aumentó sus tropas y las dió oficiales de lo mas esforzado de Judá, y puso en buena defensa el reino. La idolatría que el rebelde y apóstata Jeroboan introdujo en el reino de Israel, fué un motivo para que Judá se hiciese mas fuerte.

La tribu de Levi y las familias religiosas se huyen de Israel á Judá.

Empeñado Jeroboan en establecer la idolatría en su reino para apartarle de ir á adorar en Judá, perseguía á todos aquellos que, no queriendo doblar su rodilla ante los dioses falsos, iban á Jerusalem á doblarla ante el

Dios verdadero. Habia en el reino de Israel un gran número de Israelitas fieles que, constantes en la religion de sus padres, habian creido que debian obedecer al rebelde Jeroboan despues que supieron que Dios le habia elegido por su rey; pero cuando vieron que declaraba la guerra al Señor y establecia la idolatría sobre las ruinas de la religion verdadera, creyeron que no podian ya obedecerle, y trataron de pasarse al reino de Judá. La primera que se huyó fué la tribu de Levi, abandonando sus fértiles ejidos, sus ricas propiedades y todo cuanto poseía en la tierra de Israel por no exponer su religion. Con el aumento de esta tribu tan valiente se robusteció mucho el reino de Judá. El ejemplo de los Levitas fué seguido de cuantas familias habia en Israel determinadas á no apartarse jamás de la religion de sus padres, y este fué otro aumento de poder que fortificó mas á Judá al paso que debilitó á Israel. Roboan recibia con alegría todos los fieles servidorès del Señor que venian á su reino, y les proporcionaba cuantas ventajas podia para su establecimiento. De este modo Roboan, reducido en sus principios á reinar sobre dos tribus, vino á reinar en poco tiempo sobre una gran parte de las diez que habia perdido, y llegó á una gran prosperidad en los tres años que él y su reino anduvieron en los caminos de David, su abuelo.

Matrimonios, hijos é hijas de Roboan.

En distintos tiempos se casó Roboan hasta con diez y ocho mujeres y sesenta concubinas, y tuvo de unas y otras veinte y ocho hijos y sesenta hijas; pero el tiempo principal de esos bodorrios debió ser el de estos tres años, porque en él los refiere el sagrado texto, y porque la prosperidad en que se hallaba era muy propia para estos casamientos. En efecto esta fué su perdicion, porque tiene la prosperidad un no sé qué de fatal para la

virtud, que pocas veces deja de envenenarla y hacerla espirar entre sus delicias. Engrosóse el amado y coccó, habia dicho Moises del pueblo escogido, y engrosado, engordado y ensanchado, abandonó la ley del Señor y desconoció á su Hacedor. Así lo hizo ahora Judá; fortificado, afirmado y ensanchado, abandonó la ley del Señor y desconoció á su Hacedor.

Idolatría de Judá.

La prosperidad cegó y descaminó al rey, y el pueblo siguió sus pasos. Hicieron lo malo delante del Señor, cual si Judá fuera otro idólatra Israel, y le irritaron con sus pecados sobre todo lo que le habian irritado sus padres en los días malos de Salomon. Se erigieron altares en Judá, se fabricaron ídolos, se plantaron bosques en todo collado alto y se idolatró bajo de todo árbol frondoso. A la idolatría siguió la corrupcion de costumbres. Se cometieron de nuevo las abominaciones de las gentes que el Señor habia trillado en otros tiempos delante de los hijos de Israel, se repitieron los delitos de Sódoma, y fué tan adelante la disolucion que la reina Maaécá, esposa la mas querida de Roboan, llegó á establecer en Judá las obscenas fiestas de Priapo, que era el ídolo mas infame que se conocia, y á tener la desvergüenza de presidirlas.

Su castigo.

Mas no pasó mucho tiempo sin que el Señor castigara á Judá, porque la misericordia de Dios velaba sobre la casa de David. Cayó sobre los culpados el golpe de la justicia. Sesac, rey de Egipto, fué ahora el ministro de que se valió el Señor para enmendarlos. El año quinto del reinado de Roboan, subió Sesac á Jerusalem, porque Jerusalem, dice el sagrado texto, habia pecado contra el

Señor. Traía un ejército de sesenta mil caballos, mil y doscientos carros armados y una multitud innumerable de soldados de á pié, recogidos de Egipto, de Libia, de Trágloda y de Etiopia. Tomó las ciudades fuertes de Judá, sin que hubiese ni una sola que pudiese resistirle, y avanzando hasta el centro del reino, se presentó delante de Jerusalem. En ella se habian encerrado, huyendo de Sesac, los príncipes de Judá con su rey, y aquí Semeías, aquel mismo profeta que impidió á Roboan en los principios de su reinado que hiciese la guerra á Jeroboan, se le presentó diciendo: Esto dice el Señor: Vosotros me habeis dejado, pues yo tambien os he dejado á vosotros en manos de Sesac. Consternados al oírlo el rey y los príncipes, todos á una dijeron: Justo es el Señor. Se reconocieron culpados, se humillaron ante la Majestad ofendida, imploraron su misericordia, y viendo el Señor su arrepentimiento, vino otra vez su palabra á Semeías diciendo: No los perderé, porque se han humillado. Les daré un poco de socorro, y no goteará mi furor sobre Jerusalem por mano de Sesac. Sin embargo le servirán para que sepan la distancia que hay entre servir al Rey del cielo, y servir á los reyes de la tierra. Entró Sesac en Jerusalem como vencedor; pero como vencedor moderado por otro vencedor mas poderoso que él. No ejecutó en la ciudad violencia alguna, ni permitió á sus soldados ni muerte ni saqueo; respetó el templo y nada tomó perteneciente á su servicio, pero si los tesoros que se habian depositado allí en los tiempos de David y Salomon, y los que habia en el palacio del rey, como tambien los broqueles de oro que hizo Salomon, que eran de mucho valor, y con esto se volvió Sesac á Egipto. Esta conducta tan moderada solo era posible en un rey que conducia el Señor para castigar á Judá en su misericordia, y así lo reconocieron todos.

Su enmienda.

Roboan se aplicó seriamente á reparar los escándalos del reino, y los príncipes le acompañaban. Se le vió frecuentar el templo como lo habia hecho antes de su prevaricacion, y su ejemplo, igualmente poderoso para hacer impio al pueblo que para hacerle piadoso, contribuyó eficazmente á que resplandeciesen acaso mas que antes los ejercicios de la religion, porque habia entonces en Jerusalem gran número de almas piadosas, á las que se atribuyó principalmente la misericordia que usó el Señor. Si Roboan no consiguió con esto desterrar la impiedad enteramente, logró hacer que se escondiese, y el demonio de la idolatria se vió precisado á suspender, á lo menos por algun tiempo, los escándalos que con tanto furor habia principiado á derramar en Judá.

Recaída y muerte de Roboan

Pero es muy gran desdicha, principalmente para los reyes, haber abandonado ó corrompido la religion, mezclándola con el error ó la idolatria, porque sus conversiones generalmente son inconstantes, y para un David, un Manasés y algunos otros que vemos perseverar, son infinitos los que vemos recaer, y de este triste número fué Roboan. Su fervor y su celo no duraron mucho. Aun le restaban de once á doce años de reinado, y su débil resolucion y flaca virtud no pudieron subsistir por tanto tiempo. Hizo lo malo, y despues de hacerlo, no preparó su corazon para buscar al Señor. Recayó en la idolatria, y ya no mereció ser sacado de ella por otro golpe de la divina misericordia como el que le habia hecho sentir de la mano de Sesac para su anterior arrepentimiento. Reinó diez y siete años cumplidos, al principio solamente sobre las dos tribus de Judá y Benjamin, y

despues sobre la de Leví y las familias que la siguieron huyendo de Israel, estas tres tribus y el gran número de familias que vinieron de las otras, formaron el reino de Judá, del que Roboan fué el primer rey, menos digno de lástima por haber perdido la mayor parte del reino de Salomon su padre, que por haberle imitado en los delitos, sin que nos dé motivos, como aquel, para contar con alguna probabilidad de su arrepentimiento. Desde su recaída hasta su muerte tuvo guerras continuas con Jeroboan rey de Israel, empeñado en reinar, como su padre, sobre todas las tribus. Había puesto Roboan á sus hijos por gobernadores en las principales ciudades del reino, y les había señalado buenas rentas y casado con hijas de las principales familias, dejando á su lado á Abia hijo de la reina Maaca, su esposa mas querida, para que le sucediese en el trono. Reinó Roboan diez y siete años, y murió en Jerusalem á la edad de cincuenta y ocho. Fué enterrado en la ciudad de David en el sepulcro de sus padres, y en su lugar reinó su hijo Abia.

ABIA, SEGUNDO REY DE JUDÁ.

Roboan dejó guerra abierta con Jeroboan, y Abia la llevó adelante con mas felicidad que su padre. Se halló con tropas veteranas que habian peleado mucho tiempo, y reunió un ejército de cuatrocientos mil hombres escogidos y muy guerreros para ir contra Jeroboan, rey de Israel. Este ordenó un ejército de ochocientos mil, que eran tambien escogidos y de gran valor, para pelear contra Abia. Se pusieron en movimiento los dos ejércitos, pero Abia se adelantó, entró en las tierras de Jeroboan y fijó su campamento sobre el monte Semeron, que, como dejamos dicho, fué donde se edificó despues á Samaria, capital del reino de Israel.

Discurso de Abia á las tropas de Jeroboan.

No tardó en dejarse ver el doblado ejército de Jeroboan, y entonces fué cuando Abia presentándose donde pudiese ser oído de sus enemigos, gritó diciendo : Oye, Jeroboan y todo Israel : ¿ignorais que el Señor Dios de Israel dió para siempre la soberanía á David y á sus hijos? ¿Que Jeroboan, hijo de Naba, se levantó y se rebeló contra su señor? ¿Y que se unieron á él hombres muy soberbios, hijos de Belial, y prevalecieron contra Roboan, hijo de Salomon, porque Roboan era hombre sin experiencia y tímido y no les supo resistir? ¿Y ahora vosotros pensais que podreis resistir al reino que el Señor posee por medio de los descendientes de David, porque teneis una gran multitud de pueblo y los dioses que os ha dado Jeroboan en becerros de oro? ¿Porqué habeis arrojado á los sacerdotes del Señor, hijos de Aaron, y á los levitas, y habeis hecho para vosotros sacerdotes como los de los pueblos de todas las tierras? Pues tened entendido, que el Señor, á quien nosotros no dejamos, es el Dios de Israel á quien sirven los sacerdotes hijos de Aaron, y ofrecen holocausto todos los dias por mañana y tarde y perfumes preparados segun la ley, y exponen los panes sobre la mesa limpiezima, y encienden por la tarde las lamparillas del candelero de oro; porque nosotros observamos los mandamientos del Señor, á quien vosotros habeis abandonado; y así el general de nuestro ejército es Dios, y sus sacerdotes los que tocan las trompetas y las hacen resonar contra vosotros. Hijos de Israel, no peleis contra el Señor, Dios de vuestros padres, porque no os conviene.

Victoria milagrosa del ejército de Abia

El discurso de Abia encerraba en su sencillez los mo-

tivos mas poderosos para reducir á Israel á la casa de David, y al servicio del Señor; pero Jeroboan hizo que luego cesase y se dejase de exhortaciones. Mientras que Abia estaba hablando, Jeroboan le armaba lazos por detrás. Ocupado de su exhortacion á las tropas enemigas, que tenia á su frente, no miraba que el resto del ejército le iba cercando por detrás. Cuando lo advirtió, ya vió que tenia la guerra sobre si de frente y por la espalda, y luego clamó al Señor, y tocaron los sacerdotes las trompetas, y todas las tropas de Judá alzaron el grito pidiendo al Señor, y mientras que ellos clamaban, el Señor aterró á Jeroboan y á todo el ejército de Israel que tenia rodeado á Abia y á su ejército, huyó el ejército de Israel del ejército de Judá, y el Señor entregó el ejército de Jeroboan en manos de las tropas de Abia, que hicieron en él un gran destrozo y murieron á filo de espada quinientos mil hombres de valor. Con pérdida tan espantosa quedó humillado Israel, y Judá cobró grande ánimo, porque habia esperado en el Señor Dios de sus padres. Abia persiguió á Jeroboan en su huida, y tomó la ciudad de Betel y sus aldeas, la de Jesana tambien con sus aldeas y la de Efron con las suyas. Jeroboan pudo escapar de la muerte, pero no volver á resistir á Judá en los dias que vivió Abia.

Muerte de Abia.

Este gran suceso en que vencidos y vencedores debian reconocer la mano y la obra del Señor, era singularmente á propósito para hacer que los vencidos volviesen á la obediencia de que se habian apartado, y que los vencedores continuasen con mas celo en el servicio del Señor que les habia concedido la victoria; pero ni unos ni otros correspondieron. Jeroboan é Israel se quedaron tan idólatras como habian venido, y Abia y Judá ninguna demostracion de agradecimiento hicieron por tan insigne

victoria. Fiel Abia en el principio, consiguió la proteccion del Señor, é ingrato despues de haber sido protegido, se hizo indigno de que el Señor le continuase protegiendo. Á la ingratitud siguieron los vicios, y á los vicios la idolatria que los encerraba todos. Y anduvo Abia, dice el sagrado texto, en todos los pecados que habia cometido Roboan, su padre, antes de él. Tuvo hasta catorce mujeres, y de ellas veinte y dos hijos y diez hijas. Esto es lo que se sabe de la historia de este principe, cuyos bellos principios anunciaban un reinado feliz de muchos años; pero su impiedad hizo que se abreviasen y concluyesen á los dos y unos nueve meses. Murió en Jerusalem y fué enterrado en la ciudad de David, en el sepulcro de sus padres. Reinó Asa su hijo por él, y en su tiempo hubo paz en la tierra (de Judá) por diez años.

ASA, TERCER REY DE JUDÁ.

Asa tomó sobre su cabeza el peso de la corona á los veinte y cinco años de su edad, y la llevó por mas de cuarenta con tal firmeza en punto á la religion de sus padres, que en esto pocos de sus descendientes llegaron á imitarle. Hizo Asa lo recto delante del Señor, y lo que era bueno y agradable en los ojos de Dios. Derribó los altares altos en que se adoraba á los ídolos. Hizo pedazos las estatuas, taló los bosques y mandó á Judá que buscase al Señor Dios de sus padres, y guardase la ley y todos los mandamientos. Quitó de todas las ciudades de Judá los altares y templos profanos y reinó en paz. Entonces dijo á Judá: Reparemos las ciudades, y cerquemoslas de muros y fortifiquemoslas con torres, y con puertas y cerraduras, mientras que por todas partes estamos sin guerra, porque hemos buscado al Señor, y nos ha concedido paz todo en rededor. Reparáronlas, pues, y no hubo quien impidiese su reparacion. Tuvo Asa en su ejército trescientos mil soldados de Judá armados de

broqueles y de picas, y doscientos y ochenta mil de Benjamín, de broqueles y saetas, todos estos varones muy fuertes.

Victoria milagrosa de Asa

Vino contra ellos Zara, rey de los Etiopes, con su ejército de un millón de hombres y trescientos carros armados, y llegó hasta Maresa, y allí le salió al encuentro Asa, formó su ejército en orden de batalla en el valle de Sefata, junto á Maresa, é invocó al Señor diciendo : Señor, no hay para vos diferencia en socorrer con pocos ó con muchos. Ayudadnos, Señor, Dios nuestro, porque teniendo en vos y en vuestro Nombre la confianza, hemos venido contra esta multitud. Señor, vos sois nuestro Dios. No prevalezca el hombre contra vos. Aterró el Señor á los Etiopes delante de Asa y de Judá y huyeron, y los fué persiguiendo Asa y su ejército hasta Gerara, y fueron derrotados los Etiopes hasta no quedar hombre á vida, destrozados por el Señor que los hería y por su ejército que peleaba. Tomaron muchos despojos y destruyeron todas las ciudades en contorno de Gerara, porque era grande el terror que se había apoderado de todos, y las saquearon y llevaron un gran botín. Destruyeron también las majadas de las ovejas y llevaron infinita multitud de ganados y de camellos, y se volvieron á Jerusalem.

Un profeta anima el celo de Asa y su pueblo.

Habiendo venido el espíritu de Dios sobre Azarias, hijo de Oded, salió al encuentro á Asa y su ejército, y dijo : Oídme, Asa y todo Judá y Benjamín : el Señor ha estado con vosotros, porque vosotros estuvisteis con el Señor. Si le buscáis, le hallaréis ; mas si le dejáis, os dejará, y pasarán en Israel muchos días sin Dios, sin

sacerdotes que les enseñen y sin ley. (Aquí continuó el profeta anunciando á la descendencia de Jacob tiempos muy infelices, que unos quieren que sean los de las diez tribus hasta la ruina de Samaria ; otros los de la cautividad de Babilonia ; y otros los que están sufriendo desde que condenaron á muerte al Hijo de Dios) y concluyó diciendo : Portanto vosotros alentaos y no se aflojen vuestras manos, porque no quedará sin premio vuestra fidelidad.

Destruye Asa el simulacro de Priapo que adoraba su madre Maaca

Habiendo oido Asa estas palabras del profeta del Señor, cobró mucho ánimo, y luego que entró en Jerusalem, hizo destruir hasta las últimas reliquias de idolatría en Judá y Benjamín, y todos los ídolos de las ciudades del monte Efraim que su padre había tomado al rey de Israel, y sabiendo que un príncipe en materia de religion no puede tener condescendencias con la sangre cuando esta escandaliza á su pueblo, despues de haber usado por algun tiempo, acaso demasiado, de todas las atenciones debidas á su madre, destruyó también su obra. Era esta Maaca una mujer idólatra y dominante, que había tomado grande ascendiente en tiempo de Abia, su padre, y hecho plantar un bosque, fabricar en su centro un templo, erigir en él un altar y colocar sobre el altar un simulacro de Priapo, ídolo torpísimo, cuyas obscenas fiestas presidia ella misma. Asa so sobrepuso á todo el ascendiente de su madre, fué al bosque, derribó el ídolo, le desmenuzó y quemó, le redujo á cenizas y las echó en el torrente Cedron. Hizo demoler la caverna y talar el bosque, mas no quitó los altos, dice el historiador sagrado, y añade : Sin embargo el corazón de Asa fué perfecto para con el Señor.

Porqué no destruye Asa los lugares altos.

Ya hemos dicho (y debe leerse) á la página 153 de este tomo, que habia dos clases de lugares altos; unos donde se sacrificaba á los dioses falsos, y otros al Dios verdadero. Despues de la dedicacion del templo de Jerusalem, ya no queria el Señor que se le ofreciesen sacrificios fuera de él, pero lo que antes del templo se hacia por costumbre, siguió despues, y esto fué lo que no quitó Asa, sin duda por buenas razones, cuando el historiador sagrado dice que, á pesar de esto, Asa era perfecto para con el Señor. Como no habia aqui idolatria sino falta de lugar debido para el sacrificio, acaso tuvo Asa por mas prudente permitir la continuacion de estos lugares altos que quitarlos con peligro de mayores males.

Sacrifica Asa y su pueblo setecientos bueyes y siete mil carneros.

Despues de haber purificado el reino de las inmundicias de la idolatria, congregó á todo Judá y Benjamin, y con ellos los que habian venido de las tribus de Efrain, Manasés y Simeon, porque se habian pasado muchos de Israel á Judá, viendo que el Señor estaba con Asa. Habiéndose reunido en Jerusalem el mes tercero del año quince del reinado de Asa, el primer paso del rey fué poner en el templo del Señor el oro, la plata, los vasos y vestiduras sagradas que habia ofrecido su padre en la batalla de Semeron con Jeroboan, y él mismo en la de Maresa con Zara. Edificó en seguida el altar del Señor, que Salomon habia hecho erigir apresuradamente en el vestibulo del templo al tiempo de su dedicacion, y sacrificaron en aquel dia el rey y su pueblo, por manos de los sacerdotes, hasta setecientos bueyes y siete mil car-

neros de la presa y despojos que habian tomado de los Etiopes.

Juramento que hace Judá de servir siempre al Señor.

Cumplidos así los votos y concluidos los sacrificios, juntó el rey á todo el pueblo en el atrio del templo y dió fin á este gran dia con una renovacion pública y solemne de la alianza de la nacion santa con el Señor Dios de sus padres Abraham, Isaac y Jacob; pero antes le previno: que habiendo sido colmados por el Señor de tantos beneficios, era tiempo no solo de manifestar su agradecimiento como acababan de hacerlo en los ofrendas y sacrificios, sino tambien de obligarse de nuevo á ser eternamente fieles al Señor, sirviéndole y amándole con todo su corazon: que no bastaba renovar esta obligacion que tantas veces habian protestado sus padres y tantas veces habian roto los hombres irreligiosos é impios; y que él queria quitar á sus súbditos, en cuanto pudiese, hasta la libertad de perderse, no dejándoles esperanza de quedar sin castigo. Hechas estas prevenciones, dijo con tono majestuoso á todo el pueblo que le rodeaba: Si alguno no buscase al Señor Dios de Israel, muera, desde el mas pequeño hasta el mayor, y desde el hombre hasta la mujer, é hicieron juramento al Señor de ser fieles con grandes voces de alegría, entre el ruido de las trompetas, al son de las bocinas y con imprecaciones á todos los que faltasen al juramento, pues le hacian de todo su corazon; y sirvieron al Señor de toda su voluntad, y el Señor les dió paz por todo en rededor de su reino.

La pureza de religion en que Asa habia puesto á Judá, la victoria que le habia concedido el Cielo sobre un millon de combatientes, el respeto con que le miraban todas las naciones despues de un triunfo tan asombroso y la paz que disfrutaba, atraian á su reino un sinnúmero

de familias de las diez tribus, que por otra parte no podían sufrir la idolatría, la impiedad, la corrupción, las sediciones y las muertes de que era el teatro el reino de Israel. Baasa su rey veía con inquietud esta continua trasmigración, y para impedir la trató de cerrar el paso. Cayó de repente con todas sus fuerzas sobre Rama, y no solo la tomó, sino que principió á cercarla con muro para hacer de ella una plaza fuerte. Era Rama una ciudad de la tribu de Benjamín, poco distante de Jerusalem y muy cercana á la cadena de los montes de Efraim, por cuya falda era necesario pasar para entrar en el reino de Judá. Era como la puerta de paso de uno á otro reino.

Alianza de Asa con Benadad, rey de Siria.

Al oír Asa que Baasa habia saltado las barreras de su reino y trataba de fortificarse casi á las puertas de Jerusalem, temió y se llenó de miedo. Los portentosos socorros que poco antes habia recibido del Señor y que debían serle una seguridad de su protección, no bastaron á aquietarle, y en Asa, amenazado por el rey de Israel, ya no se vió aquel Asa que poco antes, armado con la oración, derrotaba un millon de soldados. Mas todo esto podria mirarse como una prueba de la flaqueza humana; pero cuando se le vió anteponer la alianza de un rey pagano á la protección que debia pedir y esperar del Cielo, ya Asa no pudo ser mirado por mas tiempo como un rey irreprochable. Supo que su enemigo se habia aliado con Benadad rey de Siria para hacerle la guerra, y en vez de considerar á estos dos reyes como dos víctimas que el Señor ponía en sus manos, se entregó á los consejos de la débil prudencia humana. Guiado por ellos, tomó el medio de apartar al rey de Siria de los intereses del rey de Israel y de empeñarle por los suyos. Recogió todo el oro y plata que habia en el templo y el palacio y lo envió al rey de Siria, diciendo: Alianza

hay entre nosotros, como entre tu padre y el mio; por eso te envío esos presentes de plata y oro, para que, rompiendo el tratado que tienes hecho con Baasa rey de Israel, le hagas retirar de mí. Condescendiendo el rey de Siria con Asa, envió los generales de su ejército á las ciudades de Israel, y destruyeron á Ahion, Dan, Abelmaím y todas las ciudades muradas de Neptalí, lo que oído por Baasa, dejó de edificar á Rama y marchó á Tersa (su capital para defenderla si era acometida). Asa entonces tomó consigo toda la gente de Judá, y llevaron de Rama todas las piedras y maderas que Baasa habia acopiado para reedificarla y con ellas reparó á Gabaa y á Masfá.

Un profeta reprueba esta alianza.

Pensaba Asa que habia dirigido perfectamente este negocio, y estaba tanto mas pagado de su habilidad, cuanto le miraba concluido mas felizmente; pero Dios le miraba de otro modo, pues en su divina presencia no era sino el efecto de una desconfianza digna de castigo, y un empleo criminal de los caudales destinados á la magnificencia del culto y al socorro de los huérfanos. No quiso el Señor que dudase de esto el culpado y le envió á Hanani, profeta de Judá, y acaso padre del profeta Jehú, hijo de Hanani, á quien habia hecho morir Baasa en Israel algunos años antes. Se presentó, pues, Hanani á Asa y le dijo: Porque pusiste la confianza en el rey de Siria y no en el Señor, tu Dios, por eso el ejército del rey de Siria se ha escapado de tu mano. ¿Acaso los Etiopes y los de Libia no eran en mucho mayor número en carros, en caballería y en una grandísima multitud, y el Señor los puso en tu mano cuando confiaste en él? Los ojos, pues, del Señor contemplan toda la tierra, y da fortaleza á aquellos que con perfecto corazón creen en él. Te has portado, pues, neciamente, y por eso desde este tiempo se levantarán

guerras contra tí. Bien diferente Asa de su tercer abuelo David, á quien el profeta Natán encontró tan pronto á reconocer su pecado y pedir perdón á Dios, se empeñó en no conocer el suyo, porque habia tenido buen resultado. Miró la reprension del profeta como un atrevimiento, se irritó en gran manera contra él y le mandó poner en un cepo. Este proceder contra un enviado de Dios suscitó amargas quejas del pueblo que llegaron á oídos del rey, y en su furor hizo morir á muchos. Ni la prision del profeta, ni la muerte de sus súbditos pudo impedir el cumplimiento de la profecía, y Asa estuvo en guerra continua con Baasa mientras vivieron; pero ya no bastaba este castigo. Asa debia expiar el delito de la prision de un profeta y las muertes de sus súbditos, y el Señor lo ejecutó con un dolor de piés vehemísimos. Cerca de tres años sufrió esta gota dolorosísima, y tampoco en su enfermedad buscó al Señor, sino que confió mas en el arte de los médicos.

Muerte de Asa.

Murió Asa en Jerusalem á los cuarenta y un años de reinado y sesenta y seis de edad. Por el elogio que se hace de su vida en la de su hijo Josafát, y su firmeza y celo por la religion de sus padres, se juzga: que al ver la inutilidad de las medicinas, conoció que su mal era el castigo de sus culpas: que se volvió de todo su corazón al Dios que siempre habia adorado; y que consiguió el perdón. Los sacerdotes y el pueblo, que con razon le habian mirado como el más celoso defensor de la religion y perseguidor de la idolatría, le hicieron honras extraordinarias. Embalsamaron su cuerpo, le pusieron sobre una cama llena de aromas y quemaron en rededor de él exquisitos perfumes. Le enterraron en el sepulcro que él habia mandado hacer en la ciudad de David, y su hijo Josafát entró á reinar en su lugar.

JOSAFÁT, CUARTO REY DE JUDÁ.

Treinta y cinco años tenia Josafát cuando principió á reinar, y reinó veinte y cinco. Su madre Azuba era una verdadera Israelita, y crió á Josafát en piedad y santo temor de Dios. Esta crianza y los ejemplos de la mas pura religion que veia siempre en sus padres, formaron en Josafát un príncipe de los más acreedores al trono de David. En todo anduvo al camino de su padre (este es un elogio de Asa), y no se apartó de él, é hizo lo que era recto delante del Señor. Desde luego, sin batalla de que tengamos noticia, se adquirió una superioridad sobre el reino de Israel. Puso guarniciones en cada una de las ciudades muradas de Judá, y en las de Efrain que su padre habia tomado. Estuvo el Señor con Josafát, porque anduvo en los caminos de David y no esperó en los Baalines sino en el Dios de sus padres, y porque caminó en sus mandamientos y no segun los pecados de Israel. El Señor afirmó el reino en su mano, y todo Judá ofreció presentes á Josafát.

Adquirió con esto grandes riquezas y mucha gloria, y habiéndose animado su corazón, porque andaba en los caminos del Señor, emprendió quitar tambien los altos y bosques de Judá, lo que, como ya hemos dicho, no se habia determinado á intentar su padre Asa; y si no concluyó esta empresa, fué porque conoció que la demasiada severidad en este punto, disimulable en algun modo, irritaria á sus súbditos en lugar de aprovecharles y acaso impediria mayores bienes. Mas no por eso abandonó esta obra, sino que mudó de medio para conseguirla. En vez de la autoridad se valió de la instruccion á fin de disponerlos suavemente á que, convencidos de la obligacion de sujetarse á la ley que los prohibia, la diesen entero cumplimiento por sí mismos.

Sus misioneros.

En el año tercero de su reinado tomó una resolución digna de la grandeza de su fe y de su celo por la gloria del Señor y la felicidad de su reino; resolución que deberían imitar todos los reyes y gobiernos cristianos. Envió sacerdotes y levitas por todas partes armados con el libro de la ley y acompañados de príncipes celosos para que leyesen y explicasen al pueblo los mandamientos del Señor, las ceremonias de su divino culto y el lugar en que debían ofrecerse los sacrificios, que no eran los altos, sino el templo de Jerusalem. Los enviados recorrieron todo el reino, enseñando con gran celo, y siendo escuchados con buen deseo y mucho fruto.

Su ejército.

Creció Josafát, y su grandeza subió hasta lo sumo. Edificó en Judá casas á manera de torres y ciudades muradas, é hizo muchas obras en las que habia edificadas; tenia tropas robustas y guerreras, y las aumentó hasta un número al que no habían llegado las de sus antecesores, ni llegaron las de sus sucesores. Tuvo un ejército que constaba de un millon ciento y sesenta mil hombres, distribuido en cinco cuerpos. Todo este prodigioso número de tropas estaba siempre á la mano del rey, porque las plazas tenían sus competentes guarniciones. Al ver un celo tan grande y sábio en orden á la religion y un poder tan asombroso en orden al Estado, todos los reinos comarcanos se llenaron de pavor y nadie se atrevia á pelear contra Josafát. Hasta los Filisteos, siempre enemigos del pueblo de Dios, le traían regalos y un tributo de plata; y tambien los Arabes le enviaban siete mil y setecientos carneros, y otros tantos machos cabrios. Fué, pues, Josafát religioso, rico, poderoso y

muy esclarecido, y disfrutó diez y ocho años enteros de la mas completa paz.

Matrimonio de Joran, promogénito de Josafát, con Atalia, hija de Acab, rey de Israel.

En este tiempo se dejó sorprender de una imprudencia que expuso en adelante su vida y fué, despues de sus dias, muy funesta á su descendencia. Tenia varios hijos, siendo el mayor Joran, al cual destinaba para sucesor en el trono. Trató de casarle, y pidió á Acab, rey de Israel una hija, llamada Atalia, para esposa de su hijo, que luego le fué concedida y efectuado el matrimonio. Es creible que Josafát á fuer de celoso por la pureza de la religion, como lo hizo ver hasta su muerte, se lisonjease de atraer fácilmente al culto del Señor una jóven que apenas podria tener mas que una tintura de la idolatria de su padres. Acaso pensó tambien en reducir por este medio á las tribus separadas de la casa de David, pero se engañó, pues la alianza con Acab estuvo á punto de acabar con su vida, su descendencia, su reino y hasta con la religion.

Su visita al rey Acab.

Al cabo de algunos años descendió Josafát á Samaria á visitar á su consuegro Acab, y ya hemos dicho á la página 223 de este tomo los peligros en que le puso esta visita. Al fin salió de ellos con vida, porque el Señor, que le amaba, le sacó de las manos de la muerte; pero no dejó su temeridad sin una seria reprehension, aunque de padre.

Un profeta le reprende por haberse aliado y dado socorro á Acab.

Cuando volvía de la fatal jornada de Ramot de Galaad, en la que le había empeñado su visita, y corrido tanto peligro su vida, le salió al encuentro el profeta Jehú, hijo de Hanni, distinto de aquel Jehú á quien, como ya hemos visto, quitó la vida Baasa, rey de Israel, en premio del cumplimiento de su ministerio, y acaso nieto de aquel mártir de la verdad. Digo que le salió al encuentro Jehú, y con la libertad y firmeza de un enviado del Señor, le dijo: ¡Á un impio das socorro, y con los que aborrecen al Señor te estrechas en amistad! Ciertamente que por eso merecias la ira del Señor, pero se han hallado en ti buenas obras, porque has quitado los bosques (idolátricos) de la tierra de Judá y has preparado tu corazón para buscar al Señor, Dios de tus padres. Josafát era de buen corazón, capaz de incurrir en un yerro ó una culpa, como todos los hombres, pero incapaz de defenderla, y así no se portó con el profeta como el sacrilego Baasa, sino que imitando á David, recibió la corrección con humildad y reconocimiento, trató con honor y estimación al profeta del Señor, y continuando su camino, volvió á entrar en Jerusalem por un milagro de la Providencia. Deseoso de atraerse la indulgencia del Señor sobre su desacierto, y de darle nuevas pruebas de su amor, trató de hacer que todos le sirviesen en su reino. No contento con haber enviado sacerdotes y levitas auxiliados de sus principales ministros, para que instruyesen á todos en la ley del Señor y su divino culto, salió él mismo á recorrerle y lo hizo de uno á otro extremo con tan buen fruto, que redujo al Señor, Dios de sus padres, á cuantos se hallaban extraviados.

Su confianza en el Señor en la guerra contra varias naciones que venian á acometerle.

Concluida su real visita, que podría llamarse *visita episcopal*, según el celo con que había trabajado por la honra y gloria de Dios y salvación de los hombres, volvió en entrar en Jerusalem, cada vez más amado de su pueblo. Continuaba en su corte empleando los días de paz en sostener y perfeccionar más y más la pureza del culto y el arreglo de las costumbres, cuando el Señor, que le amaba, quiso poner en prueba su fe y ver si confiaba en sus numerosos ejércitos, ó en el Señor, Dios de los ejércitos. Repentinamente se halló acometido de los Moabitas, Amonitas, Idumeos y Sirios, y de todas partes del reino le llegaban avisos, diciendo: Mira que viene contra ti una gran multitud, y que están acampados en Engadi. Sorprendido Josafát de gran temor, solo se acordó del Señor, que tenía siempre en su corazón. Se entregó todo á rogarle, y para conseguir su protección publicó un ayuno en todo el reino, y vinieron de todas las ciudades á suplicar al Señor en el templo de Jerusalem.

Su oracion.

Colocado Josafát en el atrio correspondiente, y puesto en pie en medio de la congregación de Judá y Jerusalem, dijo: Señor, Dios de nuestros padres, vos sois Dios en el cielo y domináis los reinos de todas las gentes. En vuestra mano está la fortaleza y el poder, y nadie puede resistiros. ¿Acaso vos, Dios nuestro, no hicisteis desaparecer á todos los habitantes de esta tierra delante de vuestro pueblo de Israel, y la disteis para siempre á los descendientes de Abraham vuestro amigo? Vos sabeis que por vuestra voluntad se han establecido en ella y edificado un templo á vuestro Nombre, diciendo: Si vi-

nieren sobre nosotros males de espada, ó de peste, ó de hambre, nos presentaremos delante de vos en este templo, en el que ha sido invocado vuestro Nombre, y clamaremos á vos en nuestras tribulaciones, y nos oiréis y salvaréis (y vos lo habeis prometido). Ahora, pues, mirad que vienen los hijos de Amon y de Moab y del monte de Seir, y se esfuerzan por echarnos de la posesion que nos disteis. Mas como no sabemos lo que debemos hacer, nos queda este consuelo, que es dirigir á vos nuestros ojos; y mientras que el rey oraba, todo Judá estaba en pié delante del Señor con sus mujeres, sus hijos y sus niños.

Fruto de su oracion.

Entonces vino el espíritu del Señor sobre Jaaciel, hijo de Zacarías, y dijo: Atended, todo Judá y los habitantes de Jerusalem, y vos ¡ó rey Josafát! Esto dice el Señor: No temais ni os acobarde esta multitud. No es vuestra esta pelea, sino de vuestro Dios. Mañana bajaréis contra ellos, porque subirán por la cuesta de Sis; mas no seréis vosotros los que combatiréis; solamente estaréis en confianza, y veréis el socorro del Señor sobre vosotros. Al oír esto Josafát y Judá y todos los habitantes de Jerusalem, se postraron, pegando su rostro con la tierra y le adoraron, y mientras que el rey y todo Judá, hombres, mujeres y niños, permanecian adorando al Señor con sus rostros pegados á la tierra, los levitas le alababan con grandes voces que llegaban hasta el cielo.

Marcha admirable.

Á la mañana siguiente salieron, segun la órden del Señor, al encuentro de sus enemigos, y apenas se pusieron en camino, hicieron alto, y Josafát, estando en pié

en medio de todos, dijo: Oídme, varones de Judá, y habitantes de Jerusalem. Creed en el Señor vuestro Dios, y estaréis seguros (en esta guerra). Creed á sus profetas, y todo os saldrá con felicidad (en ella). En seguida destinó cantores que, repartidos por los cuerpos del ejército, fuesen á su frente alabando al Señor y cantando: Dad gloria al Señor, porque es eterna su misericordia; repitiendo todos esto mismo: Dad gloria al Señor, porque es eterna su misericordia; y mientras que el ejército de Judá continuaba su camino cantando estas alabanzas, sus enemigos volvieron las armas unos contra otros, porque los hijos de Amon y de Moab se levantaron contra los moradores del monte Seir para matarlos y acabarlos, y habiéndolo ejecutado, se volvieron Amon y Moab uno contra otro y se mataron á cuchilladas.

Destruccion del enemigo y despojos.

Cuando el ejército de Judá llegó á la altura que mira al desierto, vió á lo léjos todo el campo que se descubria cubierto de cadáveres, y que no habia quedado uno vivo. Vino Josafát al campo y con él todo el ejército á tomar los despojos de los muertos, y hallaron entre los cadáveres tantas alhajas, vestidos y vasos preciosísimos, que no bastaron tres dias para recogerlos, ni pudieron llevarlo todo por la grandeza del botin. Despues de tres dias ocupados en recogerlos por todo el campo, se reunieron el cuarto en el valle que se llamó desde entonces *de la bendicion* por haber bendecido en él al Señor, y se volvieron con grande alegría á Jerusalem. Entraron en la gran ciudad entonando cánticos de alabanzas al Señor al son de salterios, de cítaras y de trompetas, y se dirigieron á la casa del Señor á darle las mas rendidas gracias y hacer resonar el templo de bendiciones al dador de tan insigne victoria. Cuando las naciones oyeron que el Señor habia peleado contra los enemigos de Israel

y los había destruido, se llenaron de pavor y quedó en reposo el reino de Josafát, dándole el Señor paz todo en rededor.

Contrae otra alianza con Ocozías para un comercio, y otro profeta le anuncia la destruccion de sus naves.

En este tiempo envió Ocozías rey de Israel, cuyas obras, dice el sagrado texto, eran impiúsimas, á contraer amistad y tener alianza con Josafát, y este buen príncipe, fácil siempre de ganar, hizo una segunda alianza, que tampoco agradó al Señor porque la hacia con un impio, y luego trató de castigarla. Convinieron Ocozías y Josafát en preparar una flota á expansas comunes para enviarla á negociar en Tarsis, y traer como Salomon el oro, plata y marfil de aquella tierra. No habia entonces rey en Idumea y estaba sujeta á Josafát. Tenia esta region dos puertos en el mar Rojo, Elat y Asiongaber, y en este se construyeron las naves que habian de componer la gran flota; mas cuando pensaba Josafát que sus naves surcaban ya el mar, se estaban destruyendo, y en el mismo momento se le presentó el profeta Eliecer, hijo de Dodan, diciendo: Porque has hecho alianza con Ocozías, el Señor ha destruido tus obras. Las naves han sido hechas pedazos y no han podido ir á Tarsis. Algunos días despues llegó la noticia á Ocozías por el camino ordinario, y mirando esta desgracia como efecto de los alborotos del mar, volvió á invitar á Josafát para construir otra flota; pero Josafát, que sabia que habia sido un castigo del Señor, se negó absolutamente á esta segunda empresa.

Tercera alianza que no desagradó al Señor.

Aun contrajo Josafát una tercera alianza; pero esta no

desagradó al Señor, acaso porque miraba á la seguridad del reino. (Léanse las páginas 231 y 240 de este tomo, y allí se verá la última de las pruebas de estimacion y proteccion que el Señor dispensó á Josafát en su vida).

Se muerte y elogio

Poco tiempo despues durmió Josafát con sus padres, y fué enterrado con ellos en la ciudad de David, y reinó Joran su hijo en su lugar. Josafát, dice el historiador sagrado, que hizo lo recto delante del Señor: que el Señor estuvo con él: que anduvo en los caminos de David: que no esperó sino en el Dios de sus padres; y que guardó sus mandamientos. Josafát vivió lleno de celo por la gloria de Dios y felicidad de sus pueblos. Fué un príncipe poderoso, tuvo mas soldados que ningun rey de Judá, pero sus armas fueron la oracion, que le daba ganadas las batallas; su piedad fué siempre la misma, y siempre pura y fervorosa. Fué virtuosa su vida, y si mereció la viva reprehension de un profeta del Señor por haberse aliado con el impio rey Acab, luego acudió la penitencia á borrar este pecado, que mas parecia un error que un verdadero delito. De Josafát puede decirse que tuvo todas las virtudes que forman un buen príncipe y hacen un monarca religioso. Judá fué privado de este gran rey con sentimiento general y lágrimas de todas las almas justas. Se hallaba en la edad de sesenta y un años, y habia gobernado su reino veinte y cinco con tanta bondad y prudencia, que puede decirse que casi se igualó á sus mas ilustres predecesores y superó á casi todos los que le sucedieron.

JORAN, QUINTO REY DE JUDÁ.

El año quinto de Joran rey de Israel, reinó Joran, rey

de Judá, hallándose á un mismo tiempo dos reyes de un mismo nombre, de una impiedad casi igual y de paradero muy semejante; el uno hijo y el otro yerno del malvado Acab: el primero imitando las iniquidades de su padre, y el segundo degenerando de la religion del suyo: Joran rey de Israel, hijo malo de un mal padre, sosteniendo la idolatría por complacer á su madre Jezabel; y Joran rey de Judá, hijo malo de un buen padre, introduciendo la idolatría en su reino por dar gusto á su mujer Atalia, hija de Acab. Ambos haciendo lo malo delante del Señor, y ambos provocando los golpes de la divina Justicia: el primero para acabar con la monarquía de las diez tribus, y el segundo para reducir la de Judá á un solo niño, conservado como una candelita para que no se apagase enteramente la luz en la casa de David. Estos son en compendio los trágicos sucesos que ya nos ocuparon con respecto á Joran rey de Israel, y que nos van á ocupar con respecto á Joran rey de Judá.

Introduce la idolatría en Judá.

Este había reinado dos años con su padre el piadoso Josafát, y aunque era un príncipe corrompido por la perversa Atalia, su esposa, supo disimular tan perfectamente mientras vivió su padre, que murió este muy consolado; creyendo que dejaba á Judá un gran rey en su hijo. Cuando Josafát le asoció á la corona como hijo mayor dos años antes de su muerte, señaló á cada uno de los seis restantes ciudades fuertes para su habitacion y grandes pensiones para su real subsistencia, y les dió mucho oro y plata como rey tan poderoso. Así había provisto con munificencia régia al bienestar de todos sus hijos; pero Joran, luego que se vió solo sobre el trono, y se creyó bien sentado, principió su gobierno por uno de aquellos golpes atroces que caracterizan un rey cruel y horrorizan á la humanidad. Como otro fiero Abimelec

mató á todos sus hermanos, y añadió la crueldad de matar también á todos los príncipes sus amigos. Treinta y dos años tenia Joran cuando principió á reinar solo, y reinó todavía seis para desdicha de Judá y Jerusalem. Hizo lo malo delante del Señor, y en vez de andar por los caminos de su virtuoso y piadoso padre Josafát, anduvo por los del impío y malvado Acab. Luego se le vió abandonar sin vergüenza la religion de sus padres, renovar en Judá las idolatrias de Israel, sacrificar á los ídolos en los lugares altos, erigir altares sacrilegos en las ciudades de Judá y ofrecer en ellos sacrificios á los ídolos de Jeroboan. Hasta la ciudad santa vió al lado del templo del Señor los templos de Baal. Esto clamaba al cielo pidiendo para la familia real de Judá el mismo castigo que tenía decretado para la casa de Acab, y si esto no llegó á verificarse fué únicamente por la promesa que el Señor tenía hecha á David de conservar el cetro en su descendencia hasta la venida de su santísimo Hijo en carne mortal.

El Señor da avisos á Joran, pero Joran no los escucha.

Sin embargo el Señor, siempre benigno y siempre misericordioso, no dejó de avisar gradualmente, si se puede hablar así, á este rey apóstata para que volviese sobre si y se convirtiese á penitencia. El primer aviso fué la rebelion de los Idumeos, pueblos tributarios hacia mucho tiempo del reino de Judá. Joran trató de sofocar su rebelion, mató muchos, pero los Idumeos salieron de su dominacion para siempre. Á esta rebelion de los extraños se siguió la de los domésticos. La ciudad de Lobna se rebeló en seguida. Era una de las mas considerables y piadosas del reino, y no quiso estar bajo el dominio de un rey que había dejado al Señor, Dios de sus padres. Se hizo independiente con todos sus pueblos y territorios, y ni Joran se atrevió á declararla la guerra, ni ella volvió

al dominio de Judá hasta despues del reinado de esta raza impía. Estos golpes alligian á Joran, pero no le convertian.

Carta de Elías amenazando á Joran.

Entonces el Señor le dispuso un medio para reducirle, al que parecia no poder resistirse. Le fué traída una carta de Elías, en la que estaba escrito : Esto dice el Señor Dios de David, tu padre (quinto abuelo) : Por cuanto no has andado en los caminos de Josafát tu padre, ni en los de Asa (tu abuelo), sino que has ido por el camino de los reyes de Israel, y has hecho que se prostituya Judá y los habitadores de Jerusalem, imitando la prostitucion de la casa de Acab; y demás de esto has muerto á tus hermanos, que eran mejores que tú; hé ahí que el Señor herirá con una grande plaga á ti y á tu pueblo, á tus hijos y tus mujeres, y á todo cuanto tienes; y tú enfermarás de una pésima hidropesía de vientre, hasta que salgan tus entrañas poco á poco en cada día. Así concluía la carta.

Un príncipe que no hubiera conocido al Dios verdadero, se habría conmovido con una carta semejante, pero Joran era un apóstata de la religion y nada le movia, nada le hizo balancear, nada mudar, ni aun detenerse en su fatal carrera. Acerca de esta carta se presenta desde luego una dificultad, y es que Elías había sido arrebatado por el carro de fuego en el reinado anterior; pero á esto dicen unos, que Elías conociendo con la prevision de profeta la impiedad de Joran, pudo dejar escrita esta carta para corregirle á su tiempo y llamarle á penitencia; y otros, que pudo escribirla despues, y apareciéndose como en el Tabór, entregarla á alguno de los profetas; mas de cualquier modo que esto sucediese, la carta es auténtica, como el sagrado libro en que está escrita.

Cumplimiento de las amenazas de la carta y muerte de Joran.

Bien pronto comenzaron á convertirse en hechos las amenazas contenidas en ella. Suscitó el Señor contra Joran el ánimo de los Filisteos y de los Árabes, y subieron á la tierra de Judá, entraron en Jerusalem, saquearon el palacio del rey, se llevaron sus mujeres y sus hijos, y no le quedó sino Ocozías, que era el mas pequeño de edad, y fué el único que se libró de la muerte; pero ni esta desolacion de su casa y su familia movieron el corazon empedernido de Joran. No sabemos cómo este se libró de las manos de los Árabes y Filisteos, pero sabemos que no se libró de las del Señor, que le hirió con aquella incurable hidropesía de vientre con que le habia amenazado el profeta, y que sucediéndose un dia á otro, pasó dos años enteros arrojando continuamente parte de sus entrañas con un dolor insufrible, y un hedor intolerable, hasta que quedó á un mismo tiempo sin hidropesía y sin vida. Joran, muertos sus hijos por la crueldad que habia usado con sus hermanos, deshonorado en sus mujeres, humillado por sus enemigos, despojado de sus bienes, horrible á todos é intolerable á si mismo, murió en Jerusalem á los treinta y nueve años de edad y siete y medio de reinado, habiendo gobernado el reino dos años en compañía de su padre Josafát, y cinco y medio por si solo. El pueblo no le hizo las exequias de costumbre, embalsamando su cadáver y quemando aromas como lo habia hecho con sus mayores. Tuvo horror de tocar, y aun de mirar un cuerpo que por dos años habia sido el objeto de los castigos del Cielo, que habia venido á quedar reducido á podredumbre y que arrojaba un hedor insoportable. Se le concedió ser enterrado en la ciudad de David, pero no en el sepulcro de los reyes.

OCOZÍAS, SEXTO REY DE JUDÁ.

Los habitantes de Jerusalem establecieron por rey en lugar de Joran á Ocozías su hijo menor, porque todos los mayores habian muerto en la irrupcion de los Árabes y Filisteos. Bien contento debía estar el reino de Judá con haber perdido un rey tan perverso como Joran, pero vino á convertir en luto esta alegría un Ocozías, que era mas perverso que su padre. Luego se vió euán funesta habia sido la eleccion de Ocozías para la religion, para el Estado, para su familia y para sí mismo. Gobernado por su madre Atalia, se manifestó desde los primeros dias, como el otro Ocozías rey de Israel, gobernado por su madre Jezabel. Hizo lo malo delante del Señor, entró en los caminos de la casa de Acab, anduvo por ellos, y su madre le empujó para que obrase impiamente. Sus consejeros fueron de la casa de Acab para su perdicion. Dirigido por una madre tan malvada, y aconsejado por los impiós de la casa de Acab, daba tantos pasos por los caminos de la infame idolatria, cuantas resoluciones tomaba; pero le destinaba el Señor poco tiempo para ser su enemigo, pues no reinó mas que un año. Sin embargo tuvo bastante para concluir un tratado con Joran, rey de Israel, y se empeñó temerariamente en la guerra que aquel trataba de hacer á Hazael, rey de Siria; y este era precisamente el término fatal en que debían cumplirse con espanto las amenazas hechas en otro tiempo por Elias contra la casa de Acab y toda su descendencia. Parece que, permitiendo el Señor la reunion de los dos reyes de Israel y de Judá, participantes ambos de esta sangre impura, no intentaba sino concluir con ella. Ocozías concurrenó en efecto con Joran á la guerra contra el rey de Siria, cuyos sucesos estan ya escritos en la vida de Joran, décimo rey de Israel, y tambien la muerte de Ocozías. Véase la página 268.

ATALÍA, CONTADA COMO SÉTIMO REY DE JUDA.

Atalia, madre de Ocozías, era hija de Acab, hermana de Joran rey de Israel, y viuda de Joran rey de Judá. Habia aprendido de jóven en Samaria las lecciones de idolatria y disolucion que la habia dado la perdida Jezabel, mujer de su padre, la cual habia corrido con su crianza. Atalia las comunicó á su esposo Joran con su matrimonio, y las trasmitió á su hijo Ocozías con su sangre. Cansada de mandar como esposa y como madre, luego que supo la muerte de su hijo, quiso mandar como reina.

Atalia hace matar á sus nietos.

Dejó Ocozías al morir muchos hijos de diferentes mujeres, pero todos muy inferiores á la edad de gobernar. Eran estos príncipes la esperanza de Judá, porque á ellos estaba reducida la rama real de David. Joran, hijo de Josafát, y marido de Atalia, habia hecho morir á todos sus hermanos. Los Árabes y Filisteos habian quitado la vida á todos los hijos de Joran, excepto Ocozías. Jehú acababa de degollar los cuarenta y dos hijos de los hermanos de Joran, y solo quedaban los hijos de Ocozías, de los que su abuela Atalia debía ser madre y tutora; pero ¡qué horror! esta desnaturalizada hembra, esta cruel y fiera hiena, mandó matarlos á todos, si ya no se armó ella misma del puñal para clavarle en el corazon de sus nietos, porque el historiador sagrado dice: que Atalia se levantó y mató toda la estirpe real; mas como el Señor velaba en la conservacion de la descendencia de David, de la que habia de nacer el Mesías, libró uno de estos tiernos infantes de la horrible matanza.

JOAS, OCTAVO REY DE JUDÁ.

Josabet, tia carnal de Joas, le libra ne la matanza escondiéndole en el templo.

Josabet, hija de Joran y nieta de Josafát, era hermana de Ocozías, pero de madre distinta de Atalia. Estaba casada con Joyada, sumo sacerdote, y cuando vió que iban matando á los hijos del rey, su hermano, corrió al dormitorio del niño Joas que aun estaba en cuna, mandó á la nodriza que le tomase y la siguiese, y corrió á esconderle en el dormitorio mas secreto del templo. Creyó Atalia que habia concluido con la familia real, y mirándose asegurada en el mando, se entregó sin freno á todas las maldades de que se habia manifestado capaz, desde que, para desdicha de Judá, habia entrado en la familia de David por el matrimonio con Joran, primogénito de Josafát. Luego salió al público en triunfo la idolatría; y mientras que Jehú destruía el culto de Baal en Israel, Atalia le establecia en Judá. Persuadido el pueblo fiel de que habia concluido en la matanza toda la descendencia real, gemia y lloraba esta irreparable pérdida, y asegurada Atalia de que no habia quedado quien la disputase su autoridad, se derramaba por todos los vicios que produce la idolatría. Seis años pasaron dominando la idólatra y corrompida Atalia, sin que Judá viese camino alguno para salir de tan infeliz estado, ni el gran sacerdote, depositario de la esperanza, diese señal de poseerla. Entretanto el rey niño crecía en el santuario á la vista de su virtuosa tia, y custodiado por el sumo sacerdote en persona hasta que pluguiese al Cielo poner en sus tiernas manos el cetro de David.



Joyada, sumo sacerdote, le conserva y coloca en el trono.

Era Joyada el hombre escogido por Dios para colocarle en el trono, y el año sétimo del niño se sintió confortado y animado á dar este grande y arriesgado paso. Como cabeza de la tribu de Levi conocia bien los levitas, que por su fidelidad, silencio y demás calidades podian servirle en un negocio de tanta entidad y consecuencia, y despues de haber pedido á Dios el acierto, eligió cinco de los de mas resolucion y reserva, les exigió el mayor secreto y prudencia, y les envió por todo el reino para avisar á los levitas de todas las ciudades y á los príncipes de las familias que concurriesen á Jerusalem el dia señalado para coronar al rey. Todos concurren en él, pero como este era sábado, tomaron la precaucion de hacer su viaje separada y disimuladamente, dando á entender que su venida era á celebrar la fiesta para no poner en sospecha á la terrible Atalia. Tambien se mudaban en todos los sábados los levitas que servian en el templo, y esta vez mandó Joyada que no se retirasen los que concluian este servicio, sino que se reuniesen con los que entraban en él. Así se verificó, y luego les llevó reunidos, y con sus centuriones al frente, á la pie del altar; allí, como sumo sacerdote, les tomó un nuevo juramento de fidelidad, y en seguida les mostró al niño Joas, hijo del rey Ocozías. Les exigió las mas solemnes protestas de sacrificar hasta su vida, si era necesario, para colocarle en el trono, las que todos hicieron con el mayor gozo y mas cumplida voluntad, y les ordenó los puntos que cada uno debia ocupar. Este es, les dijo, el órden de lo que debeis hacer. La tercera parte de los sacerdotes, levitas y porteros que entráis de semana estará á las puertas (de la entrada al atrio del templo). Otra tercera parte á la entrada de la habitacion del rey, y otra á la entrada del palacio al templo. Los que salís de semana estaréis de centinela en la casa del Señor

cerca del rey, y le acompañaréis armados cuando entrare y cuando saliere, y ningun otro entrará en el templo del Señor que los sacerdotes y levitas del servicio, porque estan purificados, y si algun otro entrará quite-sele la vida. Todo el resto del pueblo estará en los atrios de la casa del Señor. Los levitas, pues, y todo Judá lo hicieron conforme á las órdenes que les habia dado el pontífice Joyada, y quedando en sus puntos los que entraban de semana, volvieron los centuriones de los que salian, cada uno con los que tenia á sus órdenes, á presentarse á Joyada: este les armó con las lanzas, broqueles y rodelas que el rey David habia consagrado en la casa del Señor, y tendió toda esta gente armada de una á otra parte del templo delante del altar. Entonces Joyada, acompañado de sus hijos, de los principes, y de los mas valientes de Judá, sacaron al hijo del rey Ocozías de su retiro, le rodearon y condujeron al trono que se habia prevenido para su coronacion y le sentaron en él. Joyada puso sobre su cabeza la corona, y en sus manos el testimonio de la ley, le ungió ayudado de sus hijos, y vuelto al pueblo le aclamó por rey, diciendo: Viva el rey. Al momento resonaron en el templo las bendiciones y las voces de alegría, dando palmadas de júbilo y diciendo: Viva el rey, viva el rey descendiente de David, viva Joas, hijo de Ocozías. La noticia y la alegría se comunicó por todos los atrios del templo, y de todas partes clamaban: Viva el rey, viva Joas, hijo de Ocozías. Volaba la noticia por la ciudad, y corría todo el pueblo al templo á dar vivas al rey niño.

Muerte de Atalia.

Atalia oyó los gritos del pueblo que corría, y tambien ella corrió con su guardia, y hendiendo por entre la multitud alcanzó á ver al rey que estaba sentado en el trono y coronado, á los cantores y trompetas que tocaban

y cantaban junto al rey, y á todo el pueblo de la tierra en regocijo; y al verlo rasgó sus vestiduras, y hecha una furia exclamó, traicion, traicion. Pero allí mismo habria sido despedazada y trillada bajo los piés de la multitud, como su perversa maestra Jezabel lo habia sido bajo las herraduras de la caballeria, si Joyada, para evitar que el atrio del templo fuese manchado con su sangre impia, no lo hubiera impedido, diciendo á los centuriones: Sacadla del recinto del templo, y á todo el que la siguiere pasadle á filo de espada. Al momento la echaron mano, la sacaron á empellones y la llevaron por el camino de la entrada de los caballos junto al palacio, y allí la mataron, y segun se da á entender por esta relacion del historiador sagrado, parece que tambien fué trillada por las herraduras de los caballos, y vino á ser hasta en la muerte semejante á la que lo habia sido en la vida.

Traslacion del rey á su palacio.

Concluida tan felizmente la colocacion del rey sobre el trono de sus padres, Joyada hizo allí mismo alianza entre el rey y el pueblo, prometiendo el primero gobernarle bien, y el segundo obedecerle fielmente; pero la principal alianza fué entre el Señor y su pueblo. Todos prometieron ser pueblo del Señor y servirle á él solo, cumpliendo todos sus mandatos y ordenaciones, y en prueba de que detestaban la idolatría para siempre, fué todo el pueblo al templo que Atalia habia erigido á Baal, hicieron pedazos el idolo, derribaron el altar y destruyeron el templo. Tambien mataron á Matan, sacerdote del idolo, delante del altar. Luego se trató de trasladar al rey á su palacio, y se formaron los famosos cuerpos de Cereti y Feleti, y los centuriones con sus varones fuertes, y acompañado el rey de Joyada, sus hijos y los principes de las familias, comenzó la marcha al son de

las trompetas y cánticos de júbilo, y fué seguida de una multitud de pueblo, hombres, mujeres y niños. Llegaron ante el pórtico de la casa de columnas de Salomón, y sentado el rey sobre el trono de marfil recibió las bendiciones y aclamaciones de todo el pueblo, siendo trasladado en seguida á su real palacio. Todo el pueblo de la tierra se alegró, y muerta Atalia, reposó Jerusalem y todo el reino.

Reforma en todo el reino.

Después de un cambio tan feliz y tan felizmente concluido, todo prometía una durable tranquilidad á Judá. El rey niño crecía al lado del gran sacerdote, su tutor, su ayo y gobernador de su reino. Recibía con docilidad las lecciones de este gran maestro, y nunca se vió que se disgustase de un anciano de más de cien años. Joyada por su parte respetaba á Joas como rey y le amaba como hijo. Cuando Joas llegó á la edad de como diez y seis años, Joyada, que miraba reducida á este príncipe toda la esperanza de la casa de David, le propuso para esposas dos jóvenes de las primeras familias del reino, instruidas en la religión y virtuosas, y el rey se casó con ellas y tuvo hijos é hijas. Aunque se adelantó la edad de Joas y llegó á ser padre de familias, tampoco trató de apartarse en nada de la dirección de Joyada, ni dejó de seguir sus dictámenes. Tomó á su tiempo la autoridad de rey para con el pueblo, pero conservó las atenciones y el amor de hijo para con Joyada. El rey y el gran sacerdote trabajaron de concierto en reformar los abusos que se habían introducido en todas las clases después de la muerte del piadoso y religioso Josafát; pero como él, no se atrevieron á quitar la antigua costumbre de ofrecer á Dios sacrificios en los altos. Por lo demás se borrarón los escándalos, y no quedaron en Judá ni ídolos ni idolatría; con esta desapareció la impiedad, y si

el reino no era todo virtuoso, á lo menos era todo religioso.

Reparacion del templo.

Desde que Atalia se tomó la autoridad soberana en tiempo de su marido Joran y la ejerció en el de su hijo Ocozías, y después hasta su muerte, no se había reparado el templo del Señor, y era tanto lo que había padecido, que dice el sagrado texto, que la impiísima Atalia y sus hijos habían destruido la casa del Señor. Además en dicho tiempo esta sacrilega familia había cometido el atentado de despojarle de sus adornos sagrados, y adornar con ellos el templo de Baal. Ni el rey ni el pontífice pudieron ver sin dolor el lastimoso estado en que se hallaba el templo del Señor, y luego que consiguieron la destrucción de todos los templos de los dioses falsos, trataron de reparar el templo del Dios verdadero. Tomó el sumo sacerdote una arca, hizo encima de ella una abertura y la puso á la puerta del templo por la parte de afuera para que echasen en ella los fieles sus limosnas. Al mismo tiempo hizo publicar el rey un bando en Jerusalem y en todo el reino mandando: que todos pagasen el medio sielo por cabeza (cuatro reales escasos) que había establecido Moisés sobre todo Israel en el desierto. Mucho se alegraron todos los príncipes y todo el pueblo de estas determinaciones. Pagaron exactamente el tributo, y fué tanta su piedad que cada día se encontraba llena el arca de lo que entraba en ella su devoción; de modo que en poco tiempo se reunió una cantidad infinita, dice el texto sagrado. Entonces el rey y Joyada entregaron esta cantidad sin contársela á superintendentes escogidos para las obras de la casa del Señor, y estos pagaban á los artifices de cada una de ellas, los cuales trabajaron con tanto esmero que restituyeron la casa del Señor á su antiguo estado. Cuando las hubieron concluido, los fieles superintendentes llevaron al rey y á

Joyada todo el sobrante, del cual se hicieron vasos para el servicio del templo y los holocaustos, y tazas y otros vasos de oro y plata. Principiaron á ofrecerse con la frecuencia que antes los holocaustos en la casa del Señor, y siguieron ofreciéndose todos los días de Joyada, sumo sacerdote.

Muerte del sumo sacerdote Joyada.

Mas Joyada envejeció, y lleno de dias y de méritos murió en Jerusalem á la edad de ciento y treinta años; edad que acaso no tuvo igual en su siglo, pero edad demasiado corta para la felicidad de Judá, que en perderle lo perdió todo. Vencedor este gran sacerdote de la tiranía de Atalia, destruidor de la idolatría y la impiedad, conservador de la descendencia de la casa de David, restaurador de la hermosura del templo del Señor y de la frecuencia de los sacrificios, solo faltó para su gloria haber criado y educado un príncipe menós débil y mas constante en mantener las grandes obras que le habia hecho emprender y concluir durante su vida. El reconocimiento de Joas que debía á Josabet esposa de Joyada la vida, y á Joyada la corona, por lo menos llegó hasta su sepultura. Joas mandó que le enterrasen en la ciudad de David en el sepulcro de los reyes sus predecesores; honor bien merecido de este grande hombre, á quien debía el reino mucho mas que á la mayor parte de sus príncipes. Fué llorada amargamente su muerte por toda la gente de bien, y por el mismo Joas, y lo habria sido mucho mas si se hubiera podido preveer lo que les importaba su vida.

Muerto Joyado, vuelve á reinar en Judá la idolatría.

La falta de Joyada fué como el término de la piedad

y felicidad de Judá. Las cosas se mudaron, y lo que pasó en los diez años que vivió Joas despues de la muerte del pontífice, parecería increíble, si no hubiera tantas pruebas de la depravacion del corazon humano, y de la afición del pueblo israelita á la idolatría. Despues que murió Joyada se presentaron á Joas los príncipes de Judá á ofrecerle sus respetos, el cual halagado con sus lisonjas condescendió con ellos (en que se restableciese el culto de Baal). Para esto debió pasar algun tiempo en que se depravasen los príncipes y llegasen á estar bastante corrompidos y á ser bastante impíos y atrevidos para solicitar del rey que volviesen á ser adorados en Judá los ídolos que él mismo habia exterminado, y tambien se necesitó para ir ganando el corazon del monarca con sus adulaciones, como lo da á entender el sagrado texto. Mas pasase el tiempo que quisiese, que nunca llegaría á un año, lo cierto es que ellos consiguieron su intento: que las alturas de Judá volvieron á verse coronadas de altares y de ídolos: que Baal tuvo templos hasta en la misma ciudad santa; y que el templo del Señor Dios de sus padres fué desamparado y abandonado.

Entrada del rey de Siria en Judá.

No tenemos pruebas de que fuese idólatra Joas, pero lo era á su vista el reino, y por este delito se encendió la ira del Señor contra Judá y Jerusalem. Sin embargo, antes de descargar el golpe de su justicia, quiso usar de su misericordia. Les envió profetas para que abandonasen los dioses falsos y sirviesen solo al Dios verdadero, mas ellos no quisieron oírlos. Entonces subió Hazael, rey de Siria, y cercó la ciudad de Get, que luego fué asaltada y rendida. Soberbio con este primer triunfo, pensó en tomar á Jerusalem, y con todo su ejército marchó á ponerla cerco. Joas, que en mas de treinta años que llevaba de reinado, no habia visto otros ejércitos

que los sacerdotes y levitas, que le habian colocado en el trono á los siete de su edad (¡tanta habia sido su paz á la sombra sacerdotal!) no pensó en entrar en guerra, sino evitarla. Tomó las ofrendas que habian presentado los reyes de Judá y toda la plata que se hallaba en los tesoros del templo del Señor y en el palacio real y lo envió todo á Hazael, que cargado con el despojo que se habia hecho del templo y del palacio, se retiró de Jerusalem y se volvió á su reino; pero lo mas deplorable fué, que este primer castigo del Cielo en nada mejoró ni al rey ni al reino.

El profeta Zacarías, hijo de Joyada, reprende al pueblo.

Continuaron los profetas amenazando; pero en vano predicaban que esta no era sino la primera gota del cáliz de amargura que verteria la ira de Dios sobre el reino si no se convertia á penitencia. Se dejó hablar á los profetas; y los pueblos, y la corte principalmente, continuaron en sus impiedades y sus idolatrias. Como los profetas que predicaban en Judá por este tiempo no cogian otro fruto que el desprecio, compadecido aun el Señor de su pueblo les envió un profeta á quien debian respetar, escuchar y obedecer. Este era Zacarías, hijo del gran sacerdote Joyada, cuya gloriosa memoria estaba aun muy reciente. Heredero Zacarías del celo de su padre, y acaso tambien de la dignidad de gran sacerdote, y poseido del espíritu de Dios, se presentó en medio del pueblo y exclamó: Esto dice el Señor: ¿Porqué traspasáis mi precepto y me habeis abandonado para que yo os abandone? Estas solas palabras bastaron para irritar á unos idólatras que tan ingrata y descaradamente habian abandonado al Señor. Contra los demás profetas solo habian usado el desprecio, contra Zacarías se encarnizaron.

Muere apedreado.

Fueron de tropel al rey y le pidieron su muerte. Joas, por mas que se hubiese pervertido, no podia conceder á los amotinados la sangre del hijo de Joyada, á quien debía la corona, y á quien habia amado como padre en vida, llorado como hijo en muerte y honrado con la sepultura real. Aun vivia Josabet, esposa de Joyada, y tia carnal del rey, al que habia salvado la vida á riesgo de la suya, y madre de este mismo Zacarías cuya muerte se pedia. Joas debia sobre todo respetar á Zacarías, como á enviado de Dios, y profesarle cariño como á hijo de Joyada; pero los amotinados voceaban y el tumulto crecia. Se cree que los príncipes del pueblo, temerosos de que Zacarías tomase sobre el rey el ascendiente que habia tenido su padre y exterminase otra vez la idolatria, fueron los que concitaron al populacho, porque el texto sagrado dice que (el ejército de Siria, que iba á castigar sus idolatrias) solo mató á los príncipes del pueblo. Pero, cualesquiera que fuesen los motores de esta petición sacrilega, Joas despues de una resistencia que sombrea la de Pilatos, les entregó el profeta del Señor, y ellos le apedrearon en el atrio de la casa del Señor. Y no se acordó Joas, dice el texto sagrado, de la misericordia que Joyada, padre de Zacarías, habia usado con él, sino que mató á su hijo, el cual estando para morir, dijo: Véalo el Señor y requiéralo. Jesucristo reprendiendo á los escribas y fariseos, despues de anunciarles que matarian á sus Discipulos, añadió: Para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha vertido sobre la tierra desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías (Joyada), al que matásteis entre el templo y el altar (de los holocaustos).

Castigo de esta muerte.

El castigo de los asesinos del inocente Zacarías no venia muy léjos del delito. Á la vuelta de un año, que el Señor concedió en su adorable paciencia á los criminales para la penitencia, vino segunda vez el ejército de Siria, entró en Jerusalem, mató á todos los principes del pueblo (como principales culpados), y toda la presa que hizo fué enviada á su rey, que se hallaba en Damasco; y aunque habian ido los Sirios en muy corto número, dice el historiador sagrado, entregó el Señor en sus manos una multitud inmensa, porque habian desamparado al Dios de sus padres, y apedreado á su profeta. Con Joas ejercieron juicios ignominiosos, y retirándose le dejaron en grandes dolores (que le causaban los golpes que le dieron y heridas que le hicieron).

Muerte de Joas.

Aun vivió cerca de tres años oprimido de males y prostrado en una cama; tiempo muy á propósito para volverse al Señor y expiar con sus trabajos la enormidad de sus delitos. Dichoso si se aprovechó de estos días de misericordia, y si libre por la espada de los Sirios de los principes del pueblo que le habian pervertido, volvió á los sentimientos de piedad de sus primeros años. Pero el escándalo que habia causado con la muerte del hijo de Joyada era público, y no bastaba la penitencia secreta para borrarle. Sus mismos siervos se levantaron contra él en venganza de la sangre del hijo de Joyada y le mataron en su misma cama. Con tan lastimosa catástrofe concluyó un rey que habia principiado á reinar con tanta gloria. Fin lastimoso á que le condujeron sus delitos.

Su sepulcro.

Su cuerpo, medio podrido de las úlceras que le habian causado las heridas de los Sirios, fué enterrado en la ciudad de David, pero se le negó, como á su abuelo Jorán, el sepulcro de los reyes. Este monarca, digno de ser comparado con los monarcas mas ilustres, mientras que tuvo una guía fiel, fué uno de los malos reyes luego que perdió su guía. Virtuoso como David en el principio de su reinado, y delincuente al fin de él como Salomon, no dejó como este sino conjeturas de su conversion. Rey por derecho de nacimiento, empezó á serlo casi desde que nació, pero los cuarenta años de su reinado no principiaron á contarse hasta la muerte de Atalia. Despues de su muerte, sucedida el año cuarenta y siete de su edad, y el cuarenta cumplido de su reinado, pasó el cetro á manos de Amasías, su hijo mayor de veinte y cinco años de edad.

AMASÍAS, NONO REY DE JUDÁ.

Para desdicha de Judá el reinado de Amasías fué una semejanza del reinado de su padre; pero con esta diferencia, que Amasías nunca fué tan virtuoso como Joas y llegó á ser mas criminal. Ambos principiaron como reyes piadosos y ambos vinieron á estrellarse en el escollo de la idolatría, que autorizó el primero con su descendencia, y defendió el segundo con su autoridad. Los dos fueron objetos de los castigos del Señor, y se vieron humillados por sus enemigos; y uno y otro encontró la muerte en las manos de sus propios vasallos. Tomó Amasías la corona teñida con la sangre de su padre, y apenas se afirmó en el trono trató de lavarla con la sangre de los regicidas. Luego los hizo morir, pero no á sus hijos, porque tuvo presente el libro de la ley de

Moises, en el que mandó escribir el Señor : No serán muertos los padres por los hijos, ni los hijos por los padres, sino que cada uno morirá por su pecado. Este rasgo de justicia acreditó mucho al rey jóven é hizo concebir de él buenas esperanzas, y mucho mas cuando se le vió seguir la conducta de su padre Joas en los primeros años de su reinado, destruyendo como él los ídolos y la idolatría, aunque tampoco se atrevió á quitar la costumbre de ofrecer á Dios sacrificios en los altos. Amasías vivió aplicado á hacer la felicidad de los pueblos los diez ó doce años primeros de su reinado, en los cuales se halló tan pacífico el reino de Judá, como lo habia estado en tiempo de Joas, gobernado por Joyada. Con tan preciosa conducta se adquirió justamente el titulo de principe justo, religioso, pacífico, y padre de los pueblos; mas quiso tener tambien el de conquistador, y en esto puede decirse que estuvo su perdicion.

Amasías trata de hacer la guerra á los Idumeos.

La dilatada paz, que habia sabido conservar, le puso en estado de hacer la guerra. Su primera empresa fué someter los Idumeos, antiguos vasallos de la corona de Judá, y rebelados en el tiempo de Joran su bisabuelo. Para esto hizo juntar todas las tropas de Judá y Benjamín, y se halló con trescientos mil soldados prontos y dispuestos á pelear. Estas tropas eran mas que suficientes para sujetar los Idumeos, si se hubiera podido atacarlos en campo raso y darles una batalla en regla; pero vivian en países montuosos y era necesario conquistarlos casi hombre á hombre; así que los Idumeos, poco temibles para las demás naciones, eran casi invencibles en su país.

Toma á sueldo para esta guerra cien mil soldados de Israel.

Por esto, no satisfecho Amasías con su valiente y numeroso ejército, tomó á sueldo del rey de Israel cien mil soldados robustos en cien talentos de plata (trescientas veinte y ocho arrobas), y luego vinieron á incorporarse con el ejército de Judá; pero cien mil desertores de la religion de sus padres, al paso que aumentaban el número de los combatientes, alejaban la protección del Señor. Bien debiera tener presente Amasías el mal éxito de las antiguas alianzas entre Judá é Israel, y las reprehensiones que habian hecho los profetas á sus antecesores por causa de ellas; pero si él no se acordó de estas desgracias, no se olvidó el Señor de prevenírselas.

Los despide por aviso de un profeta.

Cuando Amasías estaba ya para marchar con sus tropas y las de Israel reunidas, vino un profeta y le dijo : ¡Ó rey! no salga contigo el ejército de Israel, porque el Señor no está con Israel, y si crees que las guerras consisten en la fuerza del ejército, hará Dios que tú seas vencido de los enemigos; porque el ayudar y el poner en fuga, del Señor es. ¿Y qué será, dijo Amasías al hombre de Dios, de los cien talentos que he dado á los soldados de Israel? El Señor tiene, le respondió, de donde pueda darte mucho mas que eso. Separó, pues, Amasías el ejército que le habia venido de Israel para que se volviese á su reino; pero este se volvió muy irritado contra Judá á su tierra. Amasías procuró contentar á Dios, y ningún cuidado le dió descontentar á los hombres. Rompió su marcha, llevando su ejército lleno de confianza y de contento, y en pocos dias llegó al valle de las Salinas.

Victoria de Amasias sobre los Idumeos y abusos de esta victoria.

Los Idumeos, contra su costumbre, habian salido esta vez de sus montes, y bajado á el, porque el Señor queria entregarles en las manos de Judá. Luego se dió la batalla, y Amasias, animado de todo el valor que inspira la proteccion del Señor, rompió á los Idumeos por todas partes y mató hasta diez mil, é hizo otros diez mil prisioneros, que precipitó de una roca, y murieron reventados. Los demás se dispersaron y huyeron á encerrarse en sus montañas. Este trato inhumano con los prisioneros fué ya un abuso que hizo Amasias de la victoria, pero acaso podría disimularse por el carácter de los Idumeos, á quienes era preciso intimidar y sujetar; mas para su desdicha hizo del botin otro abuso sin comparacion mas funesto.

Idolatria de Amasias.

Encontró en él las figuras de oro y plata de todos los dioses que odoraban los Idumeos. Se los trajo á Jerusalem y los adoró. Es verosímil que al principio por vergüenza lo hiciese en secreto; pero aficionándose cada vez mas á la idolatria, rompió con la vergüenza, y se vió al vencedor de los Idumeos postrado á los piés de los demonios de aquel pais que acababa de vencer; y este fué el paso en que Amasias, adorando los ídolos, se hizo mas criminal que su padre Joas, permitiendo que fuesen adorados.

Repreesion de un profeta.

Irritado el Señor contra Amasias, le envió un profeta que le dijese: ¿Porqué has adorado unos dioses que no

libraron á su pueblo de tu mano? Pero Amasias ensoberbecido con la victoria, ya no era aquel Amasias que, dócil á la voz de otro profeta, habia despedido cien mil soldados de Israel y perdido cien talentos de plata por obedecerle, y así respondió con enojo: ¿Eres tú acaso consejero del rey? y añadiendo al enojo la amenaza, déjale de eso, le dijo, no sea que te mate. El profeta no continuó en reprenderle, pero se retiró diciendo: Sé que Dios ha decretado quitarte la vida (violentamente), porque has hecho este mal (de adorar á los ídolos) y sobre este mal has añadido no dar oído á mis palabras.

Guerra de Amasias con Israel.

Despues de este triste oráculo, Amasias siempre caminó de mal en peor hasta su muerte. Los cien mil soldados de Israel que habia despedido, fueron los primeros que vinieron á castigarle. Hicieron una irrupcion en Judá, se derramaron por las ciudades que habia desde Samaria hasta Betoron, mataron hasta tres mil súbditos de Amasias, y se volvieron cargados de un gran botin. Estaba en razon que el rey de Judá pidiese al de Israel una satisfaccion del atrevimiento de sus soldados, mas no lo estaba que lo hiciese con un insulto, esto es, con un desafio y declaracion de guerra; pero Amasias, tomado un consejo pésimo, como le llama el historiador sagrado, envió á decir á Joas rey de Israel: Ven y veámonos uno á otro; que quiere decir en español, veámonos las caras, salgamos á desafio. Á este reto contestó el rey de Israel con el siguiente apólogo que debió mortificar indeciblemente su arrogancia: El cardo que está en el Líbano envió á decir al cedro del Líbano: dá tu hija á mi hijo por mujer; y hé aquí que las bestias que habia en el bosque del Líbano pasaron y pisotearon el cardo. Has dicho: derroté á Edon, y por eso tu corazon se ha ensoberbecido. Estáte quieto en tu casa, ¿porqué provocas

el mal contra ti para caer tú y Judá contigo? Tal fué la contestacion que dió el rey de Israel; mas el de Judá no quiso dar cido, porque el Señor dejaba que este cayese en manos de aquel por haber adorado los dioses de los Idumeos.

Pierde Amasias la batalla.

Con esto Joas rey de Israel subió hasta Betsames, donde se hallaba ya Amasias rey de Judá, y allí se vieron las caras, porque se encontraron los ejércitos con sus reyes al frente. Se dió la batalla, y cayó Judá delante de Israel y huyó á sus tiendas; pero Amasias fué hecho prisionero por Joas, quien le llevó preso á Jerusalem. Apoderado de la ciudad mandó derribar cuatrocientos codos de sus muros, desde la puerta de Efrain hasta la que llamaban del Ángulo; tomó todo el oro y la plata, y todos los vasos que halló en la casa de Dios y en los tesoros de la casa real, y los rehenes que quiso, y se volvió con todo á Samaria, su corte, dejando á Amasias humillado y cubierto de vergüenza en la suya.

Últimos años de Amasias.

Se advertia visiblemente el dedo de Dios en todo este gran suceso. Era la humillacion el remedio de la soberbia de Amasias, y este fué precisamente el que le aplicó el Señor. Vivió aun mas de quince años sin volver á pensar en guerras, y si solo en conservar la paz. Es muy creíble que, dócil á las impresiones de la gracia, se redujo á penitencia y pasó en buena conducta estos años, oscuros á los ojos de los hombres, y agradables á los de Dios; siendo prueba de esto que no volvió á ser reprendido, ni á aparecer como culpable; y que habiendo nacido el piadoso Ozías, su hijo y sucesor, el año siguiente

á la desgraciada batalla de Betsames, vivió mas de quince bajo de su direccion, y aprendió á su lado la piedad que verémos en la historia de su vida.

Su muerte y sepultura.

Sin embargo aun no estaban bastantemente castigadas las idolatrías de Amasias, ni su desobediencia á las palabras del Señor, ni las amenazas hechas á su profeta, y para borrar estos escándalos, permitió que Amasias bajase al sepulcro con el mismo género de muerte que habia bajado Joas su padre. Este fué muerto por sus súbditos en Jerusalem en su misma cama, y aquel en Laquis, acaso en la calle ó en la plaza, porque á los veinte y cinco años de su reinado se formó en Jerusalem una conjuracion contra él, y habiendo huido á la ciudad de Laquis, le siguieron los conjurados y allí le mataron. De Laquis le trajeron en un carruaje de caballos á Jerusalem y le enterraron con sus padres en la ciudad de David.

OZÍAS, DÉCIMO REY DE JUDÁ.

Todo el pueblo de Judá tomó á Ozías, por otro nombre Azarias, y le estableció rey en lugar de Amasias su padre. En el año diez y seis de su edad se hallaba Ozías cuando principió á reinar, y reinó cincuenta y dos. Su reinado fué el mas largo que se habia conocido en Judá. Ozías hizo lo que era agradable delante del Señor, segun las cosas que habia hecho su padre Amasias en los primeros años de su reinado. Siguiendo los impulsos de su piedad, habria quitado luego los altos, pero debieron contenerle las razones que detuvieron á sus padres. No se dice si mandó quitar la vida á los regicidas de su padre, como este lo habia hecho con los regicidas de su

abuelo, si se huyeron, ó si para coronarle lo ejecutó el mismo pueblo. Ozias buscó con ansia al Señor, y el Señor le concedió para dirigirle en sus caminos al profeta Zacarías hijo del mártir Zacarías y nieto del gran Joyada. Ozias, formado en la escuela de un maestro concedido por el Cielo, fué un príncipe amable á los ojos de Dios y un gran rey delante de los hombres. Murió Zacarías unos cinco años antes que Ozias, y en los cuarenta y siete que le dirigió, jamás se le vió apartarse de sus consejos.

Fortifica á Jerusalem.

Celoso de la pureza de la religion y de la seguridad de Jerusalem, en cuyo centro estaba el templo de Dios, se ocupó desde luego en fortificar esta ciudad santa para que no siguiese expuesta á los asaltos de sus enemigos. Hizo levantar dos torres muy fuertes sobre la puerta del Ángulo que derribó el rey de Israel en tiempo de su padre Amasías, y sobre la del Valle, y otras muchas bien fortificadas en rededor de los muros. De poco servirían éstas fortalezas si no habia buenas y numerosas tropas que las defendiesen interior y exteriormente. Organizó de un modo excelente su ejército que constaba de trescientos siete mil y quinientos hombres, poniendo á su frente dos mil y setecientos oficiales varones fuertes y decididos. Todo este hermoso y valiente ejército estaba dirigido por dos sábios guerreros, Masías, doctor de la ley, y Hananias, general del rey. Formó en Jerusalem almacenes de las armas defensivas, y ofensivas, que se usaban en aquellos tiempos. Escudos, corazas, casquetes, espadas, lanzas, hondas, saetas y arcos, todo se encontraba en ellos con abundancia; y para hacer á Jerusalem una ciudad, si era posible, impenetrable, mandó fabricar en ella todo género de máquinas y las colocó en las torres y en los ángulos de los muros para arrojar con ellas multitud de saetas y grandes piedras.

Fomenta la ganaderia y agricultura.

Conociendo Ozias que la agricultura y ganaderia hacen la principal parte de la felicidad de un reino, sin dejar de ser un gran monarca, se hizo tambien un ejemplar labrador. Hizo fabricar en las campiñas del reino torres de trecho en trecho para defensa contra los ladrones, particularmente Árabes, y cavar muchas cisternas para abrevaderos, ó bebederos. Compró muchos ganados, tierras y viñas, y todo se benefició y cultivaba por los labradores, viñadores y pastores del rey.

Guerra con los Idumeos, Filisteos y Árabes.

Compuesto todo su reino, pensó en conquistar lo que sus antecesores habian perdido. Su padre Amasías habia principiado á sujetar á los Idumeos sus antiguos vasallos, y Ozias concluyó lo que habia comenzado su padre, tomando tambien á Ailat, puerto considerable del mar Rojo, del que se habian apoderado aquellos, y fortificándole para sujetarlos. Tuvo tambien que pelear con los Filisteos, sus irreconciliables enemigos, les tomó las ciudades de Get, de Jabnia y de Azoto, y demolió sus muros. Levantó castillos en su país, particularmente en Azoto, para tenerlos sujetos, y el Señor ayudó á Ozias, no solo contra los Filisteos, sino tambien contra los ladrones árabes, á los que escarmentó, y contra los Amonitas, á los que obligó á pagarle tributo. Tantas guerras, tan felizmente concluidas y coronadas con tan gloriosas victorias, hicieron célebre á Ozias y su nombre resonó por todas partes y hasta las fronteras de Egipto.

Caída de Ozías, y su castigo con lepra.

El estado de Ozías llegó á ser el mas lisonjero que podia apetecer un monarca. Respetado y temido de los extraños, amado y ensalzado de los suyos hasta las nubes, se desvaneció y no fué para sostenerse en tanta altura, y si á su fatal caída no hubiera sucedido la penitencia, habria borrado con una sola accion las glorias de un reinado de los mas preciosos que se habian conocido. A este tiempo habia muerto ya Zacarias, que era el justo moderador de toda su conducta, y Ozías se halló en el mismo desamparo que Joas su abuelo en la muerte de Joyada, abuelo de Zacarias. ¡Cuánto importa un conductor santo y sábio! ¡Cuánto importan á los reinos estos fieles amigos de los reyes! ¡Diganlo sino Joas y Ozías!

Cuando Ozías se vió tan poderoso y ensalzado, se soberbeció su corazon para su perdicion. Se sobrepuso á las ordenaciones del Señor, creyó que todo lo podia y que nadie debia resistirle; entró en el templo, se adelantó hasta el altar de los perfumes, y quiso quemar sobre él incienso que solo podian ofrecer los sacerdotes. Entraron en pos del rey el sumo sacerdote Azarias y con este ochenta sacerdotes del Señor, varones de la mayor firmeza, y haciendo frente al rey, le dijeron: No es de vuestro oficio ¡ó Ozías! quemar incienso al Señor, sino de los sacerdotes descendientes de Aaron, que estan destinados á este ministerio. Salid del santuario, no os burleis (de nuestra resistencia) porque esto no os será reputado en gloria por el Señor vuestro Dios; pero enfurecido Ozías, teniendo en la mano el incensario para ofrecer el incienso, amenazaba terriblemente á los sacerdotes; mas ¡qué pueden los reyes delante del Señor! una gota de sus plagas disipa todas las amenazas. La lepra se presenta de repente en la frente de Ozías. Azarias y todos

los sacerdotes la ven, y ya no queda otro arbitrio que echarle del templo á toda prisa. El rey mismo huye del santuario aterrado por el castigo del Señor.

Parece increíble que un Ozías, educado y dirigido tantos años en los caminos de la ley por un profeta de Dios, testigo casi diario de las facultades de los reyes y de los sacerdotes, sabedor de los castigos de los sacerdotes Nadab y Abiú, devorados del fuego del Señor por haber puesto en los incensarios fuego extraño, ó distinto del que ardía en el altar de los holocaustos, se arrojase á entrar en una parte del santuario que le estaba prohibida con pena de muerte, y que intentase usurpar un ministerio que le estaba vedado con la misma pena... pero ¡qué no intenta la soberbia! en el cielo quiso igualarse con Dios, y en el paraíso esperó poseer su sabiduría.

Vive cuatro años leproso

Ozías debja haber quedado muerto, como Nadab y Abiú, en el santuario; pero tantas acciones de virtud practicadas en treinta y ocho años habian hecho á Ozías, como á David, muy amable al Señor, y así como á aquel monarca conmutó la pena de muerte, á que le condenaba su adulterio, en los castigos que dejamos referidos en su historia, así á este la conmutó en una dolorosa y asquerosa lepra que sufrió en los cuatro años que le restaban de vida.

Muere al fin de los cuatro años y es enterrado en la ciudad de David.

Arrojado el pobre Ozías y huyendo él mismo del templo, fué á ocultar su ignominia y su vergüenza á una casa de retiro, donde vivió como leproso, separado de la sociedad, y entregado á la penitencia y expiacion de su delito. ¡Dichoso él por haber sido castigado en su vida



por la divina misericordia, para no serlo despues de su muerte por la eterna Justicia! Durmió Ozías con sus padres despues de cincuenta y dos años de un reinado tan hermoso, que no habrá persona que lea su historia que no sienta de un modo particular esta mancha. Fué enterrado en la ciudad de David, pero no en el sepulcro de los reyes, sino en el campo que rodeaba el sepulcro real por haber muerto leproso; y reinó su hijo Joatan en su lugar.

JOATAN, UNDÉCIMO REY DE JUDÁ.

En tiempo que el afligido Ozías vivió entregado á expiar su culpa en el retiro, Joatan, su hijo, gobernó el reino en su nombre, y lo hizo con tanto acierto, que Judá por esta parte no tuvo motivo para sentir la ausencia del padre. Cuatro años gobernó, y el veinte y cinco de su edad subió al trono, empuñó el cetro y reinó diez y seis. Hizo lo que era recto delante del Señor conforme á todas las cosas que habia hecho su padre Ozías, excepto que no entró temerariamente en el templo del Señor. Joatan tuvo todas las bellas prendas de su padre. Gobernó su reino con la misma prudencia, combatió contra sus enemigos con la misma dicha, sirvió al Señor con la misma fidelidad, caminó por la senda de las virtudes con el mismo anhelo, pero sin tropezar en el camino, y tuvo sobre todos los reyes que le habian precedido la incomparable felicidad de morir irreprensible. Hizo edificar la puerta de la casa del Señor con gran magnificencia y construir muchas fortificaciones en el muro de Jerusalem. Tambien hizo edificar ciudades en los montes de Judá, y castillos y torres para atalayas en los bosques. Peleó contra los hijos de Amon, y los venció y sujetó á tributo; y el poder de Joatan se aumentó á la vista de los hombres, al paso que su piedad crecia en la presencia de Dios. Sin embargo no juzgó conveniente quitar los lugares altos.

Su muerte.

Murió Joatan despues de diez y seis años de un reinado tan dichoso como lleno de piedad y religion. Se le hicieron en su muerte todas las honras debidas al imitador mas fiel de las virtudes de David. Fué enterrado en la ciudad de Sion en el sepulcro de los reyes y llorado tiernamente por todo el reino, que le habria llorado inconsolable si hubiera conocido el sucesor que le quedaba.

ACAZ, DUODECIMO REY DE JUDÁ.

Las virtudes no pasan con la sangre, bajan del cielo y se sostienen y aumentan con la buena crianza. Acaz nos presenta una lastimosa prueba de esta verdad. Nada, nada de las virtudes de Joatan pasó á su hijo Acaz. Veinte años tenia cuando principió á reinar este impio é idólatra en lugar de su piadoso y religioso padre, y reinó diez y seis.

Sus abominaciones.

No solamente no hizo lo que era agradable en la presencia del Señor su Dios, como David su ascendiente y su padre Joatan, sino que desertando de los caminos de reyes fieles de Judá, anduvo en los caminos de los reyes idólatras de Israel y les excedió tanto en sus idolatrías, que aun los mas perversos de estos se avergonzarian de sus crueldades y abominaciones. Fundió estatuas del dios Baal y las colocó en todas las ciudades del reino para que todos las adorásen y ofreciesen sacrificios. En todos los bosques, en todas las alturas, bajo de todo

árbol frondoso ofrecía incienso á los ídolos, quemaba perfumes, sacrificaba víctimas y hacia correr en abundancia la sangre de los becerros y los toros; pero donde llegaba la idolatría de Acaz á su última abominación era en el valle Benenon, vecino á Jerusalén. Allí ofrecía al ídolo Moloc todo género de inciensos, todo género de víctimas, hasta pasar á sus hijos por el fuego que ardía en los altares, en sacrificio de expiación. Se cree que no solo los pasaba por el fuego, sino que llegó á la crueldad de hacer quemar á su vista alguno ó algunos de ellos, porque dice el sagrado texto, que lo hizo según la costumbre que tenían las gentes que exterminó el Señor cuando entraron en aquella tierra los hijos de Israel, y es sin duda que aquellas gentes hacían quemar en su presencia á sus hijos en sacrificio al ídolo de Moloc. Tal era el rey de Judá que sucedió al santo Joatan.

Primer castigo por mano de Rasin, rey de Siria

Tales y tantas abominaciones demandaban justicia al Cielo, y el Señor principió á hacerla enviando á Rasin rey de Siria, quien sin declaración de guerra se entró en el reino de Judá con un ejército numeroso, y avanzando siempre, llegó al mar Rojo, tomó el puerto de Ailat, que había conquistado Ozias, y para colocar en él á los Idumeos, echó de él á los Judíos.

Esta es la primera vez que se lee en la sagrada Escritura el nombre *Judíos*, porque hasta ahora solo se habían llamado *hijos de Judá*, *hijos de Israel*, *Israelitas* y *Hebreos*. Mas ya aquí y en adelante se llaman Judíos, porque habiendo sido llevadas cautivas en este tiempo las diez tribus de Israel, solo quedó la de Judá formando reino, aunque la estaba reunida la de Benjamín y los Levitas. Después del cautiverio de Babilonia los pocos que volvieron de las diez tribus de Israel no formaron ya reino aparte sino que se reunie-

ron al de Judá, y desde aquel tiempo hasta ahora la tierra prometida ó Palestina se ha llamado *Judea*, y á los descendientes de Israel ó Israelitas *Judíos*.

Acaz, que no pensaba en esta guerra, aunque tenía grandes motivos para temerla por sus iniquidades, estaba enteramente desprevenido. No obstante juntó su ejército, y fué á presentar batalla á Rasin; pero el Señor le entregó en manos de los Sirios, que le derrotaron completamente, y extendiéndose por las ciudades y campiñas de Judá las saquearon á su placer, reunieron un gran botín y se volvieron á Damasco que era la corte de Siria.

Segundo, por mano de Facee, rey de Israel.

Como esta primera gota de la ira del Señor ninguna impresión favorable hizo en el corazón de Acaz, á poco tiempo, casi en seguida, fué entregado en manos de Facee, hijo de Romelia, y rey de Israel, quien le hirió con grande plaga, matando en un solo día ciento y veinte mil soldados de Judá, porque habían dejado, dice el sagrado texto, al Señor Dios de sus padres. También murió en esta batalla Maasias, hijo del rey. Los soldados de Israel no se contentaron con una mortandad tan espantosa, tomaron también entre mujeres, niños y niñas hasta doscientas mil personas y las llevaron cautivas á Samaria. Despojaron á Judá y también llevaron un botín infinito, dice el mismo texto.

Consejo del profeta Oded al ejército de Israel.

Había en aquella sazón un profeta del Señor en Samaria, llamado Oded, y saliendo al encuentro, les dijo: Ya veis que irritado el Señor, Dios de vuestros padres, contra Judá, los ha entregado en vuestras manos, y que

vosotros los habeis hecho morir tan atrozmente que vuestra crueldad ha llegado hasta el cielo. Además quereis hacer esclavos y esclavas vuestras á los hijos y las hijas de Judá y Jerusalem, lo que no es permitido por la ley, y en esto habeis pecado contra el Señor, vuestro Dios. Pero oid mi consejo : volved á enviar los prisioneros y prisioneras que habeis traído de vuestros hermanos, porque os amenaza un gran furor del Señor.

Al oír esto, cuatro príncipes de los hijos de Efraim se pararon firmes contra los que venían de la batalla y les dijeron : No meteréis acá (en Samaria) los prisioneros y prisioneras, no sea que pequemos contra el Señor. ¿Porqué quereis añadir pecados sobre nuestros pecados y aumentar nuestros antiguos delitos? Grande pecado es este, y la ira del Señor va á caer sobre Israel; y con esto aquellos hombres guerreros pusieron el botín y todo lo que habían tomado delante de los príncipes y de toda la ciudad (que había salido á encontrarlos).

Caridad con los prisioneros de Judá.

Se hallaba aquella multitud cautiva en un estado tan miserable, que debía ser para ella igualmente penosa la vuelta á su país que su esclavitud. Se componía de mujeres, niñas y niños medio desnudos todos y medio muertos de hambre, de sed, de cansancio y de malos tratamientos; pero el Señor, que la miraba casi toda inocente y descendiente toda del pueblo de Judá, depositario de la ascendencia de su divino Hijo, y que la había librado de la carnicería ejecutada en sus maridos, padres y hermanos, movió los corazones á piedad y misericordia para con ella. Los príncipes tomando del botín, que el ejército les había presentado, todo lo necesario, vistieron aquella multitud de desnudos, la calzaron, la dieron de comer y de beber, la proveyeron de

alimentos para el viaje y de aceite para ungrirse, según su costumbre después de las grandes fatigas, pusieron sobre jumentos á los que no podían andar, ó eran de cuerpo débil, los condujeron á Jericó que pertenecía al reino de Judá, los entregaron á sus hermanos y se volvieron á Samaria. ¡Pasaje tierno que apenas se puede contemplar sin lágrimas! ¡Ejemplo admirable de caridad que debieran imitar todos los reyes y todos los generales y oficiales de los ejércitos victoriosos, y que habría inclinado el corazón de Dios á favor del reino de Israel, como inclinó su misericordia sobre las víctimas cautivas, si Israel no se hubiera empeñado en perecer, como hemos visto en su historia!

Sitio de Jerusalem por los reyes de Siria é Israel.

Por lo que toca al endurecido Acáz, igualmente insensible á los favores de la divina misericordia que á los golpes de su justicia, en nada mudó de conducta, y se persuadió locamente que pasadas las dos tempestades de Rasin y de Faacee ya nada tenía que temer; pero estos dos reyes solo habían hecho una prueba de sus fuerzas contra Judá para emprender su entera destrucción. El año siguiente volvieron á la carga, no ya uno después de otro, sino reunidos; y sin detenerse en conquistas de ciudades ni de plazas, subieron á Jerusalem y la cercaron. Acáz tomó el partido de defenderse en su capital y de empeñar á Teglatalasar, rey de los Asirios, en su socorro. Para esto recogió toda la plata y oro que pudo encontrar en la casa del Señor y en el tesoro real, y con estos presentes envió á Teglatalasar embajadores que le dijese: Tu siervo y tu hijo soy, ven y librame de las manos de los reyes de Siria y de Israel, que reunidos se han levantado contra mí. Teglatalasar, que vió abrirse en esto un gran campo á sus conquistas, recibió con gusto á los embajadores de Acáz, aceptó sus ricos pre-

sentés y prometió acudir á su socorro con su ejército ; pero tuvo buen cuidado de dar tiempo á que se debilitasen los tres reyes para conquistar despues sus reinos uno en pos de otro.

Conquista de la Siria por Teglafalasar, rey de Asiria.

Ya habia mas de un año que duraba el sitio de Jerusalem , perdiendo diariamente sitiadores y sitiados sus fuerzas en los asaltos y defensas, cuando se presentó Teglafalasar en Siria con su ejército. Mas puesto una vez en movimiento, nada se le resistió. Tomaba y arruinaba sucesivamente las ciudades y las poblaciones , y avanzaba sin cesar hácia Damasco su capital. Cuando el rey de Siria tuvo esta noticia, abandonó mas que de paso el sitio de Jerusalem y corrió con su ejército al socorro de su reino. Halló á Teglafalasar en las cercanías de Damasco. Era indispensable una batalla, pero el rey de Siria tenia un ejército debilitado y disminuido con un año de peleas continuas, y fatigado con un largo viaje á marchas precipitadas, al paso que el de Asiria tenia un ejército numeroso, descansado y preparado con mucho tiempo y sosiego para el combate. Se dió la batalla, y la perdió el rey de Siria tan completamente que él mismo pereció en la pelea. Entonces Teglafalasar se hizo dueño de todo el reino. Entró en la capital, la despobló y trasladó sus habitantes al Cirene, provincia de Celesiria. El rey de Israel se retiró al mismo tiempo que el de Siria, y tambien se apresuró á poner en buena defensa su reino, que corria poco menos peligro que el de su vecino, y que en efecto sufrió la misma desdicha, como hemos visto en la historia de los reyes de Israel.

Viaje de Acaz á Damasco.

Acaz quedó libre del sitio y muy satisfecho de que debía á Teglafalasar la libertad de la capital y del reino,

sin pensar, ni siquiera imaginar, que era el Dios de las batallas quien habia librado su ciudad y su templo y conservado la descendencia de David, valiéndose de Teglafalasar como de un instrumento. Acaz no rindió al Dios de los ejércitos, sino al rey de Asiria, sus homenajes , y lo hizo con tanto exceso de impiedad y con tanta bajeza, que sacrificó al obsequio de su pretendido libertador si le quedaba algo de religion y de honor. Fué á Damasco á echarse, por decirlo así, á los piés de Teglafalasar y ofrecer el cetro.

Se enamora del altar de los idólatras y manda que se haga uno semejante para el templo de Jerusalem.

Allí vió el altar de Damasco, y se enamoró tanto de aquel altar sacrilego, que mandó sacar un modelo y le envió á Jerusalem al sumo sacerdote Uriás para que hiciese uno semejante. El cobarde Uriás hizo cuanto le ordenaba el rey impio, y vió el Señor por primera vez en su templo un altar abominable al frente del altar santo. Cuando volvió Acaz de Damasco, le veneró é hizo su consagracion, y luego se vió al rey de Judá convertido en un sacrificador y un pontífice. Presentó las libaciones, ofreció las hostias, inmoló las víctimas, derramó la sangre y quemó los holocaustos. No contento con esto, ordenó un atentado sacrilego. Mandó que arrancasen de su asiento el altar de los holocaustos que estaba á la entrada del templo del Señor, y le llevasen á un rincón para colocar en su lugar el altar pagano. No paró aqui la maldad y la abominacion de Acaz; mandó tambien que desde aquel dia en adelante se pusiesen las víctimas sobre el nuevo altar, se quemasen en él los holocaustos y se ofreciesen sobre él los sacrificios de la mañana y la tarde, el sacrificio del rey y los sacrificios y libaciones de todo el pueblo : y por lo que tocaba al altar antiguo, dispuso que quedase donde estaba hasta que ordenase otra cosa.

Grande infamia era para el sumo sacerdote Urias ser tal, que se le pudiesen proponer tantos sacrilegios á un tiempo; pero fué sin comparacion mayor que ejecutase sin pudor lo que se le proponia sin vergüenza. Urias sacrificó su carácter sagrado, su conciencia y su religion á la voluntad del rey, y ejecutó quanto le mandaba. Con un pontífice semejante á todo podia atreverse el rey. Hizo quitar la concha y las basas grabadas que la sostenian y tambien el mar de bronce de sobre los toros de bronce, y le puso en el suelo, destinándolo todo á otros usos. Quitó el musac ó cátedra de los sábados, y mudó el pasadizo del rey que estaba fuera del atrio de los sacerdotes al interior del templo para que entrase en el sagrado de Dios el profano rey de los Asirios. Dueño este conquistador del reino de Siria y hecho su tributario el de Israel, vino á Jerusalem, no como aliado, sino como señor, ó mas bien como enviado del Señor para castigar á Acáz. En efecto Teglatfasar le afligió en gran manera y sin que nadie le fuese á la mano. Pidió nuevos presentes, nuevas contribuciones, un tributo anual en señal de dependencia y el obsequio de soberano. Esto era demasiado, pero hubo que acceder á todo porque el ejército de Teglatfasar hacia entretanto terribles estragos por todas partes, y solo así logró Acáz alejar de Judá á este funesto aliado y su ejército.

Ofrece sacrificios á los dioses de Damasco.

Acáz habia llegado á tal estado de perversidad que aumentaba el desprecio del Señor, al paso que el Señor aumentaba sus castigos. Ya no esperó sino males del conquistador de Siria, pero esperó bienes de sus dioses. Sacrificó víctimas á los dioses de Damasco que eran, á su vez, los que le afligian, y dijo: Los dioses de Siria dan socorro á Teglatfasar, pues yo les aplacaré con sacrificios y me le darán á mí. Con esta idea acabó de abolir el culto del Señor en Jerusalem. Arrebató é hizo pedazos

todos los vasos que habia en la casa de Dios, cerró las puertas de su santo templo, se erigió altares en todas las esquinas de Jerusalem y ofreció sobre ellos inciensos y víctimas á los idolos; mandó tambien que se erigiesen en todas las ciudades del reino, quemasen inciensos sobre ellos y ofreciesen víctimas á los idolos, provocando mas y mas con esto la ira del Señor. En vano se cansó Acáz en ofrecer inciensos y sacrificios á los dioses extranjeros. Ellos eran unos dioses con ojos y no veian, con oidos y no oian, y con manos sin poder, y las desdichas de Acáz crecian con sus idolatrias. Irritado el Señor contra un príncipe que parecia apostárselas, le abandonó á todas las plagas que sus enemigos quisieron imponerle.

Entran en Judá los Idumeos y los Filisteos, matan mucha gente y toman muchas ciudades.

Apenas se habia retirado Teglatfasar, cuando vinieron sobre Judá los Idumeos, sus rebeldes súbditos, mataron mucha gente y tomaron un gran botín. Siguiéron los Filisteos, enemigos eternos de Judá, se derramaron por las campiñas del mediodía, y encontrando el país sin defensa, recobraron sus antiguas ciudades de Betsames, Ayalon, Gaderot, Socó, Tamnan y Gamzo con todas sus dependencias y habitaron en ellas, y humilló el Señor á Judá por causa de Acáz, que le habia despreciado. Nada dejó de hacer Acáz para que sus vasallos pudiesen con él, pero los vasallos no merecian aun el último castigo. Pasó Acáz el resto de su vida en una especie de indolencia ó letargo sin variar cosa alguna, que sepamos, del lastimoso estado á que habia reducido la religion. En este tiempo de su inaccion seria regularmente cuando mandase fijar en su palacio de Jerusalem aquel reloj de sol de que se hace mención en la historia de su hijo Ezequias, y que es el primero de que se habla en la historia sagrada y acáso en los profetas.

Muerte de Acáz y su enterramiento.

Acáz, idólatra extremado y de por vida, atrozmente impio y blasfemo, enemigo capital de la religion de sus padres, y destructor del culto divino, murió el año diez y seis de su reinado, endurecido en sus delitos, reprobado de Dios, aborrecido de sus vasallos, despreciado de sus vecinos, odioso á sus domésticos, y digno de la execración de todos los hombres que no sean impios. Fué enterrado en Jerusalem en la ciudad de David, pero no en el sepulcro de los reyes sus predecesores, que habrían rechazado con indignacion un depósito tan abominable. En su lugar reinó Ezequías su hijo.

EZEQUIÁS, DÉCIMOTERCIO REY DE JUDÁ.

Acáz fué un demonio en medio de dos ángeles, y disímúlese esta comparacion. Ya hemos dicho lo que fué Joatan, padre de Acáz, y vamos á decir lo que fué Ezequías, su hijo, y de la lectura de las historias de Joatan, Acáz y Ezequías resultará la exactitud de la comparacion; y tambien resultará que de un buen padre nace un mal hijo, y un buen hijo de un mal padre. Veinte y cinco años tenia Ezequías cuando principió á reinar, y reinó veinte y nueve. Su madre se llamaba Abía y era hija de Zacarías (á quien Joás mandó quitar la vida). Ezequías hizo lo que era agradable en la presencia del Señor conforme en todo lo bueno á lo que habia hecho David su padre (su duodécimo abuelo).

Purificacion del templo del Señor

En el primer mes del primer año de su reinado abrió

las puertas de la casa del Señor, que su padre Acáz habia cerrado, y las reparó forrándolas con planchas de oro como habian estado antes. Llamó á los sacerdotes y levitas, y congregados en la plaza del Oriente, donde estaba la puerta principal del templo, les dijo: Escuchadme: santificáos y entrad á purificar la casa del Señor, Dios de nuestros padres, y á quitar del santuario toda la inmundicia. Pecaron nuestros padres é hicieron lo malo en la presencia del Señor, nuestro Dios, abandonándole. Apartaron sus rostros del Señor y le volvieron la espalda. No quemaron incienso, ni ofrecieron holocaustos al Dios de Israel en el santuario, sino que apagaron las lámparas y cerraron las puertas del pórtico, por lo que se encendió el furor del Señor contra Judá y Jerusalem y los entregó á la turbacion, á la ruina y al escarnio, como vosotros lo veis por vuestros ojos. Considerad que nuestros padres han perecido á cuchillo, y nuestros hijos, nuestras hijas y nuestras mujeres han sido llevadas cautivas por esta enfermedad. Ahora, pues, mi deseo es que hagamos alianza con el Señor, Dios de Israel, y apartará de nosotros el furor de su ira. Hijos míos, no os descuideis. El Señor os ha elegido para que esteis en su presencia, para que le sirvais, le deis culto y le queméis incienso.

Entonces se levantaron los levitas mas distinguidos de las ramas de Caat, Merari y Gerson, hijos de Levi, convocaron á sus hermanos, se santificaron todos, entraron segun el mandato del rey y del imperio del Señor á purificar la casa de Dios, y limpiaron en ocho dias los atrios del pueblo y de los sacerdotes. Despues entraron los sacerdotes en el templo del Señor y le limpiaron en otros ocho dias, sacando las basuras al atrio de los sacerdotes, de donde las tomaban los levitas y las llevaban á verter en el arroyo Cedron. En diez y seis dias concluyeron la obra, y luego fueron á hablar á Ezequías y le dijeron: Hemos santificado toda la casa del Señor

y el altar de los holocaustos con sus vasos y la mesa de la proposición con los suyos, y todas las alhajas del templo que profanó Acáz durante su reinado, y todo queda en disposición de servir delante del Señor.

Restablecimiento del culto.

Lleno de gozo Ezequías se levantó muy de mañana, juntó á todos los príncipes de la ciudad, subió con ellos á la casa del Señor, presentaron todos juntos siete toros, siete carneros, siete corderos y siete machos cabríos por el pecado, por el reino, por el santuario y por Judá, y dijo el rey á los sacerdotes, hijos de Aaron, que los ofreciesen sobre el altar del Señor. Los sacerdotes ofrecieron los toros, los carneros y los corderos, y derramaron la sangre sobre el altar. También degollaron los siete machos cabríos después de haber puesto el rey y los principales sus manos sobre ellos, y rociaron con su sangre el altar por la reconciliación de todo Israel. Ordenó además Ezequías que se quemasen, los holocaustos sobre el altar, y mientras que se quemaban, los sacerdotes con sus trompetas y los levitas con sus instrumentos músicos tocaban y cantaban alabanzas al Señor, y todo el pueblo estaba postrado y pegado el rostro con la tierra adorando al Señor hasta que se consumiesen los holocaustos. Con esta profunda adoración se concluyeron los sacrificios y los holocaustos de las víctimas que habían presentado el rey y los príncipes de la ciudad.

Esperaba el pueblo de Jerusalem su vez, preparado con sus víctimas, y luego les dijo el rey: Acercáos y ofreced vuestras hostias y vuestras alabanzas en la casa del Señor; y toda la multitud ofreció sus hostias pacíficas, sus alabanzas y sus holocaustos con la más tierna devoción. Las víctimas que ofreció el pueblo de Jerusalem en este día fueron setenta toros, cien carneros, doscientos corde-

ros, seiscientos hueyes y tres mil ovejas. Hubo, pues, gran número de holocaustos, de grosuras, de pacíficos y de libaciones, y se restableció el culto de la casa del Señor, y fué grande la alegría del rey y de todo el pueblo al ver restablecido el culto del Señor.

Era mucho, era un género de portento, que un rey joven, sin experiencia y sin tiempo para hacerse obedecer por las pruebas del amor ó del temor, lograra sin contradicción mudar en los diez y siete días primeros de su reinado una Jerusalem pagana é idólatra en una Jerusalem religiosa y piadosa; pero el deseo de Ezequías aun iba más adelante. Sabía que no era rey solo de Jerusalem sino de todo Judá, y quería que el restablecimiento del culto del Señor se verificase en todo el reino.

Celebración de las Pascuas.

Aun no se había celebrado la Pascua, y dispuso la celebración de esta gran festividad para conseguirlo. Por este tiempo se hallaba agonizando el reino de Israel, y Osee, su último rey, ocupado en librarse de Salmanasar rey de los Asirios, que al fin se le llevó cautivo, no impedía que sus súbditos fuesen á Jerusalem. Con este conocimiento Ezequías, y con el deseo de que las afligidas reliquias de Israel viniesen á buscar su consuelo en el Señor, convidó á la celebración de la Pascua, no solo á su reino de Judá, sino también al reino de Israel. Envió, pues, mensajeros por todas partes desde Dan hasta Bersabé para que todo Israel y Judá viniesen á celebrar la Pascua al Señor Dios de Israel en Jerusalem. Los mensajeros iban encargados de decir á las reliquias de las diez tribus estas palabras: Hijos de Israel, volved al Señor Dios de Abraham y de Isaac y de Israel, y el Señor se volverá á las reliquias que han escapado de la mano de Teglatfalsar, rey de los Asirios. No seáis como vuestros padres y hermanos que se apartaron del Señor

Dios de sus padres, y los entregó á la muerte, como vosotros mismos habeis visto. No endurezeais vuestros corazones como vuestros padres; rendid vuestras manos al Señor, y venid al santuario que edificó para siempre. Servid al Señor Dios de vuestros padres, y se apartará de vosotros la ira de su furor; porque si vosotros os volviéreis al Señor, vuestros hermanos é hijos hallarán misericordia delante de los señores que los llevaron cautivos y volverán á esta tierra, porque piadoso y clemente es el Señor vuestro Dios y no apartará de vosotros su rostro si os volviéreis á él. Con esta orden los mensajeros caminaron apresuradamente de ciudad en ciudad, y los que fueron al reino de Israel les leían la exhortacion que se les habia encargado, y unos se reían y les escarnecian, y otros, particularmente los de las tribus de Aser, de Manasés y de Zabulon, abrazaron el consejo y vinieron á Jerusalem á celebrar la Pascua. Con respecto á los súbditos de Judá, la mano del Señor obró sobre ellos dándoles un solo corazon para cumplir la orden del rey, y acaso nunca se vió en Jerusalem tan gran concurso de pueblos desde que se separaron las diez tribus de Israel.

Destruccion de la idolatría en Jerusalem

Para celebrar con pureza esta gran solemnidad, tomaron, entre otras disposiciones, una que no pudo dejar de agrandar mucho al Señor. Recorrieron la ciudad, arrancaron los altares profanos que aun quedaban del tiempo de Acáz, buscaron hasta en las casas todos los ídolos que habian servido á sus abominables sacrificios, y todo lo destruyeron y arrojaron en el arroyo Cedron. Purificada la ciudad por el pueblo como lo habia sido el templo un mes antes por los sacerdotes y levitas, se procedió á la celebracion de la Pascua. Se ofrecieron y degollaron las víctimas, se derramó la sangre sobre el

altar, se quemaron los holocaustos, se hicieron las libaciones y se practicaron por siete dias todas las ceremonias mandadas en la solemnidad de los ázimos. Alternaban los cánticos sagrados con los instrumentos músicos de los levitas y las trompetas de los sacerdotes, y todo el templo resonaba en voces y alabanzas al Señor. Todo Judá se alegró y llenó de gozo, pero sobre todo, aquellos que nunca habian visto celebrar la Pascua (porque en los diez y seis años del reinado de Acáz no se habia celebrado), y los que vinieron del reino de Israel, donde nunca se celebró desde que se separó de Judá; y fué tanto el gozo de todos, que todos pidieron una segunda Pascua en desagravio de las muchas que se habian omitido, y se celebraron otros siete dias con el mismo orden y gozo que los primeros. En estos catorce dias dió el rey á la multitud para que ofreciese sacrificios mil toros y siete mil ovejas, y los principes otros mil toros y diez mil ovejas, y toda esta multitud de víctimas fué ofrecida y sacrificada al Señor en los catorce dias de las dos Pascuas. Fué inexplicable la alegría del rey, de los principes, de los sacerdotes, de los levitas, del pueblo entero de Judá, de la tierna y enajenada porcion de Israel y de todos los prosélitos, pues todos fueron admitidos á esta santísima solemnidad. Desde los dias de Salomon, que tenia bajo de su imperio todas las tribus, no se habia hecho una solemnidad en Jerusalem semejante á esta, y se concluyó con las bendiciones de los sacerdotes y levitas sobre todo el pueblo, bendiciones que subieron hasta la habitacion santa del cielo, dice el sagrado texto. ®

Destruccion en todo el reino.

Ezequias llenó de su piedad á todo el pueblo, y consiguió al mismo tiempo sus deseos de que se renovase el culto de Dios en todo el reino, y desapareciese hasta la

última reliquia de idolatría. Todo el pueblo salió tan fervoroso del templo del Señor, que resolvió de comun acuerdo desterrar la idolatría en todos sus términos, y reunido fué por todas las ciudades de Judá, hizo pedazos los ídolos, taló los bosques profanos, demolió las alturas idolátricas y destruyó los altares paganos, no solo en todo Judá y Benjamin, sino tambien en Efraim y Manasés, tribus de Israel. Todo lo acabaron en todas partes, y se volvieron á sus respectivas ciudades. No cabia mayor satisfaccion para el rey, ni mayor gloria para el pueblo de Dios. Mas Ezequías nada queria dejar sin hacer en este punto, y se determinó á lo que no se habian atrevido sus antecesores, aprovechándose de este favor del pueblo, que no habian logrado los piadosos reyes que le habian precedido.

Destruccion de los altos, y de la serpiente de metal.

Á mas de los altos en que se ofrecian sacrificios á los dioses falsos, habia otros, como ya hemos dicho á la página 153 de este tomo, en que se ofrecian al Dios verdadero, pero el Señor no queria que se le ofreciesen sacrificios fuera del templo de Jerusalem. Los piadosos reyes de Judá, Asa, Josafát, Ozías y Joatan no se habian atrevido á quitarlos por no chocar con esta devocion antigua del pueblo, pero Ezequías, mas determinado, quitó estos altos. Aun fué mas adelante, se atrevió á hacer pedazos la serpiente de metal que por orden del Señor habia hecho fundir Moises en el desierto para remedio de las mordeduras de las serpientes de fuego que mataban á los murmuradores; porque la inclinacion de los Israelitas á la idolatría habia hecho que este antiguo monumento de los prodigios de Dios se convirtiese en un ídolo. El Señor bendijo su celo, y el pueblo en su fervor aplaudió lo que sin él habria resistido empeñadamente.

Restablecimiento de los diezmos, primicias y demás subsistencias del templo y sus ministros.

Con esto quedó purificado el culto y desterradas hasta las apariencias de idolatría; pero faltaba hacer duradera esta preciosa mudanza, y Ezequías trató de asegurarla. Bien penetrado de que la existencia y decoro del culto piden necesariamente la existencia y subsistencia decorosa de sus ministros, trató de proveer á ella. En los tiempos que acababan de pasar se habian visto estos reducidos al desprecio y la indigencia. No habia ofrendas, ni votos, ni promesas, ni hostias, ni sacrificios, y se les habian negado las redenciones, los diezmos y las primicias. Ezequías mandó que todo volviese al orden que el Señor habia establecido, y fué el primero que dió el ejemplo. Mandó que se contribuyese de su tesoro real con todo lo necesario para los holocaustos diarios de la mañana y la tarde, para la celebracion de los sábados de todas las semanas y para las festividades de todo el año, segun estaba ordenado en la ley de Moises. En seguida mandó al pueblo de Jerusalem que diese á los sacerdotes y levitas sus porciones para que pudiesen atender al servicio del Señor y no volviese á verse abandonado el templo santo, y fué un prodigio. Luego que llegó á oídos de la multitud esta disposicion, todos se apresuraron á presentar sus primicias de pan, vino, aceite, miel y cuanto produce la tierra. Tambien presentaron los diezmos de bueyes y ovejas y los diezmos de las cosas santificadas que habian ofrecido por voto al Señor. Ezequías hizo todas las cosas que hemos dicho en todo Judá, y obró lo que era bueno, recto y verdadero delante del Señor su Dios, y lo que pedia el ministerio de la casa del Señor con voluntad de buscar á su Dios de todo su corazon; y con esto aseguró el culto de la casa del Señor.

Restablecimiento del Estado.

No porque emplease Ezequías tanto celo en restablecer el culto de Dios, descuidó los intereses del Estado; al contrario, los dirigía con actividad y en toda justicia, porque era justo, y no puede serlo el que no cumple todos sus deberes. La conducta perdida de su padre había dejado el reino apurado de soldados y dinero, cargado de deudas, saqueado por los Idumeos, desmembrado de varias ciudades por los Filisteos, y, lo que era peor que todo, tributario de la Asiria. En los cuatro años primeros de su reinado tuvo Ezequías á su vista el formidable ejército de los Asirios, sus mortales enemigos, ocupado en el cerco y destruccion de Samaria y la conclusion del reino de Israel, que desapareció delante de sus ojos. En circunstancias tan terribles no era tiempo de emprender, y fué un prodigio del Señor que, aun pagando el tributo á los Asirios, no viniesen sobre su reino, hallándose á la puerta, y perdiere la corona como Osee, último rey de Israel. Empleó, pues, Ezequías estos años en procurar la abundancia en el Estado y en aumentar el número de sus tropas para vivir preparado á la guerra que tan de cerca le amenazaba. Mas el enemigo, conquistado el reino de Israel, se volvió á la Asiria, llevando cautivos sus moradores, y aquí se presentó á Ezequías una bella ocasion de incorporar á su reino las ciudades que los Filisteos habian desmembrado.

Guerra con los Filisteos.

Emprendió esta guerra con justicia y la concluyó con felicidad. Les ganó muchas batallas, se hizo dueño sucesivamente de todas las ciudades desmembradas y de todas

sus dependencias desde la torre mas despreciable hasta la plaza mas fuerte, y en fin redujo á los Filisteos á un estado de flaqueza, que nada dejó que temer de estos enemigos irreconciliables á los reyes de Judá sus sucesores.

Denegacion del tributo á los Asirios.

Por muy útiles que fuesen las conquistas hechas á los Filisteos, no eran estas las que mas interesaban al rey y al reino. La sujecion á la Asiria y el vergonzoso tributo que se veian precisados á pagar á un rey idólatra, era lo que mas alligia á Judá y á su monarca; y tambien para sacudir este yugo insoportable, proporcionó el Señor una ocasion á su piadoso Ezequías. Murió Salmanazar en la Siria á poco tiempo de haberse llevado cautivo á Israel, y le sucedió Senaquerib su hijo. Este declaró guerra á Seton rey de Egipto, y sucesor de Sua, pero fué desgraciado en su empresa. Seton, sostenido por el rey de Etiopia, deshizo en muchas batallas á Senaquerib y le obligó á volverse á su reino de Asiria debilitado y cubierto de vergüenza. No dudó Ezequías que era esta la ocasion de sacudir yugo de la Asiria y negarse al pago del vergonzoso tributo, y se negó abiertamente. La Asiria no se halló en estado de reclamarle con las armas, y Ezequías vivió bastantes años sin llevar sobre su corona este signo de ignominia.

Guerra de Senaquerib, rey de los Asirios. ®

Repuesto Senaquerib de las pérdidas sufridas en la guerra de Egipto, luego pensó en volver sobre el reino de Judá y castigar su resistencia al pago del tributo con la destruccion de este reino, como lo habia hecho su padre Salmanazar con el de Israel. El año catorce del reinado de Ezequías, entró Senaquerib en Judá con un ejército de

ciento ochenta y cinco mil hombres por lo menos, y principió á batir y tomar sus ciudades y sus plazas Llegó á Laquis, fortaleza de primer orden, la cercó y la combatía con todas sus fuerzas. Ezequías, que se consideraba en estado de resistir á un ejército tan superior al suyo, y que por otra parte deseaba que no se derramase la sangre de sus vasallos, quiso tentar antes de todo el camino de la paz á costa de los intereses. Envió sus embajadores á Senaquerib, y le propuso que se retirase de su reino y le daría cualquiera cantidad que le pidiese. El rey de los Asirios señaló á Ezequías trescientos talentos de plata y treinta de oro (que todo daba la suma de mas de veinte y un millones de reales) prometiendo retirarse luego que los recibiese. Ezequías recogió todo el dinero que se hallaba en el tesoro de la casa del Señor y de la casa del rey, y no bastando para cubrir el pedido, ni queriendo cargar á su pueblo con un nuevo impuesto, mandó desclavar las planchas de oro con que él mismo había hecho forrar las puertas del templo, persuadido á que no sería contra la religion sacrificar á la paz este adorno por algun tiempo, con lo que cubrió la cantidad pedida, y todo lo envió al rey de los Asirios. Pero el pacífico y fiel Ezequías trataba con un guerrero falso é infiel, y solo consiguió con su sacrificio que Senaquerib proveyese abundantemente á su ejército, estrechase mas vivamente el sitio de Laquis y pudiese llegar mas pronto á su fin, que era tomar á Jerusalem y cautivar el reino.

Enfermedad y curacion prodigiosa de Ezequías.

En este tiempo enfermó de muerte Ezequías y vino (á prevenirle) el profeta Isaías, diciendo: Esto dice el Señor: Dispon de tu casa, porque morirás tú y no vivirás. No dijo mas el profeta, y se volvió. La reduplicacion que habia usado el Señor, parecia no dejar al rey la menor esperanza de vida; sin embargo Ezequías amaba

mucho al Señor, y el amor infunde mucha esperanza. Penetrado de un profundo sentimiento al ver que se acababa su vida sin dejar aquella sucesion real que desde David habia ocupado el trono y formaba la consoladora esperanza de un Redentor del género humano, y considerando además el estado en que iba á dejar el reino, se volvió á la pared, fuese para mirar hácia el templo, ó para orar con mas recogimiento, y con la confianza con que un hijo llega á su padre: Ruegos, Señor, dijo, que os acordeis de como he andado delante de vos en verdad, y con sinceridad de corazon, y que he procurado hacer lo que os era agradable... Aquí un gran llanto le impidió continuar su oracion, pero las lágrimas clamaron mas alta y eficazmente que las palabras y penetraron el corazon del Señor. Aun no habia llegado Isaías al medio del atrio de la salida del palacio, cuando oyó la palabra del Señor que le decia: Vuelve y dí á Ezequías, guía de mi pueblo: Esto dice el Señor, Dios de David tu padre (décimotercio abuelo): He oido tu oracion y visto tus lágrimas, y he venido en sanarte. Al tercer día subirás al templo. Yo añadiré al tiempo que has vivido quince años, y además libraré de la mano del rey de los Asirios á ti y á esta ciudad, y la protegeré por amor á mi y á mi siervo David. ¿Y qué señal me dais, dijo Ezequías á Isaías, de que el Señor me sanará y que subiré á su templo al tercer día? ¿Qué señal quereis, dijo Isaías, de que se cumplirá lo dicho? ¿Quereis que la sombra del reloj, que puso vuestro padre Acáz en este vuestro palacio, se adelante repentinamente diez grados ó que se atrase esos mismos? Tan milagroso era uno como otro, pero así como al parecer se presenta menos difícil que las aguas de un río salgan de su movimiento natural precipitándose que volviendo hácia atrás, así Ezequías no eligió que la sombra del reloj se adelantase diez grados, sino que retrocediese esos mismos. No quiero, dijo, que la sombra se adelante diez grados sino que los retroceda. Entonces

Isaias invocó al Señor, y con un prodigio sin ejemplo en el mundo, no sólo se paró el sol como en tiempo de Josué, sino que retrocedió al oriente, haciendo que la sombra del gnomon ó mostrador de las horas volviese diez grados atrás, como había pedido Ezequías. Esto hizo que aquel día fuese diez horas mayor que los otros, y esto observaron los Babilonios y dió motivo á una solemne embajada que no estuvo bien á Ezequías, como veremos despues. Ezequías quedó sano en aquel día, y al tercero subió al templo segun la promesa del Señor y entonó en accion de gracias aquel patético y admirable cántico que nos conservó Isaias con el nombre de cántico de Ezequías.

Defensa de Jerusalem.

Ezequías, sano de su mortal enfermedad por un prodigio que encerraba muchos prodigios, volvió á pensar en la defensa de su reino y particularmente de su capital. Despues de la fea y traídora infidelidad del rey de los Asirios, ya no le quedaba otro arbitrio que hacer la defensa de Jerusalem confiado en la palabra que acababa de darle el Señor por su profeta y de la que no debía abusar tentando al Señor. Tuvo, pues, un consejo con los príncipes y los varones mas esforzados del reino, y se determinó en el principiaria por cegar los manantiales de las fuentes que habia fuera de la ciudad y continuarla fortificando sus muros. Ezequías juntó al momento una multitud de gentes, y cegaron todas las fuentes, y tambien el gran manantial de Sion, que por un acueducto surtia de aguas á Jerusalem. Dirigieron estas por un profundo conducto á la ciudad baja, donde hicieron un hondo y anchuroso pozo para recibirlas, y con esta obra consiguieron proverse abundantemente de agnas, y secar todos los alrededores de Jerusalem para fatigar con su falta á los sitiadores. Reparó la parte flaca del muro y

levantó muchas torres sobre él. Hizo otro muro exterior, y fortificó mas á Sion, fortaleza de David. Hizo fundir y fabricar todo género de armas defensivas y ofensivas, nombró oficiales y generales que mandasen el ejército, y les juntó á la puerta de la ciudad que era el punto de las reuniones del pueblo, y les habló al corazón diciendo: Portaos con valor y tened buen ánimo; no temais ni tengais miedo al rey de los Asirios, ni á toda la multitud que está con él, porque muchos mas son con nosotros que con él (esto mismo dijo Eliséo á su eriado al hacerle ver el ejército de ángeles que le defendia), porque él tiene consigo un brazo de carne, con nosotros está el Señor nuestro Dios, que es nuestro auxiliador y pelea por nosotros; y se confortó el pueblo con estas palabras de Ezequías.

Blasfemias de Senaquerib.

Á este tiempo aun se defendia la fortaleza de Laquis de todo el poder de Senaquerib, que mandaba el sitio por sí mismo; pero contó, segun la estrechaba, con que tardaria poco en rendirse, y como tenia resuelto pasar de allí á la conquista de Jerusalem, envió delante á Tartan, Rabsaris y Rabsaces para que dijese al rey de Judá y á todo el pueblo que habia en la ciudad: Esto dice Senaquerib, rey de los Asirios: ¿En qué poneis vuestra confianza para estaros así encerrados en Jerusalem? Acaso os engaña Ezequías, asegurándoos que el Señor vuestro Dios os librará de las manos del rey de los Asirios para haceros morir de sed y de hambre. Pues qué, ¿no es ese Ezequías el que destruyó los altares de vuestro Dios y mandó que solo delante de un altar adoráseis y en él solo quemáseis el incienso? ¿Ignorais lo que yo y mis padres hemos hecho con todos los pueblos de la tierra? ¿Acaso tuvieron los dioses de esos pueblos poder para librarles de nuestras manos? ¿Qué dios ha habido



entre todos los de los pueblos que conquistaron (y me entregaron) mis padres, que haya podido sacar á su pueblo de mi mano? No os engañe, pues, Ezequías, ni os burle con vanas persuasiones y esperanzas. No le creais, porque si ningun dios de todas las gentes y reinos pudo librar á sus pueblos de mi mano y de la mano de mis padres, tampoco vuestro Dios podrá libraros de mi mano.

Subieron, pues, Tartan, Rabsaris y Rabsaces al campo del lavadero junto á Jerusalem, y enviaron á llamar al rey Ezequías, quien rehusó presentarse, y envió en su nombre á Eliacin, Sobna y Joahe, y les dijo Rabsaces todas las cosas y blasfemias que les habia encargado Senaquerib contra el Señor y contra su siervo Ezequías. Horrorizados los enviados de Ezequías al oirlas, dijo Eliacin á Rabsaces: Te rogamos que nos hables en siríaco, porque entendemos esa lengua, y que no hables en nuestra lengua, oyéndolo el pueblo que está sobre el muro. Esta advertencia de Eliacin llenó de orgullo á Rabsaces, que la atribuyó á miedo de que lo entendiese el pueblo y se rindiese. ¿Pues qué pensais? dijo entonces esforzando la voz cuanto le fué posible para que le oyese el pueblo, ¿qué pensais? ¿que me ha enviado mi señor para decir al rey y á vosotros estas razones, y no mas bien para que lo oigan los varones que están sobre el muro y conocean que van á verse reducidos á comer con vosotros sus excrementos y á beber su orina? y poniéndose en pié gritó á los que estaban sobre el muro: Oid las palabras del gran rey de los Asirios: No os engañe Ezequías, porque no os libraré de mi mano. No os haga confiar, diciendo: Nos defenderá y libraré el Señor y no será entregada esta ciudad en mano del rey de los Asirios. ¿Acaso los dioses de las gentes libraron sus tierras de la mano del rey de los Asirios? ¿Dónde está el dios de Emat, y el de Arfad? ¿Dónde está el dios de Sefarvaim, de Ana y de Ava? ¿Acaso libraron á Samaria? ¿Quiénes entre todos los dioses de la tierra son aquellos que libraron su región de mi mano

para que vuestro Dios pueda librar á Jerusalem de mi mano? Á este torrente de blasfemias contra Dios calló todo el pueblo, porque habia mandado Ezequías que no respondiese.

Sentimiento de Ezequías al saber las blasfemias de Senaquerib.

Cansado Rabsaces de gritar sin que nadie le contestase, se volvió con sus compañeros á dar cuenta de su comision al rey su amo, y Eliacin y los suyos fueron á verse con Ezequías, á cuya presencia entraron rasgados los vestidos en señal de la pena que llevaban de haber oido tantas injurias contra el Dios de la gloria. Contaron al rey las palabras de Rabsaces, y el rey, no solo rasgo sus vestiduras, sino que se cubrió de un saco y se fué á la casa del Señor. De allí envió á Eliacin, á Sobna y á los ancianos de los sacerdotes cubiertos de sacos al profeta Isaías para que le dijese: Esto dice Ezequías: Día de tribulacion, de amenaza y de blasfemia es este: haz oracion por nosotros. Fueron, pues, á estar con Isaías, y les dijo el profeta: Esto dice el Señor: No te intimides (Ezequías) por las palabras que has oido, con las que han blasfemado de mí los criados del rey de los Asirios. Hé ahí que yo le imprimiré un espíritu (de pavor) y oirá una nueva (mala) y se volverá á su tierra, y allí le derribaré á cuchillo. Escuchó Ezequías la respuesta del profeta con un profundo respeto, y aunque no se le decia ni el tiempo, ni el modo de este gran suceso, no quiso saber sino lo que el Señor le revelaba, dejando á su omnipotencia el cumplimiento.

Cartas de Senaquerib llenas de blasfemias.

En este tiempo supo Senaquerib que Taraca, rey de

los Etiopes venia contra él, y le fué preciso marchar á su encuentro. No se sabe, ni lo que dió motivo á esta venida de Taraca, ni cuál fué su resultado. Lo que sabemos es, que ora fuese por esta causa, ora por la relacion que le habia hecho Rabsaces, ora por otra cualquiera, el Asirio envió segundos embajadores á Ezequias con orden de repetir cuantas blasfemias habia vomitado Rabsaces, y de presentarle unas cartas llenas de nuevas blasfemias contra el Señor Dios de Israel, tratándole como á los dioses que tenian los pueblos de la tierra fabricados por sus manos.

Ezequias extiende las cartas delante del altar del Señor y le dirige una fervorosa oracion.

Habiendo recibido Ezequias las cartas del rey de Asiria y habiéndolas leído, se sobrecogió y llenó de horror. Subió al templo, extendió las cartas delante del altar del Señor y oró en su divina presencia diciendo: Mi Señor Dios de Israel, que estáis sentado sobre los querubines, vos solo sois el Dios de todos los reyes de la tierra. Vos hicisteis los cielos y la tierra: inclinad vuestro oído y oid. Abrid, Señor, vuestros ojos y ved. Oid todas las palabras de Senaquerib, que ha venido á echarnos en cara al Dios viviente. Cierto es, Señor, que los reyes de los Asirios han desolado las gentes y todas sus tierras, y han destruido y echado en el fuego sus dioses, pero fué porque no eran dioses, sino piedras y maderas labradas por las manos de los hombres. Ahora, pues, Señor, Dios nuestro, salvadnos de sus manos para que sepan todos los reinos que vos sois el Señor y el solo Dios (de los cielos y la tierra).

Tambien ora Isaías, y el Señor oye las oraciones de ambos.

Oraba al mismo tiempo en su retiro Isaías, y los clamores del rey y del profeta llegaron hasta el cielo. El profeta supo del Señor que habian sido oidas las súplicas de ambos, y envió á decir á Ezequias: Esto dice el Señor Dios de Israel: He oido lo que me has pedido sobre Senaquerib, rey de los Asirios, y hé aquí la palabra del Señor acerca de él: Te ha menospreciado (este soberbio) y te ha escarnecido, virgen hija de Sion, ha movido á tus espaldas su cabeza, hija de Jerusalem. ¿Á quién has insultado (rey de Asiria)? ¿De quién has blasfemado? ¿Contra quién has levantado tu voz y alzado tus ojos? Contra el santo de Israel. Has enloquecido contra mí, y tu soberbia ha subido á mis oídos. Pues yo pondré un freno en tu boca, un acial en tus labios (para que no vomites mas blasfemias), y te haré volver por donde viniste. No temas Ezequias, porque el Señor dice esto del rey de los Asirios: No entrará en esta ciudad, ni disparará flecha contra ella, ni escudo la ocupará, ni la cercará trinchera. Por el camino que vino se volverá y no entrará en esta ciudad, dice el Señor.

Un ángel quita la vida á ciento ochenta y cinco mil soldados asirios.

Las promesas del Señor se cumplieron aun antes que se esperaba. Mientras que Jerusalem se consolaba con estas divinas promesas y gozaba de antemano las dulzuras de sus esperanzas, el rey de los Asirios y su ejército se hallaban entregados al reposo de la noche y sumergidos en un profundo sueño; pero... ¡ó justicia terrible del Dios omnipotente! en medio de este silencio viene el ángel del Señor, y sin que nadie grite, nadie pida so-

corro, nadie hable, nadie se queje, nadie gima, sin un solo ay, sin un suspiro, espiran á los filos de la espada del ministro del Señor ciento ochenta y cinco mil soldados, todo el ejército de Asiria. Senaquerib no lo advierte, ni los que velan á su lado, y solo la luz del día le presenta su ejército degollado. La misma Jerusalem rodeada y coronada de centinelas, como ciudad amenazada con la muerte y el exterminio, ignora aun su libertad después de estar libre.

Muerte de Senaquerib.

Senaquerib, aquel rey del orgullo y las blasfemias, se ve reducido á la escolta que le guardaba, y á la vista de sus enemigos huye despavorido, y no ve los momentos de poner los piés dentro de su reino y de Ninive su corte; pero la muerte le sigue, y si le ha perdonado en los campos de Jerusalem es para que beba primero toda la amargura del destroz de su ejército, se vea reducido á la mas ignominiosa humillacion, experimente el poder del Omnipotente de quien tanto ha blasfemado, sea recibido con execracion en su corte, y para que perseguido de Adramelec y Sarasar, hijos que han salido de sus entrañas, sea pasado á cuchillo por ellos en el templo y á los piés de Nesroc, su ídolo.

Rico despojo del ejército de Asiria.

La misma luz que habia alumbrado á Senaquerib para ver el campo cubierto de los cadáveres de todo su ejército, alumbró á los habitantes de Jerusalem para ver su libertad y sus riquezas. Habia dicho el Señor á Ezequias que en el presente año se mantendria (Judá) con lo que hallase, y esta prediccion se vió cumplida aquí abundantísimamente. Toda la multitud que encerraba Jeru-

salen salió apresurada á contemplar los terribles efectos de la ira del Señor y bendecir su misericordia que les habia librado de los horrores de un sitio que tendria por resultado, mas ó menos tarde, la muerte de muchos y la cautividad de todos, como le habia tenido el de Samaria. Fueron inmensas las riquezas que hallaron en el campo de los Asirios. Allí estaban, ó en el tesoro real, ó en poder de la tropa, no solamente los trescientos talentos de plata y treinta de oro que el infiel Senaquerib habia exigido á la sinceridad de Ezequias, sino todas las riquezas y todo el lujo de la opulenta Ninive. El pueblo de Jerusalem tomó estas inmensas riquezas, que luego se derramaron por todo el reino é hicieron que no se conociese que habia estado inundado de bárbaros ocupados en robarle y despojarle.

Prosperidad de Ezequias.

Los tesoros de Ezequias se hallaron llenos repentinamente de oro y plata; su palacio de vasos magníficos, de piedras preciosas y de los mas exquisitos aromas; sus depósitos militares de todo género de armas; sus almacenes de grano, vino y aceite; sus caballerizas de hermosos caballos de oriente, sus campos de multitud de ganados de todas clases... todo esto y mucho mas era la riqueza del ejército de Asiria, y todo lo tomó el pueblo de Judá y su monarca. Esté se halló rico, poderoso y lleno de gloria en un dia; su nombre se hizo formidable á las naciones cercanas y famoso á las lejanas. En vez de inquietar ya su reposo, buscaban con empeño su amistad. Súbditos extranjeros venian en tropas á la ciudad santa á ofrecer al Dios altísimo sus hostias y sus sacrificios, y á hacer al rey sus presentes, y Jerusalem parecia el centro de reunion de todo el universo. Ezequias empleaba estas riquezas en hermohear el templo, en reparar las ciudades y las plazas y en edificar y le-

vantar otras nuevas. Todo aumentaba su fama y sus alabanzas; y su felicidad parecia haberse colocado en la cumbre mas alta del mundo; pero esta misma altura era su derrumbadero, y como otro Ozias, su bisabuelo, cayó desvanecido. Por mas puro que fuese su celo, por mas sincera y humilde que fuese su virtud, tantos objetos lisonjeros llegaron insensiblemente á tocar en su corazon, y la vanidad vino á hacer su oficio. Cuando Ezequias se juzgaba el mas reconocido á Dios de todos los hombres, se iba complaciendo sin advertirlo de la estimacion de sí mismo; hablaba con mas frecuencia y mas gusto de la gloria que le rodeaba, que del modo milagroso con que le habia venido, y para que saliese al público su flaqueza, solo faltaba una ocasion que la descubriese. Desgraciadamente vino á presentarla una embajada famosa.

Embajada del rey de Babilonia á Ezequias.

Berodac-Baladan, rey de Babilonia, habia oido hablar de la milagrosa curacion de Ezequias y de la portentosa retrogradacion del sol que se habia notado en Babilonia sin atinar con el motivo; y oyendo ahora el terrible estrago de ciento ochenta y cinco mil soldados muertos por un angel en una sola noche, quiso saber con certeza y circunstanciadamente todos estos prodigios, y envió una magnífica embajada á Ezequias con cartas de felicitacion y ricos presentes para que le informase de tan extraordinarias maravillas. Salió de sí Ezequias al verse honrado con la embajada de un tan gran monarca como era el de Babilonia, y aquí fué donde no pudo ya ocultar su vanidad y la hinchazon de su corazon. Era la obligacion de un príncipe religioso, piadoso y tímido, como lo era Ezequias, ponderar, alabar y bendecir los portentos del Señor delante de unas naciones que no le conocian y referirlo todo á su gloria; mas el buen Ezequias de todo esto se olvidó, y solo se acordó de sí

mismo. Manifestó con ostentacion á los embajadores cuanto habia en su palacio, los tesoros de oro y plata, la pedrería, los vasos preciosos, los aromas, los perfumes, cuanto podia contribuir á que formasen los embajadores una alta idea de su poder, su grandeza y sus riquezas, y se olvidó del soberano Dueño de todo. Ezequias, dice el sagrado texto, no correspondió á los beneficios que habia recibido, porque se alzó su corazon; y por esto vino la ira (del Señor) contra él, contra Judá y contra Jerusalem (que sin duda habrian participado de su orgullo).

Reconvencion de Isaías á Ezequias.

Apenas Ezequias habia despedido los embajadores, cuando se presentó Isaías, y con la autoridad que le daba su ministerio de profeta del Señor, le preguntó: ¿Qué han dicho esos hombres? ¿De dónde os han venido? De tierra lejana, dijo Ezequias, de Babilonia. ¿Y qué vieron en vuestra casa? volvió á preguntar Isaías. Todo lo que hay en ella vieron, respondió Ezequias, y nada quedó en mis tesoros que no les enseñase. Entonces dijo Isaías: Oíd la palabra del Señor: Dias vendrán en que todas las cosas que hay en vuestra casa, y que han atesorado vuestros padres hasta este dia, serán trasportadas á Babilonia. No quedará cosa alguna, dice el Señor, y aun de los hijos que tendréis, serán llevados y servirán al rey de Babilonia (como en efecto le sirvieron Daniel y sus compañeros que eran de la familia real de Judá).

Reconocimiento de Ezequias.

No era Ezequias un Acab que se endureciese con los castigos, era un David que castigado como aquel por otra

vanidad, se humilla, se reconoce, venera las disposiciones del Cielo, implora sus misericordias y ofrece el sacrificio de conformidad con sus adorables decretos. Buena es, dijo á Isaías, la palabra del Señor que me habeis anunciado. Haya paz y verdad en mis dias. Por haberse ensoberbecido su corazon, se humilló, tanto él, como los habitantes de Jerusalem, y por eso no vino sobre ellos la ira del Señor en los dias de Ezequías, dice el texto sagrado; y si nuevos delitos, sin comparacion menos perdonables, no hubieran causado despues de la paciencia del Señor, acaso ni la familia real ni la nacion escogida habrian experimentado jamás la cautividad con que se les amenazaba. Ezequías quedó bien escarmentado y se guardó de exponerse á experimentarla. Cuidadoso de evitar los escollos de la vanidad y la soberbia á que con tanta frecuencia expone la prosperidad y la abundancia, continuó celando el celo de la casa del Señor, y procurando la felicidad, paz y seguridad de su pueblo, pero reconociendo siempre que su seguridad estaba en la proteccion del Señor.

Su muerte, elogio y sepulcro.

El sabía cual ninguno el número de los dias de su vida, y trabajaba en llenarlos de buenas obras para conseguir una preciosa muerte. La vió venir con serenidad, y recibió el último golpe con una sumision y confianza digna de su gran fe, y de su firme esperanza. El Espíritu Santo hace el elogio de Ezequías en el libro del *Eclesiástico* por estas breves, pero gloriosas palabras: Ezequías hizo lo que agradó al Señor, y caminó con firmeza por el camino de David su padre (décimotercio abuelo). Fué quitado Ezequías á su pueblo y descansó con sus padres el año veinte y nueve de su reinado y cincuenta y cuatro de su edad. En gran manera afligidos con su muerte todos sus súbditos, ó mas bien todos sus hijos,

se empeñaron á porfía en honrar su sepultura. Le enteraron en un sepulcro elevado sobre todos los sepulcros de los descendientes de David, y todo Judá y todos los habitantes de Jerusalem celebraron reunidos sus exequias, y reinó su hijo Manasés en su lugar.

MANASÉS, DÉCIMOGUARTE REY DE JUDÁ.

Se resiente el corazon á pasar, despues de haber hecho la historia de un padre y rey tan santo, á hacer la de un hijo y rey tan indigno de sucederle, y si no nos consolara su penitencia, seria intolerable este trabajo. Nació Manasés para la destruccion de cuanto habia hecho el celo y la virtud de su padre y para la perversion de Judá, y todo lo consiguió sobradamente. Doce años tenia cuando principió á reinar, y reinó cincuenta y cinco.

Su perversidad.

Hizo lo malo delante del Señor, no solo como Jeroboan, sino como los Cananeos, Amorreos y demás naciones corrompidas, que borró el Señor á la entrada de los hijos de Israel en la tierra prometida. No sabemos si hubo para él tiempo de inocencia. Malvado desde que subió al trono, se le vió luego obrar como el idólatra mas acalorado y el hombre mas corrompido é impío. Volvió á edificar los altos que su padre habia destruido, erigió altares á Baal y plantó bosques profanos como Acab, rey de Israel. Adoró por dioses al sol, á la luna, y á todos los astros como los paganos, é hizo que les adorase su pueblo. Procuró adquirir noticia de todos los ídolos que adoraban los hombres, y á todos les daba culto. Supo que las naciones vecinas tenian agoreros, magos, encantadores, arúspices y pitones, que los consultaban

y se servían de ellos para sus adivinaciones, y luego les llamó, les derramó por todo el reino y les recibió en su capital y su palacio. Hizo pasar sus hijos por el fuego en obsequio del idolo Moloc y obró otras muchas cosas malas delante del Señor para irritarle, dice el historiador sagrado. Esto hizo por todo el reino, pero le faltaba hacer lo mas perverso, y no dejó pasar sino el tiempo en que no pudo ejecutarlo. Empeñó insultar al Señor en su casa y hasta en su trono. Alargó su mano sacrilega, abrió el templo y erigió multitud de altares en los dos atrios del Señor, que eran el de los sacerdotes y el del pueblo, para que diesen culto en ellos á toda la milicia del cielo, al sol, á la luna, á las estrellas, á todos los astros que él adoraba. Viendo sin castigos sus horrendos delitos, se arrojó al último atentado. Penetró en lo interior del templo, y puso el idolo del bosque (no se sabe cuál era) en aquel santo lugar que habia elegido el Señor para su culto, y destinado á la gloria de su santísimo Nombre para siempre.

Su escándalo.

Manasés, pues, sedujo á Judá y á Jerusalem para que hiciesen cosas peores que las que hacían las gentes que exterminó el Señor á la entrada de los hijos de Israel en aquella tierra de promision. Casi toda su corte, casi todos los grandes, la mayor parte del pueblo, y hasta algunos sacerdotes y levitas, seguían los pasos del rey sacrilego. La antigua inclinacion y pasion que tenían á la idolatría logró verse satisfecha con la libertad de seguirla.

Su crueldad.

La parte sana y religiosa debiera haber quedado en su pacífica posesion, pero no queria Manasés que le repre-

diesen su impiedad en el hecho de no imitarla, y bastaba no idolatrar para ser objeto de su odio y de su persecucion. Para él era lo mismo ser uno fiel á Dios que ser enemigo del rey. Cualquiera señal de religion era un crimen, y al que la daba, se le quitaba la vida sin piedad. Mas por grande que fuese la desercion de la religion del Señor, quedaban siempre muchos fieles, cuyas cabezas era necesario derribar para que dominase la idolatría sin contradiccion, pero esto nada costaba á la crueldad de Manasés. Resuelto á exterminar en Judá y Jerusalem á los que él llamaba enemigos del rey y del gobierno porque no querían sacrificar su religion y su conciencia, convirtió el reino, y particularmente á Jerusalem, en un campo de batalla y de carnicería, y fué tanta la sangre inocente que derramó, que en Jerusalem, dice el texto sagrado, subía hasta la boca.

Su obcecacion y su furor contra los profetas.

Ni el terror ni la muerte impidieron hablar á los profetas del Señor, y acaso nunca hablaron mas alto y con mayor firmeza, porque nunca son mas intrépidos los verdaderos ministros del Señor que cuando se pierde todo en obedecer. Entonces habló el Señor por sus profetas Joel, Oseas, Nahum y principalmente por Isaías, diciendo: Por cuanto Manasés, rey de Judá, ha hecho estas abominaciones pésimas sobre todas las que hicieron antes de él los Amorreos, y ha hecho pecar tambien á Judá en las inmundicias de sus idolatrías, hé aqui lo que dice el Señor Dios de Israel: Yo haré venir sobre Jerusalem y sobre Judá males tan grandes, que á cualquiera que los oiga le retemblarán los oidos. A este modo amenazó el Señor por los demás profetas, pero Manasés en lugar de atemorizarse, se enfurecía, y los profetas pagaban con la muerte la libertad con que hablaban, como sucedió á Isaías, á quien se dice que mandó dividir de alto abajo con una sierra de madera.

Su prision y su conversion.

Mas el Señor se dejó ya de palabras con un criminal que á nada atendia, y pasó á las obras que son mas eloquentes. Envio los generales del ejército del rey de los Asirios y le cogieron, y aprisionado con grillos y atado con cadenas, le llevaron á Babilonia y le arrojaron en un profundo calabozo. Entonces abrió los ojos, no para ver aquellas tropas que, obedeciendo ciegamente á su impulso, profanaban el templo de Jerusalem y llenaban de sangre todo el reino, sino los grillos y las cadenas con que se hallaba aherrojado y la soledad pavorosa que le rodeaba. Asombrado, espantado, perseguido de la multitud de sus enormes crímenes, no tenia donde esconder su angustiado corazón, y la tribulación y la pena le anegaban en sus amarguras... y aquí fué donde, solo en medio del mundo y de una ciudad populosa, no halló á quien volver los ojos sino al Dios á quien habia ultrajado enormisimamente en toda su vida. Mas cómo contar con el perdon un pecador que se habia empeñado en sellar su reprobacion con la multitud y enormidad de sus crímenes? Pero el Señor tiene en los tesoros de su infinita misericordia remedios de salvacion para todos los hombres, por mas criminales que sean, si se vuelven á él en corazón humillado y contrito. Es verdad que el hombre despues de una larga carrera en los caminos del crimen presenta raras veces este corazón contrito, y por esto apenas se puede contar con su salud eterna; sin embargo Manasés fué uno de estos pecadores que tuvo la dicha de presentar al Señor este corazón contrito, como lo vamos á ver en la oración que dirigió al Señor de en medio de sus prisiones.

Oracion de Manasés en el calabozo de Babilonia.

Anegado en lágrimas este asombroso pecador, se va al Dios de todo consuelo, y presentando por entre las cadenas su arrepentimiento. Señor omnipotente, dice, Dios de mis padres Abraham, Isaac y Jacob, que criásteis el cielo y la tierra con todos sus adornos, que encadenásteis el mar con la palabra de vuestro mandamiento y cerrásteis el abismo de sus aguas con el sello de vuestro Nombre terrible... Vos, Señor, á quien todas las cosas miran con temblor, y ante cuyo poder todas se estremecen, porque es insoportable la majestad de vuestra gloria é insustentable la ira de vuestras amenazas sobre los pecadores... Vos, Señor, tambien sois Dios piadoso, Señor benigno, paciente, muy misericordioso y condolido de las malicias de los hombres... Vos, Señor, segun la multitud de vuestras bondades, prometisteis perdon á los que os ofendieren, y en la multitud de vuestras misericordias decretásteis penitencia á los pecadores para que consiguieran la vida eterna. Vos, pues, Señor, Dios de los justos, no pusisteis penitencia á Abraham, Isaac y Jacob que no os ofendieron, sino á mí pecador, porque he pecado sobre el número de las arenas del mar. Multiplicádose han, Señor, mis iniquidades, multiplicádose han mis iniquidades, y no soy digno de mirar y contemplar la altura de los cielos por causa de la multitud de mis maldades. Encorvado estoy con muchas cadenas de hierro, de modo que no puedo levantar mi cabeza y me falta la respiracion, porque provoqué vuestra ira é hice lo malo delante de vos; no hice vuestra voluntad, ni guardé vuestros mandatos. Establecí abominaciones y multipliqué las ofensas, y ahora, Señor, doblo las rodillas de mi corazón pidiendo vuestra bondad. Pequé, Señor, pequé. Conozco mis iniquidades, perdonadme, Señor, perdonadme, no me perdaís juntamente con mis

maldades, ni irritado reserveis siempre cosas malas para mí, ni me condeneis á las últimas honduras de la tierra, porque vos sois Dios mio, Dios de los penitentes, y en mí haréis ostentacion de toda vuestra piedad, porque siendo yo indigno, vos me salvaréis segun vuestra gran misericordia, y yo os alabaré siempre en todos los dias de mi vida, pues á vos alaban las virtudes de los cielos y á vos es debida la gloria en los siglos de los siglos. Amen (1).

Restablecimiento del culto del Señor.

Demás sería querer averiguar ahora con qué motivo ni cómo hicieron los Asirios prisionero á Manasés, ni con qué causa le soltaron y permitieron volver á su reino, porque todo fué disposicion del Señor. El sagrado historiador nos dice: que el Señor hizo venir á los generales Asirios, que estos le cogieron y aprisionado con grillos y atado con cadenas le llevaron á Babilonia: que angustiado, oró al Señor: que hizo grande penitencia, y que el Señor oyó su oracion, le volvió á Jerusalem y le restableció en su reino, sin añadir otra alguna cosa de esta tragedia. Se cree que no fué largo el tiempo de su prision, pero el de su penitencia duró toda su vida, que segun los Hebreos aun fué de treinta y tres años despues de este feliz castigo. Cuando le volvieron á ver en Jerusalem, no le conocian, y creyeron recibir en vez de Manasés á su padre Ezequias. Derribó todos los altares profanos en que habia sacrificado y todos los bosques sacrilegos que habia plantado, é hizo pedazos todos los idolos que habia adorado. Purgó el templo santo de todas las abominaciones con que le habia manchado, y principalmente del ídolo del bosque que habia puesto en

(1) Esta traduccion es algun tanto suelta y compendiada, pero propia y entera en todo lo esencial.

el santuario. Todo lo desmenuzó é hizo llevar fuera de la ciudad y arrojar en el arroyo Cedron, como lo habia hecho su padre Ezequias. Es verdad que no destruyó los lugares altos que habia restablecido, pero ellos habian sido tolerados por reyes buenos, y las circunstancias en que se hallaba no eran para estrechar mucho al pueblo que habia pervertido. Hizo restablecer el altar del Señor, se postró delante de él, imploró de nuevo sus misericordias, le rindió humildes y fervorosas gracias, ofreció hostias y víctimas pacíficas y de alabanza, y mandó á Judá que sirviese al Señor Dios de Israel. Despues de restablecer el culto, se ocupó de la buena administracion y seguridad del Estado. Hizo levantar un muro muy alto en la parte exterior de la ciudad de David, y puso comandantes, tropas y provisiones en todas las fortalezas de Judá.

Duracion del reinado de Manasés, su muerte y sepulcro.

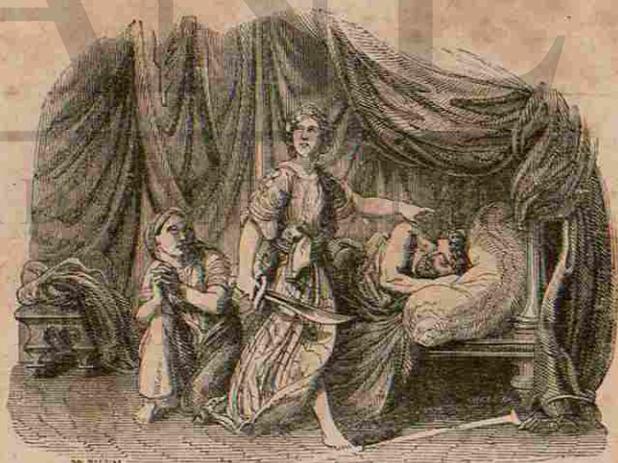
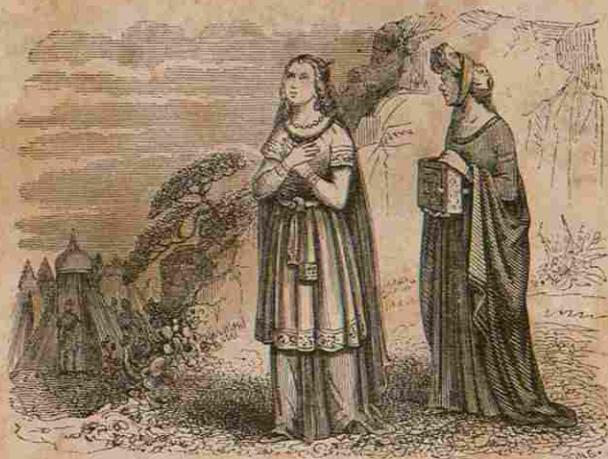
Fué su reinado el mas largo de todos los de los reyes de Judá, el mas perverso en los veinte y dos primeros años, pero uno de los mas bellos, mas edificativos y mas pacíficos en los treinta y tres siguientes hasta su muerte, que sucedió á los sesenta y siete de su edad, y cincuenta y cinco de su reinado. Murió en Jerusalem y fué enterrado en el huerto de su casa, en un terreno que habia pertenecido á Oza. Muchos son de sentir que Manasés por espíritu de penitencia y humildad se mandó enterrar en este sitio, juzgándose indigno por sus delitos de la honra de ser enterrado en la ciudad de David y sepulcro de los reyes sus padres y predecesores. Cuando el penitente Manasés acababa sus dias en Jerusalem, concluía tambien los suyos el santo Tobías en Nínive, y á la historia del rey penitente sucede bien la del inocente cautivo.

HISTORIA DE TOBIÁS.

Era Tobías natural de la tribu y ciudad de Neptali, situada en la alta Galilea. Nació el año de tres mil doscientos sesenta y uno del mundo. Vivió ciento y dos, y murió el de tres mil trescientos sesenta y tres. Perdió temprano á sus piadosos padres, pero no las semillas de virtud que su buen ejemplo y santa educacion habian sembrado en su alma. Era el mas jóven de las cabezas de familia de toda la tribu, pero el mas anciano en su conducta, y cuando todos iban á adorar los becerros de oro que habia hecho Jeroboan, rey de Israel, solo él huia de la compañía de todos y se iba á Jerusalem á adorar al Señor en su templo. Allí adoraba al Señor Dios de Israel y ofrecia fielmente todas sus primicias y sus diezmos, y cada tercer año repartia entre los prosélitos ó convertidos y los forasteros todo el diezmo que se reunia cada tres años para este objeto. Estas y otras cosas observaba el jovencito con arreglo á la ley. Cuando llegó á la edad varonil tomó por mujer á Ana, de su misma tribu, y tuvo de ella un hijo á quien puso su nombre, llamándole Tobías.

Cautiverio de Tobías.

Quando Salmanasar, rey de los Asirios, asoló el reino de Israel, y se llevó cautivos sus habitantes, el buen Tobías fué envuelto en la desgracia general y llevado cautivo á Ninive con su mujer y su hijo, pero su virtud era firme y sólida, el santo temor de Dios estaba profundamente impreso en su corazón, y Tobías se dejó ver en la Asiria el mismo que en Israel, y puesto en la cautividad, en nada varió el camino de la verdad. Como en Israel todos iban á los becerros de oro, en Ninive comian



todos de las viandas de los gentiles; pero Tobías como allá se guardó bien de ir á los becerros de oro, aquí se guardó bien del mismo modo de comer de las viandas paganas.

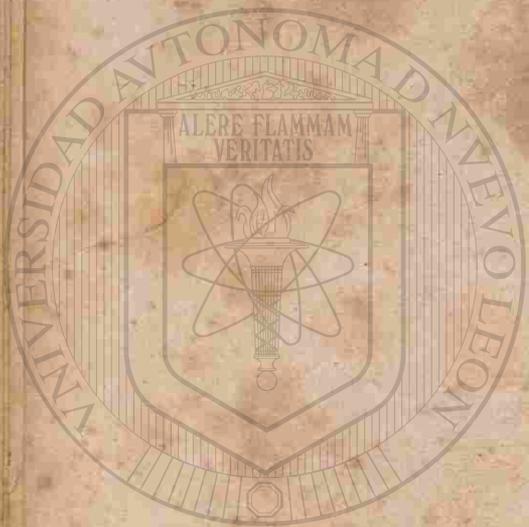
Se habia permitido á los cautivos llevar todos los bienes que habian podido librar del primer saqueo del soldado, con el designio de que pudiesen vivir y quedar vecindados para siempre en la tierra del conquistador, y Tobías llevó los que pudo, mas bien, segun se vió, para socorrer las grandes necesidades de muchos de los cautivos, que para su subsistencia.

Sus limosnas.

Todos los días, dice el sagrado texto, repartía entre sus hermanos que estaban cautivos con él, todo lo que podia, y por cuanto sirvió al Señor de todo su corazón, el Señor le concedió que hallase gracia delante del rey Salmanasar quien le dió facultad de ir adonde quisiese y libertad de hacer lo que quisiese. El texto hebreo añade que el rey le hizo como mayordomo de su casa. La inocencia, la virtud, la caridad de Tobías cautivaron al monarca, y Tobías vino á ser de algun modo en la corte de Salmanasar lo que el antiguo José en la de Faraon. Con esta licencia y facultades iba por todas partes, visitaba á los cautivos y les daba consejos saludables y socorros, segun sus facultades y la necesidad en que les hallaba.

Su empréstito á Gabelo.

Habiendo llegado á Ragés, ciudad de los Medos, sujetos ya á los reyes de Asiria, y teniendo diez talentos de plata (ochocientas y veinte libras) de aquellos regalos con que el rey le honraba, viendo en un apuro á Gabelo,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

natural de su tribu, y su pariente, practicó con él un rasgo heróico de generosidad que dió motivo á una parte de las maravillas que en adelante usó el Señor con Tobías. Dió á Gabelo toda esta gran cantidad bajo de un recibo de su mano. Habiendo muerto Salmanasar como á los seis años de la cautividad, entró á reinar su hijo Senaquerib, que en vez de la condescendencia y suavidad con que su padre habia tratado á los cautivos, el hijo no les podía ver en su presencia.

Su caridad con los muertos.

Con este cambio, Tobías perdió toda su influencia y medios de hacer grandes limosnas, pero no su compasion para con los afligidos. Iba todos los dias visitando á los de su nacion, los consolaba y repartia de sus bienes á cada uno segun sus facultades. Daba de comer á los hambrientos, vestia á los desnudos, y enterraba á los que mataban sus enemigos. Y como hubiese vuelto Senaquerib huyendo de la Judea, á causa de la muerte de su ejército, y colérico matase á muchos, Tobías seguia practicando la obra de misericordia de darles sepultura. Pero el rey lo supo, le despojó de cuanto tenia y mandó que le matasen. Entonces Tobías, huyendo con su mujer y su hijo, logró ocultarse, porque habia muchos que le amaban. A los cuarenta y cinco dias mataron á Senaquerib sus hijos, y Tobías con su familia se presentó luego en su casa y le fueron restituidos todos sus bienes. Inmediatamente volvió á continuar sus liberalidades y obras de caridad, y en este tenor de vida pasó hasta diez y seis años, en los que se dejó en paz á los cautivos.

Un día de fiesta del Señor preparó Tobías una buena comida, y dijo á su hijo: Anda y convida á algunos de nuestra tribu que sean temerosos de Dios, para que coman con nosotros. Eran estas unas comidas religiosas y caritativas, como los ágapes ó cenas de caridad de los

primeros cristianos, y hacian parte de la celebracion de sus grandes fiestas. Cumpliendo el jóven Tobías el mandato de su padre, se encontró en la plaza con uno de los hijos de Israel degollado, porque habia vuelto á encenderse la persecucion contra los cautivos. Tobías lo dijo á su padre, que se hallaba sentado ya á la mesa, quien saltando inmediatamente de su asiento y dejando á los convidados, corrió á la plaza, y cargando con el cadáver, se le trajo á su casa, le ocultó en ella y volvió á la mesa; pero fué para comer el pan con temblor y mojado en sus lágrimas, acordándose de lo que habia dicho el Señor por Amos profeta: Vuestros dias de fiesta se convertirán en lamentacion y llanto. Luego que el sol se puso, cargó Tobías con el cadáver, le llevó á un lugar secreto y le dió sepultura. Reprendíanle esto todos sus parientes, diciéndole: Ya por esta causa se mandó quitarte la vida y apenas pudiste escapar de la sentencia, ¿y vuelves á enterrar los muertos? Mas Tobías, temiendo mas á Dios que al rey, robaba los cadáveres de los que mataba la nueva persecucion, los escondia en su casa y á media noche los enterraba.

Su ceguera.

Vino una mañana á casa cansado de enterrar, y respaldándose contra una pared, se durmió. En tal estado cayó el estiércol caliente de un nido de golondrinas sobre sus ojos, y quedó ciego. Permitió el Señor que viniese sobre él esta prueba para que se diese á los venideros este ejemplo de su paciencia, como la del santo Job. Se hallaba ya Tobías en la edad de cincuenta y seis años, y desde su niñez habia sido un modelo de firmeza en el santo temor de Dios. En su patria y su destierro se le vió siempre cumpliendo la ley del Señor, sin apartarse de ella ni á la derecha ni á la izquierda. No soltó la menor queja en un trabajo tan grande, y permaneció inmóvil en el

santo temor de Dios, dándole gracias ahora como en todos los dias de su vida. En lugar de amigos molestos como Job, tuvo parientes que añadiesen á su ceguera el insulto de su virtud. ¿Dónde está, le decian, tu esperanza por la cual hacias limosnas y sepulturas? Oyó Tobías con gran sentimiento este impio discurso, y llevado de su caridad, les corrigió, diciendo: No (hermanos), no querais hablar de ese modo, porque hijos somos de los santos (patriarcas Abraham, Isaac y Jacob), y esperamos aquella vida (celestial y eterna) que Dios ha de dar á los que nunca apartan de él su confianza.

Su delicadeza de conciencia.

Si los parientes no tuvieron la dicha de aprovecharse de su correccion, tuvieron la dureza de abandonarle. Tobías pobre, ciego y desamparado, vivió desde entonces de lo poco que podia adquirir su mujer con el trabajo de sus manos. Tomó el oficio de tejedora y con él ganaba el sustento de su casa. Despues de más de tres años de esta situacion penosa, recibió la tejedora un cabrito, ó en pago de su trabajo, ó por su dinero, ó por limosna, ó en clase de gratificacion, como dice el texto griego, y le llevó vivo á su casa. Ana habia tolerado con bastante paciencia todo este tiempo un trabajo que era continuo y al que no estaba acostumbrada, pero su paciencia no era á toda prueba como la de su marido. Cuando este, sin tener antecedente, oyó balar en su casa al cabritillo, la delicadeza de su conciencia se sobresaltó, y dijo á su mujer: Mirad no sea acaso hurtado. Enviadle á sus dueños, porque no nos es licito comer cosa hurtada ni tocarla. Ana, cuyo corazon estaba ya agriado con los trabajos de tanto tiempo, perdió aquí la paciencia y se descompuso, como otra mujer de Job, para probar al pobre ciego. Claro está, le dijo irritada, que ha salido vana tu esperanza, y ahora se ve en lo que han parado tus limosnas; y con estas y otras palabras semejantes le insultaba.

Su oracion.

Aquí Tobías, penetrado del mas profundo dolor al ver que hasta su misma mujer despreciaba la virtud y heria la Providencia, gimió en su corazon y derramandó lágrimas, oró al Señor, diciendo: Justo sois, Señor, todos vuestros juicios son justos, y todos vuestros caminos son misericordia, verdad y justicia. Acordaos, Señor, de mí, y no tomeis venganza de mis pecados, ni os acordaís de mis delitos, ni de los de mis padres. Porque no obedimos vuestros mandamientos, hemos sido entregados al saqueo, á la cautividad, á la muerte, y á ser la fábula y el oprobio de las naciones, en las que nos habeis deramado. Grandes son, Señor, vuestros juicios, porque no hicimos segun vuestros preceptos, ni anduvimos con sinceridad delante de vos; y ahora, Señor, haced conmigo segun vuestra voluntad, y mandad que sea recibido en paz mi espíritu, porque mejor que vivir, me es morir (para no ver tantas ofensas contra vos).

Oracion de Sara su futura nuera.

En el mismo dia y el mismo pais, sucedió que Sara, hija de Raquel que vivia en Ragés, ciudad de los Medos, se viese ultrajada de una criada de su padre, porque habia tenido siete maridos, uno despues de otro, que llevados á casarse por la torpeza, habian sido muertos por un demonio, llamado Asmodeo ó exterminador, antes de tocar á Sara. Reprendió esta á la criada por una culpa, y la culpada en vez de recibir bien la reprension, respondió á Sara diciendo: Jamás veamos de ti hijo ni hija sobre la tierra, matadora de tus maridos. ¿Acaso quieres matarme tambien á mí, como has hecho con siete de ellos? La respuesta fué en extremo injuriosa y el senti-

miento de Sara profundo, pero dueña de sí misma esta virtuosa doncella, ni una sola palabra respondió á tan grande injuria. En silencio y afliccion se retiró al cuarto mas alto de su casa, y no comió ni bebió en tres dias y tres noches, orando y rogando á Dios, bañada en lágrimas, que la librase del improperio (que la habia echado en cara la criada, y del oprobio de no tener familia). Hasta el dia tercero no cesó en su oracion, la cual concluyó diciendo: Bendito es vuestro Nombre, Dios de nuestros padres, que aun habiéndoos enojado, haceis misericordia y que el tiempo de la tribulacion perdonais á los que os invocan. Á vos, Señor, vuelvo mi rostro y á vos dirijo mis ojos. Os pido, Señor, que me libreis de este improperio, ó mas bien que me lleveis á vos de sobre la tierra. Vos sabeis, Señor, que nunca deseé varon, y que he conservado mi alma limpia de toda concupiscencia. Jamás me he acompañado con gente licenciosa, ni tuve parte con los que se portan livianamente. Consentí en tomar marido en vuestro temor, mas no por liviandad mia, y, ó yo fui indigna de ellos, ó acaso ellos no fueron dignos de mi, porque tal vez me conservásteis para otro varon, porque no está en la potestad del hombre vuestro consejo. Mas esto tiene por cierto todo aquel que os reverencia, que si su vida se viere en prueba, será coronado, si en tribulacion, será librado, y si en correccion, le será licito venir á vuestra misericordia, porque no os complacéis en nuestra perdicion, puesto que despues de la tempestad concedéis tranquilidad, y despues de las lágrimas y el llanto infundís la alegría. Dios de Israel, bendito sea vuestro Nombre en todos los siglos.

Son oidas las oraciones de ambos, y el ángel san Rafael viene á curarlos.

En aquel tiempo fueron oidas las oraciones de ambos

(de Tobías y Sara) en la presencia de la gloria del Dios sumo, y fué enviado el ángel del Señor san Rafael para curar á los dos, cuyas oraciones fueron presentadas á un tiempo delante del Señor. Pues como Tobías creyese que habia sido oida la súplica de morir que habia hecho al Señor, llamó á su hijo Tobías y le dijo: Oye hijo las palabras de mi boca y asíentalas como cimiento en tu corazon.

Advertencia y consejos del anciano Tobías á su hijo.

Luego que Dios recibiere mi alma, entierra mi cuerpo y honra á tu madre todos los dias de su vida, porque debes acordarte cuántos y cuán grandes peligros pasó por ti llevándote en su seno; y cuando ella hubiere acabado los dias de su vida, la enterrarás junto á mí. Ten á Dios en tu entendimiento todos los dias de tu vida, y guárdate de consentir jamás en pecado y de quebrantar los mandamientos del Señor nuestro Dios. Haz limosna de tu haber, y no quieras apartar tu rostro de ningun pobre, porque así sucederá que tampoco el Señor apartará de ti su rostro. Sé misericordioso, segun pudieres; si tuvieses mucho, da con abundancia, si poco, aun de lo poco da de buena gana, pues atesoras un buen premio para el dia de la necesidad (ó de la cuenta que el Señor te pedirá), porque la limosna libra de todo pecado y de la muerte (es muy eficaz para alcanzar de Dios la conversion del pecador que libra del pecado y de la muerte eterna), y no permitirá que el alma vaya á las tinieblas (del infierno). La limosna servirá de gran confianza delante del Dios sumo á todos los que la hacen. Guárdate, hijo mio, de toda fornicacion, y fuera de tu mujer nunca consientas en nada. Jamás permitas que la soberbia reine en tu corazon ni en tus palabras, porque de ella tomó principio toda perdicion (la de los ángeles y la de los hombres). Á cualquiera que hubiere trabajado alguna

cosa para ti, dále luego su pago y no permitas que el salario del jornalero quede en tu poder (sino que le pagarás en el día que le gane). Guárdate de hacer jamás con otro lo que no quieras que otro haga contigo. Come tu pan con los hambrientos y necesitados, y con tus vestidos cubre á los desnudos. Pon tu pan y tu vino sobre la sepultura del justo (del fiel), y no comas ni bebas de ello con los pecadores (los paganos). Busca siempre consejo del hombre sábio. Alaba al Señor en todo tiempo, y pídele que enderece tus caminos y que sean de su agrado todos tus designios.

Te hago saber también, hijo mío, que cuando aun tú eras muy niño, dí yo diez talentos de plata á Gabelo que vive en Ragés, ciudad de los Medos, y tengo en mi poder el recibo firmado de su mano. Procura modo de ir allá para cobrar de él dicha cantidad y volverle su recibo. Nada temas, hijo mío. Es verdad que pasamos una vida pobre, pero tendremos muchos bienes si temiéremos á Dios, nos apartáremos de todo pecado é hiciéremos el bien.

Presentacion del ángel en traje de caminante para acompañar al jóven Tobías

Entonces respondió el jóven Tobías á su padre, y dijo: Padre, yo haré cuanto me mandais; pero en cuanto á la cobranza, no conozco á Gabelo, ni él me conoce á mí, ni tampoco he sabido jamás el camino por donde se va allá. Tengo en mi poder el recibo, dijo el padre, y en cuanto se le presentes, te pagará. Busca, pues, un hombre fiel que vaya contigo, pagándole su salario, para que hagas esta cobranza, mientras que yo vivo. Salió el hijo y luego se halló con un gallardo jóven, ceñido y preparado para caminar, y sin saber que era un ángel del Señor, le saludó diciendo: ¿De dónde nos has venido, bello jóven? De los hijos de Israel, le res-

pondió. ¿Sabes el camino que va á la region de los Medos? Le sé, y he andado muchas veces esos caminos y he estado en casa de Gabelo, nuestro hermano, que mora en Ragés, ciudad de los Medos. Aguárdame, dijo Tobías, mientras que voy á dar aviso de todo esto á mi padre. Corrió Tobías, le contó todo á su padre, y admirado este de lo que oía, le mandó que volviese adonde habia quedado el jóven y le rogase que viniese á verse con él. Vino luego, y cuando se presentó, saludó al ciego Tobías, diciendo: El gozo sea siempre contigo. ¡Qué gozo, dijo Tobías, puedo tener yo que estoy en tinieblas, y que no veo la luz del cielo! Ten buen ánimo, replicó el jóven, porque muy cerca está el que seas curado por Dios. Tobías miró este anuncio como una expresion de buen deseo hácia su persona, y pasó á tratar su asunto. ¿Podrás, le dijo, llevar mi hijo á Ragés, ciudad de los Medos, á la casa de Gabelo? Yo, dijo el jóven, le llevaré y volveré á traer acá. ¿De qué familia ó de qué tribu eres tú? le preguntó entonces Tobías; y el jóven le dijo: ¿Buscas el linaje de un conductor, ó un conductor que vaya con tu hijo? Mas para que no quedes con cuidado, yo soy Azarías, hijo del grande Ananías. De grande linaje eres tú, dijo Tobías. Mas te ruego que no tomes enojo que haya querido saber tu linaje. Yo llevaré sano á tu hijo, dijo el jóven, y le volveré á traer sano. Id con bien, dijo Tobías, y el Señor os proteja en vuestro camino, y su ángel vaya en vuestra compañía. No dejaba de haber ya buenos fundamentos para sospechar que aquel jóven era un personaje extraordinario, pero, ni Tobías, ni su familia formaron la menor sospecha. Se previno todo lo que se habia de llevar para el viaje, se despidió el jóven Tobías de su padre y de su madre, y echaron á andar el ángel y Tobías juntos.

Llanto de la madre de Tobias.

Mas luego que partieron, principió á llorar su madre y á decir á su marido : Nos has quitado el báculo de nuestra vejez y le has enviado léjos de nosotros. ¡Ojalá que nunca hubiera habido ese dinero, pues por él le has enviado ! Bastábanos nuestra pobreza, y harto ricos éramos con ver siempre á nuestro hijo ; y Tobias no solo tuvo que sufrir las reconvenciones de su mujer, sino que la consoló en vez de reprenderla, segun merecia. No llores, la dijo, salvo llegará nuestro hijo y salvo volverá á nosotros, porque creo que el ángel bueno de Dios le acompaña, que el Señor dispone bien todo lo que toca á nuestro hijo, y que volverá á nosotros con gozo. Con esto cesó la madre de llorar y calló.

Salida al viaje; un pez monstruoso quiere tragarse á Tobias.

Partió, pues, Tobias seguido del perro de su casa y acompañado de su fiel conductor. En la primera jornada llegaron á las márgenes del rio Tigris, y allí hicieron su primera mansion. Tobias quiso lavarse los piés y fueron á las márgenes del rio, cuando hé aquí que sale un disforme pez á devorarle. Despavorido Tobias al verle, gritó á su compañero : Señor, que me acomete. Cógelo por una agalla, le dijo el ángel, y tráelo hácia ti. Tobias se animó, cogió el pez por la agalla, le arrastró fuera del agua y luego le vió palpitando á sus piés. Entonces le dijo el ángel : Desentráñale y recoge el corazon, la hiel y el hígado y guárdalo ; porque estas cosas son necesarias para interesantes curativos. Asi lo ejecutó Tobias, y asando una parte de su carne para comerla al pronto, salaron las demás que pareció necesaria hasta llegar á Ragés.

Tobias deseaba saber para qué podrian servir las cosas que su compañero le habia mandado guardar, y le preguntó : Hermano Azarías, ¿para qué remedio serán buenas estas cosas del pez que me has mandado guardar? y el ángel le respondió : si pusieres sobre carbones encendidos una pequeña parte del corazon (y del hígado) del pez, su humo ahuyenta todo género de demonios, ya sea de un hombre, ya de una mujer, de manera que no se acercan mas á ellos. La hiel sirve para ungrir los ojos que tuvieren nubes y sanarán.

Ni el corazon, ni el hígado, ni la hiel del pez tenían virtud natural para ahuyentar los demonios y curar los ciegos ; pero el Omnipotente, que curó á Naaman Siro de su lepra con las aguas del Jordán y al ciego del Evangelio con el barro, y que cura á las almas con las aguas del bautismo, dió virtud al corazon, al hígado y la hiel del pez para curar á Sara y á Tobias ; y adviértase para prevenir y allanar de una vez las dificultades que ofrezca esta historia, que está llena de prodigios y singularidades fuera del órden regular y natural.

Llegada á Ragés, donde vivia Raguel, padre de Sara.

Habiendo llegado á Ragés, no la de Ecbatanes, en que vivia Gabelo, sino á otra que habia del mismo nombre en el camino, preguntó Tobias á su guía : ¿Dónde quierres, que pasemos esta noche? Hay aqui, le respondió, un hombre llamado Raguel de tu tribu y parentela, que tiene una hija llamada Sara, y no tiene otro varon ni mujer, sino ella. A ti te pertenece (segun la ley) toda su hacienda y conviene que tú la tomes por mujer, pídelo á su padre y te la dará. Tobias se asustó al oír esta propuesta, y dijo : Tengo entendido que la han dado siete maridos y que han muerto, y he oido tambien que un demonio los mató. Temo que me suceda lo mismo, y que siendo yo hijo único de mis padres, lleve con dolor su

vez al sepulcro. Entonces le dijo el ángel: Óyeme y te mostraré quiénes son aquellos contra los que puede prevalecer el demonio. Aquellos que reciben el matrimonio de tal manera que echan á Dios de sí y de su entendimiento, y se entregan á la lujuria como el caballo y el mulo que no tienen entendimiento, contra estos es contra quienes tiene potestad el demonio; mas tú, cuando la hubieses tomado por mujer, entrando en el aposento, vivirás con ella como hermano por tres días, y solo os ocuparéis en la oracion. En la primera noche quemarás el hígado (y el corazón) del pez, y será ahuyentado el demonio. En la segunda seréis admitidos en la compañía de los santos patriarcas (Abraham, Isaac y Jacob para vivir castamente con Sara, como ellos vivieron con sus mujeres). En la tercera conseguiréis la bendición de que nazcan de vosotros hijos sanos (y virtuosos), y pasada la tercera noche, recibirás la virgen en temor del Señor, llevado del deseo de tener hijos (que sirvan y alaben á Dios) para que consigas en los hijos la bendición de la descendencia de Abraham.

Recibimiento de Raguel.

Estos consejos y estas doctrinas tan propias de la pureza del ángel que las proponía, determinaron á Tobias á dirigirse á la casa de su pariente Raguel. Entraron, pues, en ella, y Raguel los recibió con caridad, y mirando á Tobias, dijo á su mujer, que también se llamaba Ana como la madre de Tobias, ¿no ves cuánto se parece este jóven á mi primo hermano Tobias? y luego les preguntó: ¿De dónde sois, jóvenes hermanos? Somos, respondieron ellos, de la tribu de Neptalí, de los cautivos de Ninive. ¿Conoceis á Tobias, mi primo hermano? Le conocemos; y hablando Raguel mucho bueno de Tobias, le dijo el ángel: Tobias, por quien preguntas, es el padre de este jóven. Al oír esto Raguel, se tiró á él, le

abrazó, le besó, y llorando de alegría, bañaba su cuello con sus lágrimas, diciendo: Bendito seas tú, hijo mio, porque eres hijo de un hombre bueno, excelente; y Ana su mujer, y Sara su hija, lloraban juntamente con su padre.

Casamiento de Tobias con Sara.

Luego mandó Raguel matar un carnero y preparar la cena; mas cuando llegó el tiempo de sentarse á la mesa, dijo Tobias: Yo no comeré hoy ni beberé en esta casa, sin que primero me prometáis darme por esposa á vuestra hija Sara. Al oírlo Raguel, se asustó, sabiendo lo que habia sucedido á aquellos siete maridos que se habian casado con ella, y temió que acaeciera á este lo mismo; estando perplejo y sin dar respuesta alguna al que la pedía, no temas dar tu hija á este, le dijo el compañero, porque á este que teme á Dios es debida por mujer, y por esto no pudo tenerla otro. Entonces dijo Raguel: No dudo que el Señor ha admitido en su presencia mis súplicas y mis lágrimas, y creo que os ha hecho venir á mí para que mi hija se junte á mi parentela, segun la ley de Moises. No se dilató este enlace dispuesto por el Cielo. Raguel tomó la mano derecha de su hija y la entregó á la mano derecha de Tobias, diciendo: El Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob sea con vosotros, os una y cumpla en vosotros su bendición. Escribieron en seguida el contrato matrimonial, se sentaron á la mesa, y el banquete que habia sido dispuesto para obsequiar á un pariente, sirvió para obsequiar á un yerno. Todos le celebraron; bendiciendo á Dios y contando cada uno las maravillas con que la mano del Señor habia preparado este santo matrimonio. Al concluir la cena mandó Raguel á Ana su mujer que preparase á su hija un aposento distinto de aquel en que habian muerto sus siete maridos, sin duda para evitarla memorias tan ter-

ribles. Así lo hizo Ana, y luego condujo á él á su hija, quien á pesar de esta precaucion, no pudo dejar de afligirse y de llorar al entrar por sus puertas. Entonces su madre la consoló diciendo, ten buen ánimo, hija mia, el Dios del cielo te colmará de consuelo por los pesares que has tenido.

Destierro del demonio que habia matado los siete maridos de Sara.

Concluida la cena, acompañaron todos á Tobias á la habitacion de Sara y se volvieron. Tenia Tobias muy presentes las prevenciones que le habia hecho su sábio conductor; iba prevenido de parte del higado y del corazon del pez, y su primera diligencia, luego que entró en ella, fué ponerlo sobre las brasas. Cuando el humo ocupó la habitacion, el ángel san Rafael asió al demonio y trasportándole á muchas leguas de distancia, le ató en el desierto del Egipto superior, donde solo se encuentran arenales interminables, sierras escarpadas y riscos inaccesibles, donde no habia persona humana á quien tentar, ni hacer daño, donde solo viven el caiman, el cocodrilo, la serpiente y otros animales semejantes, y donde estuvo aprisionado este Asmodeo segun el anuncio del ángel, á lo menos todo el tiempo qui vivieron Tobias y su mujer Sara. No se ha de entender que el ángel aprisionó y ató al diablo como aprisiona y ata un hombre á otro, sino que le privó de órden de Dios del permiso que tenia de tentar, matar y exterminar, y fijó su existencia á la soledad del desierto mas solitario. Libre la habitacion del demonio exterminador, dijo Tobias á Sara, hagamos á Dios oracion esta noche, la de mañana y la de despues de mañana. En estas tres noches pedirémos á Dios (que nos asista y bendiga nuestro matrimonio) y despues vivirémos en compañía, porque hijos somos de santos, y no podemos vivir en compañía como los gen-

tiles que no conocen á Dios. ¡ Buena leccion para muchos cristianos que se casan y viven en el matrimonio como paganos! Señor, Dios de nuestros padres, dijo entonces Tobias, Bendigaos los cielos, la tierra, el mar, las fuentes, los rios y todas las criaturas que hay en ellos. Vos formásteis á Adan del barro, y le disteis á Eva en ayuda. Vos sabeis que tomo á esta mi parienta por mujer, no por causa de lujuria, sino por solo deseo de tener hijos que bendigan vuestro Nombre en los siglos de los siglos. Tened misericordia de nosotros, Señor, decia tambien Sara, tened misericordia de nosotros, y envejecamos ambos igualmente sanos (en el cuerpo y en el alma).

Raguel, que habia dicho que no dudaba que el Señor habia admitido su peticion de librar á su casa del demonio exterminador, no las tenia todas consigo, y por si acaso habia alguna novedad con Tobias, mandó llamar á los criados cerca del canto de los gallos, y fué con ellos á abrir una sepultura, porque decia: No sea que le haya sucedido lo mismo que á los otros siete maridos. Abierto el hoyo, volvió Raguel á su casa y dijo á su mujer: Envía una criada á ver si ha muerto Tobias para enterrarle antes que aclare el día. Ana envió una de sus criadas y los halló sanos y durmiendo, y vuelta, dió la buena noticia, y Raguel y Ana trasportados de gozo alabaron á Dios y dijeron: Os bendecimos, Señor, Dios de Israel, porque no ha sucedido como temíamos, sino que habeis hecho con nosotros misericordia, echando de nosotros el enemigo que nos perseguia, y os habeis apiadado de estos unigénitos (Tobias y Sara). Haced, Señor, que ellos os bendigan mas y mas, y que os ofrezcan el sacrificio de vuestra alabanza y su salud, para que conozca la multitud de todas las gentes que vos solo sois Dios en toda la tierra.

Mandó luego Raguel á sus criados que llenasen de tierra el hoyo que habian hecho antes que amaneciese, y dijo á su mujer que preparase todo lo necesario para los que habian de continuar el viaje á Ragés de Echa-

tanés. Hizo tambien matar dos vacas gordas y cuatro carneros, y que se dispusiese un banquete para todos sus amigos y vecinos, y este se celebró con la abundancia correspondiente á la multitud de los convidados, y con el santo regocijo que pedia esta funcion célebre. El ángel asistió á ella disfrazado como siempre, y en su presencia ofreció Raguel á Tobías la mitad de sus bienes como dote de su hija, y le hizo una escritura de que la otra mitad pasaria á su dominio despues de su muerte y la de su mujer. Conjuró tambien Raguel á Tobías para que se detuviese con él dos semanas, y esto puso en un apuro á Tobías, porque si debía mucho á Raguel que le obligaba á condescender, debía mas á sus padres que le obligaban á volverse para no ponerles en un cuidado que les costase la vida. Por otra parte era preciso ir á Ragés, que distaba jornada y media, para cobrar el dinero de Gabelo, que era el motivo de su viaje. Mas para remediar esto, encontró Tobías un arbitrio en el mediador de todos sus males, que era su amable conductor, á quien siempre tenia por un hombre. Hermano Azarias, le dijo, te ruego que escuches mis palabras. Confieso que aun cuando me entregara á ti por esclavo, no te pagaria, como debo, tu cuidado; sin embargo te suplico tomes bestias y criados y vayas á Gabelo, cobres el dinero, le vuelvas el recibo y le ruegues que venga á mis bodas. Tú sabes que esta mi padre contando los dias, y si tardare uno mas, se contristarà su alma. Tambien ves en qué manera me ha conjurado Raguel, cuyo juramento no puedo tener en poco.

Viaje del ángel á Ragés y cobranza de la deuda de Gabelo.

Entonces tomando el ángel cuatro criados y dos camellos de Raguel, se encaminó á Ragés, ciudad de los Medos, y hallando á Gabelo, le volvió su recibo y cobró todo el dinero. Le contó cuanto habia pasado con Tobías

el hijo de Tobías, y le hizo venir con él á las bodas, que aun duraban, cuando llegaron á la casa de Raguel. En ella hallaron á Tobías sentado á la mesa. El encuentro de Gabelo con el hijo de su bienhechor fué tierno. Saltando prontamente Tobías de la mesa, se abrazaron y besaron mutuamente, y llorando Gabelo, bendijo á Dios, y luego á Tobías diciendo: Bendígate el Dios de Israel porque eres hijo de un hombre muy bueno, justo, temeroso de Dios y que hace limosnas. Esta bendicion venga tambien sobre tu esposa y los padres de ambos, y veais vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos hasta la tercera y cuarta generacion. Sea vuestra descendencia bendita del Dios de Israel, que reina en los siglos de los siglos; y todos respondieron: Amen. Concluido este acto tierno y religioso, continuaron hasta su fin el banquete aumentado con los recién llegados, y advierte el historiador sagrado, que este banquete se celebraba en el temor del Señor. ¡Ojalá que en las bodas de los cristianos que deben ser mas espirituales, reinase el mismo temor!

Angustia de los padres de Tobías porque no vuela su hijo.

Mas como el jóven Tobías tardase en volver por motivo de la boda, entró en cuidado su padre, y hablando, por decirlo así, con su oscuridad, decia: ¡Quién sabe porqué tarda mi hijo, ó porqué se ha detenido allá! ¿Si acaso habrá muerto Gabelo y no habrá quien le vuelva el dinero? y comenzó á entristecerse mucho y con él su mujer Ana, y lloraban ambos á un tiempo porque su hijo no volvia el dia señalado. Sobre todo su madre lloraba con lágrimas irremediables, y decia: ¡Ay! ¡ay de mi! hijo mio. ¿Porqué te hemos enviado, lumbré de nuestros ojos, báculo de nuestra vida y esperanza de nuestra posteridad, como si fueras un peregrino? Teniendo en ti solo todas las cosas juntas, no debiamos haberte de-

jado ir de nosotros. Tobías siempre el mismo, luego que pagó su justa deuda á la sensibilidad paternal, no solo se resignó en la divina voluntad para todo evento, sino que pasó á consolar á su mujer con el modo y las razones mas prudentes : calla, la decia, y no te acongojes. Sano está nuestro hijo. Harto fiel es aquel varon con quien le enviámos ; mas ella con nada podia consolarse. Salia todos los dias de Ninive, miraba por todas partes y daba vuelta por todos los caminos por donde podria volver su hijo para ver si le descubria.

Salida de Tobías de Ragés con Sara, su familia y bienes.

Á este tiempo el jóven Tobías instaba en Ragés por la vuelta á sus padres; pero Raguel, su tio y suegro, le detenia diciendo : Estáte aqui, y yo enviaré un mensajero á tu padre con noticia de tu salud. Yo sé, le respondió Tobías, que mi padre y mi madre estan ahora contando los dias, y que sus espiritus estan atormentándose ; y como no cediese á las muchas instancias que le hacia su suegro, este le entregó á Sara y la mitad de su hacienda en siervos y siervas, en ganados, camellos y vacas, y en una gran cantidad de dinero, y abrazándole, le dejó ir sano y contento, diciéndole al separarse : El santo ángel del Señor sea en vuestro camino, y os conduzca sanos, y halleis todas las cosas con bien en casa de tus padres, y vean mis ojos antes de morir á vuestros hijos ; y tomando Raguel y Ana á su hija, la abrazaron y besaron, y al desprenderse de ella, la encargaron : que honrase á sus suegros ; que amase á su marido ; que dirigiese su familia ; que gobernase su casa, y que se portase de modo que no la reprendiese su conciencia.

Llegada de Tobías á Ninive.



Con esto se concluyó la despedida, y salieron de Ragés para Nive Tobías, su conductor, Sara y sus criados y criadas con todos sus ganados y sus bienes, y llegaron aquel día á Charan, ciudad situada en el camino de Nive, Aquí dijo el ángel á Tobías : Sabes el estado en que dejaste á tu padre. Si te parece, adelantémonos, y vengán siguiéndonos poco á poco tu mujer, los criados y las bestias; y habiendo agradado á Tobías la propuesta, le dijo el ángel : Toma contigo de la hiel del pez, porque será necesaria. Tobías la tomó y luego se adelantaron. Yendo en su camino, dijo el ángel á Tobías : Cuando entrases en tu casa, adora al Señor, tu Dios, dándole gracias. Unta luego los ojos de tu padre con la hiel del pez que traes contigo y se abrirán, y verá tu padre la luz del cielo y se alegrará con su vista. La madre de Tobías continuaba cada vez mas inconsolable porque no venia su hijo, é iba todos los días á sentarse sobre la cima de un monte que habia en el camino por donde debia venir y desde el cual podia alcanzar á ver lo que venia de léjos.

Llegó por fin el dichoso dia en que mirando desde aquella altura, alcanzó á ver á lo léjos dos hombres que venian con paso ligero á la ciudad y luego conoció á su querido hijo. Transportada de gozo, corrió á la ciudad y entrando en su casa, casi sin aliento, solo pudo decir á su marido : Ya viene nuestro hijo. Casi al mismo tiempo llegó corriendo el perro que habia ido con Tobías, y como mensajero de una noticia de grande alegría saltaba al rededor de Tobías y le hacia mil halagos con la cola. El tierno padre, enajenado de gozo, se olvidó que estaba ciego, y comenzó á correr, pero tropezaba en todas partes, hasta que un criado le tomó por la mano y le llevó á su hijo que ya llegaba. Le esperaban padre y madre

con los brazos abiertos, le estrecharon en ellos, y querían, como suele decirse, comérsele á besos. Todos lloraban de gozo, y esta tiernísima escena habria durado mucho tiempo si su religion y el encargo hecho por el ángel al jóven Tobías no hubiera pedido el cumplimiento de otro deber mas sagrado. Este era adorar al Señor y darle tantas gracias, cuantas pudiesen darle sus corazones en extremo agradecidos.

Curativa de la ceguera del anciano Tobías.

Así lo hicieron adorando al Señor y dándole gracias, postrados en su divina presencia. Cumplido este primer deber, se sentaron, y luego sacó Tobías de la hiel del pez, y según el mandato del ángel, ungió con ella los ojos de su padre. Se esperó el efecto de esta uncion hasta casi media hora que principiaron á salir las nubes de los ojos como telillas de huevo, las que acabó de sacar suavemente el jóven Tobías, quedando los ojos de su padre, como curados por la mano del Señor, mas bellos que nunca. Lo primero que se presentó á su vista fué su querido hijo, pero lo primero adonde dirigió sus miradas fué á su Dios, diciendo: Bendigoos, Señor Dios de Israel, porque vos me heristeis y vos me habeis sanado, y vuelvo á ver á mi hijo; y daban en aquel dia gloria á Dios, no solo Tobías, su mujer y su hijo, sino la multitud de parientes, amigos y conocidos que acudían en tropel á ser testigos de esta maravilla.

Llegada de Sara y su séquito.

Aun debía tardar algun tiempo en llegar la esposa de Tobías con todo su séquito, y con él contó este á sus padres todos los beneficios que Dios le habia hecho por medio de aquel hombre que le habia acompañado. Les dijo: que le habia librado de que le tragase un pez monstruoso: que le habia proporcionado para esposa á su vir-

tiosa Sara: que habia librado la casa de Raguel, padre de su esposa, del demonio Asmodeo que mataba los maridos de su hija: que habia sido el principal, el todo, para su feliz matrimonio: que habia ido á cobrar la deuda de Gabelo, excusándole este viaje; y en fin que la casta y virtuosa esposa, que luego verian, y la pingüe herencia que les habia entregado su padre, todo lo debia á ese hombre incomparable que habia ido con él de guía y compañero. Esta relacion debió ser muy circunstanciada, muy interrumpida con acciones continuas de gracias, fervorosas alabanzas y bendiciones á Dios y con muchas lágrimas de reconocimiento y de gozo.

Por fin llegaron á los siete dias sanos y en el mejor estado Sara y toda la familia con los camellos y demás ganados y con las bestias cargadas de la gran cantidad de dinero que habia dado á Sara su padre, y las ochocientas y veinte libras de plata que se habian cobrado de Gabelo. El recibimiento de Sara fué cual correspondia á una esposa que Dios habia dado á su hijo. Ella encontró en Nínive unos segundos padres que la trataron con tanto cariño como los que habia dejado en Ragés, y si no se intentó que olvidase á estos, se procuró que en nada echase menos su ternura. Á su arriba se celebró un festin por siete dias, al que concurrieron Aquior y Nabat, sobrinos del anciano, y primos hermanos del jóven Tobías, y todos los parientes y amigos á gozarse y congratularse por todos los beneficios que Dios les habia hecho, alegrándose todos con grande gozo. El festin fué un banquete de religion, de admiracion de la gran bondad del Señor y de accion de gracias; y los pobres tuvieron una buena parte en este convite, como la habian tenido siempre en todos los del limosnero Tobías. El conductor de su hijo habia sido en este convite el primer personaje como en todo lo demás que habia ocurrido, pero estaba concluido su encargo mucho mas allá de lo que se pidió de él y de lo que se podia imaginar, y era tiempo de premiarle.

Entonces llamó el anciano Tobías aparte á su hijo y le dijo : ¿Qué podremos dar á este varon santo que ha (ido y) venido contigo? Pero si el padre no sabia cómo recompensarle, menos lo sabia el hijo, y así respondió á su padre, ¿qué salario le daremos? ¿ó qué podrá corresponder á sus beneficios? Él me ha llevado y traído sano; él cobró el dinero de Gabelo; él me ha hecho tener mujer, y él arrojó de su casa al demonio, causó grande alegría á sus padres, á mí me libró de que me tragase un pez, á vos, padre mio, ha hecho que veais la luz del cielo, y por medio de él hemos sido llenos de todos los bienes, ¿qué podremos darle que sea digno de estos beneficios? Mas ruégoo, padre mio, que veais si se digna de aceptar la mitad de todo lo que se ha traído; y llamándole, se retiraron con él y principiaron á rogarle, que se dignase de aceptar la mitad de todo lo que habian traído.

Manifestacion y ausencia del santo ángel.

Entonces el misterioso conductor les dijo en secreto : Bendecid al Dios del cielo y alabadle delante de todos los vivientes, porque ha usado con vosotros de su misericordia; porque bueno es esconder el secreto del rey, pero revelar y confesar las maravillas de Dios es honorífico. Buena es la oracion con el ayuno; y la limosna es mejor que esconder los tesoros de oro, porque la limosna libra de la muerte (en el modo que ya se ha dicho), purga de los pecados y hace hallar misericordia y vida eterna; mas los que cometen pecado é iniquidad, enemigos son de su alma. Os manifesto, pues, una verdad y no os esconderé una cosa oculta. Cuando tú (el anciano Tobías) orabas con lágrimas; y enterrabas los muertos, y dejabas la comida y escondias de día los muertos en tu casa y de noche los enterrabas, yo presenté tu oracion al Señor y porque eras acepto á Dios fué necesario que la tentación te probase. El Señor me envió para curarte, y librar

del demonio á Sara, mujer de tu hijo, porque yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que estamos delante del Señor... Cuando padre é hijo oyeron esto, asombrados y sobrecogidos de temor, cayeron temblando en tierra sobre sus rostros. La paz sea con vosotros, les dijo el ángel. No temais, porque cuando estaba con vosotros, por voluntad de Dios era. Bendecidle y cantad sus alabanzas. Parecia á la verdad que comia y bebia con vosotros, pero yo uso de una comida invisible y de una bebida que no puede ser vista de los hombres. Es ya tiempo de volverme á aquel que me envió, mas vosotros bendecid á Dios y contad todas sus maravillas, y dicho esto, desapareció y no volvieron á verle ya mas. Quedaron padre é hijo postrados sobre sus rostros, y permanecieron así por tres horas alabando á Dios. Se levantaron despues de una accion de gracias tan fervorosa y cumplida, y publicaron todas sus maravillas.

Cántico del anciano Tobías.

Y bendijo al Señor Tobías diciendo :
Grande sois, Señor, eternamente, y vuestro reino es por todos los siglos.
Castigais y salvais, llevais á las puertas del abismo y apartais de ellas, y no hay quien pueda huir de vuestra mano.
Benedicid al Señor, hijos de Israel, y alabadle delante de todas las gentes, pues por eso os ha esparcido entre los gentiles que no le conocen, para que conteis sus maravillas y les hagais saber que no hay Dios omnipotente, sino el Señor.
Él nos ha castigado por nuestras iniquidades, y él nos salvará por su misericordia. Mirad lo que ha hecho con nosotros, alabadle con temor y con temblor y ensalza al Rey de los siglos en vuestras obras.

Yo en mi cautividad le confesaré, porque ha ostentado su misericordia con una gente pecadora.

Convertíos, pues, pecadores, y haced lo justo delante de Dios, esperando con fe que usará con vosotros de misericordia, pues yo y mi alma en él nos alegramos.

Benedicid al Señor todos sus escogidos. Celebrad días de alegría y alabadle.

Hasta aquí este hermoso cántico es una acción de gracias á la que Tobías convida á todos los hijos de Israel. Lo demás es una profecía de la Iglesia y de Jesucristo bajo el nombre de Jerusalen. Unas veces habla de la Jerusalen terrena, otras de la celestial y otras de ambas, significando en la primera á la segunda.

Jerusalen ciudad de Dios, continuó, te castigó el Señor en las obras de tus manos.

Confiesa al Señor en tus bienes, y bendice al Dios de los siglos para que reedifique en ti su tabernáculo, vuelva á ti todos los cautivos y te alegres en todos los siglos de los siglos.

Con luz resplandeciente resplandecerás, y todos los términos de la tierra te adorarán.

De lejos vendrán á ti las naciones, y trayendo dones, adorarán en ti al Señor y tendrán tu tierra en santificación, porque en ti invocarán el grande Nombre (del Señor).

Malditos serán los que te despreciaren, condenados todos los que te blasfemaren, y benditos los que te edificaren.

Tú, pues, te alegrarás en tus hijos, porque todos serán bendecidos y agregados al Señor.

Bienaventurados todos los que te aman y los que se alegran sobre tu paz.

Alma mia, bendice al Señor, porque el Señor, nuestro Dios libró á Jerusalen, su ciudad, de todas sus tribulaciones.

Bienaventurado seré si hubiere reliquias de mi descendencia para ver la claridad de Jerusalen.

De zafiro y de esmeraldas serán edificadas las puertas de Jerusalen, y de piedras preciosas todo el recinto de sus muros.

De piedras blancas y limpias serán enlosadas todas sus calles, y por sus barrios se cantará el aleluya.

Bendito el Señor, que la ha ensalzado. Sea su reino en ella por los siglos de los siglos.

Amen.

Aquí acabó Tobías su cántico profético, y la pintura que hace de la Jerusalen celestial al concluirle, es la misma, aunque mas abreviada, que la que hizo san Juan en su *Apocalipsis* ochocientos años despues.

Profecias de Tobías y encargos á su hijo y nietos á la hora de su muerte.

Tobías perdió la vista, siendo de cincuenta y seis años, estuvo cuatro ciego, la recobró de sesenta y vivió despues cuarenta y dos, que pasó en gozo y caminó en paz con buen aprovechamiento en el temor de Dios, y vió los hijos de su hijo y los hijos de sus nietos. A la hora de su muerte llamó á su hijo Tobías, y á los siete jóvenes, hijos de este, sus nietos, y les dijo: Cercana estará la ruina de Ninive, porque (ha vuelto á sus crímenes y) no cae la palabra del Señor. Nuestros hermanos que estan (ya unos y estarán entonces los demás) dispersos fuera de la tierra de Israel, volverán á ella y todo su territorio desierto será repoblado, y la casa de Dios, que habrá sido quemada, será de nuevo reedificada y volverán allá todos los que temen á Dios. Los gentiles dejarán sus ídolos y vendrán á (la nueva) Jerusalen y habitarán en ella, y se gozarán en ella todos los reyes de la tierra adorando al Rey de Israel (bajado del cielo). Oid, pues, hijos míos, á vuestro padre. Servid al Señor en verdad, y buscad hacer lo que le es agradable. Encargad á vuestros hijos que hagan obras justas y limosnas, y que se

acuerden de Dios y, le bendigan en todo tiempo en verdad y con toda su fuerza. No queráis, hijos míos, quedaros aquí, sino que el día que hubiéreis enterrado á vuestra madre junto á mí en mi sepulcro, desde ese mismo encaminaréis todos vuestros pasos á salir de aquí, porque estoy viendo que la iniquidad de esta ciudad acabará con ella.

Muerte de Tobías el mayor.

Estas fueron sus últimas palabras, y á poco entregó su espíritu en las manos de su Criador, y terminó una vida de ciento y dos años, llena de virtudes y de méritos con una muerte semejante á la de los grandes patriarcas Abraham, Isaac y Jacob. Su esposa Ana, ya casi centenaria, le siguió muy luego, y uno y otro fueron enterados honoríficamente en Nínive en un mismo sepulcro.

Salida de Tobías el menor de Nínive y vuelta á Ragés.

Tobías el menor despues de la muerte de su madre salió de Nínive con su mujer, sus hijos y los hijos de sus hijos, y se fué á juntar en Ragés con sus suegros, á los que encontró en buena salud y en una dichosa ancianidad. Estos tuvieron el indecible consuelo de volver á abrazar á su amado Tobías y besar á su querida Sara, á sus nietos y á los hijos de sus nietos. Parece que el Señor habia conservado al padre y á la madre de una hija tan querida para que fuese el consuelo de su vejez. Aun vivieron algunos años estos venerables ancianos, y Tobías y Sara y sus hijos y nietos los cuidaron con un esmero filial, y al morir rodearon su lecho y cerraron los ojos de sus amables abuelos.

Muerte de Tobías el menor.

No se dice de qué tiempo murió Sara, pero Tobías, su esposo, tuvo en sus brazos al hijo de su cuarto nieto, y contó antes de morir hasta la quinta generacion. Tobías constante siempre en el amor y temor del Señor, y en el cumplimiento de sus santísimas leyes, digno por su inocencia y sus virtudes de tener por padre á Tobías el mayor, por conductor á un ángel de Dios, y por esposa á la virtuosa y casta Sara, murió á los noventa y nueve años de su edad, rodeado de su numerosa posteridad en la ciudad de Ragés, donde fué enterrado con la magnificencia que correspondia á las virtudes del padre y al reconocimiento de los hijos.

Bendita posteridad de los santos Tobías.

Las muertes de los dos ilustres Tobías fueron como los sellos de la piedad y virtudes que habian imprimido en los corazones de sus descendientes. Sus grandes ejemplos habian hecho en ellos hondas impresiones, y sus virtudes les habian merecido una proteccion del Cielo muy singular. Recogieron los hijos las lecciones de piedad y religion de sus padres con mas cuidado que sus bienes temporales, y se vió reinar en ellos la religion, la piedad, la misericordia y aquel conjunto de virtudes que les hizo una generacion bendita y amable á Dios y á los hombres, Toda su parentela, concluye el sagrado libro de Tobías, y toda su descendencia perseveró en buena vida y en santas obras, de tal manera, que fueron aceptos á Dios, y á los hombres y á cuantos habitaban en la tierra.

HISTORIA DE JUDIT.

Á la historia de Tobías sigue en el catálogo de los Libros santos la de Judit, igualmente prodigiosa é interesante; mas para proceder con órden y claridad es necesario principiarla por los hechos que la motivaron. El rey de los Medos Arfaxad, á quien la historia profana llama Dejóces, habia sujetado á su imperio muchas gentes y edificado una ciudad fuertisima, á la que llamó Ecbatanes. Fijó en ella su corte, y como rey poderoso, se gloriaba en la fortaleza de su ciudad, la fuerza de su ejército y la multitud de sus carros armados. El año doce de su reinado fué á sitiar á la gran ciudad de Nínive, y Nabucodonosor, rey de los Asirios, que reinaba en ella, salió á contenerle. En el gran campo de Ragau, entre los ríos Tigris y Eufrátés, se encontraron los dos ejércitos con sus monarcas al frente. Allí se dió la batalla, que fué terrible. Nabucodonosor venció á Arfaxad, le persiguió, le alcanzó, le quitó la vida y se apoderó de sus ciudades hasta de la famosa Ecbatanes. Entonces se hizo muy fuerte el reino de Nabucodonosor, y el corazon de este monarca se ensoberbeció, y envió á todos los que moraban en Cilicia, en Damasco y en el Libano, y á las gentes que estaban en el Carmelo y en Cedar, y á los pobladores de la Galilea en el gran campo de Esdreon, y á todos los que estaban en las tierras de Samaria y á la otra parte del Jordán y á toda la tierra de Jesé hasta llegar á los términos de la Etiopia... Á todos estos envió embajadores para que todos reconociesen su soberanía y obedeciesen sus órdenes, pero todas estas gentes se resistieron unánimemente y los echaron de sí con desprecio.

Soberbio proyecto de Nabucodonosor, rey de Asiria.

Indignado Nabucodonosor contra toda aquella tierra, juró por su trono que se vengaría de todas estas regiones, y el año trece de su reinado tuvo un gran consejo, compuesto de todos los ancianos y de todos los capitanes y guerreros; y manifestándoles el secreto de sus pensamientos, les dijo: que su intencion era sujetar á su imperio toda la tierra.

Sale á ejecutarle su general Holofernes.

Pareció bien á todos su proyecto, y luego llamó Nabucodonosor á Holofernes, segundo despues del rey y general de sus tropas, y le dijo: Sal contra todos los reinos del occidente, y principalmente contra los que despreciaron mi mandato. No perdonará tu ojo á ningun reino, y sujetarás á mi imperio todas las ciudades fuertes. En vista de esta órden Holofernes convocó á los capitanes y oficiales del ejército y contó para la expedicion ciento y veinte mil combatientes de á pié y doce mil sacteros de á caballo. Hizo que fuesen delante del ejército los bagajes y provisiones, que se componian de una multitud de camellos cargados con provisiones copiosas para todo el ejército, y en seguida ganados vacunos y rebaños de ovejas que no tenian número. Mandó tambien que se hiciesen acopios de trigo por toda la Siria para quando él pasase. Tomó del tesoro del rey oro y plata en muy mucha cantidad, y se puso en camino él y todo el ejército, los bagajes, los carros armados y la gente de á pié y de á caballo, una multitud que cubria la superficie de la tierra como una nube de langostas.

Se apodera de los pueblos y los reinos.

Habiendo pasado los confines de la Asiria, llegó á los altos montes de Ange á la izquierda de la Cilicia, subió á todos sus castillos y se apoderó de todas las plazas fuertes. Arrasó la famosísima ciudad de Meloti. Saqueó á todos los hijos de Tarsis, y á todos los hijos de Ismael, que habitaban en frente del desierto, al mediodía de la tierra de Cellon. Pasó el Eufrates y vino á la Mesopotamia. Destruyó todas las ciudades fuertes que habia desde el torrente de Mambre hasta el mar, se hizo dueño de todos los terminos; se llevó todos los hijos de Madian, robó todas sus riquezas y pasó á filo de espada á cuantos le resistian. Bajó á las campiñas de Damasco en el tiempo de la siega, puso fuego á todos sus sembrados, cortó todos los árboles, destruyó todas las viñas y el terror de Holofernes cayó sobre todos los habitantes de la tierra.

Entonces todos los reyes y todos los príncipes de todas las ciudades y provincias de la Siria, de Mesopotamia, de la Siria de Sobal, de la Libia, y de la Cilicia enviaron embajadores que, presentándose á Holofernes, le dijeron: Cese tu indignacion para con nosotros, porque mejor es que, viviendo, seamos siervos del gran rey Nabucodonosor y que nos sometamos á ti, que morir, y con nuestra ruina padecer (nuestras familias) los males de la esclavitud. Todas nuestras ciudades y todas nuestras posesiones, todos nuestros callados y todos nuestros valles, todas nuestras vacadas y todos nuestros rebaños de ovejas y de cabras, todos nuestros camellos y todos nuestros caballos, todas nuestras facultades y todas nuestras familias estan á tu disposicion. Nosotros y nuestros hijos siervos tuyos somos. Ven á nosotros como señor pacífico y empléanos en tu servicio como mejor te parezca. Holofernes se apoderó de todas las ciudades y de todos los habitantes de aquellos reinos y provincias, y fué

tan grande el espanto que cayó sobre todos, que los mas principales de todas las ciudades salian con los pueblos á encontrarle y recibirle con coronas y luces, formando danzas y tocando tambores y flautas. Mas aunque hacian todo esto, no pudieron amansar la ferocidad de Holofernes. Destruyó sus ciudades y tambien taló los bosques de sus dioses, porque Nabucodonosor le habia prevenido que exterminase todos los dioses de las tierras que sujetase á su imperio, para que él solo fuese tenido por dios y adorado por aquellas naciones. Pasó Holofernes de la Siria de Sobal por toda la Apamea y por toda la Mesopotamia y llegó á los Idumeos y hasta la tierra de Gabaa, habiendo tomado al paso todas las ciudades de aquellas naciones, y en la tierra de Gabaa se detuvo para reunir su ejército. Allí estuvo treinta dias dando descanso á sus tropas y amenazando á la Judea y á todas las tierras que aun no habia destruido.

Temen mucho los hijos de Israel al acercársele.

Los hijos de Judá y las reliquias de las diez tribus de Israel temieron mucho al verle tan cerca y se llenaron de horror al saber que destruia las ciudades y demolia los templos juntamente con los ídolos para que no se adorase otro dios que á Nabucodonosor, porque vieron en esto, que él haria lo mismo con Jerusalem y el templo del Señor. El sumo sacerdote Eliacin, que tambien se llamaba Joacin, dió aviso del peligro á toda la frontera de Samaria hasta Jericó, y luego ocuparon todas las cumbres de les montes, errecaron de muros sus cuarteles y juntaron granos, apercebiéndose para la guerra. Asimismo escribió á todos los que estaban hácia Esdrelon cerca de Dotain y á todos los que habia al paso del camino que podia traer Holofernes, para que ocupasen las subidas de los montes por donde se podia ir á Jerusalem y guardasen los estrechos, y lo hicieron conforme lo

ordenaba Eliacin, sacerdote del Señor. Todo esto era muy bueno, pero muy poco para detener un ejército tan poderoso como el de Holofernes.

Buscan en el Señor su defensa.

Así lo conocían los hijos de Israel y en su peligro buscaron en el Señor su defensa. Clamó, pues, á Dios todo el pueblo con gran fervor. Hombres y mujeres humillaron sus almas con oraciones y ayunos, postraron en tierra sus tiernecitos hijos, mirando al templo del Señor. ¡Espectáculo digno de la compasión del Cielo! Se vistieron los sacerdotes de cilicios, cubrieron también con ellos el altar del Señor, y todos á una clamaron al cielo bañados en lágrimas suplicando que no fuesen dados en presa sus hijos, ni sus mujeres en división, ni sus ciudades en asolamiento, ni su santuario en profanación, ni viniesen á ser un oprobio de las gentes. Al mismo tiempo el sumo sacerdote Eliacin daba vuelta á todo Judá é Israel diciendo: Sed constantes en vuestras oraciones y ayunos, y si perseverais, el Señor os oirá. Acordaos de Moises, siervo del Señor. No peleando con la espada, sino con la oración, venció á Amalec... así serán vuestros enemigos, si perseverais en la obra que habeis comenzado. Con estas exhortaciones del sumo sacerdote perseveraban orando en la presencia del Señor, y hasta los que ofrecían holocaustos, presentaban sus sacrificios vestidos de cilicios y cubiertas sus cabezas de ceniza, y todos rogaban á Dios de todo su corazón que visitase á su pueblo y le salvase.

Se enfurece Holofernes contra ellos.

Supo Holofernes que los hijos de Israel se preparaban para resistir y habían cerrado los pasos de los mon-

tes, y lleno de cólera y furor llamó á todos los príncipes de Moab y capitanes de Amon, que como vecinos de Israel, debían conocer muy bien á este pueblo singular, y les dijo: ¿Qué pueblo es ese que ha cerrado las montañas? ¿De qué número consta? ¿Cuántas y cuáles son sus ciudades? ¿Qué ejército tiene? ¿Quién es el rey que le manda? ¿Y porqué entre todos los pueblos del oriente este nos ha despreciado y no ha salido á nuestro encuentro para recibirnos de paz?

Notable relacion de Aquior, jefe de los Amonitas.

Entonces Aquior, jefe de todos los hijos de Amon, respondió, diciendo: Si te dignas de escuchar, señor mio, diré en tu presencia la verdad acerca de ese pueblo que mora en las montañas, y no saldrá palabra falsa de mi boca. Ese pueblo es del linaje de los Caldeos. Habitó primero en la Mesopotamia, pero no quiso seguir las ceremonias de sus padres que consistían en multitud de dioses, y adoraron solo al Dios del cielo, que les mandó salir de allí y morar en Caran; y como hubiese cubierto el hambre toda la tierra, descendieron á Egipto, y allí en el espacio de cuatrocientos (doseientos) años se multiplicaron de manera que su número no podía contarse, y habiéndolos agravado el rey de Egipto sujetándolos á trabajar en barro y ladrillo para la edificación de sus ciudades, clamaron á su Señor, que hirió toda la tierra de Egipto con varias plagas. Entonces les echaron de sí los Egipcios, pero cesando con esto las plagas, quisieron cautivarlos de nuevo y volverlos á sujetar á su servicio, mas huyendo ellos, el Dios del cielo les abrió el mar Rojo, quedando de uno y otro lado sólidas las aguas como un muro, y ellos caminaron á pié enjuto por el fondo del mar, y persiguiéndoles por el mismo camino un ejército innumerable de Egipcios, fué anegado en las aguas, de modo que no quedó uno solo que contase el

suceso á los venideros. Luego que salieron del mar, ocuparon los desiertos del monte Sinai, en los que ninguno pudo nunca habitar, ni jamás reposó hijo de hombre. Allí las aguas se les endulzaron para beber, y por espacio de cuarenta años consiguieron alimento del cielo. Donde quiera que entraron, sin arco ni saeta, sin escudo ni espada, peleó su Dios por ellos y venció. Nunca hubo quien insultase á este pueblo, sino cuando él se apartaba de su Dios y Señor. Todas las veces que adoraron á otro que á su Dios, fueron entregados á la presa, y á la espada, y al oprobio; mas cuantas veces se arrepintieron, el Dios del cielo les dió fuerzas para resistir. Echaron por tierra al rey Cananeo, al Jebuseo, al Fereceo, al Heteo, al Hebeo, al Amorreo, á todos los poderosos de Hesebon y se apoderaron de sus tierras y ciudades. Mientras no pecaban, les iba bien, porque su Dios aborrece la iniquidad; y aun hace pocos años que habiéndose desviado del camino que Dios les habia señalado para que anduyesen en él, fueron deshechos en batallas por muchas naciones, y muchos de ellos fueron llevados cautivos á tierra no suya; y por fin habiéndose convertido recientemente al Señor, su Dios, se han reunido de los lugares en que estaban dispersos y han subido á todas estas montañas y tienen abierto paso otra vez á Jerusalem, donde está su santuario. Ahora, pues, infórmate bien, y si hay maldad en ellos delante del Señor, subamos á ellos, porque seguramente los pondrá su Dios en tus manos, y quedarán sujetos al yugo de tu poder; mas si no hay ofensa de ese pueblo delante de su Dios, no podremos resistirle, porque su Dios le defenderá, y nosotros seremos el oprobio de toda la tierra.

Esta relacion de Aquior tan circunstanciada, tomada de tan léjos, y seguida con tanto orden hasta sus dias, hace ver que la religion divina, aunque tenia por centro el pueblo escogido para conservarla en el mundo, enviaba sus luces á las naciones, de las que se sirvieron

los Sócrates, los Platones, los Sénecas, los Catones y demás sábios del paganismo, y que les hicieron inexcusables, porque no adoraron ni honraron al Señor como le conocieron, ni desengañaron á los pueblos como debieron.

Quieren matarle por esta relacion.

La consecuencia que habia sacado Aquior de su relacion era la mas legítima y debiera haber parado á Holofernes y sus generales; pero solo sirvió para irritarles en tanto extremo, que pensaron en matarle allí mismo. ¿Quién es este, se decian unos á otros, quién es este que dice que los hijos de Israel, hombres sin armas, sin valor y sin pericia militar, pueden resistir al rey Nabucodonosor y á su ejército? Pues para que sepa Aquior que no dice verdad, subamos á esas montañas, y cuando hubieron sido tomados sus valientes, entonces él tambien será pasado á filo de espada con ellos, para que todos sepan que Nabucodonosor es el dios de la tierra, y que no hay otro mas que él.

Manda Holofernes que le entreguen á los Israelitas para que muera con ellos.

Holofernes indignado en gran manera, dijo á Aquior: Por quanto nos has profetizado que el pueblo de Israel es defendido por su Dios, para hacerte ver que no hay Dios sino Nabucodonosor, despues que los hayamos pasado á cuchillo como si fueran un solo hombre, entonces tú tambien perecerás con ellos por la espada de los Asirios, y verás por experiencia que Nabucodonosor es el señor de toda la tierra. Si tienes por verdadera tu profecia, no caiga tu semblante, y si crees que mis amenazas no pueden cumplirse, retírese

de ti esa palidez que cubre tu semblante. Y para que sepas que padecerás juntamente con ellos, desde ahora quedas asociado á su pueblo, para que cuando con mi espada haga que paguen la pena que merecen, seas envuelto con ellos en la venganza. Al acabar de decir Holofernes estas palabras, mandó que prendiesen á Aquior, le llevasen á Betulia y le entregasen en manos de los hijos de Israel. Los siervos de Holofernes le tomaron y se encaminaron á Betulia por la campiña, mas cuando se acercaron á las montañas, salieron contra ellos los honderos israelitas, y entonces, retirándose á un lado del monte los siervos de Holofernes, ataron á Aquior de pies y manos á un árbol y se volvieron á su señor.

Los Israelitas le tratan con grande estimacion.

Luego vinieron á él los hijos de Israel, y desatándole le llevaron á Betulia, le pusieron en medio del pueblo y le preguntaron la causa de haberle dejado atado los Asirios. Eran en aquellos dias principes de Israel Ozias, Chabri y Charmi. Aquior estando en medio de los principes, de los ancianos y de la multitud, refirió todo lo que habia dicho del pueblo de Israel preguntado por Holofernes, y añadió que le habian querido matar porque habia hablado de aquella manera; y que el mismo Holofernes habia mandado por esta causa que le llevasen á Betulia para que despues que hubiese derrotado á los hijos de Israel, pereciese con ellos porque habia dicho: El Dios del cielo es el defensor de Israel. Diciendo Aquior estas cosas, todo el pueblo se postró sobre su rostro, adorando al Señor, y con un lamento y llanto general dirigieron sus ruegos al cielo, diciendo: Señor Dios del cielo y de la tierra, mirad su soberbia y volved los ojos á nuestra humildad. Atended al rostro de vuestros servidores, y haced ver que no desam-

parais á los que se precian de vos, y que humillais á los que se precian de sí mismos y se glorian de su poder. Todo el dia duró el llanto y la oracion del pueblo, y acabado, consolaron á Aquior, diciendo: El Dios de nuestros padres, cuyo poder tú has publicado, te dará esto en retorno: que veas mas bien la destruccion de ellos; y cuando el Señor nuestro Dios hubiese concedido esta destruccion á su pueblo, Dios será tambien contigo en medio de nosotros para que vivas con nosotros tú y todos los tuyos como os agradare. Ozias le hospedó en su casa y le preparó una cena grande, no por la abundancia de los manjares, sino por el gran número de personas que convidó para obsequiarle. Acabado el ayuno, que concluia luego que se ponía el sol, cenaron, ó mas bien se repusieron, como dice el texto sagrado. En seguida fué convocado todo el pueblo, y reunido dentro de la iglesia ó sinagoga, hicieron oracion toda la noche pidiendo socorro al Dios de Israel.

Cerco de Betulia y su situacion.

Al dia siguiente mandó Holofernes á sus ejércitos que subiesen contra Betulia. Se componian de ciento y veinte mil soldados de á pié y aumentado hasta veinte y dos mil de á caballo, sin contar una multitud de cautivos que habia destinado á las armas, y además todos los jóvenes que habia tomado de las ciudades, provincias y reinos conquistados. Todos á un mismo tiempo se pusieron á punto de pelear contra los hijos de Israel. Era Betulia una ciudad fortificada, situada en la tribu de Zabulon sobre un monte alto. A una legua estaba Dotain, y á media la cisterna seca, donde fué arrojado José por sus hermanos. Su principal defensa consistia en la estrechez de los desfiladeros por donde era preciso subir para entrar en ella. Tenia á la parte del oriente un monte, que luego ocuparon algunas tropas de Holofernes, quedando

el resto del ejército tendido en las llanuras que rodeaban á Betulia. Cuando los hijos de Israel vieron aquella multitud innumerable, cubrieron sus cabezas con ceniza, se postraron en tierra, pegaron sus rostros contra el suelo y oraron todos á una, pidiendo al Dios de Israel que ostentase su misericordia sobre su pueblo, y despues de haber orado, tomaron sus armas de guerra, ocuparon los desfiladeros y los guardaban dia y noche para impedir la subida del ejército.

Falta de agua.

Dando vuelta Holofernes al monte que habian ocupado sus tropas, vió que las aguas que nacia en este monte, eran conducidas por un acueducto á Betulia, y luego mandó cortarle. A pesar de esto habia no léjos de los muros unos manantiales, de los que se observó que tomaban á escondidas agua los Israelitas, mas para refrescar, dice el textó sagrado, que para beber. ¡Tan escasas debian ser y tan peligroso el bajar á tomarlas! Entonces los hijos de Amon y de Moab se llegaron á Holofernes, y le dijeron: Los hijos de Israel no confian en lanzas ni en flechas: su defensa y sus fortificaciones son los montes y los collados que estan sobre precipicios. Para vencerlos sin combate no tienes sino poner guardias á las fuentes ó impedir que tomen agua de ellas, y sin espada los matarás, ó fatigados entregarán su ciudad, que por estar puesta en los montes creen inconquistable. Pareció bien esto á Holofernes y sus oficiales, y puso todo al rededor cien hombres de guardia en cada fuente. Al cabo de veinte dias de tener puestas estas guardias, llegaron á secarse las cisternas y á faltar los depósitos de las aguas á todos los moradores de Betulia, de manera que á pesar de darse ya el agua por medida, no quedaba dentro de la ciudad ni aun para saciarse de ella un solo dia.

Quejas del pueblo por esta falta.

Entonces vinieron á Ozias todos los hombres, mujeres, jóvenes y niños, y todos á una voz dijeron: Juzgue Dios entre nosotros y entre ti, que nos has reducido á este extremo por no querer hablar de paz con los Asirios. Ahora, pues, juntad toda la ciudad para que voluntariamente nos entreguemos todos al ejército de Holofernes, pues vale mas vivir cautivos, bendiciendo al Señor, que morir y ser el oprobio de todos, despues de haber visto perecer delante de nuestros ojos á nuestras mujeres y nuestros hijos. Os requerimos hoy delante del cielo y de la tierra, y del Dios de nuestros padres, el cual nos castiga conforme á nuestros pecados, que entregueis ya la ciudad en manos de la gente de Holofernes y se abrevie nuestro fin al filo de la espada, el cual se alarga mas en el ardor de la sed; y luego (volviéndose al Señor) se movió un llanto general y grandes alaridos en todo el concurso, y por espacio de muchas horas clamaron á Dios, diciendo: Hemos pecado, hemos obrado injustamente, hemos hecho la iniquidad. Vos, que sois piadoso, tened misericordia de nosotros, ó con vuestro golpe castigad nuestras iniquidades, pero no querais entregar los que os confian á un pueblo que nos os conoce, para que no se diga entre las gentes, ¿dónde esta su Dios? Y cuando fatigados de estos clamores, y cansados de estos llantos, quedaron en silencio, se levantó Ozias bañado en lágrimas y dijo: Tened buen ánimo, hermanos míos, y esperemos del Señor misericordia por cinco dias mas, porque quizás cortará su indignacion, y dará gloria á su Nombre. Mas si pasados los cinco dias no viniere el socorro, harémos lo que habeis dicho.

Judit.

Habia en Betulia una viuda llama Judit, de la tribu de Simeon, hija de Merari. Habia nacido en la cautividad de Asiria, y viniendo á Betulia, patria de sus padres, casó á la edad como de veinte años con un jóven paisano suyo llamado Manasés, pero duró poco su matrimonio. Estando un día Manasés en el campo al tiempo de la siega de las cebadas con los sagadores que altaban los haces, sufrió una insolación, de la que murió luego en Betulia, donde fué enterrado en el sepulcro de sus padres. Al morir dejó á su esposa muchas riquezas, muchos criados y grandes posesiones, llenas de ganado vacuno y de rebaños de ovejas. No tuvo hijos, y á pesar del ansia con que en aquellos tiempos se deseaba la descendencia para tener parte en las promesas, y del oprobio con que se miraba la esterilidad, Judit, renunció para siempre el matrimonio y determinó conservar el estado de viudez, como mas libre para servir al Señor y mas á propósito para su sanctificación. Hizo fabricar en lo mas alto de su casa una habitacion separada, donde vivia sola con sus criadas. Cenía un cilicio su cintura y ayunaba todos los dias, á excepcion de las fiestas de la casa de Israel. Era de un semblante muy gracioso, tenia muy grande reputacion entre todos los que temian á Dios, y no habia quien hablase de ella ni una mala palabra. Tres años y medio habían pasado desde que murió su marido y los mismos habia que llevaba este tenor de vida, cuando supo que Ozías habia prometido entregar la ciudad á los Asirios si no era socorrida dentro de cinco dias.

Reprende á los ancianos porque señalaron plazo á la misericordia del Señor.

Entonces envió á llamar á los ancianos, Chabri y

Charmi, y les dijo : ¿Qué palabra es esta en que ha consentido Ozías de entregar la ciudad á los Asirios si no os viene socorro dentro de cinco dias? ¿Y quién sois vosotros que tentais al Señor? No es esta un palabra que menea á misericordia, sino mas bien que provoque á ira y encienda furor. Habeis fijado plazo á la misericordia del Señor y á vuestro arbitrio le habeis señalado dia; mas por quanto el Señor es sufrido, arrepiéntámonos de esto mismo, y derramando lágrimas, imploremos su indulgencia, porque Dios no amenaza como el hombre, ni se enciende en ira como los hijos de los hombres. Sujete-mos al Señor nuestras almas, y sirvámosle en espíritu humillado. Digamos, llorando, al Señor : que segun le agrade, así use con nosotros de misericordia, para que así como nos hemos turbado al ver la soberbia de nuestros enemigos, así tambien nos gloriemos de habernos humillado. Somos pecadores, pero no como nuestros padres que dejaron á su Dios y adoraron dioses ajenos, por lo cual fueron entregados al euchillo, á la rapiña y al oprobio de sus enemigos. Mas nosotros no reconocemos otro Dios que al Señor. Esperemos humildes su consolacion, y buscará nuestra sangre en las aflicciones de nuestros enemigos, humillará á todas las gentes que se levantan contra nosotros, y las cubrirá de oprobio el Señor nuestro Dios. Y ahora, hermanos (se hallaba ya allí Ozías), por quanto sois los ancianos en el pueblo de Dios, y de vosotros pende su aliento, animad con vuestras palabras sus corazones, y haced que se acuerden que nuestros padres fueron tentados para probar si amaban de veras á Dios. Deben acordarse como fué tentado nuestro padre Abraham, y probado con muchas tribulaciones para ser intimo amigo de Dios. Asi Isaac, así Jacob, así Moises y todos los que agradaron á Dios pasaron fieles por muchas tribulaciones. Mas aquellos que no recibieron las tentaciones con temor del Señor, sino que manifestaron su impaciencia, y el impropio de su murmuracion contra el Señor, fueron exterminados, y pe-

recieron por las serpientes. Nosotros, pues, no hagamos tal por esto que paeedemos; al contrario, considerando que estos azotes del Señor con los que somos corregidos como siervos, nos han venido, no para nuestra perdición, sino para nuestra enmienda.

Todo cuanto has hablado, dijeron á Judit Ozias y todos los ancianos, todo cuanto has dicho es verdad, y no hay en tus palabras la menor cosa que reprender. Ahora, pues, ruega por nosotros, porque mujer santa eres, y temerosa de Dios. Así como conoçais, dijo Judit, que es de Dios lo que he hablado, así probad también si es de Dios lo que he dispuesto hacer (que es salir de la ciudad), y orad para que Dios haga firme mi designio. Vosotros esta noche estaréis á la puerta, y yo saldré con mi criada. Orad, para que, como habeis dicho, dentro de cinco días el Señor mire con piedad á su pueblo de Israel. Mas no quiero que vosotros pretendáis indagar lo que voy á hacer, y hasta que vuelva á deciroslo, no se haga otra cosa que rogar por mí á Dios nuestro Señor. Vé en paz, la dijo Ozías, príncipe de Judá, y el Señor sea contigo para castigo de nuestros enemigos; y se volvieron Ozias y los ancianos.

Ora al Señor.

Luego que se hubieron retirado, Judit entró en su oratorio, y vistiéndose el cilicio, puso ceniza sobre su cabeza, y postrándose delante del Señor, exclamó: Señor Dios de mi padre Simeon, que le disteis la espada para castigar á los extranjeros que por una impura pasión fueron violadores, y desnudaron el muslo de una virgen afrentosamente... favoreced, os suplico, Señor y Dios mío, á esta viuda... volved la vista ahora sobre los campamentos de los Asirios, como en otro tiempo os dignásteis mirar sobre el campamento de los Egipcios, cuando armados corrian trás de vuestros siervos confiados en

sus carros, en sus caballos y en la multitud de sus guerreros. Le mirásteis, y las tinieblas los fatigaron. Sujetó sus piés el abismo, y los cubrieron las aguas. Así sea también, Señor, á estos que confían en su multitud, y se glorían en sus carros, sus picas, sus escudos, sus saetas y sus lanzas, y que no saben que vos sois nuestro Dios, que desde el principio desmenuzáis las guerras, y que vuestro Nombre es el Señor. Levantad vuestro brazo como desde el principio, y estrellad su fuerza con vuestra fuerza, caiga al golpe de vuestra ira el furor de los que se prometen violar vuestro santuario, profanar el tabernáculo de vuestro Nombre y derribar con su espada la esquina de vuestro altar. Haced, Señor, que su soberbia sea cortada con su propia espada. Sea preso su caudillo con el lazo de sus ojos, y herido con mis palabras. Poned firmeza en mi corazón para despreciarle, y valor para derribarle. Será este un monumento de vuestra gloria, que una mujer le derribe, porque no consiste, Señor, vuestro poder en muchedumbre, ni vuestra voluntad en fuerza de caballos. Desde el principio no fueron de vuestro agrado los soberbios, pero siempre os agradó la oración de los humildes y los mansos. ¡Dios de los cielos! Criador y dueño de toda criatura, ¡oid á esta misera rogadora que confía en vuestra misericordia!

Se viste de gala.

Habiendo cesado con esto de clamar al Señor, se levantó del lugar donde habia estado postrada. Llamó á su criada, y bajando á su sala, se quitó al cilicio y los vestidos de su viudez. Se lavó, se ungió con muy precioso unguento, trenzó sus cabellos, ajustó un tocado ó turbante sobre su cabeza, se vistió de las ropas de su alegría, puso sandalias en sus piés, y tomó brazaletes, manillas, lirios, pendientes y sortijas, y se adornó con todos sus atavíos; á la cual confirió el Señor resplandor, y una hermosa

incomparable, porque toda esta compostura no nacía de liviandad, sino de virtud. Concluida su compostura, cargó sobre su criada una alforja con vino, aceite, harina, masas de higos, pan y queso, y se puso en camino.

Sale de la ciudad.

Cuando llegó á la puerta de la ciudad, halló á Ozías y los ancianos, que la estaban esperando, y habiéndola mirado, quedaron asombrados de su hermosura, mas sin preguntarla nada, la dejaron pasar, diciendo : El Dios de nuestros padres te dé acierto, y con su poder fortifique todo el designio de tu corazon para que en ti se glorie Jerusalem, y tu nombre sea en el número de los justos y los santos. Y todos cuantos allí estaban dijeron á una voz : Así sea : así sea. Judit pasó orando al Señor con su criada, y bajando de la altura del monte en que estaba situada la ciudad casi al apuntar el día, la salieron al encuentro los centinelas de los Asirios, y la detuvieron diciendo : ¿ De dónde vienes ? ¿ ó adónde vas ? Soy, respondió, una de las hijas de los Hebreos, y me he venido de ellos, porque he conocido que os serán entregados en presa, porque, menospreciándoos, no se han querido entregar voluntariamente para hallar misericordia delante de vosotros. Por esta causa, pensé conmigo, diciendo : Iré á la presencia del príncipe Holofernes para manifestarle sus secretos, y mostrarle por qué entrada puede apoderarse de ellos, de manera que no perezca un solo hombre de su ejército.

No hay ficcion en lo que dice.

Algunos no acertando á excusar de ficcion estas palabras, y otras que se leen en los pasajes siguientes, distinguen aquí dos cosas: el designio de Judit de librar

del exterminio á su pueblo y los medios de conseguirlo, y dicen : que el designio fué inspirado por Dios, y los medios discurridos por Judit; pero otros, no pudiendo persuadirse que esta virtuosa viuda, que habia pedido á Dios pusiese en su boca las palabras que habia de usar en su santa empresa, creen : que el Señor no solo inspiró á Judit el designio, sino tambien los medios : que ella habló conforme á lo que obró : que nosotros no alcanzamos el sentido figurativo de ellas : que pueden muy bien entenderse en Judit y Holofernes, la Iglesia y el dragon infernal, como en Jacob, cubierto con pieles, se significó á Jesucristo cubierto con nuestra humanidad, y cargado con nuestros pecados, al cual patriarca excusa san Agustin de ficcion, como hemos dicho en su lugar.

Es presentada á Holofernes.

Mientras los centinelas oian las palabras de Judit, estaban contemplando su rostro, y en los ojos de estos hombres se leía el asombro, porque estaban pasmados de su extremada hermosura. Has conservado tu alma, la dijeron, porque has tomado la determinacion de venir á nuestro dueño. Sabe, pues, que luego que estuvieres en su presencia, lo hará bien contigo, y serás muy agradable á su corazon. Inmediatamente la condujeron á la tienda de Holofernes, dando noticia de ella, y apenas se puso en su presencia, quedó preso por sus propios ojos. No lo quedaron menos sus oficiales, y todos á una dijeron : ¿ Quién tendrá en poco el pueblo de los Hebreos que encierra mujeres tan hermosas, para que no peleemos con razon por ellas contra ellos ? Viendo Judit á Holofernes sentado bajo de su pabellon, que era de púrpura, y estaba tejido de oro, y esmaltado de esmeraldas y piedras preciosas, le hizo una profunda reverencia, postrándose en tierra. Mas los siervos de Holofernes la levantaron, mandándolo su dueño. Ten buen ánimo, la

dijo Holofernes, y no tema tu corazón, porque yo nunca hice daño á hombre que quiso servir al rey Nabucodonosor, y si tu pueblo no me hubiera despreciado, yo no habria alzado mi lanza contra él. Mas dime : ¿por qué causa te has retirado de tu pueblo, y has venido á nosotros? Recibe las palabras de tu sierva, le contestó Judit, porque si siguieres las palabras de tu sierva, hará el Señor una cosa acabada contigo.

Holofernes se deja cegar de la pasión.

Esta respuesta tan ambigua debiera haber puesto en recelos á Holofernes, considerar que hablaba á una enemiga, y que todas las circunstancias de la venida de Judit le advertían que desconfiase de ella; pero la pasión le habia dominado desde luego, y cuando esta domina al corazón, queda á merced de ella el pobre entendimiento. No era culpa de Judit que Holofernes, ciego de su amor, no entendiese el lenguaje de una Israelita de quien queria sacar secretos que no tenia derecho á exigir. Ella se aprovechó diestramente de esta ceguera, segun el derecho de la guerra, y usó con Holofernes un lenguaje que le extravió, no porque Judit le extraviase, sino porque él se extravió á sí mismo cegado de la pasión. Cuando Judit concluyó su contestación tan cumplida y llena de galas retóricas, como ambigua y sospechosa, Holofernes y sus oficiales se manifestaron muy complacidos, y tan maravillados de su sabiduría que se decían unos á otros : No hay mujer semejante á esta sobre la tierra, ni en el decoro, ni en la hermosura, ni en la sabiduría de sus palabras.

Aposenta á Judit en la cámara interior de su tienda.

Entonces la dijo Holofernes : Bien ha hecho Dios que

te envié delante de tu pueblo para que le pongas en nuestras manos; y dió orden para que la aposentasen en la cámara mas interior de su tienda, que era donde tenia sus tesoros, y que la llevasen todos los días la comida de su mesa. Por todo pasó Judit, pero no admitió la comida que se la destinaba. Yo no podré comer, dijo á Holofernes, de esas cosas que me mandais dar, porque no venga la indignación (de Dios) sobre mí, pero comeré de lo que he traído conmigo. Y si llegaren á faltar esas cosas que has traído, ¿qué harémos? Vive tu alma, señor mio, respondió Judit, que no consumirá tu sierva todas estas cosas sin que haga Dios por mi mano lo que he pensado.

La concede salir de noche á hacer oración.

Bien debia recelarse Holofernes de este pensamiento que Judit no descubria, pero ciego de su amor, nada advertia, y habiendo pedido Judit al entrarla en la cámara que se le permitiese salir por la noche para hacer oración y rogar á Dios, Holofernes dió orden á sus camareros que la dejasen salir y entrar como gustase á adorar á su Dios por (las noches de) tres días. Esto prueba que cada vez estaba mas ciego Holofernes. Judit con este permiso salia por las noches, bajaba á la fuente que habia en el valle de Betulia, se purificaba, lavándose cara, manos y piés, segun el uso de los Israelitas, por si habia contraído alguna impureza legal en el trato con los infieles, y cuando volvía purificada, oraba al Señor Dios de Israel que enderezase su camino para librar á su pueblo; y entrando en su cámara, permanecia en ella hasta el anochecer del día siguiente que tomaba su alimento, despues de haber orado y ayunado todo el día, porque sabia que para conseguir los favores del Señor, era buena la oración con el ayuno.

Su embriaga Holofernes.

Al cuarto día, dispuso Holofernes una cena para sus domésticos, y convidó á ella á Judit, que era á quien quería obsequiar. Judit se adornó de todas sus galas, lo que prueba que no las usaba de continuo, y asistió á la cena, pero no comió ni bebió sino de lo que había llevado su criada. Holofernes, alegre con la presencia de Judit, bebió vino en demasia, tanto cuanto jamás había bebido en su vida. Se embriagó completamente, y fué necesario llevarle en tal estado á su cama. Poco menos cargados de vino estaban los convidados, y cada uno se retiró á su alojamiento. Vagao, que era el eunuco, ó paje de cámara de Holofernes, cerró las puertas, cumpliendo con sus órdenes, y se retiró, quedando sola Judit con Holofernes. ¡Lance horrible para una castísima Israelita si el vino no hubiera amarrado á este enamorado monstruo! pero el vino le tenía sumergido en un profundo sueño.

Judit le corta la cabeza.

Habia prevenido Judit á su criada que estuviese en observacion á la puerta de la cámara. Llegó al fin el momento de ejecutar el proyecto que había concebido desde el principio, y que con nadie sino con Dios había tratado, y los instantes eran preciosos. Se hallaba sola, encerrada con un bárbaro, de quien no podía esperar, si volvía en sí, mas que la infamia, ó la muerte, ó una y otra. El momento no podía ser mas fuerte, y era preciso, ó parecer ella, su pueblo, su reino y su templo, ó acabar con su enemigo. Con el sobresalto y horror que debía causarla el lance en que se hallaba, se acerca á la cama de Holofernes, levanta los ojos al cielo, ora bañada

en lágrimas, y clama en su corazón: Dadme esfuerzo, Señor, Dios de Israel, y mirad á esta obra que van á ejecutar mis manos para librar y ensalzar á vuestra ciudad de Jerusalem; y dicho esto, se llega al pilar donde estaba colgado el alfange de Holofernes, le descuelga, le desenvaina, coge por los cabellos á Holofernes, y vuelve á clamar: ¡ Señor Dios! ¡! dadme esfuerzo en esta hora, y descargando dos valientes golpes en la cerviz, le corta la cabeza. Desata de las columnas el mosquitero ó colgadura finísima y se la lleva, arroja de la cama al suelo el tronco de Holofernes, y deteniéndose algunos momentos para tomar aliento y rendir al Señor las primicias de su profundo é inexplicable agradecimiento, sale del dormitorio con la cabeza en la mano, encuentra á la criada que la esperaba, se la entrega, la manda que la meta en su alforja, y caminan las dos, como si fueran á su oracion de costumbre.

Se la lleva á Betulia.

Atraviesan el campamento, y dando vuelta por el valle, vienen á las puertas de Betulia. Apenas alcanzó á verlas Judit, gritó á las guardias que estaban sobre los muros: Abrid las puertas, porque Dios está con nosotros, y ha hecho ostencion de su poder en favor de Israel. Corrieron estas á decir á los ancianos que venia Judit y toda la ciudad desde el menor hasta el mayor se agolparon con hachas encendidas á las puertas de la ciudad á ver y recibir á Judit, con quien ya no contaban. Entra por medio de la multitud, y subiendo sobre un lugar alto, pide silencio, y esforzando su voz, dice: Alabad al Señor nuestro Dios, que no desampara á los que esperan en él: que por mí, su sierva, ha hecho la misericordia que prometió á la casa de Israel; y que por mi mano ha muerto esta noche al enemigo de su pue-

blo; y sacando de la alforja la cabeza de Holofernes, se la mostró, diciendo: Ved aquí la cabeza de Holofernes, general del ejército de los Asirios; y extendiendo el mosquitero, añadió: Ved aquí la colgadura dentro de la cual estaba acostado en su embriaguez, y en donde por mano de una mujer le hirió el Señor nuestro Dios. Mas vive el mismo Señor, añadió, que su ángel me ha guardado, ya yendo de aquí allá, ya estando allá, y ya volviendo de allá aquí, y que no ha permitido el Señor que yo, su sierva, fuese mancillada, sino que me ha hecho volver a vosotros sin mancha de pecado y llena de gozo por su victoria, por haberme yo librado, y por haberos librado á vosotros. Confesad todos al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia; y todos adorando al Señor, la dijeron: El Señor te ha bendecido en su virtud, pues por ti ha reducido á la nada á nuestros enemigos. Entonces Ozías, príncipe del pueblo de Israel, la dijo en nombre de todos: Bendita del Señor Dios excelso eres tú, hija, sobre todas las mujeres de la tierra. Bendito el Señor que crió el cielo y la tierra, y te dirigió para herir la cabeza del príncipe de nuestros enemigos, porque hoy ha magnificado tanto tu nombre, que no se apartará tu alabanza, mientras haya memoria del poder que el Señor te concedió, de la boca de los hombres, por los cuales no perdonaste á tu vida, viendo su aflicción y sus angustias, antes acudiste á nuestro Dios para evitar su ruina; y dijo todo el pueblo: Así sea: así sea.

Aquior se convierte y circuncida al ver la cabeza de Holofernes.

Luego fué llamado Aquior, á quien dijo Judit: El Dios de Jacob, de quien dijiste que vencería y destruiría á los enemigos de su pueblo, ese mismo ha cortado esta noche

por mi mano la cabeza de todos los incrédulos; y para que veas que es así, hé ahí la cabeza de Holofernes, de aquel soberbio que despreció al Dios de Israel, y te amenazó con una terrible muerte, diciendo: Cuando fuere tomado el pueblo de Israel, mandaré que tus costados sean agujereados con espada. Aquior, al ver la cabeza de Holofernes, sobrecogido de pavor, cayó en tierra sobre su rostro, y su alma se turbó. Mas luego que volvió de su espanto, se postró á los piés de Judit, y la dijo: Bendita seas tú de tu Dios en toda tienda de Jacob, porque en toda gente que se oyere tu nombre, será magnificado el Dios de Israel. Viendo Aquior el prodigio que habia obrado el Señor, renunció los ritos de la gentilidad, creyó en él, se circuncidó, y fué incorporado al pueblo de Israel, y despues de él toda su descendencia hasta el día en que esto se escribía.

Por consejo de Judit sale de Betulia el pueblo armado y en órden de batalla.

Todo esto pasaba en Betulia, en medio de la noche y cuando se dormía con tranquilidad en el cuartel general y en todo el campo de los Asirios. Judit habia dado el primer golpe á sus enemigos, pero era preciso llevar adelante la empresa hasta destruirlos, y no dar tiempo á que un segundo Holofernes, que se eligiese el ejército, sustituyese al primero. Oídme, hermanos, dijo á todo el pueblo: colgad esta cabeza sobre nuestros muros, y al salir el sol, este cada uno prevenido con sus armas, y salid de la ciudad todos reunidos con un movimiento impetuoso, no para bajar al campamento de los Asirios, sino como que vais á acometerlos. Entonces las avanzadas necesariamente correrán á despertar á su general para el combate, y cuando sus capitanes hubieron acudido á la tienda de Holofernes y le hallaren sin cabeza y envuelto en su propia sangre, caerá el temor sobre

ellos, y cuando viéreis que principian á huir, perseguidlos, seguros de su derrota, porque el Señor los quebrantará bajo de vuestros piés.

Se encuentra á Holofernes descabezado.

Al salir el sol todo estaba pronto; como lo había ordenado Judit. Todo el pueblo salió de la ciudad en órden de batalla, y formando una dilatada frente, marchaba, aunque lentamente, haciendo gran ruido con los instrumentos de guerra, y dando grandes voces, como si fueran á dar una acción general. Luego sucedió lo que Judit había dicho. Al oír los centinelas el estruendo de los instrumentos de guerra, y la gritería, y al ver un ejército, al parecer tan grande, que bajaba con espada en mano, corrieron á dar parte en el cuartel general y los oficiales corrieron también á la tienda de Holofernes, pero estaba cerrada, y nadie se atrevía á tocar en la puerta del dormitorio del poderío de los Asirios. Hacían mucho ruido á la entrada, mas de modo que no pareciese que era para despertar al general, porque esto estaba prohibido entre los Asirios. Habiéndose reunido allí los capitanes, los tribunos, y todos los oficiales generales del ejército, dijeron á los camareros: Entrad, y despertadle, porque han salido los ratones de sus agujeros, y han osado provocarnos á batalla. Entonces el camarero Vagao entró en el dormitorio, y puesto delante de la cortina, dió palmadas con sus manos, porque pensaba que estaba durmiendo con Judit, y como, aplicando el oído, no percibiese respiración de persona acostada, se llegó á la cortina, y levantándola, retrocedió horrorizado, y dió un espantoso grito al ver el cadáver de Holofernes sin cabeza, tendido en tierra, y bañado en su propia sangre. Rasgó, llorando, sus vestiduras, y habiendo corrido á la cámara de Judit, y no encontrándola en ella, salió afuera gritando: Una mujer hebrea he afrentado la casa

del rey Nabucodonosor. Entrad y veréis á Holofernes tendido por tierra y sin cabeza. Cuando oyeron y vieron esto los príncipes y oficiales mayores del ejército, rasgaron sus vestiduras, y cayó sobre ellos un temor intolerable. Sus ánimos fueron en gran manera turbados, y se levantó una espantosa gritería en medio de su campamento.

Huye el ejército de Holofernes, y le persigue Israel.

Oyendo el ejército que Holofernes había sido degollado, perdió la razón y el consejo, y poseídos todos del pavor, tomaron por defensa la huida. Ninguno habló con su cercano, sino que bajando la cabeza, y abandonándolo todo, corrian por los caminos de los campos, y por las veredas de los collados, para librarse de los Hebreos, que oían venir armados sobre ellos. Entonces los hijos de Israel marcharon en su alcance: bajaron del monte tocando las trompetas y gritando tras de ellos, y como los Asirios huían desordenada y precipitadamente, y los Israelitas los perseguían formados en cuerpo, herían á cuantos alcanzaban. Ozias envió al mismo tiempo mensajeros á todas las ciudades y provincias de Israel, y cada ciudad y cada provincia envió en su seguimiento toda su escogida juventud armada, y los persiguieron á filo de espada hasta que llegaron al fin de sus términos.

Riquezas halladas en el campamento de los Asirios.

Los que habían quedado en Betulia bajaron al campo de los Asirios, y se cargaron grandemente de despojos, y los que los habían perseguido tomaron á su vuelta un botín tan asombroso, que no había número en los ganados y bestias, y en todos los muebles; de manera, que

todos desde el menor hasta el mayor se hicieron ricos con sus despojos. Aun quedaban tantos en el campo, que apenas bastaron treinta dias al pueblo de Israel para recogerlos. Todo lo que se conoció que habia sido de Holofernes, oro, plata, pedrería, vestidos, muebles... todo fué dado á Judit, quien hizo de todo un uso glorioso, como veremos despues.

El sumo sacerdote y los ancianos de Jerusalem vienen á dar el parabien á Judit.

Entonces vino de Jerusalem á Betulia el sumo sacerdote Eliacin, por otro nombre Joacin, con todos los ancianos para ver y bendecir á Judit, quien salió á recibirlos, y cuando la vieron, todos á una voz clamaron: Tú eres la gloria de Jerusalem, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo, porque confortaste tu corazon, y has hecho prodigios de valor; porque amaste la castidad, y despues de tu marido no has conocido varon... por eso la mano del Señor tambien te ha fortificado, y por eso serás bendita eternamente; y dijo todo el pueblo: Asi sea: asi sea.

Todos los pueblos se agolpan á verla y alabarla.

Todos los hombres, todas las mujeres, todos los jóvenes y todas las vírgenes se regocijaban, y cantaban cánticos de alabanza al Señor Dios de Israel al son de sus cítaras. En el hebreo se lee que acudieron todas las mujeres de Israel á ver á Judit, y llenarla de bendiciones, y que formaban coros llevando coronas de oliva en las cabezas, y palmas en las manos, y á Judit al frente cantando himnos al Señor con órganos y cítaras.

Cántico de Judit.

Entonces Judit, convidando á todos los hijos de Jacob á que celebrasen con ella las grandezas y gloria del Señor, refirió y cantó así sus maravillas:

El Señor que deshace las guerras, su nombre es el Señor.

El Señor que puso su campamento en medio de su pueblo para librarnos de la mano de todos nuestros enemigos, su nombre es el Señor.

Vino el Asirio de los montes del Aquilon en la multitud de su fortaleza, cuya multitud agotó los torrentes, y cuyos caballos cubrieron los valles,

Y dijo: que él quemaria mis términos, que pasaria á cuchillo mis jóvenes, que daría en presa mis niños, y en cautiverio mis vírgenes;

Pero el Señor Omnipotente le trastornó y le entregó en manos de una mujer que le degolló;

Pues el poderoso de ellos (los Asirios) no fué derribado por manos de jóvenes, ni le hirieron los hijos de Titan, ni se le opusieron estos gigantes del cielo, sino Judit hija de Merari, que le desmadejó con la belleza de su rostro;

Porque esta se desnudó de los vestidos de su viudez, y se vistió de los de su alegría para gozo de los hijos de Israel.

Ungió su rostro con unguento (precioso), ajustó sus rizos con su turbante, y tomó un ropaje nuevo para deslumbrarle.

Sus sandalias arrebataron sus ojos, su hermosura hizo cautiva su alma, y con su propia daga cortó su cerviz.

De su constancia se asombraron los Persas, y los Medos de su atrevimiento.

Aullaron los campamentos de los soberbios Asirios, cuando mis humildes se dejaron ver secos de sed.

Los hijos de las mujeres jóvenes (los muchachos) los atravesaron y mataron como á niños que huyen. Perecieron en la guerra delante del Señor mi Dios.

Cantemos himno al Señor; himno nuevo cantemos á nuestro Dios.

¡Ó Adonai Señor! Grande sois y muy esclarecido en vuestro poder, y á quien nadie puede vencer.

Sirvaos toda vuestra criatura, porque dijisteis, fueron hechas; enviasteis vuestro espíritu y fueron criadas, y no hay quien resista á vuestra voz.

Los montes se conmoverán desde sus cimientos con las aguas (que les rodean), y las piedras se derretirán como cera en vuestra presencia.

Mas aquellos que os temen, serán grandes delante de vos en todas las cosas.

¡Ay de la gente que se levante contra mi linaje (virtuoso)! Porque el Omnipotente ejercerá en ellos sus castigos, y los visitará en el día del juicio.

Enviará fuego y gusanos sobre sus carnes para que sean abrasados y padezcan eternamente.

Con tan formidables amenazas contra los malos concluye Judit su admirable cántico, abrasada del deseo de que todos los hombres amasen á Dios, le adorasen, honrasen y sirviesen, y de que ninguno le ofendiese. ¡Estremézcanse, al oír estas palabras de Judit, los pecadores, á quienes no impone la eternidad de los tormentos, el fuego abrasador, y el gusano que roe y nunca muere!

Judit y su pueblo van á adorar y dar gracias á Dios al templo de Jerusalem y á ofrecer sus votos.

Pero no era bastante haber manifestado Israel, y sobre todo Betulia y su valiente Judit, su agradecimiento al Señor en su ciudad, y para decirlo así, sobre el campo

de batalla; era preciso pasar á Jerusalem á adorar al Dios de Abraham, Isaac y Jacob en su santo templo, y presentarle ofrendas y víctimas, y ofrecerle sacrificios que en ninguna otra parte le eran aceptables. Todo el pueblo, pues, vino á Jerusalem á adorar al Señor, y luego que todos fueron purificados, ofrecieron sus respectivas promesas, y sus multiplicados votos, hechos en su extremada aflicción, sus hostias pacíficas y de acción de gracias, sus sacrificios, y sus holocaustos. Judit, tan piadosa como valiente, ofreció una riqueza inmensa, cual era la de Holofernes que le habia cabido en el botín tomado á sus enemigos. El oro, la plata, la pedrería, lo mas precioso de la Asiria... todo fué presentado al Señor por Judit, y lo mas particular de todo fué el conopeo ó cortina finisima que rodeaba la cama de Holofernes, la cual quedó custodiada en el templo para monumento eterno de los portentos y misericordias del Señor para con su pueblo. Estuvieron Israel y Judá juntos y regocijados en Jerusalem celebrando esta fiesta de la victoria de Judit por tres meses, la cual quedó establecida fiesta anual, que se celebraba como una de las principales del pueblo de Dios.

Vida de Judit despues de la victoria.

Satisfechos los votos y deseos de todos, cada uno se volvió al pueblo de su habitacion, y Judit, rodeada de todos sus amables paisanos, á su ciudad de Betulia y casa de su difunto marido. Allí fué honrada de todo Israel, y mirada como libertadora de todo su pueblo. Judit era la persona mas célebre y mas esclarecida de toda la tierra de Israel, porque á su virtud juntaba la castidad, y nunca, en todos los días de su vida, conoció varon despues de la muerte de su marido Manasés. No la envaneció su victoria ni el verse tan alabada y

honrada. Volvió á su antiguo modo de vida. Se encerró de nuevo con su querida esclava Abra (á la que habia dado libertad desde que la acompañó al campo de los Asirios), y con las otras criadas en su habitacion superior, y siguió sus prácticas de penitencia y de piedad; pero se vió precisada á hacer una excepcion en memoria de los prodigios que por ella habia obrado el Señor, y para consuelo de su pueblo, que nunca se satisfacía de verla y contemplarla. La fué necesario presentarse en público todos los dias de fiesta, y ella lo hacia con gran majestad y gloria, y con no menos modestia y humildad.

Su muerte y sepultura.

Así vivió en su ciudad de Betulia, y casa de su marido, mas allá de los términos ordinarios, porque el Señor parece que se complacia en alargar sus preciosos y gloriosos dias, que llegaron á componer ciento y cinco años. Fué enterrada en el sepulcro de Manasés su marido, y todo el pueblo la lloró por espacio de siete dias. Se la hicieron las exequias y honras que se hacian á los reyes, y su memoria quedó grabada mas profundamente en los corazones de todos, que lo fué en el mármol que cubria su sepulcro. Á este ángel tutelar debia Israel una paz que no habia disfrutado en algunos siglos. En todo el tiempo de su vida, y muchos años despues de su muerte, dice el texto sagrado, no hubo quien turbase á Israel.

AMON, DÉCIMOQUINTO REY DE JUDÁ.

Despues de las dos historias de Tobías y Judit, tan gratas y tan llenas de portentos, y de ejemplos de toda

clase de virtudes, es preciso continuar la de los reyes de Judá, interrumpida para dar cabida á estas dos preciosas historias, que sucedieron por estos tiempos, aunque no tengamos épocas fijas.

Su perversidad.

Amon sucedió á su padre Manasés en los delitos, pero no en la penitencia. Veinte y dos años tenia cuando principió á reinar, y reinó dos, que encerraron tantos delitos como los mas largos y perversos reinados. Hizo lo malo delante del Señor, como lo habia hecho su padre en el tiempo de sus delitos; pero no hizo lo bueno, como lo habia hecho su padre en el de su penitencia. Anduvo por los caminos de sus crímenes, pero no por los de sus virtudes. Adoró y sirvió todas las inmundicias (ídolos infames) que habia adorado y destruido su padre. Se entregó á todas las torpezas que habia cometido y llorado, á todas las abominaciones que habia introducido criminal, y exterminado penitente. Amon dejó al Señor como Manasés, pero no volvió, como este, á sus caminos. En fin para hacer ver que Amon fué mucho peor que Manasés, dice el sagrado texto, que Amon no respetó la cara del Señor, como la respetó Manasés su padre, y que cometió mucho mayores delitos. El Señor sin tocar á Amon en la libertad de ser malo, para que lo fuese menos, cortó el número de sus dias como dueño de su vida. Sus mismos criados le mataron en su casa á los dos años de reinado.

Acaso este principe jóven contó con años para ofender á Dios y vivir entregado á los delitos, y con años para desenojarle y vivir entregado á la penitencia como su padre; pero su cuenta fué de un yerro inmenso, de un yerro que tuvo por consecuencia la reprobacion y los tormentos eternos. Lo regular es perderse los que cuentan con tiempos para entregarse á sus pasiones, y tiem-

pos para refrenarlas y hacer penitencia. Manasés fué una excepcion de esta regla, y Amon no debia contar con ella. ¡Ah! ¡cuántos Amones cuenta con esta excepcion, y se pierden para siempre! Amon fué enterrado en el huerto de Oza, y su hijo Josías entró á reinar en su lugar.

JOSÍAS, DÉCIMOSEXTO REY DE JUDÁ.

Ocho años tenia Josías cuando principió á reinar, y reinó treinta y uno. Hizo lo que era agradable en los ojos del Señor. Anduvo en el camino de David su padre (décimoquinto abuelo), y no se desvió ni á la derecha ni á la izquierda. Tuvo todas sus virtudes, pero no sus flaquezas.

Estaba anunciado hacia mas de tres siglos.

Josías habia sido anunciado por su propio nombre mas de trescientos años antes de su nacimiento. Cuando Jeroboan, primer rey de Israel, estaba sobre el altar de Betel ofreciendo incienso al becerro de oro que habia hecho, se presentó un profeta de Judá y exclamó: ¡Altar! ¡Altar! Esto dice el Señor: Hé aquí que nacerá un hijo de la casa de David que se llamará *Josías*, y hará degollar sobre ti los sacerdotes de los altos, que ahora queman incienso sobre ti, y quemará sobre ti huesos de hombres, esto es, sus huesos. Con tanto tiempo fué anunciado el piadoso Josías, cuyo celo dió entero cumplimiento á estas amenazas, como veremos despues.

Prohibe la idolatría y destruye los ídolos en Judá.

El año octavo de su reinado, y diez y seis de su edad, cuando era todavía un jovencito, y principiaba á ejercer

autoridad sobre sus vasallos, se le vió ya animado de aquel celo por la gloria del Señor, que llevó tan adelante desde los veinte años que entró de llenos en el ejercicio de la autoridad real. Principió prohibiendo severamente toda idolatría y cuanto tuviese relacion con ella. Hizo destruir á su presencia los altares de los Baales, y demoler los simulacros colocados sobre ellos. Taló los bosques, desmenuzó las estatuas y echó los fragmentos sobre los sepulcros de los que las habian ofrecido sacrificios.

Heleías, varon justo, temeroso de Dios, celoso y muy á propósito para contribuir á los intentos de un buen rey, era entonces sumo sacerdote. Josías le ordenó que tomase consigo sacerdotes de segundo orden, y porteros, y que limpiasen el templo del Señor, y arrojasen de él todos los vasos y demas cosas consagradas á los ídolos, y todo lo hizo quemar fuera de Jerusalem en el valle de Cedron á su vista y á la de todo el pueblo, y para manifestar el horror que tenian y que merecian estas abominaciones, mandó llevar las cenizas á Betel, primera ciudad, donde puso Jeroboan uno de los becerros de oro, y donde halló su primera morada la idolatría de las diez tribus.

Exterminó los arúspices (especie de agoreros) que habian establecido algunos reyes por las ciudades de Judá y hasta en los alrededores de Jerusalem para sacrificar á los ídolos, y tambien exterminó á los que ofrecian incienso á Baal, al sol, á la luna, y á los doce signos ó constelaciones, y á toda la milicia del cielo. No dejó uno de cuantos pudo descubrir en su reino. Hizo sacar de la casa del Señor el ídolo que llamaban del bosque, y llevarle al valle de Cedron, donde habia hecho quemar los vasos inmundos, y le redujo allí á polvo que esparció sobre los sepulcros de los ídólatras sus adoradores. Una abominacion habia en el templo con motivo de este ídolo, mas abominable que el ídolo mismo. Habia mujeres ocupadas en hacer aposentillos de tela en los atrios de la

casa del Señor para cometer en ellos las mas horribles torpezas en obsequio del ídolo. Josías, tan casto como religioso, borró hasta los últimos rastros de esta abominacion.

Reunió en Jerusalem todos los sacerdotes de las ciudades de Judá, y les hizo entender, que jamás permitiría ofrecer sacrificios al Señor en los lugares altos, ni en otra ninguna parte que no fuese el templo del Señor, desde que tomó posesion del templo que le dedicó Salomon, y para no dejar rastro de esperauza, hizo manchar todos los lugares altos (regularmente enterrando muertos en ellos, que era una contaminacion impurificable). Destruyó los altares de las puertas de Jerusalem destinados al mismo uso que los que habia en los lugares altos, y que se veian todavía hasta en la entrada de la casa de Josué, gobernador de la ciudad. Prohibió á todos los sacerdotes que habian sacrificado en semejantes lugares que volviesen á servir al altar en toda su vida, pero usando de compasion, les conservó el derecho á los alimentos sacerdotales, y á comer los ázimos entre los demás sacerdotes que no habian sacrificado en los altos.

El abuso que acababa de reformar, era el mas general en el reino, pero no el mas grave. Acaso no habia delito mas enorme en las cercanias de Jerusalem que el que se cometia en el valle de Tofet. Allí ofrecian los padres á sus hijos al ídolo Moloc, pasándolos por el fuego por modo de expiacion, ó haciéndolos morir abrasados entre los brazos del ídolo, tocando al mismo tiempo tambores y otros instrumentos ruidosos para no oír sus gemidos, sus lamentos y sus gritos. Josías hizo de aquel valle un cementerio para que jamas volviesen los padres crueles á sacrificar entre las llamas á sus queridos hijos.

Algunos reyes de Judá habian consagrado al sol carrozas y caballos de escultura, y los habian fijado á la puerta del templo. Josías los hizo quitar y quemar. Tambien hizo derribar los altares que Manasés habia

erigido sobre el terrado de la habitacion de Acaz, destruidos por el mismo Manasés en el tiempo de su penitencia, y reedificados despues por su hijo Amon. No quedaba ya en Jerusalem otro monumento de idolatría que el lugar alto que Salomon habia hecho erigir á los ídolos de sus mujeres paganas sobre un cerro de la ciudad que desde entonces se llamó el monte del escándalo. Es increíble que á lo menos el santo rey Ezequias dejase de destruirle, pero sus perversos sucesores habrian vuelto á erigirle. Josías quitó para siempre este escándalo, convirtiendo el monte en osario.

Lo mismo hace en Israel.

Nada restaba que hacer al celo de Josías en el reino de Judá, pero le pertenecia tambien el reino de Israel como descendiente de David. Los pocos Israelitas que quedaron en el pais al tiempo de la cautividad y los que volvian continuamente de ella, se hallaban sin rey y casi sin religion, y Josías determinó pasar á él en persona, y obrando como soberano á quien de derecho pertenecia aquel reino, presentar en él la religion limpia de la idolatría, que por tantos años habia oscurecido su hermosura, para que la abrazasen y amasen. No se dirigió á la Galilea, á la que los asombrosos sucesos de Betulia habian purificado admirablemente de las inmundicias idolátricas, sino á las tribus de Manasés, Efraim y Simeon, llegando hasta la de Neptali, que era la última de Israel por la parte del norte. Como habia hecho en Judá, así hizo tambien en Israel.

Particularmente en Betel.

En todas partes taló los bosques consagrados á los ídolos, hizo pedazos las estatuas, destruyó los altares y

demolió los templos; pero donde particularmente empenó su autoridad y su celo fué en la ciudad de Betel, en la que habia tenido principio la funesta idolatría que perdió á Israel. Quemó los bosques, y viendo los sepulcros que se descubrieron en el monte, mandó sacar de ellos todos los huesos y traerlos á la ciudad, y los quemó sobre el altar que habia hecho aquel Jeroboan, hijo de Nabat que dividió el reino de David y fué el origen de todas las idolatrías de Israel. Hizo matar sobre el mismo altar los sacerdotes que sacrificaban en él, y quemó sobre él sus huesos, segun lo habia dicho el Señor por boca de su profeta. En seguida destruyó el altar, le quemó y redujo á polvo y pavesas. Tambien hizo matar á todos los sacerdotes de los altares de los altos, quemó sobre ellos sus huesos y luego los destruyó, como habia hecho con el de la ciudad. Cuando se demolian estos altares, alcanzó á ver el rey un sepulcro, cuyo rótulo le llamó la atención, y preguntó: ¿qué titulo es aquel que veo? Aquel sepulcro, le respondieron los ciudadanos, es del hombre de Dios que vino de Judá y predijo todo lo que acabais de hacer sobre el altar de Betel y demás (véanse todos estos pasajes á las páginas 188 y siguientes de este tomo), y dijo el rey: dejadle; ninguno mueva sus huesos.

Así se cumplió la esperanza del profeta de Betel, que mas de tres siglos antes encargó á sus hijos que le enterasen en el sepulcro del profeta de Judá para que no fuesen confundidos ni quemados sus huesos con los de sus conciudadanos. Josías limpió el reino de Israel de las abominaciones que se habian inventado para apartar el pueblo de que concurriese al templo de Jerusalem, y provocar la ira del Señor; hizo que, los que habian quedado en el reino al tiempo de la cautividad y los que habian vuelto de ella, sirviesen al Señor solo, y tuvo el consuelo de verlos, durante su reinado, inseparables del Señor, Dios de sus padres. Hecha con tanta felicidad esta real visita al reino de Israel, se volvió á Jerusalem.

Reparacion del edificio del templo.

Se hallaba ya Josías en el año diez y ocho de su reinado, y desde que emprendió la destruccion de la idolatría en Judá y en Israel, habia prevenido que se recogiesen las ofrendas y demás piedades del pueblo para los reparos del templo. Luego que llegó á Jerusalem, envió á Safan, secretario del templo del Señor, á Maasia, príncipe de la ciudad, y á Joha, secretario del rey, para que reparasen la casa del Señor, su Dios, los cuales fueron al gran sacerdote Helcias y tomado de su orden el dinero que habia sido puesto en la casa del Señor y el que habian recogido los levitas y porteros de las tribus de Manasés y Efraim, y de todas las reliquias ó restos de habitantes de Israel, y asimismo de todo Judá y Benjamin y de los moradores de Jerusalem, todo lo pusieron en manos de los sobrestantes de los obreros de la casa del Señor para que la restaurasen y reparasen todas sus quiebras. Los sobrestantes lo entregaron á los obreros, y estos lo hicieron fielmente hasta concluir los reparos.

Se encuentra el libro de la ley del Señor.

Al tiempo de sacar el dinero que habia sido puesto en el archivo del templo, halló el sumo sacerdote Helcias el libro de la ley del Señor, escrito por mano de Moisés, y dijo al escribano Safan: He hallado el libro de la ley. Era el *Pentateuco*, esto es, los cinco primeros libros de la sagrada Escritura, que son el *Génesis*, el *Exodo*, el *Levítico*, los *Números* y el *Deuteronomio*; ó á lo menos era este último, en el que se encuentran las maldiciones de Moisés á los que no guardasen la ley de Dios (véanse á la página 242 del primer tomo). Entregó

Helcias el libro á Safan y este le llevó al rey, diciendo : El sumo sacerdote Helcias me ha dado este libro que se ha encontrado en el tesoro del templo al tiempo de sacar el dinero, y habiéndole leído Safan, y oído el rey las palabras (maldiciones) del libro de la ley del Señor, rasgó sus vestiduras, y llamando al sumo sacerdote Helcias, id, le dijo, con Safan, Ahica, Abdon y Asaa á consultar y orar al Señor por mi, por las reliquias de Israel y por todo Judá acerca de las palabras (maldiciones) de este libro que se ha hallado, porque grande furor del Señor se ha encendido contra nosotros, por cuanto nuestros padres no oyeron las palabras de este libro para hacer lo que en él se ordena.

Se consulta á la profetisa Holda.

Fueron, pues, á la profetisa Holda, que habitaba en el segundo recinto del templo, la hicieron presentes las palabras del rey, y ella respondió : Decid al varon que os ha enviado : esto dice el Señor : Hé aquí que yo enviaré sobre ese lugar y sobre sus moradores las calamidades y todas las maldiciones que estan escritas en este libro, que leyeron delante del rey. Por quanto me abandonaron y sacrificaron á dioses ajenos, provocándome á ira en todas las obras de sus manos, por tanto irá destilando mi furor encendido contra este lugar y no se apagará : mas al rey que os envió para implorar la clemencia del Señor, le diréis : Esto dice el Señor Dios de Israel : Por quanto has oído las palabras del libro y se ha sobresaltado tu corazon y te has humillado delante del Señor, oyendo lo que hay escrito en él contra este lugar y sus moradores, y respetando mi rostro, has rasgado tus vestiduras y has llorado en mi presencia, yo tambien te he oído, y te recogeré á tus padres y serás puesto en paz en tu sepulcro para que no veau tus ojos

todos los males que he de traer sobre este lugar y sobre sus moradores.

El rey lee por sí mismo el libro.

Volvieron, pues, Helcias y los que le acompañaban á dar cuenta al rey de todo lo que habia dicho la profetisa Holda, y al oírlo, mandó el rey convocar á todos los ancianos de Judá y Jerusalem, y encaminándose á la casa del Señor con todos los varones de Judá, todos los que moraban en Jerusalem, y todo el pueblo desde el menor hasta el mayor, subió á la tribuna que para los reyes habia colocado Salomon en medio del atrio, y leyó por sí mismo, oyéndolo ellos, todas las palabras del libro que habia sido hallado en la casa del Señor. Una lectura tan temerosa no podia hacerse sin ser interrumpida por los suspiros, los gemidos y las lágrimas del auditorio, y el rey no pudo acabarla sino con gran fatiga y pena.

Renovación de la alianza con Dios.

Despues de algunos momentos de descanso, se volvió á poner en pié, y dirigiendo sus ojos al altar santo, hizo alianza delante del Señor de caminar en pos de él y de guardar sus preceptos, sus testimonios y sus justificaciones con todo su corazon y con toda su alma, y de cumplir lo que estaba escrito en aquel libro que habia leído; é hizo tambien alianza en nombre del pueblo de que irian en pos del Señor y guardarian sus mandamientos, sus testimonios y sus ceremonias con todo su corazon y con toda su alma, y que pondrian en toda su observancia las palabras que estaban escritas en aquel libro, y todo el pueblo á una confirmó esta alianza que hacia el rey en su nombre.

Las amenazas de la profetisa Holda contra Judá y Jerusalem eran muy terribles y tan terminantes que al parecer no dejaban esperanza de evitarlas, pero Josias conocía los tesoros de la justicia y misericordia del Señor, tenía muy presente la historia de Jonás y los Ninitas, y esperó que la penitencia, sin variar en nada la sentencia del Señor, dejaría sin efecto las amenazas, porque estas se dirigian contra Judá y Jerusalem penitentes. Por eso al momento que oye las amenazas anunciadas por la profetisa, se dirige con su pueblo al templo del Señor, lee por sí mismo aquel terrible libro que acababa de encontrarse y cuya lectura no podia dejar de ablandar á los pecadores mas endurecidos, y contando con el arrepentimiento de su pueblo, le propone la renovacion de la alianza que sus padres habian hecho con Dios. La renueva el rey de todo su corazon y con toda su alma, y á su imitacion la renueva con gran fervor todo el pueblo. Todos protestan caminar siempre en pos del Señor, guardar sus mandamientos y cumplir las palabras escritas en aquel libro para librarse de sus espantosas maldiciones.

Celebracion de la Pascua.

Mas no paró aquí el santo celo del rey, quiso redoblar los lazos que uniesen inseparablemente á su pueblo con Dios y á Dios con su pueblo. Á pesar de las exquisitas diligencias que habia practicado para exterminar la idolatria y los idólatras, temió si quedarian algunas reliquias de esta infamia; hizo un nuevo registro, y terminó cuanto llegó á descubrir para dar tambien cumplimiento á las palabras del libro. Mandó despues á todo el pueblo, tanto de Judá como de Israel, que se preparasen para celebrar la Pascua que se acercaba, y que se habia de solemnizar segun todas las ceremonias ordenadas en el libro. Reunió los sacerdotes; les ordenó

que cada uno ocupase el lugar que le correspondia, y les exhortó á que cumpliesen dignamente con el augusto ministerio á que estaban destinados. Entre las impiedades é idolatrias de los reinados perversos se habia cometido el atentado de sacar el arca santa del lugar santísimo, así como se habia sacado el libro de la ley que debia estar á su lado, y Josias hizo que antes de principiar la celebracion de la Pascua se colocasen en el santuario de su reposo. El dia catorce del mes primero hervia Jerusalem de hijos de Jacob sin distincion de Judá y de Israel, y se celebró la Pascua por siete dias, siendo el primero y el último los mas célebres segun la ley. El rey dió para los sacrificios tres mil bueyes, y en corderos, cabritos y otras reses treinta mil.

Fué famosa esta Pascua que mandó celebrar Josias.

Los príncipes del templo y de las familias levíticas dieron ochocientos bueyes y siete mil y seiscientas reses, menudas, y los oficiales del palacio y del ejército lo que cada uno habia prometido dar voluntariamente, cuyas ofrendas no nos numera el texto sagrado, y que debieron ser de mucha consideracion atendiendo á ser tan numerosas estas clases. Todas estas victimas se ofrecieron y sacrificaron en la celebracion de la Pascua, y fué tan magnífica y tan solemne que no hubo otra semejante á esta desde el tiempo del profeta Samuel, dice el sagrado texto, y ninguno de los reyes de Israel celebró Pascua como Josias con los sacerdotes y los levitas, con todo Judá é Israel y con todos los moradores de Jerusalem. El año diez y ocho del reinado de Josias fué celebrada esta Pascua, que no tuvo igual en la piedad y celo hácia el Señor, segun el mismo texto.

Fermenta la impiedad, pero no se presenta en el tiempo de Josías.

El fervor que todo el pueblo manifestó en esta Pascua célebre y memorable, llenó al piadoso Josías del mayor consuelo y le hizo esperar que cesarian las antiguas prevaricaciones, y que el Señor no ejecutaria en Judá los males con que le habia amenazado por la profetisa Holda; pero no era tan sólida la conversion de Judá como la piedad de su monarca, y olvidando de dia en dia su pacto con el Señor y sus propósitos, acabó por llenar la medida de sus delitos con nuevas prevaricaciones. Sin embargo, mientras que vivió Josías, la piedad se sostuvo en un gran número de fieles, y la impiedad, que volvía á apoderarse del resto, se vió precisada á rodar en la oscuridad sin atreverse á manifestar á la vista de Josías. Aun duró trece años el reinado de este gran monarca, que debiera haber sido eterno para la dicha de Israel. En ellos conservó Josías el mismo celo en mantener la magnificencia del culto del Señor, en dar ejemplos continuos de piedad y religion, en castigar los vicios y principalmente cualquier asomo de idolatría... pero la masa de corrupcion fermentaba en la oscuridad, y como para los ojos del Señor, en vez de dejar sin efecto las amenazas hechas por Holda, las ratificaba, y solo faltaba retirar al santo rey, segun se le habia prometido, para que no viese estos castigos, y esto iba ya á verificarse.

Muerte y sepulcro de Josías.

Cuando Josías se hallaba ya en el año treinta y uno de su reinado, subió Faraon Neco, rey de Egipto, á pelear contra Nabucodonosor, rey de Asiria, á las márgenes del rio Eufrates. Quería pasar Faraon, para ahorrar camino y sorprender á Nabuco, por el reino de Josías sin contar

con su consentimiento, y ni siquiera darle aviso de su intento. Josías no podía permitirlo sin mancillar su trono, su cetro y su corona, y sin declarar su reino dependiente del rey de Egipto. Luego se dispuso á impedirle la entrada, y se dirigió con su ejército á su encuentro. Cuando lo supo Neco, le envió á decir por sus embajadores: ¿Qué hay entre tí y entre mí, rey de Judá? No vengo hoy contra tí, sino que voy á pelear contra otra casa, contra la cual me ha mandado el Señor que vaya sin dilacion. Deja de oponerte á Dios que esta conmigo, si no quieres que te mate. Josías no creyó en las revelaciones hechas á un idólatra, que sin dar parte de ellas hollaba el sagrado terreno de otro reino; por otra parte no podía permitir este paso sin fatales consecuencias para su reino. Cualquiera que venciese de estos poderosos monarcas, se haria poderosísimo y á ninguno podria ya resistir. Si vencía Faraon, llevaria adelante su intento de dominar la Judea, y si vencía Nabucodonosor, vendria á vengarse de Josías por el paso que habia permitido: así es que Josías no solo se negó á condescender, sino que bajó á dar la batalla en los campos de Mageddo; y allí era precisamente donde le esperaba el Señor, no para castigarle, porque hubiese sido desobediente, sino para proporcionarle una muerte gloriosa en el campo de batalla peleando en defensa de su reino, y cumplirle la palabra de no permitir que viese las desdichas de su pueblo. Presentó la batalla á Faraon y peleaba con valor é intrepidez al frente de sus tropas, cuando una flecha dirigida, no por la mano del soldado, sino por la del Señor, como la que hirió en otro tiempo al impio Acab, vino á herir al justo Josías. Sacadme del combate, dijo el santo rey á sus guardias, porque me siento herido de muerte, y luego le sacaron de su carro ó carroza á otra carroza que le seguia segun la costumbre de los reyes. Murió en Mageddo y le llevaron á Jerusalem, donde fué enterrado en el mausoleo de sus padres. Todo Judá y Jerusalem le lloraron mucho, pero mucho menos de lo que pedia su pérdida. He dicho

que una flecha traspasó al justo Josías en los mismos términos y circunstancias que otra traspasó al impío Acab. Igual muerte tuvo el justo que el impío. ¿Dónde se castigará la maldad de este, y se premiará la virtud de aquel?

Su elogio.

Puede decirse que con Josías y en su mismo sepulcro se enterró el reino de Judá y las esperanzas de la nación. Josías, rey desde la edad de ocho años, puesto en la carrera de los delitos por los perversos ejemplos de su abuelo y de su padre y con autoridad por su clase para cometerlos, conservó la inocencia y se entró desde luego en el camino de la piedad abandonada hacia tiempo por su corte y los pueblos. Desde que principió á conocer á Dios, principió también á amarle y temerle. Creció con él la inocencia, y el celo y las virtudes se aumentaron con los años. Entregado con particular empeño á la destrucción de la idolatría y reparación del culto del Señor, como una de las primeras obligaciones de la corona, jamás se vió ni que se entibiase su fervor, ni que cediese su constancia. Su inocencia y sus virtudes le merecieron no solo una excepción del anatema general que pronunció el Señor contra sus súbditos, sino también que no se pudiese en ejecución la sentencia durante su vida, esperando, por decirlo así, la divina Justicia á que se retirase de la tierra para descargar sus golpes sobre ella. No hubo antes de Josías, dice el autor sagrado, un rey que se pareciese á él, y que se uniese al Señor con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, obrando en todo según la ley de Moisés, ni después de él se levantó otro que le fuese semejante. Nada puede añadirse á este elogio que hace de Josías el autor sagrado. Cuando se supo su muerte en el reino, los pueblos, afligidos y sobrecojidos de tan gran desgracia, se entregaron á lágrimas inconsolables y los buenos se miraron como en un desierto

horrible minado por todas partes, y se estremecieron al considerar los peligros que corría la religión y la patria. Sus presentimientos fueron probados harto lastimosamente, porque los impíos que se ocultaban en todas las poblaciones grandes, y principalmente en la corte, luego se dejaron ver con descaro y principiaron á suicidar su misma patria. Pero el mas afligido en esta desgracia fué el profeta Jeremías, tan tiernamente amante y tan tiernamente amado del augusto difunto. Compuso unas lamentaciones sobre la muerte de Josías, como las que compuso después sobre la cautividad de Babilonia, y cuando se escribió el libro segundo de los *Paralipómenos*, se cantaban en la sinagoga como se cantan ahora las de la cautividad en Iglesia; mas no han llegado á nosotros y debieron perderse antes de la venida de Jesucristo. ¡Pérdida lastimosa! Josías murió á los treinta y un años cumplidos de reinado, y treinta y nueve, también cumplidos, de edad, dejando cuatro hijos, que fueron, Joanan primogénito, Eliacín ó Joaquín, Matanías ó Sedecías, y Selum ó Joacaz, y este último fué el que entró á reinar en lugar de Josías.

JOACAZ, DÉCIMOSETIMO REY DE JUDÁ.

Concluido el hermoso reinado de Josías, que puede llamarse el último de Judá, vamos á hacer la historia de los cuatro restantes, que mas bien deben mirarse como principio de la cautividad de Babilonia que como reinados. En la muerte de Josías el cetro debía naturalmente ser empuñado por la mano de Joanan. Su primogenitura, la costumbre y la elección de su padre, aunque no se halla expresada, todo le conducía á ocupar el trono sin contestación; pero el pueblo de la tierra, dice el texto sagrado, tomó á Joacaz, hijo de Josías, le ungió y constituyó rey en lugar de su padre. Aquí se saltó por sobre el derecho de Joanan y de los otros dos hermanos y se vino á parar

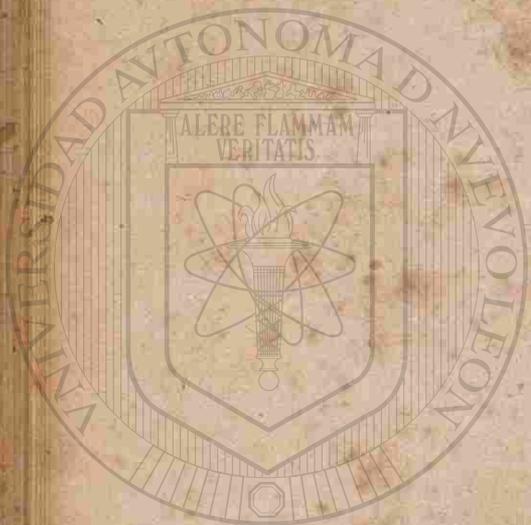
á Joacaz, que era el menor de todos. La impiedad principiaba sus triunfos trastornando la sucesion del reino, y disponiendo de él á su arbitrio. Los poderosos, los grandes y la corte, que era lo mas corrompido del reino, debieron encontrar en Joacaz mejor disposicion para el triunfo de la idolatría que en sus hermanos, y como sucede siempre en las revoluciones, conmovieron al pueblo para que le pidiese á pretexto del bien público. Veinte y tres años tenía Joacaz cuando principió á reinar, reinó tres meses en Jerusalem, y en ellos obró lo malo delante del Señor como lo habian hecho sus ascendientes malos.

Es preso y llevado á Egipto, de donde nunca volvió.

Faraon Neco, rey de Egipto, despues de haber ganado la batalla en la que murió Josías, se hallaba en Rebla, y luego que supo la eleccion de Joacaz, le mandó que se presentase en su campamento á dar cuenta de su eleccion, no tanto porque se hubiese hecho con perjuicio de sus hermanos, como porque se habia hecho sin su conocimiento y consentimiento, porque Faraon desde la batalla de Mageddo miraba ya como suyo el reino de Judá. Habia dicho el profeta Ezequiel que luego que los gentiles lo oyesen, le aprisionarian, no sin heridas, y le llevarian encadenado á la tierra de Egipto, y esto se verificó ahora literalmente. Joacaz, que no se hallaba en estado de negarse al mandato de Faraon, pasó á presentarse en el campo de Rebla con la escolta que le pareció mas oportuna para evitar la sorpresa que desde luego temia; y en efecto, apenas se acercó á Rebla, mandó Faraon tomarle preso. Su escolta se resistió, hubo sangre, y acaso fué alguna del rey Joacaz, segun la expresion del profeta, pero esta débil resistencia á un ejército tan poderoso como el de Faraon, solo pudo contribuir á empeorar su causa. Le prendieron, le encadeneron y

le llevaron á Egipto para no volver jamás á ver la tierra de Judá, segun esta otra profecía de Jeremías: Esto dice el Señor (á Selum que era el mismo Joacaz) hijo de Josías, y que reinó en lugar de su padre y ha salido de su reino: Jamás volverá á él, sino que morirá en el lugar á que ha sido trasladado, y nunca volverá á ver esta tierra, ni el lugar de su nacimiento (que era Jerusalem). Joacaz murió en Egipto sin que volviera á hablar de él en Judá. Le sucedió su hermano Eliacin, con el nombre de Joaquin que le puso el rey de Egipto al elegirle.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE HISTÓRICO

de la

HISTORIA DE LA RELIGION

Desde la continuación de la historia de los reyes de Israel
hasta la presa y muerte
de Joacaz, decimosétimo rey de Israel.

TOMO SEGUNDO.

Continúa la Historia de los reyes de Israel.

	<i>Páginas.</i>
Cueva de Engadi	1
Muerte de Samuel	4
Nabal del Carmelo	5
Abigail, mujer de Nabal.	7
Muerte de Nabal.	9
Matrimonio de David con Abigail.	10
Segunda vez está Saul en manos de David y segunda vez le perdona	12
David vuelve á huir á Get.	14
Sucesos de David en Get.	15
Guerra de los Filisteos contra Saul	17
Saul consulta á la hechicera de Endor	22
Batalla de los Filisteos y muerte de Saul y sus hijos.	24
Su enterramiento	26

Cántico lugubre, ó sea Elegía triste de David	28
David es ungido y proclamado rey de Judá en Hebron.	29
Abner proclama rey á Isboset en Manbain	30
Principa la guerra civil en Judá é Israel	31
Lucha de los veinte y cuatro jóvenes	32
Familia de David	34
Suceso de Resfa y rompimiento de Abner con Isboset.	<i>ib.</i>
Muerte de Abner	37
Muerte de Isboset	39
David, segundo rey.	40
David es proclamado y ungido rey sobre todo Israel.	<i>ib.</i>
Toma de la fortaleza de Sion.	44
Guerra de los Filisteos	46
Traslacion del arca del Señor	48
Otra traslacion del arca santa	50
Piensa David en hacer un magnífico templo al Señor, y el Señor se lo prohíbe.	53
Varias guerras y victorias de David	55
Salmos	58
David y Mifboset	59
Hanon, rey de los Amonitas, trata afrentosamente á los embajadores de David.	60
Guerra de David con los Amonitas.	62
Guerra con los Syros	63
Segunda guerra con los Amonitas.	64
Preludios de la caída de David.	65
Caída de David.	<i>ib.</i>
Carta de Urías y su muerte.	67
Ceguedad de David en sus delitos	69
Parábola de Natán y conversion de David	70
Enfermedad y muerte del hijo del adulterio	72
Porte de David en la muerte de su hijo.	73
Conclusion de la segunda guerra con los Amonitas.	74
Nacimiento de Salomon	76
Castigos de David	<i>ib.</i>
Incesto de Amnon.	77
Jonadab, primo y consejero perverso de Amnon.	<i>ib.</i>

Llanto de Tamar y su temprana muerte.	79
Muerte de Amnon	80
Huida de Absalon	81
Parábola de la Tecuita.	83
Conclusion de la parábola y vuelta de Absalon.	84
Hermosura de Absalon	85
Rebelion de Absalon	86
Es uno de los castigos de David	88
Huye David de Jerusalem.	89
Fidelidad de Etai	<i>ib.</i>
Llegada de los sacerdotes y levitas con el arca del Señor	90
Apostasía del consejero Aquitofel	91
Presentacion del consejero Cusai	<i>ib.</i>
Socorro y calumnia de Siba	92
Heróico sufrimiento de David insultado y maldecido por Semei.	93
Consejo infernal de Aquitofel	95
Consejo de Cusai	96
Se ahorea Aquitofel	98
Disposiciones de David para el combate contra las tro- pas de Absalon	100
Las tropas de David derrotan á las de Absalon.	101
Muerte de Absalon y su sepultura.	102
Se da noticia á David de la victoria	103
Temores de David por la vida de Absalon	104
Llanto de David por Absalon	105
Atrevimiento de Joab.	106
David perdona á Semei	109
Se presenta Mifboset	110
Se despide Berceelai	<i>ib.</i>
Disputa de Israel y Judá.	111
Nueva rebelion	112
Entrada del rey en su palacio	<i>ib.</i>
General Amasa	113
Su muerte	114
Suceso notable de Abela.	116

Conclusion de la rebelion, y con ella de las guerras interiores	117
Hambre en Israel	118
Se hace justicia á los Gabaonitas y cesa el hambre.	<i>ib.</i>
Cuatro batallas con los Filisteos.	120
Conclusion de las guerras exteriores	122
Valientes de David.	123
Recuento de Israel.	125
Castigo por el recuento	126
Preparativos de David para la edificacion del templo.	129
Preciosa Sunamita.	131
Intentona de Adonias.	132
Aviso á David	133
Salomon, tercer rey de Israel	134
Salomon es ungido y proclamado rey de Israel	<i>ib.</i>
Se malogra la intentona de Adonias	136
Arreglo de levitas	137
Última junta de David.	138
Riquezas para la construccion del templo	139
Bendiciones al Señor, dueño de todo.	140
Segunda uncion de Salomon	141
Encargo de David á Salomon	142
Muerte de David	144
Su alabanza en el <i>Eclesiástico</i>	145
Su sepulcro	<i>ib.</i>

Reinado de Salomon.

Muerte de Adonias.	147
Destierro de Abiatar	148
Muerte de Joab	149
Muerte de Semei	150
Jerusalen.	151
Sacrificios en los altos.	153
Gran sacrificio de Salomon, quien recibe en premio la sabiduría	<i>ib.</i>

Famosa sentencia de Salomon	155
Su poder, saber y eseritos	156
Su opulencia y magnificencia	157
Su contrato con el rey de Tiro.	<i>ib.</i>
Principia la edificacion del templo	159
Se concluye la edificacion del templo.	165
Su dedicacion	166
Aceptacion del templo.—Promesas y amenazas	173
Reina de Saba	176
Caida de Salomon	177

Division del reino de Israel.

Consejo de los ancianos	182
Consejo de los jóvenes.	183
Jeroboan I, primer rey de Israel.	185
Becerros de oro.	187
Fiesta al idolo de Betel	188
Profeta de Judá.	189
Profeta de Betel.	190
Enferma Abia, primogénito de Jeroboan.	192
Consulta al profeta Ahias.	193
Muere Abia	194
Nadab, segundo rey de Israel	195
Baasa, tercer rey de Israel	196
Profeta Jehú.	197
Ela, Zambri, Tebni y Amri, cuarto, quinto, sexto y sétimo rey de Israel.	198
Acab, octavo rey de Israel	201
Elias, gran profeta del Señor.	202
Le alimentan los cuervos.	203
Cuida de él la viuda de Sarepta	<i>ib.</i>
Resucita al hijo de esta viuda	204
El Señor le manda que se presente á Acab	205
Escena del Carmelo	206

Huida de Elías	210
Un ángel le trae alimento	211
Cueva al pié del monte Horeb	212
Uncion de Hazael y Jehú, y vocacion de Eliséo	213
Guerra de Benadad, rey de Siria	214
Primera victoria que concede el Señor á Acab	216
Segunda victoria	217
Un profeta reprende á Acab por haber dejado ir libre á Benadad	218
Vina de Nabot	220
Muerte de Nabot	221
Amenazas de Elías	<i>ib.</i>
Momentánea penitencia de Acab	222
Acab asocia sucesivamente en el trono á los dos hijos de Jezabel	223
Jornada de Ramot de Galaad	<i>ib.</i>
Consulta sobre esta jornada	224
El profeta Miqueas recibe un bofetón y es aprisionado por decir la verdad	<i>ib.</i>
Ocozías, nono rey de Israel	228
Consulta de Ocozías á Belzebú	229
Terrible poder de Elías	<i>ib.</i>
Joran, décimo rey de Israel	231
Profetas é hijos de los profetas	232
Últimos sucesos de Elías	<i>ib.</i>
Su arrebatamiento al cielo	234
Su vuelta al mundo	<i>ib.</i>
Su elogio en el sagrado libro del <i>Eclesiástico</i>	235
Eliséo, discípulo y sucesor de Elías	237
Eliséo sana milagrosamente las aguas de Jericó	239
Dos osos despojan los machados que le insultan	<i>ib.</i>
Eliséo anuncia la provision de aguas milagrosas y la victoria contra Moab	241
Hecho atroz del rey de Moab	242
Aumento prodigioso del aceite de la viuda de Samaria por la intercesion de Eliséo	243
Hijo de la Sunamitis, concedido milagrosamente por	

la misma intercesion	244
Muere el niño del milagro	245
Eliséo le resucita	246
Hambre de siete años en Israel	247
Tres milagros sucesivos de Eliséo	248
Cura Eliséo al leproso Naaman Siro	251
Codicia y lepra de Giezi	253
Geladas del rey de Siria para coger prisionero al rey de Israel	255
Eliséo las descubre	256
Intenta sorprender con sus tropas á Eliséo, y Eliséo las sorprende	<i>ib.</i>
Caridad que usó con ellos Eliséo	257
Ingratitud del rey de Siria y sitio de Samaria	258
Hambre en este sitio	259
Caso terrible entre dos madres	<i>ib.</i>
Pronóstico de Eliséo	260
Restitucion de sus bienes á la Sunamitis	263
Consulta el rey de Siria á Eliséo sobre su enfermedad	264
Muere sofocado por Hazael y este ocupa el trono	265
Declara el rey de Israel la guerra á la Siria y le acompaña el rey de Judá	<i>ib.</i>
Un discípulo de Eliséo unge á Jehú rey sobre Israel	266
Muerte de Joran, rey de Israel	268
Muerte de Ocozías, rey de Judá	<i>ib.</i>
Jehú, undécimo rey de Israel	269
Muerte de Jezabel, madre de Joran	<i>ib.</i>
Muerte de setenta príncipes, hijos de Acab	270
Muerte de toda la familia que habia de Acab en Jezrael y de todos sus sacerdotes y de cuarenta y dos sobrinos del rey Ocozías	272
Encuentro de Jonadab, hijo de Recab	<i>ib.</i>
Muerte de toda la familia que habia de Acab en Samaria	273
Muerte de todos los profetas, sacerdotes y siervos de Baal	274

Jehú no destruye los becerros de oro	274
Desdichas de Jehú y de Israel por no haberlos destruido	275
Joacaz, duodécimo rey de Israel	276
Pide Joacaz socorro al Señor y el Señor le socorre.	277
Joaz, décimotercio rey de Israel	278
Última profecía de Eliséo.	<i>ib.</i>
Su muerte.	279
Resurreccion de un muerto al contacto de sus huesos.	280
Elogio de Eliséo	<i>ib.</i>
Tres victorias de Joas en cumplimiento de la profecía de Eliséo	281
Jeroboan II, décimocuarto rey de Israel.	282
Jonás, profeta, sucesor de Eliséo	283
Huyendo del Señor se embarca en Jope, y el mar se alborata	<i>ib.</i>
La suerte designa á Jonás culpable de la borrasca.	284
Crece la borrasca y arrojan á Jonás al mar	285
Le traga una ballena y le vomita en la playa á los tres días	<i>ib.</i>
Se representa en este hecho la muerte, el sepulcro y la resurreccion de Jesucristo	286
Predicacion de Jonás en Ninive y conversion de los Ninivitas	<i>ib.</i>
Jonás se aflige al ver que no se cumple su profecía.	288
El Señor le reconviene	<i>ib.</i>
Se vuelve Jonás á su patria.	289
Victoria de los Asirios y primeros cautivos de las diez tribus	290
Zacarías, décimoquinto rey de Israel	291
Selum, décimosexto rey de Israel	292
Manahen, decimosétimo rey de Israel.	<i>ib.</i>
Llama en su apoyo á los Asirios.	295
Faceya, décimoctavo rey de Israel.	<i>ib.</i>
Facee, déimonono rey de Israel	294
Osee, vigésimo y último rey de Israel.	<i>ib.</i>
Sitio y toma de Samaria.	295

Conclusion del reino de las diez tribus.	296
Osee es llevado cautivo y todo su reino	<i>ib.</i>
Salmanasar envía colonias que pueblen á Israel de nuevo, y le siembran de ídolos	297
Envía tambien un sacerdote israelita que les enseña la religion de Israel.	298
Santo Job.	299
Nacimiento, pais, hijos y riquezas del santo Job	300
Convites de sus hijos	301
Satanás se presenta al Señor entre los hijos de Dios.	<i>ib.</i>
Despoja á Job de sus bienes y sus hijos	302
Sentimiento de Job y regla admirable de conformidad.	303
Vuelve Satanás á presentarse al Señor entre los hijos de Dios.	304
Hiere á Job y le plaga de úlceras	<i>ib.</i>
Insulta á Job su mujer.	305
Amigos de Job	<i>ib.</i>
Lamentos de Job	306
Elifaz, primero de los amigos, le reprende	<i>ib.</i>
Job se defiende.	307
Job vuelve á sus lamentos	309
Baldad Suita, segundo de los amigos, le reprende.	<i>ib.</i>
Sofar Naamita, tercero de los amigos, sucede á Baldad Suita	310
Habla Job sobre la resurreccion.	311
Sobreviene Eliú y reprende á Job.	312
Job calla y guarda silencio	313
Habla el Señor	<i>ib.</i>
Defiende á Job	315
Fin de los trabajos de Job	<i>ib.</i>
El Señor le da bienes doblados.	316
Virtud de Job antes de sus trabajos	318
Semejanzas de Job con Jesucristo.	319

Reyes de Judá.

Roboan, primer rey de Judá	321
--------------------------------------	-----

La tribu de Levi y las familias religiosas se huyen de Israel á Judá	321
Matrimonios, hijos é hijas de Roboan	322
Idolatría de Judá	323
Su castigo	<i>ib.</i>
Su enmienda	325
Recaida y muerte de Roboan	<i>ib.</i>
Abia, segundo rey de Judá	326
Discurso de Abia á las tropas de Jeroboan	327
Victoria milagrosa del ejército de Abia	<i>ib.</i>
Muerte de Abia	328
Asa, tercer rey de Judá	329
Victoria milagrosa de Asa	330
Un profeta anima el celo de Asa y su pueblo	<i>ib.</i>
Destruye Asa el simulacro de Priapo que adoraba su madre Maaca	331
Porqué no destruye Asa los lugares altos	332
Sacrifica Asa y su pueblo setecientos bueyes y siete mil carneros	<i>ib.</i>
Juramento que hace Judá de servir siempre al Señor	333
Alianza de Asa con Benadad, rey de Siria	334
Un profeta reprueba esta alianza	335
Muerte de Asa	336
Josafát, cuarto rey de Judá	337
Sus misioneros	338
Su ejército	<i>ib.</i>
Matrimonio de Joran, primogénito de Josafát, con Atalía, hija de Acab, rey de Israel	339
Su visita al rey Acab	<i>ib.</i>
Un profeta le reprende por haberse aliado y dado socorro á Acab	340
Su confianza en el Señor en la guerra contra varias naciones que venian á acometerle	341
Su oracion	<i>ib.</i>
Fruto de su oracion	342
Marcha admirable	<i>ib.</i>
Destruccion del enemigo y despojos	343

Contrae otra alianza con Ocozias para un comercio, y otro profeta le anuncia la destruccion de sus navés	344
Tercera alianza que no desagradó al Señor	<i>ib.</i>
Su muerte y elogio	345
Joran, quinto rey de Judá	<i>ib.</i>
Introduce la idolatría en Judá	346
El Señor da avisos á Joran, pero Joran no los escucha	347
Carta de Elias amenazando á Joran	348
Cumplimiento de las amenazas de la carta y muerte de Joran	349
Ocozías, sexto rey de Judá	350
Atalía, contada como sétimo rey de Judá	351
Atalía hace matar á sus nietos	<i>ib.</i>
Joas, octavo rey de Judá	352
Josabet, tia carnal de Joas, le libra de la matanza escondiéndole en el templo	<i>ib.</i>
Joyada, sumo sacerdote, le conserva y coloca en el trono	353
Muerte de Atalía	354
Traslacion del rey á su palacio	355
Reforma en todo el reino	356
Reparacion del templo	357
Muerte del sumo sacerdote Joyada	358
Muerto Joyado, vuelve á reinar en Judá la idolatría	<i>ib.</i>
Entrada del rey de Siria en Judá	359
El profeta Zacarias, hijo de Joyada, reprende al pueblo	360
Muere apedreado	361
Castigo de esta muerte	362
Muerte de Joas	<i>ib.</i>
Su sepulcro	363
Amasías, nono rey de Judá	<i>ib.</i>
Amasías trata de hacer la guerra á los Idumeos	364
Toma á sueldo para esta guerra cien mil soldados de Israel	365
Los despide por aviso de un profeta	<i>ib.</i>

Victoria de Amasías sobre los Idumeos y abusos de esta victoria	366
Idolatría de Amasías	<i>ib.</i>
Repreñion de un profeta	<i>ib.</i>
Guerra de Amasías con Israel	367
Pierde Amasías la batalla	368
Últimos años de Amasías	<i>ib.</i>
Su muerte y sepultura	369
Ozías, décimo rey de Judá	<i>ib.</i>
Fortifica á Jerusalem	370
Fomenta la ganadería y agricultura	371
Guerra con los Idumeos, Filisteos y Árabes	<i>ib.</i>
Caida de Ozías, y su castigo con lepra	372
Vive cuatro años leproso	373
Muere al fin de los cuatro años y es enterrado en la ciudad de David	<i>ib.</i>
Joatan, undécimo rey de Judá	374
Su muerte	375
Acaz, duodécimo rey de Judá	<i>ib.</i>
Sus abominaciones	<i>ib.</i>
Primer castigo por mano de Rasín, rey de Siria	376
Segundo, por mano de Facee, rey de Israel	377
Consejo del profeta Oded al ejército de Israel	<i>ib.</i>
Caridad con los prisioneros de Judá	378
Sitio de Jerusalem por los reyes de Siria é Israel	379
Conquista de la Siria por Teglafalasar, rey de Asiria	380
Viaje de Acaz á Damasco	<i>ib.</i>
Se enamora del altar de los idólatras y manda que se haga uno semejante para el templo de Jerusalem	381
Ofrece sacrificios á los dioses de Damasco	382
Entran en Judá los Idumeos y los Filisteos, matan mucha gente y toman muchas ciudades	383
Muerte de Acaz y su enterramiento	384
Ezequías, décimotercero rey de Judá	<i>ib.</i>
Purificacion del templo del Señor	<i>ib.</i>
Restablecimiento del culto	386
Celebracion de las Pascuas	387

Destruccion de la idolatría en Jerusalem	388
Destruccion en todo el reino	389
Destruccion de los altos, y de la serpiente de metal	390
Restablecimiento de los diezmos, primicias y demás subsistencias del templo y sus ministros	391
Restablecimiento del Estado	392
Guerra con los Filisteos	<i>ib.</i>
Denegacion del tributo á los Asirios	393
Guerra de Senaquerib, rey de los Asirios	<i>ib.</i>
Enfermedad y curacion prodigiosa de Ezequías	394
Defensa de Jerusalem	396
Blasfemias de Senaquerib	397
Sentimiento de Ezequías al saber las blasfemias de Senaquerib	399
Cartas de Senaquerib llenas de blasfemias	<i>ib.</i>
Ezequías extiende las cartas delante del altar del Señor y le dirige una fervorosa oracion	400
Tambien ora Isafas, y el Señor oye las oraciones de ambos	401
Un ángel quita la vida á ciento ochenta y cinco mil soldados asirios	<i>ib.</i>
Muerte de Senaquerib	402
Rico despojo del ejército de Asiria	<i>ib.</i>
Prosperidad de Ezequías	403
Embajada del rey de Babilonia á Ezequías	404
Reconvencion de Isaias á Ezequías	405
Reconocimiento de Ezequías	<i>ib.</i>
Su muerte, elogio y sepulcro	406
Manasés, décimocuarto rey de Judá	407
Su perversidad	<i>ib.</i>
Su escándalo	408
Su crueldad	<i>ib.</i>
Su obcecacion y su furor contra los profetas	409
Su prision y su conversion	410
Oracion de Manasés en el calabozo de Babilonia	411
Restablecimiento del culto del Señor	412
Duracion del reinado de Manasés, su muerte y sepulcro	413

Historia de Tobías.	414
Cautiverio de Tobías.	<i>ib.</i>
Sus limosnas.	415
Su empréstito á Gabelo	<i>ib.</i>
Su caridad con los muertos.	416
Su ceguera	417
Su delicadeza de conciencia.	418
Su oracion	419
Oracion de Sara su futura nuera.	<i>ib.</i>
Son oidas las oraciones de ambos, y el ángel san Rafael viene á curarlos	420
Advertencia y consejos del anciano Tobías á su hijo.	421
Presentacion del ángel en traje de caminante para acompañar al jóven Tobías	422
Llanto de la madre de Tobías.	424
Salida al viaje; un pez monstruoso quiere tragarse á Tobías.	<i>ib.</i>
Llegada á Ragés, donde vivia Raguel, padre de Sara.	425
Recibimiento de Raguel.	426
Casamiento de Tobías con Sara.	427
Destierro del demonio que habia matado los siete maridos de Sara.	428
Viaje del ángel á Ragés y cobranza de la deuda de Gabelo.	430
Augustia de los padres de Tobías porque no vuelve su hijo.	431
Salida de Tobías de Ragés con Sara, su familia y bienes.	432
Llegada de Tobías á Ninive.	433
Curativa de la ceguera del anciano Tobías.	434
Llegada de Sara y su séquito	<i>ib.</i>
Manifestacion y ausencia del santo ángel.	435
Cántico del anciano Tobías.	437
Profecias de Tobías y encargos á su hijo y nietos á la hora de su muerte	439
Muerte de Tobías el mayor.	440
Salida de Tobías el menor de Ninive y vuelta á Ragés.	<i>ib.</i>

Muerte de Tobías el menor	441
Bendita posteridad de los santos Tobías.	<i>ib.</i>
Historia de Judit	442
Soberbio proyecto de Nabucodonosor, rey de Asiria.	443
Sale á ejecutarle su general Holofernes.	<i>ib.</i>
Se apodera de los pueblos y los reinos	444
Temen mucho los hijos de Israel al acercársele.	445
Buscan en el Señor su defensa.	446
Se enfurece Holofernes contra ellos.	<i>ib.</i>
Notable relacion de Aquior, jefe de los Amonitas.	447
Quiere matarle por esta relacion.	449
Manda Holofernes que le entreguen á los Israelitas para que muera con ellos	<i>ib.</i>
Los Israelitas le tratan con grande estimacion.	450
Cerco de Betulia y su situacion	451
Falta de agua	452
Quejas del pueblo por esta falta.	453
Judit	454
Reprende á los ancianos porque señalaron plazo á la misericordia del Señor.	<i>ib.</i>
Ora al Señor.	456
Se viste de gala.	457
Sale de la ciudad	458
No hay ficcion en lo que dice	<i>ib.</i>
Es presentada á Holofernes.	459
Holofernes se deja cegar de la pasion.	460
Aposenta á Judit en la cámara interior de su tienda.	<i>ib.</i>
La concede salir de noche á hacer oracion.	461
Se embriaga Holofernes	462
Judit le corta la cabeza	<i>ib.</i>
Se la lleva á Betulia	463
Aquior se convierte y circunveida al ver la cabeza de Holofernes	464
Por consejo de Judit sale de Betulia el pueblo armado y en órden de batalla	465
Se encuentra á Holofernes descabezado.	466
Huye el ejército de Holofernes, y le persigue Israel.	467

Riquezas halladas en el campamento de los Asirios.	<i>ib.</i>
El sumo sacerdote y los ancianos de Jerusalem vienen á dar el parabien á Judit.	468
Todos los pueblos se agolpan á verla y alabarla.	<i>ib.</i>
Cántico de Judit.	469
Judit y su pueblo van á adorar y dar gracias á Dios al templo de Jerusalem y á ofrecer sus votos.	470
Vida de Judit despues de la victoria.	471
Su muerte y sepultura.	472
Amon, décimoquinto rey de Judá.	<i>ib.</i>
Su perversidad.	473
Josías, décimosexto rey de Judá.	474
Estaba anunciado hacia mas de tres siglos.	<i>ib.</i>
Prohíbe la idolatría y destruye los ídolos en Judá.	<i>ib.</i>
Lo mismo hace en Israel.	477
Particularmente en Betel.	<i>ib.</i>
Reparacion del edificio del templo.	479
Se encuentra el libro de la ley del Señor.	<i>ib.</i>
Se consulta á la profetisa Holda.	480
El rey lee por sí mismo el libro.	481
Renovacion de la alianza con Dios.	<i>ib.</i>
Celebracion de la Pascua.	482
Fué famosa esta Pascua que mandó celebrar Josías.	483
Fermenta la impiedad, pero no se presenta en el tiempo de Josías.	484
Muerte y sepulcro de Josías.	<i>ib.</i>
Su elogio.	486
Joacaz, decimosétimo rey de Judá.	487
Es preso y llevado á Egipto, de donde nunca volvió.	488

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

